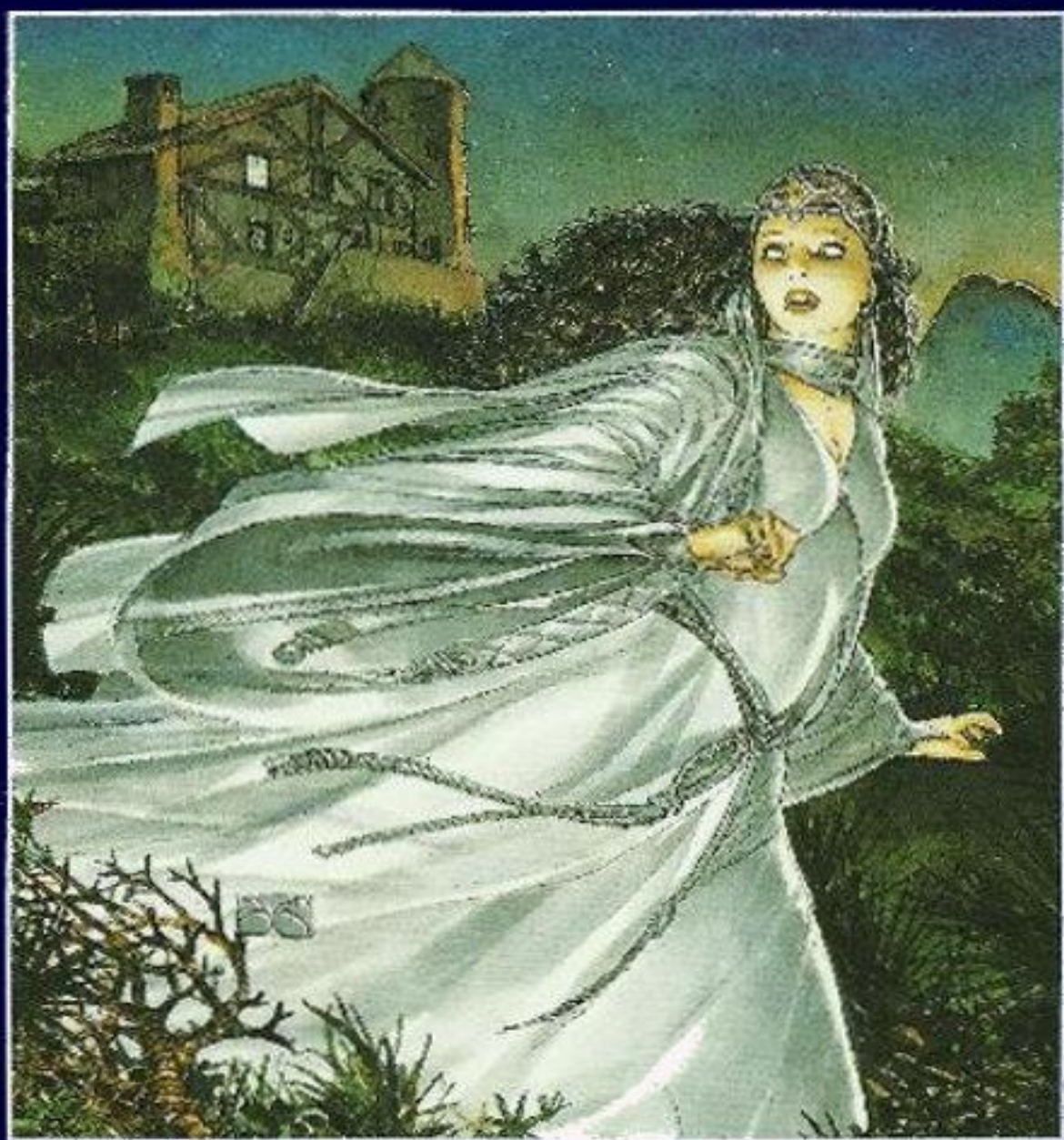


Marion Zimmer Bradley



DARKOVER

LA CASA DE THENDARA

Lectulandia

En el planeta Darkover la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito los más variados intentos de forzar su integración política y económica en el Imperio Terrano.

La casa de Thendara es el centro de formación de las Amazonas Libres de Darkover. A él acude la terrana Magda, para cumplir su juramento, mientras que Jaelle, su hermana Amazona, trabajará en el centro terrano de Thendara. A partir de estos hechos, la novela describe un complejo cruce de culturas, una dominada por los varones y otra igualitaria, y su inevitable enfrentamiento. Ése es el trasfondo de una narración que no rehuye múltiples aventuras y dificultades para que ambas protagonistas encuentren finalmente su felicidad tras interesantes reflexiones sobre el amor, la pareja, el papel de los sexos y, en definitiva, sobre la condición femenina.

Lectulandia

Marion Zimmer Bradley

La casa de Thendara

Darkover: Las Amazonas Libres - 2

ePub r1.0

Titivillus 27.01.16

Título original: *Thendara House*
Marion Zimmer Bradley, 1983
Traducción: Mirta Rosenberg
Ilustración cubierta: Juan Giménez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

LA CASA DE THENDARA es la esperada continuación de LA CADENA ROTA (NOVA Fantasía, núm. 8), novela que iniciaba una interesante y exhaustiva reflexión sobre el rol social de las mujeres en Darkover y, por extensión, en cualquier sociedad.

Ya en la primera novela de la serie Darkover, PLANET SAVERS (LOS SALVADORES DEL PLANETA, 1962) surge la presencia de unas extrañas Amazonas, mujeres juramentadas que pueden realizar «trabajos de hombre», pero no se profundiza en la compleja dificultad de su empeño. Es precisamente en LA CADENA ROTA donde Bradley empezó a prestar especial atención a esas mujeres, que se convirtieron así en el eje central de una de las trilogías más apreciadas dentro de la famosa serie de Darkover.

Como ya saben nuestros lectores, LA CADENA ROTA narra, por primera vez y con cierto detalle, los obstáculos con que tropiezan las Amazonas Libres, el grupo femenino que intenta superar con su actitud y sus obras las limitaciones impuestas socialmente a las mujeres. Bradley ahondaba así en el rol social de las mujeres de Darkover, desde su papel como Celadoras especializadas en el control de la técnica de matrices que estimulan la telepatía, al de casi-esclavas de los hombres en las Ciudades Secas, pasando por la función socialmente secundaria que deben desempeñar en los Dominios del Comyn. Ante esta situación, las mujeres del Gremio de las Amazonas Libres reivindican en Darkover su calidad de personas independientes y su igualdad con los hombres en todos los aspectos.

Pero, como siempre sucede en las novelas sobre Darkover, el camino que lleva a la plenitud personal y a la realización final, el que hace factible la ética, de la libertad, es una vía plagada de renunciaciones y dificultades, de decisiones no siempre fáciles porque la vida en libertad responsable no tiene razón de serlo necesariamente.

Así lo experimentan tanto la agente terrana Magda Lorne como la joven Amazona Jaelle n'ha Melora. En LA CADENA ROTA se describía el encuentro entre ambas y el juramento de Magda como Amazona. LA CASA DE THENDARA se centra en estas dos mujeres, en su búsqueda de la dignidad como personas en un medio no excesivamente propicio para ello.

Magda debe cumplir su juramento y con ese propósito acude a la casa del gremio en Thendara, el centro de formación de las nuevas Amazonas. Allí descubrirá claramente las contradicciones que nacen de una mentalidad educada por los terranos cuando debe desenvolverse en el seno de una cultura distinta: la que están creando las mujeres de la Orden de las Renunciantes (más conocidas como Amazonas Libres).

Pero paralelamente, Jaelle, su hermana de juramento, deberá sustituirla en el centro terrano. Con ello experimentará a su vez las paradojas y perplejidades de una

mujer educada como persona cuando se espera de ella un determinado rol social, precisamente el que la cultura terrana tiene reservado a las mujeres.

La novela se centra claramente en ese doble enfrentamiento de culturas del que se destacan sobre todo aquellos puntos que hacen referencia al distinto papel que los sexos desempeñan en ellas. Tal y como ha destacado Debbie Notkin en Locus «Los planteamientos de las Renunciantes y las cuestiones que se plantea Jaelle hacen recordar a menudo a los enfrentamientos del feminismo contemporáneo». Pero no podía ser de otra manera, «Bradley, como todos nosotros, es una criatura de su tiempo y circunstancia» y es precisamente este aspecto el que hace más interesantes estas novelas de Darkover.

Lo que cabe destacar en LA CASA DE THENDARA es el carácter abierto de dicho feminismo y su intento de reflexionar no tan sólo sobre la condición de las mujeres en una sociedad patriarcal, sino también acerca del destino que dicha sociedad ofrece a los varones. De la tercera parte de la novela cito ahora algunas frases que me parecen altamente significativas en este sentido: «... Los hombres están tan atrapados en sus roles sociales como las mujeres.» Y también: «Es más fácil interpretar el rol de amo que el de esclavo, pero indudablemente ello influye en la sensibilidad de los varones.»

Pero hay muchas otras reflexiones que, además, sugieren lo mucho que pierde la organización social patriarcal al relegar a las mujeres a un papel secundario: «Las mujeres aprenden de niñas a que parecer estúpidas es su mayor habilidad cuando están con hombres.»

Todo ello comporta elementos más que suficientes para estimular una interesante reflexión. En cualquier caso, resulta claro que precisamente en el marco de la narración de aventuras, habitual en las novelas de Darkover, es donde resulta más fácil discurrir sobre ideas socialmente avanzadas, sin peligro de aburrir al lector. En LA CASA DE THENDARA se encuentran también esas aventuras y, a través de ellas, el paulatino madurar de los sentimientos de las dos protagonistas.

Quiero añadir aquí un breve comentario sobre la presencia un tanto esporádica de Andrew Carr en esta novela. Carr es un personaje secundario en la trilogía de las Amazonas Libres, pero uno de los cuatro protagonistas centrales en la trilogía darkovana formada por LA ESPADA ENCANTADA (NOVA fantasía núm. 4), LA TORRE PROHIBIDA (NOVA fantasía núm. 11), y EL SOL SANGRIENTO (prevista en NOVA fantasía núm. 27). Su presencia en LA CASA DE THENDARA constituye un nexo evidente entre ambas trilogías y una muestra más de la riqueza de la cultura darkovana y el interés por el análisis y la descripción que nos ofrece Bradley.

En definitiva, LA CASA DE THENDARA es una brillante continuación de LA CADENA ROTA. Vale para ella el mismo comentario con que cerrábamos la presentación de la anterior novela de la trilogía: se lee con gusto y satisfacción, incluso con una disposición lúdica, aunque también incite a interesantes reflexiones válidas para

nuestras circunstancias sociales. ¿Qué más se puede pedir?

MIQUEL BARCELÓ

RECONOCIMIENTO

Poco después de terminar la novela *La cadena rota*, empecé a escribir, para mi propio placer, la historia de Magda en la Casa del Gremio de las Amazonas. Por aquella época, Jacqueline Lichtenberg y yo manteníamos una correspondencia regular y frecuente, y ella me sugirió que escribiera también la historia de Jelle entre los terranos. Le contesté que no me sentía en condiciones de hacerlo, pero que ella podía escribirla, si lo deseaba. Así, por placer escribimos alrededor de media docena de capítulos cada una, los intercambiamos y los discutimos, pensando en una eventual colaboración profesional. Sin embargo, las dos estábamos demasiado ocupadas con otros proyectos ajenos a Darkover, y la carrera de Jacqueline se estaba encaminando en una dirección muy distinta. Además, resultó que teníamos ideas muy diferentes acerca de la orientación del relato, y al poco tiempo descubrimos que estábamos avanzando en direcciones opuestas y, con adecuadas expresiones de pena y de mutua estima, abandonamos esta colaboración en particular; ella volvió a dedicarse a sus series *Sime* y *Molt Brother*, y yo a escribir otras novelas, referidas algunas a Darkover y otras no, ya que sentí que la frustrada colaboración era irrecuperable, y la puse en el fondo de un cajón con otros proyectos, donde pensé que se quedaría para siempre.

Años más tarde, al retomar esa colaboración, y a pesar de haber reescrito casi todo lo hecho por Jacqueline —pues nuestros respectivos estilos y temas son muy diferentes—, advierto que mi concepto del personaje de Jelle ha sido ampliado y fortalecido por los capítulos en que mi colega desarrolló inicialmente sus ideas. Aunque esta novela no es una colaboración, estoy de todos modos en deuda con Jacqueline, que me permitió ver a través de sus ojos un personaje creado por mí. Tal como ella ha reconocido mi parte en el que yo considero su mejor libro, *Unto Zeor Forever*, yo debo reconocer su parte en este libro mío.

MARION ZIMMER BRADLEY

EL JURAMENTO DE LAS AMAZONAS LIBRES

De hoy en adelante, renuncio al derecho de casarme, salvo como compañera libre. Ningún hombre establecerá conmigo un vínculo *di catenas* ni viviré en ninguna casa de hombre como *barragana*^[1].

Juro estar preparada para defenderme por la fuerza si soy atacada por la fuerza, sin recurrir a la protección de ningún hombre.

Juro que de hoy en adelante no seré conocida por el nombre de ningún hombre, sea padre, guardián, amante o esposo, sino simple y solamente como hija de mi madre.

Juro no entregarme de hoy en adelante a ningún hombre, salvo en el momento y ocasión que yo misma decida, por mi propia voluntad y deseo; nunca ganaré mi pan como objeto del deseo de hombre alguno.

Juro que de hoy en adelante no daré hijos a ningún hombre, salvo por mi propio placer, elección y momento; no daré hijos a ningún hombre para la herencia, la casa, el clan, el orgullo o la posteridad; juro que yo sola determinaré la crianza de cualquier hijo que tenga sin considerar la posición, el lugar o el orgullo de ningún hombre.

De hoy en adelante, renuncio a ser leal a cualquier familia, clan, guardián o señor, y juro ser leal solamente a las leyes de la Tierra como ciudadana libre, al reino, la corona y los dioses.

No recurriré a ningún hombre en busca de protección, apoyo o socorro, y únicamente deberé lealtad a mi madrina de juramento, a mis hermanas del Gremio y a mi patrón durante la época de mi empleo.

Y juro, además, que las integrantes del Gremio de las Amazonas Libres, todas y cada una de ellas, serán para mí como mi madre, mi hermana o mi hija, de mi misma sangre, y que ninguna mujer unida por juramento al Gremio recurrirá a mí en vano.

Desde este momento, juro obedecer todas las leyes del Gremio de las Amazonas Libres y cualquier orden de mi madrina de juramento, los miembros del Gremio o la líder que elija durante mi temporada de empleo. Y si traiciono algún secreto del Gremio, o no cumplo mi juramento, me someteré a las madres del Gremio para las sanciones disciplinarias que ellas elijan; y si no cumpliera, que la mano de cada mujer caiga sobre mí, que me maten como a un animal, entreguen mi cuerpo insepulto a la corrupción y dejen mi alma a merced de la diosa.

PRIMERA PARTE

JURAMENTOS EN CONFLICTO

Magdalen Lorne

Caían leves copos de nieve, pero hacia el este las nubes se abrían, dejando ver la opaca luz rojiza de Cottman IV —el sol de Darkover, llamado el Sol Sangriento por el Imperio Terrano— que atisbaba entre las nubes como un gigantesco ojo inyectado en sangre.

Magdalen Lorne se estremeció un poco mientras se acercaba caminando lentamente al Cuartel General Terrano. Llevaba ropas darkovanas, de modo que tuvo que mostrar sus credenciales a los hombres de la Fuerza Espacial que custodiaban las puertas, pero uno de ellos la conocía de vista.

—Está bien, señorita Lorne. Aunque tendrá que ir al nuevo edificio.

—¿Por fin han terminado los nuevos despachos para Inteligencia?

El hombre uniformado asintió.

—Así es. Y el nuevo jefe llegó el otro día de Alfa Centaurus... ¿todavía no se lo han presentado?

Todo esto era nuevo para Magda. Darkover era un Planeta Cerrado, Clase B, lo que significaba que los terranos —al menos oficialmente— debían limitarse a ciertas Ciudades Comerciales y Zonas Especificadas en los Tratados. No había un Servicio de Inteligencia oficial, salvo una pequeña oficina en Registros y Comunicaciones, que dependía directamente del despacho del Coordinador.

Ya era hora de que abrieran una rama de Inteligencia aquí. Tampoco les vendría mal un Departamento de Antropología Alienígena.

Luego Magda se preguntó en qué afectaría todo esto su ya irregular situación. Había nacido en Darkover, en Caer Donn, donde los terranos habían construido su primer puerto espacial antes de trasladarse al nuevo Cuartel General Imperial, aquí en Thendara.

Magda había sido criada entre darkovanos, antes de que se estableciera la nueva política de estandarización de edificios en los puertos espaciales con la luz amarilla normal del Imperio... una política que no contemplaba en absoluto el sol rojo de Darkover y el frío feroz de su clima. Por supuesto, esa política tenía sentido para el personal destacado en planetas comunes del Imperio, gente que rara vez permanecía en el cargo más de un año y no tenía necesidad de aclimatarse, pero las condiciones reinantes de Darkover eran inusuales —por decirlo con suavidad— para ser un planeta del Imperio.

Los padres de Magda habían sido lingüistas y habían pasado gran parte de sus vidas en Caer Donn; ella había crecido más como darkovana que como terrana, y era una de las tres o cuatro personas que hablaban el idioma como un nativo y podían

hacer investigaciones de costumbres e idiomáticas sin ser descubiertas. Magda nunca había estado fuera de Darkover salvo durante los tres años de entrenamiento en la Escuela de Inteligencia del Imperio de la Colonia Alfa, tras lo cual había aceptado un cargo en Comunicaciones como algo natural. Pero aquello que había sido para sus superiores un disfraz conveniente, adecuado para hacer investigaciones y trabajo secreto en su planeta de nacimiento, se había convertido para ella en su yo más profundo.

Y es a ese yo darkovano, a Margali, no a Magda, a quien debo ser fiel ahora. Y no sólo a Margali, sino a Margali n'ha Ysabet, Renunciante del Comhii-Letzzi que los Terranos llamarían Amazona Libre. Eso es lo que soy ahora y lo que seré de aquí en adelante, men dia pre'zhiuro... Magda susurró para sí las primeras palabras del Juramento de las Renunciantes y se estremeció. No sería fácil. Pero lo había jurado, de modo que lo cumpliría. Para un terrano, un juramento hecho por coacción no era válido. *Al ser Darkovana, el Juramento me obliga sin ninguna duda, y la idea misma de no respetarlo es deshonrosa.*

Con un esfuerzo, desprendió sus pensamientos de esa eterna trampa de su mente. *Una nueva sección de Inteligencia*, le había dicho el hombre, y *un nuevo Jefe*. Probablemente, pensó Magda, con un encogimiento de hombros resignado, alguien que sabía bastante menos que ella de este trabajo. Tanto ella como su ex marido, Peter Haldane, habían nacido aquí, eran naturalmente bilingües y conocían y aceptaban las costumbres como propias. Pero ésa no era la manera en que el Imperio hacía las cosas.

La nueva Oficina de Inteligencia estaba en un alto rascacielos, que aún resplandecía, recién construido, muy alto por encima del Puerto. Bajo las amarillas luces terranas normales, demasiado brillantes para los ojos de Magda, vio a una mujer de pie; una mujer que conocía, o que había conocido muy bien en el pasado.

Cholayna Ares era más alta que Magda, de piel oscura, con pelo blanco —Magda no sabía si había encanecido prematuramente o si siempre había sido plateado, pues el rostro de la mujer era, y había sido siempre, inusualmente joven—. Le sonrió con un gesto de bienvenida, extendiendo un brazo, y Magda estrechó la mano de su antigua profesora.

—Es difícil imaginar que hayas dejado la Escuela de Entrenamiento —dijo Magda—. Y más aún para venir aquí...

—Oh, no la he abandonado —se rió Cholayna Ares—. Hubo el tironeo burocrático de siempre... cada grupo me quería a su lado, y yo injurié a ambos bandos y solicité el traslado. De modo que terminé... aquí. No es un puesto muy solicitado, así que no tuve competencia para conseguirlo. Recordé que tú eras de aquí, y que te gustaba. No muchos tienen la oportunidad de montar un Servicio de Inteligencia partiendo de cero en un planeta Clase B. Y contigo y Peter Haldane... ¿no me dijeron un día que te habías casado con él?

—El matrimonio se disolvió el año pasado —explicó Magda—. Lo de siempre.

—Con un encogimiento de hombros, descartó la mirada comprensiva de su ex profesora—. El único problema que se creó fue que ya no nos enviaron juntos a hacer trabajo de campo.

—Si aquí no había servicio de Inteligencia... ¿qué trabajo de campo hacíais?

—Comunicaciones —dijo Magda—. Investigación lingüística: en una época me hicieron registrar chistes y modismos en el mercado, como medio de mantenerse al tanto del idioma y el argot corrientes, para que la gente que *sí tenía* que hacer trabajos de campo no cometiera errores estúpidos.

—¿Y por eso vienes a saludarme y darme la bienvenida en este mi primer día de trabajo? —preguntó Cholayna—. Siéntate..., cuéntame de este lugar. Es una amabilidad por tu parte, Magda. Siempre supe que harías una buena carrera en Inteligencia.

Magda bajó los ojos.

—No era mi idea..., nadie me dijo que estabas aquí. —Decidió que la única manera de acabar pronto con todo era decirlo—. Vine aquí a presentar mi dimisión.

Los ojos oscuros de Cholayna revelaron el asombro que sentía.

—¡Magda! ¡Las dos sabemos cómo es el Servicio! ¡Sin duda deberían haberte ofrecido el cargo, pero siempre pensé que éramos amigas, y que al menos estarías dispuesta a quedarte un tiempo!

A Magda nunca se le había ocurrido algo así. Pero por supuesto, era natural que Cholayna tuviera esa impresión. Deseó que este nuevo Jefe hubiera sido uno completo desconocido, o al menos alguien que no le gustara, no una mujer a la que siempre había querido y respetado.

—¡Oh, no, Cholayna! ¡Te doy mi palabra de que no tiene nada que ver contigo! Ni siquiera sabía que estabas aquí... Estuve afuera hasta anoche... —Se dio cuenta de que tartamudeaba por la ansiedad de convencer a Cholayna, quien frunció el ceño y le indicó, con un gesto, que se sentara.

—Creo que será mejor que me lo cuentes todo, Magda.

Inquieta, Magda se sentó.

—No estuviste en el Concejo esta mañana. No lo sabías. Mientras estuve fuera... hice el Juramento de las Renunciantes. —Ante la expresión perpleja de su colega, se explicó mejor—: En los archivos las llaman Amazonas Libres, pero no les gusta ese nombre. Estoy obligada a pasar medio año en la casa del Gremio de Thendara, para recibir entrenamiento, y después... después no sé muy bien qué quiero hacer, pero no creo que sea trabajar para Inteligencia.

—¡Pero qué oportunidad tan maravillosa, Magda! —exclamó Cholayna—. ¡Ni se me ocurriría aceptar tu dimisión! Si quieres, te pondré en status inactivo durante medio año... ¡pero piensa en la tesis que podrás hacer! Incluso ahora tu trabajo se considera como un ejemplo de excelencia... eso me dijo el Legado. Probablemente sabes más que nadie de las costumbres darkovanas. También me han dicho que la División Médica ha accedido a entrenar a un grupo de Amazonas Libres... —vio la

mueca de Magda y se corrigió—. ¿Cómo las llamaste? ¿Renunciantes? Suena como una orden de monjas... ¿a qué renuncian? Parece un lugar extraño para ti.

Magda sonrió ante la comparación.

—Podría citarte el Juramento. Básicamente a lo que renuncian... renunciarnos, es a la protección de los hombres dentro de la sociedad, a cambio de ciertas libertades. —Le sonaba como una explicación horriblemente inadecuada, pero... ¿cómo podía expresarlo?—. Pero no lo hago para escribir una tesis, ¿entiendes?, ni para suministrar más información a Inteligencia terrana. Por eso vine a presentar mi dimisión.

—Y por eso me niego a aceptarla —dijo Cholayna.

—¿Crees que voy a espiar a mis amigas de la Casa del Gremio? ¡Nunca!

—Lamento que lo veas de ese modo, Magda. Yo no. Cuanto más sepamos acerca de los diferentes grupos de un planeta, tanto más fácil será para nosotros... y para el planeta, porque hay menos posibilidades de que se produzcan malentendidos y problemas entre el Imperio y los de aquí...

—Sí, sí, todo eso lo aprendí en la Escuela de Inteligencia —exclamó Magda con impaciencia—. La misma línea de comunicación doble de siempre, ¿verdad?

—Yo no lo diría así. —En la voz de la mujer mayor se advertía una furia cuidadosamente controlada.

—Pero yo sí, y empiezo a pensar que se le puede dar un uso incorrecto —replicó Magda, y ahora también ella estaba enojada—. Si no quieres aceptar mi dimisión, Cholayna, tendré que irme sin que la aceptes. Darkover es mi hogar. Y si el precio de convertirme en Renunciante es perder mi ciudadanía de Imperio, bien..., entonces...

—Espera un minuto, ¿quieres, Magda? —Cholayna levantó una mano para interrumpir el iracundo torrente de palabras—. Y siéntate otra vez, por favor.

Magda se dio cuenta de que se había puesto de pie, y lentamente se dejó caer en su silla. Cholayna fue hasta la consola que estaba junto a una pared de su despacho y tecleó para conseguir una taza de café; le pidió una también para Magda, y con ambas tazas calientes en equilibrio en la palma de su mano, volvió a su silla junto a la joven.

—Magda, olvida por un momento que soy tu oficial superior, ¿quieres? Siempre pensé que éramos amigas. No esperaba que marcharas sin darme ninguna explicación.

También yo pensaba que éramos amigas, pensó Magda, mientras tomaba su café. Pero ahora sé que en realidad nunca he tenido amigas. No sabía lo que era la amistad. Siempre he estado tan dedicada a ser uno más de los muchachos, que nunca he prestado atención a lo que hacían o no hacían las demás mujeres. Hasta que conocí a Jaelle, y supe lo que era tener una amiga por quien luchar o morir si tenía que hacerlo. Cholayna tampoco es mi amiga, es mi superior, y está utilizando la amistad para obligarme a hacer lo que ella quiere. Tal vez crea que eso es ser una amiga. Ésa es la manera terrana de pensar. Yo ya no soy una de ellos. Si es que alguna vez lo he sido.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Magda? —La mirada amable de Cholayna volvió a confundir a Magda.

Tal vez crea de verdad que es mi amiga.

Empezó por el principio, contándole a Cholayna que Peter Haldane, su amigo y compañero, y por un tiempo su esposo, había sido secuestrado por bandidos que le habían confundido con Kyril Ardais, hijo de Lady Rohana Ardais. Como temía viajar sola, Magda había sido convencida por Lady Rohana para que se disfrazara de Amazona Libre. Cuando más tarde se había encontrado con una banda de verdaderas Renunciantes, dirigida por Jaelle n'ha Melora, se había descubierto el engaño.

—La pena para un hombre que las hubiera invadido con ropas de mujer habría sido la muerte o la castración —explicó Magda—. Para una mujer, la pena es tan sólo que la mentira se convierta en verdad; una mujer no puede gozar de las libertades que concede el Juramento sin haber renunciado primero a la seguridad y a la protección de las leyes específicas de protección a las mujeres.

—Un juramento hecho bajo coacción... —empezó a decir Cholayna, pero Magda sacudió la cabeza.

—No. Se me dio alternativa. Propusieron escoltarme hasta una Casa del Gremio, donde una de las Mayores decidiría, dadas las circunstancias especiales, si se me exigiría simplemente jurar mantener el secreto, y luego me liberarían. —Suspiró, y se preguntó con cansancio si todo aquello había valido la pena—. Eso hubiera sido una pérdida de tiempo valioso; a Peter le ejecutarían en el Solsticio de Invierno, si nadie le rescataba. Elegí con libertad pronunciar el Juramento, pero lo hice con muchas... reservas mentales. Sentía lo mismo que tú sientes ahora. Sólo que desde entonces... he cambiado de opinión.

Sabía que aquello sonaba ridículamente inadecuado. Prosiguió, contando sólo parte de su cruel conflicto mental, cuando había intentado escapar y romper el Juramento, aunque debiera matar a Jaelle, o permitir que su amiga fuera asesinada por los bandidos, y cómo después se había encontrado luchando junto a Jaelle y le había salvado la vida...

Cholayna escuchó la historia en silencio, aunque se levantó una vez para volver a llenar las tazas de café. Finalmente dijo:

—En cierta medida, puedo entender que te sientas obligada.

—No es sólo eso —explicó Magda—. El Juramento se ha convertido en algo muy real para mí. Me siento una Renunciante de corazón... creo que siempre lo hubiera sido, de haber sabido que existía algo así. Ahora... —¿Cómo podía explicarlo? Sorbió el café frío que quedaba en su taza y concluyó, indecisa—: Es algo que *debo* hacer.

Cholayna asintió.

—Me doy cuenta. No sé si hay algún precedente. He oído hablar de hombres que han saltado el muro, que se han vuelto nativos, en algunos planetas del Imperio. No creo, sin embargo, que alguna vez lo haya hecho una mujer.

—Pero yo no he *saltado el muro* —señaló Magda—. Si lo hubiera hecho, ¿acaso estaría aquí en tu despacho, presentándote formalmente mi dimisión?

—Dimisión que no pienso aceptar —dijo Cholayna—. No, escúchame... Yo te he escuchado, ¿verdad? No hay ningún precedente de esto: no creo que un funcionario civil tenga manera de renunciar a su ciudadanía imperial, y es la que elegiste cuando aceptaste los tres años de entrenamiento en la Escuela de Inteligencia...

—He trabajado lo suficiente como para compensar al Imperio...

Cholayna la interrumpió con un gesto.

—Nadie cuestiona eso, Magda. Estoy del todo dispuesta a ponerte en status de inactividad, si es que debes tener esos seis meses... ese medio año..., ¿cuánto dura el año darkovano? Pero ha ocurrido algo que encaja muy bien con lo que me has contado.

Se dirigió a su escritorio y cogió unas hojas impresas.

—Tengo aquí una transcripción de aquella sesión del Concejo —dijo, y Magda echó un vistazo a los impresos—, aquella sesión en la que lord Hastur se vio obligado a aceptar la validez del Juramento de un terrano y en el que las Madres del Gremio dispusieron que los terranos contratarían los servicios de la Renunciante Jaelle n'ha Melora para que ocupara el lugar de Magda en el Cuartel General Terrano, antes de emplear una docena de Amazonas Libres... Oh, muy bien, de Renunciantes —se apresuró a corregir Cholayna—, que debían ser entrenadas en tecnología médica en nuestro Departamento Médico, y posiblemente también en otras ciencias y oficios. Si Jaelle trabaja entre nosotros, y tú estás en la Casa del Gremio, me parece que durante este medio año estarás especialmente calificada para determinar las prácticas de personal de los empleados darkovanos del Imperio, en particular de las mujeres. Estamos dispuestos a considerarte en misión especial. Al vivir entre mujeres darkovanas, podrás averiguar cuáles de ellas pueden soportar el *shock* cultural que implica vivir entre terranos, y también podrás informarnos acerca de cómo debemos tratarlas para lograr la mejor comunicación posible entre terranos y darkovanos. Eres la única persona capaz de hacerlo, si vives realmente en una Casa del Gremio.

Magda tardó un momento en hablar.

—Si ya sabías todo eso, Cholayna, ¿por qué me has pedido que te lo contara?

—Sólo sabía lo que habías dicho —respondió Cholayna—, y lo que las Madres del Gremio habían dicho de ti. No sabía qué sentías al respecto. El que la estudiante fuera una joven maravillosa cuando la conocí, no significaba que la mujer se hubiera convertido en una agente entrenada que mereciera nuestra confianza.

De algún modo, aquellas palabras suavizaron la furia de Magda, y Cholayna prosiguió:

—¿No te das cuenta? Todo esto es para bien de tus Renunciantes, y también para el Imperio... para protegerlas de la peor parte del *shock* cultural cuando vengan aquí. Incluso para saber en qué terranos podemos confiar para que las traten con justicia. Tú sabes perfectamente, como yo lo supe en menos de diez días desde mi llegada,

que Russ Montray es tan capaz de ser Legado, cuando establezcan una Legación en Darkover, como yo de pilotar una nave espacial... No le gusta este planeta, y no comprende en absoluto a esta gente. Y, por la manera en que hablas, creo que tú sí.

¿Está tratando de halagarme, para conseguir que haga lo que ella quiere? ¿O lo dice en serio? Magda también sabía, por supuesto, que Montray era considerablemente menos capaz que ella misma. Sin embargo, en un planeta como Darkover, con sus estrictos papeles tradicionales para hombres y mujeres, Magda también sabía que nunca podría ocupar el cargo de Legado, ni ningún otro cargo comparable, porque los darkovanos nunca aceptarían a una mujer en tan alta posición. La misma Cholayna podía conservar su cargo en Inteligencia sólo porque nunca estaría en contacto directo con los darkovanos, sino solamente con sus agentes de campo.

—Magda, por la manera en que me miras, sé que hay algo en todo esto que te molesta...

—No quiero que parezca que estoy espiando a mis hermanas de la Casa del Gremio...

—Nunca ha sido mi intención pedírtelo —replicó Cholayna—, sólo que establezcas, para nosotros, un conjunto de reglas para los terranos que deban de estar en contacto con las mujeres darkovanas en general, en particular con las Renunciantes al servicio del Imperio. Eso nos beneficiaría, sin duda..., pero creo que beneficiaría aún más a tus Hermanas del Gremio.

No parecía haber manera de negarse. Sin duda, al aceptar estaría haciéndole a Darkover, y a la Casa del Gremio, la clase de servicio que las Madres habían pedido en la sesión del Concejo. Recordó lo que había dicho la Madre del Gremio Lauria:

Hemos venido hoy aquí a ofrecer nuestros servicios legítimos en campos adecuados para lograr una mejor comunicación entre nuestros mundos. Como cartógrafas, traductoras, guías o para cualquier trabajo en el que los terranos necesiten expertos. Y a cambio, sabiendo que el Imperio tiene mucho que enseñarnos, pedimos que un grupo de mujeres jóvenes sea admitido en calidad de aprendices en el servicio médico terrano, para que aprendan esa y otras técnicas científicas...

Y aquello había sido un paso decisivo. Antes, los hombres del Imperio sólo habían podido juzgar la cultura de Darkover en virtud de las mujeres que conocían en los bares del puerto espacial y en la plaza del mercado. Después de escuchar a la Madre Lauria, Magda se había dado cuenta de que ella sería una de las primeras que podrían ir y venir, y construir de ese modo un puente entre su nuevo y su viejo mundo. Agachó la cabeza, capitulando. Todavía era una agente de Inteligencia, por mucho que le pesara.

—En cuanto a tu dimisión... olvídala. No es el tipo de cosas que harías si te lo pensaras mejor. Deja las puertas abiertas. En ambas direcciones. —Cholayna dio unas palmaditas en la mano de Magda, un gesto inesperado que de algún modo logró disminuir la hostilidad de la joven—. Necesitamos saber cómo tratar a las

Renunciantes cuando sean empleadas por los terranos. ¿Cuáles son sus criterios de buen comportamiento? ¿Qué las ofendería o las trastornaría? Y mientras tú estés en la Casa del Gremio, podremos pedirte que hagas la selección final de las mujeres que podemos aceptar, las mujeres mejor calificadas para la División Médica, con mentes abiertas y flexibles con respecto al cambio de costumbres...

—¿De verdad crees que la mayoría son salvajes ignorantes, Cholayna? —preguntó con impaciencia—. ¿Puedo recordarte que, a pesar de su status Cerrado B, Darkover tiene una cultura muy compleja y altamente sofisticada...?

—Con un nivel tecnológico preespacial y preindustrial —respondió Cholayna con sequedad—. No dudo que tengan grandes poetas y una excelente tradición musical, o lo que haga falta para que los de Comunicaciones definan como sofisticada una cultura. Los malgamines de Beta Hydri tienen también una cultura altamente sofisticada, pero practican el canibalismo ritual y los sacrificios humanos. Si es que vamos a darles a esta gente nuestra tecnología altamente sofisticada, debemos tener una mínima idea de lo que van a hacer con ella. Supongo que estás familiarizada con las teorías malthusianas, y con lo que le ocurre a una cultura cuando, por ejemplo, se empieza a salvar la vida de los niños en una sociedad en la que el control de población no puede llevarse a cabo a igual nivel, por razones religiosas o de otra índole... Recuerda el caso de los conejos de Australia... ¿o ya no enseñan más ese ejemplo clásico en Antropología 1-A?

Magda sólo tenía un vago recuerdo del ejemplo clásico, pero sabía lo que afirmaba la teoría: la expansión de la población, debida a la desaparición de depredadores o al incremento de la supervivencia al nacimiento, creaba una expansión exponencial, y el consecuente caos. Los terranos habían sido muy criticados por negar a algunas poblaciones nativas conocimientos médicos, precisamente por esa razón. Magda conocía esa política, y las duras razones en que se fundamentaba.

—Creo que cuando tengas tiempo de pensarlo con tranquilidad, comprenderás por qué debes cooperar con nosotros, incluso para beneficio de tus hermanas de la... —vaciló, buscando la palabra— Casa del Gremio. —Se puso de pie y dijo en tono resuelto—: Buena suerte, Magda. Mientras estés en misión especial, sabes, tendrás dos aumentos de salario.

Ese gesto volvía a poner en servicio a Magda, quien se preguntó si no debería saludar oficialmente.

Y no he logrado hacer lo que vine a hacer, no he presentado mi dimisión. Anhelaba tanto ser una cosa o la otra, no sentirme más desgarrada entre las dos... Mi verdadero yo, el más real, es darkovano. Y sin embargo, soy demasiado terrana para ser darkovana de verdad...

En realidad, nunca había sido ni una cosa ni la otra. Tal vez en la Casa del Gremio descubriría a cuál pertenecía... pero sólo si los terranos la dejaban en paz.

Salió de la oficina de Inteligencia. Durante un momento estuvo tentada de ir a sus

viejas habitaciones a buscar algunas pocas pertenencias queridas. No. No le servirían de nada en la Casa del Gremio, y sólo la proclamarían como terrana. Volvió a dudar, pensando en Peter y Jaelle, que esa misma mañana se habrían casado como compañeros libres... la única clase de matrimonio que podía aceptar una Renunciante. Jaelle le había pedido que fuera a la boda, y Peter también, en señal de que Magda no estaba resentida con él porque ahora amaba y deseaba a Jaelle.

No deseo a Peter. No estoy celosa de Jaelle. Como le había dicho a Cholayna Ares, el matrimonio se había disuelto antes de que ella siquiera conociera a Jaelle. Y sin embargo, de alguna manera sentía que no podía soportar su felicidad de recién casados.

Se apresuró hacia las puertas y las traspuso, quitándose al mismo tiempo su tarjeta de identificación del Cuartel General y arrojándola en un cesto de basura.

Ahora había quemado los puentes: no podía volver sin un acuerdo especial, pues ya no se la admitiría como empleada. En un planeta con Status Cerrado, no había libre acceso entre el territorio darkovano y el terrano. Lo que había hecho la comprometía irrevocablemente con la Casa del Gremio y con Darkover. Caminó apresuradamente por las calles hasta que vio el edificio amurallado, sin ventanas que dieran a la calle, que tenía sobre la puerta un pequeño cartel:

CASA DE THENDARA
GREMIO DE RENUNCIANTES

Hizo sonar la pequeña campanilla oculta y en alguna parte, muy adentro del edificio, oyó que resonaba una campana.

Jaelle n'ha Melora

Jaelle estaba soñando...

Cabalgaba, bajo un cielo extraño y ominoso, como sangre derramada sobre las arenas de las Tierras Secas... Rostros extraños la rodeaban, mujeres sin cadenas, sin ataduras, la clase de mujeres de las que su padre se burlaba, aunque su madre había sido antaño una de ellas... Jaelle tenía las manos atadas con una cinta, pero ésta se quebró y no sabía adonde ir, y en algún lugar su madre gritaba, y el dolor atravesó su mente...

No. Era un ruido, un ruido estridente, de algún modo *metálico*, y una deslumbrante luz amarilla le traspasaba los párpados. Entonces notó que Peter apoyaba el rostro en su hombro mientras se inclinaba sobre ella para interrumpir el ruido estridente. Ahora recordaba; era una señal, una campana despertadora, como la que había oído durante su única visita a la casa de Huéspedes del monasterio de Nevarsin. Pero un sonido tan metálico y estridente no podía compararse con el grave y templado doblar de las campanas del monasterio. Le dolía la cabeza, y recordó la fiesta de la víspera en el área de Recreación del Cuartel General Terrano, con algunos amigos de Peter. Había bebido más de lo normal, bebidas fuertes, con la esperanza de que eso le haría perder la timidez que sentía ante tantos desconocidos. Ahora la velada era solamente una serie de nombres imprecisos que no podía pronunciar, y unos rostros que no se correspondían a los nombres.

—Será mejor que te des prisa, corazón —le instó Peter—, no querrás llegar tarde al trabajo el primer día, y yo no puedo permitirme que me llamen más la atención.

Peter había dejado abierto el grifo de la ducha. Jaelle sentía la espalda dolorida debido a la extraña cama; no estaba segura de si era demasiado dura o demasiado blanda, pero no era adecuada. Se dijo que eso era ridículo. Había dormido en toda clase de lugares extraños, y sin duda una buena ducha helada la despertaría y refrescaría. Para su sorpresa, descubrió que el agua era tibia, acariciante más que vigorizante, y no pudo recordar cómo se regulaba para que saliera fría. De todos modos, estaba despierta, y fue a vestirse.

Peter le había conseguido en alguna parte un uniforme del Cuartel General, y ella se lo puso con esfuerzo. Las ajustadas medias le hicieron sentirse tan incómoda como si tuviera las piernas desnudas. Los zapatos eran ridículamente delgados y bajos. La corta túnica negra estaba ribeteada de azul. La de Peter era igual pero con ribetes rojos. Él le había explicado qué significaban los diferentes colores, pero Jaelle lo había olvidado. La túnica era tan ajustada que no pudo ponérsela por la cabeza, y le llevó cierto tiempo comprender que le habían colocado el largo cierre en la espalda,

en vez de colocarlo delante, donde resultaba más sensato. ¿Para qué querría alguien una ropa tan ajustada, de todos modos? Más suelta, y abrochada en la pechera, hubiera resultado una prenda admirable para una mujer que amamantara, pero así parecía un desperdicio de materiales... si hubiera sido algunos centímetros más suelta, hubiera pasado por la cabeza sin necesidad de ningún tipo de cierre. Era áspera sobre la piel, ya que no le habían dado ninguna túnica interior, pero al menos tenía un cuello de punto que abrigaba, y mangas ajustadas. La joven estaba ante el espejo, con el ceño fruncido, cuando Peter apareció detrás de ella, ya vestido, y la tomó por los hombros. Observó su imagen en el espejo y la abrazó estrechamente.

—Tienes un aspecto maravilloso con el uniforme —dijo—. Cuando te vean, todos los hombres del Cuartel General me envidiarán.

Jaelle se encogió: eso era exactamente lo que le habían enseñado a evitar. Las ropas se ajustaban indecentemente a la curva de su pecho y a su cintura estrecha. Se sintió perturbada, pero cuando él la hizo girar y la abrazó, la joven enterró el rostro en su pecho y mientras estaba en sus brazos toda la tensión pareció evaporarse de ella. Suspiró.

—Ojalá no tuvieras que irte... —susurró.

—Mmmmm, sí —murmuró él; la acarició, posó los labios sobre la nuca descubierta de la joven... pero, de repente, levantó la vista y observó el cronómetro de pared—. ¡Uf! ¡Mira la hora que es! Te dije que no me atrevía a llegar tarde el primer día —exclamó, y se dirigió a la puerta. Ella se sintió helada, a pesar de la ducha caliente, cuando él añadió—: Lo siento, amor, es tarde, pero puedes encontrar sola el camino, ¿verdad? Te veré esta noche.

La puerta se cerró, y Jaelle se quedó sola. Todavía excitada por el abrazo y el beso, se dio cuenta de que él ni siquiera había esperado una respuesta. No estaba en absoluto segura de poder llegar a la oficina donde le habían dicho que se presentara esta mañana, a través del complejo laberinto que era el Cuartel General.

Miró el cronómetro, tratando de traducir el tiempo terrano a las conocidas horas del día. Según sus cálculos, no habían pasado aún tres horas desde la salida del sol. Recordó un comentario burlón de Magda.

No creo que te guste mucho la Zona Terrana, había dicho su amiga. A veces incluso hacen el amor con reloj.

Pero también ella tenía obligaciones esta mañana. No podía quedarse aquí, observando con incomodidad su imagen reflejada en el espejo. Tampoco podía imaginarse entre hombres desconocidos, terranos, con estas ropas indecentes. ¡Ni siquiera una prostituta andaría con semejante atavío! Con manos temblorosas, se lo quitó y se puso sus propias ropas. Además, el uniforme no era lo bastante caliente para el clima de fines de primavera. En el interior de los edificios, calentados hasta un punto casi sofocante, el uniforme podía ser suficiente, pero ella tenía que salir... Observó el pequeño mapa del Cuartel General que Peter le había dejado, y trató de discernir las confusas marcas.

Encontró su camino, estremeciéndose bajo la llovizna matinal, hasta el edificio principal, y mostró el pase que Peter le había dado. El hombre de Seguridad le dijo:

—¿Señora Haldane? Con este tiempo, debería haber venido por el túnel subterráneo —y ella miró a su alrededor y vio que no se veía a nadie caminando por las complicadas calles y rampas.

Se las arregló para descifrar las señales. Peter le había dado un curso relámpago para leer las señales más comunes, y le había enseñado un poco de Standard, que en realidad no era muy diferente del *casta*: le habían dicho una vez que descendían de un grupo lingüístico común, antes de que Darkover fuera colonizado, y que el *casta* era por lo tanto similar al idioma terrano más común. Se sentía reticente a pedir indicaciones a los hombres y mujeres que se desplazaban por los edificios parecidos a conejeras. Todos tenían el mismo aspecto con sus pantalones ajustados, sus túnicas de diversos colores y las delgadas sandalias bajas. Subió y bajó un par de veces en el ascensor hasta darse cuenta de cómo funcionaba. No era complicado, una vez que uno comprendía por qué alguien podría *molestarse* en aprender. ¿Es que los terranos sufrían alguna parálisis racial de las piernas o algo parecido que les impedía subir o bajar escaleras? Supuso que el ascensor tenía sentido cuando había veinte o treinta pisos en un edificio, pero... ¿por qué los construirían tan altos? ¡Tenían suficiente espacio en el Cuartel General del Puerto Espacial como para construir de modo racional!

Al menos, a las piernas de Peter no les pasaba nada, pensó con una sonrisa. Tal vez sólo se trataba de pereza por parte de los terranos.

En la puerta de la sección que Peter le había señalado en el mapa —además estaba indicada por uno de esos signos que simbolizaban la palabra terrana para Comunicaciones— se presentó ante un hombre destacado allí.

—Mi nombre es Jaelle n’ha Melora —dijo, y le extendió su pase.

—Preséntelo ante la pantalla —contestó él con tono indiferente.

Ella deslizó el pase por la ranura, y la pantalla empezó a parpadear con un extraño pitido.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre.

Jaelle observó impotente la pantalla que parpadeaba y sonaba.

—No sé... —empezó a decir—, me ha rechazado el pase... —y lo recogió, perpleja, de la ranura.

El hombre miró el pase y luego la pantalla. Frunció el ceño.

—No lleva uniforme —dijo—, y la máquina no la identifica por la foto... ¿se da cuenta? Y el nombre que dio no concuerda con el que figura en el pase, miss. —Ella supuso que el apelativo era un rústico y honorífico equivalente del cortés *damisela*. ¿Debía de corregirlo? Con paciencia, el hombre señaló el nombre que figuraba en el pase y explicó:

—Tiene que repetir el nombre tal como se consigna en el pase, ¿comprende? *Señora de Peter Haldane*. Intente decirlo así.

Ella empezó a protestar, diciendo que su nombre era Jaelle, que el Juramento de Renunciantes prohibía tomar el nombre de un hombre, pero se interrumpió de repente. No era asunto de él... y de todos modos, ¿cómo podría explicárselo a un terrano? Dócilmente repitió «Señora de Peter Haldane» ante la pantalla, y la puerta se abrió, permitiéndole el paso. Recordó que la noche anterior algunos amigos de Peter —no sus mejores amigos— la habían llamado señora Haldane, y ella había tenido que corregirlos. Pero entonces, ¿ése era también el nombre de Magda?

Entró en una habitación enorme iluminada por el omnipresente resplandor amarillo. Junto a la pared había máquinas extrañas que no reconocía. Una joven se puso de pie detrás de una mesa angosta, para recibirla.

—Soy Bethany Kane —dijo—. Tú debes ser Jaelle. —Su *cahuenga*, el idioma de la Ciudad Comercial, era apenas inteligible, por lo que Jaelle a duras penas reconoció su propio nombre. Bethany la condujo hasta una mesa con paneles de vidrio y otros equipos extraños—. Deja tus cosas aquí y empecemos. Se supone que debo llevarte a Básica y a Médica.

Jaelle notó que era un discurso memorizado —obviamente, no había traído ninguna «cosa» que pudiera dejar, y parecía como si la joven quisiera decir más cosas, pero no pudiera—. Siguiendo un impulso, respondió en *casta*.

—Magda me habló de su amiga Bethany... ¿eres tú?

Bethany respondió con una sonrisa de alivio.

—No sabía que hablabas el idioma de la ciudad, Jaelle... ¿así se pronuncia? ¿Dya-el?

Bethany era una mujer menuda, con pelo castaño, ojos pardos... *como los de un animal*, pensó Jaelle... y se veía bonita y redondeada con el uniforme de corte tan poco decente. ¿Cómo era posible que una mujer se exhibiera de ese modo en una oficina donde había hombres y mujeres? Tal vez, si sólo hubiera mujeres, no parecería tan... tan... —Jaelle buscó la palabra exacta— tan deliberadamente provocativo. Sin embargo, estas mujeres trabajaban con los hombres en términos cordiales, y nadie parecía darse cuenta. Archivó ese conocimiento para posteriores reflexiones mientras trasponían distintas puertas ante hombres uniformados. Bethany, tomando su pase garabateado, la condujo a través de diversos túneles y ascensores. Jaelle tuvo la impresión de que recorría millas y millas de corredores. Sus pies con sandalias, acostumbrados a las fuertes botas con cordones, ya le dolían cuando llegaron a destino. Descartó su teoría de que los terranos eran perezosos.

Con todo lo que tenían que caminar, y tan rápido, tal vez necesitaran todos esos ascensores.

Las horas que siguieron fueron las más confusas de su vida. Estuvo en un lugar donde las luces centelleaban y la deslumbraban, y un momento más tarde apareció en una ranura una pequeña tarjeta laminada con un retrato que, por un momento, Jaelle no reconoció como propio; una mujer menuda de pelo rojo y aspecto serio con una mirada casi atemorizada. Bethany vio el gesto de disgusto de la joven ante la foto y se

rió.

—Oh, todos salimos así de mal en las fotos de Identidad. Como si estuviéramos alienados y nos fotografiaran antes de ingresar en la cárcel. Tiene que ver con las luces y la pose. ¡Tendrías que ver mi foto!

Pero aunque Jaelle esperó que se la mostrara, Bethany no lo hizo, y la joven supuso que se trataba de alguna expresión figurativa, ruido social. Luego un caballero mayor, rollizo y amable, que hablaba un excelente darkovano, la interrogó largo y tendido acerca de su lugar de nacimiento («¿Shainsa? ¿Dónde queda exactamente?», y al final le hizo dibujar un mapa aproximado del camino entre las Ciudades Secas y Thendara), su edad, su fecha de nacimiento, y le pidió que pronunciara su nombre una y otra vez mientras él lo escribía con símbolos precisos que, según le dijo, ayudarían a los demás a pronunciarlo con precisión. Jaelle se preguntó por qué no se lo decía, simplemente, o por qué no usaba las omnipresentes grabadoras de voz... por un momento se había alarmado al escuchar su propia voz salir de una de ellas. Pero ya sabía que aquí habría muchas cosas que le resultarían extrañas. Una vez, él la llamó «señora Haldane», y cuando ella le corrigió, el hombre sonrió con amabilidad y dijo:

—Es la costumbre del país, mi querida muchacha.

Usó la expresión, que en darkovano hubiera resultado de una intimidad ofensiva, de manera tan paternal que Jaelle se sintió casi agradecida en vez de ofendida.

—Recuerda, joven, que te encuentras ahora entre bárbaros terranos, y que tendrás que soportar nuestras costumbres tribales. Así es más simple para los archivos. Compartes las habitaciones con Haldane, ¿verdad? Bien, ahí tienes.

—Sí, pero soy Renunciante, y no acostumbramos llevar el apellido del esposo...

—Como dije, ésa es nuestra costumbre —dijo el hombre—. ¿Hay en Darkover algún proverbio parecido a «cuando estés en Roma, haz como los romanos»?

—¿Quiénes fueron los romanos?

—Dios lo sabrá, yo no. Supongo que algún antiguo pueblo territorial. Podríamos traducirlo así: cuando vivas entre bárbaros, sigue sus costumbres lo mejor que puedas.

Jaelle lo pensó, y sintió que en su rostro se dibujaba una sonrisa.

—Sí, nosotros decimos: «Si estás en Temora, come pescado.»

—Por lo que recuerdo, Temora es una ciudad marítima —caviló él. Se puso a teclear en la extraña consola con dedos ágiles (ella esperó que no le pidieran que usara máquinas cuya operación demandaba tanta destreza), y unas luces silenciosas se encendieron en un panel de cristal ante él. Hubo un *bip*, y él alzó la vista cuando aparecieron una buena cantidad de letras iluminadas en la pantalla—. Me olvidaba. Tómale las huellas, ¿quieres, Beth?

—¿Dedos, ojos, o ambas?

—Será mejor que ambas.

Bethany condujo a Jaelle hasta otra máquina y guió su mano hasta apoyarla sobre

un panel de vidrio curiosamente liso; unas luces centellearon, y luego Bethany le hizo poner la cara en otro panel que tenía un apoyo para el mentón. Jaelle se echó atrás cuando las luces le deslumbraron, pero Beth le dijo, con tono tranquilizador:

—No, mantén la cabeza quieta y los ojos abiertos. Tomamos huellas de la retina para una identificación más precisa. Las huellas digitales pueden ser a veces falsificadas, pero las oculares nunca.

Tuvo que realizar dos intentos más antes de poder dominar su reflejo involuntario, y de lograr no echarse atrás y cerrar los ojos. Finalmente, sujetaron una tarjeta laminada sobre su túnica, con su foto en una esquina y unos símbolos extraños que eran, según le dijeron, sus huellas codificadas.

—Debes usar el uniforme, ¿sabes? —le dijo Bethany—. Ya dos veces hoy has hecho sonar los monitores con la alerta contra intrusos... Están programados para ignorar a cualquiera que lleve uniforme, por los códigos que hay dentro del parche de la túnica. Guió los dedos de Jaelle para que palpara la rugosidad, como de metal, que había en el interior del cuello de su túnica. Jaelle pensaba que se había roto y lo habían zurcido, pero evidentemente, era a propósito. Por fortuna, el guardia de la puerta principal vio tu pase y nos avisó que no habías venido sin uniforme hoy. Pero úsalo mañana, sé buena chica, ¿quieres? Simplificará mucho las cosas.

Muy simple: ¡que todo el mundo tenga el mismo aspecto, como si fuéramos soldaditos de juguete!

—Sé que estás trabajando con Lorne —prosiguió el hombre—, pero ella consiguió ir sin uniforme porque, como trabajaba directamente para la oficina del jefe, podía permitírselo. —Lorne, por supuesto era el nombre que Magda usaba en el Cuartel General, pero el resto no le resultó inteligible, salvo el hecho de que por alguna extraña razón, tal vez un ritual supersticioso, ella debía usar el uniforme para impedir que las alarmas sonaran dentro del edificio. Probablemente, no valía la pena discutir.

—Está bien por hoy, que es tu primer día —agregó el hombre—, pero mañana ven de uniforme, ¿quieres? Y usa el distintivo en todo momento. Identifica tu rostro y el departamento al que perteneces.

—¿Por qué debo mostrar mi rostro, cuando ya lo llevo puesto? —preguntó Jaelle.

—Para que podamos ver que tu credencial coincide con tu rostro, e impedir que una persona no autorizada entre en las áreas de Seguridad —dijo el hombre, y Jaelle, que ya estaba confundida, decidió que no valía la pena seguir preguntando por qué alguien debería entrar en zonas donde no tenía nada que hacer. Porque de hecho, aquí no había nada interesante para ver—. Llévala a Médica, Beth, aquí hemos terminado con ella —dijo el hombre—. Buena suerte, señora Haldane... quiero decir, Jaelle. ¿Dónde van a ponerla, Beth? No pueden asignarla a la oficina del Jefe. Tiende a hacer... —vaciló— comentarios rudos. Acerca de la... procedencia de ciertas personas...

Jaelle se preguntó si el hombre creía que era sorda o débil mental. Conocía a

Montray, y nadie que tuviera un mínimo de capacidad telepática podía dudar de que no le gustaban Darkover ni los darkovanos. Pero era cortés por parte del hombre tratar de no herir sus sentimientos: era la primera cortesía dispensada por los terranos, que eran a menudo amistosos pero rara vez corteses. O al menos, no como ella entendía la cortesía, pues parecían tener criterios diferentes. Sólo cuando llegó al vestíbulo advirtió que, a pesar de que había contestado a gran cantidad de preguntas sobre ella misma, nadie se había molestado en presentarle a ese hombre, del que ni siquiera conocía el nombre.

—Próxima parada, División Médica —comentó Bethany.

Y Jaelle, que ya conocía la palabra terrana, después de las largas discusiones sobre si se debía permitir o no a las Renunciantes convertirse en técnicas médicas, protestó:

—¡Pero no estoy enferma!

—Simple rutina —dijo Bethany, dándole una respuesta que se había repetido con tanta frecuencia durante aquel mismo día que Jaelle la identificó, aunque aún no sabía qué significaba, como una réplica ritual destinada a terminar las discusiones. Bien, le habían dicho que era grosero preguntar por los rituales religiosos de otros, y los terranos parecían tener algunos realmente muy extraños de verdad.

Esta vez subieron más que antes, y Jaelle, echando un vistazo por una ventana, no pudo reprimir un estremecimiento involuntario: debían estar tan alto como en el Paso de Scaravel, se dijo, y se aferró a una barandilla, mareada. ¿Acaso sería una manera de probar su valor? Bien, una mujer que se había enfrentado con las ventiscas de los Hellers y con las *banshees* de los desfiladeros de montaña no se arredraría ante la altura. De todos modos, Bethany parecía totalmente despreocupada.

En aquel piso había un uniforme diferente y, como iba a participar en el curioso ritual que estaba a punto de producirse, fuera el que fuese, no se quejó cuando le quitaron sus ropas de Amazona, de lana y cuero, y la cubrieron con una túnica blanca hecha de papel. Todos los empleados llevaban el mismo símbolo en sus túnicas, un báculo erguido en el que se enroscaban dos serpientes, y ella se preguntó si los emblemas laborales reemplazaban aquí los blasones familiares o de clan. Se sentó en distintos bancos mientras se llevaban a cabo diversos procedimientos peculiares, fue tocada y explorada con distintas máquinas, y también le pincharon un dedo con agujas. Ante esto, retrocedió, y Bethany le explicó:

—Quieren mirar tu sangre, a través de un... —utilizó una palabra compleja y, ante la mirada de incompreensión de Jaelle, explicó—: Un cristal especial para ver las células de tu sangre... para ver si es sangre sana.

Le pusieron una placa de vidrio en la boca, y la envolvieron del pecho a las rodillas con una pesada tela tratada con metal, y luego la dejaron sola con la máquina, que empezó a producir un extraño zumbido, que la hizo sobresaltarse. La joven técnica, una muchacha de la edad de Jaelle con pelo rizado y rubio, soltó una imprecación, y una vez más Bethany se apresuró a explicarle que sólo estaban

tomándole una foto de su dentadura para ver si tenía cavidades o raíces dañadas.

—Podrían preguntármelo —dijo Jaelle, irritada, pero cuando lo intentaron otra vez, la joven contuvo el aliento y se quedó tan quieta como pudo. La técnica miró la placa de los dientes de Jaelle y dijo a Bethany que nunca había visto nada igual.

—Dice que tienes dientes perfectos —tradujo Bethany, y Jaelle respondió, ofendida, que ella misma se lo podría haber dicho desde el principio.

Después la llevaron a una habitación colmada de máquinas, y el técnico que estaba a cargo de ellas, un hombre que hablaba darkovano mejor que los demás, salvo el que la había interrogado durante tanto tiempo en el lugar de las fotografías, le dijo:

—Ve detrás de esas cortinas, y quítate toda la ropa. Desnúdate. Después debes salir por allá y caminar siguiendo esa línea blanca pintada. ¿Comprendes?

Jaelle le miró horrorizada: más de un tercio de los técnicos que operaban con las máquinas eran varones.

—No puedo —dijo, aferrándose, con pánico, al brazo de Bethany—. ¿De veras me está diciendo que camine entre todas esas máquinas, completamente desnuda?

—Las máquinas no te harán daño —dijo Bethany—. Son los nuevos scanners computerizados, nada de rayos X, nada dañoso o mutagénico. Yo lo haré primero, para demostrártelo, ¿quieres?

Dijo algo en terrano a los técnicos, y luego tradujo para Jaelle:

—Les dije que primero lo haría yo, para mostrarte que no hace daño.

Empezó a quitarse la ropa, y Jaelle, mientras la observaba, tomaba notas mentalmente... *¿De modo que así es como se abren los cierres de la espalda? ¿Las medias de verdad se rompen con tanta facilidad, que ella tiene tanto cuidado en no engancharlas con las uñas?*

—Programa el detector de metales para que tenga en cuenta el metal de los empastes de mis muelas, Roy. La última vez sonó, y me tuvieron media mañana yendo y viniendo.

—Amalgamas, muelas, está bien —dijo el hombre, haciendo algunos ajustes a la máquina—. Eso no es nada, el otro día tuvimos a Lucy, de Comm y nos olvidamos de sacar su ficha, y no programamos las máquinas para que ignoraran su DIU. ¡Y por supuesto el detector también se vuelve loco con alguien que tenga un clavo en la cadera! Vamos, Beth.

Y cuando Bethany caminó, completamente desnuda, entre las máquinas, Jaelle observó que ellos la ignoraban absolutamente, como si fuera un varón o estuviera vestida. Pero cuando Bethany regresó para ayudarla a salir del cubículo, Jaelle siguió inmóvil.

—Ya has visto, las máquinas no te harán daño, es solamente luz.

—Pero... son hombres...

—Son médicos —dijo Bethany—. Para ellos no eres más que un conjunto de huesos y órganos. Se sentirían más ilusionados con una fractura de Colles que contigo, aunque tuvieras los senos más maravillosos del universo. Ve... ¡les estás

haciendo esperar!

Jaelle no la comprendió del todo, pero supuso que Bethany trataba de decirle que los hombres —¿médicos?— eran como monjes o sacerdotes curadores, que no se interesaban por nada más que su trabajo. Tensa, salió de su cubículo, pero para su gran alivio, nadie alzó la vista, ni hombres ni mujeres, sino que permanecieron concentrados en las máquinas. Una de las mujeres le preguntó en defectuoso darkovano:

—¿Algo de metal? ¿En los dientes, clavos, algo?

Jaelle mostró las manos vacías.

—¿Dónde podría llevarlo? —preguntó, y la mujer sonrió.

—Bien. Camina hacia allá... gira. Detente. Levanta un brazo. El otro. —Jaelle se sentía como una caprina amaestrada que hace piruetas—. Ahora vuelve a girar... baja el brazo... ¿Ves? Las máquinas no dañan...

Cuando se vestía de nuevo, le preguntó a Bethany:

—¿Qué *hacen* esas máquinas?

—Fotos de tu interior, ya te dije. Les dicen si estás sana.

—Y como yo ya te dije; yo podría habérselo dicho —dijo Jaelle—. Salvo por una o dos heridas sufridas en batalla —durante sus primeros años como Amazona, había luchado como mercenaria junto a Kindra— y una muñeca fracturada por una caída de caballo a los dieciséis años, mi salud siempre ha sido perfecta.

Después la condujeron y la estiraron en un diván, le pusieron unas placas pegajosas en la cabeza, y la dejaron acostada. Se quedó dormida, y cuando despertó tenía un terrible dolor de cabeza, no muy distinto del que había sufrido a los quince años, cuando lady Alida la había obligado a mirar en una matriz.

—Es muy resistente —comentó uno de los hombres, mientras ella despertaba, y otro respondió:

—Es normal en la población nativa. No está habituada al entorno tecnológico. Beth dice que se asustó con las máquinas fluoroscópicas. Eh, cállate... ya está despierta. ¿Puede entendernos, miss?

—Sí, perfectamente... oh, ya veo. Una máquina para enseñar idiomas. —Aquello no era nada: cualquiera del Comyn podría haberlo hecho con una matriz y un telépata bien entrenado.

—¿Dolor de cabeza? —Sin esperar la respuesta, el médico le alcanzó una pequeña taza de papel que contenía más o menos una cucharada de un líquido verde pálido en el fondo—. Bebe esto.

Bebió. Él recogió la taza vacía, la aplastó entre sus manos y la arrojó a un colector de desperdicios. Jaelle observó, asombrada, cómo se convertía en una pálida sustancia y desaparecía por el desagüe. Había sido una taza, y al momento siguiente, sin transición, se había convertido en una sustancia pálida, descartada y destruida con deliberación. Sin embargo, no estaba gastada, no era vieja, todavía podía sentir en su mano el contacto, su *realidad*. Todavía podía sentirla, pero la cosa en sí misma había

desaparecido. *¿Por qué?* Unos minutos después, mientras volvía a ponerse su propia ropa, Bethany le dijo que arrojara la túnica de papel en otro colector de residuos. Seguía siendo confuso para ella ver que las cosas se disolvían y desaparecían, que dejaban de existir. El hombre que había operado la máquina idiomática —había oído que la llamaban corticador D-Alfa— le entregó un paquete de discos.

—Éstas son tus lecciones de Standard para el resto de la semana —explicó—. Pídele a tu esposo que te enseñe a usar el aprendisueño, y podrás seguir adelante tú sola.

¡Otra máquina! Tampoco le habían presentado a este hombre, pero ahora ya estaba acostumbrada a la grosería, y no se sorprendió cuando Bethany le dijo que se diera prisa o llegarían tarde para el almuerzo. Se había estado apurando toda la mañana, pero los terranos estaban siempre corriendo, urgidos por los cronómetros que se veían por todas partes, y Jaelle supuso que habría buenas razones para servir las comidas puntuales: era de mala educación hacer esperar a las cocineras. Pero no había cocineras ni cocineros visibles, sólo máquinas, y le desconcertó tener que pulsar botones para conseguir comida, pero imitó lo que hacía Bethany. De todos modos, la comida era poco familiar: potajes espesos, bebidas calientes, y porquerías blandas y texturadas. Hundiendo el tenedor en una mezcla rojiza, preguntó que era, y Bethany se encogió de hombros.

—La ración diaria: una especie de carboproteína sintética, supongo. Sea lo que fuere, se supone que es buena para uno.

Ella comía su porción con apetito, sin embargo, así que Jaelle trató de tragar un poco.

—La comida de la cafetería principal es mejor que ésta —le dijo Bethany—. Éste es tan sólo un lugar al paso, para comer y salir corriendo. Sé que ha sido una mañana aburrida, pero siempre es así en un trabajo nuevo.

¿Aburrida? Jaelle pensó en el último trabajo que había tenido, con su socia Rafaella. Habían organizado una caravana comercial a Dalereuth. Se habían pasado el primer día hablando con su jefe, averiguando cuántos hombres tenía y cuántos animales, inspeccionando las bestias de carga y acomodando los bultos, visitando a los talabarteros para que embalaran la carga como era debido. Mientras Rafi se había ido a alquilar algunos animales extra, Jaelle había interrogado a los hombres para descubrir sus preferencias alimenticias y había ido a comprar las provisiones y organizar su entrega. Monótono, tal vez, trabajo duro... ¡pero para nada aburrido!

La comida era demasiado extraña para comer mucho; ni siquiera hubiera podido tragarla si no hubiera estado famélica tras una mañana sin desayuno. Las texturas eran demasiado lisas, los sabores demasiado dulces o demasiado salados, con un fuerte amargor que casi le dio náuseas. Al menos Bethany trataba de ser amable con ella.

Escarbando en su mente, se dio cuenta de que seguía furiosa por haber tenido que caminar desnuda entre las filas de máquinas. Ninguno de los hombres había sido

ofensivo, ni siquiera habían advertido que era una mujer. Deberían haberlo advertido.

Advertirlo, no mirar ofensivamente, sino darse cuenta de que ella *era* una mujer y que sentiría algo al tener que exhibirse desnuda ante desconocidos. Tal vez hubieran debido poner todas las máquinas a cargo de mujeres, sólo para señalar que comprendían sus sentimientos naturales. Jaelle aborrecía la idea de que la consideraran *nada*, solamente otra máquina que por casualidad vivía y respiraba, ¡una máquina que nadie hubiera advertido si hubiera llevado puesto el uniforme! *Un montón de huesos y órganos*, había dicho Bethany. Se sentía despersonalizada, como si al tratarla como una máquina la hubieran convertido en una de ellas.

—No intentes comer esa cosa si no te gusta —le dijo Bethany, reparando en que luchaba por tragar—. Tarde o temprano descubrirás cuáles cosas te gustan y cuáles no, y puedes conseguir comida nativa... oh, lo siento, quiero decir comida naturalmente cocinada, cosas más parecidas a las que estás acostumbrada a comer... Algunas personas prefieren los alimentos sintéticos, eso es todo... Los alfanos, por ejemplo, tienen objeciones religiosas a comer cualquier cosa que haya estado viva, de modo que tenemos que suministrarles dietas completamente sintéticas, y es más fácil y más barato distribuir las también aquí entre el personal. No son tan malas cuando uno se acostumbra —siguió parlotando mientras Jaelle parpadeaba pensando en un mundo donde todos comieran estas cosas, no por conveniencia o por economía sino porque tenían escrúpulos religiosos que les impedían comer cualquier cosa que alguna vez hubiera tenido vida. Suponía que, después de todo, esa actitud mostraba un sentido ético muy elevado. De todos modos, ella no podía hacer nada al respecto.

Para entonces ya era inmune a los *shocks*, de modo que arrojó su plato semivacío a uno de los ubicuos colectores de residuos, y vio cómo se transformaba en un líquido que se iba por el desagüe. Una pérdida pequeña, pensó. Otra vez arriba, en una de las grandes oficinas sin ventanas, sintió la inquietud causada por una incipiente claustrofobia: le desasosegaba no saber si estaba en el piso cuatro o veinticuatro. Se dijo que no podía esperar que las cosas le resultaran familiares, estando entre terranos, y que al menos era una experiencia nueva. Pero los ruidos extraños y los zumbidos de fondo de las máquinas le destrozaban los nervios. Bethany le mostró un escritorio.

—Éste es el lugar de Lorne, aunque ni siquiera cuando estaba aquí lo usaba mucho, ya que en general trabajaba en la oficina de Montray, arriba. Pero cuando me dijeron que tú venías, lo hice limpiar y arreglar para ti. No te gustaría trabajar con Montray, es un... —Usó una expresión que Jaelle no comprendió, comparándolo con algún animal desconocido, pero el tono de desaprobación expresaba perfectamente la intención. Recordó también lo que había escuchado en la División Médica... Por lo visto, Montray era alguien que no trataba a los darkovanos con cortesía. ¿Cómo, se preguntó, había llegado este hombre a una posición de autoridad, si sus fallos de carácter eran tan extremos que incluso su propio personal los comentaba? Decidió preguntárselo a Peter. No sabía cómo plantear la pregunta a Bethany sin implicar toda

clase de cosas insultantes con respecto a los terranos en general.

De un tirón, Bethany le explicaba cómo usar el impresor vocal, el micrófono de garganta, la tecla para borrar, la manera en que las palabras se imprimirían en la pantalla que tenía delante de sí.

—No tienes que hablar en voz alta, sólo subvocalizar. —Pulsó una tecla y dijo—: Aquí, así, mira...

En la pantalla, impresas con letras luminosas, aparecieron las palabras: AQUÍ, ASÍ, MIRA... Jaelle tragó saliva con esfuerzo mientras las descifraba.

—¿No sería más simple que se lo contara a la persona que necesita saberlo?

Bethany se encogió de hombros.

—Supongo que podría hacerse, pero lo necesitamos para los archivos... para que el próximo Director de Operaciones, y el que venga después, puedan tenerlo todo con tus propias palabras, dentro de muchos años.

—¿Por qué alguien habría de tener interés, digamos dentro de cincuenta años, cuando ya no estemos aquí, y Rimal di Scarp esté muerto?

—Bien, queda en los archivos —dijo Bethany, también perpleja. *Esa palabra, otra vez*—. Ya la semana que viene, tu memoria habrá distorsionado lo ocurrido... en realidad deberías haber informado, y también Magda, en cuanto ocurrió, aunque según entiendo, no fue posible..., todos pasasteis el invierno en Ardais, aislados por la nieve, ¿verdad? Pero tenemos que registrarlo todo, con la mayor claridad posible. Entonces otros directores de departamentos, o incluso la gente de otros planetas del Imperio, tendrán acceso a esa información, incluso dentro de cien años. Todo queda permanentemente registrado.

Pero eso, pensó Jaelle, era imposible: era imposible que alguien diera un informe con esa clase de objetividad permanente, definitiva, congelada. Eligió con cuidado las palabras para intentar expresar su desasosiego:

—Pero la verdad que puedo decir ahora acerca de lo ocurrido en Sain Scarp no es la verdad que hubiera dicho entonces. Y lo que diga ahora no será la verdad dentro de cincuenta años. Tendría que recordarlo todo, dentro de cincuenta años, para ver cuál es la verdad entonces, porque la única verdad será lo que recordemos... y no sólo yo, sino también Margali... lo que Magda recuerde, y lo que Peter recuerde, y también lo que lady Rohana y el mismo Rimal di Scarp recuerden.

Bethany sacudió la cabeza. Estaba claro que no comprendía lo que Jaelle trataba de expresar.

—Me temo que es demasiado complicado para mí —dijo—. Simplemente, di todo lo que puedas recordar, y nos preocuparemos por esa clase de verdad definitiva en otra ocasión, ¿te parece?

—¿Pero a *quién* le estoy informando?

—¿Acaso importa? Cuéntalo tal como se lo contarías a cualquiera que te preguntara qué ocurrió allí. Incluye todos los detalles que recuerdes... otra persona editará el texto, y si hay cosas irrelevantes, las eliminará.

—¿Pero cómo sé lo que debo decir, si no sé a quién se lo estoy diciendo? —preguntó Jaelle, otra vez desconcertada—. Quiero decir, si me pidieras que te lo contara a ti, lo haría de una manera, y si, digamos, me lo pidiera el Consejo del Comyn, lo contaría de otra...

Bethany suspiró, y Jaelle percibió su frustración.

—Creo que mi *casta* no es tan bueno como pensaba. Me ha parecido que me decías que contarías dos historias diferentes, una a nosotros y otra a tu gente. No es eso lo que quisiste decir, ¿verdad? —Ante el vigoroso gesto negativo de Jaelle, Bethany asintió y prosiguió—: Eso pensé, me pareces muy honesta, y Magda habló muy bien de ti. No podía creer que tuvieras dos caras. Te diré qué haremos: simplemente, cuéntale la historia a la máquina, como si se la estuvieras contando a una de tus compañeras del Gremio, a una de las Mayores... ¿cómo las llamáis?

—¿Madres del Gremio?

—Creo que sí. Cuéntala como si estuvieras hablando con una de tus Madres del Gremio, ¿qué te parece?

Sujetó el micrófono, con su broche en forma de serpiente, al cuello de la túnica de Jaelle.

—Ésta es otra buena razón para usar el uniforme: el uniforme estándar de tu sección tiene un bolsillo en el cuello para un micrófono impresor, y puedes guardarlo allí en vez de tener problemas con los broches. —Hizo una demostración con su propia túnica.

Jaelle hizo un gesto de disgusto ante la idea de estar conectada con alguna máquina, pero supuso que se acostumbraría. No era peligroso, y ella no era la salvaje que ellos creían. ¡De ella dependía no sentir pánico como un pez en un árbol!

—Ahora habla con suavidad, o incluso subvocaliza. No me quedaré contigo, eso sólo te pondría nerviosa, pero estaré allí en mi escritorio si me necesitas para algo —dijo, y se marchó.

Jaelle se quedó inmóvil, sentada, tratando de decidir qué haría primero. Dijo casi en voz alta:

—Aún no estoy segura de poder manejar esta cosa... —Y oyó el suave zumbido y el sonido de tecleo. Aparecieron letras luminosas en la pantalla y vio escritas con las aún poco familiares letras del terrano estándar, sus palabras en casta: «Aún no estoy segura...»

Disgustada, pulsó la tecla de borrado y vio que las letras desaparecían con un centelleo de luces, al igual que su plato y taza de papel habían desaparecido antes, convirtiéndose en nada. *¿Hay algo permanente aquí?*, se preguntó. Sin embargo Bethany había dicho que su informe sería accesible en cualquier época. Era una idea tranquilizadora.

—No sé por dónde empezar... —dijo lentamente, y cuando la máquina zumbó otra vez, vio que las letras se iluminaban sobre la pantalla. Pero esta vez, no la perturbó. ¿Cuántas veces había empezado con esas mismas palabras un informe a

Kindra, o a una de las Madres, acerca de una misión cumplida o frustrada? Como si se encontrara sentada en la gran sala de reuniones de la Casa del Gremio de Thendara, con las Madres del Gremio y sus hermanas esperando que les contara lo que había hecho, empezó su relato de manera compuesta y formal.

—Cierta noche, unos diez días antes del Solsticio de Invierno, viajaba rumbo al norte, hacia el monasterio de Nevarsin. Me acompañaba una banda de *Comhii-Letzii* en la que yo, Jaelle n’ha Melora, actuaba como líder electa. Sus integrantes eran Gwennh n’ha Liriel, Sherna n’ha Lia y Devra n’ha Rayna, que se dirigían a relevar a tres de nuestras hermanas que habían estado viviendo en Nevarsin, copiando los registros, y Camilla n’ha Kyna, mi hermana de juramento, como escolta y guardia. A causa de una tormenta inminente, acampamos en un refugio de viaje situado a media jornada de viaje, hacia el norte del Paso de Andalune. Descubrimos que el lugar ya estaba ocupado por un grupo de hombres desconocidos, unos doce, pero invocando la tradicional neutralidad de los refugios de viaje, los saludamos cortésmente y establecimos nuestro campamento en el otro extremo del edificio. Poco después del anochecer, una mujer que viajaba sola y que vestía las ropas de Renunciante, entró en el refugio. Se identificó como procedente de la Casa del Gremio de Temora, y le dimos la bienvenida. Esta mujer, luego supe que era Magdalen Lorne...

Le costó pronunciar el nombre terrano de Magda, y estuvo casi segura de que lo que aparecía en la pantalla, no era nada parecido al nombre de Magda en letras terranas. Lo había visto escrito una vez. Seguramente, lo había pronunciado tan mal, que la máquina no había podido compensarlo y sólo había hecho una transcripción fonética de lo que ella había *dicho*. Pulsó la tecla para borrar y, mordiéndose los labios, llamó a Bethany para preguntarle cuál era la ortografía correcta.

Para su enorme alivio, Bethany no pareció exasperada, ni le dio a entender que le había preguntado algo terriblemente estúpido: se limitó a deletrear el nombre, y regresó a su escritorio, Jaelle prosiguió.

—No sabíamos que era terrana ni agente de Inteligencia. Simplemente, la recibimos entre nosotras y compartimos la comida como es tradición cuando las Renunciantes se encuentran en el camino. Mientras dormíamos hubo un disturbio...

Prosiguió.

Las palabras fluían ahora libremente, y contó cómo Magda había sido atacada por uno de los bandidos, que quebrantó así la ley de neutralidad de los refugios. Cuando los hombres fueron expulsados del refugio, se había hecho evidente el engaño de Magda y, tal como lo especificaba la ley, se le había pedido que hiciera el Juramento. Al día siguiente, Jaelle cedió el liderazgo del grupo a Camilla n’ha Kyria para poder llevar a su nueva hija de juramento a la Casa del Gremio de Neskaya; cuando las demás se marcharon, ella y Magda habían sufrido el ataque de dos de los bandidos, que habían regresado, y habían luchado contra ellos, en un combate en el que Jaelle había resultado herida de gravedad. Magda, también herida, había salvado la vida de Jaelle, y aunque podía haber escapado para continuar su misión, se había quedado

para atender a Jaelle, cuya vida corría peligro. Más tarde, Jaelle había descubierto la verdadera identidad de Magda, y había ido con ella a rescatar a Peter Haldane, prisionero de Rimal di Scarp.

Continuó luego describiendo el combate con un pájaro *banshee* en el Paso de Scaravel, el rescate y el posterior viaje —o lo que podía recordar de él, ya que su memoria era incierta debido a la fiebre producida por su herida, y casi lo único que recordaba del viaje era que Peter la había llevado en su montura cuando ya no pudo cabalgar sola.

Habló poco de su estancia en el castillo Ardais, salvo para contar que habían sido recibidos con gran cortesía por lady Rohana, y que Dom Gabriel les había ofrecido graciosa hospitalidad, aun cuando no aprobaba a las Renunciantes. Hizo breve mención del hecho que Rohana era su parienta, y que había sido su tutora en la infancia; y aún más breve de que ella y Peter Haldane habían decidido casarse en cuanto regresaran a Thendara, y que así lo habían hecho. Si querían saber algo más, tendrían que preguntárselo. ¿Cómo podía adivinar qué era lo que ellos querían saber, y de todas maneras, qué les importaba? Estaba dispuesta a asumir su parte en el rescate de Peter —suponía que él haría un informe desde su propio punto de vista—, pero aunque le hubiera agradado contarles a las Madres cómo había llegado a conocer a fondo a Peter, cómo se había aferrado a él durante su enfermedad, cómo había crecido la intimidad entre ellos, y cómo había compartido su cama con él por primera vez después del festival del Solsticio de Invierno, no pensaba darle toda esa información a una máquina sin rostro, para terranos que no conocían a ninguno de los dos.

Dentro de aquella habitación sin ventana, perdió la noción del tiempo, y sólo cuando levantó la vista y descubrió que los otros estaban cerrando sus escritorios y máquinas, se dio cuenta de que su estómago le recordaba ferozmente su escaso e incomible almuerzo.

Cuando salió del edificio a la plaza del Cuartel General del puerto espacial, ya se había puesto el sol, y caía una fina llovizna.

En la cafetería central, que al menos era espaciosa y con muchas ventanas, se sintió mucho más cómoda y menos claustrofóbica que en la oficina cerrada y colmada de escritorios, pero todos parecían exactamente iguales con sus uniformes, y no distinguió a Peter hasta que él vino y le tocó el hombro.

—¡Jaelle! ¿Qué estás haciendo sin uniforme? —Pero antes de que ella pudiera responder, prosiguió—: ¡Oí decir que alguien había hecho sonar la alarma de todos los monitores de la estación, pero no se me ocurrió que podías ser tú!

Quedó atónita ante la furia que había en su voz. Empezó a dar explicaciones, pero él no la escuchaba.

—Pongámonos en la cola para la cena...; a esta hora siempre hay una multitud.

La comida parecía y olía mejor que los sintéticos, el único alimento que le habían proporcionado en el otro edificio para el almuerzo: algunas cosas eran casi familiares,

carnes asadas, cereales y vegetales locales. Sintió alivio al ver que las elecciones de Peter coincidían con las suyas. Bueno, era de esperar. También él había crecido cerca de Caer Donn, y estaba acostumbrado a la comida darkovana. En todos los aspectos que a ella le importaban, él era darkovano, aunque su coloración protectora fuera tan buena, aquí entre los demás terranos. Era una idea inquietante... ¿cuál era el verdadero Peter?

Peter le explicó por qué debía poner su tarjeta de identidad en la ranura para conseguir la comida.

—Como empleados, tenemos derecho a un determinado número de comidas. Las extras se deducen de nuestro salario. Busquemos un rincón tranquilo, ¿quieres?

En la cafetería no había rincones tranquilos de verdad, por lo menos no en el sentido en que ella lo entendía, pero encontraron una mesa para dos, y se sentaron juntos. Estaban rodeados de empleados que conversaban y se reían, casi todos de uniforme o con túnicas blancas con el emblema del Servicio Médico. Había un grupo que parecía estar compuesto de empleados viales, que se sacudían la nieve depositada en las gruesas trincheras que llevaban sobre el uniforme. Jaelle pensó que no era demasiado diferente de la cena en la Casa del Gremio. Por un momento, sintió una nostalgia feroz. Pensó en Magda, que estaría comiendo allí por primera vez. Después miró a Peter y sonrió. No, estaba aquí con Peter y aquí es donde quería estar.

Pero él todavía parecía estar furioso.

—Maldición, tienes que usar el uniforme cuando estás en el edificio, Jaelle.

—Me explicaron que si no lo uso, se crea un problema con... con las máquinas —dijo ella con rigidez, con cuidado—. Lo... lo intentaré.

—¿Cuál es el problema, Jaelle?

Ella se preguntó si podría comprenderla.

—Es... es inmodesto. Me hace parecer... demasiado mujer.

¿Se mostraba Peter deliberadamente obtuso? Le sonrió, seductor, y le contestó:

—Eso es lo bueno, ¿verdad? ¿Por qué no quieres parecer una mujer?

—No es eso lo que quiero decir... —empezó ella, irritada, pero después se interrumpió—. ¿Qué te pasa, Pedro? Es mi problema, y debo resolverlo a mi manera. Si quieres, explicaré que no tiene nada que ver contigo... que tú me pediste que me pusiera el uniforme, y yo me negué.

—No puedes hacer eso —dijo él, preocupado—. Estoy trabajando a las órdenes de Montray, ahora, y ya tengo suficientes problemas sin que él piense... —se interrumpió, pero para la sorprendida Jaelle, fue como si él hubiera hablado en voz alta: *piense que no puedo manejar a mi esposa*.

Eso la puso furiosa. Con los dientes apretados, dijo:

—¿Por qué piensas que lo que yo haga te afecta?

—Maldición, mujer —estalló él—. ¡Llevas mi nombre! ¡Todo lo que hagas me afecta, te guste o no! ¡Eres bastante inteligente para comprenderlo!

Jaelle le miró consternada, pues sabía que él nunca la comprendería. Tenía ganas

de levantarse e irse de la cafetería, tenía ganas de gritarle. Pero se quedó mirándole, y le temblaban las manos. Antes de que pudiera moverse, una voz detrás de ella dijo:

—¿Peter? Te estaba buscando. Y ésta debe ser Jaelle.

Una mujer alta, de piel oscura y pelo blanco plata tomó una silla y la acercó a la mesa.

—¿Puedo acompañaros? Estuve hablando con Magda esta mañana.

El rostro de Peter cambió con tanta rapidez que Jaelle empezó a dudar de sus propios sentidos.

—¿Cholayna? Me enteré de que estabas aquí. Jaelle, ella era la directora de la Escuela de Inteligencia cuando Magda y yo recibimos entrenamiento allí, Cholayna Ares.

La mujer sujetaba una bandeja de los alimentos sintéticos que Jaelle había rechazado en el almuerzo, e ignoró la carne y los vegetales humeantes que Peter y ella habían elegido.

—¿Puedo acompañaros? ¿O estoy interrumpiendo una discusión privada?

—Por favor —dijo Jaelle. No había nada que deseara menos que quedarse a solas con Peter en esa situación.

Cholayna colocó su bandeja sobre la mesa y se sentó.

—Es agradable ver a alguien vestido de manera apropiada para este clima. Creo que Magda trató de dar el ejemplo, usando ropas adecuadas para el clima, pero esos tontos del departamento sólo podían pensar en sus condenadas máquinas. ¿Quién dirige esta casa de locos, por cierto? ¿El viejo Russell Montray? —Hizo un ruidito despectivo—. Me gustaría que alguien de la Central hiciese gala de un poco de inteligencia y le trasladara a una Estación Espacial. Montray podría dirigirla, y bastante bien. No es que sea estúpido, sabéis, sino que simplemente no tiene paciencia con los planetas extraños y las costumbres ajenas. Creía que la esencia de ser Coordinador en un Planeta Cerrado era comprender el pueblo y la cultura nativa, para que cuando se designara un Legado, todos supieran qué clase de persona debían elegir. Pero por lo visto, Montray ha cometido ya tantos errores que llevará más de un siglo solucionar los problemas que ha provocado. Lo supe a los tres días de estar aquí. ¿Quién le envió aquí? ¿Y en qué estarían pensando cuando lo hicieron?

—Influencia política, supongo —dijo Peter—, de la clase equivocada. Quiero decir, no es que él deseara el cargo y alguien se lo arreglara, sino que alguien quiso librarse de él, tiró de algunos hilos, y él salió disparado hacia arriba... y terminó aquí. Deben haber pensado que, como era un lugar bastante aislado, no crearía demasiados problemas. Típico pensamiento burocrático... mandarlo a crear problemas a otra parte.

—Particularmente estúpido —confirmó Cholayna con un movimiento de cabeza—. Este planeta tal vez no tenga un gran potencial comercial, pero debido a su situación es un importante punto de tránsito. En unos veinte años, será uno de los más importantes puertos espaciales de intersección de la Galaxia. Si este hombre,

Montray, ya ha creado, como parece, problemas con la gente de aquí, podría llevar siglos reparar el daño. Supongo que yo ya he empezado al enviar a Magda en misión especial, para analizar cómo deberíamos tratar a los darkovanos, a diferencia de cómo los *estamos* tratando. Necesito que también tú me des información sobre eso, Jaelle. En cuanto a ti, Peter, sabes que realmente deberías trabajar en mi oficina, y no en la de Montray, y espero que él no convierta en una cuestión de status el hecho de mantenerte allí.

Peter masculló algo que Jaelle identificó como ruido social, cortés y poco comprometido, pero una vez más su errático *laran* le reveló los pensamientos del hombre como si Peter hubiera hablado en voz alta.

No es justo, maldición. He pasado cinco años haciendo cosas para que cuando se estableciera un Servicio de Inteligencia en Darkover, me pusieran a su cargo, y ahora aparece esta condenada mujer y tiene el puesto. Ya era bastante fastidioso ser el segundón de Magda...

Jaelle perdió entonces el contacto, pero había oído suficiente como para mirar a Peter con temor y pena. Le gustaba Cholayna, y tenía la impresión de que también le gustaría trabajar con ella, a pesar del extraño color de la piel y los ilegibles ojos oscuros de la mujer, pero si Peter se lo tomaba así... ¿qué podía hacer ella?

Magda

Cuando las puertas de la Casa del Gremio de Thendara se cerraron detrás de ella, Magda pensó, con una extraña y desesperada intuición: *Nunca debo mirar atrás. Lo que fui antes de ahora, debo dejarlo atrás para siempre, y sólo mirar hacia delante...*

A su alrededor se extendía un gran vestíbulo, revestido de madera oscura y tapices que provocaban un efecto de amplitud, de aire y luz. La muchacha de nariz respingona que le había abierto la puerta la condujo a través del vestíbulo.

—La Madre del Gremio Lauria te está esperando —dijo, y miró con curiosidad a Magda, aunque la hizo pasar por otra puerta, hasta el lugar donde la Madre del Gremio, Lauria n’ha Andrea, directora del Gremio de Artesanas Independientes de Thendara y una de las mujeres con más poder de la ciudad, estaba esperándola.

Lauria era una mujer alta y robusta, de pelo gris muy corto. Llevaba en una oreja un aro con un emblema y una piedra de color carmesí. Se levantó y tendió las manos a Magda.

—Bienvenida, hija. Sé que te han dicho que éste será tu hogar durante medio año, hasta dos lunas después del Solsticio de Verano. Durante ese tiempo, serás instruida según nuestras costumbres, y aunque tendrás libertad de movimiento dentro de la casa y del jardín, no debes trasponer los muros ni salir a la calle, salvo durante el Festival del Solsticio de Verano, cuando se suspenden todas las reglas, o si recibes órdenes directas de tu madrina de juramento o de alguna de las Madres del Gremio. —Sonrió a Magda y añadió—: Nos has demostrado que estás dispuesta a hacer honor a tu juramento, a pesar de haberlo hecho en contra de tu voluntad. Me prometes atenerte a él, ¿verdad? Eres una mujer adulta, no una niña.

—Obedeceré —dijo Magda, pero la perspectiva parecía sombría: medio año, todo el largo y cruel otoño darkovano, sin salir al exterior. Bien, ella lo había querido... ¿por qué quejarse por haberlo obtenido?

—Debes comprender —dijo la Madre Lauria— que la reclusión queda dentro de unos límites razonables. Si la casa se incendiara o se produjera, los dioses no lo permitan, alguna catástrofe, debes usar tu sentido común... ¡no estás obligada a una obediencia ciega! Estás recluida dentro de la casa sólo para que no te desconcierten los encuentros diarios con mujeres que viven de maneras que no debes imitar. ¿Entiendes?

—Creo que sí. —Solían llamar a este proceso *desprogramación*. Las mujeres de Darkover sufrían un lavado de cerebro producido por los roles sociales que se esperaban de ellas, y era casi un milagro que algunas fueran capaces de rebelarse y unirse a las Renunciantes. Recordó que Jelle le había dicho una vez: *Cada*

Renunciante tiene su historia, y cada historia es una tragedia. En una sociedad tan tradicional como la de Darkover, sólo las rebeldes desesperadas se atrevían a transgredir.

Yo me he rebelado contra mi mundo natal y también contra mi mundo adoptivo... pero interrumpió esa idea, por ser autocompasiva, y se volvió hacia la mujer mayor, quien le indicó que se sentara.

—Supongo que estarás cansada y hambrienta, ¿verdad? Pero seguro que no querrás enfrentarte ya con todas en el comedor, ¿no es cierto? Me lo imaginaba... — y entonces hizo sonar una campanita.

La muchacha que le había abierto la puerta a Magda apareció en la puerta.

—Trae algo del comedor, para mí y para nuestra nueva hermana —dijo, y cuando la muchacha se marchó (Magda pensó que no podía tener más de trece años), la Madre Lauria volvió a indicarle una silla junto a la chimenea... donde no ardía el fuego en esta época del año—. Sentémonos y conversemos un rato. Debemos tomar algunas decisiones.

En el otro extremo de la habitación, había una gran puerta de madera con paneles de cobre. La puerta estaba marcada con golpes de hacha y parcialmente quemada. Magda observó la abollada reliquia, y la Madre Lauria siguió su mirada.

—Lleva aquí más de cien años —dijo—. La esposa de un rico mercader de Thendara se refugió con nosotras porque su esposo la había maltratado de una manera tan terrible que no se puede repetir, y finalmente la había recluido en el ático, obligándola a atenderles, a él y a su nueva concubina, en la cama. La mujer hizo nuestro juramento, pero su esposo contrató un ejército de mercenarios, y nos vimos obligadas a luchar. Él juró que demolería esta casa sobre nuestras cabezas. Rima, pues ése era su nombre, se ofreció a volver con él. Dijo que no quería ser la causa de nuestra muerte. Pero no luchábamos sólo por ella, sino por el derecho a vivir sin los castigos de un hombre. Luchamos durante tres días... puedes ver allí las marcas del combate.

Magda se estremeció. La puerta quemada y astillada mostraba señales evidentes de haber sido atravesada por un hacha.

—¿Y lograsteis contenerles?

—Si no lo hubiéramos hecho, ni tú ni yo estaríamos aquí —contestó Lauria—. Que todos los dioses permitan que algún día podamos gozar de nuestra libertad por derecho, sin tener que defenderla a punta de espada. Ahora, cuéntame más de ti. Jaelle me ha contado la historia, por supuesto. Tu nombre es... —vaciló— ¿Mak-talin Lo-ran? —Hizo una mueca—. ¿Te gustaría usar el nombre que te da Jaelle, Margali?

—Ése es mi nombre —dijo Magda—. El nombre que me dieron mi padre y mi madre: nací en Caer Donn. Nunca me han llamado Magda, salvo en la Zona Terrana.

—Margali, entonces. Y veo que hablas el idioma de los Hellers, y el *casta* con fluidez. ¿También sabes hablar *cahuenga*?

—Sí —respondió Magda, en ese idioma—, aunque mi acento no es bueno.

—Tu acento no es peor que el de cualquier recién llegado a la ciudad. Jaelle me ha dicho que sabes leer y escribir... ¿sólo en estándar, o también en *casta*?

—Sé leer y escribir en *casta* —explicó—. Mi padre fue experto en lenguas, y escribió un... —vaciló, buscando la mejor manera de explicar en darkovano el concepto de diccionario—. Una compilación de tu idioma para extranjeros. Y mi madre era música, e hizo muchas transcripciones de canciones folklóricas y música de los Hellers.

La Madre Launa le alcanzó una pluma y un pedazo de papel.

—Déjame ver cómo copias esto —le dijo, y Magda miró el papel y empezó a copiar la primera línea.

Reconoció el escrito. Era un poema al que su madre había puesto música. No estaba acostumbrada a las plumas darkovanas, que no eran tan suaves como las que usaba en su trabajo. Cuando terminó, la Madre Lauria tomó el papel.

—Una mano torpe y una caligrafía infantil —dijo con severidad—, pero al menos no eres analfabeta. Cuando llegan aquí, muchas mujeres apenas si saben escribir su nombre. No tienes pasta de escriba, pero las he visto peores.

Magda se sonrojó ante la severidad del juicio, se sintió herida y ofendida. En toda su vida, jamás nadie la había acusado de torpeza.

—Veamos qué podemos hacer contigo, entonces. No sirves para escribiente. ¿Sabes coser? ¿Bordar?

—No, ni siquiera un poco —dijo Magda, recordando su intento de repararse las ropas de viaje en Ardais.

—¿Sabes cocinar?

—Sólo de emergencia, cuando viajo.

—¿Sabes tejer o teñir?

—En absoluto.

—¿Sabes algo de plantas y jardinería?

—Me temo que menos, todavía.

—¿Sabes cabalgar?

—Oh, sí, por supuesto —dijo Magda, contenta de haber llegado a algo que sí podía hacer.

—¿Puedes ensillar tu caballo, cuidarlo, ocuparte de su alimentación? Bien, me temo que tendremos que ponerte a trabajar en los establos —dijo la Madre Lauria—. ¿Te molesta?

—No, por supuesto que no —contestó Magda. Pero una vez más tuvo que confesar su ignorancia cuando la mujer le preguntó si sabía algo de herrería, de forja y trabajo en metal, de veterinaria, ordeño, fabricación de quesos, crianza de ganado o zapatería, y tuvo que responder que no.

La Madre Lauria mostró una expresión más aprobadora cuando Magda dijo que había sido entrenada en combate con y sin armas, pero de todas maneras dijo, con

tono pensativo:

—Tienes mucho que aprender —y Magda se dio cuenta de que la Madre Launa se sentía tan aliviada como ella cuando la muchacha rubia, de nariz respingona, reapareció con unas bandejas y bebidas—. Ah, ha llegado la comida. Ponlo todo aquí, Doria.

La muchacha destapó la fuente: había un cuenco con alguna clase de cereal tostado con salsa de vegetales, unas jarras que contenían algo parecido a suero de leche y algunas tajadas de fruta conservadas en miel o almíbar. La mujer mayor indicó a Magda, con un gesto, que se sirviera, y comió en silencio durante un rato. Finalmente, mientras doblaba su servilleta, le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

Magda supuso que se lo preguntaba en años darkovanos, y le dijo su edad. Más tarde se dio cuenta de que le había tendido una trampa para ver si sabía calcular la diferencia entre el año terrano, relativamente corto, y el año darkovano, mucho más largo.

—¿Has estado casada, Margali? ¿Tienes hijos?

Magda sacudió la cabeza en silencio. Ésa había sido una de las principales causas de tensión entre Peter y ella, el no haberle dado el hijo que él deseaba.

—¿El matrimonio ha sido disuelto formalmente, como sé que pueden hacerlo los terranos, por consentimiento mutuo?

Magda se sorprendió de que la Madre Lauria supiera tanto.

—Sí. El matrimonio terrano no es exactamente igual al de los compañeros libres, pero se parece más a ése que a las *catenas* de Darkover. Accedimos a separarnos hace más de un año.

—Es una suerte. Si tuvieras un hijo menor de quince años, tendrías que organizarte para que le cuidaran. No permitimos que las mujeres se refugien aquí si tienen fuera obligaciones con las que no han cumplido. ¿Supongo que tampoco tienes un padre anciano que dependa de ti?

—No, mi padre y mi madre murieron hace años.

—¿Tienes otro amante ahora?

Magda sacudió la cabeza, sin hablar.

—¿Te resultará muy duro vivir sin un amante? Como tu esposo y tú os habéis separado hace tiempo ya, supongo que estás acostumbrada a dormir sola, pero... ¿te resultará muy difícil? ¿O tal vez eres amante de mujeres? —Usó un término muy cortés, y Magda no se sintió ofendida, pues supuso que cualquier sociedad compuesta solamente de mujeres debía atraer a cierto porcentaje de mujeres que preferirían morir o renunciar a cualquier cosa antes que casarse. Esta línea de interrogatorio le resultaba incómodamente personal, pero se había prometido a sí misma que respondería a todo con la máxima honestidad posible.

—No creo que eso me resulte de un penoso insoportable —y sólo después de haberlo dicho advirtió qué sarcástica había sonado su respuesta.

—Espero que no —dijo la Madre Launa, sonriendo—, pero en especial durante tu tiempo de confinamiento, eso puede transformarse en un problema, como lo sabría cualquier persona que no fuera una criatura. Déjame pensar... es difícil recordar todo lo que debo preguntarte. ¿Te han enseñado métodos para impedir la concepción de un niño no deseado?

Magda se sintió realmente asombrada. Por supuesto, esos conocimientos eran transmitidos por rutina durante la pubertad a todos los terranos, varones o mujeres, pero ella había crecido en Caer Donn, y había absorbido la actitud darkovana, que consideraba que esas cosas eran sólo para prostitutas.

—Sí —dijo, pero se preguntó qué pensaría de ella la mujer mayor después de haber confesado que sabía esas cosas.

La Madre Lauria asintió con tranquilidad.

—Bien. Nosotras tenemos que agradecerles eso a las mujeres de las Torres: las mujeres que trabajan en las matrices no deben correr el riesgo de tener que interrumpir su trabajo por un embarazo no deseado, aunque no es posible exigirles que permanezcan célibes, a veces durante muchos años. Hay un antiguo vínculo entre la Torre de Neskaya y el Gremio de Renunciantes, una conexión que se remonta al nacimiento del Gremio: nos formamos, como sabrás, en la época de Varzil el Bueno, a partir de dos casas de mujeres. Las Sacerdotisas de Avarra, que era una orden de sacerdotisas curadoras entrenadas en el *laran*, y la Hermandad de la Espada, que era, durante la época de los Cien Reinos y las Guerras de Hastur, un gremio de mujeres soldado y mercenarias. Algún día leerás toda la historia, por supuesto. Las Sacerdotisas de Avarra nos enseñaron muchas cosas que cualquier mujer puede hacer, incluso si no tiene *laran*, aunque por supuesto es mucho más sencillo para las que sí lo poseen. Entre las Renunciantes, es criminal dar a luz un niño no deseado por el padre y la madre, y a quien no espere un hogar feliz, de modo que damos esa instrucción a todas nuestras mujeres.

Se compadeció de la incomodidad que sentía Magda y añadió:

—Oh, querida mía, sé que te sientes incómoda, pero yo tengo que hacer frente a los sonrojos, la modestia ofendida y las negativas directas de mujeres que juran que preferirían olvidarse por completo de los hombres. Pero ésa es nuestra ley: todas las mujeres, incluso aquellas que jamás se han acostado con un hombre y que no piensan hacerlo, deben conocer estas cosas. Tal vez nunca tengan necesidad de usarlas, pero no pueden permanecer en la ignorancia. Dos veces cada diez días, en las reuniones generales, una de nuestras parteras da una charla a las jóvenes. ¿Eres fuerte y saludable? ¿Puedes soportar un día completo de trabajo sin cansarte?

—Nunca he hecho demasiado trabajo manual —dijo Magda, aliviada ante el cambio de tema—, pero cuando viajo, puedo pasar un día en la montura si es preciso.

—Bien. Muchas mujeres que viven en el interior, y que desempeñan sólo trabajos femeninos, se ponen enfermizas por falta de ejercicio, y aquí no tenemos tanto sol como para permitirnos prescindir del poco que hay. Tal vez te rías al ver a mujeres

adultas que juegan y saltan a la cuerda como niñas, pero no sólo las niñas necesitan ejercicio. Espero que no seas demasiado pudorosa y aceptes nadar cuando el clima lo permite.

—Sí, me gusta nadar —dijo Magda, preguntándose... ¿cuándo, en el helado Darkover, lo permitiría el clima?

—¿Tus ciclos mensuales son regulares? ¿Te dan muchos problemas?

—Sólo mientras estuve fuera del planeta —dijo Magda. Le habían resultado molestos en la Escuela de Entrenamiento Imperial, porque había tenido que adaptarse a una gravedad diferente y también a diferentes ritmos luminosos y circadianos. Mientras estuvo en el planeta Alfa, había estado yendo y viniendo de la División Médica, donde le habían administrado inyecciones de hormonas y otros tratamientos. Al regresar a Darkover, su salud normal se había restablecido. Explicó eso, agregando—: Antes de que me enviaran a aquella misión, en Ardais, los médicos terranos hicieron un tratamiento para suprimir la ovulación y la menstruación: es de rutina para las mujeres que salen a hacer trabajo de campo. En Ardais, Jaelle me preguntó sobre ello..., creía que yo estaba embarazada.

—Ese tratamiento es algo que no tendría precio para nosotras —dijo la Madre Launa—. Espero que tus terranos nos ayuden a aprenderlo. Cuando las mujeres deben trabajar junto a los hombres, o cuando tienen que viajar muchos meses con mal tiempo, sería muy útil. Algunas mujeres se han sentido tan desesperadas que han llegado a considerar la posibilidad de una operación de neutralización, que es muy peligrosa. Tenemos algunas drogas que destruyen la fertilidad por un período de medio año o más, pero son demasiado fuertes y peligrosas: no recomiendo su uso a ninguna mujer. Pero las que tienen muchas molestias con sus ciclos, o las que no tienen vocación para el celibato y sí gran facilidad para quedarse embarazadas... bien, a las mayores no les podemos prohibir esa opción. Ahora hay que tomar una decisión muy importante, y tú deberás tomarla, Margali.

Magda miró su plato vacío.

—Haré lo que pueda —dijo.

—¿Viste a la muchachita que trajo la comida? Se llama Doria, y tiene quince años. Pronunciará su Juramento a mitad del verano. Ha vivido entre nosotras desde que nació, pero la ley prohíbe que instruyamos a niñas menores. De modo que tú y ella recibiréis juntas el entrenamiento. Tú no eres de nuestro mundo, Margali. Sí, sé que naciste aquí, pero tu gente es tan diferente de nosotras que tal vez algunas cosas te resulten extrañas y difíciles de soportar. Sé tan poco de los terranos que ni siquiera puedo imaginarme cuáles serán esas cosas, pero Jaelle vino aquí de las Ciudades Secas a los doce años y tuvo muchas dificultades. Y hace pocos años, tuvimos a una mujer de los bosques lluviosos que están más allá de los Hellers. Tenía valor, y mostraba buena voluntad, pero lo cierto es que el hecho de tener que enfrentarse con tantas cosas nuevas y extrañas le hizo enfermar. Y casi todo ello eran pequeñeces que nosotras aceptábamos como cotidianas: jamás supusimos que a ella le resultarían tan

duras. No queremos que tú sufras de esa manera, de modo que podemos hacer dos cosas, Margali.

La mujer mayor hizo una pausa y miró a Magda con intensidad.

—Podemos decirles a tus hermanas que eres terrana, y todas podemos estar atentas para ayudarte en cosas pequeñas y hacerte ciertas concesiones. Pero como cualquier elección, ésta tendrá su precio: desde el principio se alzaría una barrera entre tus hermanas y tú, y tal vez ellas no te aceptarían nunca completamente. La alternativa es decirles que has nacido en Caer Donn y dejar que te apañes lo mejor que puedas con lo que te resulte extraño. ¿Qué quieres hacer, Margali?

Nunca me había dado cuenta de hasta qué punto he sido una esnob, pensó Magda. No había esperado que nadie aquí comprendiera lo que era el *shock* cultural, y ahora la Madre Lauria se lo estaba explicando a ella como si no la creyera demasiado inteligente.

—Haré lo que tú ordenes, señora.

Había utilizado la palabra formal en *casta*, *domna*, y la Madre Lauria pareció disgustada.

—En primer lugar, no soy *domna* —dijo—. No nos libraremos de la tiranía de los títulos impuestos por los hombres sólo para imponer otra tiranía distinta entre nosotras. Llámame Lauria, o Madre si crees que lo merezco y lo prefieres. Muestra por mí el mismo respeto que mostrarías por tu propia madre siendo adulta y sin estar sometida a su autoridad. Y no puedo darte órdenes en cuanto a esto: tú serás quien deba vivir de acuerdo con esa decisión. Ni siquiera puedo aconsejarte como es debido; sé demasiado poco de las costumbres de tu gente. Estoy segura de que algún día todas nosotras tendremos que saber que eres terrana. ¿Crees que podrás superar esa extrañeza? No es necesario que empieces con tanta desventaja a menos que lo elijas, pero tal vez si lo supieran, las otras te harían más concesiones...

Magda dudaba. Jelle había sabido que ella era terrana, y sin duda eso las había ayudado a superar algunas dificultades. Sin embargo, aunque ella y Jelle habían llegado a quererse, siempre había existido entre ellas cierta extrañeza.

—Yo... —Magda vaciló— yo me sometería a tu consejo, Lauria, pero creo... que al principio preferiría ser una más. Supongo que todas las mujeres deben enfrentarse con cosas extrañas cuando llegan aquí.

Lauria asintió.

—Creo que has elegido correctamente —dijo—. Lo otro podría haber resultado más fácil, pero esa misma facilidad hubiera dejado sin resolver la extrañeza. Y supongo que de verdad deseas ser una de nosotras..., que no nos estás estudiando sólo para los archivos terranos.

Sonrió al decirlo, pero Magda detectó un leve tono inquisitivo en su voz, como si hasta la Madre Lauria dudara de su sinceridad. Bien, simplemente tendría que probarse a sí misma.

La Madre Lauria miró un antiguo reloj, de los que tenían agujas y una máquina

interna con un péndulo oscilante. Se puso de pie.

—Tengo una cita en la ciudad —dijo, y Magda recordó que aquella mujer era presidenta del Gremio de Artesanas—. Como por ahora no tienes ninguna amiga íntima en la casa, les he dicho a las encargadas de dormitorio que te den una habitación individual. Más tarde, si te haces amiga de alguien y deseas compartir habitación con ella, habrá tiempo suficiente para mudarte.

Magda se sintió agradecida. Hasta aquel momento, no se le había ocurrido que podía haberle sido asignada una habitación con otras dos o tres mujeres, que probablemente se conocerían de casi toda la vida.

La Madre Lauria hizo sonar la campanita.

—No tienes miedo de dormir sola, ¿verdad? No, supongo que no, pero hay mujeres que nunca han estado solas: niñeras cuando eran pequeñas, criadas y acompañantes al ser mayores. Hemos tenido a mujeres que han gritado, aterradas, al encontrarse solas en la oscuridad. —Rozó suavemente el pelo de Magda y añadió—: Te veré esta noche, a la hora de la cena. Valor, Margali. Vive cada día tal como viene, y recuerda que nada es tan malo o tan bueno como parece. Ahora Doria te enseñará la casa.

Cuando la Madre Lauria se hubo marchado, Magda se preguntó: *¿De verdad parezco tan asustada?*

Pocos minutos más tarde reapareció la joven Doria.

—La Madre dijo que debía enseñarte todo. Primero recojamos los platos y las bandejas y llevémoslos a la cocina.

La cocina estaba desierta, salvo una mujer pequeña y de pelo oscuro, que dormitaba mientras esperaba que se leudaran dos enormes cuencos con masa de pan. Alzó los ojos somnolientos cuando Doria le presentó a Magda.

—Margali, ésta es Irmelin... es nuestra ama de llaves este medio año. Nos turnamos para ayudarla en la cocina, pero somos suficientes como para que el turno de cocina nos toque sólo una vez cada diez días. Irmelin, ésta es nuestra nueva hermana, Margali n'ha... ¿cómo es, Margali?

—Ysabet —contestó Magda.

—Te vi anoche —dijo Irmelin—. Viniste con Jaelle... ¿eres su amante?

También la Madre Lauria se lo había preguntado. Recordó que no debía enojarse —estaba ahora en otro mundo—, y sacudió la cabeza.

—No —dijo—, sólo soy su ahijada de juramento.

—¿De veras? —preguntó Irmelin, obviamente escéptica, pero se limitó a mirar la masa del pan—. No estará a punto de amasado hasta dentro de una hora más...: ¿quieres que te ayude a enseñarle la casa?

—La Madre Lauria me pidió que lo hiciera... Puedes quedarte aquí calentita en la cocina —se rió Doria—. Todas sabemos que por eso te ofreciste a hacerte cargo de la cocina durante este período, para poder quedarte junto al fuego como un gato.

Irmelin sólo soltó una risita, y Doria añadió:

—¿Necesitas algo del invernadero, vegetales frescos, algo? Margali todavía no tiene obligaciones, puede ayudarme a buscarlos.

—Podrías preguntar si hay melones maduros —dijo Irmelin—. Creo que todas estamos cansadas de frutas cocidas y queremos algo fresco.

Irmelin bostezó y miró, somnolienta, la masa una vez más, y Doria salió, abanicándose vigorosamente con el delantal, y arrastrando a Magda con ella.

—¡Ffiiú...! ¡Odio la cocina en los días de amasado, hace tanto calor que no se puede ni respirar! Pero Irmelin hace buen pan... es sorprendente la cantidad de mujeres que hacen un pan incomible. Recuérdame que te cuente la vez que Jaelle cumplió su turno en la cocina, y Gwennis y Rafaella amenazaron con echarla fuera desnuda durante la próxima cellisca si no conseguía que otra hermana hiciera el pan... —Doria seguía parloteando, sin dejar de abanicarse.

Aunque la verdad, no hacía demasiado calor en el pasillo lleno de corrientes de aire que se extendía entre la cocina y el largo comedor en el que había estado sentada la noche anterior, una extraña, oculta a la sombra de Jaelle. Y ahora éste era su hogar, por al menos medio año. En el comedor había largas mesas en las que se podrían sentar, supuso Magda, unas cuarenta y cinco mujeres. En la punta de cada mesa había pilas de platos y cuencos, tapados con toallas, preparados para la noche. Detrás del comedor había un invernadero —característica inevitable de casi todos los hogares de Thendara—, equipado con colectores solares, y una mujer, que llevaba puesto un enorme delantal, estaba allí arrodillada y removía tierra en torno a la raíz de una planta que Magda no reconoció. Era una mujer grande, con pelo rizado de color paja, y que tenía los dedos llenos de barro.

—Rezi, ésta es Margali n'ha Ysabet, la ahijada de juramento de Jaelle. Irmelin me pidió que te preguntara si había alguna fruta fresca para esta noche.

—Ni para esta noche ni para mañana —respondió Rezi—, pero tai vez sí después. Tengo unas cuantas bayas para Byrna...

—¿Y por qué Byrna debe tener bayas cuando no alcanzan para todas? —preguntó Doria, y Rezi soltó una risita.

Tenía un acento rústico y campesino. Parecía una de las mujeres que Magda había visto en Kilghard Hills, trabajando en los campos o en los establos.

—Marisela lo ordenó. Cuando estés embarazada, también tú recibirás las primeras bayas —dijo Rezi, riéndose.

Doria también rió.

—¡Me las arreglaré con la compota de fruta!

Atravesaron el invernadero en dirección al establo, donde había media docena de caballos y varios lugares vacíos. Detrás había un granero, limpio y encalado, con un agradable olor a heno, que albergaba otra media docena de animales lecheros y una pequeña lechería donde, según le informó Dona, hacían su propia mantequilla y queso. En la pared colgaban relucientes moldes de madera, bien fregados, pero el lugar estaba desierto. El jardín de invierno, con un poco de paja esparcida para

proteger algunos tubérculos, se veía sombrío y helado. Magda temblaba. Doria se sorprendió.

—¿Tienes frío? —le preguntó. La joven ni se había molestado en involucrarse con su chal—. Creí que venías de Caer Donn. No me parece que haga frío en absoluto. Pero podemos ir adentro —accedió, y la condujo a través de una enorme habitación a la que llamó la armería (había armas en la pared), pero que a Magda le pareció un gimnasio, con colchonetas en el suelo y un cartel que anunciaba, en *casta* cuidadosamente impreso: «*Dejar los zapatos acomodados a un lado para que nadie tropiece con ellos.*»

A un costado había un pequeño vestuario, con toallas y prendas extrañas colgadas de unos ganchos; a Magda le recordó el Edificio de Recreo para Mujeres Solteras del Cuartel General. Detrás había una larga habitación colmada, para asombro de Magda, de vapor, y oculta en ese vapor, una piscina, aparentemente de agua caliente. Había oído decir que muchas casas privadas de Thendara estaban construidas sobre fuentes calientes, pero era la primera vez que veía algo así. Otro cartel anunciaba: «*Por favor, sé cortés con las demás: lávate los pies antes de entrar en la, piscina.*»

—Fue construida hace sólo cuatro o cinco años —explicó Doria—. Una de nuestras mecenas ricas la hizo edificar en la casa. Antes, sólo teníamos las tinas en el piso de los dormitorios. Es muy bueno después de las lecciones de combates sin armas, para aliviar los magullones. Rafi y Camilla son maestras... ¡pero son duras si alguien muestra cobardía! Yo he tomado lecciones desde los ocho años, pero Rafi es mi madrina de juramento y *además* mi madre de crianza, y no le gusta enseñarme. Ven, vamos arriba —agregó, y la condujo a través de otro corredor hasta la escalera—. Aquí, en el rellano, está el cuarto de los niños... ahora no hay nadie, salvo el niño de Felicia y nos dejará dentro de una luna: ningún varón de más de cinco años puede vivir en la Casa del Gremio. Pero dentro de una luna, Byrna tendrá su bebé —dijo, abriendo la puerta de la habitación.

Un niño jugaba con unos caballos de juguete sobre una alfombra ante la chimenea, y una mujer joven estaba sentada en un sillón cosiendo.

—¿Cómo estás hoy, Byrna? Ésta es Margali n'ha Ysabet, es nueva...

—La vi anoche durante la cena —dijo Byrna, y Magda se preguntó si todas las mujeres de la casa habrían reparado en ella. La mujer, inquieta, se incorporó y se puso a caminar por la habitación—. Estoy cansada de arrastrarme de esta manera, pero Marisela dice que faltan por lo menos diez días, tal vez toda una luna. ¿Dónde está Jaelle? ¡Anoche no tuve ni un minuto para hablar con ella!

Magda volvió a advertir que su amiga era muy popular.

—Está trabajando en la Ciudad Comercial terrana.

Byrna hizo una mueca.

—¿Entre los *terranos*? ¡Creí que las leyes del Gremio no lo permitían! —El tono de su voz hizo que Magda se diera cuenta de hasta qué punto había sido acertada la decisión de ocultar su identidad. A grandes rasgos, conocía el prejuicio que existía

contra los terranos, pero nunca antes lo había visto tan de cerca—. ¿Cuál es tu Casa, hermana? —preguntó Byrna.

—Ésta, supongo —respondió Magda—. Estoy aquí para medio año de entrenamiento.

—Bien, espero que seas feliz aquí —dijo Byrna—. Trataré de ayudarte a que te sientas cómoda cuando esto pase... —dijo, dando unos golpecitos sobre su abultado vientre.

—¡Tal vez para el *próximo* Festival del Solsticio de Verano dormirás sola! —se burló Dona.

—Tienes toda la razón —dijo Byrna, y Magda archivó ese comentario junto con lo que la Madre Lauria le había dicho acerca de los anticonceptivos—. ¿Dónde dormirás, Doria? ¿En tu cuarto?

Doria se rió.

—Ya somos cinco allí. La Madre Lauria dijo que le diéramos el cuarto de Sherna mientras ella esté en Nevaran.

Condujo a Magda a través del vestíbulo, y abrió la puerta de una habitación donde había media docena de camas.

—Este año nos dieron permiso para dormir todas juntas —dijo—, si prometíamos no hacer demasiado ruido y dejábamos dormir a las demás. Nos divertimos mucho. Aquí están los baños... —abrió una puerta, mostrándole una habitación con tinajas y lavabos— y aquí es donde ponemos la ropa sucia, y éste es el cuarto de costura, por si debes zurcir algo y no sabes hacerlo sola. Y éste es el cuarto de Sherna... que ahora es tuyo. Ella y Gwennis lo compartieron durante dos años, después Gwennis se mudó con su amiga... —Dio a la palabra la inflexión que también significaba *amante*. Bien, debía ser algo muy común... ¡Irmelin se lo había preguntado como algo natural, y luego había hecho un comentario acerca de la masa del pan!

Doria señaló un bulto de ropa que había sobre la cama.

—La Madre Lauria habló con las del cuarto de costura para que te dieran algo de ropa..., camisones, túnicas interiores, y un poco de ropa de trabajo por si tienes que trabajar en el jardín o en el establo. Creo que casi todo era de Byrna... su embarazo está tan adelantado que ya no puede usar ninguna de sus prendas, pero para cuando el bebé haya nacido y las necesite otra vez, tú ya te habrás hecho las tuyas.

Bien, pensó Magda, mirando las ropas que estaban sobre la cama, se estaban tomando muchas molestias para que se sintiera cómoda. Hasta habían incluido un peine y un cepillo, y algunos pares de calcetines de lana, y también una cosa abrigada y suave que supuso sería una bata de baño: tenía forro de piel y aspecto lujoso. La habitación estaba simplemente amueblada con una cama estrecha, una pequeña cómoda de madera tallada y un banco bajo con un sacabotas.

Doria la observaba.

—¿Sabes que tú y yo nos entrenaremos juntas? —preguntó—. Pero eres tan mayor que yo... ¿Cómo entraste en las Amazonas?

Magda le contó casi toda la verdad.

—Un pariente mío fue secuestrado por el bandido Rimal di Scarp —dijo—, pero no había nadie más que yo que pudiera rescatarlo, así que fui sola, y me vestí de Amazona para protegerme en el camino. Cuando me encontré con la banda de Jaelle, fui descubierta y me obligaron a hacer el juramento.

Doria abrió mucho los ojos.

—Pero oí decir... ¿ésa eras tú? ¡Parece una novela! ¡Pero si oí decir que la ahijada de juramento de Jaelle había sido enviada a Neskaya! Camilla nos lo dijo, cuando regresó después de haber escoltado a Sherna y Devra hasta Nevarsin, y trajo a casa a Maruca y Viviana... ¡por eso Irmelin creyó que eras la amante de Jaelle, y que habías venido aquí para estar con ella! Pero Jaelle está trabajando ahora en la Zona Terrana, ¿verdad?

Magda decidió que ya había contestado suficientes preguntas.

—¿Cómo entraste tan joven en las Amazonas, Doria?

—Fui criada aquí —respondió la joven—. La hermana de Rafaella es mi madre... conoces a Rafaella, ¿no es cierto? La socia de Jaelle...

—Todavía no la conozco, pero Jaelle me ha hablado de ella.

—Rafaella es parienta de la madre adoptiva de Jaelle, Kindra. Rafi tuvo tres hijos, todos varones. La tercera vez, ella y su hermana quedaron embarazadas al mismo tiempo... y el padre del niño de Rafi era mi padre... ¿comprendes? Así que cuando Rafi tuvo otro varón, mi madre quiso un hijo, de modo que intercambiaron sus hijos para criarlos: el hijo de Rafaella fue criado como hijo de mi madre y de mi padre... y es hijo de mi padre, por supuesto, y Rafaella me trajo con ella cuando yo tenía tres días, y me crió aquí en la Casa del Gremio. En realidad soy Doria n'ha Graciela, pero me llamo Doria n'ha Rafaella, porque Rafi es la única madre que he conocido.

Magda tomaba notas mentales febrilmente. Sabía que las hermanas con frecuencia compartían un amante o incluso un marido, y que la adopción era común, pero aun así esta organización le llamaba la atención.

—Pero aquí estoy charlando en lugar de decirte las cosas que debes saber. Hay años en que cada una de nosotras se ocupa de su propia habitación, pero este año, en la reunión de la Casa, decidimos que dos mujeres se turnarían para barrer el suelo cada día y fregarlo cada diez. Debes guardar tus botas y sandalias en la cómoda, para facilitar el trabajo de las encargadas, ya que si encuentran algo tirado por el suelo, lo arrojan dentro de un gran barril que hay en la sala, y después una tiene que ir a pescar las cosas allí. ¿Sabes tocar el arpa, o el *rryl*, o el *laúd*? ¡Qué pena! Hace mucho que Rafi quiere tener otra música en la casa. Byrna canta bien, pero ahora está todo el tiempo sin aliento... ¡cuando crecí y resultó que no tenía oído para la música, creí que Rafi me desheredaría! Ella...

Doria se interrumpió cuando empezó a sonar una campana en la planta baja.

—¡Oh, Diosa misericordiosa!

—¿Qué es eso, Doria? ¿No será la campana de la cena?

—No —susurró Doria—. Esa campana sólo suena cuando llega alguna mujer a refugiarse con nosotras. A veces no suena ni dos veces en todo un año y... ahora tenemos dos recién llegadas en un solo día. ¡Ven, debemos bajar de inmediato!

Llevó precipitadamente a Magda hacia las escaleras, y las dos descendieron corriendo. Magda, que se apresuraba detrás de la joven, sintió aquel curioso cosquilleo que había llegado a reconocer como premonitorio: *esto es algo muy importante para, mí...* pero lo descartó, considerando que la idea era sólo ansiedad derivada de la excitación de Doria y de la tensión producida por tantas cosas nuevas para ella. Irmelin se encontraba en el vestíbulo, con la Madre Lauria, y entre ambas se encontraba una mujer de aspecto frágil, envuelta en chales calientes y gruesas faldas. Se tambaleaba y se aferraba a las barandillas como si estuviera a punto de caer.

La Madre Lauria miró a las mujeres que empezaban a apiñarse en el vestíbulo. Magda había visto a muchas de ellas la noche anterior, durante la cena, pero no conocía sus nombres. La Madre se dirigió a la casi desvanecida recién llegada:

—¿Qué has venido a pedir aquí? —Sin saber por qué, Magda sintió que las palabras tenían la fuerza de un ritual—. ¿Has venido a buscar refugio?

—Sí —susurró la mujer.

—¿Sólo pides refugio, hermana? ¿O deseas prestar juramento de Renunciante?

—El juramento... —murmuró la mujer. Se tambaleó, y la Madre Lauria le indicó con un gesto que se sentara.

—Estás enferma. Por el momento no es necesario que respondas preguntas, hermana. —Miró a las mujeres reunidas en el vestíbulo, y su mirada se detuvo sobre Magda y Dona, que se hallaban al pie de la escalera.

—Vosotras dos —dijo la Madre Lauria, dirigiéndose a ella—, acabáis de ingresar. Las tres recibiréis juntas el entrenamiento, si es que esta mujer toma el juramento, de modo que os elijo como sus hermanas de juramento, y... —Paseó la mirada. Era evidente que buscaba a alguien. Finalmente le hizo señas a una mujer—. Camilla n'ha Kyria —dijo, y Magda vio, con un curioso sentimiento de inevitabilidad, a la *emmasca* alta y delgada que había presenciado su juramento ante Jaelle—. Camilla, vosotras tres debéis llevárosla, cortarle el pelo y prepararla para que preste juramento si está en condiciones.

Camilla se acercó y rodeó con su brazo a la desconocida, dando apoyo a su cuerpo frágil y vacilante.

—Ven conmigo, hermana —dijo—. Eso es, apóyate en mí... —hablaba con tono impersonal, pero su voz era amable. De repente vio a Magda, y su rostro se iluminó—. ¡Margali! Hermana de juramento, ¿eres tú? ¡Creí que habías ido a Neskaya! Debes contármelo todo..., pero más tarde; ahora debemos ayudar a esta mujer. Ven... —indicó—, sostenía del brazo, no puede caminar...

Magda rodeó con su brazo a la mujer casi desvanecida, pero ésta retrocedió y gritó con voz débil, alejándose del contacto. Camilla la condujo a una pequeña

habitación próxima al despacho de la Madre Lauria, y la recostó en un mullido sofá.

—¿Has sido maltratada? —le preguntó, y le quitó los chales, tras lo cual soltó una exclamación.

El vestido de la mujer —costoso, de tela ricamente teñida con ribetes de piel— estaba hecho pedazos, y la sangre lo había empapado, dejando negros coágulos por los que aún fluía sangre roja.

—¡Que Avarra nos proteja! —susurró Camilla—. ¿Quién te ha hecho esto? —Pero no esperó la respuesta—. ¡Doria, corre a la cocina, tráeme vino y agua caliente, y toallas limpias! Después mira si Marisela está en la casa, o si ha salido a la ciudad para asistir para dar a luz en algún sitio. ¡Margali, acércate, ayúdame a quitarle estas ropas!

Magda se acercó y ayudó a Camilla a quitarle a la mujer la túnica destrozada, el vestido, la ropa interior; todas las prendas estaban ricamente bordadas con hilos de cobre. También llevaba en el pelo una costosa horquilla en forma de mariposa, de cobre filigranado. Magda se quedó allí, ayudando y sosteniendo cosas, mientras Camilla desnudaba a la mujer hasta la cintura y limpiaba con una esponja las horribles heridas... ¿qué podía haberlas causado? La mujer aguantó aquellos cuidados sin un grito, aunque debía dolerle horriblemente. Cuando terminaron, Camilla, le puso una bata liviana, atándola muy floja, y la cubrió con una caliente manta. Dona regresó, preocupada, para informar que Marisela no estaba en la casa.

—Entonces busca a la Madre Millea —ordenó Camilla—, y a Domna Piona. Es juez de la Corte de la Ciudad, y debemos hacer una declaración jurada acerca del estado en que se halla esta mujer, para poder darle asilo legalmente. No tiene fuerzas suficientes para prestar el juramento. Debemos tenerla en cama y cuidarla...

La mujer se sentó con gran esfuerzo.

—No —murmuró—. Quiero prestar el juramento..., quiero estar aquí por derecho propio, no por caridad...

Magda susurró, más para sí misma que para la otra:

—¡Pero qué le ha ocurrido! ¿Qué puede haberle causado estas heridas?

El rostro de Camilla parecía de piedra.

—La han golpeado como si fuera un animal —dijo la *emmasca*—. Yo tengo cicatrices muy parecidas. Niña... —se inclinó sobre la mujer yacente—, sé lo que es ser maltratada. Margali, encontrarás unas tijeras en el cajón de la mesa. —Y cuando Magda se las entregó, Camilla preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Keitha... —su voz era tan sólo un susurro.

—Keitha, la ley requiere que muestres tu intención cortándote un solo mechón de pelo; si tienes fuerzas para hacerlo, yo haré el resto.

—Dame... las tijeras... —Parecía resuelta, pero sus dedos apenas si tenían fuerza para sujetarlas. Luchó por asir las tijeras. Tomó un mechón de su propio pelo, que llevaba recogido en dos trenzas, y trató de cortarlo con torpeza. Por más que se debatió, no tuvo fuerza suficiente para cortar el mechón. Hizo un gesto, y susurró—:

Por favor...

Ante el susurro, Camilla deshizo la trenza, y Keitha la cortó ferozmente, desprendiendo dos desparejos puñados de cabello.

—¡Ya está! —dijo salvajemente, mientras las lágrimas inundaban sus ojos—. Ahora... déjame prestar juramento...

Camilla llevó a sus labios un tazón de vino.

—En cuanto tengas fuerzas suficientes, hermana —le dijo.

—¡No! *Ahora...* —insistió Keitha. Pero sus manos soltaron las tijeras, que se deslizaron suavemente al suelo, y cayó hacia atrás, inconsciente, en brazos de Camilla.

La Madre Launa dijo con voz queda:

—Llevala arriba —y Magda, siguiendo las indicaciones de Camilla, le ayudó a transportar a la mujer inconsciente escaleras arriba, a un cuarto vacío.

El pozo de agua estaba a oscuras, exudando cieno negro y sombras más oscuras aún, pero detrás de las rocas se elevaba el sol carmesí. Ella era lo bastante mayor como para saber lo que estaba ocurriendo al otro lado del fuego, ya tenía doce años, y en Shainsa, una niña de doce años ya tenía edad de ser encadenada, de ayudar en los partos. Pero estas mujeres con manos sin cadenas, estas Amazonas, la habían alejado como si fuera una niña pequeña. Más allá del fuego, en el creciente amanecer, oía la voz de su madre, sentía el dolor que se clavaba como cuchillos en su propio cuerpo, veía las aves carroñeras que describían círculos cada vez más bajos a medida que se alzaba el sol; y ahora el sol era como sangre derramada sobre la arena, como el lancinante contacto de cuchillos y como el dolor de su madre que inundaba todo su cuerpo y su mente...

¡Jaelle! Jaelle, todo valió la pena, eres libre, eres libre... pero tenía las manos encadenadas, y se debatía, gritaba, lloraba...

—Tranquila, amor, tranquila... —y Peter desenredaba pacientemente sus manos de las sábanas, la acunaba en sus brazos—. Es sólo una pesadilla, no pasa nada...

Sólo otra pesadilla. Otra. Dios del cielo, la ha tenido todas las noches. No sé qué hacer por ella.

Jaelle se alejó de él retorciéndose, sin saber muy bien por qué, sólo consciente de que no deseaba tenerlo tan cerca ahora mismo. Escudriñó el rostro de Peter, ceñuda, preocupada, buscando allí la hostilidad que no encontraba en su amable voz.

—Kyril... —murmuró—. No. Por un momento creí que tú... eras mi primo Kyril. Él se rió suavemente.

—Eso provocaría pesadillas a cualquiera, supongo. Mira, puedes contar mis dedos. Sólo cinco. —Apretó su mano contra la de ella y la joven sonrió un poco ante la vieja broma. Él era muy parecido a su primo, Kyril Ardais, salvo por las manos de seis dedos que Kyril había heredado de su madre, lady Rohana.

Las manos de Kyril, revoloteando a su alrededor durante todo aquel verano, hasta que finalmente, sollozando de ira y humillación, había tenido que utilizar contra él su entrenamiento de Amazona que hacía imposible que alguien sometiera a una Renunciante. Una Renunciante, solían decir, podía morir, pero nunca ser violada.

Por el amor de Rohana, ella no había querido hacerle daño...

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Peter—. ¿Quieres que vaya a buscar un médico? Has tenido estas pesadillas todas las noches... ¿desde hace cuánto? ¿Diez días, once?

Ella trató de concentrarse en sus palabras. Parecían tener un eco extraño que le producía dolor en las palmas de las manos, que reverberaba en sus senos. Los límites del cuarto parecían perfilados por luces borrosas, que se hinchaban y se encogían y volvían a hincharse, irguiéndose amenazantes sobre ella. Le dolían los ojos, y una

oleada de náusea la hizo saltar y salir corriendo hacia el baño. El desgarrador espasmo disipó los últimos restos de sueño; ya no podía recordar qué había soñado, salvo un extraño gusto y olor a sangre que le quedaba en la boca. Tragó el agua insípida de la ducha, tratando en vano de quitárselo y Peter, preocupado, fue hasta la consola de refrescos y dígitos para ella alguna clase de bebida fresca. La llevó a los labios de Jaelle.

—Voy a llevarte a Médica mañana, amor —dijo, mientras la observaba terminar la bebida.

Burbujeaba y le picaba los labios, y ella dejó el vaso, pero él sacudió la cabeza.

—Termínala, te asentará el estómago. ¿Estás mejor? —Examinó los auriculares que estaban sobre la almohada; de algún modo, ella se había desprendido de ellos durante el sueño—. Debe de haber algo mal en el programa de idioma que te dieron. O el D-alfa está mal sincronizado... eso puede alterar tus centros de equilibrio —reflexionó, tomando los auriculares—. O tal vez simplemente removió algo en tu subconsciente. Llévelo a Médica mañana y pídeles que lo adapten según tu EEG.

De manera distante, Jaelle pensó que era como si él le hablara en un idioma de otra Galaxia. No sabía de qué le estaba hablando, ni le importaba. Peter se llevó el audífono a la sien y se encogió de hombros.

—A mí me suena bien, pero no soy un experto. Vuelve a la cama, corazón.

—Oh, no —exclamó ella, sin dudar—. ¡No pienso volver a dormir con esa condenada cosa otra vez!

—Pero, amor, es sólo una máquina —dijo él—, aunque esté mal ajustada, no puede hacerte daño. Nena, sé razonable —añadió, rodeándole los hombros con un brazo—. No eres ninguna nativa ignorante de... oh, las Ciudades Secas, para que te pongas a temblar ante una máquina, ¿verdad? —La recostó sobre la almohada—. Ninguno de nosotros podría arreglárselas sin las cintas de aprendizaje durante el sueño.

Volvieron a acostarse, pero Jaelle sólo dormitó a ratos, tratando de oír conscientemente las palabras de la máquina, para no volver a hundirse en el cieno de la pesadilla. Esas pesadillas se habían vuelto constantes... ¿tal vez había algo malo en la máquina? Pero las pesadillas, recordó, habían empezado antes de que usara las cintas para esa máquina que Pedro llamaba corticador D-Alfa. Le hubiera gustado echarle toda la culpa a la máquina, pero temía que no fuera posible.

Un rato antes de la hora en que debía sonar el despertador, él se despertó somnoliento, lo detuvo para que no les interrumpiera, y empezó a acariciarla suavemente. Ella, bastante dormida todavía, se entregó a ese consuelo que se había vuelto tan esencial para su vida y su ser; se dejó ir con él, alzándose como si volara encima del mundo, elevándose sin gravedad ni ataduras; estrechamente abrazada, compartió el deleite que él sentía al poseerla, acercándola con su pasión. Nunca había estado más próxima a él; buscó el contacto mental para estar aún más cerca, más cerca, en pos de eso último, desconocido, que fusionaría verdaderamente la carne y la

mente de ambos...

Mi carne. Mi mujer. Mi hijo, la inmortalidad... mía, mía, mía...

No eran palabras. No era sólo un sentimiento. Era algo más profundo, que yacía en la base de la mente, en los abismos más profundos, en los cimientos del yo masculino. Jaelle no tenía la educación necesaria para hablar en el lenguaje de las Torres, acerca de las capas de la mente consciente y la inconsciente, de la polaridad femenina y masculina: sólo podía sentirla directa, profundamente, en los nervios a los que durante tanto tiempo se les había negado esa conciencia. Sólo sabía que lo que estaba ocurriendo hacía que en su cuerpo y en su mente despertaran cosas que no eran en absoluto sexuales, y que en nada coincidían con lo que pasaba. Y algún fragmento aislado, no comprometido, de su yo se rebeló usando las palabras del Juramento de las Amazonas:

Sólo me entregaré en mi propio momento y oportunidad... Nunca ganaré mi pan como objeto del deseo de ningún hombre... Juro que no daré hijos a ningún hombre por su casa o herencia, por su clan, linaje, orgullo o posteridad...

Orgullo... orgullo... orgullo...

Y en el momento mismo en que estaba a punto de desasirse de sus brazos, de desprenderse bruscamente de lo que alguna vez le había parecido el mayor deleite del mundo, algo dentro de su cuerpo, en lo profundo de una parte no sometida a la voluntad consciente, le dijo *no, ahora no, no ocurrirá nada...*

No se movió ni se alejó de él, simplemente se quedó inmóvil, sin responder, demasiado bien educada como para excitar a un hombre y dejarlo insatisfecho. Pero aquello que les unía había desaparecido. Él todavía la abrazaba, la acariciaba, pero poco a poco su deseo se esfumó como había ocurrido con el de ella, y Peter se quedó mirándola, frustrado y apenado. Jaelle sintió dolor al ver la preocupación reflejada en sus ojos.

—¡Oh, Pedro, lo siento! —exclamó en el mismo momento en que él la soltaba, murmurando:

—Jaelle, lo siento...

Ella exhaló un largo suspiro y sepultó la cabeza en el desnudo hombro de él.

—No es culpa tuya. Creo que no es... el momento adecuado.

—Y tú ya te sentías muy mal, con todas esas pesadillas —concedió él con generosidad, dispuesto a enunciar las excusas que ella no podía ofrecer por sí misma; ella lo advirtió, y el dolor volvió a invadirla. Peter se levantó y fue a buscar un par de contenedores autotérmicos—. Mira lo que tengo para nosotros. Conozco a un tipo del personal de cocina. Café, justo lo que te hace falta a esta hora.

Le quitó la tapa y se lo entregó, humeante. De todas maneras estaba caliente, y el sabor no pareció tener demasiada importancia.

Mientras ella lo tomaba, Peter le acariciaba el cuello.

—Eres tan bella. Adoro tu pelo cuando lo tienes así de largo.

No vuelvas a cortártelo, ¿de acuerdo?

Ella sonrió y le acarició la mejilla, áspera porque todavía no se había afeitado.

—¿Cómo te sentirías si te pidiera que te dejaras la barba?

—Oh, vamos —dijo él, sobresaltado—. No lo harías, ¿verdad?

Ella se rió suavemente.

—Sólo quise decir que no te lo pediría, mi amor, porque se trata de tu cara. Y también se trata de *mi* pelo.

—¡Oh, diablos! —exclamó él. Se alejó de ella, con expresión obstinada—. ¿Acaso no tengo derechos, mujer?

—¿Derechos? ¿Con *mi* pelo? —La idea afectaba la misma fibra que la había herido cuando había visto el orgullo de él. Jaelle apretó los labios y apartó el café. Con deliberación, miró el reloj y preguntó—: ¿Quieres ducharte primero?

Peter se incorporó y se dirigió al baño, y ella se quedó sentada, sosteniéndose la cabeza, tratando de fijar la mirada en los contenedores de café y en los hilos de vapor que aún se desprendían de ellos.

La habitación parecía latir, haciéndose más pequeña y más grande, a veces parecía más alta y otras, parecía cerrarse sobre su cabeza. *Algo, pensó, no anda bien en mí.* Peter salió de la ducha y la vio allí doblada, sosteniéndose la cabeza, luchando contra la terrible náusea a la que no quería abandonarse.

—Querida, ¿estás bien? —Y después, con una sonrisa de preocupación y placer, dijo—: Jaelle... ¿no crees...?, ¿...no estarás embarazada?

No. Era como un mensaje de las profundidades de su cuerpo. Le espetó:

—Por supuesto que no —y fue a vestirse.

Pero él revoloteó a su alrededor.

—No puedes estar segura... ¿no sería mejor que te hicieran un chequeo en la División Médica, de todas maneras?

Y ella pensó: *¿Cómo estoy tan segura?*

Me niego a sentirme mal hoy. No me rendiré al malestar.

—Tengo que terminar un informe —dijo, y saltó de la cama.

Se obligó a moverse, la náusea cedió, y el mundo se volvió sólido otra vez. Ahora ya estaba acostumbrada al uniforme terrano, a las largas medias que eran asombrosamente calientes a pesar del delgado material con que estaban hechas, a la túnica ajustada.

Peter, oliendo a jabón y a ropa limpia de su uniforme, vino a abrazarla, murmuró algo consolador y se fue corriendo.

No era así en Ardais, pensó ella, confusa, y descartó la idea por el momento, para reflexionar sobre ella cuando le resultara menos perturbadora.

Hacía tiempo que había terminado el informe de su viaje a Ardais, y estaba ahora trabajando en la antigua oficina de Magda en Comunicaciones. Hacía un trabajo que consideraba inútil, actualizar un diccionario standard —así lo llamaba Bethany— de

expresiones idiomáticas darkovanas. Al menos no estaba trabajando con aquellas condenadas cintas de la máquina de aprendizaje durante el sueño, aunque se imaginaba que tarde o temprano su trabajo sería transferido a una de esas cintas.

Me pregunto si será esa máquina —¿cómo la llamó Peter... el corticador D-alfa? — la que me provoca estas pesadillas. ¡Hasta él sugirió que a lo mejor era eso! No pienso volver a usarla... ¡Si es preciso dormiré en el suelo!

Pero siguió trabajando concienzudamente, actualizando expresiones anticuadas y otras que eran populares en su infancia, recordando términos comunes y lenguaje más vulgar que el de las expresiones corteses. Bien, aquel diccionario había sido compilado, recordaba, por el padre de Magda, años atrás, en Caer Donn. Nadie hubiera usado expresiones vulgares delante de un erudito educado que era, además, extranjero. Pero había frases que Jaelle se avergonzaba de incluir en un programa de idioma que podía ser utilizado delante de hombres; más aún, dudaba de que aquellas expresiones fueran siquiera utilizadas delante de mujeres, salvo en las Casas del Gremio.

El hecho es, pensó deprimida, que en realidad no sé cómo hablan las mujeres comunes, salvo lady Rohana. ¡Era tan joven cuando fui a la Casa del Gremio como hija adoptiva de Kindra!

Bien, haría lo que pudiera, lo mejor posible, y eso era todo lo que podrían esperar razonablemente de ella. No era del todo consciente de que se sentía resentida por el desacostumbrado uniforme, cuyo bolsillo del cuello sujetaba el micrófono, de modo que, en la práctica, Jaelle estaba conectada a sus máquinas, y por las medias que le hacían sentir sus piernas desnudas. La desnudez no le hubiera molestado en absoluto en la Casa del Gremio, entre sus hermanas, pero en una oficina donde los hombres entraban y salían —aunque, por cierto, no con demasiada frecuencia—, se sentía expuesta y trataba de fingir que el escritorio y las consolas podían defenderla de las miradas. Una vez un hombre había pasado ante su escritorio —ella no le conocía, era un técnico anónimo que había venido a hacer algo misterioso en el terminal de Bethany, revisando cables y circuitos y otras cosas peculiares.

Así que ésta es la darkovana de Haldane. Hombre afortunado. Qué piernas...

Ella levantó la vista y le lanzó una mirada explosiva antes de darse cuenta de que el hombre no había dicho nada en voz alta. Con el rostro ardiendo, bajó los ojos y fingió que ni siquiera había reparado en su presencia. Toda su vida había sido perseguida por este *laran* intermitente que aparecía y desaparecía sin ningún control, que irrumpía en su conciencia cuando ella no tenía ningún deseo de conocer lo que había en la mente del otro, y que no la asistía cuando le hubiera resultado inapreciable. Una idea indeseada la invadió ahora, pero era de ella misma:

¿Habré estado leyendo la mente de Peter esta mañana? ¿Es así como él me ve?

No. Estaba descompuesta, alucinaba. Le prometí que vería al médico. Será mejor que vaya ahora a arreglarlo. Cuando el técnico se hubo marchado, le preguntó a Bethany:

—¿Cómo hago para que me vea alguien en la División Médica?

—Simplemente ve allí, durante tu hora de la comida, o después del trabajo —le respondió Bethany—. Alguien te dará hora para verte. ¿Qué ocurre? ¿Estás enferma?

—No estoy segura —dijo Jaelle—. Tal vez sea... el corticador. Peter dijo que podía provocarme pesadillas.

Bethany asintió sin ninguna curiosidad.

—Puede hacerlo si no está bien ajustado. Pero no molestes a Médica con eso. Lleva la unidad a Psic y ellos la ajustarán. Pero si las jaquecas o las pesadillas persisten, probablemente debas ver a un médico. O si estás embarazada, o algo así.

—Oh, no —dijo enseguida Jaelle, y después se preguntó: *¿Cómo lo sé, cómo puedo estar tan segura?* Tal vez debiera consultar a Médica, después de todo. Iría en su hora de comer... no tenía hambre, y la clase de comida disponible en la cafetería a la hora del almuerzo no era nada que lamentara perderse.

Pero poco antes de la hora en que todos dejaban sus escritorios para ir a comer, hubo un curioso *bip* procedente de su consola. Se quedó mirándola fijamente, preguntándose si habría roto algo y tendría que volver a llamar a este técnico que la había observado de manera tan ofensiva.

—Bethany...

—Contesta la llamada, Jaelle... —Vio que la joven no comprendía, y añadió—: Es culpa mía, me olvidé de enseñarte... Pulsa ese botón de allí..., esa cosa blanca y redonda que está titilando...

Preguntándose por qué lo llamarían botón —sin duda sería imposible coserlo en una chaqueta o en una túnica—, Jaelle tocó con cautela la luz que destelleaba.

—¿Señora Haldane? —La voz era desconocida y bastante formal—. Cholayna Ares, de Inteligencia. ¿Podría subir a mi oficina? Tal vez acepte almorzar conmigo, me gustaría que habláramos.

Jaelle ya conocía lo suficiente las expresiones terranas para saber que aquellas palabras, planteadas bajo la forma de una solicitud cordial, eran en realidad una orden, y no había manera de negarse. Ocupaba el lugar de Magda; la mujer que había conocido unas noches antes, en compañía de Peter, era el oficial superior de Magda... y por lo tanto también de Jaelle.

—Será un placer. Estaré allí enseguida —dijo, tratando de utilizar en sus palabras la forma de cortesía terrana.

—Gracias —dijo la voz de Cholayna, y la luz se apagó.

Bethany arqueó las cejas.

—Me pregunto qué querrá... ¡De veras que me gustaría saber cómo consiguió este cargo en el Centro Principal! ¡En Inteligencia, por el amor del cielo, cuando ni siquiera puede salir a hacer trabajo de campo en este planeta! ¡Por supuesto, lo único que tiene que hacer es quedarse sentada en su despacho y mandar a todo el mundo como si fuera una araña en el centro de su tela, pero un oficial de Inteligencia debería poder mezclarse con el entorno, y ella nunca podrá hacerlo aquí! Claro que el Centro

Principal puede haber olvidado que este planeta es una rareza, y apuesto que Cholayna no lo sabía cuando pidió el traslado...

—Creo que no comprendo —dijo Jaelle, preguntándose si debía sentirse ofendida—. ¿Por qué es una rareza este planeta?

—Es uno de los seis planetas del Imperio que fueron colonizados por un grupo homogéneo, por colonos de una única área étnica —explicó Bethany—. Y aunque tal vez haya habido unos cuantos negros, orientales o lo que sea en la tripulación de la nave original, la desviación genética y la endogamia hicieron desaparecer esos rasgos mil años antes de que el Imperio redescubriera el planeta. ¡Un mundo con un ciento por ciento de población blanca es más raro que una gallina con dientes!

Jaelle lo pensó durante un momento. Sí, había observado la piel parda de Cholayna, y sus brillantes ojos castaños, pero había creído simplemente que la mujer tenía sangre no humana. En las montañas se hablaba de híbridos con los hombres del camino e incluso con los hombres-gato, aunque por supuesto, los *kyrri* y los *cralmacs* no se cruzaban con los humanos.

—Pero en las Épocas de Caos —dijo en voz alta—, los humanos eran cruzados artificialmente con los *cralmacs*, de modo que pensaba que ella era sólo en parte humana, eso es todo.

—Será mejor que Cholayna no te oiga decir esto —aconsejó Bethany, con una mueca de consternación—. En el Imperio, llamar a alguien semihumano es la cosa más sucia... no, la segunda cosa más sucia que puedes decirle a alguien, créeme.

Jaelle estuvo a punto de manifestar su asombro... ¡qué prejuicio espantoso! Pero enseguida recordó que entre la gente ignorante, incluso aquí, existían ciertos prejuicios con respecto a los no-humanos, que no estaban justificados por las costumbres ni por los tabúes. No *pretendas comprar pescado en las Ciudades Secas*. Controló su paz mental, preguntándose por qué, con la avanzada tecnología médica del Imperio, no habían descubierto o redescubierto esa técnica, para hacer uso de ella.

—Mejor será que vaya a la Oficina de Inteligencia —dijo—. No, gracias, puedo encontrar el camino yo sola.

Cholayna hizo sentar a Jaelle en una confortable silla mullida, y pidió el almuerzo en la consola, que parecía tener más opciones que la cafetería.

—No he tenido muchas oportunidades de hablar con alguien de Darkover —dijo con franqueza—. Y sé que en este planeta no podré hacer trabajo de campo, así que deberé depender de mis agentes. Estoy aquí para organizar un departamento de Inteligencia, no para trabajar en él. Tendré que depender de usted y de cualquiera que conozca el planeta y haya crecido aquí. No quería perder a Magda Lorne, pero no tuve alternativa. Me gustaría sentir que puedo confiar en usted, señora Haldane, como hubiera confiado en Magda. Espero que seamos amigas.

Cholayna nunca había conocido a una mujer que no fuera propiedad de ningún

hombre, ni tampoco a una Renunciante. Jaelle hundió el tenedor en su plato antes de responder. Finalmente dijo:

—Si quieres ser mi amiga, puedes empezar por no llamarme *señora Haldane*. Peter y yo no estamos casados *di catenas* y el Juramento de las Renunciantes me prohíbe usar el nombre de ningún hombre... aunque, por lo visto, no consigo que la gente de Archivos lo comprenda.

—Intentaré arreglarlo —dijo Cholayna, y Jaelle vio que los vivos ojos pardos de la mujer absorbían la información—. ¿Cómo debo llamarte, entonces?

—Soy Jaelle n'ha Melora. Si de verdad llegamos a ser amigas, bien, mis hermanas de la Casa del Gremio me llaman *Shaya*.

—Jaelle, entonces, por el momento —dijo Cholayna, y Jaelle notó, con agrado, que la mujer no se apresuraba a usar el nombre más íntimo—. Creo poder decir que fui amiga de Magda, además de su maestra —prosiguió Cholayna—, y tú puedes hacer mucho por nosotros aquí. Supongo que sabes que hemos accedido a entrenar un grupo de mujeres en Médica, y tal vez tú puedas hacerles las cosas más fáciles. Eres la primera, sabes.

Jaelle sonrió.

—Pero no lo soy, sin embargo. Dos de mis hermanas del Gremio trabajaron en la construcción del puerto espacial.

—Nuestras nóminas no muestran ningún indicio de que hayamos tenido a mujeres darkovanas en plantilla.

Jaelle se rió.

—Las dos eran *emmasca*... neutralizadas. Probablemente creísteis que eran hombres, y por supuesto, las dos adoptarían nombres masculinos. Querían ver cómo era tu gente, que había llegado desde más allá de las estrellas —dijo Jaelle. Se abstuvo de decir que lo que aquellas dos habían contado, en la Casa del Gremio, había dado pie a muchas bromas, algunas bastante vulgares.

Cholayna se rió suavemente.

—Debería de haber imaginado que mientras nosotros os estudiábamos, vosotros también nos estudiabais a nosotros. Todavía no nos conocemos lo suficiente.

Jaelle quedó agradablemente sorprendida. Era el primer súbdito del Imperio que conocía que no llegaba a conclusiones precipitadas e injustificadas sobre la cultura darkovana. Tal vez Cholayna fuera la primera terrana verdaderamente educada que conocía, con la excepción de Magda, que era más darkovana que terrana.

—¿Estás segura de que no quieres comer más? ¿Más café? ¿Estás segura? —preguntó Cholayna, y ante la negativa de Jaelle, colocó los platos en la unidad de evacuación, y tomó un cassette de su escritorio.

En la etiqueta, Jaelle reconoció su propia escritura: era el informe que había hecho sobre el rescate de Peter y del invierno que habían pasado en Ardais. Había otro cassette con la etiqueta de Peter.

—Según eso —añadió Cholayna—, veo que naciste en las Ciudades Secas, y que

viviste allí casi hasta los doce años.

Jaelle se preguntó de pronto si su almuerzo habría contenido algo venenoso para ella: tenía el estómago revuelto, lo que le recordó que se había propuesto ir a Médica. Habló con brusquedad.

—Salí de Shainsa cuando tenía doce años y jamás regresé. Sé poco de las Ciudades Secas: hasta he olvidado el dialecto de Shainsa, y lo hablo como una extranjera.

Durante un largo momento, Cholayna la observó en silencio. Después dijo:

—Doce años es mucho tiempo. A esa edad, una niña está formada... socialmente, sexualmente, la personalidad está definida y en realidad ya no puede cambiarse. Eres más un producto de las Ciudades Secas, por ejemplo, que de la Casa del Gremio de Renunciantes.

Jaelle contuvo el aliento, sin saber si la emoción que la invadía era furia, depresión o simple incredulidad. De repente se encontró de pie, con cada músculo de su cuerpo en tensión.

—¿Cómo te atreves? —exclamó, espetando las palabras a Cholayna—. ¡No tienes ningún derecho a decir eso!

Cholayna parpadeó, pero no cedió ante la furiosa andanada.

—Jaelle, querida, no estaba hablando personalmente de ti, por supuesto. Sólo estaba enunciando uno de los hechos mejor establecidos de la psicología humana. Si lo has tomado como un ataque personal, lo lamento. Nos guste o no nos guste, es un hecho. Las primeras impresiones de nuestra mente son las más duraderas. ¿Por qué te preocupa tanto la posibilidad de ser, básicamente, un producto de la cultura de las Ciudades Secas? Recuerda que sé muy poco de ella y que en los archivos del Cuartel General no hay prácticamente información acerca del tema. Debo basarme en lo que tú me digas. ¿Qué he dicho, para que te enfades tanto?

Jaelle exhaló un profundo suspiro y descubrió que le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Finalmente dijo:

—Yo... yo tampoco quise atacarte en lo personal. Yo... —y tuvo que interrumpirse otra vez y tragar saliva con esfuerzo. Se daba cuenta de que si hubiera llevado su daga la habría desenvainado y, tal vez, la habría usado antes de poder pensar. *¿Por qué habré estallado de esta manera?* Poco a poco, la furia se evaporó de ella, dejándola perpleja—. Debes de estar equivocada, al menos en mi caso. Si fuera un producto de las Ciudades Secas, sería... un objeto, como lo son las mujeres allí: estaría encadenada, sería propiedad de algún hombre; una mujer sin cadenas es un escándalo..., siempre debe llevar la marca de propiedad de algún hombre. Hice el juramento de Renunciante en cuanto tuve edad de hacerlo, y he... he olvidado; todo lo que hice desde que salí de las Ciudades Secas ha sido una manera de...

Se interrumpió y quedó en silencio, completando la idea mentalmente: *Una manera de demostrarme a mí misma que nunca, llevaría cadenas por un hombre...*

Kindra me dijo una vez que la mayoría de las mujeres, y también la mayoría de los hombres, se creen libres y se cargan de cadenas invisibles...

Abstraída, Cholayna se pasó la mano por el pelo plateado.

—Si todo lo que has hecho desde que saliste de las Ciudades Secas ha sido una manera de demostrar que no eras uno de ellos, entonces, vivas o no según sus preceptos, ellos han dado forma a todo lo que has hecho. Si no hubieran tenido ninguna influencia sobre ti, hubieras elegido tu camino sin pensar si era el de ellos o el contrario, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —masculló Jaelle. Seguía respirando con cuidado, obligándose a relajarse, a aflojar los puños.

Cholayna añadió, con tono casual:

—Sé muy poco de las Renunciantes. Hablaste de un Juramento, y también lo hizo Magda, pero no lo conozco. ¿Es un secreto, o puedes decirme qué es lo que jura una Renunciante, una Amazona Libre?

—El juramento no es ningún secreto —dijo Jaelle con tono cansino—. Te lo explicaré gustosamente. A partir de este día juro que... —empezó.

—Espera... —la interrumpió Cholayna, levantando una mano—. ¿Puedo grabarlo, para los archivos?

¡Otra vez esa palabra! Pero ¿qué sentido tenía discutir? Tal vez era la única manera de lograr que la Casa del Gremio fuese comprensible para los de fuera.

—Por supuesto —respondió, y esperó—. Desde este día renuncio al derecho de casarme salvo como compañera libre —prosiguió—. Ningún hombre me atará *di catenas* y no viviré en la casa de ninguno como *barragana* —y con firmeza recitó todo el Juramento desde el principio hasta el fin. ¿Cómo podía creer Cholayna que ella, si verdaderamente fuera producto de la cultura de las Ciudades Secas, como decía, sin esperanza de cambiar su personalidad, su sexualidad o su deseo, podría haber elegido libremente este Juramento? ¡La sola idea era ridícula!

Cholayna escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando ante alguna de las provisiones del Juramento.

—Por supuesto, nada de eso me resulta extraño —dijo—, pues en el Imperio, y en particular en el planeta Alfa donde crecí, se da por hecho que las mujeres tienen esos derechos y responsabilidades, aunque también admitimos —prosiguió con una leve sonrisa— que el padre de la criatura tiene a su vez derechos y responsabilidades con respecto a la determinación del cuidado y la crianza. Algún día, si quieres, me gustaría discutir este punto en detalle contigo. Además, me doy cuenta de por qué las Amazonas Libres... perdóname, las Renunciantes, fueron las primeras mujeres darkovanas que quisieron aprender de los terranos. Tengo que pedirte dos cosas. La primera es que visites a Magda en la Casa del Gremio y que hables con ella de la elección de las candidatas adecuadas para entrenamiento médico... o para cualquier otra cosa que resulte conveniente.

—Será un placer —dijo Jaelle con tono formal, pero por su mente corría otro

pensamiento: *Si cree que ayudaré a persuadir a nuestras mujeres para que actúen como espías de Inteligencia, está muy equivocada.*

—Jaelle, ¿cuál era tu trabajo entre las... las Renunciantes? ¿Qué clase de trabajos hacen?

—Cualquier trabajo honesto —respondió Jaelle—. Entre nosotras hay panaderas, fabricantes de quesos, parteras... oh, sí, entrenamos especialmente a las parteras en la Casa del Gremio de Arilinn, herboristas, confiteras, mercenarias... —Se interrumpió de repente, al advertir adonde conducía el interrogatorio—. No, no todas somos soldados, Cholayna, ni mercenarias, ni espadachines. Si hubiera tenido que ganarme el pan con la espada, me habría muerto de hambre hace mucho tiempo. Los ajenos siempre piensan en las Amazonas Libres más *visibles*, las que se emplean como soldados o mercenarias. Hubo una época, hace mucho tiempo, en que existía una Hermandad de la Espada, en las Épocas de Caos. Fue disuelta cuando se formó el Gremio, las Comhii-Letzii. La Hermandad era de mercenarias y soldados, entonces. ¿Me preguntaste de qué trabajaba? Soy organizadora de viajes. Proporcionamos escolta a las damas que viajan solas. Al menos, así empezamos, porque podíamos hacer de carabinas, además de ser guías y protectoras. Más tarde, también los hombres empezaron a acudir a nosotras, para que les dijéramos cuántas bestias de carga debían conseguir, cuánta comida debían comprar para ellas, y cuánta necesitarían ellos para el viaje... también actuamos como guías en los peores terrenos y los desfiladeros de montaña. —Sonrió un poco, olvidando su furia—. Ahora dicen que una guía Amazona iría a lugares que ningún hombre de los Hellers se atrevería a pisar.

—Eso no tendría precio para nosotros —dijo Cholayna suavemente—. A Cartografía y Exploración siempre les vienen bien guías y personal que les diga cómo equiparse para cada clima y terreno. Se han perdido vidas por carecer de esos conocimientos. Si las Renunciantes acceden a trabajar para nosotros, nos sentiríamos muy agradecidos. —Hizo una breve pausa—. También me gustaría que accedieras a hablar con uno de nuestros agentes acerca de lo que recuerdas de las Ciudades Secas, por poco que sea. No te pido que espíes a tu propia gente —añadió con astucia—, sino sólo que nos ayudes a prevenir malentendidos... que nos digas lo que tu gente cree que los nuestros deben saber de tu mundo, de las formas de cortesía, la manera de evitar ofenderlas por ignorancia...

—Sí, por supuesto —dijo Jaelle. Ahora ya no podía recordar por qué se había enfurecido tanto ante la mera idea de hablar de las Ciudades Secas. Era una empleada del Imperio, con el consentimiento de las Madres del Gremio, y como tal debía obedecer cualquier orden legítima de sus empleadores.

—Por ejemplo, tenemos un agente... su nombre es Raymon Kadarin, que está dispuesto a ir a las Ciudades Secas y enviar alguna información desde allí. Quiero que le conozcas, para ver si te parece que puede ir a las Ciudades Secas sin que enseguida descubran que es un espía. Lo que sabemos de los Dominios...

Se interrumpió: una luz empezaba a parpadear sobre su escritorio con repetida insistencia.

—Les dije a esos tipos que no nos molestaran —dijo Cholayna, frunciendo un poco el ceño—. Deja que me deshaga de ellos, Jaelle, y proseguiremos. ¿Sí? —preguntó, oprimiendo el botón luminoso.

—El jefe tiene una rabieta —contestó la voz incorpórea—. Está buscando por todas partes a esa darkovana... ya sabes, la chica de Haldane... Al final Beth dijo que estaba en tu despacho, y él hizo una escena. ¿Puedes mandarla para acá corriendo para que se calme un poco?

Jaelle sintió que se ponía tensa de ira. No era *la chica de Haldane*, no era en absoluto una *chica*, era una mujer y una empleada del Imperio por derecho propio... ¡y si la necesitaban, podían tener al menos la cortesía de llamarla por su propio nombre! Empezó a decir algo pero vio que Cholayna fruncía el ceño y sintió que la otra mujer estaba igualmente furiosa.

—Jaelle n'ha Melora está en mi despacho, y todavía no he terminado mi conferencia con ella —dijo Cholayna con frialdad—. Si Montray quiere hablar con ella, puede pedirle que acuda a su despacho cuando yo haya terminado.

Jaelle había conocido al Legado en el Concejo, y no le había gustado. Sabía que tampoco Magda respetaba a aquel hombre que era su superior inmediato, y que sabía mucho menos de Darkover que la misma Magda o que cualquiera de la media docena de agentes que trabajaban a sus órdenes. También Peter había dicho algo parecido: *De acuerdo, el hombre es un diplomático de carrera, y no un agente de Inteligencia, ¡pero debería saber algo del mundo al que ha sido asignado!*

Cholayna oprimió el botón y la luz se apagó.

—Eso le contendrá un ratito, pero no puedo garantizar que no te mande a buscar de inmediato. He hecho todo lo posible.

Sonrió a Jaelle, en un gesto súbitamente conspiratorio, y la joven advirtió que le gustaba esta mujer: tenía aquí al menos una amiga.

—Ahora bien, ¿qué te parece la idea de registrar lo que sepas de las Ciudades Secas? —le preguntó Cholayna—. Puedes ponerlo todo en una cinta para Archivos, o puedes hablar directamente con el agente...

Preferiría no hacer ninguna de las dos cosas, pensó Jaelle. Odiaba la idea de hablar en una cinta, pero no había aprendido a relacionarse con los hombres del Cuartel General. La posibilidad de hablar con un agente terrano desconocido, con cualquier terrano sin contar al menos con la protección tácita que implicaba la presencia de Peter, la asustaba. Sin embargo, las palabras del Juramento de las Amazonas le atormentaban: *No apelaré, por derecho, a la protección de ningún hombre...* ¿Qué me ha pasado, pensó con preocupación, desde que vivo como compañera libre de Pedro?

Cholayna seguía mirándole expectante, y Jaelle advirtió que no le había respondido.

—Me... me... gustaría pensarlo un poco, antes de decidirlo —tartamudeó.

Lo que en realidad deseo, pensó, es hablar con las mujeres. Me siento cómoda y segura con Cholayna, incluso con Bethany. Me siento segura al relacionarme con hombres darkovanos, incluso con aquellos que detestan todo lo que las Amazonas Libres defienden, porque sé cómo desarmar sus sospechas, cómo trabajar entre ellos como si fuera uno más. No creía que pudiera aprender a hacer lo mismo con los terranos, y en realidad no deseaba intentarlo.

Y entonces se sintió avergonzada de sí misma. Era una mujer adulta, una Renunciante, no debería querer esconderse detrás de Cholayna, ni siquiera detrás de Pietro.

—Hablaré con el agente —dijo casi con agresividad, y miró al suelo, incómodamente consciente de que Cholayna la observaba con simpatía.

Soy una chica mayor ahora, no necesito que nadie me proteja ni me mime como una madre... se dijo, deseando poder sentir que era verdad.

La luz volvió a parpadear sobre el escritorio de Cholayna. Ésta, irritada, oprimió el botón con una uña pulida y dijo:

—¿Qué pasa ahora?

—El señor Montray quiere verte —respondió la voz, y Cholayna arqueó las cejas.

—Como la montaña no puede volar hasta los pájaros, todos los pájaros deben volar hasta la montaña —dijo con ironía—. Es un viejo proverbio de mi planeta, Jaelle. Me temo que tendré que hacerle pasar. Puedes irte, si lo prefieres.

Jaelle sacudió la cabeza.

—Algún día tendré que verle —dijo, preparándose para ver al canoso y malhumorado Montray.

El hombre que entró, sin embargo, era un desconocido, y tenía al menos veinte años menos que el Legado que Jaelle recordaba.

—¿Esperabas a mi padre? —preguntó al ver el aspecto sorprendido de Cholayna—. Soy Wade Montray, y mi padre me envió a buscar a la muchacha y ver en qué puede sernos útil... —Se interrumpió, miró a Jaelle y esbozó una sonrisa de disculpa—. No sabía que todavía estaba aquí. No quise ser grosero. Creo que la vi en el Concejo, pero no nos presentaron formalmente.

Entonces ella recordó: al menos, aquel hombre hablaba impecablemente el idioma, y había interrumpido algunos de los comentarios más inadecuados y carentes de tacto de su padre.

—Sí, recuerdo haberle visto, señor Montray...

—Wade —dijo él—, pero sé que no es fácil de pronunciar en su idioma. Habitualmente, me llaman Monty, señorita... —Se interrumpió de nuevo—. Lo siento, no sé cuál es la forma cortés de dirigirse a una Renunciante...

—Soy Jaelle n'ha Melora. Si no quiere usar mi nombre, puede llamarme *mestra*. Pero si vamos a trabajar juntos y yo debo llamarte Monty, deberías llamarme Jaelle.

Él asintió, repitiendo el nombre, con cuidado.

—¿Puedo llevarla al despacho del Viejo, Cholayna? ¿O todavía la necesitas aquí? Si es así, trataré de contenerle un poco. —Vaciló y añadió—: Mira, en realidad, no tiene malas intenciones. Es sólo que... él ha estado dirigiéndolo todo: Inteligencia, Comunicaciones, Lingüística, todas esas cosas se decidían en su oficina, y de repente no sabe dónde termina su autoridad y empieza la tuya, así que se siente un poco escaldado.

Cholayna asintió. Se la veía un poco sombría.

—Me doy cuenta de que debe ser duro para él. Técnicamente, por supuesto, no soy responsable ante ningún Coordinador planetario, sino tan sólo ante la Central. Trataré de... no meterme en su terreno, a menos que interfiera demasiado... quiero decir, que se meta demasiado en Inteligencia Imperial. Jaelle, por favor, siéntete en libertad de recurrir a mí en cualquier momento. Y dile a Peter que venga a verme mañana, cuando le vaya bien, ¿quieres? —Cholayna volvió a concentrar su atención en las luces que titilaban en su consola, y Jaelle se dirigió hacia la puerta con el joven Montray. *Monty*, se recordó a sí misma, para diferenciarlo de su padre.

—Tu dominio del idioma es excelente —le dijo, mientras atravesaban el corredor—. ¿Cómo...?

Él le dirigió una sonrisa arrebatadora.

—¿Cómo hablo tan bien el idioma cuando mi padre todavía necesita un intérprete? Vine aquí antes de cumplir diez años, y siempre se me han dado bien los idiomas. El viejo siguió esperando, año tras año, que le enviaran a un lugar que le gustara más, y por eso nunca se molestó en aprender el idioma. A mí me enviaron fuera del planeta para recibir una educación imperial adecuada cuando tenía catorce años, pero a mí me gustaba este sitio y estaba impaciente por regresar. Lo siento, no quiero aburrirte con mis problemas personales. Podemos tomar este ascensor.

El vertiginoso descenso ya le resultaba menos atemorizador; cuando salieron del ascensor, sus piernas estaban casi firmes. En el despacho de Montray, el funcionario calvo y regordete estaba sentado junto a una ventana que dominaba el puerto espacial.

—Le pedí que viniera, señora Haldane —le dijo en un *casta* tan pobre y vacilante que Jaelle decidió que no tendría sentido corregirle con respecto a su nombre—, porque tengo una asignación especial para usted. Éste es mi colega, Alessandro Li.

Un hombre alto, de pie junto al escritorio, hizo una inclinación a Jaelle.

—Le han enviado aquí como representante especial del Senado en la Central, con status diplomático, para investigar si Cottman Cuatro debe mantener su status de Mundo Cerrado o ser reclasificado, y hacer recomendaciones sobre la posibilidad de establecer una Legación. Sandro, ésta es la primera darkovana nativa que trabaja en Inteligencia, está casada con Peter Haldane...

—Conozco los antecedentes de Haldane en Inteligencia —interrumpió el hombre—. Especialista en antropología alienígena; excelente operación en campo. —Su *casta* era mejor que el de Montray, aunque no perfecto—. Es un placer conocerte,

domna.

Por un momento, Jaelle decidió no corregirle. Alessandro Li era un hombre alto, de mandíbula cuadrada, con ojos gris acero bajo unas cejas pobladas, con todo el rostro sombreado por un pelo oscuro y espeso, y ridiculizado —a ojos de Jaelle— por un bigote erizado y recortado.

—¿Crees que podría viajar de incógnito por los Hellers y las Kilghard Hills, *mestra*? —le preguntó Montray a Jaelle.

Lo primero que se le ocurrió fue un absurdo, *no con este bigote*, pero se lo tragó; después de todo, el hombre era nuevo en este mundo, e incluso por sus viajes entre las montañas y los Dominios Jaelle sabía que las pequeñeces, la ropa, las pautas culturales y el lenguaje corporal variaban tan enormemente que no siempre su significado podía darse por supuesto. Sin embargo, vio en los ojos de Monty un destello de regocijo, y supo que su primera idea había sido la misma. Así que durante algunos minutos estudió en silencio a Alessandro Li. Finalmente dijo:

—Podría pasar en los Hellers, en el país MacAran; algunos son morenos y... huesudos, como él. Tendría que dejarse el pelo más largo y afeitarse completamente o dejarse la barba. Y tendría que vestirse de forma adecuada, por supuesto. Y de ninguna manera podría pasar sin más entrenamiento idiomático.

—Sobre eso no puedo opinar —dijo el Montray mayor con inesperada humildad—. Los idiomas no son mi punto fuerte. Por eso extraño tanto a Magda, que era mi mejor intérprete. Desperdiciada, por supuesto, como intérprete, ya que era la mejor agente que teníamos. Pero ¿crees que con el tiempo Li podría pasar?

Alessandro Li trataba de mirarle a los ojos. Jaelle se sonrojó y bajó la vista. Él no podía saber —todavía— que esa actitud era una grosería en esta sociedad, pero Monty intervino.

—Para empezar, Sandro, no intentes hacer contacto visual con una mujer desconocida, no aquí en los Dominios, a menos que creas que es una prostituta que intenta seducirte. Si el esposo de Jaelle estuviera presente, podría desafiarte a duelo por mirarla de esa manera. Tómalo como tu primera lección de cortesía intercultural aquí en Darkover.

—Oh, muy bien —dijo el hombre con rapidez, y bajó los ojos—. No tenía intención de ofender, señorita... perdón, *mestra*, ¿se dice así?

—No hay ofensa —dijo ella con igual rapidez—, pero precisamente me refiero a cosas como ésta. Pedro podría ayudarle más que yo, por supuesto. Y no sería fácil. Sería más simple preparar a... —hizo un gesto hacia Monty, quien se rió y dijo:

—Me gustaría hacer trabajo de campo, por supuesto. Pero en cuanto a enviar a Sandro... bien, me parece que tendría más sentido dejar que el verdadero trabajo de campo lo hicieran los agentes entrenados, los que pueden salir sin ser localizados como terranos porque en todas las cosas importantes *son darkovanos*: Haldane, Lorne... Cargill, Kadarin, incluso yo mismo. Podríamos presentar nuestros informes a Sandro y él podría tomar la decisión final basándose en ellos.

Russell Montray apoyó la barbilla en las manos y lo pensó un momento.

—Eso presenta un solo problema —dijo por fin—. Haldane, Lorne, Kadarin... los que verdaderamente pueden pasar en el campo... son darkovanos en casi todos los aspectos. Sí, han prestado juramento al Servicio, y no estoy cuestionando su lealtad, pero es natural que piensen en términos de lo que es mejor para Darkover, y no necesariamente en términos de lo que es mejor para *nosotros*. No pretendo ofender, Jaelle... —pronunció mal su nombre, pero al menos ya no la llamaba *señora Haldane*, y era evidente que pretendía mostrarse amistoso—, pero Haldane se ha casado con una darkovana... y ahora Magda ha prometido pasar medio año en esa comunidad de Amazonas Libres o lo que sean. Y no queremos que las decisiones las tome alguien que se ha vuelto nativo; la investigación debe ser supervisada por un observador objetivo, que no tenga prejuicios a favor del enfoque darkovano. ¿Comprendes?

Jaelle miró por la enorme ventana que dominaba el puerto espacial. Había allí una de las Grandes Naves, con un equipo de tierra trepando por ella, revisando el monstruo espacial que no había llegado aquí porque le importara ir a Cottman Cuatro, Darkover, sino sólo porque Darkover era una estación conveniente para ir hacia cualquier otra parte. La respuesta que se le ocurrió de inmediato, que Sandro Li estaría igualmente prejuiciado a favor del enfoque del Imperio, no significaría nada para Russell Montray.

Desde aquella altura, el equipo de servicio que rodeaba la nave parecía un grupo de diminutas hormigas-escorpiones. No era extraño que el mayor de los Montray pensara en el enfoque darkovano como algo distante, irrelevante. No conocía personalmente a ningún darkovano, ni deseaba conocerlos, eran algo diferente de lo humano, algo aparte. ¿Qué era aquello que le había dicho Bethany? El peor insulto, en el idioma del Imperio, era decir que alguien no era del todo humano.

—Voy a asignarte a Sandro Li, para que trabajes con él, y serás personalmente responsable de él —dijo Montray—. Deberás trabajar con él en el idioma y prepararle para el trabajo de campo y te hago responsable de cualquier cosa que le ocurra.

Había usado las palabras *personalmente responsable*, que convertían en una cuestión de honor y de orgullo el hecho de defenderle hasta la muerte. Por un momento, la mano de Jaelle se dirigió automáticamente en busca de un cuchillo que no llevaba a la cintura. El gesto, interrumpido, la hizo sentirse tonta.

—Por mi honor —dijo en voz baja—, juro que me haré responsable de él.

Pero Monty había visto el gesto.

—No te pedimos que seas su guardaespaldas, Jaelle —dijo—. No fuiste contratada como profesora armada. Lo que mi padre quiere decir... es que debes acompañarle si sale de la base, y asegurarte de que no se meta en líos que puedan evitarse, evitar cualquier incidente. Entrénale para que pueda salir a la Ciudad Comercial sin meterse en líos. ¿Entiendes?

Ella asintió.

—En primer lugar —dijo—, debes tener un nombre darkovano. Alessandro es bastante parecido a un nombre usado en las Kilghard Hills, pero nadie llamaría *Sandro* a un hombre. Se parece demasiado a *Zandru*. Zandru es el Señor de las Elecciones, buenas o malas, y de los Nueve Infiernos.

—Un equivalente del diablo —explicó Monty, y Alessandro Li arqueó sus cejas pobladas.

—¿Cómo llamarían entonces a un niño cuyo nombre fuera Alessandro? —preguntó.

—Probablemente... Aleki —aventuró Jaelle, y él lo repitió después de ella, con dificultad.

—A-li-kai... ¿Es así?

Ella asintió.

—Y tendría que... —vaciló, pero estos terranos no comprenderían la diferencia, ¿y por qué vacilar?—. Monty, llévalo a un barbero, uno con entrenamiento darkovano. Y en primer lugar, que se quite ese bigote. Pedro puede ayudar a encontrarle ropas adecuadas.

Alessandro Li —*Aleki*, se recordó—, se acarició suavemente el calumniado bigote, con un poco de pesar, le pareció a ella.

—Así que ahora empieza mi transformación en darkovano —dijo él, por fin, encogiéndose de hombros—. Supongo que es la tarea más urgente. ¿Dónde puedo encontrar a un barbero, Monty?

La transformación era notable. Jaelle no había creído que la diferencia sería tan enorme. El rostro de Li se había transformado por completo con la ausencia del bigote que había constituido su rasgo más fuerte, y el barbero también le había recortado las cejas, dándole a la expresión un aspecto muy distinto. Jaelle sintió curiosidad por el barbero que había llevado a cabo tal cambio... ¿qué había pensado? ¿Había supervisado ella misma un cambio que permitiría a este hombre espiar a su propia gente?

¿Quién es mi gente? ¿Y por qué? Jamás pertenecí a los Dominios, como tampoco pertenecí, siendo niña, a las Ciudades Secas. Jamás he pertenecido a parte alguna, salvo entre mis hermanas de la Casa del Gremio, y ahora he traicionado eso... y entonces interrumpió sus pensamientos, consternada. No había traicionado nada. Tenía derecho a tomar un compañero libre, si le apetecía, y a aceptar cualquier empleo legal. Estaba construyendo un puente entre dos mundos, tal como lo estaba haciendo su amiga y hermana Magda, como lo estaba intentando también su amado Peter. ¿Por qué los intereses de terranos y darkovanos debían ser conflictivos? ¿Acaso no podían trabajar en lo que era mejor para ambos mundos?

Aleki la miraba, esperando su aprobación. Iba vestido con las ropas de cuero y piel que cualquier hombre sensato usaría para viajar por las montañas Venza

próximas a Thendara, y las sandalias terranas habían sido sustituidas por gruesas botas.

—Nadie creería que eres terrano —dijo ella y luego, al enfrentarse con un hombre de apariencia darkovana, tomó consciencia del uniforme terrano que llevaba, inmodesto y revelador. Ésa era la diferencia: él lo aceptaba como algo natural; un darkovano no lo haría. Para encubrir su confusión, añadió con rapidez—: No hueles como es debido. Pedro... Pedro podría aconsejarte mejor que yo sobre eso.

—¿Haldane? Estoy ansioso por conocerle —dijo Aleki—. Conozco su trabajo... ¿No fue el primer terrano que viajó a la costa, a Temora y Dalereuth? ¿O fue Magda?

—Estaban casados por aquel entonces —explicó Jaelle—. Creo que compartieron el trabajo y también el crédito. Y si quieres conocer a Pedro, no hay nada más fácil... ¿quieres cenar con nosotros?

—Será un placer, ¿te molestaría que Monty se uniera a nosotros?

—En absoluto. —En realidad, se sintió aliviada: la presencia de Monty convertía la reunión en un simple asunto de Inteligencia.

Peter les esperaba en la entrada de la cafetería principal; reconoció de inmediato a Monty, y ambos se estrecharon las manos. Monty presentó a Alessandro Li, repitiendo también el nombre darkovano que le habían dado, *Aleki*.

—Es un placer, Haldane. Conozco tu trabajo. También esperaba conocer a Magda.

—Bien, eso puede arreglarse. Ella sigue en Thendara —dijo Peter—. ¿Se permite a los hombres visitar la Casa del Gremio, Jaelle?

—Por supuesto, aunque no se les permite ir más allá del Cuarto de Visitantes —respondió Jaelle, y observó que Aleki archivaba mentalmente la información.

—Buscaré una mesa donde podamos hablar —dijo Aleki, alejándose, mientras Peter y Monty iban con Jaelle hasta las consolas expendedoras de comida.

Detrás de ellos, alguien dijo en voz baja pero audible:

—Ésa es la chica de Haldane, la consiguió en Thendara. Es bellísima, por lo menos ahora que la ha vestido con ropas civilizadas. Según oí decir, allá en las montañas, todavía usan pieles de animales. ¡Qué piernas! Vaya suerte tiene ese hombre... me han contado toda clase de historias sobre el matrimonio darkovano...

—Oí decir que una chica y todas sus hermanas comparten el mismo hombre —dijo otra voz—. ¿Crees que ésta tiene hermanas? O tal vez Haldane...

Con la primera sílaba, Peter se había puesto rígido, silencioso y de pronto, mientras las palabras se perdían en especulaciones obscenas, giró rápidamente, y asíó al hombre de la pechera de la camisa.

—Vigila tu sucia lengua, bastardo —gruñó.

Pero Jaelle, con la adrenalina bombeando en su cerebro, hizo a un lado a Peter de un empujón, furiosa.

—¡Ésta es *mi* pelea!

Le dio a Peter otro empujón, tan fuerte, que éste se tambaleó y casi cayó en

brazos de Monty. Después, con las manos endurecidas como armas, Jaelle le propinó al hombre un golpe en la garganta: cayó como si le hubieran dado un martillazo. Un puntapié hábilmente dirigido echó por los suelos al otro, que se quedó tumbado y cubriéndose la parte afectada. Jaelle, con la boca temblorosa y respirando a través de sus sollozos, se volvió hacia Peter.

Entonces llegaron los guardias uniformados de negro de la Fuerza Espacial, y los separaron. Jaelle se puso tensa, pero con el brazo, el hombre la hizo a un lado con gentileza, casi respetuosamente. Peter la rodeó con un brazo, pero ella se puso tiesa, con resentimiento. Las palabras del juramento (*me defenderé por la fuerza si soy atacada... no recurriré a ningún hombre en busca de protección*) latían en su pulso como si fueran pequeños martillos golpeando dentro de su cabeza.

El hombre de la Fuerza Espacial dijo con suavidad:

—Perturbando la tranquilidad de un lugar público... ¿tendré que daros una citación a cada uno? ¿No podéis ir a resolverlo en el gimnasio? La cafetería no es lugar para practicar artes marciales.

—¡Esos sucios bastardos soltaron sus lenguas acerca de mi mujer! —exclamó Peter.

—Palabras duras no rompen huesos —dijo el hombre de la Fuerza Espacial—. De cualquier modo, por lo que parece, la dama sabe cuidarse sola. —Sus ojos se posaron por un momento sobre Jaelle, y ella casi pudo *escuchar* sus pensamientos, pero lo único que él dijo fue—: No conozco las costumbres darkovanas, señora, y no quiero conocerlas, pero nuestras costumbres prohíben luchar en lugares públicos. Eres una extraña, y esta vez no te daré una citación, pero basta de peleas aquí, ¿de acuerdo? Haldane, deberías enseñarle a tu dama a comportarse en público.

Se alejó. Su compañero levantó al hombre que Jaelle había arrojado al suelo, que sacudía la cabeza y se tocaba la garganta con expresión de dolor. El otro seguía gimiendo, pero aceptó la mano que le ofrecía aquel hombre de la Fuerza Espacial y dijo:

—¿Puedes ayudarme a llegar a Médica? —Volvió a gemir, tambaleándose al caminar.

El primer hombre, el que tenía la garganta lastimada, se acercó a Jaelle. Ésta se puso tensa, pero él se limitó a mascullar:

—Me lo merezco, por ser un bocazas. Tengo que reconocer, señora, que pelea como un hombre —y se dirigió hacia su mesa.

Aleki les hizo un gesto desde una mesa para cuatro, en un rincón. Peter asintió y se puso en la cola para la comida. Jaelle temblaba, ahora que la crisis había pasado. Eligió lo primero que estaba a mano, al azar, y se dirigió a la mesa, pero cuando se llevó la primera cucharada a la boca no pudo tragársela.

—Había oído decir que las Amazonas eran mujeres combativas —dijo Aleki, con voz tranquila—. ¿También sabes usar la espada?

—Me las arreglo con el cuchillo —contestó ella, con voz quebrada y temblorosa

—. Yo... —Se le cerró la garganta; se tocó la herida cicatrizada de la mejilla. Todavía temblaba de furia.

¡Piel de animales! ¡Cuando uno de los más preciados objetos de comercio eran las pieles de los Hellers, cuando los flexibles cueros teñidos de las Kilghard Hills valían casi su peso en cobre!

—He visto ese tipo de combate en la Escuela de Inteligencia —dijo Monty—, allí entrenan tanto a hombres como a mujeres en defensa personal. Pero no esperaba encontrar algo así en Darkover...

—No —exclamó Jaelle—, ¡la mayoría de las mujeres sólo están entrenadas para recurrir al hombre más cercano en busca de protección! —Una vez dichas las palabras, percibió en su voz la nota de desprecio, y vio en el rostro de Peter una expresión de dolor.

—Me insultaban a mí y no a ti, Jaelle —dijo Peter, sentándose—. ¿No se te ocurrió que el insultado era yo?

—Por *mi* causa —dijo ella, rígida.

—Lo único que conseguiste fue empeorar las cosas —replicó él, endureciendo la mandíbula con aquel gesto que ella temía—. ¿No escuchaste a esos hombres... *enséñale a tu dama a comportarse en público?* Eso es lo que debes hacer Jaelle... ¡aprender a comportarte en público! ¡No me importa lo que hagas o digas cuando estamos solos, pero en público, si te comportas como si bajaras de una aldea perdida de los Hellers, tu conducta me afecta a mí!

—Te afecta a *ti*...

Jaelle se interrumpió. Lo que Peter decía era, pensó, muy parecido a lo que decía Dom Gabriel cuando hablaba de las Amazonas Libres, como si fuera insultante para los hombres de la familia que una mujer aprendiera a defenderse sola, en vez de confiar en sus parientes varones.

Fue criado como darkovano, pensó. *Yo creí que, al ser terrario, comprendería; las mujeres terranas son más independientes...* Y mientras le invadía un extraño cosquilleo de aprensión, Jaelle pensó en lo que le había dicho Cholayna aquel mismo día, que la personalidad se formaba alrededor de los siete años, y que después no podía cambiarse demasiado.

¿Había sido tal vez tan rápida su reacción de lucha —cuando, en realidad, Peter era el insultado— porque no podía soportar la idea de que podía haber, dentro de ella, una mujer de las Ciudades Secas que deseaba ser encadenada como símbolo de que era propiedad legal de un hombre? ¿Había soltado sus puños para silenciar esa voz y no las casuales obscenidades de los dos hombres? ¿Acaso Peter era, en lo más profundo de su ser, un hombre de los Hellers que pensaba que su esposa debía recurrir a él en busca de cuidado y protección? ¿Alguno de los dos podría eludir algún día la condena de su educación?

Por supuesto que podemos, se dijo con furia. *Si no, ninguna mujer podría convertirse en Renunciante, y Renunciantes son todas las mujeres que han*

renunciado a sus derechos de nacimiento y han superado las cadenas que su educación les impuso en la infancia. Yo también las superaré...

Varios amigos de Peter, que habían presenciado el conflicto, se creyeron en la obligación de acercarse a decirles algo amistoso. Por lo visto, los hombres que habían hecho los comentarios groseros no eran muy populares, y aunque poca gente había oído los comentarios que habían desencadenado la pelea, desaprobaban por principio esa clase de grosería. Se demoraron en la cafetería, bebiendo, comiendo y conversando, hasta que la reunión se convirtió en una fiesta improvisada, y al final el personal de cocina tuvo que rogarles que se marcharan.

Una vez fuera, Jelle rechazó invitaciones para acudir a diversas habitaciones para continuar la reunión. Se sentía exhausta. Había querido consultar a un médico durante todo el día, pero no lo había hecho. Peter seguía silencioso y malhumorado, y ella temía el reproche que aparecería en sus ojos en cuanto quedaran a solas. ¿De verdad habría herido tanto su orgullo?

¿Y tanto debía importarle a ella —como Amazona— si lo había hecho?

Se volvió hacia él en cuanto estuvieron solos.

—Lo siento... —dijo.

Pero él ya estaba hablando.

—Jelle, no quise ser tan...

Y cuando ambos se oyeron, se rieron y se abrazaron.

—Eres maravillosa —susurró él—. ¡Te amo tanto! Sé que todo esto te resulta muy duro...

Y una vez más, tranquilizada, Jelle sintió que se refugiaba en su amor, que Peter era una roca a la que podía aferrarse en aquel lugar extraño y desconocido.

Pero aquella noche, después de haber hecho el amor hasta quedar exhaustos, y de haberse quedado dormido uno en brazos del otro, Jelle se despertó gritando de un sueño en el que su casi olvidado padre, Jalak de la Gran Casa de Shainsa, venía con cadenas para sus manos, diciéndole que ya había pasado con mucho la edad de empezar a usarlas, y cuando ella le pedía ayuda a Peter, él sólo sostenía sus manos mientras Jalak deslizaba en ellos, con amor, los brazaletes.

Magda estaba sentada en el comedor de la Casa del Gremio de Thendara, a la hora de la cena, rememorando su cuarto día entero como Renunciante. El primer día le habían pedido que se quedara con Keitha, que estaba febril y aún enferma como consecuencia de los golpes que había recibido; al día siguiente la habían mandado a ayudar a Irmelin en la cocina. Magda se había mostrado increíblemente torpe en la tarea de barrer y de pelar vegetales para la cena, pero Irmelin sólo había hecho algunos gruñones comentarios acerca de las damas refinadas que nunca se habían ensuciado las manos. La cocinera había sido amable y atenta al enseñarle cómo manejar escobas y estropajos, y a pelar vegetales sin cortarse. Descubrió, impotente, que le disgustaba servir la mesa y lavar los platos después; ¿por qué nadie había inventado alguna simple máquina para ahorrar esas tareas deshumanizantes a las mujeres?

Hoy había sido peor; la habían enviado a trabajar a los establos. No le había importado alimentar a los caballos, ni darles de beber, ni darles un paseo, pues allí en el corral el sol brillaba, y el aire era fresco y claro, pero las pesadas palas del granero eran peores que los estropajos de la cocina, y el olor a estiércol era asqueante. Por esto, se dijo con furia, en Terra hicieron una Revolución Industrial; ¡alguien se cansó de mover estiércol con una pala!

Su compañera de tarea se llamaba Rafaella; recordó que Rafaella era la socia de Jaelle en el negocio de organización de viajes, y había esperado que se mostrara cordial, pero Rafaella casi ni le dirigió la palabra. Al final del día, Magda estaba exhausta; nunca antes había hecho trabajo manual, y se alegró de poder librarse de la suciedad y el polvo; pero a pesar de que se lavó el pelo, le pareció que persistía en él el olor del establo. El perfume del jabón le pareció áspero después de los aromáticos cosméticos de la Zona Terrana. Se demoró en la piscina caliente, tratando de despojarse de su fatiga, hasta que entró Doria con un grupo de muchachas muy jóvenes, y hubo mucho ruido y juegos, jóvenes que corrían desnudas y entraban y salían de las tinas, resbalando para jugar sobre el jabón. El ruido que hacían le hizo abandonar la habitación, y sólo más tarde admitió para sí que estaba celosa de ver cómo todas ellas se divertían juntas.

Ahora, hambrienta después de su día de trabajo en el establo, seguía resultándole difícil comer; era alguna clase de carne o, más probable, de entrañas, estofada con una harina poco molida y condimentada con una salsa muy especiada; el pan era oscuro, rústico y sin levadura, y había un poco de fruta hervida con miel que podría haber sido tolerable helada, pero que se sirvió tibia. Estaba acostumbrada a las comidas darkovanas, y en general le gustaban, pero por una coincidencia desafortunada, todo lo que había aquella noche era nuevo para ella, y le desagradaba; comió un poco de pan con mantequilla, dio vueltas al estofado que había en el plato, y anheló, con rabia y sin esperanzas, una buena taza de café.

En Inteligencia la habían entrenado para comer toda clase de comidas desconocidas sin protestar y sin mostrar disgusto, y solía conseguirlo, pero esta noche se sentía exhausta y deprimida. ¿Podría soportar medio año aquí, entre tantas mujeres extrañas y en estas incómodas condiciones?

Estaba sentada en su sitio, junto a Dona: enfrente estaba la *emmasca* mayor, Camilla, que había presenciado su juramento, y junto a ella se hallaba la mujer nueva, Keitha. Hoy se le veía mejor, con un poco de color en las mejillas, y su pelo brillante, brutalmente cortado para que prestara el juramento, había sido recortado con cuidado a la altura de la nuca. Llevaba ropas de Amazona muy usadas, que con toda probabilidad procedían de la misma caja de ropas desechadas que las que llevaba Magda. Todavía parecía tímida y perdida, y comió poco.

El delgado rostro de Camilla era amable y preocupado.

—Pero no estás comiendo nada, Margali... ¿no te gusta el estofado de tripa?

—Oh, ¿eso es lo que es? —Magda comió otro bocado y se arrepintió de haberlo hecho—. Es muy bueno —mintió—, pero no tengo mucha hambre esta noche. —Tomó otra rebanada de pan y la untó con mantequilla. Al menos *podía* comer el pan, y con la fruta tibia encima, no era demasiado malo.

La Madre Launa golpeó un vaso para pedir silencio.

—Sesión de Entrenamiento esta noche —dijo—. Es obligatoria para todas las nuevas hermanas y para todas las que están juramentadas desde hace menos de tres años y, por supuesto, todas seréis bienvenidas. La Hermandad se reúne esta noche en la Sala de Música, de modo que la Sesión de Entrenamiento será en la armería.

Un fuerte gruñido se elevó.

—Recordad llevar un chal extra —refunfuñó alguien—. ¡Allá abajo se hiela una!

—Pondremos las colchonetas para que os sentéis —dijo Rafaella—, y un poco de frío no mata a nadie. ¡Simplemente, os mantendrá despiertas, lo que os hará bastante falta después de la cena!

Magda le susurró a Doria mientras salían del comedor:

—¿Qué es la Hermandad?

—Es una sociedad secreta —le respondió Doria, también en un susurro—. Vincula a las Casas del Gremio. En realidad, eso es todo lo que sé, y casi todas las mujeres que la forman son curadoras o parteras. Marisela pertenece a ella. Han jurado mantener el secreto y nunca hablan de eso.

Camilla se acercó y enlazó su brazo con el de Magda mientras bajaban a la armería.

—Creí que Jaelle te llevaría a Neskaya. ¿Por qué estás aquí? Oí decir que Jaelle había regresado por una o dos noches, pero no tuve oportunidad de hablar con ella. Vi la cicatriz de su mejilla, sin embargo. ¿Qué ocurrió?

—Ella y yo fuimos atacadas por bandidos —dijo Magda—. Pasamos el invierno en Ardais. Ella estaba demasiado enferma para viajar. Después vinimos aquí, a Thendara...

—Bien, no es sorprendente que haya querido que su ahijada de juramento estuviera en su propia casa —dijo Camilla. Hizo entrar a Magda en la armería, donde las mujeres colocaban las colchonetas en círculo. Camilla le dio un manta a Magda.

—Veo que tienes frío, incluso con tu chal; envuélvete en esto —le ofreció.

La Madre Lauria inició la reunión.

—Hermanas —dijo—, todas habéis visto a las nuevas. Han pasado muchos años desde la última vez que tuvimos tres mujeres juntas para recibir entrenamiento. Todas conocéis a Doria. Rafaella ha conseguido lo que todas nosotras esperamos hacer algún día: ha criado a una hija para que reciba el Juramento de sus manos. Ahora es el momento que conozcáis a Margali n’ha Ysabet, quien tomó el Juramento de Jaelle n’ha Melora el invierno pasado, y a Keitha n’ha Casilda, quien prestó Juramento ante Camilla n’ha Kyria en esta casa, hace cuatro días. Camilla, eres madrina de juramento de una y hermana de la otra... ¿quieres hacer la primera vuelta de preguntas?

—Con mucho gusto —dijo Camilla—. Doria, todavía no has prestado Juramento, a pesar de que has vivido entre nosotras toda tu vida. ¿Por qué quieres prestar Juramento de Renunciante?

Doria sonrió y dijo confiadamente:

—Porque crecí aquí. Es mi hogar, y así complaceré a mi madre adoptiva.

—Ésa no es una razón, Doria —interpuso Rafaella—. ¿Acaso alguna vez te pedí, o te puse como condición de mi amor, el hecho de que tuvieras que convertirte en Amazona?

Doria parpadeó, desconcertada.

—No —admitió—, pero yo sabía que tú lo deseabas...

—Pero ¿cuál es *tu* motivo? —preguntó Camilla—. El tuyo, no el de Rafi.

—Que yo... bien, en realidad... he vivido aquí toda mi vida, y quería verdaderamente ser una más, no simplemente alguien criado aquí, sino una verdadera Amazona...

—¿Tenías miedo de no tener ningún lugar adonde ir si no prestabas Juramento? —preguntó Irmelin.

—Eso no es justo —dijo Doria temblorosa.

Pero Irmelin insistió.

—Dime: si nosotras nos negáramos a aceptar tu Juramento, ¿qué harías?

—Pero no vais a hacer eso, ¿verdad? —protestó Doria—. He vivido aquí toda mi vida, simplemente *esperaba* prestar Juramento a los quince años... —Se la veía consternada y atemorizada.

—Simplemente, dinos: si nos negáramos a tomarte Juramento, ¿a dónde irías? ¿Qué harías? —preguntó de nuevo Irmelin.

—Supongo... no lo sé... volvería con mi madre de nacimiento, me imagino, si es que ella me acepta... No lo sé, no lo sé, no lo sé —exclamó Doria, y estalló en sollozos.

Camilla se encogió de hombros y se dirigió a Keitha.

—Tú. ¿Por qué viniste aquí, Keitha?

—Porque mi esposo me golpeaba y me maltrataba, y no podía soportarlo más... y oí decir que una mujer podía refugiarse aquí...

—¿Cuánto tiempo estuviste casada? —Magda reconoció a la que había hablado: era Byrna, la embarazada.

—Siete años.

—¿Y tu esposo te había golpeado antes de ahora?

—S... sí —dijo Keitha con voz temblorosa.

Byrna hizo una mueca.

—Si habías soportado sus golpes antes, ¿por qué de repente decidiste dejar de soportarlos? ¿Por qué no intentaste arreglar tu vida de manera de no tener que soportar sus golpes y su maltrato, en vez de escapar?

—Lo... lo intenté...

—Y entonces, cuando tus tretas femeninas no consiguieron ablandar su corazón, ¿huiste porque habías fracasado como esposa? —preguntó una mujer cuyo nombre Magda no conocía—. ¿Crees que somos un refugio para las mujeres que no pueden dominar a sus maridos?

Keitha alzó unos furiosos ojos grises y dijo:

—¡Me *acceptasteis* aquí! ¿Por qué no me preguntasteis todo esto *antes* de que prestara Juramento entonces?

Hubo un extraño murmullo en todo el grupo, y Magda, con sorpresa, lo reconoció como de aprobación. Camilla asintió, como si Keitha hubiera ganado un punto, y preguntó:

—¿Qué forma de matrimonio era? ¿Compañeros libres o *catenas*?

—Estábamos casados *di catenas* —confesó Keitha.

Magda recordó: era la clase de matrimonio más formal, en la que las *catenas* o brazaletes matrimoniales eran colocados en los brazos de ambos contrayentes, y era difícil que el matrimonio se disolviera legalmente.

—Entonces estabas obligada por juramento —dijo Camilla—. ¿Qué piensas del proverbio que dice que alguien que traiciona su primer juramento traicionará también el segundo?

Keitha miró a Camilla con rebeldía. Tenía los ojos enrojecidos y una lágrima caía sobre su mejilla, pero contestó con toda claridad:

—Creo que es una tontería. A cambio de tu proverbio, te ofrezco otro: un juramento traicionado por una de las partes libera a la otra. Cuando nos unimos por medio de las *catenas*, mi esposo prometió cuidarme y amarme, pero sólo recibí de él abusos, maltrato y lenguaje sucio y, últimamente, golpes que me hicieron temer por mi vida. Violó su juramento muchas veces. Finalmente, preferí considerar que, al romperlo, él me había liberado de la obligación de observarlo.

Tragó con esfuerzo y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, pero siguió

mirando a las mujeres con expresión desafiante, y Camilla, al fin, asintió.

—Que así sea. Margali, ¿quieres decirnos por qué quisiste convertirte en Amazona?

Magda se sintió agradecida por ser la tercera interrogada. Se daba cuenta de que el procedimiento tenía por objeto poner a la defensiva a la que debía responder y obligarla a justificarse.

—Al principio —dijo claramente—, no quería convertirme en Amazona. Fui obligada a prestar juramento, ya que me habían descubierto usando ropas de Amazona... de Renunciante, fingiendo ser una de vosotras.

—¿Y qué hacías por ahí con ropas de Amazona? —preguntó Rafaella.

—Sabía que ningún hombre molestaría a una Amazona Libre —dijo Magda—, y yo no quería producir un escándalo ni exponerme a insultos mientras viajaba sola.

—Dinos —siguió Rafaella—, ¿te pareció correcto aprovecharte de una inmunidad que no merecías y que otras mujeres se habían ganado con sus cuchillos y años de renunciamiento?

La hostilidad que había en su voz atemorizó a Magda, pero mantuvo firme su mirada.

—Conocía demasiado poco de las Amazonas como para saber si era correcto o incorrecto. Lady Rohana fue quien me lo sugirió... me sugirió que viajara como Amazona Libre, pero me hago cargo de la responsabilidad de lo que ocurrió.

—¿Y por qué después fuiste fiel a tu Juramento? —preguntó una mujer que Magda no conocía—. Si tuviste que prestarlo en una situación ficticia, ¿por qué no solicitaste a las Madres del Gremio que te eximieran?

Magda observó a la Madre Lauria, que permanecía impasible, envuelta en un abrigado chal, frente a ella en el círculo. ¿No diría nada? Pero ni siquiera le devolvió a Magda la mirada. Ésta suspiró, tratando de dar a sus palabras una forma que le permitiera expresarse sin revelar lo que había jurado ocultar mientras estuviera en la Casa del Gremio. No podía explicar que ésta le parecía la mejor manera de servir a ambos mundos, construyendo un puente entre terranos y darkovanos, y que, de alguna manera, debía liberarse de las ataduras de la costumbre que impedían a las mujeres hacer algo importante en Darkover. Por fin habló.

—Me pareció incorrecto violar un juramento. Y como no tenía ningún otro compromiso...

En realidad, no era cierto. Había prestado Juramento de Servicio. Sin embargo, de esta manera podía servir mejor como agente terrana y servir, también, al mundo que había elegido como propio.

—¡Compromiso! —espetó con desprecio otra de las mujeres—. ¿Crees que sólo somos un lugar para mujeres ociosas que no tienen otra cosa que hacer? ¿Por qué piensas que tienes algo para darnos a cambio de la protección de la Casa del Gremio y de tus hermanas?

—No estoy segura —dijo Magda, luchando por conservar la calma—, pero tal

vez podáis ayudarme a descubrir qué tengo para dar.

—Es una buena respuesta —dijo Camilla, pero sus palabras quedaron ahogadas por la voz hostil de Rafaella.

—¿No te parece que tenemos cosas mejores que hacer que enseñarles a las mujeres ignorantes lo que desean de la vida?

Magda sintió que la furia se despertaba en ella, y se alegró. Si se ponía verdaderamente furiosa, tal vez lograra no llorar.

—No, no me lo parece —dijo con aspereza—. Si las tuvierais, estaríais haciéndolas... ¡en vez de estar aquí tratando de enfurecernos!

Las risas estallaron en todo el grupo, junto con expresiones de aprobación. *Yo tenía razón, pensó Magda, eso es lo que están tratando de hacer; probablemente porque las mujeres darkovanas aprenden a ser sometidas. Quieren que pensemos, que cuestionemos nuestros motivos, que los defendamos. Lo único que no quieren que hagamos es que nos quedemos dócilmente sentadas aquí, aceptando todo lo que nos dicen.*

—Keitha trajo joyas —dijo la Madre Lauria— e intentó convertirlas en un obsequio para la Casa. ¿Sabes por qué fueron rechazadas, Keitha?

—No, no lo sé —dijo la mujer rubia. Se movía, inquieta, en su silla. Magda se preguntó si todavía sentía dolor en la espalda, por las espantosas heridas producto de la paliza—. Comprendería que las rechazaras si fueran regalos de mi esposo. Pero eran de mi madre, parte de mi dote. ¿Por qué no podría regalarlas? Y ahora no tengo... —de pronto su voz tembló, aunque trató de conservarla firme— no tengo ninguna hija a quien dárselas.

—En primer lugar —dijo la Madre Lauria—, ninguna mujer puede comprar un lugar aquí. Estoy segura de que no pensaste en eso, pero si aceptáramos obsequios, algún día podría haber diferencias entre las pocas mujeres que pueden pagar y las muchas que no pueden aportar nada. Al principio de nuestra historia, pedíamos a las mujeres que aportaran una dote si podían hacerlo, y fuimos acusadas de atraer con argucias a las mujeres ricas, sólo por sus dotes. Además, ninguna de nosotras es perfecta; si permitiéramos esos obsequios, tal vez aceptáramos a mujeres que no son aptas para esta vida, sólo por sus riquezas. De modo que nuestra primera regla establece que, cuando llega aquí, una mujer no puede traer nada salvo la ropa que lleva puesta, la habilidad de sus manos y la capacidad de su mente. —Sonrió y añadió—: Eso, y un presente más valioso: su yo desconocido, esa parte de ella que nunca aprendió a usar...

Prosiguió, pero Magda no la escuchaba. De repente, era como si una voz le susurrara dentro de la cabeza:

Hermanas, démonos las manos y presentémonos juntas ante la Diosa...

Ante los ojos de Magda apareció de pronto una visión, con tanta claridad como si el círculo de mujeres sentadas en las colchoneras de la armería hubiera desaparecido. La aparición tenía formas de mujer, pero era más alta que las humanas, iba vestida

con las grises ropas estrelladas de la noche, y en su pelo oscuro resplandecían gemas. Parecía mirar a Magda con compasión y ternura divinas. *Hijas mías, ¿qué queréis...?*

Desconcertada, Magda se preguntó: ¿será otra prueba que han preparado para nosotras? Pero del otro lado del círculo, seguía oyendo a la Madre Lauria que le decía a Byrna:

—Te disculpamos si estás cansada, hija.

Y Byrna, incómoda, cambiando de postura, replicaba:

—No, por favor... ¡ésta es la única oportunidad que tengo para estar con todas!

Magda todavía veía, difusamente, la forma resplandeciente... pero ¿estaba dentro de su mente, era una visión, o era real y estaba de pie ante ella, en el centro del círculo? Parpadeó y la imagen desapareció. ¿Había estado allí alguna vez? Magda se preguntó si no se estaría volviendo loca. ¡*Y sólo falta oír voces que me digan que soy el nuevo Mesías de las mujeres!*, pensó sombríamente.

Por lo visto, le habían pedido a Rafaella que condujera la siguiente ronda de preguntas, y Magda sintió un poco de miedo. Rafaella no se había mostrado en absoluto cordial. Sólo había escuchado la mitad de la pregunta:

—¿... enseñarles a ser mujeres, e independientes, en vez de meros objetos de los hombres?

Keitha fue quien respondió, con indecisión.

—¿Tal vez... igual que los cadetes, en la Guardia del Castillo, donde les enseñan a usar armas, para protegernos? Así es cómo se enseña a los muchachos a convertirse en hombres...

Se preparó para una refutación inmediata, con aspecto temeroso, pero Rafaella se limitó a decir con voz suave:

—Pero queremos que sean mujeres, Keitha, no hombres... ¿por qué habríamos de entrenarlas como se entrena a los muchachos?

—Porque... porque los hombres son más autosuficientes, y las mujeres son débiles porque no se les enseñan esas cosas...

—No —dijo Rafaella—. Aunque todas las Amazonas deben aprender a defenderse por si las atacan, hay entre nosotras mujeres que jamás han empuñado una espada: Marisela, por ejemplo. Doria, ¿tú qué piensas?

—Tal vez... —sugirió Doria—, aprender un oficio para ganarnos la vida... así no tendremos que depender de ningún hombre que nos alimente o nos vista...

—No es necesario ser una Amazona para eso —dijo una mujer que según había oído Magda se llamaba Constanza—. Yo vendo queso en el mercado, cuando hacemos más cantidad de la que consumimos, y allí veo a muchas mujeres que se ganan la vida. Trabajan como criadas o sirvientas, o como lavanderas, o como artesanas del cuero. Algunas lo hacen porque tienen esposos borrachos o ausentes y deben mantener solas a sus hijos. Y conozco a una que trabaja haciendo platos de madera porque su esposo perdió una pierna en la montaña. Sin embargo, le obedece en todo, y él está sentado en su silla de ruedas detrás del puesto. Ésa no es la

respuesta.

—¿Tú qué piensas, Margali? —preguntó Rafaella.

Magda vaciló. Sabía que nada de lo que dijera sería la respuesta correcta, que esta parte de la Sesión de Entrenamiento tenía como único fin conseguir que las recién llegadas se sintieran inseguras, y disipar sus prejuicios anteriores, frutos de la ignorancia. Miró el círculo de mujeres, como si pudiera encontrar la respuesta escrita en alguno de aquellos rostros. Vio que dos de ellas estaban sentadas debajo de una única manta, y tenían las manos enlazadas. Mientras las miraba, una de ellas se volvió hacia la otra y ambas intercambiaron un beso prolongado. Nunca antes había visto dos mujeres besándose en público, y se sobresaltó.

Rafaella seguía esperando su respuesta.

—No lo sé... —dijo Magda, con incertidumbre—. Tal vez tú nos lo digas.

—No te estamos preguntando qué es lo que *sabes*, sino qué *piensas*... si es que sabes pensar —dijo Rafaella, mordaz.

Así exhortada, trató de reunir sus desarticulados pensamientos por medio de palabras.

—Tal vez... haciendo que dejemos de usar ropa de mujer, que dejemos usar el lenguaje femenino... porque esas cosas afectan nuestra manera de pensar... quiero decir, las palabras que usamos, la manera en que caminamos y hablamos y nos vestimos... —dijo vacilante—... porque nos han enseñado a comportarnos de cierta manera, y a qué nos enseñarán a comportarnos de maneras diferentes... mejores...

Y volvió a sentirse insegura, al recordar el gusto de Jaelle por los objetos refinados, y al recordar que, cuando hablaba con Dom Gabriel o con lady Rohana, el lenguaje de su amiga había sido tan correcto como el de su parienta.

—Todas tenéis razón en cierto sentido —dijo Camilla—, y todas estáis equivocadas. Sí, aprenderéis a protegeros, por la fuerza si no podéis hacerlo por medio de la razón o la persuasión, pero eso, en sí mismo, no os hará iguales a los hombres. Incluso aquí, en Thendara, se acerca el día en que no hará falta decidir por la espada todas las cuestiones, sino de manera más racional.

Por ahora, aceptamos el mundo tal como los hombres lo han hecho porque no hay ningún otro mundo disponible, pero nuestro objetivo no es lograr que las mujeres sean tan agresivas como los hombres, sino sobrevivir, meramente sobrevivir, hasta que llegue un día más propicio. Sí, todas aprenderéis algún medio de ganáros la vida, pero el hecho de ser independiente de un marido no es suficiente para liberarse de la dependencia. Incluso si una mujer rica se casa con un hombre pobre, y ambos viven de la riqueza de ella, se siente obligada por la costumbre a servirle y obedecerle. Sí, aprenderéis a usar ropa femenina por elección y no por necesidad, y a hablar como queráis, sin tener la obligación de controlar el lenguaje o las ideas por temor a que os crean maleducadas o poco femeninas. Pero ninguna de estas cosas es la más importante. Madre Launa, ¿quieres decirles cuál es la cosa más importante que aprenderán?

La Madre Lauria se inclinó un poquito hacia adelante, para darle más énfasis a lo que iba a decir.

—Nada de lo que aprenderéis tiene la menor importancia, salvo por esto: aprenderéis a cambiar vuestra manera de pensar sobre vosotras mismas, y sobre las demás mujeres.

La diferencia estriba en la manera en que cada, una piensa en sí misma... Con toda seriedad, Magda pensó que la Madre del Gremio estaba en lo cierto. Ella misma había crecido dando por hecho que se ganaría la vida, había asistido a la Escuela de Inteligencia Imperial en Alfa, le habían enseñado a defenderse en combate con y sin armas. Y en la Zona Terrana, no había tenido ninguna restricción especial con respecto a la ropa o el lenguaje.

Sin embargo, soy tan esclava de las costumbres y las convenciones como cualquier muchacha aldeana de las Kilghard Hills... ¿Había sido lady Rohana la que había hablado, en una ocasión, de las mujeres que se creen libres, y que se cargan de cadenas invisibles?

También los hombres sufren bajo el peso de las cadenas de las costumbres y las convenciones. Tal vez la mujer que más necesite liberarse sea la mujer oculta dentro de cada hombre... Magda no supo de dónde procedía la idea. No era suya, era como si alguien la hubiera expresado en voz alta en la habitación. Y sin embargo, nadie hablaba salvo la Madre Lauria. Pero Magda perdió el hilo de lo que la Madre estaba diciendo. Parpadeó, esperando volver a ver la forma de la mujer vestida de gris y plata, el cielo nocturno, la divina compasión de sus ojos... pero no, no había rastros de ella. Sus ojos se abrieron ante un espacio gris en el que se movían rostros desconocidos, hombres y mujeres, y ante ella centelleó, en la gris planicie, una alta torre blanca... una *emmasca*, una mujer que había sido sometida a la operación de neutralización.

—Qué soy, entonces, ¿un *banshee*?

Bajo la furiosa mirada de la mujer mayor, Magda respondió, con timidez:

—No lo sé, pensé... me habían dicho... que una neutra, una *emmasca*, se convertía en eso porque se negaba a pensar en sí misma como mujer.

Camilla buscó la mano de Magda y le dio un pellizco. Su voz seguía severa, reprobatoria, pero le concedió a Magda una sonrisa secreta al decirle:

—Bien, es cierto, empecé negándome a aceptarme como mujer. Mi condición de mujer se me había hecho tan horrible, tan odiosa, que estaba dispuesta a aceptar la mutilación antes de verme como mujer. Tal vez algún día sepas por qué. Pero ahora eso no importa. Lo que sí importa es que aquí, en la Casa del Gremio, aprendí a pensar en mí como una mujer, y a enorgullecerme de eso, a regocijarme en mi feminidad, aunque... aunque en este cuerpo de *emmasca* mío haya tan poco de femenino.

Todavía retenía la mano de Magda. Con timidez, la joven la retiró. Camilla se dirigió a Doria.

—¿Cuál crees tú que es la diferencia entre hombres y mujeres?

—¡Yo digo que no hay ninguna diferencia! —dijo Doria desafiante, decidida a no dejarse atrapar otra vez.

Esta respuesta provocó un torbellino de carcajadas y burlas, con unos cuantos comentarios obscenos, entre los cuales uno de los más corteses fue:

—¿Cuándo fuiste padre por primera vez, Doria?

—Pero acabáis de decir que la diferencia física no es importante —protestó Doria—. Camilla hizo pedazos a Margali por decir que la diferencia era física, y si lo físico no marca ninguna diferencia...

Rápidamente una voz, Magda no supo si era de hombre o de mujer, dijo:

—Hay una intrusa, ¡alguien ha llegado hasta aquí, tal vez en sueños! ¡Activad vuestras barreras!

Y de repente el espacio gris desapareció, y Camilla le espetó:

—Margali, ¿te has quedado dormida o qué? ¡Te he hecho una pregunta!

Magda parpadeó, desorientada, preguntándose si se estaba volviendo loca.

—Lo siento —dijo—, mi mente estaba... en otra parte. —*Ya lo creo, pensó, pero ¿dónde?*—. Me temo que no escuché tu pregunta, hermana de juramento.

—¿Cuál crees tú que es la diferencia más importante entre los hombres y las mujeres?

Magda no sabía si Keitha o Doria habían ya contestado a esa pregunta. No tenía idea del tiempo transcurrido mientras su mente vagaba por la planicie gris. Los rostros que había visto allí, la imagen de la mujer que debía ser, imaginaba, una forma mental de la Diosa Avarra, permanecían en su mente. Trató de reunir sus dispersas ideas.

—Creo que la diferencia está dada solamente por un cuerpo de mujer. —Era la inteligente respuesta terrana, y Magda estaba bastante segura de que era la correcta, que la única diferencia era la limitada diferencia física—. Las mujeres están sujetas al embarazo y a la menstruación, en general son más pequeñas y delgadas, no sienten tanto el frío, su... —se interrumpió, dudaba que la entendieran si les decía que el centro de gravedad de las mujeres era más bajo—, sus cuerpos son diferentes, y ésa es la diferencia principal.

—Tonterías —dijo Camilla con rudeza. Hizo un gesto indicando su cuerpo delgado y asexuado, sus brazos musculosos como los de un hombre.

—En ningún momento dije, y tampoco lo dijo Camilla, que la diferencia no fuera importante —intervino la Madre Launa—, y sólo alguien mucho más estúpida que vosotras podría creer que esa diferencia no existe. La diferencia existe, y no es insignificante. Keitha, ¿tienes alguna idea?

—Tal vez la diferencia esté dada por el modo de pensar —dijo Keitha con lentitud—. El modo en que se les enseña a pensar a ellos... y a nosotras. Los hombres piensan en las mujeres como algo de su propiedad, y las mujeres piensan... —frunció el ceño y añadió, como si descubriera algo—: No sé qué piensan las mujeres. Ni

siquiera sé qué pienso yo.

La Madre Lauria sonrió.

—Te has acercado mucho a la respuesta —dijo—. Tal vez la diferencia más importante entre hombres y mujeres esté dada por la manera en que la sociedad piensa en ellos, en las cosas diferentes que se esperan de ellos. Pero en realidad, no hay respuesta correcta. Tú, y también Margali y Doria habéis dicho parte de la verdad. —Se levantó con dificultad—. Creo que es suficiente por esta noche. Y he oído la campana del vestíbulo, anunciando que también ha terminado la reunión de la Hermandad. Les dije a las muchachas de la cocina que nos trajeran algunos pasteles y algo para beber. Pero vayamos al Salón de la Música para eso... está empezando a hacer un poco de frío aquí.

Un poco de frío... A Magda le pareció una obra maestra del eufemismo. Tenía los dedos morados de frío, y sentía que el helor del suelo de piedra trepaba por sus piernas y sus nalgas, incluso a través de la gruesa colchoneta. Se envolvió en la manta, se puso de pie y salió con las demás.

Tenía hambre después de la cena que no había podido comer. Los pasteles eran pequeños y crujientes, decorados con nueces y frutas secas, y comió varios con apetito, bebiendo una gran jarra de la sidra caliente y especiada que habían traído para las mujeres que no bebían vino. Su mente aún hervía con la reciente discusión. Sabía que era una forma de terapia simple, que obligaba a las personas a pensar, a protestar, a romper sus viejos hábitos de pensamiento. Pero esperaba que todas las sesiones no fueran iguales. Se sentía muy incómoda, y su mente todavía revisaba las preguntas y todas las respuestas que se habían dado. ¿Por qué había decidido ser una Amazona? ¿Cuál era la diferencia entre hombres y mujeres? Seguía planteando y reformulando las respuestas, las cosas que podría haber dicho y ésa, suponía, era la razón de la discusión. Oyó que una de las mujeres le decía a otra:

—Es un grupo inteligente.

Y la otra le respondió con escepticismo:

—No estoy tan segura.

—Oh, aprenderán —replicó la primera—. Nosotras aprendimos.

Doria seguía con los ojos enrojecidos cuando Magda se acercó a ella.

—Hice el ridículo, ¿verdad? —dijo la muchacha.

—Oh, eso es lo que querían que hicieras —contestó Magda con tono ligero—. Alégrate, no estuviste más ridícula que yo.

—Pero yo crecí aquí, *tendría* que haber sabido mejor —dijo Doria, de nuevo al borde de las lágrimas.

Una de las muchachas más jóvenes —Magda la reconoció como una de las compañeras de cuarto de Doria— se acercó y rodeó a su amiga con un brazo, consolándola, y se la llevó. Magda alzó la vista y vio que Keitha la miraba con una vaga sonrisa irónica.

—La prueba de fuego —murmuró—. ¿Te parece que hemos sobrevivido,

compañera víctima?

Magda se rió.

—Considerando que el objetivo era ponernos a la defensiva, creo que sí —dijo—. Probablemente empeore antes de mejorar.

—¿Todas las sesiones serán así?, me pregunto —dijo Keitha en voz alta, y una mujer que no había estado presente durante la sesión (a Magda le habían dicho que era Marisela, la partera y curadora de la casa) se acercó y les sonrió a ambas.

—No, por supuesto que no —les dijo—. Yo conduciré la próxima sesión, y os instruiré en todos los misterios femeninos, por las dudas de si alguna ha tenido una madre demasiado tímida como para hablar de esas cosas con su hija.

—Al menos en eso no seré tan ignorante —dijo Keitha—. He asistido a partos en las propiedades de mi marido, y decían que tenía cierta habilidad como partera.

—¿Ah... sí? —dijo Marisela con interés. Era una mujer bonita, que no iba vestida con los pantalones holgados y las botas típicas de las Amazonas, sino con ropas comunes de mujer, una falda de tartán y un chal que cubría una túnica de mangas largas—. Entonces no habrá problemas con respecto a cuál será tu ocupación. Tal vez te envíen a la Casa del Gremio de Arilinn cuando termine tu medio año aquí, para que aprendas el arte de ser partera y algunas habilidades especiales que nos han enseñado las mujeres de las Torres. Si tienes aunque sólo sea indicios de *laran*, sería muy conveniente. ¿Y qué pasa contigo, Margali? ¿Tienes alguna capacidad como curadora o partera?

—Ninguna —confesó Magda—. Puedo vendar una herida de emergencia, o un corte o un magullón, pero nada más.

Cuando Marisela se alejó con Keitha, Magda pensó en la palabra que la partera había utilizado. *Laran*, el término darkovano que abarcaba la telepatía, la clarividencia y todas las artes psíquicas. Rohana le había hecho una prueba durante el invierno que había pasado en Ardais, y le había dicho que tenía un poco.

¿Habría tenido por eso aquellas curiosas visiones? ¿Habría estado espionando, sin quererlo, en la reunión de la Hermandad, con aquel *laran* que en realidad no comprendía y que no sabía controlar? Por un momento le pareció ver, alrededor de los delgados hombros de Marisela, el manto gris de Avarra... Obligó a su mente a regresar al Salón de Música, y empezó a inspeccionar algunos de los instrumentos. Algunos eran familiares; su madre, que se había pasado la vida estudiando la música folklórica de Darkover, había tocado varios. Reconoció algunos *rryls*, uno pequeño y otro grande, que se tocaba de pie, parecido a un arpa. Había otros instrumentos a los que hubiera clasificado como laúdes, dulcémeres y guitarras, aunque no vio ninguno de viento, ni maderas ni bronces. Había otros tan extraños que ni siquiera pudo imaginarse cómo podrían tocarse.

—¿Sabes tocar algún instrumento, Margali? —preguntó Rafaella, con tono casi amistoso.

—Lo siento, no heredé ni pizca del talento de mi madre para la música —dijo—.

Me encanta escuchar, pero no tengo talento.

La pareja que se había besado bajo la manta en la sala de armas estaba ahora abrazada en un rincón; la muchacha más alta estaba recostada sobre el hombro de su amiga, y ésta le rozaba levemente un pecho con la mano. Magda desvió la mirada, sintiéndose incómoda. ¿En público, así? Bien, después de todo estaban en su casa, y eran jóvenes, no tendrían más de dieciséis años. Caricias tan simples como éstas, intercambiadas en público por personas jóvenes —si hubieran sido un chico y una chica, en vez de dos muchachas— no hubieran producido ninguna reacción en la Zona Terrana. De repente, se sintió intensamente sola, y anheló poder estar allí.

Se preguntó si Jaelle no estaría deseando lo mismo. *Todo esto que a mí me resulta, tan extraño aquí, pensó, para ella es querido y familiar.* Se preguntó si Jaelle se sentiría igual de ajena y separada de todo lo que conocía.

—¿Añoras tu casa, Margali? —preguntó Camilla, detrás de ella, y rodeó con un brazo la cintura de Magda.

—Un poco, tal vez —contestó Magda.

—No te enfades conmigo por haberte hablado con rudeza, hermana de juramento; forma parte del entrenamiento, para hacerte pensar. —Siguió la mirada de Magda, clavada en las dos muchachas que se abrazaban en el rincón—. ¡Gracias a la Diosa por eso! ¡Janetta ha estado tan quejica desde que Gwennis se fue, que temí que se arrojara por la ventana! Al menos ahora parece consolada.

Magda no supo qué decir. Afortunadamente, antes de que pudiera responder, Doria la tomó del codo.

—Ayúdame a llevar las tazas a la cocina, Margali, y a guardar los pasteles que han sobrado. Irmelin está enfurruñada porque no nos los hemos comido todos... ¿no quieres otro?

Magda se rió y tomó otro pastelito crujiente. Ayudó a Keitha y a Doria a recoger los platos y tazas, a quitar las migas de la mesa y arrojarlas a la chimenea. Rafaella hacía correr los dedos sobre la superficie del *rryl* más grande y Byrna pidió:

—¡Cántanos algo, Rafi! ¡Hace mucho tiempo que no oímos música!

—Esta noche, no —dijo Rafaella—. ¡Estoy demasiado ronca después de comer tantos pasteles! Otra vez será, y además, es tarde y mañana tengo que trabajar. —Cubrió el arpa y salió de la habitación.

Doria y Magda llevaron el resto de las tazas a la cocina, y se dirigieron a la escalera. Delante de ellas, Magda vio a Janetta y a su amiga, que seguían abrazadas, tan absorta la una en la otra que tropezaron en la escalera y tuvieron que sostenerse entre sí. Detrás de Magda, Byrna suspiró, observando cómo ambas se iban, de nuevo abrazadas, a su habitación.

—Muy bien, hay dos que no dormirán solas esta noche —dijo, cuando la puerta se cerró detrás de ellas—. Casi las envidio. —Exhaló otro profundo suspiro cuando enlazó las manos sobre el vientre abultado—. ¡Qué burra soy! ¿Qué haría ahora con un amante, si lo tuviera? Estoy tan cansada de todo esto...

En un torpe intento de consolarla, Magda la abrazó.

—Pero en realidad no estás sola, tienes a tu bebé...

—Estoy tan *cansada* que me gustaría que ya hubiera *pasado* —exclamó Byrna, y su voz se transformó en un sollozo—. Ya no *soporto* arrastrarme así por todas partes...

—Bueno, bueno, no llores..., ya no falta mucho —le dijo Magda, dándole unas suaves palmaditas en el hombro.

Acompañó a la llorosa mujer a su habitación, y le ayudó a quitarse los zapatos, pues Byrna estaba tan gorda que no podía alcanzar sus propios pies, le puso el camisón y la arrojó en la cama. Le dio un beso en la frente, pero no sabía qué decirle. Al final, habló:

—Seguro que al bebé no le hace bien que llores de este modo. Piensa en lo bien que te sentirás cuando todo pase —y cuando levantó los ojos, vio a Marisela en el umbral de la puerta.

—¿Cómo te sientes, Byrna? ¿No hay signos, todavía? —preguntó, y Magda, sintiéndose superflua, se marchó.

Todavía quedaban algunas mujeres reunidas en el corredor. Todas se desearon buenas noches y se retiraron a sus cuartos, pero Camilla se demoró un momento.

—¿Te sientes sola, hermana de juramento? —le preguntó con suavidad, en voz baja—. ¿Te apetece compartir la cama conmigo esta noche?

Magda se quedó rígida de asombro. Por un momento no pudo creer lo que estaba escuchando. Tuvo que hacer un esfuerzo para no desasirse bruscamente de la mano de Camilla. Recordó que estaba en un lugar desconocido, y que a ella le correspondía adaptarse a *sus* costumbres y no a la inversa, ya que sin duda Camilla no había pretendido ofenderla. Trató de disiparlo todo con una sonrisa.

—No, gracias, creo que no. —*He tenido algunas proposiciones extrañas, pero ésta...* El contacto de Camilla no era desagradable, pero Magda estaba deseando poder liberarse de ella sin hierirla y sin parecer poco cordial.

—¿No? Pero si aún no te he dado la bienvenida, ni te he demostrado que estoy contenta de que estés otra vez con nosotras, hermana de juramento... —murmuró Camilla.

Sus dedos apenas rozaban los de Magda, pero ésta era muy consciente del contacto que la hacía sentir incómoda. También era consciente de que algunas de las mujeres que seguían en el corredor las miraban, pero estaba ansiosa por no herir a Camilla, que según sus propios códigos no había hecho nada ofensivo.

Trató de librarse con dulzura del contacto de la otra y murmuró muy suavemente:

—No soy amante de mujeres, Camilla. Pero te doy las gracias y estoy contenta de ser tu amiga.

La otra mujer se rió, en absoluto ofendida.

—¿Eso es todo? —dijo y, sonriendo, soltó la mano de Magda—. Pensé que tal vez te sintieras sola, eso es todo; estamos ligadas por juramento, y no tienes ninguna

amiga íntima en esta casa, ahora que Jaelle no está con nosotras. —Se inclinó y besó a Magda con dulzura—. Todas nos sentimos solas y desdichadas cuando acabamos de llegar, a pesar de estar contentas por no estar donde estábamos antes. Pero pasará, *breda*. —Utilizó la inflexión íntima, que daba a la palabra la connotación de *querida* o *amada*, y eso puso a Magda aún más incómoda que el beso—. Buenas noches —añadió Camilla—. Que duermas bien, querida.

Sola en su propia cama, pensó en aquella velada. Sabía que, desde el punto de vista intelectual, el planteo de preguntas sin respuesta, incontestables, el deliberado despertar de emociones que nunca había confrontado abiertamente, estaban haciendo su efecto. No pudo dormir, sino que permaneció despierta, repasando una y otra vez las preguntas, con inquietud, y también las muchas respuestas que encontraba en su mente. Las lágrimas de Doria, las dos muchachas besándose, el estallido de Byrna, el beso que Camilla le había dado en los labios... todo ello se mezclaba en imágenes fatigadas, casi febriles. ¿Qué estaba haciendo entre todas aquellas mujeres? Era una mujer libre, una terrana, una agente entrenada, no necesitaba luchar con todas esas preguntas, que eran tan importantes para las mujeres esclavizadas por la bárbara sociedad darkovana.

Cadenas invisibles... Fue como si una voz lo susurrara dentro de su cabeza. ¿Dónde estaría Jaelle ahora? En los brazos de Peter, en la Zona Terrana. La Madre Lauria le había preguntado si le resultaría muy duro vivir sin un amante. No, no era eso lo que deseaba...

Y entonces, de repente, la imagen de la diosa Avarra volvió a aparecer ante sus ojos, el rostro compasivo, las manos extendidas como para tocar las de Magda. A través de todas las preguntas sin respuesta y del torbellino que invadía su corazón, Magda sintió súbitamente que una gran paz y alegría invadía su mente.

Se durmió aún preguntándose: ¿Cuál es la diferencia entre el hombre y la mujer? ¿Qué es ser una *Comhii-Letzii*? Durmió, y en el sueño supo la respuesta, pero cuando despertó, se le había olvidado de nuevo.

6

—Sí, claro, podrías pasar como nativo en las Ciudades Secas —dijo Jaelle, escrutando el rostro del hombre alto y delgado que estaba ante ella, su nariz ganchuda, su frente alta, la mata de pelo plateado—. El pelo rubio no es común en los Dominios, pero la mayoría de los hombres de las Ciudades Secas tienen el pelo claro y la piel pálida. Tu principal problema sería... el laberinto de las costumbres y las relaciones familiares. Tendrías que tener una historia muy buena para cubrir lo que hagas. Sería más seguro que fueras como hombre de los Dominios, como comerciante.

Pensativo, el hombre Kadarin asintió. A Jaelle le pareció que hablaba impecablemente el idioma. Ni siquiera podía adivinar su origen.

—Tal vez tú podrías viajar conmigo, para mantenerme informado acerca de las costumbres... —Jaelle sacudió la cabeza. *Nunca*, pensó, *nunca*.

—Tendría que llevar cadenas y fingir que soy tu propiedad —explicó—, y el juramento de las Amazonas me lo prohíbe. Seguro que en el Servicio de Inteligencia del Imperio debe haber hombres... —ya había hablado cuando se dio cuenta de lo sarcástico que había sonado su tono— o incluso mujeres capaces de eso.

—Ya me las arreglaré —dijo él—, pero me gustaría que me dieras más datos. Cholayna Ares dice que viviste allí hasta los doce años...

—Detrás de los muros de la Gran Casa de Shainsa —le recordó ella—, custodiada día y noche por guardianes femeninos. Traspuse esos muros sólo dos veces, para un festival. Y de todos modos, ¡todo lo que sabía ha sido borrado por ese maldito corticador D-Alfa, o cómo se llame!

Bajo una hipnosis leve, había desenterrado recuerdos que ni siquiera sabía que tenía. Los juegos con las otras hijas de Jalak, atándose cintas en los brazos, fingiendo que eran lo bastante mayores para ser encadenadas con las mujeres. La aparición de un supuesto intruso en las habitaciones de las mujeres, y después su espalda azotada, el hombre sujetado con estacas cerca de un nido de hormigas-escorpión, y el sonido de sus gritos. No tendría más de tres años cuando su niñera le dejó ver eso por descuido, y hasta la sesión con el corticador, lo había olvidado por completo. Jalak, acariciando, indiferente, a sus favoritas en el Gran Salón, a la hora de la cena. Su madre, con cadenas doradas, teniéndola en su regazo. Haber sido castigada por intentar, con uno de los niños de la casa, echar un vistazo más allá de los muros...

Descartó todos los recuerdos, cerrando su mente a ellos... ¡todo aquello había terminado, salvo en las pesadillas!

Y la muerte de mi madre en las arenas del desierto, su vida perdiéndose con la sangre...

—No puedo decirte nada más —dijo con tono cortante—. Vístete como un comerciante recién llegado a las Ciudades Secas, habla con suavidad y no ofendas el *kihar* de ningún hombre, y saldrás bien parado. Un extranjero puede hacer, por

ignorancia, aquello que le valdría la muerte a un nativo.

Kadarin se encogió de hombros.

—Por lo visto, no tengo alternativas —dijo—. Te doy las gracias, *domna*. Y a cambio de todas mis preguntas, ¿puedo preguntarte una sola cosa más, una pregunta personal?

—Por supuesto, puedes preguntar —contestó ella—, pero no puedo prometerte que te responda.

—¿Qué hace una dama del *Comyn*, con todas las marcas de su casta, entre las Renunciantes?

La palabra *Comyn*, pronunciada en el silencio del cuarto, tranquilo e inofensivo, estaba, para Jaelle, cargada de recuerdos dolorosos.

—No soy *Comyn* —dijo, y lo dejó así.

—¿*Nedestro*, entonces, de alguna gran casa? —insistió él, pero ella apretó los labios y sacudió la cabeza. Por nada del mundo le hubiera dicho que su madre había sido Melora Aillard, con todo el *laran* de esa casa, entrenada en una torre, secuestrada en las Ciudades Secas, casada con Jalak de Shainsa... rescatada por las Amazonas Libres, sólo para morir al dar a luz el hijo de Jalak en el solitario desierto de los alrededores de Carthon. Sin embargo, ante aquellos ojos gris acero, se preguntó si el hombre no tendría suficiente *laran* como para leerle la mente.

¡*Laran!* ¡Los terranos tenían algo peor que el *laran*, aquel maldito corticador que podía revivir todas las pesadillas olvidadas en el cerebro! Le habían dicho que también tenían un potente explorador psíquico, pero ella se había negado a someterse a eso. Si no había consentido que una *leronis* debidamente entrenada se metiera con su mente, cuando quisieron enviarla a una torre... ¿por qué habría de someterse a las crueles máquinas mecánicas de estos terranos? Se sintió aliviada al ver que el hombre, Kadarin, se ponía de pie y se despedía de ella con una cortés inclinación de cabeza. ¿De dónde provenía? se preguntó. ¿Cuál sería su raza de origen? No se parecía a nadie que Jaelle hubiera conocido antes.

Descartó la idea. Debía pasar el resto de la mañana trabajando con Alessandro —*Aleki*, se dijo, recordando el nombre darkovano— preparándole, dándole información sobre la historia de los Dominios, y las formas elementales de relación entre ellos.

Habían estado trabajando durante varios días, en una de las oficinas más pequeñas del nuevo Departamento de Inteligencia, a veces en presencia del joven Montray —Monty— y a veces solos. Jaelle no tenía objeciones: los modales de Aleki eran del todo impersonales. Nunca parecía considerarla mujer, sino simplemente una colega. Jaelle, nerviosa y suspicaz al principio, tenía ahora una actitud casi amistosa con él.

La primera tarea de Aleki había sido leer todo cuanto los agentes de campo habían logrado reunir sobre la sociedad darkovana. Gran parte de los informes estaban firmados por Magda Lorne o por Peter Haldane, hecho que hizo que la tarea tuviera especial interés para Jaelle... ¡cuántas cosas habían descubierto acerca de su

mundo! Le encontró revisando el relato que ella misma había hecho del viaje a los Hellers, comparándolo con el relato de Magda y con el de Peter. Cuando ella entró, él dejó a un lado los papeles para saludarle.

—Tengo que hacerte algunas preguntas —dijo—. Antes de empezar, ¿tienes sed? ¿Puedo ofrecerte algo? Puede ser una sesión prolongada... tengo muchas cosas que decirte. ¿Café? ¿Zumo de frutas?

Jaelle aceptó el zumo de frutas, y tomó asiento frente a él. Él se colocó ante la consola, para pedirle alguna clase de bebida caliente para sí, y la trajo, humeante, hasta la mesa.

—Los tres informes que tengo aquí, así como algunos otros —empezó—, hablan de un invierno pasado en el Castillo de Ardais... ¿lo he pronunciado bien?

—Ar-deiz —corrigió ella con suavidad, y él lo repitió.

—¿Cómo es que tú, una Amazona Libre, que por lo que sé no son muy bien consideradas dentro de la sociedad, fuiste aceptada como invitada en el Castillo Ardais, junto con Haldane y Lorne, y sin cuestionamientos? ¿La hospitalidad es tan grande en las montañas, en todo Darkover?

Este hombre es muy inteligente, no debo subestimarle.

—Lord Ardais sin duda albergaría a cualquiera que no tuviera hogar en su Dominio —respondió—, pero a mí me recibieron como parienta. Lady Rohana es... es parienta de mi madre.

—¿Estás relacionada, entonces, con el Comyn? Pues según entiendo, los Ardais pertenecen al Comyn. No comprendo bien por qué el Comyn gobierna todos los Dominios —dijo.

Jaelle percibió la curiosidad del hombre casi como una presencia palpable, y maldijo a su indeseado *laran* que se le imponía sin que pudiera controlarlo a voluntad.

—En ninguna parte de estos Archivos —prosiguió Aleki— hay indicios de cómo la sociedad de Darkover llegó a aceptar esa estructura feudal, ni de por qué la jerarquía del Comyn accedió al poder. Por supuesto, lo que conocemos de la historia darkovana es muy incompleto...

—La mayoría de nosotros sabe poco más —dijo con cautela Jaelle—. Los registros que tenemos de los orígenes de la sociedad darkovana se perdieron en lo que llamamos las Épocas del Caos. En aquella época... —titubeó, sabiendo que no debía hablar; era voluntad de los Hastur que ningún darkovano hablara con los terranos acerca del período de mayor poder de las Torres y de la antigua tecnología de matrices que casi había destruido su mundo—. La época más remota de la que tenemos recuerdo —continuó Jaelle—, es de unos quinientos o setecientos años atrás, cuando todas estas tierras... —señaló el mapa que él había copiado y que se hallaba sobre el escritorio—, estaban divididas en más de cien pequeños reinos.

—Parece un país muy pequeño para ser dividido en cien reinos —comentó Aleki, y Jaelle asintió.

—Debes comprender que muchos de aquellos reinos eran muy pequeños. Solían decir que un rey menor podía erguirse en la cima de una colina y divisar todo su reino, a menos que un árbol de resina hubiese crecido durante aquella estación para ocultarle la mitad —explicó ella—. Hay un juego infantil llamado «rey de la montaña»... ¿no lo juegan en tu mundo? Un niño trepa hasta la cima y los otros tratan de hacerle caer, y el que tiene éxito es rey... hasta que algún otro pueda hacerle caer a su vez. Por lo visto, muchos de los reinos más pequeños eran así. Conozco los nombres de algunos: Carcosa, Asturias, Hammerfell. En la época en que se firmó el Pacto... ¿Sin duda sabrás qué es el Pacto? —se interrumpió para preguntarle.

—¿No es la ley de los Dominios que prohíbe el uso del arma cuyo alcance exceda la longitud del brazo de quien la porta?

—Ésa es —dijo Jaelle—. El Pacto redujo las guerras al mínimo, y, como decía, en la época en que se firmó, hubo una serie de guerras llamadas Guerras Hastur, y lentamente, una a una, los Hastur conquistaron todas aquellas tierras. Después volvieron a dividir las en lo que llamamos los Siete Dominios, cada uno de ellos gobernado por una de las Grandes Casas del linaje de Hastur: el Comyn. El Dominio de Hastur abarca las tierras del este, los Dominios de Elhalyn, Hali y las montañas del oeste; los Alton gobiernan sobre Armida y Mariposa, y así sucesivamente...

—Puedo ver los Dominios señalados en el mapa —dijo Aleki—. Lo que quiero saber es cómo llegaron al poder, y por qué la gente común debe obedecerles tan incondicionalmente. Si eres parienta de lady Rohana, como dices, es evidente que estás vinculada al Comyn, y algo sabrás de su historia y de su poder.

—No sé más que otro cualquiera —contestó Jaelle, evasiva—, y en esta tierra son muy pocos los que no tienen ningún rastro de sangre Comyn. Hasta yo, que soy, como bien señalaste, tan sólo una simple Renunciante.

Había empezado a sentir que esto era una especie de prueba, como las de las Sesiones de Entrenamiento antes de pronunciar el Juramento. Una vez más, salían a la luz todos sus conflictos y lealtades ocultos, y eran explorados. Él insistió:

—Sigo sin comprender por qué la gente común debe cumplir tan incondicionalmente con la voluntad de los Hastur.

—¿Acaso el pueblo del Imperio no obedece a tus gobernantes y regentes?

—Pero nuestros gobernantes son elegidos por nosotros —respondió el hombre—. Aunque decimos que somos un «Imperio», somos un imperio sin emperador, estructurado como una Confederación... ¿conoces estos términos? Ofrecimos a Darkover plena participación, con un gobierno autónomo y representación en nuestro Senado por medio de miembros elegidos por vosotros mismos. Casi todos los planetas que ocupamos se sienten muy felices de ser miembros de un imperio interestelar, en vez de seguir siendo bárbaros aislados y recluidos en sus propios mundos. Sin embargo, Darkover no se ha unido al Imperio, y no sabemos por qué. No sabemos si ése es el verdadero deseo del pueblo darkovano, o sólo la voluntad de los Hastur y del Comyn.

Por primera vez, Jaelle percibió que él era completamente honesto, que estaba perplejo. Al cabo de un momento, le preguntó con suavidad:

—¿Se le dio a elegir a Darkover? ¿O simplemente vinisteis aquí, os establecisteis y después nos ofrecisteis participación en el Imperio?

—Darkover —Cottman IV— es una colonia del Imperio —dijo Alessandro Li—. Fue colonizado por terranos, muchos años atrás. Cuando llegamos aquí, lo sabíamos, vosotros habíais perdido vuestra historia... tal vez durante esas Épocas de Caos de las que hablas. El Comyn ha preferido ocultar ese hecho al pueblo, para que éste no pueda reclamar su herencia. Normalmente, los planetas locales se sienten complacidos de tener los recursos de una civilización interestelar.

Era una tentación repetir los argumentos que había escuchado en contra del Imperio y de los terranos, pero ¿cómo podía hablar en nombre del Comyn? Y si lo hacía, Aleki podía exigirle que le diera más detalles que los que se sentía capaz de ofrecer. Se dio cuenta de que toda esa larga explicación tenía por propósito que ella hablara confiadamente, que bajara la guardia, y con todo cuidado, evitó picar el anzuelo.

—Yo, por mi parte, no encuentro motivos para que Darkover se convierta simplemente en otro de los mundo del Imperio —aclaró—. Pero los Hastur no nos comunican sus decisiones. Probablemente, ellos han estudiado este tema en mucha más profundidad que yo, y estoy satisfecha de que sean ellos quienes decidan.

—¿No preferirías tener voz y voto en esa decisión? —preguntó Aleki—. ¿En vez de obedecer incondicionalmente la voluntad de una casta gobernante?

—Yo no obedezco incondicionalmente la voluntad de ningún hombre, sea Hastur, marido o dios —le replicó—. Pero el Comyn ha estudiado este tema y yo no he tenido la oportunidad de conocer todos los aspectos de la cuestión. Pedro me ha explicado vuestro sistema de democracia, y sólo me parece una manera de que las decisiones sean puestas en manos de aquellos que no son capaces de tomarlas. ¿Preferirías escuchar la opinión de mil o un millón de necios, o la opinión de un solo sabio educado para estas cuestiones?

—No supongo automáticamente que mil o un millón de personas comunes deban ser necias, ni que uno solo que hable por la clase gobernante deba necesariamente ser sabio —replicó Aleki con rapidez—. Y si los miles, o millones, son necios, ¿acaso no es instruirles la obligación de los sabios, en vez de dejarles en la ignorancia?

—No puedo aceptar tu suposición —argumentó Jaelle—, de que la instrucción puede convertir a un necio en sabio. Hay un proverbio que afirma que un asno puede ser educado durante cien años, y sólo aprenderá a rebuznar más fuerte.

—Pero tú no eres un asno. ¿Por qué supones que tus iguales no son tan competentes para aprender como tú misma?

—No soy ignorante —dijo ella—, pero no veo tan lejos como el Comyn. No tengo *laran*, y aunque aprendiera todo lo que soy capaz de aprender, no podría leer las mentes ni los corazones de los hombres, ni podría ver el pasado y el futuro, como

ellos. Eso es lo que les da el poder de gobernar, y la capacidad de persuadir a los ciegos mentales de que acepten su sabiduría.

—*Laran* —dijo él con rapidez—, ¿qué es el *laran*?

Y Jaelle se dio cuenta, un minuto demasiado tarde, que él la había conducido a aquella discusión precisamente por eso... para que hablara sin precaución. Maldijo su orgullo, que la había llevado a demostrar su inteligencia ante aquel terrano.

—¿*Laran*? —repitió débilmente, como si apenas recordara lo que había dicho. Pero, por supuesto, él tenía una de aquellas malditas *grabadoras*, las palabras que la joven había pronunciado habían sido grabadas por una de sus condenadas máquinas, y él podría escuchar una y otra vez la conversación, analizarla, enterarse de lo que ella había delatado.

—*Laran*. Sé lo que significa la palabra, por supuesto... poder psíquico, lo que la mayoría de los terranos consideran mera superstición. ¿Y el pueblo cree que los Hastur lo poseen?

Jaelle vaciló un momento de más antes de responder. Debía haber contestado enseguida que sí, que la gente común creía supersticiosamente en los poderes del Comyn. Pero fue Alessandro Li quien emprendió la retirada, con toda cortesía.

—Creo que hemos hecho suficiente por hoy, Jaelle. No debemos llegar tarde a la recepción que el Legado ofrecerá esta noche.

—Por supuesto que no, dado que tú eres el Invitado de Honor —respondió ella, y ante la mirada de sobresalto que le dirigió Li volvió a maldecirse. Estaba empeorando las cosas, ya que nadie se lo había dicho. Ni siquiera Pedro estaba enterado.

—¿Cómo lo supiste? ¿Tú también tienes poderes psíquicos? —le preguntó Aleki.

—Oh, no. Cuando hay un... un huésped tan importante como tú, no hace falta tener *laran* para adivinar que el Legado hará la recepción en su honor. —Se puso en pie rápidamente—. Me parece que estaba un poco distraída.

—Espero no haberte cansado. Mucho me temo que soy un jefe muy exigente —dijo Li, disculpándose—, pero lo dejaremos así por hoy. Puedes ir a ponerte guapa para la recepción. Estoy ansioso por conocer mejor a tu esposo. Por supuesto, conozco su labor gracias a los registros. Debe ser un hombre excepcional para haber conseguido una esposa tan competente.

Ella se obligó a no sonrojarse ante el cumplido, resistiéndose al impulso de estirar su falda, indecentemente corta. Sus años de entrenamiento en la Casa del Gremio deberían haberla inmunizado contra estas cosas.

Se levantó, recordando las agudas enseñanzas de las Madres del Gremio: *El lenguaje corporal dice más que las palabras; si te comportas como una víctima, serás tratada como tal. Trata de comportarte como un hombre, de moverte como un hombre, cuando estés trabajando entre ellos.*

—Estoy segura de que Pedro se sentirá honrado —dijo con su voz más impersonal, y se marchó.

Tenía que avisar a Pedro. Aquel hombre era agudo, podía sacar mucho provecho

de pequeños indicios de manera notable. Podía hacer que Pedro hablara demasiado. ¿Y cómo podría culpar a su esposo, si ella misma lo había hecho? Pero ella había cometido el error de subestimar a Li. Al menos Pedro estaría sobre aviso.

¿Cuánto sabe Pedro? ¡Por la Diosa! ¡Cómo me gustaría poder hablar con Magda!, pensó.

Se detuvo ante una de las altas ventanas que dominaban el puerto espacial, y echó un vistazo al gran ojo ensangrentado del sol poniente. Tal vez tuviera tiempo de ir por las calles de Thendara hasta la Casa del Gremio, para hablar con su hija de Juramento... pero no. Tenía que asistir a esa maldita recepción, y Pedro le había advertido esa mañana que se esperaba que todo el personal invitado se presentara perfectamente acicalado, con sus mejores ropas. Le había sugerido que visitara el departamento de servicios personales y se arreglara el cabello.

Se encogió de hombros y decidió hacer exactamente eso. De todos modos, sentía curiosidad al respecto: era un ritual que por lo visto todas las mujeres del Cuartel General seguían con cierta frecuencia, y sabía que Peter se sentiría complacido si ella se tomaba la molestia de ponerse guapa para él. Y durante los últimos días, había trabajado tan duro en la oficina de Aleki, que sólo había visto a Peter cuando dormía, o casi.

El área de servicios personales estaba en el mismo piso que la cafetería, pintada de un color rosado que hizo que Jaelle, que había nacido bajo un sol rojo, se sintiera cómoda y tranquila. Había empezado a considerar este tiempo pasado entre los terranos como una aventura, algo que podría contar con orgullo a las jóvenes novicias de Renunciantes cuando fuera vieja y no pudiera moverse mucho.

Colocó su tarjeta de identidad en la primera máquina, y enseguida centellearon unas letras: SIÉNTATE Y PONTE CÓMODA, PRONTO SERÁS ATENDIDA. Alcanzó a leer las palabras justo cuando desaparecían: estos signos exigían una lectura veloz. Para Jaelle, las letras desaparecían antes de que pudiera fijar la mirada en ellas. Se sentó en una de las cómodas sillas rosadas y esperó, pensando en los últimos días. ¡El tiempo! Alessandro Li era terriblemente consciente del tiempo, mucho más que los terranos comunes, que sin embargo estaban atados al reloj de manera increíble. Había oído los comentarios de las mujeres de Comunicaciones; Bethany había dicho que, en circunstancias normales, un funcionario de su rango no hubiera hecho nada, ni siquiera hubiera pedido una oficina donde trabajar, antes de la recepción oficial. Pero él había empezado a trabajar inmediatamente, y la había tenido con él durante los últimos días. Se sintió vacía, como si alguien hubiera exprimido todos los jugos de sus conocimientos, y aquello era sólo el principio. El despertar de su memoria le causaba tanta tensión —pues les había dicho, a él y a Kadarin, cosas que no sabía que sabía o recordaba— que incluso cuando regresaba a sus habitaciones yacía despierta, preocupada, con la mente agitada, demasiado cansada para dormirse. ¡El tiempo! ¡El tiempo! Vivía a merced de la esfera del reloj... ¡hora de trabajar, hora de comer, hora de hacer el amor, el tiempo, siempre el

tiempo!

En su casa, siempre llamaba a alguien que le ayudara cuando no podía hacer algo sola; incluso en la Casa del Gremio, donde no había criadas, las mujeres se ayudaban unas a otras en estas tareas. Nunca era difícil encontrar a alguna hermana que te ayudara a abrochar el vestido, rizar o cortar el pelo, que te prestara ropas o cosméticos. Aquí por lo visto todo lo hacían las máquinas.

Finalmente, centelleó otro anuncio: YA PUEDES ENTRAR, y ella, reuniendo valor, se dirigió hacia la habitación rosada, pero se detuvo en seco en la puerta.

Soportes que se movían de un lado a otro, sillas que se inclinaban y giraban hacia las mesas, abrazaderas para sujetar la cabeza, cintas para inmovilizar a la víctima... la oscuridad la rodeó por un instante y tuvo que aferrarse, literalmente, al marco de la puerta. Por un momento volvió a ser una niña, durante aquellos locos años anteriores al inicio de su verdadera vida, y fue la niña que se había deslizado hasta un cuarto oculto, llevada por la curiosidad, sin saber que era la cámara de la tortura de su padre...

¡Madre! ¡Madre! Por un momento deseó correr, chillando, como lo había hecho entonces, enterrar la cabeza en el regazo de su madre...

De pronto, abruptamente, el cuarto era otro, un cuarto terrano colmado de maquinarias, que hacían, con sus dedos metálicos, lo que la carne y el hueso no hubieran hecho mejor. Incluso distinguía, ahora, robots que cortaban el pelo, lo rizaban, que administraban cosméticos... rocíos perfumados. Aquella habitación se veía tranquila y olía bien, pero Jaelle no pudo obligarse a entrar. Al final, logró mover los pies, que parecían —igual que entonces— encadenados al suelo. Salió corriendo por el corredor, la cafetería, traspuso las pesadas puertas y cruzó el duro pavimento, olvidándose de utilizar el túnel subterráneo, sin advertir siquiera los ojos terranos que seguían con la mirada su huida. Jadeante, se echó sobre su cama y enterró el rostro en las almohadas, increíblemente aliviada porque Pedro no estaba allí para pedirle explicaciones sobre su curiosa conducta. ¿Le habría avergonzado otra vez? No lo sabía y ya no le importaba.

Al cabo de un tiempo, que le pareció apenas unos momentos —¿había dormido unos minutos, una hora?—, llamaron suavemente a la puerta. ¿Un visitante a esta hora? ¿O acaso Pedro había vuelto a olvidarse su tarjeta-llave? ¡Para ella, las llaves y las puertas cerradas pertenecían a los laboratorios de matrices, los calabozos... las cámaras de tortura!

Dispuesta a recibir a Peter, quedó asombrada al ver a Bethany Kane ante su puerta.

—Jaelle, cariño... ¿estás bien? ¡Te vi pasar corriendo como si te persiguiera el diablo! Escucha, ¿te está molestando ese pez gordo del Senado? ¡No tiene ningún derecho! Fui a buscarte allí, pero su secretaria me dijo que habías ido a arreglarte el pelo... ¿puedo pasar? Hay gente durmiendo en este corredor, y no quisiera molestarles.

Ante el gesto de asentimiento de Jaelle, Bethany entró, y de repente se dio cuenta de que su amiga iba desaliñada.

—¿Qué ocurre? ¿No vas a asistir a la recepción? Yo también iba a bajar para que me arreglaran el cabello, y pensé que podríamos ir juntas... —Bethany se dirigió hacia el tocador de Jaelle, y se pasó los dedos por el pelo—. Estoy hecha un desastre, y Montray espera que todo el personal se presente con su mejor aspecto. ¿Tienes algunos rizadores extra? ¿O piensas bajar al salón de belleza...?

Miró expectante a Jaelle, y ésta contestó con una voz sin tono:

—Ya fui. Pero... decidí no entrar.

—Cariño, ¿alguien te trató mal allí? Si así es, deberías hacer un informe. Están allí para atender a la gente, y si alguien hizo un comentario desagradable...

—Oh, no —dijo Jaelle, y esbozó una sonrisa—. No vi absolutamente a nadie... ¡creí que todo lo hacían las máquinas!

Bethany se rió.

—Bien, hacen casi todo el trabajo, pero *hay* personas allí, para asegurarse de que las máquinas funcionen bien —dijo—. Te has dejado crecer el cabello últimamente, ¿verdad? ¿Cómo te lo vas a peinar esta noche?

Jaelle se encogió de hombros.

—No es bastante largo para recogerlo, ¿qué puedo hacer con él?

Bethany la miró consternada.

—No pensarás ir *así*, ¿verdad? Cariño, ¡Peter se *moriría*! Ven, siéntate, déjame ver qué puedo hacer. Bueno... ni siquiera has utilizado la consola de cosmética de tu habitación, ¿no es cierto? Muéstrame el vestido que te vas a poner, y ya me inventaré algo.

En los siguientes veinte minutos, Bethany se las arregló para enseñarle varios recursos del baño y del tocador que Jaelle ni siquiera sabía que existían. Recibió un baño de crema, un rizado, un maquillaje elaborado, y su pelo quedó transformado en una elegante masa de rizos rojizos-dorados. Por un rato, le pareció que Bethany era una de sus hermanas del Gremio, y que la estaba preparando para el Festival del Solsticio de Verano en las calles de Thendara. Era sin duda más fácil que aquel extraño y aterrador salón repleto de máquinas, y finalmente se observó en el espejo con cierto placer: la nueva Jaelle que la miraba desde el cristal hubiera resultado casi irreconocible para las hermanas del Gremio.

Los dedos hábiles de Bethany la habían peinado formando como un halo alrededor de su cabeza, que acentuaba sus pómulos altos y el brillo de sus ojos verdes, habían disimulado las pecas convirtiéndolas en una sombra dorada, y le habían hecho algo también a sus ojos, que ahora parecían más profundos y misteriosos.

—Estás guapísima —dijo Bethany—. ¡Vas a ser la atracción de la recepción! ¡No me había dado cuenta de que eras una belleza, Jaelle!

Sin saber por qué, se sintió desleal con la Casa del Gremio. ¿Vestirse y acicalarse

así, sólo para un grupo de terranos? Bien, razonó, era parte de su trabajo tener buen aspecto... hasta Bethany se lo había dicho. Impulsivamente, la abrazó.

—Gracias, Beth —le dijo, y Bethany lanzó una exclamación.

—¡Mira la hora que es! ¡Tendré que bajar a cambiarme, o llegaré tarde! De todas maneras, Peter debe estar por llegar...

Apenas se hubo ido Bethany, entró él sin aliento.

—Cariño, estás guapísima... te has hecho algo en el pelo, ¿verdad? He venido a por mi ropa... tendré que vestirme allá. ¿Sabes lo que me han hecho hacer durante estos últimos tres días?

—No, no lo sé —respondió ella—. Apenas si nos hemos visto, no me has contado nada.

—No me regañes, amor, tengo una prisa terrible. Me sumergieron en el polvo de la vieja sección de Archivos, tratando de hacerle un hueco a un nuevo modelo de programador-cortador. Ese sitio está lleno de archivos viejos y de *libros*... ¡Por el amor de Dios! ¡Ni siquiera sabía que los teníamos, y mira cuánto polvo! —Le mostró las manos sucias—. ¡Esta semana no he visto la luz del día! Deberían darme salario extra, por todos los gérmenes que hay allí... De todos modos, Montray me quiere en su oficina dentro de diez minutos. —Se colgó la ropa en un brazo—. ¿Dónde están mis zapatos de vestir?

—En el armario, supongo. —Le complacía que Peter notara el trabajo que se había tomado para arreglarse, pero lo había dado por hecho con demasiada rapidez.

—Entonces, por amor del cielo, *búscalos*, ¿quieres? Llego tarde, y tengo que hacer algo con esta condenada barba... —Desapareció en el interior del baño y Jaelle, furiosa, fue a buscar los zapatos.

Había hecho muchos trabajos en su vida, pero el de ayuda de cámara era nuevo para ella, y no veía por qué tenía que hacerle de criada. Si necesitaba esa clase de servicio personal, ¿por qué no contrataba a un criado? Desde el interior del baño, Peter aulló un insulto y algo metálico se estrelló contra la pared. Salió enfurecido.

—¡Jaelle! ¡Por todas partes oigo decir qué eficiente eres en la oficina, que mantienes todos los escritorios abastecidos y que cumples con todas las tareas que solía hacer Magda, y ahora descubro que no te ocupas de mi depilatorio! Demonios, chica, ¿crees que puedo ir a la recepción del Legado con el aspecto de un vagabundo del puerto espacial? —Se frotó la barba—. ¡Ahora, como sea, tendré que encontrar tiempo para ir al barbero! ¡Vamos, dámelos! —dijo, y le arrebató los zapatos que ella sostenía—. No llegues tarde a la recepción, ¿me oyes? —Y se marchó sin una palabra, sin un beso, sin mirarla en absoluto.

Jaelle se sentó, temblorosa, sintiendo en su interior un vacío y un dolor tan enormes que apenas si podía respirar. De algún modo, el portazo que él había dado al salir había destruido algo en ella, un yo que había creado aquí, el reflejo de sí misma en los ojos de Pedro. Mientras se destruía, sintió que apretaba los dientes, y que la suave belleza que Bethany había pintado en su rostro desaparecía súbitamente,

convertida en la fría y dura Amazona que Kindra había entrenado.

Sintió la tentación de no asistir a la recepción. Pero era parte de su trabajo... *obedeceré cualquier orden justa de mi empleador...* y Magda, si no iba, la censuraría, porque si estuviera ocupando su lugar su amiga habría cumplido con su deber de asistente del Invitado de Honor.

El piso de la cafetería había sido reacomodado como si fuera un salón de banquetes, y ya empezaba a colmarse de uniformes brillantes, de trajes de una docena de mundos diferentes. En un extremo había un bar donde se ofrecían bebidas de aspecto delicioso, frescas y de colores fuertes. Los camareros llevaban bandejas con bocado, y las mesas de la cafetería habían sido dispuestas siguiendo diseños formales, cubiertas con manteles y decoradas con flores. Flores verdaderas. Bien, gracias a lady Rohana, Jaelle sabía comportarse en un banquete formal. Un hombre al que conocía un poco de Comunicaciones le ofreció una bebida del bar, y ella la aceptó, murmurando algunas palabras formales que ni siquiera se oyó decir. Miró a su alrededor, buscando a Peter, pero todavía no había aparecido. Pensó que estaría en las garras de las máquinas del salón de belleza, haciéndose arreglar el pelo y la barba, y se estremeció.

—¿Jaelle? —Wade Montray le hizo una reverencia—. Estás muy bella esta noche. —Ella aceptó el cumplido como parte del intercambio social—. Alessandro Li te está buscando. Mira... allí, en la cabecera de la mesa, junto al Legado.

Jaelle se abrió paso entre la multitud hasta él, devolviendo varios saludos. Las multitudes nunca la habían perturbado antes, y sin duda no había tanta gente como en el Festival del Solsticio de Verano en Thendara, pero por algún motivo, se sentía rara, tensa, y le pareció que demasiada gente la miraba: *Ésa es la chica darkovana, la que se casó con Haldane, alguna noble de Darkover... No, oí decir que era una Amazona Libre, una luchadora, mira la cicatriz que un cuchillo le dejó en la mejilla...*

Aleki la recibió con una reverencia. Llevaba puestas unas ropas formales extrañas para ella, de color rojo oscuro con cintas doradas y condecoraciones en el pecho. Jaelle supuso que indicaban un rango imperial. Era muy diferente del hombre informalmente vestido que había conocido en la oficina.

—Te dije que te pusieras guapa para esta noche, pero no sabía que nos deslumbrarías a todos —le dijo, sonriéndole, y por un momento pareció que estaba dispuesto a abrazarla, a atraparla...

No, le sonreía con cortesía, ni siquiera la había tocado... ¿por qué entonces ella era tan penosamente consciente de que él la deseaba, de que no había tocado a una mujer durante mucho tiempo y ahora la deseaba? La Amazona que había en Jaelle se acobardó, pero él no le había dicho nada, sus modales eran perfectamente correctos... ¿por qué estaba tan abierta a él, justamente ahora? Le pareció que la sala estaba colmada de un resonante silencio.

La voz de él parecía reverberar desde muy lejos. Por un momento, Jaelle creyó que los pocos sorbos que había tomado de su copa la habían mareado, y que caería en

desgracia porque vomitaría aquí delante de todos. Se aferró al poco autocontrol que le quedaba y dijo, con tanta calma como le fue posible:

—No te he oído, señor. Hay mucho ruido aquí.

Él miró a su alrededor con alegría.

—Somos un grupo bullicioso esta noche, ¿verdad? Te pregunté si podrías encontrar a Peter Haldane y traerlo aquí.

Jaelle no había tenido oportunidad de avisar a Peter con respecto a aquel hombre, que era tan astuto como para averiguar lo que ella no había querido decirle acerca de Darkover. Sus ojos exploraron la multitud en busca de la figura familiar de Peter, y se preparó para cruzar la atestada sala entre todas aquellas voces mentales.

¿Cómo hacen los Comyn que tienen *laran pleno*, como Lady Rohana, para aparecer en medio de una multitud? Por primera vez en su vida, deseó tener un poco del entrenamiento que se les daba por rutina a los telépatas del Comyn, para poder controlar su *laran*... Pero, bien... ¡hasta entonces nunca le había parecido que tenía suficiente *laran* como para ser entrenada! Se desplazó entre la multitud, esforzándose por mantener una expresión tranquila... ¡no miraría a su alrededor con pánico, como si fuera un campesino que asistía a su primer festival en la gran ciudad!

Sabía que Peter iría vestido de gris, aquel gris acero que le favorecía tanto, con su pelo rojo y sus ojos gris-verdosos. Escudriñó la multitud y por fin vio una cabeza pelirroja. Se abrió paso hasta él y le tocó el brazo.

—Alessandro Li quiere hablar contigo —dijo ella formal.

—No le hagamos esperar —asintió él, y la tomó del brazo.

Ella se puso rígida.

—Puedo caminar sola —le espetó con aspereza.

—Querida, ¿todavía estás enojada conmigo? ¡No discutamos, no aquí en la fiesta!

Ella exhaló un hondo suspiro.

—Piedro —dijo—, escúchame, por favor. Li tiene mucha curiosidad por el Comyn, está decidido a averiguar qué hay detrás. Durante tres días, me ha perseguido con sus preguntas. No le subestimes. Yo lo hice. Y no sé qué quiere, pero no estoy segura de que sea bueno para Darkover. Probablemente, yo ya he dicho demasiado. Ten cuidado con lo que le digas tú.

Peter hizo un gesto de disgusto.

—No puedo permitirme el lujo de hacerme el listo con un pez gordo imperial. Tengo que cooperar. Montray... el Coordinador, no Monty, que es un tipo decente... el viejo Montray acaba de amenazarme... con enviarme fuera del planeta.

—¡Peter! —De repente, olvidó la pelea con él ante la alarmante idea de que podía perderle de algún modo—. ¿Qué? ¿Por qué?

—Han localizado un planeta bastante similar a Darkover... sistema feudal, baja tecnología, todo eso... y dice que con mi experiencia aquí, sería adecuado enviarme allá. Personalmente, creo que teme que me den su puesto si me quedo aquí. Sé el doble, diez veces más que él sobre Darkover, y tiene miedo de que alguien lo

descubra. Y si puedo convencer a Sandro Li de que verdaderamente soy necesario aquí para desembrollar este misterio... ¿te das cuenta? —Giró y la tomó de la muñeca—. Jaelle, estoy luchando por mi vida, tanto como tú y Magda cuando os encontrasteis con aquella *banshee* en el camino. ¿No me respaldarás? Quiero quedarme en Darkover... contigo. ¡Ayúdame, no me combatas, amada!

La gente pasaba a ambos lados. En medio de aquella multitud, tan llena de voces que ella en realidad no escuchaba, voces que penetraban brutalmente en su mente, Jaelle no podía pensar con claridad.

—Ven —dijo, tragando con esfuerzo—, simplemente... ten cuidado con lo que dices, o con lo que insinúes.

Li saludó a Peter con cordialidad, indicando, al empezar la gente a dirigirse hacia las mesas, que Peter y Jaelle debían sentarse con él en la cabecera de la mesa principal.

Jaelle se dio cuenta, al menos en parte por el parloteo subliminal telepático, que los terranos del puerto espacial de Thendara consideraban a Li de la misma manera que la gente común de Thendara consideraba al heredero de Hastur: estaba aquí para juzgarles, tenía autoridad sobre ellos. Peter hablaba con Li con todo el encanto que poseía, acentuando el hecho de que sabía más sobre Darkover que cualquiera de los que trabajaban aquí; Jaelle veía que Li estaba impresionado. También advirtió algo que ni Montray ni Peter se habían molestado en explicarle: que del informe de Li no sólo dependía el estatus futuro de Darkover dentro del Imperio, sino también el futuro de la instalación terrana. Aquel hombre tenía el poder de hacer que el Imperio se retirara, dejando sólo a unos cuantos funcionarios encargados de la atención del puerto espacial, o de incrementar el personal del Cuartel General, convirtiéndolo en una administración colonial completa; podía dar apertura comercial al mundo, o cerrarlo completamente.

El destino de Darkover en relación con el Imperio está en manos de este hombre. Ni siquiera los Hastur tienen nada que ver. ¡Esto es demasiada responsabilidad para mí! ¡Es demasiada responsabilidad para cualquiera!

En un momento de la cena, cuando ya habían dado cuenta del plato principal, y se demoraban con los dulces y diminutos vasos de licores de diversos colores y aromas, Aleki dijo:

—En tu trabajo he encontrado frecuentes menciones de la tarea de Lorne. ¿Por qué no está aquí? ¿Está de permiso fuera del planeta? Encontré su nombre en la lista de *inactivos*.

Cholayna Ares, alta y elegante con un vestido de corte bajo, de color rojo fuego que acentuaba su tersa piel oscura y su pelo blanco nieve, se inclinó hacia ellos y explicó:

—Está en misión especial aquí en Thendara, Sandro, en la Casa del Gremio de Renunciantes.

—Estoy extremadamente ansioso por conocerla —dijo Li—. ¿Crees que podría

pedirle que viniera para una entrevista?

—Lo dudo —respondió Jaelle—. Está pasando su medio año de entrenamiento confinado entre las Amazonas y no se le permite salir de la Casa durante ese período...

—¡Pero es una barbaridad! —dijo Li—. Tener presa a una ciudadana del Imperio...

—No puede decirse que esté presa —dijo Jaelle con calma—, ya que su reclusión es voluntaria.

Peter se inclinó hacia ellos. Jaelle sospechaba que había bebido de más.

—Puedo decirte todo lo que podría decirte Magda, Sandro. Fue a casi todas partes estando bajo mi protección. Todavía no sabes cuántas puertas están cerradas, aquí, para cualquier mujer. Magda es una buena agente... ¡si hubiese nacido hombre, ahora sería Legado! Pero aquí, en Darkover, no se aceptaría a una mujer en ese cargo. Y ahora ha saltado el muro, se ha hecho nativa. Puedo explicarte con detalle la mayoría de los informes de Magda.

—¿De verdad puedes hacerlo? —El rostro de Li era agudo y atento.

—Puedo hacerlo y lo haré —Peter se sirvió otra copa.

—Te tomo la palabra —dijo Sandro Li, y se volvió para escuchar al que hablaba en la cabecera de la mesa.

Una hora más tarde, Jaelle se enfrentaba con Peter en la pequeña habitación que ambos compartían. Sabía que él había bebido demasiado: tenía el rostro sonrojado, hablaba de manera incoherente, pero no estaba tan borracho como para no asumir su responsabilidad por lo que había hecho.

—Peter, ¿no te das cuenta? ¡Este hombre está dispuesto a destruir Darkover... el Darkover que conocemos, para convertirlo en otra colonia terrana! ¡Y tú le estás ayudando!

—Creo que estás exagerando. En todo caso, ¿qué importancia tiene? Está aquí para investigar hasta qué punto el Cuartel General está cumpliendo con su trabajo. Le debo cooperación, igual que tú, igual que Magda. Si no fuera por los hombres como él, no *habría* Imperio.

—¿Y eso sería una desgracia?

Él la tomó de los hombros y la hizo girar hacia él. Jaelle se lo permitió, sin saber por qué no le rechazaba de una patada.

—No hay motivos para que Darkover no acepte las cosas buenas del Imperio, reteniendo al mismo tiempo las cosas buenas de su propio estilo de vida. No está mal odiar la ignorancia y la pobreza. Mira, *chiya*, nací en Darkover, también es mi hogar, y lo amo... quiero quedarme aquí, ser parte de esto. —Se inclinó para besarla y sepultó el rostro en el perfumado cabello de Jaelle—. He luchado... sigo luchando por el derecho a quedarme aquí, como lo haría cualquier hombre por su tierra, por su

hogar, por su esposa. Lo hago con palabras y no con la espada, eso es todo. Pero soy darkovano. ¿Oíste lo que dijo Cholayna cuando se enteró de nuestro casamiento?

Jaelle lo había oído. De alguna manera, le había llegado al corazón, casi le había causado dolor. Cholayna había dicho: *Con ese pelo rojo que tienes, y el de Peter... ¡qué bellos niños tendréis!*

—Quiero un hijo —susurró él—, lo quiero tanto como podría quererlo cualquier hombre de los Hellers. Un hijo para que viva aquí, en Darkover, en nuestro mundo... Jaelle, Jaelle...

La levantó en sus brazos y la llevó a la cama. Ella se lo permitió, hasta gozó del contacto; la acostó, le quitó el fino vestido verde y lo dejó caer al suelo, descuidadamente. Cuando la tomó otra vez en sus brazos, ella estaba completamente abierta a él. Percibía en él, como una herida eternamente abierta, la negativa de Magda a darle un hijo, el hijo que deseaba. Su cuerpo la poseyó, pero fue ella quien poseyó la mente de él; él estaba a su merced...

... y de repente le vio tal como Magda, le había visto: realmente creía que podría tratarla como a un ayuda de cámara, un camarada de armas, una criada personal, como a un objeto de reproducción, y compensarla de algún modo con su ardor cuando le hacía el amor... La furia que ardió en ella interrumpió el pensamiento. Se hizo a un lado, mientras golpeaba con una rodilla, con el hombro, con ambos brazos, y él rodó hacia un lado, consternado y vulnerable. Jaelle se incorporó de un salto y adoptó una postura defensiva, mientras él yacía atontado, mirándola con incredulidad absoluta.

—Cariño... ¿qué ocurre?

—¡La próxima vez *pregúntame* si tengo ganas de hacer el amor! —La confusión y la ofensa que aparecieron en el rostro de Peter le hicieron sentirse bien—. La próxima vez, tal vez incluso esté dispuesta a darte un hijo. Pero *pregúntame*. ¡No... no me tomes!

Sintió que ni siquiera podía mirarle. ¡Él creía que sólo tenía que acariciarla para que ella se convirtiera en una esclava de su voluntad!

Peter se sentó en la cama, borracho y desdichado.

—Jaelle, ¿qué es lo que he hecho mal? ¡Dímelo!

Ella no lo sabía. ¿Qué había ocurrido con el amor? ¡Ahora sólo deseaba herirle, castigarle, burlarse de su vulnerabilidad! En voz baja y con rostro duro le dijo:

—Nunca... *nunca*... des por supuesto que soy tuya, terrano... —y cerró detrás de sí, con un portazo, la puerta del baño, y abrió el grifo del agua a toda su potencia. Permaneció bajo la ducha y lloró, lloró hasta sentirse tan vacía e impotente como Peter, allá en la habitación. Cuando salió del baño, él se había dormido con una botella vacía a su lado, en el suelo. Apestaba al barato vino darkovano. Tiró la botella al canal de residuos, sacó su capa del armario, se envolvió en ella y se durmió en el suelo, junto a la cama.

Se despertó tarde. Él ya se había marchado, y ella ni siquiera le había oído. Y se

alegraba.

A través del sueño, como desde muy lejos, alguien llamaba a Magda por su nombre.

—¡Margali... Margali!

La habitación estaba oscura. Allí fuera caía una espesa nieve. Camilla, envuelta en una gruesa bata, estaba de pie a su lado. Magda se incorporó.

—¿Qué pasa? —preguntó—. No estoy en el turno de cocina, Camilla.

No había una hora en particular para levantarse, pero para conveniencia de las mujeres que trabajaban en la ciudad, se servía temprano un desayuno caliente, y las mujeres destinadas al turno de cocina se levantaban temprano para prepararlo y servirlo. Todas las que seguían durmiendo mientras se servía este desayuno debían buscar más tarde pan frío, o pasar hambre hasta la hora de la comida.

—Lamento despertarte a esta hora, *breda*, pero Byrna está de parto y no debe quedarse sola... ¿puedes quedarte un rato con ella?

Magda se levantó de la cama, arropándose en un grueso camisón, reticente a apoyar los pies en la fría piedra del suelo.

—¿Dónde está la comadrona?

—Siempre ocurre lo mismo... ¡los bebés llegan todos juntos! Marisela ha dormido en casa durante los últimos diez días, pero justo esta noche la llamaron desde el otro extremo de la ciudad. Pero es el primer niño de Byrna, y no hay demasiada urgencia. Tienes tiempo de lavarte la cara y vestirte.

Magda fue hasta el baño comunitario y se lavó la cara con agua fría. La helada mordedura le hizo encogerse, y supo que aunque se quedara aquí cien años, nunca, nunca se acostumbraría a esto. Por lo visto, a nadie se le había ocurrido que alguien podría querer un baño caliente por la mañana, de modo que por la mañana no había agua caliente... era así de simple. Magda suponía que cuando se hacían tareas manuales, tenía más sentido bañarse por la noche —todavía recordaba los diez días que había pasado en los establos, y cómo había agradecido entonces un buen baño caliente—. Pero era una de aquellas diferencias culturales que de verdad costaban de asimilar.

—¿Qué hora es? —le preguntó a Camilla mientras avanzaban por el pasillo.

—Un poco después de medianoche. La hemos llevado arriba, para que pueda hacer tanto ruido como quiera sin temor de despertar a nadie que necesite dormir. Rafaella está con ella ahora, pero Rafi tiene que levantarse al amanecer y debe dormir un poco.

En la habitación del cuarto piso se había encendido la chimenea, y Byrna caminaba de un lado a otro ante el fuego, envuelta en chales calientes encima de su bata. Se volvió y dijo:

—Gracias por venir a quedarte conmigo, Margali... Lamento tener que despertarte a esta hora...

—No tiene importancia —dijo Magda, tomándole las manos con torpeza—. ¿Cómo te sientes?

—No me duele tanto como creía, al menos por ahora —contestó Byrna—. Es como un calambre fuerte, que aparece y desaparece... en los intervalos me siento bien.

—Y ni siquiera sentirás mucho dolor si recuerdas lo que te dijo Marisela, y respiras como te indicó —dijo Rafaella, acercándose para rodearle la cintura con un brazo—. Yo he tenido cuatro, y lo sé.

Abrazó a Byrna, y fue con Magda hasta la puerta.

—¿Sabes lo que hay que hacer en esta primera etapa? —preguntó.

Magda sacudió la cabeza. Rafaella siempre la hacía sentirse estúpida e incompetente.

—Nunca he estado con una mujer de parto —dijo.

Rafaella arqueó las cejas.

—¿A tu edad? En nombre de Avarra, ¿dónde te han criado? Bien, lo único que puedes hacer en esta etapa es levantarle el ánimo, decirle que se relaje si empieza a ponerse tensa. Lo mejor que puede hacer, por ahora, es no interferir con lo que está ocurriendo en su interior. Déjala beber todo el agua o el té que quiera... —añadió, señalando una olla que hervía sobre el fuego de la chimenea—, y si se siente débil, ponle una cucharada de miel en el té. No te alarmes si vomita: algunas mujeres lo hacen. Lo importante es que estés con ella, que la tranquilices.

Magda se asustó.

—¿Y qué si... si el bebé llega antes de que venga la comadrona?

Rafaella la miró con perplejidad.

—Bien, ¿y entonces qué problema hay? Si el bebé llega solo, es lo mejor que podría ocurrir. A veces nacen así, sin dolor, sin problemas. Si ocurre, envuélvelo simplemente en lo que tengas a mano... no cortes el cordón, ponlo encima de ella y llama para que venga alguien que sepa qué hacer; cualquiera de las Madres del Gremio sabe. —Y añadió con impaciencia—: No hay nada que hacer cuando un bebé nace solo... ¡es cuando *no* lo hace que hace falta ayuda! Camilla irá y vendrá. Si Byrna siente deseos de empezar a empujar, dile a Camilla que vaya rápidamente a buscar a alguien, pero no creo que eso ocurra en varias horas. ¡Y en nombre del cielo, tranquilízate, asustarás a Byrna si estás nerviosa! ¡Si hubiera alguien más, jamás te dejaría a ti con ella! Pero ¿cómo podía saber que alguien de tu edad sería tan ignorante? —Rafaella volvió a abrazar una vez más a Byrna y le dijo—: Danos una pequeña Amazona para la casa, ¿quieres? —y se marchó con Camilla, dejando a Magda a solas con Byrna.

Ambas se miraron con impotencia, y Byrna dijo:

—Oh... ya empieza otra vez... —y se asió a Magda, rodeándole la cintura y apoyándose en ella, respirando con agitación, jadeando suavemente. Cuando pasó, exhaló un profundo suspiro y añadió—. Ése sí que dolió.

—Bien —dijo Magda—, tal vez no falte tanto como crees.

—Quiero descansar un poco. —Byrna se dejó caer sobre el colchón que habían puesto en el suelo, cubierto con sábanas limpias pero viejas. Suspiró con inquietud—. Mi madre de juramento me prometió estar aquí para el parto, pero oí decir que había inundaciones en las Kilghard Hills, y no podría viajar. —Las lágrimas brillaron en sus ojos—. Estoy tan sola aquí, sin una hermana de juramento en la Casa... todas han sido muy buenas conmigo, pero no es lo mismo que si tuviera aquí a mis hermanas de juramento.

Las que presencian tu juramento son como tu propia familia...

Magda recordó la rapidez con que había crecido su vínculo con Jaelle, y el inusual cariño con que Camilla la trataba.

—Byrna, todas somos tus hermanas, unidas por el juramento... cada una de las que estamos aquí...

—Lo sé... lo sé —dijo Byrna, pero se enjugó las lágrimas y sus manos se cerraron en un puño. Cerró los ojos, volvió a cambiar de posición y pareció quedarse dormida durante un momento. Magda se incorporó y atizó el fuego, regresó de puntillas y volvió a sentarse junto Byrna, aparentemente dormida.

Al cabo de un largo rato, Byrna se agitó con inquietud.

—A pesar de que respiro como me indicó Marisela, me duele. Me duele mucho, y Marisela me prometió que no dolería...

Magda trató de recordar las cosas que había leído casualmente.

—Sólo trata de respirar con tranquilidad, de sentirte como si flotaras —aconsejó, y Byrna volvió a tranquilizarse, apaciguada. Al cabo de un rato se incorporó con torpeza y empezó a caminar, apoyándose en Magda.

—Dijeron que todo iría más rápido si podía quedarme en pie.

Más tarde, Camilla regresó trayendo una cuna en sus brazos.

—¿Cómo te sientes, Byrna? Mira, aquí hay una cuna para tu pequeño. La encontré en el depósito, y también una manta bordada. Yo misma la hice, hace quince años, para el último bebé de Rafaella. Doria la usó. ¡Y ahora ella misma es una Amazona!

—Parece nueva —dijo Byrna, acariciando la suave tela, y Camilla se rió.

—Ningún bebé la usa durante mucho tiempo. ¿Cómo te sientes?

—Horriblemente —dijo Byrna—, y parece que dura mucho.

Camilla le palpó el cuerpo.

—Todo anda bien. Tal vez no falte tanto como creemos. Trata de caminar un poco más, si puedes.

Desapareció una vez más, y el tiempo pareció interminable. Byrna caminaba y Magda la sostenía cuando llegaban las contracciones. Más tarde la joven se acostó a descansar un poco, gimiendo. Al cabo de tres o cuatro horas, una luz gris empezó a filtrarse por la ventana.

—Mira —dijo Magda—, está amaneciendo. El sol saldrá muy pronto. —Byrna no

respondió, y Magda pensó que había vuelto a dormirse, pero luego oyó que gemía suavemente—. ¿Qué pasa? ¿Te duele mucho? Recuéstate y relájate, Byrna...

—Recuéstate, Byrna, no hagas escándalo, Byrna, relájate, Byrna —imitó la mujer al borde de la histeria, incorporándose—. En realidad te importa un bledo —le espetó Byrna, rompiendo a llorar—. A nadie de aquí le importa, y me siento tan desdichada... —Sollozó acurrucándose, abrazándose.

Magda se sintió consternada. Le pareció que estaba quebrantando todas las reglas (nada de aquello hubiera sucedido jamás en la División Médica del Cuartel General de la zona terrana) pero se sentó en el borde del colchón, junto a Byrna, y le puso una mano temblorosa sobre el hombro.

—Eso no es verdad, Byrna. De verdad lamento que tu madre de juramento no esté contigo, pero trataré de ayudarte todo lo que pueda, de verdad que sí. Y todo terminará antes de lo que crees.

Byrna abrazó a Magda y estalló en un llanto agonizante, apasionado. Magda, impotente, le palmeó la espalda con suavidad.

—¿Tanto duele? No llores, dicen que cuanto peor es tanto más rápido termina. —Era una de las pocas cosas que podía recordar de la charla que les habían ofrecido las comadronas pocos días antes—. Si te sientes muy mal ahora, entonces eso será lo peor, muy pronto te sentirás mejor, cuando empieces a empujar. Pero por favor, recuéstate otra vez... trata de relajarte...

—No es el dolor —dijo Byrna, confusa—. Puedo soportarlo, no es eso... —Se aferró a Magda, sollozando.

Magda la sostuvo, dejando que Byrna se aferrara a sus manos con terrible fuerza. Podía *sentir* los profundos y desgarradores espasmos que estremecían a la otra, y eso le recordó el momento en que lady Alida, por medio de la matriz, había entrado en la estructura celular de la herida que Jaelle tenía en el rostro, y Magda había participado. *Laran. ¿Debo sentir todo lo que ella siente?*

Pero el paroxismo pasó, y Magda se preguntó si tan sólo lo habría imaginado. Convenció a Byrna de que debía recostarse sobre las almohadas, le secó el sudor del rostro con una esponja, y la persuadió de que bebiera un poco de té con miel. Las lágrimas seguían rodando sobre las mejillas de Byrna, y para distraerla Magda le preguntó:

—¿Quieres un varón o una niña?

—Una niña, por supuesto... yo estuve presente cuando Felicia tuvo que entregar a su hijo, ya que ningún varón puede vivir en una casa de Renunciantes después de los cinco años. Dijo que el niño pronto sería un extraño para ella, pero no quería dejar la Casa ni a sus hermanas y contratar a una niñera para que lo cuidara mientras ella iba a trabajar, y tener que enfrentarse a todos los peligros que acechan a una mujer que vive sola en la ciudad... Creo que si tengo un hijo, lo entregaré de inmediato, antes de que me rompa el corazón la separación. Felicia quería un varón, decía que no quería la molestia de estar atada durante quince años para criar una niña, pero ahora

que Rael se ha ido, anda llorando como una caprina que ha perdido a su cabritillo. Yo no seré tan tonta, lo entregaré enseguida.

—¿Quién es el padre de tu hijo, Byrna? ¿O prefieres no decírmelo?

—Se llama Errol, y es mi primo. Su esposa no tiene hijos, y dijo que le gustaría criar a un hijo de su marido... —y entonces Byrna rompió a llorar con más fuerza que nunca.

Magda, alarmada, le preguntó:

—*Breda*, ¿qué ocurre?

Byrna siguió sollozando.

—No puedo soportarlo, no puedo soportarlo...

—¿Los dolores? Hermana, ¿quieres que busque a Camilla, o a alguna de las Madres del Gremio? También Keitha ha tenido hijos, tal vez ella sepa...

—No, no, no es el dolor... —los sollozos le sacudían todo el cuerpo—. Es sólo que... que he quebrantado el juramento, lo he traicionado...

—Byrna, no... éste no es el momento...

—¡Es verdad, es verdad! Por eso quería que viniera mi madre de juramento, para confesarle, para que me perdonara... —Su cuerpo volvió a convulsionarse.

Magda estaba segura de que su violento llanto empeoraba las cosas.

—El juramento... —dijo, retorciéndose—. Prometí... *no tener hijos salvo en el momento y la oportunidad que yo elija*... Me enseñaron, conozco medios para impedir la concepción de un niño indeseado... pero era el Solsticio de Verano y yo... yo quería complacer a Errol, de modo que me acosté con él a pesar de estar *rama*, madura para la concepción y sin... sin protección... pero me sentía sola, y él me deseaba... Fuimos amantes durante muchos años. En una época, él habló de matrimonio, pero yo... entonces quería ser independiente, hacer tan sólo mi voluntad, así que elegí la Casa del Gremio y fui a Dalereuth. Después, cuando regresé a Thendara, descubrí que se había casado, y que era infeliz. Y todo pareció... oh, no sé cómo decírtelo, pareció tan *correcto* de algún modo, con la música, y la danza y... una noche estrellada con las lunas en el cielo, y sin embargo... yo sabía que estaba mal arriesgarse a esto, sí, arriesgarse a esto..., y he traicionado el juramento, lo he traicionado...

Magda se sentía confusa. No distinguía claramente el punto ético involucrado en la cuestión. Recordó que durante el Festival del Solsticio de Invierno, en Ardais, había estado a punto de entregarse a Peter, sólo porque el antiguo hábito de amor hacia él era tan fuerte, y porque él la había deseado. Pero podría haberlo hecho, sin correr ningún riesgo, gracias a la medicina terrana. Ella sí había estado adecuadamente protegida contra la concepción... y recordó lo que le había dicho la Madre Lauria el primer día, que ese conocimiento no tendría precio para las Renunciantes. Era un pecado que no tuvieran anticonceptivos adecuados, y que las mujeres tuvieran necesidad de correr estos riesgos, el riesgo de dar a luz niños no deseados... y sufrir tantos remordimientos.

Abrazó a Byrna hasta que su llanto se calmó un poco, y le dijo con suavidad:

—Es tarde para arrepentirse, *breda*. Lo hecho, hecho está. Ahora debes pensar en tu bebé. —*Qué tontería, decir eso*, pensó mientras decía aquellas palabras; ¿en qué otra cosa había pensado Byrna durante los últimos meses?

Obedientemente, Byrna se recostó, y entonces apareció en su rostro una expresión de sorpresa. Empezó a respirar hondo, de una manera nueva, aspirando profundamente y dejando salir el aire con un gruñido áspero. Magda le aconsejó que se relajara, pero Byrna no parecía oírle.

—Está ocurriendo algo... —masculló entre dos jadeos—, ya no me duele tanto...

Oh Dios, pensó Magda, *ha empezado a empujar, tengo que buscar a, alguien que sepa qué hacer...*

—Necesito... —jadeó Byrna— aferrarme a *algo* —y asió las manos de Magda, empujando con fuerza, el rostro enrojecido por el esfuerzo.

Magda trató de controlar el pánico.

—O-o-oh —gruñó Byrna, pero curiosamente, no era una exclamación de dolor, sino que revelaba un tremendo esfuerzo.

Magda la sintió en su propio cuerpo como una sensación extrañamente satisfactoria... ¿qué demonios le ocurría? O mejor dicho, ¿qué le estaba ocurriendo a Byrna?

La mujer le asió las manos y soltó un prolongado aullido, más gruñido que grito.

—Ya viene —exclamó—, puedo *sentirlo*, ya viene, ahora... —Jadeó y se entregó de nuevo al esfuerzo de empujar.

Magda trató de desprenderse de sus manos.

—Déjame ir a buscar a alguien, Byrna...

—No, no, no me dejes... —masculló Byrna entre jadeos, y soltó un chillido.

Magda no podía desasirse. Tal vez alguien oyera los gritos de Byrna, pero no podía soltarse sin hacerle daño. Tal vez debería correr a buscar alguien... Pero Byrna se aferraba a ella, con aquel aullido que terminaba en jadeantes gruñidos.

¡Oh, Camilla, por qué no vuelves...!

La puerta se abrió de golpe y entró Keitha.

—Oí los gritos —dijo rápidamente—, y he hecho nacer a suficientes niños como para saber qué significan esos chillidos. Bien, vamos... —dijo, y retiró el chal y el camisón de Byrna—. Ponte detrás de ella, Margali, sostenía... sí, así, sostenía, exactamente.

Magda obedeció, como un autómatas, sin saber lo que estaba ocurriendo. Byrna estaba sentada semierguida, con las piernas abiertas, y Magda detrás de ella, sosteniéndola de la cintura. Byrna arqueó el cuerpo, aullando en voz alta, mientras Keitha le alzaba las rodillas.

—No hay tiempo para llamar a nadie —dijo rápidamente—, no puede esperar... yo me arreglaré...

Byrna volvió a jadear y gritar, mientras su cuerpo se arqueaba por el esfuerzo.

Decía algunas palabras, pero Magda no pudo entenderlas. Keitha estaba arrodillada delante de ella, y con el rabillo del ojo pudo ver algo resbaladizo, húmedo, manchado de sangre. Los jadeos y gritos de Byrna helaban la sangre. Keitha murmuró algo tranquilizador, y entonces Magda vio el cuerpo húmedo del bebé al que Keitha levantó con suavidad, con la cabeza hacia abajo. Hubo un suave gemido, como un maullido, y después el recién nacido empezó a expresar su indignación por que lo habían sacado de su cálido reducto. Magda vio los diminutos genitales en el cuerpecito. Byrna se relajó sobre Magda, y extendió los brazos.

—Déjame tenerlo —susurró—. Oh, Keitha, dámelo.

—Es precioso —dijo Keitha, sonriendo, mientras colocaba al niño desnudo sobre el vientre de Byrna. El bebé se deslizó hasta los pechos, y Byrna lo guió con suavidad. De repente, Magda tuvo ganas de llorar, sin saber muy bien por qué.

Yo nunca he querido un niño, pensó, y Byrna tampoco. Sin embargo, es tan feliz con él, ahora. Es tan hermoso, pensó, mirando al niño colocado sobre el cuerpo de Byrna, y yo podría haber tenido el niño de Peter, y hubiera sido así de dichosa... Sintió que su respiración se transformaba en un sollozo.

—Margali —dijo Keitha—. Ve a buscar a la Madre Millea. Iría yo misma, pero sé qué hacer en el posparto, si es necesario, y tú no.

Pero Magda no había llegado siquiera a la puerta cuando entró Camilla, y junto a ella, envuelta en su capa de exterior, estaba Marisela, que las miró riéndose mientras se desabrigaba.

—¿De modo que me has dejado sin el regalo del nacimiento Byrna? Bien, me pasé la noche ayudando a nacer a mellizos. Los dos venían de nalgas y creí que la madre se desangraría. Pero los dos están bien, y también la madre, y ambos eran varones, de modo que el padre... —hizo una mueca— me pagó doble. Así que me alegro de que ya haya pasado lo más difícil. —Sin perder tiempo, fue a lavarse las manos cerca del fuego, volvió y dijo—: Veamos. Bien, lo hiciste muy bien Keitha... ¿Ni siquiera ha tenido un desgarro, a pesar del alumbramiento tan rápido? Bien, el niño no es muy grande. Vamos a ver, hombrecito —dijo. Levantó al bebé y lo revisó con sus manos expertas, lo tumbó para controlar el cordón umbilical, los dedos de las manos y los pies, le puso un dedo en la boca para ver si succionaba, le inspeccionó la nariz, las orejas, la nuca—. Bien, eres un hermoso hombrecito, con todos los dedos en su sitio. —Volvió a dejarlo sobre los pechos de Byrna—. ¿Cómo te sientes, Byrna?

—Cansada —contestó la mujer con calma—, y somnolienta. Y hambrienta. ¿No es hermoso, Marisela?

—Lo es, ya lo creo que sí —dijo Marisela. Era una mujer pequeña, de aspecto eficiente, con el pelo muy corto a la manera de las Amazonas, pero vestía ropas de mujer—. Enviaré a una de tus amigas abajo —dijo—, para que te busque un poco de leche caliente con miel. No estás sangrando mucho, pero te administraré algo de todos modos, y después podrás dormir un rato. Y cuando te despiertes, tendrás un desayuno tan grande como quieras. —Miró a Magda—. Eres la nueva, ¿verdad? He

olvidado tu nombre...

—Margali n’ha Ysabet —aclaró Magda.

—Lo siento. Paso tanto tiempo fuera de casa que a veces no las recuerdo a todas. Aunque sí me acordaba de ti, Keitha —dijo, tocando el dorado pelo corto de la mujer—. ¿No atendí el parto de tu hija? Ahora debe de ser una muchacha grande...

El rostro de Keitha se contorsionó.

—Murió... —dijo, con voz trémula—, murió justo antes del Solsticio de Invierno, de esa fiebre...

—¡Por la Diosa, cuánto lo siento! —exclamó Marisela.

—Le rogué... a mi esposo que te llamara, porque sabes tanto de curaciones, pero él no quiso... no quería tener a una Renunciante bajo su techo...

—Ah, lo siento, pero tal vez hubiera sido tan impotente como los demás —dijo Marisela con suavidad—. Estoy capacitada, pero no hay remedio para algunas fiebres. Pero ahora estás aquí, Keitha, y algún día tendremos que hablar. Por el momento, te agradezco que hayas actuado tan bien con el bebé de Byrna. Debo terminar con esto —añadió. Sus manos mojadas estaban extendidas hacia adelante, exactamente como Magda había visto hacer a los médicos del Cuartel General. Se inclinó sobre Byrna para controlar el posparto—. Camilla, ¿quieres envolver al hombrecito de Byrna?

Magda observó las manos grandes y encallecidas de Camilla que manejaban con ternura al niño. Por un momento, Camilla sostuvo al bebé y lo arrulló contra su pecho magro. ¿Cómo era posible que una neutra, una mujer que no tenía hormonas femeninas, y que además debía tener al menos cincuenta años, pareciera tan maternal? ¿Qué pensaba, en todo caso, una neutra, una *emmasca*, de sí misma, de los niños? Magda ni siquiera podía imaginarlo. Siempre había creído que esa clase de sentimiento maternal era tan sólo una cuestión de hormonas, nada más.

—Margali —dijo Marisela—. Baja a la cocina y calienta un poco de leche. Ponle miel y tráesela a Byrna, para que tome su medicina antes de dormirse.

Magda bajó, sintiéndose cansada... ¡ahora tenía que avivar el fuego moribundo, y calentar leche! Sin embargo, para su gran alivio, Irmelin ya estaba allí, desplazándose en silencio en torno a la enorme cocina. También Rafaella estaba allí, con ropas de montar, comiendo un cuenco de potaje caliente.

—¿Así que Byrna ha tenido su bebé? Y ahora Marisela quiere un poco de leche caliente con miel para ella —dijo Irmelin con amabilidad—. Tú siéntate allí junto a Rafi y toma un poco de té. Me preparé un poco cuando bajé, está allí. Así que Byrna ha tenido el bebé... ¿Qué ha sido? ¿Varón o niña?

—Un varón —dijo Magda, bebiendo con agradecimiento el té caliente, mientras Irmelin ponía la leche a calentar.

Rafaella juró, golpeando la mesa con un puño.

—¡Demonios! Pobre mocoso, tendrá que entregarlo... ¡Por los infiernos de Zandru, qué bien lo recuerdo! Tendría que haber una manera mejor de... ¡demonios!

—repitió.

Salió dando un portazo, dejando su cuenco de potaje caído sobre la mesa, sobre la que se derramaba la espesa mezcla con leche. Magda la siguió con la mirada, y se preguntó qué ocurría.

Irmelin la observó exhalando un suspiro, pero se acercó y limpió la leche derramada en silencio.

—Toma tu té, Margali —dijo lacónicamente—, y llévale esto a Byrna —sus ojos eran distantes y tenía la boca apretada.

Magda sorbió el dulce té con leche, ansiando casi con pasión una taza de café fuerte. Le dolía la cabeza y se sentía exhausta. Llevó la leche arriba.

El bebé, envuelto en un kimono y una manta, estaba en brazos de Byrna. La joven había sido lavada y le habían trenzado el pelo. Estaba acostada con los ojos cerrados y la expresión pacífica.

—Déjame ponerlo en la cuna mientras tomas tu leche, *breda* —dijo Camilla, acercándole la taza, pero Byrna se aferró al bebé.

—No —dijo—, déjalo conmigo, por favor, por favor...

Marisela les indicó que fueran a tomar el desayuno, y añadió que se quedaría unas horas con Byrna, para cerciorarse de que no sangraba, y Camilla suspiró mientras ambas bajaban la escalera.

—Pobrecita —dijo—. Espero que Ferrika esté aquí para consolarla cuando tenga que entregar al niño... Estoy preocupada por ella. —Rodeó a Magda con un brazo—. También tú estás cansada... ¿Nunca habías atendido un nacimiento?

—Nunca —respondió Magda—. ¿Y tú?

—Oh, sí. Me las habría arreglado, si Keitha no hubiera estado aquí. El segundo hijo de Rafaella nació así, y mucho antes de lo esperado. No había hecho bien el cálculo, y no sabía que sólo le faltaban cuarenta días. —Se echó a reír—. Cabalgábamos juntas cerca de la Casa del Gremio de Neskaya: habíamos estado en prevención de incendios. Apenas tuvo tiempo de quitarse los pantalones. La criatura nació en mis manos cuando me incliné para ver si de verdad estaba de parto. La envolvimos en mi túnica y... ¡ella cabalgó a mi lado hasta casa! —La alta *emmasca* volvió a reírse—. He oído decir que las mujeres de las Ciudades Secas cabalgan hasta el momento del parto... ¡pero lo de Rafaella no lo había oído nunca!

El aroma del desayuno ascendía por la escalera, pero Camilla no se dirigió hacia el comedor. En cambio, abrió la puerta de entrada. La calle estaba vacía y oscura, y la nieve seguía cayendo, espesa, aunque la luz era más fuerte. Magda se sintió perdida en ese mundo de densos copos de nieve. Perdida, extraña en un mundo ajeno. Tenía la impresión de que si por casualidad se miraba en un espejo, no se reconocería. Camilla la oyó suspirar, y apretó el brazo que rodeaba los hombros de Magda.

—Me imagino que estás cansada de la reclusión, pero es mejor estar encerrada ahora, con estos días oscuros y tristes, que en pleno verano. El tiempo pasará sin que te des cuenta. Mira, tienes sangre en la túnica, y en la muñeca —añadió, tomando la

mano de Magda—. En las montañas donde crecí tenemos un viejo proverbio: si hay sangre derramada sobre ti antes del desayuno, derramarás sangre antes de la noche. ¿Estás en fecha menstrual?

Por un momento, Magda no comprendió la expresión, que Camilla había enunciado en el *cahuenga* vernáculo. La otra mujer repitió la pregunta en *casta*, y Magda sacudió la cabeza.

—Oh, no, para nada. —Los copos de nieve, que entraban por la puerta desde la calle, caían fríos sobre sus mejillas.

Camilla la miró preocupada.

—Pero has estado aquí más de cuarenta días y no has menstruado... *breda*, ¿estás embarazada?

Maldición, ¿es que todo el mundo la vigilaba tan rigurosamente?

—Maldición, ¡no! —exclamó exasperada.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura...? —El rostro de Camilla se alteró—. ¡Margali! ¿Has tomado algún destructor de la fertilidad?

De nuevo, por un momento, Magda no la comprendió. Cuando lo hizo, pensó que aquello era probablemente el equivalente más próximo al tratamiento médico terrano que suprimía la menstruación y las funciones femeninas. Asintió, para ahorrarse discusiones.

—¿No sabes que esas drogas pueden *matarte*, hija? ¿Por qué lo harán las muchachas? —Camilla se interrumpió y suspiró—. Yo no soy precisamente quien tiene derecho a sermonearte, siendo lo que soy... y al estar más allá de ese riesgo para siempre. Ha pasado tanto, tanto tiempo desde que supe lo que eran esos apetitos y esas necesidades... Pero a veces..., cuando pienso en el rostro de Byrna cuando miraba al niño... me pregunto...

Un profundo suspiro le recorrió todo el cuerpo, pero sus labios estaban prietos, y seguía mirando, impasible, la nieve que caía. Magda ya se había preguntado qué podía llevar a una mujer a pasar por la operación ilegal, y con frecuencia fatal, de la neutralización en Darkover. No hubiera sido simple siquiera para la medicina terrana, y sin embargo, durante sus viajes había visto a más de una *emmasca*. No enunció la pregunta en voz alta, pero a su lado Camilla se puso tiesa y desvió la mirada, fija en los arremolinados copos que caían, y Magda se preguntó si la otra en realidad no podría leerle el pensamiento.

—Sólo mi madre de juramento, Kindra —dijo Camilla al cabo de un rato—, lo sabe todo. No hablo de eso con frecuencia, como bien puedes imaginar, pero eres mi hermana y debes saber la verdad. Yo... —vaciló por un momento.

Magda aprovechó para protestar:

—Yo no te he preguntado... No tienes por qué decirme nada, Camilla...

¡De verdad lee mi mente! ¿Cómo? Magda recordó, con un curioso cosquilleo de aprensión, cómo en Ardais había estado presente mientras lady Rohana y la *leronis*, lady Alida, trabajaban con la matriz para curar la herida de Jaelle y cómo, de repente,

se había encontrado dentro de la matriz, trabajando con *laran*.

—Antaño... —empezó Camilla—, tenía otro nombre, y mi familia no era desconocida en las Kilghard Hills. Mi madre decía —añadió con voz inexpresiva y distante— que había sangre Hastur en mis venas, lo que probablemente significa que fui engendrada durante algún festival y no era hija de mi padre. Estaba destinada a un gran matrimonio o a la torre, como *leronis*. Un día, unos bandidos atacaron la propiedad de mi padre. Asesinaron a muchos vasallos y me llevaron, junto con el ganado como objeto de diversión para ellos. Supongo que podrás imaginar cómo me usaron —dijo, manteniendo su voz fría y distante—. Todavía no había cumplido catorce años, y afortunadamente he olvidado muchas cosas.

—¡Oh, Camilla! —Los brazos de Magda rodearon el cuerpo liso de la mujer.

—Al final, fui rescatada —prosiguió Camilla, rígida en los brazos de Magda—. Creo que mi familia estaba preocupada, principalmente, porque ya no servía para un gran matrimonio. Y una *leronis* debía ser... —se interrumpió, buscando las palabras de una manera casi visible— intocada. Todavía no tenía edad suficiente para saber que estaba embarazada de uno de los... animales que me habían secuestrado. No recuerdo más, mi mente quedó a oscuras. Me dijeron que intenté matarme. —Sus ojos eran distantes, la mirada estaba vuelta hacia adentro, hacia el horror. Finalmente se estremeció, y su voz volvió a cobrar vida—. A mi familia —prosiguió—, ya no le importaba lo que sería de mí. Me curaron, pero supe que nunca más soportaría el contacto con un hombre sin sentir... horror. La Dama de Anlinn, que era Leonie Hastur, aprobó que me convirtiera en *emmasca*, y así se hizo. Durante muchos años viví entre hombres, como un hombre, y me negué a admitir, incluso ante mí misma, que era una mujer. Pero finalmente llegué a la Casa del Gremio, y allí redescubrí, por fin, que la femineidad era... era posible para mí. —Sonrió a Magda—. Hace más de media vida de todo eso. A veces durante años no recuerdo nada de esa antigua vida, o de quién era entonces. Deberíamos acostarnos. Sólo cuando estoy cansada hablo de cosas tan morbosas.

Magda se había quedado sin habla, horrorizada, no sólo por la historia de Camilla, sino también por la helada calma con que la había relatado.

Camilla le dedicó una sonrisa.

—Kindra, mi madre de juramento, me dijo una vez que todas las mujeres que llegan a la Casa del Gremio tienen su propia historia, y que cada historia es una tragedia... ¡una tragedia en la que nadie creería si se representara en un teatro, interpretada por actores! Cuando vi las heridas de Keitha... a mí también me golpearon como a un animal, y tengo en el cuerpo cicatrices similares. De modo que la historia está fresca en mi mente, y vuelve a dolerme.

—Sin duda —protestó Magda—, no ocurre lo mismo con todas las Renunciantes, ¿verdad? ¡No todas las historias son tragedias! Sin duda, algunas mujeres simplemente vienen aquí porque les agrada esta vida, o porque la eligen... Jaelle, según me dijo, creció en la Casa del Gremio, como hija adoptiva de Kindra...

—Algún día pregúntale a Jaelle por la muerte de su madre —dijo Camilla—. Ella nació en Shainsa; pero ésa es su historia, no la mía, y no tengo derecho a contarla.

Magda se rió, incómoda.

—Mi historia no es ninguna tragedia —dijo, tratando de hablar con ligereza—, sino más bien una comedia... ¡o una farsa!

—Ah, hermana —dijo Camilla—, ése es el verdadero horror de nuestras historias, que algunos hombres, al escucharlas, las consideran graciosas. —Pero no había alegría en su voz—. Deberías ir a desayunar. Hoy no daré clases de esgrima. —Extendió los brazos y abrazó rápida y cálidamente a Magda—. Ve a dormir, *chiya*.

Magda había preferido quedarse: no tenía ganas de estar sola. Pero obedientemente, subió a su cuarto y se fue a la cama. Unas dos horas más tarde estaba despierta, y no pudo volver a dormirse. Fue a la cocina a buscar un poco de comida fría. Después, al no tener nada que hacer —pues las Madres del Gremio le habían excusado hoy de todo trabajo— fue a la biblioteca a leer, durante un rato, la historia de las Amazonas Libres. Se le ocurrió que debía tomar notas detalladamente, para pasar algún día toda esa información a los archivos terranos, pero no quería pensar en eso todavía. Más tarde, se encontró con la Madre Lauria que le pidió que se hiciera cargo de la recepción, que era el trabajo más descansado de todos. Sólo tenía que ir al invernadero y buscar allí flores y ramas para decoración, ya que las que había se estaban marchitando, y después, quedarse en el vestíbulo y dejar entrar o salir a algunas de ellas y atender la puerta si alguien venía a la Casa.

Magda estaba aprendiendo a coser con puntos simples, pero coser le disgustaba, de modo que se llevó un cinturón que estaba trenzando, y se puso a trabajar en los intrincados nudos.

Dos o tres veces se levantó para dejar entrar a alguien, y una vez le llevó un mensaje a Marisela, que entregó en la habitación en la que dormía Byrna, con el bebé junto a ella.

Estaba dormitando en la luz gris del vestíbulo, cuando de repente resonaron unos súbitos y violentos golpes en la puerta.

Magda se incorporó de un salto y abrió la pesada puerta. En el umbral había un hombre enorme y robusto, ricamente vestido. Le echó a Magda una mirada furiosa y le dijo, utilizando la inflexión peyorativa:

—Quiero hablar con la mujer que está a cargo de este sitio —pero el tono que utilizó dejaba muy en claro que el significado era: «Búscame a la perra que está a cargo de este asqueroso vertedero de basuras.»

Magda observó entonces que había otros dos hombres detrás de él, igualmente grandes y ambos armados con espadas y dagas.

—Preguntaré si alguna de las Madres del Gremio está desocupada y puede atenderte, señor —dijo ella, con una inflexión cortés que era un reproche para el hombre—. ¿Puedo preguntar qué asunto te trae hasta aquí?

—Maldición si puedes —gruñó el hombre—. Dile a esa vieja perra que he venido

a buscar a mi esposa, y que la quiero ahora mismo y sin discusiones.

Magda le cerró la puerta en la cara y se apresuró hacia el santuario de las Madres del Gremio.

—¡Qué pálida estás! —exclamó la Madre Lauria—. ¿Qué ocurre, hija?

Magda le explicó.

—Creo que es el esposo de Keitha —dijo, al tiempo que miraba la enorme puerta recubierta de cobre que conmemoraba la batalla que había sido prueba de los derechos de una mujer que, como Keitha, había buscado refugio aquí generaciones atrás.

La Madre Lauria siguió la dirección de su mirada.

—Esperemos que no llegue a tanto, hija. Pero corre hasta la armería y dile a Rafaella... no, Rafi se ha ido a acompañar una caravana al norte. Dile a Camilla que se arme sin perder tiempo y que venga. Me gustaría que Jaelle estuviera aquí, pero no hay tiempo para buscarla. Ármate tú también, Margali. Jaelle me dijo que combatiste contra los bandidos que la hirieron cerca de Sain Scarp.

Magda, con el corazón latiéndole con violencia, corrió hasta la armería y se equipó con el largo cuchillo que las Amazonas no llamaban espada —aunque Magda no veía la diferencia—. Camilla también se armó, con expresión sombría.

—No ha pasado nada igual en diez años, o más... ¡qué tuviéramos que defender la casa por la fuerza de las armas, como si estuviéramos todavía en las Épocas de Caos! —Miró a Magda con ojos dubitativos—. Y tú no tienes ninguna experiencia...

Magda era perfectamente consciente de su inexperiencia. El corazón le latía muy fuerte mientras bajaban la escalera, lado a lado. La Madre Lauria las esperaba en el vestíbulo. Hubo unos violentos golpes en la puerta, y la Madre Lauria volvió a abrirla.

El hombre que estaba en el umbral le espetó:

—¿Tú eres la mujer a cargo de este lugar?

—Mis hermanas me han elegido para que hable en su nombre —dijo la Madre Lauria con suavidad—. ¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar? —Su voz tenía la extrema cortesía de una mujer noble que se dirige al más rústico campesino.

—Soy Shann Mac Shann —ladró el hombre—, y quiero a mi esposa, no una larga conversación. ¡Sucias perras, la habéis convencido de que me deje, y quiero que ahora mismo me la devolváis!

—No permitimos que ninguna mujer entre aquí si no es por su propia voluntad —dijo la Madre Lauria—. Si tu esposa vino aquí, es porque deseaba renunciar a su matrimonio por alguna causa. Entre estas paredes no hay ninguna esposa tuya.

—No me vengas con juegucitos de lógica... ¡tú...! —El hombre le soltó un insulto callejero—. ¡O me traes a mi esposa, o entraré a buscarla!

La mano de Magda se tensó sobre el cuchillo, pero la voz de la Madre del Gremio prosiguió tranquila.

—Según las reglas de este lugar, ningún hombre debe trasponer nuestra puerta,

salvo por invitación especial, y me temo no tener otra cosa que decirte, señor. Si la mujer que alguna vez fue tu esposa desea hablar contigo, puede mandarte un mensaje y zanjar así cualquier asunto que haya quedado pendiente entre los dos, pero mientras no desee hacerlo...

—Mira, esa esposa mía suele enfurecerse conmigo. Una vez huyó a casa de su madre y se quedó allí durante casi cuarenta días, pero volvió a mí llorando. ¿Cómo sé que no la estáis reteniendo aquí mientras ella quiere volver a mí?

—¿Y por qué haríamos algo así? —le preguntó la Madre Lauria con tranquilidad.

—¿Crees que no sé lo que ocurre en lugares como éste?

—Exacto —dijo la Madre Lauria—. Creo que no lo sabes en absoluto.

—¡Keitha es demasiado mujer para arreglarse sin un hombre! —estalló Shann—. ¡Tráela aquí inmediatamente!

—Sabes, realmente me temo —dijo la Madre Lauria con gran compostura— que tendrás que aceptar mi palabra: Keitha n'ha Cassilda no ha manifestado ningún deseo de regresar contigo. Si quieres escucharlo de su propia boca, permitimos el acceso de visitantes la noche de Luna Llena, y serás bien venido entonces, desarmado, solo o con miembros de tu familia inmediata, para hablar con ella, sola o en presencia nuestra, como ella lo desee. Pero a esta hora y en este día, no entra aquí ningún hombre, a menos que tenga cosas que hacer en la Casa, y tú, señor, no tienes ninguna. Ahora te pido que te retires y te lleves a tus hombres, y no provoques una conmoción en nuestra puerta.

—Te aviso que entraré a buscar a mi esposa —gritó Shann, desenvainando la espada y ascendiendo los peldaños.

Camilla y Magda, con sus largos cuchillos prestos, se adelantaron con rapidez y le bloquearon la entrada.

—¿Creéis que no soy contrincante para un par de muchachas? —Descargó un golpe, pero Camilla, desplazándose con tanta agilidad como una serpiente, interceptó la hoja con su cuchillo y la hizo volar de la mano del hombre. Él perdió el equilibrio en la escalera y se tambaleó, casi cayendo. Gritó a sus hombres—: ¡Vamos! ¡Venid de una vez!

Magda se preparó para otro ataque. La luz blanca de la nieve caída en la calle, los dos hombres enormes que avanzaban lentamente, Camilla a su lado, con las cicatrices del rostro marcadas y blanquecinas. Para Magda, los escasos segundos que pasaron hasta que los hombres llegaron al primer peldaño parecieron una eternidad.

Por fin los hombres estuvieron frente a ellas, y Magda se encontró atacando, blandiendo su acero. La espada del hombre rebotó con un ruido metálico, desviada hacia un lado, pero muy pronto lanzó otro golpe, y Magda sintió en su pierna una línea de fuego.

No le dolía, todavía no, pero cuando bloqueó el golpe siguiente —las tretas aprendidas en su entrenamiento de Inteligencia, años atrás, volvían con rapidez a su mente—, su sentimiento más fuerte fue de consternación.

Pasas por este entrenamiento como rutina, pues en realidad no esperas tener que usarlo alguna vez. Pero descubres que puedes hacerlo, se decía mentalmente, aunque no lo crees, no mientras está ocurriendo, ni siquiera si estás sangrando.

Su mente se quedó atrás, pero su cuerpo luchaba, haciendo retroceder a los hombres, peldaño a peldaño. Uno de ellos resbaló en la nieve, y Magda sintió que su cuchillo se hundía debajo de las costillas del hombre caído antes de que pudiera advertirlo, y sintió el cuerpo que se deshacía del acero, empujado por el peso del muerto.

Levantó el cuchillo para protegerse del otro hombre. No se había dado cuenta de que Shann había caído, sangrando, bajo la espada de Camilla, de que ésta le había dicho al tercer hombre:

—¿Has tenido bastante?

Magda no la oía. Perseguía al tercer hombre con un remolino de golpes, obligándole a retroceder y a bajar la escalera. La sangre golpeaba en sus oídos, y ante sus ojos sólo veía una bruma difusa, de color sangre. En su interior, una voz parecía gritar: *¡Mátalos, mátalos a todos!* Toda su furia contra los hombres darkovanos que la habían alejado del trabajo y del mundo que deseaba, su terror ante los bandidos que la habían desarmado y la habían mostrado su propia debilidad... era casi un frenesí sensual dejar que su espada se moviera casi sin participación de su voluntad, hasta que oyó que alguien gritaba su nombre. Pero ahora aquel sonido ya no significaba nada.

Vio que el hombre que se hallaba ante ella tropezaba, caía de rodillas. Entonces otra espada golpeó la de ella, bajándola. Magda giró como un torbellino para enfrentar a su atacante, y un momento antes de descargar el golpe vio el rostro de Camilla. Se detuvo, sólo por un momento, y su espada salió volando con tanta violencia que le hizo doler la mano.

—¡No, Margali! ¡No! Se rindió, ¿no has visto cómo alzaba la espada en señal de rendición? —la mano de Camilla se hundió en su muñeca, con una presión cruel que le paralizó los dedos.

Magda recobró el sentido, temblando. Miró, consternada, al hombre que había matado y a Shann junto a él, gimiendo y sangrando al pie de los peldaños. El tercer hombre había retrocedido y miraba asombrado la herida de su brazo, de la que manaba sangre.

—¡Has deshonrado tu cuchillo! —dijo Camilla con furia. Empujó duramente a Magda y bajó los peldaños, dirigiéndose hacia el herido—. Con toda humildad te pido perdón, señor. Es nueva en esto, e inexperta, no vio tu gesto de rendición.

—¡Creí que vosotras, mujeres, ibais a matarnos a todos, con o sin rendición! —dijo el herido—. ¡Y esta pelea no es mía, *mestra!*

—Durante treinta años, he vendido con honor los servicios de mi espada, camarada —dijo Camilla—. Mi compañera es joven. Créeme que nos ocuparemos de ella para que no vuelva a deshonrar su acero nunca más. Pero ¿no eres hombre

juramentado de Shann?

El mercenario escupió.

—¿Hombre juramentado de ése? ¡Por los infiernos de Zandru, no! Sólo soy una espada pagada, eso es todo. ¡No me corresponde perder la vida por tipos como él!

—Déjame ver tu herida —dijo Camilla—. Tendrás una indemnización, créeme. No tenemos ninguna ofensa contigo.

—Y tampoco yo contigo, ni disputas de sangre, *mestra*. Entre nosotros, diría que si su esposa le abandonó, será porque él le dio suficientes razones, pero vendo mi espada, así que luché mientras él lo hizo. Pero no es pariente, ni camarada. —Con torpeza, con la mano sana, volvió a envainar la espada, y señaló a Shann—. Iré a buscar a la gente de su casa y a sus criados para que se lo lleven. No significa nada para mí, pero cuando peleo junto a otro hombre, no lo dejo desangrarse en la calle. —Miró con pena al hombre que había matado Magda—. Él sí era mi camarada. A mitad del verano, se cumplirían doce años que luchamos juntos.

—Quien escatima su sangre a una espada, haría mejor en ganarse la vida con el arado —dijo Camilla con seriedad.

El hombre suspiró, y se persignó a la manera de los *crisoforos*.

—Sí, ahora ha entregado sus cargas al Portador de los Males del Mundo. Que la paz sea con él, *mestra*. —Miró su brazo herido—. Pero es duro que la sangre se derrame después de la rendición...

La Madre Lauria descendió los peldaños.

—Recibirás la indemnización que un juez determine como justa. Camilla, llévale al Salón de los Extranjeros y véndale la herida.

Camilla lanzó a Magda una mirada de furia.

—¡Y tú, vete adentro, antes de que prosigas deshonrándonos! —le dijo con salvaje desprecio.

Perpleja, sintiéndose traicionada, Magda consiguió tambalearse hasta el interior. La herida del muslo, que antes apenas había sentido, había empezado a latir como si le hubieran quemado.

Había luchado por la Casa. Había hecho todo lo que podía... ¿de verdad el hombre se había rendido antes de que ella lo hiriera?

En la montaña, me deshonré porque tuve miedo a luchar, y cuando lucho, deshonro a la Casa del Gremio... Sintió que los sollozos la ahogaban, y trató de evitarlos. Si se permitía llorar ahora, rompería en sollozos histéricos, y ya no podría detenerse...

—*Breda...* —dijo una voz suave, preocupada, y se encontró mirando el rostro pálido y surcado de lágrimas de Keitha—. ¡Oh, qué cruel es! Luchaste por nosotras, también estás herida... ¡y ella se preocupa más por la herida de ese soldado que por la tuya! ¡Y tú has derramado tu sangre por nosotras! Ven, al menos déjame que me ocupe de tu herida...

Magda se apoyó en Keitha para subir la escalera. Keitha siguió hablando,

indignada.

—Yo lo vi todo... ¿cómo puede ser tan injusta Camilla? El hombre se había rendido... ¿y qué? Me gustaría que los hubieras matado a todos...

La pierna había empezado a dolerle tanto que Magda se sintió mareada. La sangre goteaba sobre el suelo. Keitha la llevó al cuarto de baño, la sentó en un pequeño banco de madera y con suavidad le quitó los desgarrados pantalones. La herida era profunda, y aún manaba sangre desde el fondo. Magda se aferró al banquito, súbitamente temerosa de caerse, mientras Keitha le limpiaba la herida con una esponja empapada en agua helada. Mientras trabajaba en eso, la Madre Lauria subió lentamente la escalera y entró.

Miró con frialdad a ambas mujeres.

—¿Tu herida es grave, Margali?

Magda apretó los dientes.

—No sé lo suficiente de heridas como para decir si es seria. Me duele.

Lauria se acercó y examinó la herida.

—Es una herida limpia y se curará, pero es dolorosa. ¿Te la infligió el hombre que se había rendido y luchaba por su vida?

—No —dijo Magda con toda claridad—. Fue el primero, el hombre que maté, y yo misma estaba luchando por mi vida, ya que supongo que él no habría vacilado en matarme.

—Bien, eso es algo —dijo la Madre Lauria.

—¡Cómo podéis echarle la culpa de ese modo! —exclamó Keitha—. Ella luchó por defendernos, está herida y sangrante, y sin embargo permites que Camilla la maltrate y la insulte, después vienes aquí y sigues maltratándola, incluso antes de que hayan vendado su herida...

La Madre del Gremio tenía una expresión severa.

—Matar a un hombre que se ha rendido es un *asesinato* —dijo—. Si Camilla no le hubiera quitado el cuchillo, Magda podría haber matado a un hombre indefenso y nos habría condenado a una disputa de sangre. Tal como ocurrieron las cosas, tenemos suerte de que sea tan sólo un mercenario a sueldo. Si hubiera sido un hombre juramentado de Shann... ¡estarían obligados a vengarlo! La Casa de Thendara habría tenido que responder a un desafío tras otro... ¡y eso podría habernos destruido! Afortunadamente, su herida no es grave, y Camilla, que ha sido también mercenaria a sueldo, conoce sus códigos de honor. Le está vendando la herida en el Salón de Extranjeros, y espera que él acepte una indemnización en efectivo por la herida que tan vergonzosamente le han infligido.

Magda bajó la cabeza, aceptando su culpabilidad. Sí, había perdido el control, ella tenía la culpa. Recordó a Cholayna Ares, en la Escuela de Inteligencia, quien solía advertirles: *Nunca debéis perder el control. Nunca debéis matar si no lo deseáis*. Para controlar el miedo, se había aferrado a su furia, y eso había sido su desgracia. Se quedó sentada, temblando, sintiendo que la ira de la Madre Lauria era algo tangible,

una suerte de resplandor rojo en torno a la mujer. Y entonces se preguntó si no se estaría volviendo loca.

Lauria se dirigió a Keitha, despectiva e iracunda.

—¿Y tú, que ni siquiera has preguntado si el que fue tu esposo está vivo o muerto? ¿Debemos convertirnos en asesinas a causa de tu resentimiento?

Keitha respondió con igual furia:

—¡La verdad es que me importa un bledo si vive o si muere! ¿Acaso debo devolver bien por mal, como un *crisoforo*? ¡He renunciado a él para siempre!

—No es cierto —dijo la Madre Lauria—. Si realmente hubieras renunciado a él, no tendrías miedo de enterarte de si está vivo o muerto, y podrías atender, como Camilla, las heridas de un enemigo derrotado, sin ningún odio.

—Ella no pasó por lo que él me hizo pasar... —empezó Keitha.

—¿Qué sabes tú de lo que Camilla ha pasado a causa de los hombres? —preguntó la Madre Lauria, y Magda recordó lo que Camilla le había contado... ¿había sido sólo esta mañana? Parecía que había pasado mucho tiempo.

La Madre Lauria suspiró.

—Bien, la herida de Margali sigue sangrando. Por suerte, Marisela aún está en la casa, aunque me disgusta despertarla, dado que ha pasado toda la noche en vela. Margali, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

Magda todavía combatía sus feroces deseos de abandonarse a un llanto histérico.

—Yo no sabía... no vi que él se había rendido...

—Cuando empuñas la espada, es tu obligación saberlo —le dijo con voz sombría la Madre Lauria—. No hay excusas en este mundo, ni en el otro, para atacar a un hombre que se ha rendido. ¡Dime el nombre de tu madre de juramento!

La pregunta tuvo la fuerza de una exigencia ritual; la Madre Lauria sabía de sobras la respuesta.

—Jelle n'ha Melora.

—También la has deshonrado a ella —prosiguió la Madre Lauria—, y cuando te hayas recuperado, ¡ella misma se encargará de ti!

Después de estas palabras, se marchó y Magda se desplomó sobre el banco, sollozando. La pierna le dolía terriblemente, pero estaba tan consternada que apenas reparaba en el dolor.

—Bien, ¿qué tenemos aquí? —preguntó Marisela alegremente, cuando entró, y Magda levantó la vista, atemorizada: ¿también Marisela sentiría que era su obligación castigarla y regañarla? Se merecía cualquier cosa que le dijeran. ¡Y harían responsable a Jelle, y aquello era lo peor de todo!

Pero Marisela se limitó a arrodillarse para examinar la herida con manos suaves y experimentadas.

—Fea, pero se curará. El músculo no está demasiado dañado. Tendré que darte unos puntos. ¿Puedes ayudarme a llevarla a su habitación, Keitha? Será más sencillo hacerlo allí, y después, me temo que no estará en condiciones de caminar, pobre

conejita. —Acarició la mejilla de Magda y añadió—: Es mala suerte que te haya ocurrido esto la primera vez que empuñas la espada en defensa de nosotras. Ayúdale a llegar a su cuarto, Keitha, mientras voy a por mis cosas.

Fue una pesadilla de dolor y esfuerzo, pero de algún modo Keitha consiguió llevarla hasta su habitación y acostarla en su cama. Cuando entró Marisela, Magda sintió una punzada de miedo a través del dolor —sabía que en la Zona Terrana una herida como ésta hubiera sido cosida bajo anestesia—: Marisela le pasó una esponja embebida con un líquido helado, que insensibilizó levemente la zona, y después, rápida y hábilmente, le dio varios puntos.

Magda se sentía tan alterada, que no pudo ser valiente, así que volvió a deshonorarse, le pareció, rompiendo a llorar como una criatura. Keitha la abrazó y la consoló, y Marisela le dio a beber un licor muy fuerte, que le nubló la cabeza.

Después, Marisela le dio un beso en la frente y le dijo:

—Lamento haberte hecho daño, *breda* —y se marchó.

Keitha permaneció a su lado, tomándole la mano.

—¡No me importa lo que digan! ¡Para mí no es ninguna deshonra! ¡No deberían maltratarte de este modo!

Pero ahora todo había pasado, y la histeria cedía. Magda comprendió lo que Camilla le había querido decir. Había deshonrado su acero.

No puedo hacer nada bien, pensó. Fui un fracaso en la Zona Terrana, un fracaso como esposa —ni siquiera pude darle a Peter el hijo que deseaba— y ahora también he fracasado aquí, deshonrando a Jaelle, deshonrando a Camilla, que me instruyó... También he fracasado aquí, pensó.

Keitha la abrazó.

—No llores, Margali —susurró. Hizo girar la cabeza de Magda y la besó.

Y para horror y consternación de Magda, no sintió deseos de rechazar aquel beso. En cambio, sintió algo extraño, intenso, terriblemente sexual. Se encontró respondiendo, abrazando estrechamente a Keitha aunque sabía, con aquella aguzada y súbita conciencia, que Keitha no tenía ninguna intención, que tan sólo había querido consolarla, como si fuera una niña, que Keitha se hubiera sentido horrorizada si hubiera tenido idea de cómo Margali había interpretado su gesto. Percibió la compasión y el afecto de Keitha como una cálida oleada de suaves colores que la envolvían, tal como había percibido antes la furia de la Madre Lauria como un halo rojo que la circundaba, dispuesto a golpear...

¿Qué es ese licor que me ha dado Marisela? De todos modos, estoy borracha, drogada, me estoy volviendo loca...

¿Por eso había fracasado con Peter, era esto lo que Camilla había visto en ella la otra noche, era esto lo que realmente deseaba cuando bajaba las defensas? ¿Había tenido Peter razón cuando la había acusado de estar un poco enamorada de Jaelle, y celosa de él?

Pero se sentía demasiado exhausta para tener miedo. Sintió que flotaba,

recordando el momento aquél, en Ardais, cuando había estado *dentro* de la matriz. La cama flotaba. Era como estar en medio del espacio, mientras remolinos de luz se dibujaban dentro de sus ojos, girando y girando, cada vez con mayor rapidez. Por un momento volvió a estar en Ardais, mientras lady Rohana la miraba con preocupación y le decía: *Debes prometerme que si alguna vez tienes problemas con tu laran, me lo harás saber de inmediato.* ¿Pero cómo podía hacerlo, se preguntó Magda, si ella estaba *aquí*, y lady Rohana *allá*? Le pareció que Keitha la llamaba desde muy lejos, pero pensó, *Keitha es mi amiga, no quiero trastornarla ni asustarla como Camilla hizo esa noche*, de modo que se ocultó y no le respondió. Y entonces apareció otro rostro en la oscuridad, un bello rostro de mujer, pálido, circundado por una nube de pálido cabello rojizo-dorado, y toda azul, como si la viera a través de un pálido fuego azul, y finalmente, otro rostro más: redondo, tranquilo, práctico, un rostro de mujer con pelo que encanecía y muy corto, una Amazona que decía con suavidad: *Debemos hacer algo por ella. Tiene un lugar entre nosotros, y todavía no lo sabe.*

¿Una terrana?

No es la primera ni la última que reclamará su herencia en un mundo desconocido.

Y después el mundo desapareció y no regresó.

SEGUNDA PARTE

SEPARACIÓN

1

Nevaba. Más allá de las ventanas del despacho de Cholayna Ares, en la elevada torre del Cuartel General, el mundo exterior estaba envuelto en un remolino, blanco, y Jaelle, al contemplarlo, deseó estar fuera, bajo la nieve, y no allí, bajo aquellas luces amarillas donde nunca penetraba siquiera un hálito del clima natural.

Peter la vio observar con nostalgia la tormenta, y le apretó la mano. Desde la noche de la recepción de Alessandro Li, se había mostrado tierno y gentil con ella. Jaelle no había podido sostener su ira y, durante las últimas semanas, él había intentado ser de nuevo aquel hombre que la joven había amado en Sain Scarp, y al que se había aferrado en Ardais. Él se había esforzado conscientemente, a pesar de su educación terrana, en recordar la independencia de Jaelle y en no considerarla una propiedad suya. Ella había empezado a albergar otra vez esperanzas: tal vez, aunque hubieran perdido aquello que en un principio les había acercado, tal vez pudieran convertirse en algo más intenso y mejor que antes. *Aquella primera llamada sexual, debí haber comprendido, nunca debí esperar que durara eternamente, pero ahora ya no soy una adolescente víctima de su primera infatuación, tal vez Pedro y yo podemos encontrar algo más maduro, más genuino. Además, él no tuvo toda la culpa. He sido pueril y egoísta.*

—A mí también me gustaría estar allá fuera, caminando sobre la nieve —dijo él con suavidad, y por un momento, el contacto entre ambos fue tan intenso que ella se preguntó si Peter no tendría *laran* rudimentario. A muchos terranos, tal vez a la mayoría, les ocurría eso. Tal vez ese *laran* se desarrollara a medida que estuvieran más cerca, y ella podría encontrar en él la comprensión que anhelaba.

Cholayna les sonrió a ambos y dijo, con un atisbo de ironía:

—Si los dos tortolitos pueden dedicarme un minuto... —Peter soltó la mano de Jaelle, y ella vio que él se ruborizaba—. Oh, no os disculpéis —añadió Cholayna—. Me gustaría poder concederos un año de permiso para que tuvierais una luna de miel adecuada, pero la verdad es que las condiciones no lo permiten. Ahora, Magda ya habrá tenido tiempo de decidir si hay en la Casa del Gremio de Thendara algunas mujeres que puedan convertirse en técnicas médicas, y tal vez otras a las que podamos asignarles otro tipo de ocupaciones. ¿Qué posibilidades hay de que pueda venir aquí para hablar con nosotras de eso, Jaelle?

—Absolutamente ninguna —replicó Jaelle con presteza—. Ya te dije que está pasando su medio año de entrenamiento recluido, y que durante ese tiempo no puede salir de la casa, salvo por expresa orden de una Madre del Gremio.

Cholayna frunció un poco el ceño.

—Creí entender que tú eras su superior... ¿no le puedes ordenar que venga?

—Supongo que sí —dijo Jaelle lentamente—, pero no lo haría. Eso la apartaría de las demás y tal vez no se recuperaría jamás, si es que realmente desea convertirse en una de ellas.

—Creo que eres concienzuda en exceso —dijo Peter—. La decisión de emplear Amazonas Libres... perdóname, Renunciantes en la Zona Terrana es importante para ambos mundos, y debería concretarse tan pronto como sea posible, antes de que se diluya el primer impulso.

—De todas maneras, no queremos echar a perder la cobertura de Magda —dijo Cholayna—. Si funciona entre ellas como una igual, no queremos singularizarla de ningún modo. Jaelle, ¿podrías ir tú y hablar en privado con ella?

Jaelle se sintió súbitamente invadida por una oleada de nostalgia. ¡Visitar la Casa del Gremio, volver a estar con sus hermanas!

—Me encantaría hacerlo, y también podría hablar del asunto con la Madre Latiría.

—Lo único malo de esa posibilidad —dijo Peter, jocosamente—, es que yo no podré ir contigo, ¿verdad?

—No a la Casa del Gremio, me temo —contestó ella, pero sonrió, pensando que algún día, bastante pronto, ambos podrían caminar juntos bajo la nieve, por la ciudad que ella amaba. También él la amaba, ya que había pasado muchos años viviendo como darkovano en este mundo. ¿Por qué había empezado a pensar en él como terrano, como extraño? De algún modo debía ayudarlo, y ayudarse a sí misma, a recobrar al Pedro darkovano que había amado.

—Quiero hablar un poco sobre la clase de mujeres que necesitamos aquí —dijo Cholayna—. Sobre todo, deben ser flexibles, capaces de aprender nuevas maneras de pensar y de hacer, capaces de adaptarse a condiciones extrañas. En realidad... —dirigió una dulce sonrisa a Jaelle y fue como si le acariciara cálidamente la mano—, como tú, Jaelle, capaces de sobrevivir al *shock* cultural.

—¡Ah! —murmuró Peter—, pero no hay muchas como Jaelle. Cuando la hicieron, rompieron el molde.

—No creo ser tan única —dijo ella, sonriendo, pero su mente ya exploraba rápidamente las posibilidades de las mujeres de la Casa del Gremio que conocía. Podía haber otras, que no conociera tan bien, y que fueran aptas para trabajar entre los terranos. Rafaella no serviría para técnica médica, pero podría ser útil como guía de montaña, y sin duda resultaría valiosa para los terranos por su conocimiento y su experiencia en viajes por los Hellers, Marisela... Jaelle frunció el ceño por un momento, al pensar en la habilidad y la adaptabilidad de la comadrona, que le permitían trabajar en la ciudad con mujeres que despreciaban a las Amazonas Libres. Marisela, sin duda alguna, se beneficiaría con este nuevo entrenamiento... pero ¿podrían prescindir de ella en la Casa del Gremio? Se despreocupó del tema, pensando que lo hablaría con la Madre Lauria, y alzó la vista para encontrarse con la sonrisa Cholayna.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, sonriente.

Jaelle se rió y se disculpó.

—Pensaba en las mujeres de la Casa del Gremio.

Cholayna también rió y la despidió:

—Bien, ve a tratar el asunto con tus Madres del Gremio. Algún día, tal vez... ¿sería posible que yo visitara la Casa del Gremio?

—No veo por qué no —dijo Jaelle, respondiendo una vez más al espontáneo impulso amistoso de la mujer—. Creo que le agradecerías a la Madre Lauria. Me hubiera gustado que conocieras a mi madre de juramento, Kindra.

Mientras se dirigía a sus habitaciones, pensó que ambas eran semejantes en muchos aspectos. Aunque Cholayna había crecido en un mundo donde nadie había obstaculizado su aprendizaje y su desarrollo, y no había adquirido su fuerza a merced a la rebelión y a la renuncia, como una Amazona, sino simplemente por medio de la elección de este trabajo...

Y entonces Jaelle se quedó sorprendida por sus propias ideas. ¿Estaba criticando a su propio mundo, a favor de los *terranos*? ¿Tanto la habían corrompido unos cuantos días?

¿Corromper? ¿Es corrupción acaso amar a Peter o apreciar su mundo? Cerró de un portazo su habitación y se despojó del uniforme con manos temblorosas. ¡No cabía duda, ya era hora de volver al hogar!

Se puso la túnica interior, bordada, la gruesa blusa y los pantalones y la sobretúnica de lana; se sentó para anudarse las botas. Jurando, pasó la mano por su crecida y espesa cabellera. Tenía tiempo de sobra para hacérsela cortar. No, maldición, ¿por qué? Estaba viviendo como compañera libre de Peter, *algo que el Juramento le permitía*, se recordó con severidad. Sin embargo, la idea persistió: ¿qué dirían Rafaella, o Camilla, cuando apareciera en la Casa del Gremio con el pelo largo en vez del corte peculiar de las Renunciantes que proclamaba su independencia de cualquier hombre? ¡Oh, que se fueran todos al infierno! Tomó unas tijeras, se miró con ojos dubitativos en el espejo, recordando las manos de Peter cuando le acariciaba el cabello. Se llevó las tijeras hasta el cuello, volvió a jurar, furiosa, y las arrojó al suelo. Era su propio pelo y su propia vida, y si deseaba complacer a su amado compañero, también eso era su privilegio. Sin embargo, el aguijón de la culpa no desaparecía.

Afuera nevaba, debería ponerse crema para protegerse el rostro del viento y el frío. Hurgó en los cajones, apreciando los cosméticos *terranos*, suavemente perfumados; el perfume era un poco más intenso, la textura más tersa que la de los productos que podía comprar en el mercado o que hacían algunas de las mujeres de la Casa del Gremio cuando andaban escasas de fondos. Mientras se aplicaba la crema sobre el rostro, encontró el pequeño instrumento con cuentas que utilizaba para llevar el cálculo de sus ciclos menstruales según el movimiento de las lunas; las cuentas tenían los colores de las cuatro lunas: violeta, azul, verde pálido y blanco. Hizo pasar una cuenta violeta, pues había observado que el disco de Liriel estaba lleno, y se detuvo, con la mirada clavada en las cuentas. Tendría que haber pasado una cuenta roja, indicando la menstruación, hacía por lo menos diez días. Había estado tan

perturbada por la terrible pelea con Peter y la tristeza que la acompañó, y después, por el duro trabajo con Cholayna y Aleki, que se había limitado a hacer pasar las cuentas cada día, de forma mecánica, sin reparar en ellas.

¿Se trataría sólo de la perturbación de los ciclos que, según le habían explicado, podía originarse por vivir permanentemente bajo una luz artificial, amarilla? ¿O se habría quedado embarazada porque Peter, en la reunión extática que siguió la pelea, se las había arreglado para dejarla embarazada?

No pudo evitar sentir un profundo ramalazo de placer ante la idea, seguido de inmediato de duda y miedo. ¿De veras lo deseaba? ¿Quería estar a merced de un pequeño parásito albergado en su interior, de los malestares, la deformación, de la espantosa odisea del nacimiento, que había matado a su propia madre? Por un momento su mente vaciló con el terror de esa pesadilla... *el rojo derramado sobre la arena reseca junto a un charco de agua, sol naciente y sangre...* y un dolor intenso en las manos le reveló que, sin saberlo, había apretado tanto los puños que se había clavado las uñas en las palmas. Tonterías... ¿en qué estaba pensando? ¿Qué era aquella mezcla de viejas pesadillas?

¡Peter se pondría tan contento cuando se lo contara! Por un momento, se imaginó el deleite que reflejaría su rostro, y la ternura y el orgullo que iluminarían sus ojos.

Orgullo. Las palabras del Juramento resonaron dentro de su mente: *sólo tendré un niño en el momento y la oportunidad que elija, no tendré hijos para la herencia ni la jerarquía de ningún hombre...*

Oh, tonterías, se dijo a sí misma. Peter no era Comyn, a pesar de parecerse tanto a Kyril, no tenía nada de aquel particular orgullo por la herencia que ocupaba gran parte de la vida del Comyn. La idea insidiosa permanecía: *también Rohana se sentirá complacida de que yo haya decidido tener una criatura para el Dominio Aillard, pero también eliminó esa idea. No era para Aillard. Ni para Peter. Para mí misma... ¡porque nos amamos, y ésta es la más intensa confirmación de nuestro amor! ¡Para mí misma, maldición!*

Pero cerró de golpe el cajón donde estaban las cuentas, casi con culpa, al oír los pasos de Peter.

—¿Jaelle? Amor, creí que ibas a la Casa del Gremio...

—Estoy a punto de salir —dijo, y trató de no mirar con expresión culpable hacia el cajón. *Si fuera telémeta, como Kyril, lo sabría sin que se lo dijera, incluso sin ver las cuentas.* En una ocasión le había mostrado el objeto, le había explicado su uso, pero él nunca le había prestado demasiada atención, aunque había admitido que lo había visto en venta en el mercado, y se había preguntado qué clase de ábaco sería. Le había mostrado a Jaelle el funcionamiento de un ábaco, y le había dicho que era la más antigua calculadora terrana.

—No irás a marcharte con esta tormenta, Jaelle...

—Has estado demasiado tiempo en la Zona Terrana, si esta pequeña nevada te

parece una tormenta —contestó ella con tono alegre. Anhelaba salir al quemante frío, y no quedarse aquí arrebujada en el debilitante calor artificial del Cuartel General.

—Déjame ir contigo —insistió él, poniéndose sus botas de nieve y un grueso abrigo. Ella vaciló.

—Amor, con ropa de Amazona, no es prudente que camine contigo por la ciudad. También te expondría a ti a los chismes y los comentarios... —Y ante su mirada de incomprensión, explicó—: Estás de uniforme.

—Oh. Eso. Puedo cambiarme —ofreció, pero ella sacudió la cabeza, negándose.

—Preferiría que no. No te importa, ¿verdad, Peter? Preferiría estar sola ahora. Si fuera a la Casa del Gremio en compañía de un terrano... o de cualquier hombre, eso sólo dificultaría mi misión.

Peter suspiró.

—Como quieras —dijo. La atrajo hacia sí y la besó. El beso se demoró de manera sugestiva—. ¿No preferirías quedarte aquí, cómoda y calentita?

La idea le resultó tentadora. ¿Habría caído en el modo terrano de hacer el amor a golpe de reloj, sin dejar lugar a la espontaneidad emocional? Pero con firmeza se desasíó de los brazos de Peter.

—Estoy trabajando, querido. De verdad debo irme. Tal como tú sueles decirme de Montray, bien, Cholayna es mi jefe.

Él la soltó con demasiada rapidez.

—¿Volverás antes de la noche?

—Tal vez pase la noche en la Casa del Gremio —dijo ella—. No es algo que pueda hacer en una o dos horas —añadió, riéndose ante su aspecto alicaído—. ¡Piedro, amor, no es el fin del mundo, sólo dormiremos separados una noche!

—Supongo que no —gruñó—, pero te echaré de menos.

Ella se ablandó.

—También yo te echaré de menos —susurró al cuello del hombre, y volvió a abrazarlo—, pero habrá ocasiones en las que *tú* estarás fuera y yo tendré que quedarme sola. Así que será mejor que empecemos a habituarnos a eso.

Pero su mirada dolorida la persiguió por la escalera, por el frío de la base, más allá de los guardias de la Fuerza Espacial que marcaban la división entre el Cuartel General y la Ciudad Comercial. Agradeciendo el frío de la nieve sobre sus mejillas, deseó haber suavizado la separación dándole la noticia.

Pero ya habría tiempo para eso.

Sería mejor, pensó Magda, que la insultaran. Cualquier cosa sería mejor que este infinito silencio cargado de reproches, esta concienzuda cortesía.

—¿Estás lista, Margali? —le preguntó Rafaella—. ¿Quieres trabajar con Doria y Keitha? Les hace falta practicar la caída.

Magda asintió. La enorme habitación a la que llamaban Armería estaba iluminada

por la blanca luz de la nieve que caía fuera, pues habían enrollado las cortinas para permitir la máxima entrada de la luz. Había colchonetas extendidas en el suelo, y una docena de mujeres hacía ejercicios preparatorios de estiramiento y flexión, aprestándose para la lección de combate sin armas que Rafaella les daría.

Magda recordó su tercer día en la casa, cuando había recibido su primera lección de Rafaella. Al cabo de varios días de vérselas con trabajos desconocidos, como hornear el pan, intentar ordeñar a los animales y luchar con las pesadas palas y escobas del establo, había sido un alivio para ella encontrarse con algo que sabía hacer bien. Había recibido un completo entrenamiento en combate sin armas en las escuelas de Inteligencia de Alfa, y estaba deseando demostrarle a Rafaella que no era una perfecta idiota.

Había estado dispuesta —entonces— a que Rafaella le agradara, ya que sabía que aquella mujer delgada y morena era la socia de Jelle en el negocio de asesoramiento de viajes. Además, durante la primera noche que había pasado en la Casa, le había escuchado cantar y tocar el arpa. La madre de Magda había sido una música notable, la primera terrana que había hecho transcripciones de muchas de las baladas darkovanas típicas, y que había relacionado la música de Darkover con la terrana. Magda no era música —tenía buen oído, pero no voz para cantar—, pero admiraba ese talento en los otros. No sólo había estado dispuesta a que Rafaella le gustara, sino también a admirarla.

Pero desde el principio, Rafaella se había mostrado persistentemente poco cordial con ella, y cuando, durante aquella primera lección, se hizo obvio que Rafaella esperaba que fuera completamente estúpida y tan torpe como la pobre Keitha, Magda había desplegado todos sus conocimientos de judo terrano y de *vaidokan* alfano. Después de haber puesto de espaldas a Rafaella dos veces consecutivas, ésta había interrumpido la lección y la había mirado, ceño fruncido.

—¿Dónde has aprendido todo eso, por los infiernos de Zandru?

Magda se dio cuenta demasiado tarde de lo que había hecho. Había aprendido todo aquello en un planeta que se hallaba a media galaxia de distancia, de una mujer arturiano-terrana que les había entrenado, a Peter y a ella, en defensa personal, pero había dado a la Madre Lauria su palabra de que no diría nada al respecto.

—Lo aprendí... cuando era muy joven —dijo—. Muy lejos de aquí.

—Sí, sé que naciste en los Hellers, cerca de Caer Donn —dijo Rafaella—. ¿Pero tu padre te lo permitió?

—Ya estaba muerto entonces —explicó Magda con sinceridad—, y no había nadie más que tuviera derecho a objetarlo.

Rafaella le dirigió una mirada escéptica.

—No imagino a ningún hombre, salvo un esposo, que pudiera enseñar esas cosas a una mujer —dijo.

Magda respondió, otra vez con sinceridad:

—Mi compañero libre no puso objeciones.

Casi sin intención, Magda recordó la primera época de su matrimonio —antes de que la competitividad destruyera la relación— en la que ella y Peter solían trabajar juntos en técnicas de combate sin armas. Rafaella la miró con reproche.

—Bien —dijo—, es cierto que no puedo enseñarte nada más. Más bien tú eres la que tiene mucho que enseñarnos a nosotras. Espero que me ayudes, y también a las otras, a aprender algunas de esas llaves. Supongo que es una técnica conocida en las montañas.

Y así, Magda se convirtió en la segunda instructora en las lecciones de combate sin armas. No era tan fácil como había creído: había aprendido aquellas técnicas para usarlas, no para enseñarlas, y pasó mucho tiempo trabajando sola, tratando de considerar exactamente cómo hacía las cosas. Pero aquello le procuró un poco de autoestima, absolutamente necesaria, e incluso logró desarticular un poco la hostilidad de Rafaella. Hasta el día en que luchó en defensa de la Casa y las deshonró a todas. Camilla había conseguido disipar la furia del hombre, y se había evitado una disputa de sangre, pero tuvieron que pagar una fuerte indemnización en efectivo, una cantidad que en realidad la Casa no podía permitirse. Magda estuvo en cama durante diez días después de la contienda, por su herida, y acababa de levantarse.

—¿Estás en condiciones de trabajar? —preguntó Rafaella—. No vaya a ser que se te vuelva a abrir la herida y pierdas más sangre...

—Marisela dijo que podía practicar con cuidado —respondió—, pues si no, el músculo se pondrá rígido.

Rafaella se encogió de hombros y le volvió la espalda.

—Tú sabrás —dijo, y fue hasta el rincón donde intentaba inducir a Keitha, aunque sin mucho éxito, a relajarse y caer perfectamente laxa sobre una colchoneta.

Byrna, con un par de pantalones que le quedaban demasiado holgados, y que le daban dos vueltas a la cintura, tocó a Magda en el hombro.

—No te preocupes —le dijo—, Rafi es así. Está irritada porque durante los últimos doce años ha estado enseñando combate sin armas aquí en la Casa, y ahora vienes tú, una recién llegada, y eres mejor que ella. Está celosa, ¿no te das cuenta?

Magda no estaba segura, pero dijo con voz firme:

—¿Empezamos? —y comenzó a hacer los ejercicios de estiramiento, como de ballet, que precedían al trabajo. La pierna le dolió, y se detuvo, se arremangó los pantalones y se miró. Estaba bien cicatrizada; sabía que el dolor era causado sólo por el estiramiento de los músculos que se habían ablandado durante los días pasados en cama.

—A mí también me ocurre —protestó Byrna—. Marisela me advirtió que debía hacer ejercicio mientras estaba embarazada, pero me dio demasiada pereza... ¡y ahora me duelen todos los músculos! —Hizo una mueca de dolor cuando con uno de sus brazos, se rozó los pechos llenos—. ¡Y dentro de media hora tendré que subir a amamantar al pequeño! Pero supongo que debería hacer un poco de ejercicio, para volver a ponerme en forma.

—Ven aquí a trabajar conmigo, Byrna —dijo Rafaella—. Tuve la experiencia de trabajar mientras alimentaba a un bebé hambriento, así que puedo mostrarte cómo recuperar rápidamente tus músculos. Y tú, Margali —añadió con tono formal—, ¿me harías el favor de trabajar un rato con Keitha?

Magda pensó: *por supuesto, en cuanto empiezo a hablar con alguien que se muestra verdaderamente cordial conmigo* —pues desde la noche del nacimiento del niño, había llegado a conocer a Byrna y a simpatizar con ella—, *Rafaella la aleja de mí y vuelvo a quedarme sola.*

Obedientemente, Keitha se acercó a ella, desplazándose con rigidez, y Magda le dijo:

—Trata de relajar todo tu cuerpo, ponte laxa, Keitha. Mientras no dejes de temer lastimarte, estarás tensa, y *entonces* es cuando te lastimarás.

Keitha, pensó con poca piedad, era tan rígida como una escoba de establo; cuando Magda la instó a caer, se puso tiesa y se dejó caer, extendiendo un brazo para protegerse.

—No, no —protestó Magda—. Trata de *rodar* mientras caes. Relajada... así —dijo, haciendo una demostración y cayendo, laxa y sin lastimarse, sobre la colchoneta.

Keitha, aunque trató valerosamente de imitarla, no pudo reprimir una exclamación de dolor.

—¡Aauu! —Se frotó los hombros y la cadera.

Magda estaba a punto de perder la paciencia con ella, pero se limitó a sugerirle:

—Mira cómo lo hace Doria. —Levantó la vista al ver que otras se acercaban, y les preguntó—: ¿Queréis trabajar con nosotras?

Las otras mujeres contestaron, con perfecta cortesía:

—No, gracias —y se dirigieron al otro extremo de la habitación, ignorándola con toda claridad.

Keitha se muestra cordial, y Byrna, y Doria. Para las demás no existo, pensó Magda y se encogió de hombros, dedicándose a Doria. Lo último que había querido era entrar en competencia directa con Rafaella. Pero de alguna manera, se las había arreglado para lograr también eso.

—Keitha, no permitiré que te hagas daño —dijo, tratando de estimular a la mujer para que lograra relajarse—. Mira, así... —y una vez más se dejó caer con ligereza, y aterrizó con comodidad en la colchoneta.

Al cabo de dos o tres intentos más, Keitha, aunque seguía rígida, había perdido gran parte de la tensión que había convertido cada una de sus caídas en una epopeya de dolor. Después de toda una vida de decoro, los movimientos femeninos no eran fáciles de superar.

Byrna y Doria practicaban juntas unas llaves. Doria tropezó y se cayó con torpeza y, mientras se incorporaba, Magda, al observarla, notó algo que no había visto, ni siquiera en sí misma, hasta que lo notó en Doria.

—No se trata tanto de una cuestión de *movimiento* como de *respiración* —dijo—. Trata de visualizar el centro de tu cuerpo, *aquí*, y trata de respirar desde allí. —Señaló el centro de su abdomen—. Este punto de aquí, el centro de gravedad, en realidad no se mueve: el cuerpo gira en torno a él. Por eso los métodos de defensa personal ideados para los hombres en realidad no resultan adecuados para las mujeres; el centro de gravedad de una mujer es más bajo, debido a la estructura ósea del cuerpo masculino.

—Pero algunas mujeres tienen casi una estructura masculina —protestó Doria—. Rafi... es tan alta y delgada... —y miró a su madre adoptiva, que interrumpió su trabajo para escuchar.

Magda habló con timidez:

—No se trata de ser varón o mujer, sino de diferentes estructura óseas. Cada uno debe aprender dónde está exactamente su propio punto de equilibrio, sea hombre o mujer, y debe aprender a moverse en torno a él. Eso puede hacerse en parte por medio de lo que llamábamos centrarse, allá en el... —se interrumpió y tragó saliva con esfuerzo: había estado a punto de utilizar la palabra *dojo*, del Terrano Antiguo, que todavía se usaba en la colonia de Alfa para designar la escuela de artes marciales— en el lugar donde estudié —terminó con premura—. Podéis aprender a *centraros* por medio de la respiración y la meditación, y por medio de la práctica física, para aprender así a mover el cuerpo alrededor de este punto físico absoluto, esté donde esté. Yo soy más alta y pesada que tú: el punto sería diferente para mí que para ti, y sería diferente también para Rafaella, o para Camilla... —Paseó la mirada por la habitación para ver si la vieja *emmasca* estaba allí. Estaba, pero ocupada enseñando a empuñar un cuchillo, y no parecía prestar ninguna atención a la lección. Rafaella, no obstante, había dejado de trabajar con su grupo y se había acercado para escuchar, y Magda volvió a sentir timidez mientras buscaba las palabras adecuadas para concluir, ya que no era fácil encontrar equivalentes para el estilo terrano de artes marciales, y traducirlos al darkovano. Tuvo que usar el lenguaje darkovano para la danza, ya que no había otro—: Es una especie de equilibrio... encuentras el lugar donde está tu centro inmóvil, y tu cuerpo se moverá *alrededor*, como haciendo equilibrio sobre ese punto.

—Tiene razón —dijo Camilla, levantando la cabeza—. Yo tuve que aprenderlo por mí misma, cuando estudié esgrima entre hombres, y tal vez por eso sea mejor con la espada que muchos de ellos. Ellos no lo notaron, ya que me creían un hombre, y si bien es cierto que soy muy alta y delgada, mi centro está más bajo que el de un hombre de mi misma estatura; tuve que aprender a compensarlo, y la práctica constante de tener que combatir con hombres me hizo más hábil que muchos de ellos. —Se acercó y tocó el hombro de Doria—. Eres muy delgada, y tus caderas son todavía muy estrechas... no creo que hayas terminado de crecer. Tu equilibrio cambiará a medida que crezcas, pero una vez que hayas aprendido a encontrar tu centro, podrás reconocer todos los cambios.

Algunas de las mujeres se movían, balanceándose con curiosidad, tratando de descubrir por sí mismas si lo que Magda les había dicho era cierto.

—Suenan como esa vieja teoría mística... —dijo Keitha con tono peyorativo—, ¡esa que afirma que el centro del cuerpo de una mujer está en su matriz!

Rafaella soltó una risita.

—No tiene nada de místico —dijo—. Allí es exactamente donde está.

Keitha hizo un gesto de repugnancia, y Rafaella prosiguió:

—Pregúntale a Byrna si su equilibrio no cambió cuando estaba embarazada...

—Sí que cambió —dijo Byrna—, ¡y todavía no he recobrado mi antiguo equilibrio después de llevar al niño durante tanto tiempo!

Rafaella se dirigió directamente a Keitha.

—¿Por qué crees que un niño se carga justamente *allí*? Porque es el lugar donde el cuerpo está equilibrado y donde mejor puede soportar el peso de un niño. —Observó a Keitha con ojo experto—. Diría que tus embarazos son muy bajos... ¿verdad?

—Sí —dijo Keitha, irritada—. ¿Y qué?

—Ése es el problema que tienes para moverte —prosiguió Rafaella—. Tratas de sostener el cuerpo desde el final de la espalda, como lo hace un hombre, en vez de llevar el peso hacia adelante... trata de estar de pie así... —dijo, acomodando a Keitha con mano cuidadosa. Miró a Magda con momentánea camaradería—: Tú eres tan alta que diría que tu punto es alto también, ¿verdad?

—No lo sé —contestó Magda—. Nunca he estado embarazada.

—¿No? Bueno, cuando lo estés, estoy segura de que notarás el cambio de equilibrio —dijo Rafaella—. Keitha, si llevas el peso hacia adelante... mira la postura Margali... te equilibrarás con más facilidad.

Se alejó, y Magda dijo:

—Doria, ¿quieres intentarlo conmigo? Quisiera mostrarles...

Doria se volvió hacia ella, adoptando la postura de combate, y Rafaella extendió una mano y la corrigió con rudeza.

—Así no, estúpida —exclamó—. ¡Qué tonta eres, Doria!

Magda exhaló un profundo suspiro y dijo con cuidado:

—Rafaella, creo que Doria lo haría mejor si no le estuvieras constantemente encima, corrigiéndola. Lo hace bastante bien.

—Es *mi* hija —estalló Rafaella—, ¡y para ella no es suficiente hacerlo *bastante bien*! Eso está bien para las de fuera... —miró a Keitha con ojos despectivos—, ¡a las que nunca les han enseñado a creer en sí mismas y tienen que aprender lo que cualquier niña sabe antes de cumplir diez años! ¡Pero Doria ha crecido entre nosotras, y no tiene excusas para ser tan estúpida y torpe!

Doria luchaba con las lágrimas que pugnaban por brotar, y Magda se mordió un labio. Rafaella estaba tan ansiosa de que la muchacha destacara, que la ponía permanentemente al borde de la histeria.

—Rafaella, perdóname, pero fuiste tú quien me pidió que instruyera a Doria, y creo que a mí me corresponde decir si lo está haciendo bien o no...

—¡A ti no te corresponde decir *nada*! —le espetó Rafaella—. ¡Ignorante montañesa, ni siquiera es seguro que te dejen quedarte entre nosotras, después de lo que has hecho!

Magda combatió dos impulsos simultáneos: el de volverse y salir de la Armería, y el de golpear a Rafaella con más fuerza de lo que lo había hecho nunca en su vida. Volvió a experimentar aquel tremendo acceso de furia que le había dominado cuando había luchado por defender la Casa. Con su último atisbo de cordura, comprendió que si golpeaba ahora a Rafaella, con las técnicas que había aprendido en la Escuela de Inteligencia de Alfa, mataría a la mujer con sus manos desnudas. Temblando, con las manos apretadas, se alejó un poco de ellas.

—Rafaella —dijo Camilla con tono apaciguador—, a la edad de Doria, una muchacha puede aprender más de una desconocida que de su propia madre...

Rafaella rodeó a Doria con un brazo y murmuró:

—Querida, sólo deseo sentirme orgullosa de ti aquí, en nuestra propia Casa del Gremio, eso es todo. Es sólo por tu propio bien... —y Doria estalló en sollozos, abrazando a Rafaella.

En aquel momento se abrió la puerta y la Madre Lauria observó el interior de la Armería. Sus ojos mostraron asombro ante la escena: Doria sollozando en brazos de Rafaella, Magda dándoles la espalda, todas las demás mirando, pero se limitó a decir:

—¿Está aquí Margali? Tienes un visitante en el Salón de Extranjeros. Siento molestarte durante tu lección...

—Oh, *ella* no tiene nada que aprender de ninguna de *nosotras* —dijo Rafaella, pero la Madre Lauria ignoró el sarcasmo.

Le hizo un gesto a Magda, indicándole que se acercara a la puerta.

—Hay un terrano, un hombre que ha venido y ha preguntado por ti con el nombre con que se te conoce aquí.

A Magda se le hizo un nudo en la garganta. ¿Quién podía ser sino Peter? ¿Y para qué habría venido? ¿Le habría ocurrido algo a Jaelle?

—¿Cómo se llama? ¿Qué desea?

—No recuerdo su nombre bárbaro —dijo desdeñosa, la Madre Lauria—. No es necesario que lo recibas, a menos que lo desees. Puedo hacerle despedir por las muchachas.

—No, será mejor que vaya y vea qué quiere. Gracias, Madre.

Magda se sintió agradecida de que la Madre en persona hubiera venido a traerle el mensaje. No era usual que lo hiciera ella misma, en vez de enviar a alguien.

—Como quieras —dijo la Madre Lauria, y se marchó.

De pronto, Magda cobró conciencia de su rostro acalorado y sonrojado, de su túnica empapada en sudor, del cabello que le caía en mechones húmedos sobre la frente. Fue a la habitación que se encontraba detrás de la Armería, se lavó la cara con

agua fría, se quitó la túnica mojada y se puso la limpia que había aprendido a guardar allí para después de cada lección. Se había anudado la sobretúnica y se peinaba con cuidado cuando entró Rafaella.

—¿Te estás acicalando para encontrarte con algún amante? —le preguntó con desprecio.

—No —respondió Magda, luchando por conservar la compostura y reprimir aquella furia que amenazaba otra vez con descontrolarse—, pero tengo un visitante en el Salón de Extranjeros, y tampoco quiero que piense que una Amazona Libre es una sucia mujerzuela que vive en el estiércol.

—¿Por qué te preocupa tanto lo que un hombre pueda pensar de ti? ¿Es tan importante para ti que los hombres vean que eres bella, que eres deseable? —preguntó Rafaella con una mueca despectiva, y Magda se obligó a no contestar y a pasar en silencio junto a la otra. *Algún día, pensó, ¡algún día le borraré esa expresión de un cachetazo, a pesar de lo que puedan hacerme después!*

Se dirigió al pequeño cuarto de la planta baja al que llamaban el Salón de Extranjeros. Seguía temblando de furia, y estaba dispuesta a increpar a Peter... ¿Cómo se atrevía a irrumpir aquí?

Pero vio, en cambio, a un perfecto desconocido sentado en una de las pequeñas sillas. Sabía que le había visto antes, pero sin duda no le conocía bien, y le pareció que él miraba con sorpresa y desdén su túnica y sus pantalones, su pelo corto.

—¿Puedo preguntar qué te ha traído hasta aquí? —preguntó ella, cortante.

—Mi nombre es Wade Montray —dijo él—, y tú eres Magdalen Lorne... ¿Margali, te llaman aquí? —Ella advirtió que el hombre hablaba darkovano, y un darkovano muy bueno. Cintas de idiomas, las que habían usado Peter y ella, sin duda. El hombre fue de puntillas hasta la puerta y miró hacia el vestíbulo—. Nadie nos oye, y creo que no tienen la tecnología necesaria para poner micrófonos en la habitación, pero las precauciones nunca son demasiadas.

—Dudo de que alguien de aquí se tome la molestia de espiar una conversación ajena, ya que todas están demasiado ocupadas con sus propios asuntos —dijo Magda con frialdad—. Si tenemos que hablar, por favor, hazlo con toda libertad.

Sí, había visto a aquel hombre: era el hijo del Coordinador y, como ella, había crecido en Darkover. Sintió un tremendo disgusto ante la suspicacia que se revelaba en su voz: ¿de verdad había sido ella misma parte de la enorme paranoia del Servicio de Inteligencia?

—Quería tener cuidado para no echar a perder tu cobertura aquí, Lorne. Dentro de unos días, Jelle Haldane vendrá aquí para hablar contigo, dice Cholayna, y en realidad debería haberlo dejado todo en sus manos. Pero ella tiene su trabajo y yo tengo el mío. Tengo que viajar a los Hellers este invierno, y tengo entendido que estuviste allí el invierno pasado. Tu informe está lleno de lagunas intrigantes, y necesito saber más de esa casta gobernante... el Comyn, ¿no se llama así? Y tú pasaste el invierno en el castillo Ardais, como huésped de lady Rohana. Podrías

contarnos muchas cosas.

—No hay nada que contar, salvo lo que ya consigné en mi informe —dijo Magda con cautela—. Supongo que no estarás interesado en el menú servido en el banquete del Festival del Solsticio de Invierno, ni en los nombres de los hombres con los que bailé, ni en la cantidad de nieve caída el día después del festival.

—Mira, estoy interesado en todo... absolutamente en todo —dijo Wade Montray—. Tus informes anteriores eran muy completos. ¡Tengo curiosidad por saber por qué fuiste tan sucinta con respecto a esta misión!

—Salí de permiso —se evadió Magda—, y sí le dejé un informe a Cholayna Ares, puedes comprobarlo con ella.

—Comprendo, pero dadas las circunstancias, me gustaría que vinieras al Cuartel General para hacer un informe más detallado —dijo Montray—. Haldane hace un buen trabajo, pero no creo que tenga la misma comprensión de la situación que tú tienes.

Ahora trataba de halagarla, advirtió con disgusto. Las sesiones de entrenamiento le habían indicado con toda claridad las técnicas que los hombres utilizaban para conseguir cosas favorables de las mujeres, y aquella condescendencia familiar la enfureció.

—Te recuerdo que estoy de permiso, y que éste es mi primer permiso en seis años. No tienes derecho a interrumpirlo.

—Oh, me ocuparé de que te paguen extra por haber interrumpido tu permiso —dijo Montray, y de repente Magda se resintió ante la idea terrana de que ella podía dejar de lado sus deseos por una oferta de paga extra. ¿Eran tan mercenarios todos los terranos?

—Lo siento, pero no. ¿Qué habrías hecho si yo hubiera salido del planeta, que es algo a lo que tengo perfecto derecho? ¿Por qué supones que debo estar disponible?

—Oh, vamos —dijo él, y ella observó que su sonrisa era singularmente dulce—. No puede molestarte tanto venir en una tarde libre para completarme ese informe, ¿verdad? Además, podríamos darte una bonificación especial si llevaras un diario mientras estás aquí para presentar luego un informe completo acerca de lo que ocurre en la Casa del Gremio... no tenemos muchos datos sobre las Amazonas Libres... perdón, las Renunciantes, me parece..., y si vamos a emplearlas para darles entrenamiento médico y tecnológico, necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir.

—Me niego en rotundo —exclamó ella con furia, y él cambió de táctica.

—Como quieras —dijo—. No pretendía perturbarte. Por supuesto, tienes derecho a pasar tu permiso en paz y tranquilidad, si eso es lo que quieres.

¡Paz y tranquilidad! ¡Eso es lo último que encontraré aquí, especialmente ahora! En contra de su voluntad, el pensamiento le hizo sonreír, sin saber que aquella sonrisa transformaba su rostro y hacía parecer ficticia su irritación. Al verlo, él se envalentonó.

—Mira Lorne, entre nosotros... ¿entiendes? No quiero interrumpir tu permiso, pero ¿por qué no salimos de aquí y vamos a algún lugar donde podamos hablar tranquilos, sin que nadie nos escuche? Podemos tomar tranquilamente una copa en la Ciudad Comercial, y puedes decirme todo lo que necesito. Tengo aquí una grabadora, puedo ponerlo todo en Archivos o, si lo prefieres, mantenerlo privado, sólo para mí. Sin problemas, sin complicaciones, y después te dejaré tranquila. ¿Qué te parece?

Inesperadamente, se sintió tentada. Salir fuera de aquella perpetua atmósfera de desconfianza y hostilidad, volver a su familiar yo terrano; hasta la idea de una copa, o de un poco de café terrano le resultaba intolerablemente tentadora. Suspiró, con pesar.

—De veras lo siento, me agradecería poder hacerlo —dijo, sonriendo—, pero es imposible, señor Montray. —De repente estaba hablando en terrano standard, casi sin darse cuenta.

—El señor Montray es mi padre —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. Yo soy Monty. ¿Y por qué es tan imposible?

—En primer lugar, aunque pudiera ir, no sería correcto que una Renunciante fuera vista sentada en un bar con un terrano de uniforme. —Muy a pesar suyo, advirtió que volvía a sonreír, y que sus ojos centelleaban, divertidos—. Y además no puedo ir, he jurado no salir de la Casa hasta el Solsticio de Verano, y no puedo salir sin permiso de las Madres del Gremio.

—¿Y lo toleras? ¿Una ciudadana terrana, presa?

—No, no —explicó ella—. Es parte del sistema de entrenamiento, eso es todo. Y tú mismo dijiste que no querías echar a perder mi cobertura. Si yo, una Renunciante a prueba, me fuera con un terrano... bien, te imaginas lo que dirían...

Maldición si me importa, lo que dirían, pero di mi palabra, y la cumpliré o moriré en el intento.

Él se lo tomó con filosofía y se puso en pie.

—Si no puedes, no puedes, pero te aviso que volveré durante el Solsticio de Verano, y cómo sea conseguiré ese informe.

Le tendió la mano. Súbitamente nostálgica por el gesto familiar, Magda se la estrechó.

Le miró irse, pensando con un poco de añoranza que era una voz familiar procedente de un mundo al que había renunciado... y que ahora, paradójicamente, extrañaba.

Regresó a la Armería, pero la lección había terminado. Algunas mujeres se bañaban, pero Rafaella no estaba entre ellas, y Magda, a pesar de que le dolía la pierna y hubiera disfrutado del calor de la piscina, decidió no unirse a las demás. Prefirió aprovechar el privilegio que se le había concedido, y subir a acostarse. Por primera vez dudaba de su capacidad de soportar el medio año de reclusión y entrenamiento.

En general le gustaban las mujeres de la Casa. Incluso Rafaella le gustaba, o le gustaría si la otra se lo permitiera, y Camilla, Doria y Keitha le gustaban mucho. Pero

le molestaban las pequeñeces, los baños fríos, la comida, la estúpida insistencia sobre el trabajo manual, y ahora la fricción constante, desde aquella pelea en la que se había descontrolado. En realidad, no acababa de entender lo que las demás sentían: después de todo, el hombre había atacado la Casa. Aun cuando lo hubiera matado, el hombre se lo merecía.

¿Nadie podría en realidad renunciar a su mundo? ¿Había sido una tonta por intentarlo? ¿Debería abandonar, decirle a la Madre Lauria que era demasiado para ella y pedir que se anulara su Juramento, su juramento forzado? Tal vez no tuviera que tomar la decisión, tal vez, cuando discutieran aquella cosa terrible que supuestamente había hecho, ellas la expulsarían de la Casa del Gremio y eso la eximiría de la decisión.

¿Y cómo me enfrentaré a Jaelle, entonces?

En la Casa del Gremio no se servía regularmente una comida al mediodía; cualquiera que tuviera hambre a esa hora iba a la cocina a buscar pan y carne fría, y al cabo de un rato, Magda, que estaba habituada a los horarios de comidas terranas, y a quien le gustaba comer algo al mediodía, se dirigió a la cocina. Se sirvió una taza del té de corteza que hervía permanentemente en la olla —no era café, pero estaba caliente y hacía frío en la cocina, y sus manos se cerraron con alivio sobre la taza caliente— y cortó unas rebanadas de pan de una hogaza, untándolas con mantequilla y queso suave que encontró en un cuenco. Era demasiada molestia cortar la carne fría, y además hacía mucho más frío en el sitio donde se conservaba. Se sentó a comer, preguntándose dónde estaría Irmelin. El pan para la cena se leudaba dentro de un enorme cuenco, en la otra punta de la mesa, bajo una servilleta limpia. Estaba recogiendo las migas y lavando su taza —una de las reglas más estrictas establecía que quien fuera a la cocina debía dejarla tan limpia como la encontraba— cuando Irmelin asomó la cabeza.

—¿Margali? No estabas en tu cuarto. Esperaba encontrarte aquí —dijo—. ¿Te harías cargo de la puerta? Byrna está amamantando al bebé.

Magda se encogió de hombros.

—Por supuesto —dijo, y se dirigió hacia el vestíbulo, pero Irmelin la retuvo, con el rostro iluminado por una expresión de curiosidad.

—¿No eres la hija de juramento de Jaelle n'ha Melora?

—Sí, lo soy —dijo Magda, e Irmelin asintió.

—Eso pensé... ha venido para ver a la Madre Lauria, y las dos llevan horas encerradas en su despacho... —Abrió muy grandes los ojos y añadió—: Supongo que la Madre Lauria la hizo llamar para hablar de lo que harán contigo. ¡Espero que te permitan quedarte aquí, Margali! Creo que Camilla fue demasiado dura contigo... ¡No todas podemos conocer el código de honor de los mercenarios, y no veo por qué deberíamos conocerlo!

Con su misma amabilidad había conseguido, una vez más, destruir la paz mental de Magda. ¿Era algo tan serio como para hacer venir a Jaelle de la Zona Terrana? Pero Irmelin añadió, agitada:

—Ahora vete, siéntate en el vestíbulo para atender la puerta. Yo tengo que amasar el pan y preparar la cena de esta noche, y si Shaya se queda, quiero hacer un poco de pan con especias.

Magda permaneció en el vestíbulo, trenzando con desgana el cinturón y recordando sin quererlo la última vez que se había dedicado a esa tarea. Cuando sonó la campana de la puerta, se preparó para más problemas, y cuando vio a un hombre en la entrada, vestido con el uniforme verde y negro de la Guardia, endureció el mentón en un gesto agresivo.

—¿Qué deseas?

—¿Está Byrna?

—Puedes verla en el Salón de Extranjeros, si lo deseas —respondió Magda.

—Oh, me alegro de que ya esté levantada.

—¿Puedo decirle quién la busca?

—Me llamo Errol —dijo él—, y soy el padre de su niño. —Era un hombre muy joven y muy alto, y sus mejillas mostraban la pelusa de una sombra de barba—. Mi hermana acaba de tener un bebé, y se ha ofrecido a amamantar al mío también, de modo que vine a llevármelo.

¡Tan pronto! El bebé sólo tiene diez días. Oh, pobre Byrna.

Su expresión apenada debía de haber afectado al joven, pues éste dijo, titubeante:

—Bien, ella me *dijo* que no quería quedarse con el niño, así que pensé que cuanto más pronto me lo llevara mejor sería para ella.

—Iré a decírselo.

Condujo al joven hasta el Salón de Extranjeros y luego vaciló, preguntándose qué debía hacer a continuación, pero volvió a sonar la campana y, afortunadamente, era a Marisela que llegaba.

—¿Qué debo hacer, Marisela? El padre del bebé de Byrna está allí... —hizo un gesto—, y quiere llevárselo...

Marisela suspiró, pero se limitó a decir:

—Mejor ahora que más tarde. Yo se lo diré, Margali. Vuelve al vestíbulo, muchacha.

Magda obedeció, y al cabo de un lapso considerable vio a Errol que salía del Salón de Extranjeros, cargando un bulto en brazos, con toda la torpeza de un hombre no habituado a llevar un bebé. Marisela, a su lado, le hablaba con atención, y Magda permitió que la otra mujer le acompañara hasta la puerta. Se le ocurrió que era probable que en aquellos momentos Byrna necesitara alguna compañía comprensiva. Si venía alguien, podía golpear la puerta hasta que Irmelin, que estaba en la cocina, lo oyera y dejara la masa del pan el tiempo de atenderla.

Encontró a Byrna en su habitación, echada sobre la cama y sollozando con

amargura. Magda no dijo nada, simplemente se sentó junto a Byrna y le tomó la mano. Byrna levantó el rostro cubierto de lágrimas y, sollozando, se arrojó en brazos de Magda. Ésta la abrazó en silencio. Había pensado decirle varias cosas, pero ahora, ninguna parecía valer la pena.

No deberían haberle permitido que se llevara al bebé. Es demasiado pronto. ¡Todos los conocimientos que tenemos nos indican que en esta etapa, Byrna necesita a su bebé tanto como él a ella! Es una crueldad, no es justo... y a través del temblor de la mujer que tenía en sus brazos, sintió, sin saber cómo, todo su dolor y desesperación. No dijo nada, sino que sostuvo a Byrna y la dejó llorar hasta el cansancio. Luego la recostó sobre la almohada con suavidad.

—Es demasiado pequeño... —sollozó Byrna—, me necesita, de veras me necesita... pero lo prometí. Cuando lo prometí no sabía cuánto daño me haría...

Magda no encontraba palabras. Sintió alivio cuando se abrió la puerta y entró Marisela, con Felicia a su lado.

—Tenía la esperanza de que alguien estuviera con ella. ¡Por piedad de Avarra, cómo me gustaría que Ferrika hubiera vuelto! —Se inclinó sobre Byrna y dijo con suavidad—: Te daré algo para que duermas, *breda*.

Byrna ya no podía hablar. Tenía los ojos tan hinchados por el llanto que casi no podía abrirlos, y el rostro congestionado y enrojecido. Marisela le sostuvo la cabeza mientras le llevaba una taza hasta la boca, y luego la acostó.

—Te dormirás un ratito.

Felicia se arrodilló junto a Byrna, le tomó las manos y le dijo:

—Hermana, yo te entiendo. De veras, ¿recuerdas?

Byrna habló con voz ronca y espectral:

—Pero tú tuviste a tu niño cinco años, cinco años enteros, y el mío es tan pequeño, sólo un bebé...

—Fue mucho más duro para mí —dijo Felicia con suavidad. Sus grandes ojos grises se llenaron de lágrimas mientras decía—: Hiciste lo correcto, Byrna, y lamento no haber tenido el valor de hacer lo mismo, darlo de inmediato a la mujer a la que llamará madre. Lo retuve aquí para mi propio consuelo, y después, cuando tuvo cinco años, lo entregué a desconocidos, para que se fuera a un sitio donde todo es diferente y donde todos esperan de él que sea lo que ellos llaman un hombrecito... —tragó saliva con esfuerzo—. Lo llevé a la casa de mi hermano... lloró tanto, y tuve que desprenderme de sus manitas y dejarlo... ellos tuvieron que sujetarlo, y desde la calle le oía gritar «Madre, madre...». —Su voz revelaba un dolor infinito—. Es mucho mejor... dejarlo ir ahora, cuando lo único que conocerá será amor y ternura y un pecho cálido... y si su madre adoptiva lo amamanta, lo amará más y será más cariñosa con él.

—Sí, sí, pero yo lo quiero, lo quiero —sollozó Byrna, y se aferró a Felicia, que también se había puesto a llorar.

Marisela condujo a Magda fuera de la habitación.

—Ahora Felicia es quien más puede ayudarla.

—A mí me parece que empeorará las cosas... ¿no es una crueldad para ambas? —preguntó Magda.

Marisela rodeó a Magda con un brazo, suavemente.

—No, *chiya*, eso es lo que ambas necesitan: la pena no expresada se convierte en veneno. Byrna debe hacer el duelo de su hijo, aunque sea como una muerte. Y también puede ayudar a Felicia, que no ha podido llorar por su hijo. Ahora las dos pueden llorar juntas, y consolarse sabiendo que las dos comprenden. De lo contrario, contraerían la primera enfermedad que se les cruzara y Byrna, al menos, podría morir. Dale a la Diosa lo que le corresponde, muchacha, incluso cuando la ofrenda sea dolor. Nunca has tenido un niño, o lo comprenderías. —Besó a Magda en la mejilla y le dijo con voz suave—: Algún día también tú podrás llorar, y ser curada de tu pena.

Magda miró a Marisela bajar la escalera, perpleja. Suponía que Marisela tenía razón, sabía tanto como los médicos, a su manera, y suponía que tenía una buena comprensión de la psicología de la cuestión; todo el mundo sabía que el estrés podía originar enfermedades psicosomáticas, aunque le sorprendía que Marisela lo supiera. Pero sin duda, estaba equivocada con respecto a *ella*, que no tenía ninguna pena en particular... ¡nada por qué llorar! Furia, sí, la suficiente como para estallar. En especial últimamente. Resentimiento. ¿Pero pena? No tenía por qué llorar, no había llorado más de tres veces desde que era adulta. Oh, sí, había llorado cuando la habían herido y Marisela le había cosido la pierna sin anestesia, pero aquello era algo diferente. La idea de que podía tener alguna pena desconocida y oculta de la cual debía ser curada le resultó la cosa más fantástica del mundo.

Hubo un suave repique de campanas: se avisaba a las mujeres que habían regresado de su trabajo, en la ciudad, que la cena se serviría en una hora, para que pudieran terminar de bañarse y de cambiarse de ropa. Magda subió, el ceño todavía fruncido. Pasó ante la puerta cerrada de Byrna, esperando que la mujer ya se hubiera dormido.

Me sentí triste, pero no tanto como para llorar, cuando me di cuenta de que Peter no me había dejado embarazada, y después, cuando nos separamos, me alegré de no tener la carga de un niño. Y en especial ahora... ¿qué haría yo con un niño? Estaría en la misma situación que Byrna. La idea es ridícula. A Marisela le vendría bien un poco de sensato entrenamiento terrano, tanto en medicina como en psicología.

Mientras se quitaba la ropa para cambiarse para la cena, exhaló un suspiro ante la idea de que debería enfrentarse otra vez a Rafaella durante la comida, y también con el silencioso resentimiento de las demás. Pero no podía hacer nada al respecto, y no se quedaría escondida en su habitación, ni les permitiría saber que la perturbaban. Era una terrana, y más aún, era una Renunciante, y de alguna manera lograría tener fuerza suficiente para superar todo aquello.

2

En el interior del despacho de la Madre Lauria, las mujeres oyeron la campana, y la Madre Lauria suspiró.

—Debo irme, Jaelle. Esta conversación ha sido buena. Pasarás la noche en la Casa, ¿verdad? No importa cuáles mujeres creamos tú y yo que son las adecuadas, no puedo pedirle a ninguna que abandone a sus hermanas para tomar un empleo entre los terranos. Tienen que hacerlo por propia voluntad.

—Pero no podemos permitir que vaya cualquier mujer que quiera hacerlo —insistió Jaelle—. Deben ser las adecuadas... no queremos que fracasen y que los terranos nos crean tontas, que piensen que las mujeres de Darkover son todas tontas o niñas que se ocultan en la seguridad de sus hogares. Y no deben ser amantes de mujeres, pues eso es algo que los terranos desprecian. Me gustaría consultar a Magda al respecto...

—La menos adecuada. Es nueva entre nosotras...

—Ha estado aquí durante tres lunas. El mismo tiempo que yo he estado con los terranos.

—Pero las mujeres de la Casa no saben que es terrana. Les parecería raro que yo consultara a una recién llegada, en vez de pedir el consejo de una veterana que lleve muchos años entre nosotros. ¡Sería como preguntarle a Doria!

—Podrías pedir consejos peores. Los ojos de las jóvenes ven con más claridad —dijo Jaelle—. Estoy segura de que Doria conoce nuestros fallos y debilidades tan bien como yo misma. Pero antes de tomar ninguna decisión, me gustaría hablar con Magda, al menos en privado. Me doy cuenta de que no quieres apartarla del resto para consultarle... —Jaelle se sintió perturbada, no sabía que Magda había preferido ser anónima aquí. Pero la Madre Lauria ya se había incorporado, con toda firmeza, y la entrevista había concluido.

Jaelle fue a lavarse las manos en el baño de la planta baja. Era su hogar, advirtió, ¡y por primera vez desde que tenía once años, no tenía un sitio propio aquí!

Se dirigió hacia el comedor y, al cabo de un momento, se oyó una exclamación entusiasta:

—¡Jaelle! —Y la joven se encontró en brazos de Rafaella.

Devolvió el abrazo y se rió alegremente ante la sorpresa de su socia.

—No esperabas verme, ¿verdad? ¿Cómo anda el negocio?

—Todo lo bien que puede esperarse, contigo lejos tanto tiempo —replicó Rafaella, medio en broma, pero con una nota de resentimiento—. ¡Trabajar con los terranos! ¿Cómo pudiste?

—No soy la primera, ni tampoco seré la última —contestó Jaelle con voz suave—. Ya te enterarás de la reunión general de la Casa. Y tú has abandonado la Casa más de una vez para vivir con un compañero libre, ¿no es cierto?

—¡Pero no con un terrano! —El rostro vivaz de Rafaella se contrajo en una

mueca de disgusto—. ¡Yo preferiría unirme a un *cralmac*!

Jelle se rió.

—Nunca me he acostado con un *cralmac* —dijo—, y no sé nada de sus costumbres en la cama, aunque una vez en las montañas conocí a una mujer que me dijo que todas las noches dormía entre sus dos *cralmacs* hembras, para abrigarse... ¡así que no deben ser tan repulsivos! Pero, en serio, Rafi, los terranos son iguales a los demás hombres, hay la misma diferencia entre nosotros como la que hay entre un hombre de las montañas y uno de las tierras bajas. Sólo su idioma y sus costumbres son diferentes. Son más parecidos a nosotros que los *chieri*, y hay sangre de la Vieja Gente en el linaje de Hastur. ¡No esperaba oír de ti, justamente, que repitieras esas tonterías supersticiosas sobre los terranos, como si tuvieran cuernos y cola!

Tal vez, pensó no fuera de extrañar que Magda hubiera preferido el anonimato aquí, si es que todas aquellas tonterías sobre los terranos circulaban entre las mujeres. ¡Creí que mis hermanas de la Casa del Gremio serían más sensatas! Pero lo dejó pasar... no tenía deseos de pelearse con su socia y amiga.

—Pero cuéntame cómo anda el trabajo, Rafi. Podrías asociarte con alguien más por un tiempo, sabes, mientras estoy fuera, o tal vez de forma permanente... hay suficiente trabajo para tres, la mayoría de las veces. ¿Y cómo está mi nena, Doria?

—Tu *nena* está en su período de reclusión, y prestará Juramento para el Solsticio de Verano —respondió Rafaella con sequedad—. Si es que consigue que la admitan... Está en la peor etapa del desarrollo..., cada vez que hablo... ¡rompe a llorar! Estoy verdaderamente avergonzada de ella. ¿Y el negocio? Bien, tuve que rechazar dos caravanas, pero nos va bastante bien. Hay un nuevo talabartero...

—¿No podéis iros a hablar a otra parte? —preguntó una mujer alta y delgada, de pelo dorado y reluciente, que tenía puesto un gran delantal sobre sus pantalones.

Rafaella rodeó los hombros de su amiga con un brazo y la alejó un poco para que la mujer pudiera poner los platos y los cuencos sobre la larga mesa.

—Es nuestra hermana Keitha, que llegó al mismo tiempo que Margali, tu hija de juramento —dijo Rafaella, y le presentó a Jelle. Las mujeres entraban ya en el comedor, solas y en grupos pequeños, se reunían a conversar, o se sentaban entre el estrechocar de platos. Había un rico aroma a pan fresco, caliente todavía del horno, y Jelle lo olfateó con placer.

—¡Comida de verdad! ¡Estoy famélica!

—Qué pasa, ¿los terranos no te dan de comer? Has engordado no cabe duda —dijo Rafaella, arqueando las cejas—. ¿O es por otra razón, Shaya?

Jelle sonrió al oír el apodo que le habían dado en la Casa cuando era más pequeña que Doria, pero de todas maneras se alejó un poco de Rafi: todavía no quería hablar de eso.

Y sin embargo, si tuviera un niño, podría, retenerlo y criarlo con la ayuda de Peter, sin necesidad de tener que entregarlo a los cinco años. Siempre he oído que las Amazonas no deberían tener hijos: ya hay suficientes niñas no deseadas que

podamos alojar en nuestras casas, y darles un lugar en nuestro corazón, como Kindra hizo conmigo.

Pero yo no fui indeseada. Mi madre... mi madre me amaba, creo, a pesar de que no puedo recordarla. A veces, en los sueños que he estado teniendo por culpa de las condenadas máquinas, me parece recordarla un poco. Y Rohana me hubiera criado con gusto. Sin embargo, elegí venir aquí...

Magda, que entraba en el comedor, sintió una súbita oleada de consternación y desazón, y se detuvo en el umbral. ¿Qué le ocurría? Ahora todo el tiempo estaba expuesta a peculiares alucinaciones. ¿Se estaría volviendo loca? Paseó la mirada por la habitación: vio a Rafaella de pie junto a la chimenea, hablando con una mujer vestida de azul, pero no era una Amazona, pues tenía el pelo largo, de color cobrizo, con las puntas rizadas. Entonces la mujer se rió y volvió el rostro hacia la puerta, y Magda se quedó helada: ¡Jaelle!

Estaba segura de no haber dicho nada, pero Jaelle se volvió como si Magda hubiera pronunciado su nombre, mientras una expresión de deleite y sorpresa se dibujaba en su rostro.

—¿Qué pasa, Jaelle, qué ha ocurrido, por qué estás aquí?

¿De verdad estarían discutiendo su crimen? Le habían dicho que aquel asunto llegaría a su madrina de juramento. Pero Jaelle le dijo con alegría:

—Yo no estoy en reclusión, *breda*: hubiera venido antes, pero ésta es la primera oportunidad que se me ha presentado... he estado muy ocupada, como te imaginarás.

Magda buscó los ojos de su amiga, pero no encontró en ellos nada que revelara algo más que una visita casual. La esclerótica parecía un poco congestionada, pero ella sabía que Jaelle lloraba muy poco.

A lo mejor —y fue una idea molesta, intrusiva— *Peter no la deja dormir lo suficiente*. Eliminó el pensamiento como si quemara. *¡Se diría que estoy celosa!*

—La Madre Lauria y yo hemos estado hablando de las mujeres que podrían aprender medicina terrana, pero quiero hablar contigo al respecto. No aquí, ni ahora, sin embargo.

La campana de la cena les interrumpió, la Madre Lauria entró y ocupó su lugar, y Jaelle olfateó con deleite.

—¡Estoy tan cansada de esa comida que sale de las máquinas! Pan de verdad, recién horneado... y estofado de tripas, si no me equivoco. ¡Fantástico! Ven, siéntate aquí —dijo Jaelle tomándola de la mano, respondiendo luego al gesto de Camilla e inclinándose para abrazarla y besarla—. Bien, tía, se te ve contenta y saludable... ¿te sentó bien el clima de Nevarsin? Siéntate a mi lado, Margali... ¡comamos y cuéntame todo lo que han hecho para ponerte a prueba aquí!

Magda rió.

—¡No nos bastaría toda la noche! —dijo.

—*Breda* —dijo Jaelle, alarmada, como si de hecho la viera por primera vez—. *Chiya*, ¿qué te han estado haciendo? Has perdido peso —le regañó—. Sé que la

temporada de reclusión es infernal para todo el mundo... pero ¡no debes permitir que te afecte tanto! —Jaelle abrazó a Magda con un gesto intenso, prolongado y deliberado.

Magda no pudo ver las lágrimas que Jaelle ocultaba contra su hombro, aunque sintió que su amiga se aferraba a ella como en busca de consuelo. Pero vio la sonrisa socarrona de Janetta, y sintió que todos los ojos se clavaban en ellas. Se retiró un poquito.

—¡No, Jaelle! —No pudo ocultar su incomodidad; el cuarto pareció llenarse de repente de un silencio ensordecedor, como si todos los ruidos de la loza y las copas resonaran en una enorme cámara cóncava situada a gran distancia.

Jaelle se retiró, ceño fruncido. Le preguntó, casi formalmente:

—¿Te he hecho algún daño, hija de juramento?

—Oh, no —dijo Magda, consternada; bajando la voz, murmuró—: Es sólo que... no quería que... quiero decir, ya todo el mundo en la Casa del Gremio cree que soy tu amante... —su voz se quebró. Casi esperaba que Jaelle le respondiera, sensatamente: «¿Y eso qué importa?» Sin embargo, su amiga tan sólo murmuró:

—Ya veo —y volvió a sentarse como si no hubiera ocurrido nada. Pero su mirada provocó un escalofrío en Magda. Era la misma mirada que Jaelle le había dirigido aquella primera noche, cuando la rescató de los bandidos que pretendían violarla: una mirada helada, remota, casi despectiva. Un momento más tarde, sin embargo, había desaparecido, y Magda se preguntó si no la habría imaginado, mientras Camilla y la joven Doria abrazaban y besaban a Jaelle y se cambiaban de lugar para que todas pudieran sentarse juntas en un extremo de la mesa.

Jaelle dijo, por encima de la cabeza de Doria:

—Ésta es mi nena, Margali. Sólo tenía tres años cuando yo llegué a la Casa, y siempre ha sido mi mascota y mi juguete... ¡y mírala ahora, adulta y a punto para su Juramento! ¡Estoy tan orgullosa de ti, *chiya*!

Doria miró a Magda y le dedicó una sonrisita de complicidad, y Magda pensó: *¡No nos ha visto temblar durante las sesiones de entrenamiento, pues si no no estaría tan orgullosa de nosotras! Gracias al cielo que no hay ninguna esta noche... ¡No podría soportarla, no delante de Jaelle!* ¿O sí habría sesión? El estofado de tripas solía hacer su aparición las noches de sesión de entrenamiento, o de reuniones de la Casa, igualmente aterradoras. El estofado de tripas nunca le había gustado; cuando le ofrecieron, sacudió la cabeza y le pasó la fuente a Jaelle, quien se quedó mirándola.

—¿De veras? ¡Es mi plato favorito, y estoy hambrienta! Bien, cuanto menos comas, más quedará para nosotras —dijo, y se sirvió con abundancia—. Hermanas, ¡la comida de aquí sólo se aprecia cuando una intenta comer eso que los terranos llaman comida! —Exageraba, convirtiendo la situación casi en una parodia.

—Puedes quedarte con mi parte, y te lo agradezco —dijo Magda, tratando de ocultar su amargura.

Aquí estaba Jaelle, *en su casa*, festejando y riéndose y disfrutando como si

hubiera estado en confinamiento solitario, alimentada a pan y agua, cuando en la Zona Terrana, Jelle no tenía que ayudar en la cocina, tenía música de diferentes planetas, todos los libros que se habían escrito, fiestas y visitas entre el personal de la Base —al ser la esposa de Peter, seguramente se la invitaba a todas las reuniones oficiales—, deportes, natación (y en una piscina cubierta y calentada como es debido), y toda clase de juegos y diversiones.

Y aquí estoy yo... ¡luchando con las escobas de establo, deshonrada... y alimentada con estofado de tripas, maldición!

Magda encontró un cuenco lleno con algo que sabía más o menos como calabazas asadas... y se sirvió un poco. Entonces alguien le pasó la fuente con la comida sobrante, llena de una mezcla de cereales tostados con queso y recalentado con leche.

—Guardé esto especialmente para *ti*, Margali.

Magda apretó los dientes. Sabía que, en realidad, aquello era un insulto: las otras mujeres pensaban que era algo casi incomible cuando lo servían fresco, pero llegaba a la mesa por tratarse de un plato barato, y con mayor frecuencia desde que la Casa había tenido que pagar la enorme indemnización en efectivo al hombre que Magda había herido. Se dijo que no debía de ser hipersensible —todas sabían que el estofado de tripas le disgustaba— y se sirvió sin hacer comentarios. La noche anterior, la muchacha que le había «guardado» el plato había comentado, en voz demasiado alta, que el presupuesto de la Casa se había desequilibrado, y por qué.

Estaba untando una rebanada de pan con mantequilla cuando Jelle le dijo en voz baja:

—¡No tienes por qué comer ese *reish*, Margali!

La palabra que utilizó significaba literalmente «bosta de establo». Magda comió una cucharada.

—No importa, en realidad me gusta más que el estofado de tripas.

—¡No es posible! Escucha, *breda*, eres mi hija de juramento... ¡no puedes aceptar ese trato de nadie!

Pareció que, a partir del ligero roce de la mano de Jelle en su muñeca, la furia de la otra se transmitía a Magda: *¡cómo se atrevían a tratarle de esa manera!* Un resto de cordura le decía que todo era una tontería, en realidad le gustaba el plato de cereal y queso, o al menos le gustaba tanto como cualquier otra cosa, pero a través de su propia sensatez percibía la furia de Jelle: una ofensa a su hija de juramento implicaba también una ofensa para ella. Jelle tomó la fuente y se dirigió hacia la mujer que se lo había entregado a Magda.

—Es muy generoso de tu parte, Cloris... ¡pero sabiendo cuánto te gusta, no podemos de ninguna manera privarte de este alimento! —dijo Jelle, y con los ojos centelleantes, vertió toda la mezcla pastosa en el plato de Cloris. Magda sabía (y también Cloris) que había estado muy cerca de arrojar el contenido del plato sobre el rizado pelo de Cloris—. ¡Un obsequio... de parte de *mi hija de juramento!*

Puso tanto énfasis en las últimas palabras que Cloris bajó la cabeza, mientras su

rostro se sonrojaba, y hundió un tenedor en la mezcla y tragó un bocado. Jaelle se quedó junto a ella, triunfante, durante un momento, y después regresó a su lugar, donde Magda fingía comer su calabaza asada, y también se puso a comer.

Lentamente, la tensión desapareció de la habitación. Camilla y Doria hacían mil preguntas acerca de la Zona Terrana; hablaban en un *cahuenga* tan rápido que Magda apenas si podía seguir la conversación, pero aun así percibió que la furia de Jaelle desaparecía a medida que hablaba, y al rato ya era la Jaelle de siempre y divertía a sus amigas con aventuras larguísimas en lugares lejanos, mientras todas las actitudes de los terranos se agrandaban y se convertían en síntomas histéricos.

Magda experimentó un ramalazo de resentimiento. Jaelle no les contaba nada que ella misma no pudiera contarles, y sin embargo estaba comprometida, por juramento, a no decir nada. Había tomado una decisión errónea. Si ellas hubieran sabido que era terrana, tal vez hubieran aceptado las diferencias y no la habrían acusado con tanta dureza, habrían excusado su error durante la pelea en virtud de su desconocimiento de las costumbres, sin haberle atribuido una negligencia deshonrosa. Magda había estado tan orgullosa de su capacidad de pasar por darkovana... ¡Peter le había advertido que aquel orgullo la destruiría! Magda contuvo sus lágrimas de autoconmiseración, y con desgana revolvió la comida que tenía en el plato. Jaelle se había olvidado de ella, y las dos únicas personas de la Casa que de verdad simpatizaban con ella. Doria y Camilla, estaban tan embelesadas con Jaelle que ninguna de las dos tenía una palabra para ella. El comedor, que era grande y lleno de corrientes de aire, le pareció más frío que nunca; una ráfaga helada le daba en el cuello, en el lugar en el que solía estar su pelo. Mañana, era probable que estuviera resfriada... ¡y aquella gente no tenía un mísero antivírico en la Casa!

Se puso de pie en silencio y se deslizó hacia la puerta. Nadie advertiría que se había ido, ni se preocuparía por ella. Pero cuando se detuvo en el umbral, la Madre Lauria se incorporó.

—Antes de que vayáis a ocuparos de vuestras tareas nocturnas, o a descansar —dijo—, y como Jaelle se marchará mañana a primera hora, iremos unos minutos al salón de música, si queréis conversar con ella un rato antes de la reunión general. Recordad que esta noche la reunión es obligatoria para todas. —Sus ojos se cruzaron un momento con los de Magda, y la joven volvió a sentir un nudo en la garganta.

Las reuniones generales eran de algún modo menos perturbadoras que las sesiones de entrenamiento, cuyo principal objetivo, por supuesto, era trastornar y humillar a las candidatas, desarticulando sus viejas estructuras... enseñarnos, había dicho una vez Keitha, a ser mujeres, no niñas ni damas. Keitha solía terminar llorando, pero Magda todavía no había sido forzada a las lágrimas, aunque habitualmente después se quedaba despierta durante horas, pensando en lo que debería haber dicho, o sufría aterradoras pesadillas. Las reuniones, por lo contrario, solían ser asuntos rutinarios —la última había durado dos horas... ¡todo para escuchar las quejas de que las mujeres que limpiaban el tercer piso no mantenían los

baños abastecidos de toallas y apósitos para la menstruación!—. Pero Magda sabía que en esta reunión se cuestionaría su Juramento. Rafaella se lo había dicho aquella misma tarde en la Armería. Sabía que no sería capaz de soportar el ataque psicológico, y recordó con pesar las palabras de Marisela. *¿No quedarán satisfechas hasta que logren doblegarme y obligarme a llorar delante de todas?* ¿Eso era lo que estaban esperando? Magda corrió la cortina y se escapó, subiendo los peldaños de la escalera de tres en tres; casi sollozando, tropezó, perdió el equilibrio en un par de peldaños, y llegó tambaleándose hasta el vestíbulo de la planta superior, y se encerró en el baño del segundo piso por medio del simple recurso de poner un banco contra la puerta. Sintió que una náusea le invadía, hasta las paredes parecieron cerrarse sobre ella y esfumarse ante sus ojos doloridos.

Allí la encontró Jaelle, sentada en el suelo, frotándose los ojos con una toalla, balanceándose de atrás hacia adelante, incapaz incluso de llorar.

—*Chiya* —dijo Jaelle, arrodillándose en el suelo, a su lado—. ¿Qué ocurre? ¿Qué hemos hecho?

Magda dejó caer la toalla y por un momento le pareció que las palabras de Jaelle, su misma presencia, ponían las paredes en su lugar, hacían sólidas las palabras. *Por supuesto, ella es Comyn, una telépata catalizadora, una Ardais*, pensó, y con irritación se preguntó qué significaban aquellas palabras y de dónde habrían salido. Luchó contra el impulso de arrojarle en los brazos de Jaelle, de aferrarse a ella y llorar hasta el desmayo, de integrar a la otra dentro de sí, de aferrarse a su fuerza... Entonces, en su interior, se encendió una chispa de fuerza. Jaelle tenía fuerza suficiente para enfrentar el *shock* cultural que le producía la Zona Terrana, para bromear sobre el asunto durante la cena... ¡y después de dar consuelo a Magda porque ella no podía hacer lo mismo! Se mordió los labios y sintió el gusto de su propia sangre, mientras intentaba controlarse.

Jaelle, al ver los ojos desenfocados de Magda, el sudor que le cubría la frente bajo los rizos caídos, pensó, lógicamente, que su amiga estaba simplemente atemorizada; sabía que su Juramento sería cuestionado esa noche y, como también sabía cuánto le había costado aquel juramento, sintió dolor por su amiga. Pero Jaelle había sido, en primer lugar, soldado. Kindra y Camilla la habían acostumbrado a un duro estoicismo, reforzando la rígida fuerza de una mujer nacida en el desierto... ¡y los últimos meses habían sido, para ella, la lucha más dura de su vida! ¡Y Magda no debía enfrentarse con las máquinas y la vida deshumanizante de la Zona Terrana, sino que estaba aquí, rodeada de amor y la preocupación de todas las hermanas de la Casa del Gremio!

Habló con un deje de dureza, que debía actuar como el primer contacto matinal con el agua helada.

—¡Margali n'ha Ysabet, escúchame! —El nombre de Amazona de Magda resonó como el entrechocar de espadas—. ¿Eres una mujer o una niña llorona? ¿Deshonrarás a tu madre de juramento en nuestra propia casa?

El orgullo de Magda se aferró a la oportunidad: *Puedo hacer cualquier cosa que haga ella... ¡cualquier cosa que pueda hacer una mujer darkovana!* Eso le dio fuerzas para ponerse de pie y decir a través de los dientes apretados:

—¡Jaelle n'ha Melora, no te deshonraré!

Jaelle supo, con aquel saber que nunca podía controlar y que de vez en cuando surgía en ella involuntariamente, que el tono desafiante era una coraza para protegerse de la desintegración nerviosa. Aun así, la frialdad del tono de Magda le hizo daño.

—Abajo, en la sala de música, antes de que vuelva a sonar el reloj —dijo, con voz helada.

Le dio la espalda a Magda, se detuvo, y añadió:

—Será mejor que primero te laves la cara.

Se marchó, consciente de que lo que en verdad deseaba era meter a Magda en el agua caliente y frotarla la espalda hasta que la tensión desapareciera, después arroparla en la cama y consolarla, tal como lo había hecho con Doria cuando la muchacha se había metido en una de las inevitables peleas que debían afrontar las niñas adoptadas por las Amazonas en las calles de Thendara, con niñas... y niños.

Pero Margali es una mujer... es mi hija de juramento, pero no una niña... ¡no debo tratarla de ese modo!

Cuando estuvo a solas, Magda sintió el loco impulso de ponerse el uniforme terrano y enfrentarlás así, arrojarles a la cara aquel condenado juramento y marcharse antes de que la echaran. *Podría hacerlo si tuviera un uniforme aquí*, pensó, pero después se alegró de no tenerlo, consciente de que si lo hacía lo lamentaría toda la vida. Magda era lo bastante darkovana como para proteger con su propia vida la integridad de su palabra empeñada; sin embargo, una parte traidora de su yo seguía diciéndole, mientras se lavaba la boca hinchada, que por la mañana podría irse a la Zona Terrana con Jaelle... o sin ella. En cualquier caso, no sería culpa suya, no sería ella la que abandonaría. Toda la tensión que se había estado acumulando desde el día de la pelea, terminaría. Por muy doloroso que resultara quebrantar el juramento, sería para mejor.

En el salón de música, Jaelle y otras más estaban reunidas en torno a Rafaella, pidiéndole que cantara.

—Rafi, no he oído música desde que fui a la Zona Terrana. Allí nadie toca, nadie canta, la música sale de pequeñas pantallas de metal, y es sólo un sonido que tiene por objeto disfrazar el ruido de las máquinas, no música verdadera... Canta algo, Rafi, canta *La, Balada de Hastur y Cassilda*...

—No, pasaríamos aquí toda la noche, y la Madre Lauria nos ha citado para una reunión general de la Casa —protestó Rafaella, pero tomó el pequeño *rryl*, que a Magda le parecía una mezcla de guitarra y cítara, y empezó a tañirlo suavemente, acercando la cabeza para afinarlo. Después se sentó, sosteniendo el instrumento sobre el regazo, y empezó a cantar con voz dulce una balada que Magda había oído en Caer

Donn cuando era niña. Su madre le había dicho que era terriblemente antigua, tal vez incluso de origen terrano.

*Cuando el día se diluye
Triste vago junto al agua,
Donde un hombre, del sol nacido,
Cortejó a la hija de los chieri;
Ah, pero algo falta,
Ah, estoy cansada,
Ven, mi amor claro y hermoso,
Ven de las montañas a alegrarme...*

Y luego un curioso y repetitivo estribillo en un idioma que Magda no conocía; le hubiera gustado saber dónde había aprendido Rafaella aquella canción, qué idioma era el del antiguo estribillo, para buscarlo en los bancos lingüísticos terranos... pero se mantuvo en silencio. Seguro que Jelle le había contado a su mejor amiga que había encontrado a Magda en el baño, presa de la histeria, y todas la estaban esperando, había llegado la última...

Sin embargo la antigua canción le recordaba su infancia, a su madre, que siempre había usado ropas darkovanas para abrigarse en las heladas montañas de los Hellers, envolviéndose en un chal de tartán: hasta el sonido del *rryl* era igual al que tocaba su madre y en el que, en una época, Magda había intentado aprender algunos acordes.

*Por qué debo quedarme y suspirar,
Sola y fatigada...*

Se extinguieron los suaves acordes del acompañamiento. La Madre Lauria apareció detrás de Magda y le posó una mano cálida y seca en el hombro. Magda se volvió, y la mujer le dijo con suavidad.

—Valor, Margali.

Pero Magda no percibió la amabilidad de su voz. Lo único que podía pensar era: *¿Creerá que voy a deshonrarlas a todas, desmoronándome? ¡Maldita sea, de todos modos!* La Madre Lauria leyó el desafío en su rostro y suspiró, pero tan sólo empujó a Magda hasta el centro del grupo, mientras las demás mujeres buscaban sillas, bancos o almohadones para sentarse en el suelo.

Rafaella guardó cuidadosamente el *rryl* en su estuche y se sentó con las piernas cruzadas junto a Jelle, mientras se hacía silencio. La Madre Lauria comenzó:

—¿Podemos empezar? Esta noche yo misma conduciré la reunión.

Trajeron un sillón para la Madre del Gremio y lo pusieron en el centro, y Magda sintió un nuevo ramalazo de temor. Normalmente, las Madres del Gremio o las

mayores que presidían las reuniones se sentaban en el suelo, de manera informal, como todas las demás. Sólo había reuniones generales cada cuarenta días, y en ellas no se permitía hablar a las que estaban a prueba, eran sesiones dedicadas a serias discusiones sobre las finanzas de la Casa, su política, las horas de visita y la asignación de tareas.

Magda se preguntó si no estaría convirtiendo en una pesadilla algo trivial. Después de todo, la mujer era vieja y tenía una rodilla enferma; era la mayor de todas las Madres del Gremio, y su rodilla no le permitía sentarse en el suelo durante una reunión muy prolongada.

Lauria habló con seriedad:

—Durante más de diez días, la Casa se ha llenado de chismes y rumores. ¡Ésa no es manera de manejar los problemas, con rumores y calumnias secretas! Esta noche debemos hablar de la violencia y de otras cosas, pero primero hablemos abiertamente de este problema que hay en la Casa... ¡en vez de susurrar por los rincones como niñas maleducadas que conspiran! Rafaella, tú eres quien más cosas has dicho... ¡escuchemos ahora tus quejas abiertamente!

—Margali —dijo Rafaella, volviéndose para mirarla, y Magda sintió que todos los ojos se clavaban en ella— nos ha deshonrado, nos ha hecho pagar una fuerte indemnización, ha deshonrado su espada, y ni siquiera parece darse cuenta de la gravedad de lo que ha hecho.

—Eso no es cierto —exclamó Magda—. ¿Qué te hace pensar que no me doy cuenta? ¿Qué es lo que pretendes que haga? ¿Que me pase la vida llorando?

—Margali... —dijo la Madre Lauria, pero Jaelle ya había hecho callar a Magda poniéndole una mano en el hombro.

—Calla, *chiya* —dijo—. Manejemos bien este asunto.

Una muchacha llamada Dika —Magda no conocía su nombre completo— dijo:

—Veis... ¡ni siquiera ahora tiene buenos modales! ¡Y todo el mundo sabe que su Juramento fue irregular, en el camino! ¡Tendría que haber sido interrogada en una Casa del Gremio antes de permitirle venir aquí!

—Y allí está, imperturbable..., no le importa —dijo Janetta, y Magda advirtió de pronto, de manera distante, intelectual, qué querían decir. Su reacción cultural era inadecuada. Sí, hablaba el idioma, lo había aprendido de niña... pero a temprana edad había sido separada de los darkovanos nativos, y carecía del lenguaje corporal correcto, de las útiles señales correctas para manifestar su remordimiento y su culpa verdaderos; ellas esperaban una reacción que Magda no podía darles, y por eso habían sido tan hostiles con ella. Todas, salvo la Madre Lauria, que sabía que no se podía esperar de ella una reacción correcta, y sabía por qué. Magda comprendía su culpa, en ese contexto, pero no sabía cómo demostrarles que lo sabía.

Ésta ha sido siempre mi maldición: demasiado darkovana para sentirme terrana, demasiado darkovana para poder ser feliz en la Zona Terrana... Vine con las Amazonas para tener la posibilidad de ser lo que realmente soy, pero no sé qué es

eso... ¿y cómo descubrir aquí algo que no sé lo que es?

—Ha habido demasiados chismes y muy poca verdad acerca de la irregularidad del juramento de Margali. Jaelle, ella tomó el Juramento de ti, y Camilla, tú lo presenciaste: antes que nada, escuchemos la verdad —intervino la Madre Lauria.

Magda escuchó mientras ambas contaban la historia; al mencionar que había estado viajando con un salvoconducto extendido por lady Rohana Ardais, se produjeron algunos murmullos en la habitación, pues lady Rohana era una patrona muy amada y respetada de la Casa del Gremio e Thendara. Camilla contó que le habían impuesto el Juramento bajo amenaza, como lo requería el reglamento de las Amazonas, y por qué. La Madre Lauria escuchó en silencio, y luego preguntó formalmente:

—Dinos, Margali, ¿prestaste Juramento en contra de tu voluntad?

Madre Lauria lo sabía de sobras; había estado presente en el Concejo cuando el tema se había discutido con detalle. Se tragó sus temores y dijo, con una voz que le sonó débil e infantil:

—Al principio... sí. Fue algo que me vi obligada a hacer, para poder cumplir la promesa que había hecho a mi pariente. Tenía miedo de hacer promesas que no pudiera cumplir a conciencia. —¿Debía decirles, ahora, que era terrana y que para una terrana una promesa hecha bajo presión no era válida? No, ya había suficientes problemas aquí entre terranos y darkovanos como para que ella añadiera más motivos—. Pero cuando Jaelle me dijo las palabras del Juramento, sentí... sentí que se me grababan en el corazón... Creedme, el Juramento es ahora el verdadero centro de mi ser... —se le hizo un nudo en la garganta y por un momento sintió que rompería a llorar.

La mano de Jaelle volvió a posarse, tranquilizadora, sobre el hombro de Magda.

—¿No os he contado cómo Margali luchó por mí cuando podría haberme matado, y mi muerte la hubiera liberado de cualquier obligación? Abandonó la misión que tanto significaba para ella porque no quiso dejarme herida, para que no me congelara y muriera. Me condujo a través del Paso de Scaravel, resistiendo al ataque de las *banshees*, y más tarde nos condujo a todos hasta el castillo Ardais, por pura fuerza de su voluntad. —Jaelle se tocó la roja cicatriz que le surcaba la mejilla y dijo con vehemencia—: ¡Ninguna mujer ha puesto a prueba a una hija de juramento más fiel que ésta!

—Pero —dijo Rafaella—, Camilla nos ha contado cómo primero no pudo defenderse de un grupo de bandidos borrachos. ¿Y acaso no mató al que te había herido en un acceso de venganza y sed de sangre, en vez de una disciplinada autodefensa? Afirmo que es inestable y no está en condiciones de portar una espada, y que lo ha demostrado otra vez en esta Casa, hace menos de diez días.

—Rafi —dijo Jaelle con ira—, ¿quién de nosotras llega a la Casa en condiciones de portar una espada? ¿Para qué tenemos sesiones de entrenamiento, si no es para enseñarnos lo que no sabemos? ¿Acaso enviarías a Keitha, o a Doria, a defender la

Casa a punta de espada?

—Doria jamás habría atacado a un hombre indefenso que hubiera bajado su espada —empezó Rafaella con furia, pero la Madre Lauria le indicó que se callara.

—Lo que Doria hubiera hecho no está en cuestión. Pero has planteado una pregunta justa: si Margali no ha aprendido nada durante el tiempo que ha pasado entre nosotras...

—Pero —dijo Magda deshaciéndose de las manos de Jaelle— ¡sí que he aprendido... de veras! Sé que lo que hice fue incorrecto...

—Margali —dijo la Madre Lauria—, te quedarás en silencio mientras no se te hable.

Magda se echó atrás, mordiéndose los labios, y la Madre Lauria prosiguió:

—El Juramento de Margali ha sido formalmente cuestionado, y por lo tanto, tres mujeres de aquí, que no sean su madre de juramento, deberán hablar a su favor, y tendrán que ser tres que hayan pronunciado el Juramento hace más de cinco años.

Magda se sintió invadida por una curiosa tranquilidad. Al menos, aquello era el fin. Había hecho todo lo posible, pero mentalmente ya estaba devolviendo las ropas prestadas al cuarto de costura, reuniendo sus escasas posesiones y caminando por las calles heladas de Thendara, completamente sola por primera vez en su vida. *He hecho todo lo que he podido. Pero Cholayna tendrá su triunfo: se negó a aceptar mi dimisión. ¿Acaso sabía que yo fracasaría?*

—¡Si vais a cuestionar el Juramento de Margali, será mejor que cuestionéis también el mío! —dijo Camilla con ira—. Me puse furiosa, sí, lo suficiente para hacerle perder el sentido a golpes, pero lo que hizo fue culpa mía y no suya: yo la llamé a mi lado para defender la Casa, porque sabía que era buena con la espada... y pensé, en aquel momento de apuro, que aquello bastaba. Olvidé que su pericia con las armas era mayor que su entrenamiento, olvidé que, al enfrentarse con hombres por primera vez en muchas lunas, podía enloquecer con toda la furia reprimida que habíamos imbuido sistemáticamente en su mente durante las sesiones de entrenamiento. —Se volvió hacia Rafaella—: Muy pocas llegamos aquí con algún conocimiento de combate —dijo con seriedad—. Lo aprendemos aquí, sólo después de haber aprendido a disciplinar nuestras emociones. Si yo hubiera tenido que enfrentarme con hombres durante mi período de entrenamiento... yo, que he vivido entre los hombres como soldado mercenario... creo que los hubiera matado a todos. No sé de dónde sacó Margali su conocimiento de combate, pero tiene mucho que enseñarnos, y también mucho que aprender de nosotras... tú misma lo has visto, Rafi... ¡hoy mismo le pediste ayuda en la lección de combate sin armas! Tiene muchos conocimientos, aunque todavía no está preparada para usarlos fuera de nuestra sala de entrenamiento. Olvidé cómo había llegado aquí y cómo se había comportado fuera; a mí me corresponde saber esas cosas, y cuando se me pasó la furia, me di cuenta de que era culpa mía, no suya, y me haré personalmente responsable —usó la expresión formal— del error que expuso su debilidad.

Se acercó a Magda y se sentó detrás de ella, en el suelo, y Magda vio en su rostro una expresión de severo orgullo. En aquel momento, cualquier resentimiento que hubiera podido sentir contra la vieja *emmasca*, por su dureza, por su intransigencia, por sus amenazas de golpes, desapareció para siempre. Las palabras «personalmente responsable» eran las que se utilizaban en los más serios asuntos de honor, y Camilla había comprometido el suyo en esta situación.

Es mi hermana de juramento, y se toma en serio esa hermandad... ¡más seriamente que yo!

—¡Camilla, no! —exclamó Magda con espontaneidad—. ¡Fue mi mano la que descargó el golpe de la desgracia! Debí haber sido más prudente, es mi responsabilidad.

—Permanecerás en silencio, Margali —dijo la Madre Lauria con severidad—. Y no volveré a repetirlo. Una sola palabras más sin mi permiso, y te haré salir de esta habitación para que esperes la decisión en otra parte. Ha hablado una. Faltan dos más.

Marisela dijo con su voz dulce y cantarina:

—Yo hablaré a favor de Margali. ¿No os dais cuenta de cuánto ha aprendido? No elude la responsabilidad, ni siquiera cuando otra se ofrece a asumirla en su lugar. Aunque habló sin permiso, su intención era buena. No se puede culpar a Margali por haber fracasado en una prueba que jamás debió habersele impuesto. Sin embargo, todas nosotras la hemos acusado en silencio durante más de diez días... ¿y quién de nosotras podría soportar la desaprobación de sus hermanas durante tanto tiempo, en medio del período de reclusión y teniendo que pasar cada noche por las sesiones de entrenamiento, con toda la tensión que implican...? ¿Y quién podría, así y todo, enfrentarse a todas nosotras, tranquila y compuesta, dispuesta a hacerse cargo de toda la culpa? —Paseó una mirada penetrante por todo el grupo—. Hermanas, todas hemos pasado por lo que Margali debe pasar ahora... Todas nos hemos sentido como niñas torpes, llenas de incertidumbre y sin saber qué poner en el lugar de nuestras antiguas certezas. Miradla... allí está, sin saber si la echaremos a la calle para que se las arregle o para que regrese al sitio de donde viene... Sin embargo, ésta es la mujer que, sobrecargada por todo el peso que hemos depositado sobre sus hombros durante los últimos días, encontró no obstante fuerzas para ir a consolar a Byrna, sin que nadie se lo pidiera. Ninguna de nosotras... ni una, ni siquiera las que hemos tenido hijos y debimos entregarlos, pudo encontrar un momento para dedicarle a nuestra hermana, porque viene de otra Casa. Yo hablo en favor de Margali, hermanas; esta mujer es verdaderamente una de nosotras y yo, al menos, no cuestiono su Juramento.

Se produjo un prolongado silencio. Finalmente la Madre Lauria dijo, con ese tono curiosamente ritual:

—Dos han hablado, hace falta una tercera.

Y el silencio se extendió, hasta que Magda sintió que sus piernas se preparaban para sacarla de la habitación en cuanto se pronunciara la sentencia. La expulsaran o no, no se quedaría bajo aquel techo hasta el Solsticio de Verano si todas ellas creían

que las deshonraba.

Rafaella se movió, y Magda se preparó a escuchar sus acusaciones, su condena. En cambio, Rafaella dijo lentamente:

—Luchó para defendernos; tal vez no con prudencia, pero sin vacilaciones; empuñó la espada sabiendo que podría morir junto a nuestra puerta... ¿y quién lucharía para defender un juramento en el que no creyera, al que no honrara? Tal vez luchó con odio cuando debió haberlo hecho con disciplina, pero no creo que sea incapaz de aprender a disciplinarse a su debido tiempo. Lo que es más, sé que Byrna hablaría en favor de Margali si pudiera estar presente, y Marisela es testigo. Margali se ha brindado generosamente a todas nosotras, incluso a mi hija, en la sala de entrenamiento, en un momento en que necesita toda su fuerza para aprender ella misma. Pocas de nosotras podríamos hacerlo durante el período de entrenamiento... al menos, sé que yo no hubiera podido.

—Tampoco yo —interpuso Camilla.

—Por lo general, no es eso lo que se nos exige. A Margali, en cambio, le hemos pedido más que lo que tenemos para darle; tal vez en lugar de acusarla porque no lo ha hecho todo a la perfección, deberíamos darle el crédito de no haber hecho todo muchísimo peor, al estar sometida a tan grandes exigencias. Y más aún. Me ha hecho ver algo que no había visto antes, porque estaba ciega...

Rafaella clavó los ojos en el suelo. Sus manos de música se retorcían sin cesar.

—Me ha hecho ver que he sido injusta con Doria —dijo por fin—, y también con ella. Yo no soy Kindra. Ella se las arregló para criar a Jaelle en esta casa y hacerle pasar su tiempo de reclusión sin favoritismos... y sin exigir más de lo que Jaelle podía dar. Margali me ha hecho ver que yo no puedo hacer lo mismo con Doria. Creo que Doria debería ser enviada a otra Casa del Gremio para pasar su período de entrenamiento y reclusión y para prestar Juramento. —Magda vio que tragaba saliva con esfuerzo y que se pasaba la mano sobre los ojos, pero luego levantó la cabeza y miró a la Madre Lauria con los ojos sin lágrimas—. Hablo en favor de Margali y solicito que, después de que lo consideres, envíes a Doria a otra parte. No estoy en condiciones de entrenarla, estoy demasiado ansiosa porque haga honor a mi orgullo, y no me preocupo lo suficiente por su bien.

La Madre Lauria miró a Magda.

—Tres han hablado —dijo con voz suave—. El juramento de Margali será respetado. En cuanto a Doria... yo misma lo había pensado, Rafaella, pero esperaba que pudiera evitarse. Es hija de esta Casa...

—No quiero marcharme —exclamó Doria—. Éste es mi hogar, y Rafi es mi madre...

—No lo soy —dijo Rafaella con dureza—. Naciste de mi hermana, por eso creí que podría ser... impersonal contigo. Pero no puedo... por... mi orgullo, te he exigido demasiado. Sabes que una Amazona que tenga una hija en su propia Casa debe enviarla a entrenarse en otra Casa...

La Madre Lauria levantó una mano.

—¡Una cosa a la vez! ¡Doria, sabes que debes permanecer en silencio si no se te pide que hables! Rafi, hablaremos de esto más tarde; por el momento, aún no hemos terminado con Margali. Tres han hablado en su favor, y según las leyes de las Renunciantes, su Juramento seguirá siendo válido. Pero no podemos permitir que la Casa se desgarré con la disensión. No admitiré más chismes ni calumnias silenciosas; si alguien tiene algo en contra de Margali, que lo diga aquí y ahora, y que luego se calle o se lo diga en la cara.

—No tengo objeciones en permitir que Margali se quede con nosotras —dijo la Madre Millea—, pues no me desagradan. Pero la verdad es que nos obligó a pagar esa fuerte indemnización y nos deshonró, y no creo que comprenda plenamente las leyes de nuestra Carta. Si Jaelle viviera aquí, le correspondería instruir a su hija de juramento en esas cosas. Como no vive aquí, podemos considerar la posibilidad de extender el período de reclusión de Margali, para asegurarnos de que complete correctamente su entrenamiento...

Oh, no, pensó Magda, no podría soportarlo...

—También hay precedente para eso —dijo la Madre Launa—; el período de reclusión puede extenderse otro medio año si la mujer no ha aprendido correctamente nuestras costumbres y no se puede confiar en ella para que salga al mundo exterior. Sin embargo, soy reticente a hacerle eso a una mujer de la edad de Margali. Si fuera una muchacha de quince años, sin duda lo exigiría, pero seguro que hay algún medio mejor en este caso.

—Fue pura casualidad que fuera Jaelle y no yo quien le tomara el juramento, ya que ambas estábamos presentes. Me ofrezco a instruir la tal como podría hacerlo Jaelle —intervino Camilla.

—Y yo —dijo Marisela, y la Madre Lauria asintió.

—Si alguna tiene algún resentimiento privado contra Margali —dijo la Madre—, que lo diga ahora, o se calle para siempre.

A Magda, que miraba, indecisa, el círculo, le pareció captar silenciosos retazos de pensamientos.

—Ya veo —observó Marisela con suavidad—, que vuestros resentimientos son demasiado mezquinos para expresarlos, dada la situación... ¿verdad? Creo que Margali es una mujer extraordinaria, y que algún día todas nos sentiremos orgullosas de poder decir que es una de nosotras.

Janetta, una de las mujeres más jóvenes, a la que no se le había permitido hablar en defensa de Margali —y Magda tampoco lo había esperado, ya que Janetta era la amante de Cloris, la que había creado el problema del plato con los restos durante la cena—, dijo pensativa:

—Creo que algunas hemos olvidado lo que es pasar por el entrenamiento. Rafi tiene razón; yo no podría haberlo hecho, pero a mí no se me exigió nada de eso. Creo que tal vez esperamos demasiado de ella, porque es la hija de juramento de Jaelle.

La tercera Madre del Gremio, que había permanecido todo el tiempo en silencio —Magda recordó haber oído que decir que era juez de la Corte de Arbitraje, y se preguntó si por eso no había participado en el asunto—, dijo con voz vieja y cascada:

—Creo que el modo en que nos hemos comportado debe dejarnos una enseñanza: ninguna de nosotras es algo más que carne y sangre, y no debemos pedirle a una hermana más de lo que nosotras mismas estamos dispuestas a soportar. Esto es tan cierto en el caso de Rafaella y Doria como en el de Margali.

Rafaella, apoyada en el hombro de Jaelle, se volvió y le tendió la mano a Magda.

—Janetta tiene razón —dijo—, me había olvidado, y esta tarde me puse furiosa contigo porque me hiciste ver lo que le estaba haciendo a Doria. Yo... yo no quiero perderla. Pero ahora sé que por su propio bien debo dejar su entrenamiento a cargo de otras. ¿Me perdonarás?

Magda tomó la mano de Rafaella le ofrecía, incómoda.

—Debí habértelo dicho con más tacto. Fui ruda...

—Las dos lo fuimos —dijo Rafaella, sonriendo—. Algún día, pregúntale a Camilla de qué cosas soy capaz... —levantó la cara, riéndose, para mirar a la vieja *emmasca*—. ¡Cuando ambas pasamos juntas el período de entrenamiento, en una ocasión nos peleamos con cuchillos! ¡Nos podían haber expulsado a las dos por eso!

—¿Y qué os hicieron? —preguntó Magda, mientras Camilla se reía, apretándole el hombro a Rafaella.

—Nos esposaron juntas durante diez días. Durante los primeros días, no hicimos más que pelear y gritarnos... después descubrimos que no podíamos hacer nada sin ayuda de la otra, así que nos hicimos amigas. Eso ya no lo hacen, al menos no en esta Casa...

—Pero tampoco hemos tenido desde entonces el caso de dos aspirantes que se pelearan con sus cuchillos —dijo la Madre Lauria, sonriendo al escucharles—. Aunque todavía no hemos aprendido todo lo necesario de este asunto. Aún resulta doloroso hablar de eso, pero debemos hablar *porque* es penoso. Keitha, tu juramento no ha sido cuestionado, no te estamos juzgando, pero dinos: ¿por qué, después de que Margali hiriera al hombre que se había rendido, dijiste que deberíamos haberles matado a todos?

Magda tuvo que admirar la pericia psicológica de la anciana. Sintió que la presión desaparecía de sus hombros, a pesar de que no tuvo la sensación de que Keitha era atacada en su lugar; se limitaban a interrogarla, como solían hacerlo durante las sesiones de entrenamiento.

Keitha se tomó su tiempo para dar una respuesta, pues sabía que la harían pedazos en cuanto las palabras salieran de su boca. Por fin habló:

—No tenía derecho a seguirme hasta aquí..., hubiera podido matar a algunas de nosotras, a Camilla seguramente, se me hubiera llevado contra mi voluntad, me hubiera violado... por la Diosa —estalló, y Magda vio que temblaba—. ¡En aquel momento deseé tener con la espada la pericia de Margali para poder matarle yo

misma y no darles problemas a mis hermanas!

—Pero —dijo Camilla con suavidad—, los hombres que le acompañaban eran sólo mercenarios, y seguían el código de la espada; cuando él cayó, los otros se rindieron de inmediato. ¿Qué resentimiento tienes contra ellos, hija de juramento?

—Un hombre que alquila su espada para lograr un propósito tan inmoral... ¿merece acaso protección? Aunque no hayan rechazado las leyes de los hombres... ¿merecen acaso la protección de las nuestras?

—¡Creo que Keitha tiene razón! —dijo Rezi, con furia—. Los hombres que lucharon junto a su esposo estaban de acuerdo con lo que él hacía, y hubieran dado el mismo trato a sus propias esposas... ¿por qué merecerían mejor trato que él?

La voz suave de Camilla —tan femenina, advirtió de repente Magda, a pesar de su cuerpo delgado y anguloso y de sus modales abruptos— emergió suavemente de la penumbra de la habitación.

—Sin duda, si los hombres ven que las mujeres no se atienen a las reglas de conducta civilizadas, se volverán más rápidamente en nuestra contra...

—¡Reglas civilizadas! ¡Las reglas de ellos! —Janetta parecía furiosa, pero la Madre Lauria la ignoró.

—Keitha, ¿era a esos hombres a quienes odiabas? ¿O querías castigar a todos los hombres, castigándoles a ellos?

—Es a Shann a quien odio —dijo Keitha en voz baja—. Deseo verlo muerto ante mí... ¡Sueño con matarlo! ¿Ninguna de vosotras ha odiado alguna vez a un hombre?

—Creo que no hay ninguna que no lo haya hecho —dijo Rafaella, pero la Madre Lauria prosiguió como si no la hubiese oído.

—El odio puede ser una atadura más fuerte que el amor. Mientras le odies, seguirás atada a él.

—El odio —dijo Camilla con suavidad—, cuando no puede herir al destinatario, puede conducirte a dañarte a ti misma. Yo sacrifiqué mi propia feminidad para que ningún hombre pudiera volver a desearme. El odio me hizo pagar este precio.

Magda recordó la sombría historia que Camilla le había contado, y se preguntó cómo era posible que la voz de la mujer fuera tan serena.

—¿Y es ése un precio tan alto? —estalló Keitha—. ¡No sabes lo que te has ahorrado!

—Y tú no sabes lo que estás diciendo, hija de juramento —respondió Camilla, con voz dura.

—¿No es por eso que fuiste mercenaria? ¿Para matar hombres en venganza de lo que te obligaron a elegir? —preguntó Keitha.

—A menudo combato junto a los hombres —contestó Camilla—, y he aprendido a llamarles camaradas o compañeros. No odio a ningún hombre, he aprendido a no culpar a ninguno del daño que ha hecho otro. He luchado, sí, y he matado, pero puedo admirar y respetar e incluso, sí, a veces amar cuando el amor es merecido.

—Pero tú... —dijo Keitha— *tú* ya no eres una mujer.

Camilla se encogió de hombros.

—¿Crees que no? —dijo, y Magda se preguntó si el dolor que vio en los ojos de la mujer era mera imaginación.

Y detrás de ella, Jaelle pareció hablar en voz alta, pero Magda se dio cuenta, con preocupación, de que, sin saber cómo, le estaba leyendo el pensamiento, de que sólo ella podía oírle: *Camilla fue para mí una madre adoptiva tanto como Kindra... tal vez más, ya que no tenía hijos y sabía, que no los tendría. Amo a Camilla, pero de una manera muy diferente de la que amo a Pedro. A él le amo... a veces, y otras veces no entiendo cómo llegó a gustarme. Nunca, nunca podría volverme de esa manera contra una de mis hermanas...*

Y Magda pensó, en un desesperado intento de distanciarse del tema por medio de una intelectualización, que hablaban mucho de las diferencias entre hombres y mujeres, pero ninguna de sus respuestas le satisfacía. Ella podía quedarse embarazada y Peter no, y ésa era la única diferencia que ella podía ver en el mundo de los terranos, que no compartían la vulnerabilidad más peligrosa. Y después, de algún modo, sintió que toda su escala de valores se había alterado: él había sido tan independiente de ella, y ahora de Jaelle, para que le dieran aquel hijo que tan desesperadamente deseaba... Antes, había considerado que era ella quien corría todos los riesgos, pero ahora Jaelle podía darle un hijo, si quería, *si quería...* Ahora, él estaba a merced de Jaelle, como antes había estado a merced de Magda: lo entendió casi con un sentimiento de lástima. Pobre Peter. Y después, como un destello: *¿Estaba Jaelle embarazada?* Pero el súbito contacto se interrumpió, las puertas se cerraron y Magda volvió a quedar sola dentro de su propia mente, desconcertada, sin saber cuáles eran sus propios pensamientos y cuáles procedían de otra parte. Se había perdido parte de lo que había dicho Camilla.

—Cometí muchas imprudencias para demostrarme a mí misma que era igual o superior a cualquier hombre, pero ya lo he superado: puedo admitir mi propia feminidad y no necesito probársela a nadie. ¿Por qué te perturba pensar en mí como mujer, Keitha?

—¡No te comprendo! —exclamó Keitha—. Estás libre de una carga que ninguna de nosotras puede tolerar, y sin embargo eliges ser una mujer, *insistes* en serlo... ¿Ni siquiera la neutralización logró liberarte?

El rostro de Camilla estaba ahora muy serio.

—No significa la libertad que tú crees, hija de juramento —le dijo, tendiendo una mano hacia Keitha, pero ésta la ignoró.

—Para ti es fácil ser sentimental con respecto a la feminidad —exclamó Keitha, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas con furia—. No tienes ya nada que perder, estás libre del deseo de los hombres y de su crueldad, puedes ser un hombre entre los hombres o una mujer entre las mujeres, como se te antoje, y hacerlo todo a tu gusto...

—¿Eso es lo que crees, muchacha? —Camilla tomó con suavidad la mano de

Keitha, pero la otra se desasíó con furioso rechazo.

El rostro de Camilla se contrajo en una expresión de dolor.

—¿De veras puedo ser una mujer entre las mujeres? No eres la primera que se ha negado a aceptarme como mujer, aunque no ocurre con frecuencia en mi propia casa. Tal vez los hombres sean un poco más amables, ya que me aceptan como camarada aunque sepan que no tengo nada que ofrecerles como mujer; me cuidan la espalda y ofrecen sus vidas por la mía siguiendo el código de la espada. Ni mis propias hermanas podrían hacer más por mí. Sin embargo, sé perfectamente que no soy uno de ellos.

Keitha, enloquecida por su odio desatado, dijo, hiriente:

—¡Y sin embargo vienes aquí a jactarte de tu camaradería con nuestros atormentadores y opresores!

—No me jactaba —dijo suavemente Camilla—, pero es cierto que he llegado a conocer a los hombres de una manera que pocas mujeres logran. Ya no deseo matarlos a todos por la vileza de unos cuantos.

—¿Pero es que no tenéis todas alguna historia que contar, alguna historia de hombres que sólo merecen nuestro odio? Yo estoy llena de odio... nunca me libraré de él... quiero matarlos, quiero seguir matándolos, pero yo sería más compasiva que ellos, los mataría limpiamente con la espada mientras ellos torturan, esclavizan el cuerpo y el alma... Nunca seré libre... mientras no haya golpeado a un hombre y lo vea morir...

—¿Por eso viniste aquí, Keitha? —preguntó Marisela con voz suave—. ¿Para aprender a matar hombres?

—¿Un hombre? —dijo la Madre Lauria—. ¿Y cualquier hombre daría igual?

—¿No dan todos el mismo trato a las mujeres? —preguntó Keitha.

La Madre Lauria paseó la mirada por todo el grupo.

—Aquí hay una —dijo, y sus ojos se posaron en Jaelle—, que ha dicho eso mismo tantas veces, que esas palabras parecen un eco en esta habitación. Sin embargo, ha tomado un compañero libre y vive con él fuera de la Casa del Gremio. Jaelle, ¿puedes hablarle a Keitha de los hombres, y decirle si todos son iguales?

Magda percibió la agitación de Jaelle como una presencia viva, aunque su amiga permanecía en silencio y no hizo ningún movimiento. Finalmente habló.

—No sé qué decir, Madre, preferiría no hablar todavía...

—¿No te ocurrirá eso, tal vez, porque lo necesitas más que cualquier otra? Ya conoces las reglas, ninguna se ahorrará nada, ni pedirá a una hermana que hable de algo que no compartiremos...

Pero Jaelle siguió con la vista clavada en la alfombra, y la Madre Lauria se encogió de hombros.

—¿Doria? —dijo.

La muchacha soltó una risita nerviosa.

—Jamás he conocido a un hombre lo suficiente para amarlo —dijo— o para

odiarlo. ¿Qué podría decir? —Se dirigió a Jaelle—: ¡Jamás se me ocurrió que justamente tú tomarías un compañero libre! Habías dicho tantas veces que no querías saber nada de los hombres...

La Madre Lauria miró tan prolongada e intensamente a Jaelle, que ésta acabó por decir:

—Está bien... hablaré.

Pero luego permaneció en silencio durante largo tiempo, tanto que Magda al final se volvió para mirarla, para cerciorarse de que seguía allí.

—Los hombres —dijo Jaelle por fin— son todos iguales... del mismo modo que, en cierto sentido, todas las mujeres son iguales. Cada hombre es diferente, y sin embargo todos ellos tienen algo en común que los diferencia de las mujeres, y no sé bien lo qué es...

Hubo una serie de risitas y carcajadas, y la tensión se disipó un poco, pero Jaelle prosiguió, abstraída:

—Creo que no es eso lo que quise decir. Sólo me he acostado con este hombre. Me gusta... Supongo que no es muy diferente del esposo de Keitha, mejor educado, tal vez: en la Zona Terrana tienen leyes que establecen que ningún hombre puede pegarle a su esposa, ni tampoco a cualquier otro ciudadano. Pero tendría que preguntarle a una mujer que ha tenido muchos amantes si todos son iguales en este aspecto...

Rafaella soltó una carcajada.

—Es común —dijo— que las mujeres jóvenes tengan la ilusión de que los hombres son diferentes entre sí. —Pero después añadió, al oír las risas de las demás—: No, hablando en serio, ningún hombre es igual a otro, pero tampoco es tan diferente.

—En la Zona Terrana, una mujer no es propiedad de su compañero libre, al menos no legalmente —dijo Jaelle—, pero en un hombre siempre hay algo que le impulsa a *poseer*... Antes nunca me imaginé que eso podía existir. —Sacudió la cabeza y su pelo, del color del cobre recién fundido, cayó en cascada sobre sus hombros y su rostro, centelleando bajo la luz de las llamas—. En la intimidad... la mente... es salvaje... No sé... —dijo a media voz, pasándose los dedos por el cabello y volviéndolo a su sitio con un gesto orgulloso y desafiante.

Y de repente pareció que Jaelle estaba en un extremo de la habitación y todas sus hermanas en el otro.

Magda sabía que aquel abismo entre Jaelle y sus hermanas nunca había existido, pero ahí estaba, un abismo más grande que el que se abría entre las estrellas, y pensó: *ahora podría ponerme de pie y decir que soy terrana, y sería menos extraña que Jaelle en este momento*. Jaelle estaba remota, extraña, sola, sin nada salvo su orgullo y su cabellera llameante y la palabra *Comyn* que resonaba dulcemente en la mente de Magda, y que todos los rincones de la habitación repetía. *Comyn*. La misma palabra que, como un muro sólido, separaba a Jaelle de la única familia que había conocido.

Todas conocían su linaje, por supuesto; sabían que lady Rohana era su parienta, pero durante todos aquellos años, Jaelle nunca había dicho una palabra ni sugerido que le importaba su sangre Comyn: su pelo rojo sólo parecía un accidente de nacimiento. Ahora la diferencia se había instaurado en la habitación, y Magda, mirando aquellos rostros que de repente eran extraños —y supo que los estaba viendo a través de los ojos de Jaelle—, percibió el miedo, un temor reservado a los dioses, no a los hombres; a los Comyn, a los extraños, los gobernantes...

Pues en aquel momento, Jaelle era una extraña y no una hermana querida, y todas lo sabían. Intentando romper aquel aterrado silencio, Magda se volvió y tomó la mano de Jaelle.

—Creo que ése es el juego que les gusta jugar con nosotras: el de la posesión —dijo—. Les gusta pensar que nos poseen; saben que no es así y eso les vuelve inseguros. Las mujeres no... no sufren la separación tanto como los hombres. Tal vez no debemos acusarles tanto por intentar fingir que nos poseen. Es su naturaleza. No tienen otra cosa.

—¡Su naturaleza! —exclamó Felicia desde las sombras, los ojos todavía hinchados y la voz ronca—. ¿Acaso no debemos acusarles de posesividad cuando han separado a mi hijo de mí, a mi hijo que lloraba, gritando mi nombre...? —Se volvió hacia Lauria, temblando de furia—. ¿Su naturaleza? ¿Acaso su naturaleza les exige que gobiernen el mundo, a sus mujeres y sus hijos, que sólo ellos tengan derecho a la inmortalidad a través de los hijos? ¿Qué clase de mundo han construido, para que una mujer se vea obligada a ceder a sus hijos, a aprender a luchar y matar como signo de hombría, donde un hombre no puede llorar, ni demostrar miedo, donde debe instalar en su naturaleza la necesidad *de poseer*... poseer a sus mujeres e hijos, de convertirse en la clase de hombre de la que huyo? ¿Acaso no existe en mi naturaleza el deseo de mis hijos también? Y aquí se me niega ese derecho... —Se cubrió el rostro con las manos y rompió de nuevo a llorar de manera desgarradora.

Pero entonces replicó Janetta:

—¿Preferirías permitir que tus hijos crecieran entre nosotras, para que nos combatieran y trataran de poseernos cuando fueran adultos?

—¡Sin embargo, debería haber una alternativa mejor que devolverles a ese mismo mundo, para que se conviertan en la clase de hombres que odiamos! —estalló Rafaella—. Tal vez, si crecieran entre nosotras serían diferentes...

—Seguirían creciendo hasta convertirse en *hombres* —exclamó Janetta—. ¡Y aquí, en la Casa del Gremio, no hay lugar para ellos!

La Madre Lauria levantó las manos, tratando de imponer silencio, pero el clamor creció. Magda intentaba pensar, casi con desesperación, sin saber si sus pensamientos le pertenecían o eran de otra: *Entregamos nuestros hijos porque eso es lo que los hombres desean de nosotras, tal vez lo que se intenta hacer aquí sea antinatural, sin esperanzas...*

Se hizo un súbito silencio, interrumpido por Jaelle.

—A veces he pensado... que me gustaría tener un niño. He pensado que algunas de vosotras erais tontas por haberos quedado embarazadas. —Plegó las manos sobre el regazo para no retorcerlas—. ¿Pero cómo saberlo? El Juramento dice... que debemos tener hijos sólo en el momento y la oportunidad que elijamos. ¿Pero cómo saber... cómo saber si es el propio deseo... o sólo el deseo de complacerle a él?

—Si hubieras tenido dos o tres niños —dijo Keitha con enorme amargura—, lo sabrías.

—¿Sí? —preguntó Rafaella.

Magda sintió su confusión y su pesar: Rafaella había tenido hijos y los había entregado, y estaba desgarrada por la desdicha de Felicia... ¿Cómo sé todo esto?

—¿Acaso no nos pasamos todo el tiempo aquí aprendiendo a diferenciar nuestros deseos y opiniones de lo que los hombres esperan de nosotras? —dijo Cloris.

—No —dijo Jaelle—. Las mentes comunes no tienen modo de saberlo, sólo en las Torres pueden enseñar... Oh, no tiene sentido decírtelo, ni siquiera tienes *laran*, ¿cómo podrías entenderlo?

Y de repente, Magda se dio cuenta de que Jaelle no había dicho aquello en voz alta, que sólo le había dirigido a Cloris un «No...» ahogado y se había interrumpido, temblando. Marisela se inclinó y tomó la mano de Jaelle en un contacto firme que silenció a la pelirroja. Magda también se mantuvo en silencio, y apenas oyó lo que la Madre Lauria decía:

—Nos has dado otro importante tema de consideración: ¿cómo sabemos cuándo hacemos nuestra propia voluntad, o cuándo cumplimos la voluntad de otro cuya aprobación nos resulta importante?

Siguió hablando, pero Magda ya no la escuchaba, y sólo oyó fragmentos del resto de la reunión.

—... si todas decidiéramos no tener hijos, y si todas las mujeres fueran como nosotras —dijo una—, entonces nos extinguiríamos como los *chieri*. El deseo de procrear de una mujer es innato, al igual que el deseo del hombre de engendrar.

Pero Janetta protestó.

—¿Ése no es nuestro verdadero deseo interior, sino simplemente lo que nos han dicho que debemos desear! Nunca he conocido a un hombre, y jamás lo haré. No me parece correcto que una Renunciante renuncie a los hombres, a su mundo y a sus propiedades, y siga acostándose con ellos, amándoles... ¡y dándoles niños por los que debemos asumir toda clase de compromisos! Si hemos descartado el dominio de los hombres, ¿por qué no podemos desechar el poder que procede de acostarnos con ellos?

—¿Preferirías que todas fuéramos amantes de mujeres, como algunos hombres dicen que somos? —le preguntó Marisela con suavidad.

—¿Y por qué no? ¡Al menos yo nunca tendré un niño para que me lo arrebaten y se lo lleven al mundo al que he renunciado ni para que lo conviertan en la clase de hombre que odio!

—Sin embargo, no me gustaría vivir en una casa sin niños —dijo alguien—. La vida sería mucho peor sin personas como Doria, y como Jaelle, que fue criada entre nosotras...; la casa estaría vacía...

Magda sintió el terrible dolor que Felicia sentía por su hijo, y cómo Marisela recordaba al bebé de Byrna...

La Madre Lauria habló con suavidad.

—El deseo de tener niños es, después de todo, un deseo natural, y no puede considerarse simplemente como algo originado por el orgullo que sienten los hombres. Ese orgullo puede destruirse rápidamente merced a los malos tratos, incluso a veces en el caso de los hombres. Hay hombres que no desean a las mujeres, y creo que eso también es triste. Esto es algo que compartimos también con los hombres: el deseo de niños, nuestra inmortalidad, el compañerismo en la vejez o incluso, como en el caso de nuestra pequeña Doria, pequeñas a quienes podamos amar y cuidar mientras las vemos crecer y convertirse en mujeres...

—Y por ese deseo egoísta —argumentó Janetta—, ¿seríamos capaces de traer un niño a un mundo que esclaviza a las mujeres y que corrompe a los hombres para que las sigan esclavizando?

Magda descubrió un curioso cuadro flotando dentro de su mente: una mujer bella, noble..., encadenada, cargada de pesadas cadenas que la oprimían... La imagen se hizo pedazos... ¿estaría alucinando otra vez?

—... pero tú tuviste alternativa, Felicia, podrías haber conservado al niño si vivías fuera de la Casa, o incluso con el padre de tu hijo.

—Por lo visto, no podía aceptar ninguna de esas opciones —dijo Felicia, temblando—. No podía soportar la idea de dejar a mis hermanas. Sin embargo, ninguna mujer puede enseñarle a un hombre a vivir como un hombre. Un hombre que pudiera vivir según nuestro código sería un afeminado, que jamás estaría cómodo en parte alguna... No condenaría a un hijo mío a ese destino.

—No obstante, si despreciamos el modo en que viven los hombres —dijo la Madre Lauria—, ¿es correcto que les permitamos que críen a nuestros hijos para convertirlos en hombres de la misma clase?

Le tocó el turno a Keitha.

—Preferiría que un hombre fuera afeminado a que fuera masculino a costa de toda decencia y consideración.

—Algún día —dijo con serenidad la Madre Lauria—, tal vez tengamos otra respuesta. Pero el mundo marchará como quiera y no como nosotras queramos. Que la Diosa permita que haya algunos cambios durante nuestro tiempo de vida; sin embargo, nosotras, que estamos cambiando el mundo, siempre sufrimos por él. No creo que nuestro sufrimiento sea inútil... ni el de Keitha, ni el de Camilla, ni el de Byrna... Cada una de nosotras está sufriendo para demostrar a los hombres de los Dominios que tal vez preferimos sufrir antes que vivir según las reglas que han impuesto. Aunque, si los hombres y las mujeres vivieran para siempre separados...

¿cómo continuaría la raza humana?

—Tal vez como dicen que lo hacen los terranos... con máquinas —dijo con ironía Marisela, y la sala estalló en carcajadas; hasta la Madre Lauria se rió. La única que no lo hizo fue Magda, aunque tampoco pretendía contarle a la Madre Lauria que en muchos mundos solía ser el procedimiento utilizado. La mujer empezó a estirar las piernas y a frotarse las manos heladas delante del fuego; todas se reunieron en pequeños grupos, hablando en voz baja, mientras otras iban hasta la cocina a buscar una enorme olla de sidra caliente y platos de tortas y dulces. Magda bebió una taza de la bebida especiada y permaneció junto al fuego, separada de las otras. Camilla, Rafaella y Jaelle estaban reunidas cerca del fuego: el momento de ajenidad de Jaelle, que Magda había presenciado, había pasado y parecía no haber existido nunca. Magda se preguntó si no lo habría imaginado. La Madre Lauria se acercó, trayendo a Doria de la mano, y con un gesto le indicó a Rafaella que se uniera a ellas. Jaelle, alzando los ojos, hizo un gesto a Magda para que se acercara. Magda tomó un plato de crujientes tortas fritas, que siempre hacían su aparición en estas noches, y se aproximó a Jaelle.

—¿Dónde está Camilla?

—Ha ido a hablar con Keitha —le respondió Jaelle—. La situación es mala, Margali; Camilla es su madre de juramento, no debería haber tanta hostilidad entre las dos.

—No sé qué puede haberla causado —dijo la Madre Lauria, reuniéndose con ellas, y Rafaella y Doria detrás de ella—. Pensé que os gustaría saber que hemos decidido que Doria irá a entrenarse a Neskaya...

Maravilloso, pensó Magda, *¡otra amiga que se va!* Doria abrazó a Magda con timidez.

—Te echaré de menos, Margali, y a Keitha... Yo... yo no quiero irme... —dijo, llorosa—. Éste es mi hogar... pero, pero...

—Pero todas se van de su hogar para pasar el entrenamiento, y no tienes por qué ser la excepción —dijo Jaelle—. Recuerda que Kindra me hizo pasar medio año con lady Rohana en Ardais, para que supiera con certeza a qué clase de vida estaba renunciando, para que nadie pudiera decir que había renunciado sin tener una idea clara de la elección que hacía. Al menos tú, Doria, vas a otra Casa del Gremio. Conozco a muchas de las mujeres de Neskaya..., encontrarás muchas amigas allí y, además, todas son tus hermanas.

Detrás de ella, Magda oyó que Rafaella preguntaba:

—Pero ¿qué puede tener Keitha en contra de Camilla? Seguro que no se trata sólo del hecho de que sea *emmasca*, neutralizada..., no puede ser tan cruel y reaccionaria, ¿verdad?

—No creo que sea sólo eso —dijo Jaelle—. Camilla es amante de mujeres, ha sido amable y afectuosa con Keitha, y es posible que Keitha haya malentendido su gesto...

Magda sintió que le ardía la cara, aunque racionalmente sabía que las palabras no iban dirigidas a ella, ya que nadie sabía nada acerca del momento en que había besado a Keitha, después de haber sido herida... ¿Cómo podrían saberlo? Y estaba segura de que Camilla no les había dicho nada del incidente en el que Magda había rechazado a la *emmasca*.

—Keitha es *crifoforo* —dijo Rafaella—, y los *crifoforos* son peores que los terranos en ese aspecto. Pero Camilla no es la clase de persona que insiste cuando se le rechaza, aunque sea gentilmente. Sin duda Keitha no creerá que Camilla significa algún peligro para ella, ¿verdad? Margali, tú la conoces casi mejor que nadie aquí... ¿qué es lo que piensa?

—No sé qué piensa Keitha —dijo Magda—. Ni siquiera sé lo que pienso yo misma. Pero si Keitha no se da cuenta de que Camilla es una mujer buena y honorable, ella se lo pierde.

—Pero no puede haber hostilidad entre una mujer y su madre de juramento —dijo Rafaella—, es un sentimiento malo y antinatural. ¡Debemos hacer algo al respecto! —Extendió la mano hacia el plato de las tortas, y sacudió la cabeza, riéndose—. ¡Ya he comido demasiadas, estoy tan golosa como si estuviera embarazada de cuatro meses! Jaelle, ¿pasarás la noche en la Casa? Supongo que no te irás por las calles de Thendara a estas horas, ¿verdad? Escucha... —agregó, haciendo una pausa, y todas escucharon la violencia con que la nieve golpeaba las ventanas y el viento aullaba en las esquinas de la calle.

—Me gusta escuchar eso —dijo Jaelle, aunque Magda se estremeció—. En la Zona Terrana, estamos tan aislados del clima que nunca sabemos si está nevando o si brilla el sol...

—Si te quedas, ¿no quieres dormir en mi cuarto? Marisela se mudó porque tenía que pasarse las noches entrando y saliendo, el sueño de una comadrona es como el de un granjero en época de reproducción del ganado. Y Devra sigue en Nevarsin, así que hay mucho sitio...

—Sí, y tal vez tengamos un momento para hablar del negocio —dijo Jaelle—. Creo que a lo mejor tendrás que tomar otra socia durante los dos próximos años...

—Jaelle... ¿estás embarazada, entonces? Me gustaría conocer a ese compañero libre, si ha podido hacerte cambiar de opinión de esa manera —dijo Rafaella, bromeando.

Pero Jaelle sacudió la cabeza.

—Es demasiado pronto para estar segura, Rafi —dijo—. Créeme, tú serías la primera a quien se lo diría. Pero por supuesto, la posibilidad existe. En cualquier caso, me quedaré por lo menos un año con los terranos, pues he dado mi palabra. Además, está la cuestión...

—La cuestión de quiénes serán las mujeres que enviaremos para que aprendan técnicas médicas —dijo la Madre Lauria— y trataré de consultarte al respecto, Rafaella, antes de tomar la decisión definitiva. Tal vez cuando termine su período de

reclusión en Neskaya, Doria quiera ir; yo había pensado en la posibilidad de enviarla a Arilinn, para entrenarse como comadrona. Es hábil con las manos y es buena con los animales, tal vez sirva. Pero hablaremos en otro momento —agregó, paseando la mirada por la habitación, donde sólo quedaban algunos grupos pequeños. Había tres o cuatro sentadas cerca del fuego, bebiendo vino, como si fueran a pasarse la noche allí; había otras dos absortas en algún juego; Irmelin y dos ayudantes estaban recogiendo los platos y las tazas—. Había esperado plantear este tema durante la reunión —dijo la Madre Lauria—, pero las cosas resultaron de otro modo y no he querido reteneros hasta tan tarde. Margali, ¿podrías tú y tu madre de juramento venir un momento a mi despacho antes de subir?

Magda admiró la manera en que la Madre Lauria se las había arreglado para tener una reunión privada con las dos —*tú y tu madre de juramento*—, como si el asunto sólo tuviera que ver con el cuestionamiento del juramento. Rafaella le dio a Jelle un beso de buenas noches.

—Será mejor que duermas con Margali esta noche —le dijo—, siempre nos pasamos la mitad de la noche conversando, y tengo sueño. —Subrayó sus palabras con un enorme bostezo—. Podemos hablar del negocio durante el desayuno. Pero la próxima vez, no pases tanto tiempo fuera, amor..., no puede ser que los terranos te tengan tan ocupada, ¿verdad?

Jelle la abrazó para desearle buenas noches.

—¿Alguna vez te lo contaré todo sobre los relojes terranos! —dijo.

En el despacho de la Madre Lauria, ésta les dijo:

—Has tenido la oportunidad de vernos y de recordar nuestras fuerzas, Jelle... ¿Tienes alguna sugerencia?

La sonrisa de Jelle se hizo más desvaída. Magda pensó que parecía muy cansada.

—Sólo sugerencias negativas —dijo—. No creo que Janetta sirva para los terranos... o viceversa.

La Madre Lauria asintió.

—Es una lástima —dijo—, ya que es inteligente y aprende rápido. Seguramente los terranos descubrirían que Janni es excelente para su *tecnología*. —Usó la palabra terrana, pues no había ninguna equivalente en *casta*—. Creo que también Keitha sería valiosa, y que a ella le resultarían útiles esos conocimientos. Marisela ya se la lleva a sus consultas... Keitha ya es una partera hábil, y si recibe el entrenamiento terrano, podrá ocupar el lugar de Marisela cuando Mari esté ocupada con los asuntos de la Hermandad.

—Nunca he comprendido a la Hermandad —se quejó Jelle.

La Madre del Gremio tuvo una leve sonrisa.

—Tampoco yo, y tampoco la comprenden las que no están juramentadas, Shaya. Pero su existencia se remonta casi al principio de la historia de las Renunciantes; incluso hay quienes dicen que fueron las Renunciantes originarias. Pero sea como fuere... no creo que Keitha sea todavía capaz de controlarse si se ve rodeada de

hombres desconocidos. —Suspiró—. Deberíamos pensar qué mujeres queremos enviar para que reciban entrenamiento terrano... ¡y no sólo cuáles sobrevivirán allá! Uno de los puntos fuertes de nuestro entrenamiento es que nos vuelve duras e inflexibles, y sin embargo también eso es una debilidad... ninguna sociedad que no esté abierta a las cosas nuevas puede cambiar y crecer tal como lo necesitamos. Kindra solía decir que debíamos aprender de todo lo que se nos cruzara por delante.

—Tal vez... —dijo Magda, indecisa—, simplemente deberíamos describir en una reunión general lo que los terranos desean y preguntar qué mujeres se ofrecen como voluntarias, y tal vez permitir que algunas mujeres terranas vinieran aquí, para que las hermanas del Gremio vean que no son tan diferentes. —Cholayna Ares, pensó; ella comprendería a las Amazonas y a la Casa del Gremio, y las Renunciantes comprenderían su fuerza y su integridad.

Sin embargo, la piel oscura de Cholayna tal vez produjera xenofobia. Se dijo que era una tonta... ¡sin duda aquellas mujeres podían respetar a alguien de un grupo étnico diferente!

—Podría arreglarse. A mí misma me agradaría conocer a algunas de estas mujeres terranas, Margali. Entre otras cosas... —dijo, y su sonrisa fue amable—, podría ayudarme a comprenderte mejor. Tarde o temprano, esos encuentros deberán producirse.

—Tal vez... —dijo Jaelle—; tal vez podrías ir de visita al Cuartel General, ¿te parece, Madre? Y tal vez... —sugirió indecisa—, ¿tal vez podrían invitar a algunas a cenar en la Casa del Gremio, y permitirles hablar en una reunión general acerca de lo que piden y lo que ofrecen?

A Magda le gustó que la sugerencia hubiese venido de Jaelle, y no de ella misma, aunque le hizo sonreír la idea de que algún agente de reclutamiento del Imperio pudiera venir a la Casa del Gremio. Bien, ¿y por qué no? Había aquí mujeres capaces de aprovechar la educación terrana... por ejemplo ¡podía imaginarse perfectamente a Rafaella como capitana de una nave estelar!

—Lo pensaré, y eso es todo lo que puedo decir por el momento —dijo la Madre Lauria—, aunque con gusto haré esa visita. Y ahora debo enviaros a las dos a la cama.

Mientras se iban, Jaelle miró a Magda con expresión tímida.

—No te importa, ¿verdad? Rafaella dio por hecho que yo, como tu madre de Juramento, preferiría compartir tu cuarto...

—Por mí, está bien —dijo Magda, recordando las muchas noches que Jaelle y ella habían pasado juntas en el camino. Al llegar a la habitación, Magda preguntó—: ¿Y Peter?, ¿está bien?

—Oh, sí muy bien —dijo Jaelle, y se hundió en un prolongado silencio que Magda no deseaba interrumpir. Le buscó un camisón; era demasiado largo y Jaelle parecía una niña vestida con la ropa de su madre. Se sentó en el borde de la cama y le dijo a Magda:

—Esto me recuerda la primera vez que vine aquí. No habían niñas en la casa, y Kindra no pudo encontrar nada de mi talla, ¡aprendí a coser estrechándome la ropa!

—¿Cuántos años tenías cuando viniste aquí, Jaelle?

—Oh, once, trece... algo así, no lo recuerdo bien.

—¿Dónde naciste? —le preguntó.

Jaelle frunció el ceño.

—Shainsa —respondió con brevedad—. O eso me dijeron; no recuerdo nada de eso. Tus terranos ya me han perseguido para que les permita que me hipnoticen con una de sus máquinas y pueda decirles cada detalle que recuerde. Pero no quiero recordar... por eso me olvidé de todo.

—Yo ni siquiera sé dónde queda Shainsa. ¿No es una de las Ciudades Secas?

—Sí. Está en el desierto, más allá de Carthon —dijo Jaelle, soltando las palabras con disgusto—. No tuve tiempo de bañarme antes de la cena, creo que buscaré alguna tina libre.

Fue al baño común y Magda, helada incluso dentro de su abrigado camisón, se arrojó en la cama con las mantas extra que había conseguido. Tenía los pies como el hielo; trató de calentárselos por turno, escondiéndolos bajo sus piernas, y se preguntó por qué nadie en Darkover habría inventado la bolsa de agua caliente. *Tal vez podría convertirme en una benefactora pública, y reinventarla*, pensó vagamente, preguntándose por qué Jaelle tardaba tanto... ¿se habría quedado dormida en el baño?

No se despertó cuando Jaelle regresó en la oscuridad y pasó por encima de Magda para ocupar su lugar contra la pared, combatiendo el sueño hasta que los familiares sonidos nocturnos de la Casa, y el olor familiar del colchón relleno de hierbas la acunaron. Luego cayó en el sueño más profundo que había experimentado desde que se había ido a la Zona Terrana...

Magda soñó. Estaba abajo, en la Sala de Entrenamiento... ¿o sería el gran salón de baile de Ardais donde había bailado en Medio Invierno? También lady Rohana estaba allí, pero con el pelo corto como el de una Amazona, y también Peter, pero tenían que cruzar el Desfiladero de Scaravel antes de que empezaran las nevadas, y él no dejaba de instarla a que le acompañara fuera del salón de baile. Pero ahora Peter pertenecía a Jaelle, y no tenía derecho a pedirle nada. Finalmente salió con él al balcón, pero el balcón se había convertido en el cauce seco que llevaba a la fortaleza de los bandidos en Sain Scarp, y Rimal di Scarp estaba allí, así que ella desenvainó el cuchillo y defendió la escalera de la casa, mientras su arma se movía por voluntad propia, defendiendo a Peter del ataque, y siguió y siguió, pasando por alto su gesto de rendición, aunque sabía que se deshonraría como Amazona; pero no se detuvo, siguió blandiendo y golpeando hasta que el hombre quedó muerto a sus pies, en un charco de sangre. La nieve que caía en el desfiladero se convirtió en una tormenta de arena, y debajo de la sombra formada por una enorme roca, vio el charco de sangre que teñía de carmesí el desierto bajo la luz del sol naciente, y ella gritaba, gritaba...

Se despertó sobresaltada y jadeante, notando que estaba erguida, de rodillas en la

cama, las mantas por el suelo, y era Jaelle la que gritaba... No, ya no estaba segura de que alguien hubiera gritado, salvo en el sueño cuyos fragmentos ahora desaparecían hasta concentrarse sólo en el recuerdo de la sangre sobre la arena del desierto. El cuarto estaba invadido de la blanca luz de la nieve exterior, que reflejaba la pequeña luna verde.

—Maldito sueño —dijo Jaelle, jadeando—. Lo siento, *chiya*. Últimamente he tenido pesadillas... ¿quieres que duerma en el suelo?

Magda negó con la cabeza.

—Yo también he tenido una pesadilla... la culpa es mía tanto como tuya. Siempre tengo pesadillas después de las sesiones de entrenamiento.

—¿También tú? Yo solía quedarme despierta durante horas después de las sesiones por miedo a las pesadillas. ¿Cómo era la tuya?

Magda se aferró a los escasos fragmentos que recordaba.

—Sain Scarp. Luchaba contra alguien. Un charco de sangre... no estoy segura —dijo, aunque con un terror clarísimo, pudo ver el rostro de Peter en medio del charco de sangre.

—Yo soñaba con... creo que era mi madre —dijo Jaelle, con la guardia baja por un momento—. Despierta, ni siquiera puedo recordar su rostro... era tan pequeña cuando ella murió. Pero tengo pesadillas con ella. Sé que murió en el desierto, pero eso es lo único que he podido recordar.

Sin embargo, Magda podía ver la pesadilla en su mente. Claramente, la sangre esparciéndose sobre la arena, un horror frío que no la dejaba moverse. Con deliberación, para interrumpir la parálisis, se inclinó y levantó las mantas.

—¿No tienes calor con tantas mantas? —preguntó Jaelle.

—¿Calor? No, por Dios, estoy helada —dijo Magda, arrojándose, agradecida, bajo las mantas. Anhelaba café caliente, o algo similar—. También lady Rohana estaba allí, sólo que vestida como una Amazona, o había Amazonas allí, no lo recuerdo bien... alguien se desangraba hasta morir... no, no recuerdo. ¿Qué pasa, Jaelle?

—Nada, sólo que después de todo, yo también tengo frío —dijo Jaelle, cuyos dientes castañeteaban—. En el Cuartel General hace siempre tanto calor, que ya me he acostumbrado a eso. Ven, tratemos de entrar en calor. —Se acercó a Magda, y el calor del cuerpo de la muchacha fue como una ola, algo que de alguna manera solidificaba los vacilantes bordes de la luz.

—Peter nunca ha tenido paciencia para los sueños —dijo Magda, que había encontrado aquella imagen en su mente sin saber por qué—. Siempre decía que no tenían ningún interés para nadie, salvo para los de Psic o Médica... Si yo quería hablar de mis sueños, tenía que ir a buscar a un técnico de Psic que al menos tendría algún interés profesional en ellos. ¿También te hace eso?

Jaelle negó con la cabeza.

—Yo no sabía que las máquinas podían producir pesadillas hasta que él me lo

dijo.

—Pero un corticador bien regulado no debería causarte tantas molestias —dijo Magda, preocupada—. Debes asegurarte de que lo regulan según tus ritmos alfa, por supuesto. ¿Con quién estás trabajando?

—No recuerdo todos los nombres. Son tantos...

—Deberías tener al menos una oficina para ti sola —dijo Magda—. Me pasé años escapando de aquel manicomio; iba a la oficina del Coordinador... ¿quieres decir que, después del tiempo que me pasé para salirme de aquella multitud, dejaste que te volvieran a poner allí? Jaelle, como residente especial experta en idiomas, mereces una oficina privada... ¡Tienes que luchar por tus privilegios, especialmente por ser una mujer, pues si no te avasallan!

Jaelle exhaló un profundo suspiro de alivio; así que su disgusto por la oficina atiborrada con aquellos escritorios apiñados, claustrofóbica, no era simplemente un indicio de fracaso personal, como Peter parecía pensar, ya que Magda también la odiaba.

—Eres una experta especializada, no una empleada común —le recordó Magda—. Reclama lo que te mereces. Eso esperan, y sólo te respetarán si lo haces. —Acomodó su almohada en una posición más grata—. Algo que realmente extraño aquí es un reloj con esfera luminosa. ¡Nunca sé que *hora* es!

Y aquélla era una de las cosas que Jaelle más apreciaba: estar libre de la tiranía del reloj, del continuo énfasis sobre la hora. Suponía que era una de las más profundas diferencias culturales.

—No creo que yo pudiera extrañar eso —se limitó a decir, y se arrebujó bajo las mantas.

Magda sepultó el rostro en su almohada, y Jaelle se acercó al calor de su cuerpo.

Al cabo de un rato empezaron a soñar otra vez. Estaban en una especie de torre, en la cima de una torre, y ella y Magda estaban de pie en puntos opuestos de un círculo; de algún modo, Magda parecía mirar por sus ojos y también por los de Jaelle, mientras sostenían en sus brazos un brillante arcoíris, como una centelleante cúpula geodésica... La palabra *geodésica* brotó en la mente de Jaelle: una palabra desconocida pero que no le produjo ninguna curiosidad, como tampoco le intrigó saber a través de qué experiencia Magda se habría familiarizado con su significado. La cúpula era transparente pero muy fuerte, protegía a los que trabajaban debajo —era un trabajo muy importante, pero ninguna de las dos podía ver de qué se trataba. Aparentemente, Marisela estaba allí, y también un hombre cuarentón, de aspecto agradable, vestido con el verde y oro del Dominio Ridenow, que de repente alzó los ojos y miró a Jaelle: ambos se miraron durante un largo momento, y Jaelle supo que si alguna vez se encontraba con aquel hombre en la vida real, lo reconocería de inmediato. Él le dijo suavemente: *¿Te has salido fuera del tiempo, o te has perdido en un sueño, chiya?* Y ella no supo qué responderle. Y había otra Amazona allí, de rostro redondo y nariz respingona— Jaelle la había visto en alguna parte, pero no

podía recordar su nombre. Algo crecía bajo sus manos, y Magda se sentía muy orgullosa de lo que estaban haciendo. Alguien dijo, cerca: *Todos los que estamos aquí hemos tenido que superar al menos una vida*, y Magda oyó que alguien repetía un fragmento de poesía... y sabía que era muy antiguo:

*El que vive más de una vida,
Más de una muerte debe morir...*

Y dijo con preocupación:

—Ya es bastante malo tener que morir una vez, ¿verdad?

—Oh, morir no es nada —dijo Marisela—. Yo lo he hecho varios cientos de veces. Te acostumbrarás.

Magda parecía estar hablando con un hombre alto de pelo rubio cuyo rostro Jaelle no podía ver. Le recordaba un poco a Alessandro Li, pero no era él; el hombre tomó a Magda en brazos y la llevó a través de una súbita y ardiente franja de fuego... Jaelle sintió que las llamas quemaban los pies de Magda, y trató de correr hacia ella, pero la cúpula se le escapaba de las manos. Y después se encontró en brazos de Peter, que la calmaba, sólo que no era Peter sino su primo Kyril Ardais, y se oyó decir a sí misma con preocupación que tendría que haberle contado los dedos antes de irse a la cama con él. Sólo que, por lo que fuera, tampoco era Kyril, era uno de los bandidos que las habían atacado, y Magda estaba en los brazos de Peter... No, Magda sabía que no era una violación, sabía que había ido voluntariamente con él, ahora que le había dejado sabía en realidad que él la había utilizado todo el tiempo, que la había dominado porque ella era mejor que él en el trabajo, y ahora Jaelle iba a tener un hijo suyo, pero estaban solas, tratando de bajar la ladera de la montaña en la que se habían excavado peldaños helados, y ella buscaba a lady Rohana, porque Jaelle había quedado embarazada de uno de los bandidos y moriría en el parto si no encontraba a tiempo a lady Rohana. Agonizaba, se desangraba hasta morir sobre las arenas del desierto, en medio de una tormenta de arena que cortaba como nieve, y Jaelle yacía sobre la arena, sangrante, y sin embargo gritaba y se retorció en el parto, de algún modo trataba de parir al niño de Magda, el niño que Magda le hubiera dado a Peter, pero había dejado que Jaelle lo hiciera...

Y volvieron a despertarse abrazadas, aferrándose entre sí, y las mantas habían caído otra vez al suelo. Magda se desasíó, buscando las mantas, pero Jaelle la retuvo.

—Oh, gracias a los dioses que estoy aquí, a salvo, contigo, *breda* —dijo entre jadeos, abrazando a Magda—. Estaba tan asustada, tan asustada... —Y volvió a atraer a Magda—. ¿Qué estabas soñando esta vez? —preguntó, y la abrazó y la besó.

Magda sintió el beso, que por un momento se fundió de la misma manera mágica con que había compartido los pensamientos de Jaelle durante el sueño. Después, consternada y temblorosa, se desasíó. ¿Qué le había hecho este lugar? Se sentía débil y vacía, y la luz reflejada por la nieve a través de la ventana le apuñalaba la cabeza.

Jaelle la miró y su risa se convirtió en preocupación.

—Todo va bien, Margali —susurró—. No hay nada que temer, estás aquí, conmigo, *bredhya*.

Trató de atraer otra vez a Magda al consuelo de sus brazos. Pero Magda se liberó con torpeza, tambaleándose, su camisón se arrastraba por el suelo, detrás de ella. El suelo parecía inseguro, se elevaba y ondulaba bajo sus pies, y cuando llegó al baño y se mojó la cara con agua helada, le pareció que ésta le quemaba la piel pero no aclaraba su visión, ni apaciguaba su fiebre.

Irmelin estaba allí, bajo la ducha helada; el solo hecho de verla hizo estremecer a Magda. Irmelin se sorprendió de encontrarla.

—¿Despierta tan temprano? No te toca el turno en la cocina, ¿verdad? ¿O tienes que ayudar a ordeñar a Rezi? —Se hizo a un lado—. Ya he terminado —añadió y tomó su toalla. Se detuvo un momento, preocupada, mirando a Magda que se aferraba al lavabo—. ¿Estás enferma, Margali?

Magda pensó: *Sí, algo no anda bien en mí*, pero negó con la cabeza.

—Tienes sangre en el camisón —dijo la mujer regordeta y sonriente—. Si lavas la mancha ahora, con agua fría, las mujeres que trabajan en la lavandería esta luna te lo agradecerán.

—¿Sangre?

Magda seguía invadida por el estupor y el horror del sueño; empezó a decir: *pero ni siquiera estoy embarazada*. Se contuvo... ¡qué tontería! Se agachó para ver: era verdad. El abrigado camisón estaba manchado de sangre.

Bien, de todos modos eso explicaba parte del sueño; los sueños explícitamente sexuales siempre precedían la menstruación. El tratamiento que le habían dado en la Zona Terrana para eliminar los ciclos de ovulación, debía haber perdido efecto. No lo había esperado. Peter siempre se había reído de los sueños sexuales que solía tener en aquella época, y le decía que si estuviera así de apasionada en la etapa anterior del ciclo, tal vez lograra dejarla embarazada..., pero eliminó la idea, furiosa por haberla recordado. Se dirigió al armario donde se guardaban las compresas. Irmelin, observándola, le dijo:

—De veras que no se te ve bien, Margali. En tu lugar, le pediría a Marisela un poco de las medicinas de hierbas que tiene para el caso, y después volvería a la cama y trataría de dormir.

No quería perturbar el descanso de Marisela, pero de todas maneras era una tentación volver a la cama, arrebujarse allí y alegar enfermedad, dejar todo de lado. Y lo que peor la hacía sentir era que en realidad lo que más deseaba era regresar con Jaelle, dejar que la consolara, hallar en ella la misma clase de contacto que había experimentado con Keitha después de la pelea, cuando la droga de Marisela había conseguido que depusiera sus defensas, y esta vez seguir con todo hasta el final del camino. Pero no podía enfrentarse a Jaelle, no podía enfrentarse a nadie de este modo, sintiendo esto, fuera lo que fuese. Se sentía indefensa, desprotegida..., estaba

hecha un lío, obstruida por lealtades en conflicto, que la retenían como telarañas. Las manos le temblaban mientras se lavaba el camisón.

Estoy celosa de Jaelle. No porque tenga a Peter, sino porque Peter la tiene a ella, ahora... Una vez él me acusó de eso, y yo no le creí...

Volvió a la habitación y se apresuró a vestirse.

Jaelle, preocupada, se incorporó y la miró.

—Hija de juramento —dijo—. ¿Qué he hecho? ¿Por qué estás tan preocupada? ¿Acaso pensaste...? —y se interrumpió, incapaz de seguir los confusos pensamientos de Magda; el errático *laran* que nunca podía dominar volvió a abandonarla, y no pudo saber qué preocupaba a Magda. Sabía que estaba desesperadamente preocupada, pero no sabía por qué.

¿Por qué Magda no habría querido aceptar su consuelo?

Magda se puso los zapatos y bajó corriendo la escalera; cuando Jaelle la siguió, al cabo de un rato, Magda no estaba desayunando en el comedor ni en ninguna otra parte de la casa, y cuando preguntó si alguien la había visto, Rafaella dijo, perpleja, que Margali se había ofrecido a ayudar a ordeñar en los establos.

Y de repente Jaelle se puso furiosa. *Si prefiere hacer trabajos pesados en vez de enfrentarse conmigo para que solucionemos esto juntas, que lo haga.* Se sentó junto a Rafaella y se sirvió un plato de potaje, llenándolo de leche y sacudiendo la cabeza cuando Rafaella le pasó la jarra de miel.

—Muy bien —dijo—. Hablemos del negocio, porque debo volver al Cuartel General a la tercera hora después de la salida del sol.

3

Ahora Jaelle estaba segura de estar embarazada, aunque aún no habían indicios de malestar ni náuseas matutinas. Y eso le trajo el recuerdo de algo ocurrido en la Casa del Gremio, años atrás. Había sido antes de que Kindra muriera. Marisela había dicho, en una de las primeras conferencias de parteras a la que Jaelle había sido autorizada a asistir, después de madurar, que el malestar matutino se debía en parte al hecho de que la mente y el cuerpo estaban en desacuerdo, ya que una o el otro, la mente o el cuerpo, rechazaba al niño mientras la otra parte lo deseaba. Y a Jaelle no le hubiera sorprendido padecer ese malestar, ya que estaba desconcertada.

Todavía no se lo había dicho a Peter. Su mente confusa se preguntaba si no lo estaría haciendo por maldad. Él deseaba tanto un hijo... ¿Acaso a ella le producía un placer maligno negarle una noticia que significaría tanto para él? No, estaba segura de que no era así.

En mi interior, lo que deseo es que lo sepa sin que tenga que decírselo. Que lo lea en mi corazón y en mi mente como lo haría el mismo Kyril, a quien tanto desprecio.

Y aquella idea volvió a hacerle sentirse culpable: que ella deseara tanto —no, que necesitara tanto— que Peter fuera algo que no era. Sin embargo había rechazado, con gran determinación, su herencia Comyn. La había rechazado una y otra vez: la primera, cuando era niña, y había pedido ser criada en una casa Amazona antes que permanecer con Rohana: Rohana había querido a su madre y con gusto habría criado a la hija de Melora. Había vuelto a rechazarla a los quince años, cuando había preferido prestar Juramento en vez de seguir el entrenamiento habitual de una hija de Comyn, en una Torre, para casarse después con algún hijo del Comyn elegido para ella. Ellos no habían deseado que renunciara a su herencia. Estaba demasiado próxima a la cabeza del Dominio Aillard... Jaelle no sabía cuan próxima, ni siquiera había querido enterarse.

El Juramento era claro: no tendré hijos para la herencia, la casa, el clan, el orgullo o la posteridad de ningún hombre. Tal como había preguntado en la Casa del Gremio: ¿cómo sabía si deseaba un niño para sí misma, o sólo porque Peter lo deseaba tanto? ¿Y qué pasaba con la herencia, con el linaje de una mujer? ¿No deseaba tener una hija para la Casa del Gremio, o para el linaje de su madre?

¿Y por qué tenía que pensar tanto en eso ahora? Como ya estaba embarazada, no podía hacer gran cosa al respecto. Había descuidado a propósito los métodos anticonceptivos que los médicos terranos le habían explicado con tanto detalle. La criatura la había elegido a ella, aunque ella no hubiera elegido a la criatura.

Sin embargo, cuando entró en la oficina de Cholayna aquella mañana, descubrió que le gustaría mucho confiar en la mujer.

No obstante... ¿confiar en una desconocida, cuando ni siquiera se lo había dicho todavía al padre del niño? ¿Se trataba tan sólo del hábito de recurrir a otra mujer en busca de consuelo o seguridad? Recordó que había requerido confirmación, casi

permiso, de Magda, antes de compartir la cama con Peter, y lo había intelectualizado diciéndose que deseaba asegurarse de que su amiga no se pondría celosa, porque Peter había sido antes su marido.

¡Pero Cholayna era su jefe, no su amiga ni su hermana de juramento!

—Jaelle —dijo Cholayna—. Esta mañana hablaré con una Renunciante, una... ¿Madre del Gremio? —vaciló, un poco desconcertada por el título—. Se llama Lauria n'ha Andrea... ¿lo he pronunciado bien? Y quiero que estés presente en calidad de intérprete.

—Será un placer —dijo Jaelle con voz formal, pensando que la Madre Lauria no había perdido el tiempo—. Pero hablas tan bien el idioma que en realidad no creo que necesites una intérprete.

Cholayna esbozó una sonrisa.

—Tal vez pronuncie correctamente las palabras, pero necesito alguien que me asegure que les doy el uso correcto. ¿Sabes lo que significa *semántica*? No el significado de las palabras, sino el significado del significado, y la manera en que diferentes personas usan las mismas palabras para significar cosas diferentes.

Jaelle repitió que se sentiría honrada, y Cholayna habló por su intercomunicador.

—Dile a la dama darkovana... —y se interrumpió—. No, espera. Jaelle... ¿tendrías la amabilidad de escoltarla tú misma hasta la oficina? Tú la conoces.

Jaelle obedeció, pensando que Cholayna tenía un conocimiento intuitivo del gesto correcto, del toque personal, algo que la haría inestimable para tratar con los darkovanos. Russell Montray carecía de esa intuición. Sin embargo, Peter lo tendría, o Magda, y le parecía que también Monty lo tendría, o sería capaz de aprenderlo. Y era su responsabilidad personal asegurarse de que Alessandro Li lo aprendiera.

La Madre Lauria estaba en la sala de espera, con las manos formalmente plegadas sobre el regazo, mientras sus claros ojos azules recorrían la habitación y estudiaban cada detalle.

—Qué lugar tan agradable para trabajar, Jaelle, aunque supongo que las luces amarillas no deben ser fáciles de tolerar al principio. —Cuando pasaron a la oficina, preguntó—: ¿Es una adecuada muestra de cortesía hacer una reverencia a tu jefe, o debo estrecharle la mano, tal como Camilla me ha dicho que hacen los terranos cuando se saludan?

Jaelle sonrió, pues Cholayna le había formulado la misma clase de pregunta.

—Por el momento, con una inclinación de cabeza bastará —dijo—. Ella está enterada de nuestras formas de cortesía, y sabe que no ofrecemos la mano si no hay una sincera propuesta de amistad.

Pero cuando ambas mujeres se saludaron con una inclinación de cabeza, Jaelle sospechó que, más allá de la cortesía, ambas habían experimentado un sincero agrado por la otra, mezclado con respeto mutuo.

Cholayna dio la bienvenida a la Madre Lauria, le ofreció una silla confortable y algún refresco.

—¿Puedo ofrecerte zumo de fruta o café?

—Me gustaría probar el café terrano; lo he olido en la Ciudad Comercial —dijo la Madre Lauria, y cuando Cholayna digitó una taza de café para ella en la consola y se la dio, la olió apreciativamente.

—Gracias —dijo—. Una máquina interesante, me gustaría saber cómo llegó aquí esta taza. Todavía recuerdo que, cuando me dijeron que los mensajes llegaban a través de un cable, miré esperando ver papeles pasar por el alambre. Hasta mucho más tarde no comprendí que lo que viajaba por los cables eran impulsos eléctricos. Y sin embargo, la idea me resultó lógica en aquel momento, aunque ahora ya no.

Bebió un sorbo de café y Cholayna le explicó brevemente el funcionamiento de la consola, que la esencia de la bebida era conservada en depósito y que se mezclaba y reconstituía de inmediato con agua caliente o fría, según la combinación que se requiriera.

La Madre Lauria asintió con un gesto de comprensión.

—¿Y las luces amarillas? ¿Son normales en tu estrella natal?

—Para la mayoría de los soles del Imperio —dijo Cholayna—. Es raro que un sol tenga tanta luz roja o naranja como el sol de tu mundo, y muchas de las personas que trabajan aquí no permanecen el tiempo suficiente para tomarse la molestia de adaptarse a un esquema lumínico diferente. Pero si te resulta más cómodo, puedo regular la luz que hay aquí hasta que te parezca más normal.

Oprimió un control, y la luz se atenuó hasta adquirir un familiar color rojizo. Ante la mirada sorprendida de Jaelle, sonrió.

—Es nuevo, lo hice instalar el otro día. Podría haberse instalado en todo el Cuartel General si alguien hubiera tenido imaginación suficiente para concebirlo. Se me ocurrió que si íbamos a tener a mujeres darkovanas trabajando en la División Médica, tendríamos que llegar a un acuerdo entre lo que es confortable para los nativos del planeta, y lo que resulta cómodo para nuestros empleados, acostumbrados a una luz más brillante. Yo, por ejemplo, vengo de uno de los mundos más brillantes, y apenas veo con esta luz, de modo que debo tener una zona de trabajo iluminada de acuerdo con la capacidad de mis ojos. Pero esta luz me resulta muy descansada cuando no estoy leyendo. —Añadió—: ¡Supongo que tu vista es, en comparación, mucho mejor! Por el contrario, supongo que tienes menos tolerancia a la luz ultravioleta...: si el sol refleja en la nieve, por ejemplo, deberéis tener mucho cuidado para protegeros de la ceguera que produce ese resplandor.

—He oído decir a las mujeres que han viajado a los Hellers que eso suele ser un problema —asintió la Madre Lauria—, y estoy segura de que sabrás que uno de los principales artículos terranos que compramos son gafas de sol.

—En cambio, yo puedo tolerar la luz del desierto, en mi propio mundo, sin ninguna clase de protección ocular —dijo Cholayna, sonriendo—, y las personas que proceden de lugares con soles más débiles tienen que protegerse con mucho cuidado de las quemaduras que pueden sufrir en la piel o en la retina: Magda me dijo que

durante su primera semana en Alfa estuvo casi ciega. He observado que a Jaelle le resulta difícil tolerar la luz que hay aquí.

—No pensé que lo habías notado —confesó Jaelle—. He tratado de no demostrar mi incomodidad.

—Pero eso es una tontería —dijo Cholayna—, tu vista es muy valiosa para nosotros. No hay motivo para que tus habitaciones no estén iluminadas con luz roja... Peter también creció en Darkover y estoy segura de que le gustaría. Sólo tenemos que hablar con los técnicos. El color de mi piel también es una adaptación a un sol más brillante —añadió.

—Creo que ésa es una de las dificultades que tendrían los nuestros si tuvieran que viajar por el espacio.

—Tienes razón —confirmó Cholayna—, y si tus mujeres trabajan con nuestros médicos, tendremos que regular un poco las luces, que en la División Médica son aún más brillantes que aquí, y que pueden ponerlas incómodas o dañarles los ojos. Por ejemplo —prosiguió dirigiéndose a Jaelle—, he observado que siempre que vas a Médica, aunque no te has quejado, parece sufrir dolores de cabeza.

A Jaelle nunca se le había ocurrido, pero ahora se daba cuenta: ¡al menos parte de su reticencia a ir a Médica tenía que ver con un disgusto inconsciente por las luces más brillantes que había allí!

—Es una de las razones por las que vine —confesó la Madre Lauria—. Quería ver por mí misma en qué condiciones se espera que nuestras mujeres trabajen aquí, cuando vengán a recibir instrucción.

—No sería complicado arreglar una visita a Médica —dijo Cholayna—. Puedo pedirle a alguno de los asistentes que te acompañe a visitar el hospital, o podemos arreglarlo para otro día en que las aspirantes te acompañen. En el Imperio tenemos un programa de orientación standard para los nativos planetarios sometidos a entrenamiento. Ahora hay tan pocos empleados darkovanos, que aún no es operativo, y me temo que Jaelle, y unos cuantos más, tendrán que adaptarse a los cambios culturales como puedan. Pero por supuesto, cuando empecemos a tener un número considerable de darkovanos, ese programa deberá implantarse de inmediato... —se interrumpió, miró a la Madre Lauria y luego a Jaelle.

—Yo misma no comprendo muy bien qué significa «programa de orientación», Cholayna —dijo Jaelle con premura—, y estoy segura de que la Madre Lauria tampoco lo comprende.

Cholayna lo explicó, y la Madre Lauria comprendió enseguida.

—Es como las Sesiones de Entrenamiento para las recién llegadas a las Renunciantes; aunque ellas no cambian de mundo, es una vida tan diferente que es necesario enseñarles a adaptarse —dijo—. Creo que lo mejor sería, Cholayna... —Jaelle advirtió que la Madre Lauria usaba con facilidad el nombre de la mujer, algo que ella todavía no había logrado—, que vinieras a visitar nuestra Casa del Gremio y hablaras con las mujeres. Entonces podrías arreglar la visita a Médica y los

procedimientos de orientación. Y tal vez sería posible pensar un programa similar —añadió al cabo de un momento—, para las mujeres terranas o del Imperio que, como Magda, deban ser enviadas a las montañas y a otros lugares de nuestro mundo, para que sepan cómo deben comportarse y... —sus ojos centellearon— no corran los riesgos que tuvo que soportar Margali, la señorita Lor-ran.

Cholayna también se rió.

—Por supuesto, ya se me había ocurrido. Te estaríamos muy agradecidos, Lauria. Ni siquiera se trata de espionaje, pero todas nuestras mujeres que trabajan en secciones tales como Cartografía y Exploración tienen que refugiarse de vez en cuando, a causa del mal tiempo en el exterior, y será mejor que sepan cómo comportarse para no ofender la opinión local.

Cuando la Madre Lauria se incorporó para irse, ambas habían acordado que en diez días Cholayna iría a cenar a la Casa, que Jaelle la acompañaría, y que más tarde hablaría con Marisela y con las otras mujeres que tenían algún entrenamiento básico en técnicas médicas. Luego hablaría con todas las integrantes de la Casa del Gremio, en una Reunión General, y decidirían cuáles serían las mujeres que habrían de recibir el entrenamiento. Cuando Jaelle acompañó a la Madre Lauria, ésta le dijo:

—Me gusta, Jaelle. Había esperado que una mujer de otro mundo fuera menos familiar.

—Yo temí que te pareciera extraña, y que tal vez sintieras disgusto, o cierta reserva, porque es tan diferente —dijo Jaelle.

La Madre Lauria se encogió de hombros.

—¿Por el color de su pelo y de su piel? He viajado por las Ciudades Secas, muchacha, y sé que la coloración de su pelo es en realidad una adaptación al desierto; no me resulta raro que una mujer que vive bajo un sol más brillante tenga otro color de piel. Bajo la piel es una mujer como nosotras. Un caballo roano y un caballo negro recorren la misma distancia en un día de viaje, y no soy tan tonta como para juzgarla por el color que la piel de sus antepasadas adoptó para protegerla del sol en la infancia. También me ha impresionado la cualidad práctica de sus ropas, al menos para una mujer activa que debe trabajar entre hombres.

Jaelle miró con preocupación su ajustado uniforme terrano.

—Es raro, yo todavía siento que estas ropas no son decentes.

—Pero tú naciste y te criaste en las Ciudades Secas —le dijo la Madre Lauria, sonriendo—, y durante tu infancia ya sabías que las ropas de una mujer servían para que un hombre pudiera ver y admirar su cuerpo. Por debajo de la Amazona, sigues siendo una mujer del desierto, Jaelle, porque todas somos hijas de nuestra infancia. Yo nací en las Kilghard Hills, y sé que las ropas de una mujer servían para impedirle la libertad de movimientos que hacía falta para el trabajo de los hombres. Admiro el uniforme de tu jefe y el que tú llevas puesto, porque permiten una libertad de movimientos completa, sin falsa modestia. Yo me rebelo contra cierta clase de restricción impuesta por la ropa femenina, y tú contra otra restricción diferente.

Jaelle se mordió un labio y quedó en silencio. Era tan parecido a lo que Cholayna le había dicho en una oportunidad, que empezó a preguntarse ahora si no sería verdad.

—Creí que lo había olvidado todo acerca de las Ciudades Secas.

Lauria negó con la cabeza.

—Nunca. No mientras vivas. Cuando te fuiste de allí, eras casi una mujer adulta. Puedes elegir no recordar, como sin duda has elegido, pero olvidar debería ser una elección, no una imposibilidad.

Para llegar al exterior, debían pasar por el vestíbulo de la oficina de Comunicaciones, el «manicomio», como la había llamado Magda. Al pasar por allí, Bethany apareció bruscamente y casi tropezó con Jaelle.

—¡Oh, Jaelle! Iba a buscarte en Inteligencia, te... te necesitan en la oficina de Montray, el Coordinador, quiero decir. Es acerca de un avión de Cartografía y Exploración que se ha estrellado en las Kilghard Hills, y hay agentes que deben subir a hablar con los C y E. Pedro también está allí, y quieren que vayas enseguida.

—Iré tan pronto haya escoltado a la Madre Lauria hasta el portal —dijo Jaelle en *casta*, idioma que Bethany hablaba bien, y presentó a ambas mujeres.

La Madre Lauria saludó a Bethany con amabilidad.

—Quisiera agregar —dijo—, que cuando vengas a la Casa del Gremio, nos agradecería que trajeras a algunas de tus compañeras. No es correcto que las mujeres estén separadas por el idioma y por las costumbres. Ésa es la clase de diferencia que preocupa más a los hombres.

Jaelle le dio las gracias, pero en realidad no podía imaginarse a Bethany en una Casa del Gremio, ni siquiera como visitante. Le dijo a Bethany:

—Habla con Cholayna por el intercom, dile que iré directamente a Cartografía y Exploración.

—Está bien —respondió Bethany, y Jaelle, frunciendo el ceño, acompañó a la Madre Lauria en el ascensor.

La anciana también frunció el ceño.

—¡Es evidente que las mujeres comunes, con faldas, estarían en peligro en un aparato como éste! —dijo—. De veras, un uniforme como el tuyo es más sensato. Pero Shaya, querida, si te necesitan debes acudir de inmediato: ¡no soy tan vieja ni tan inválida para no poder salir sola, incluso de este laberinto!

Jaelle abrazó con afecto a la anciana.

—Es sólo que no tengo ganas de despedirme de ti... Os echo mucho de menos, mucho más de lo que esperaba —confesó.

—Entonces, el remedio es muy simple: debes venir a vernos con mayor frecuencia —dijo la Madre Lauria.

Jaelle se quedó al pie de la escalera, observando a la mujer pequeña y decidida que pasaba entre los hombres uniformados de la base. ¡Era tanto ella misma!, pensó Jaelle, y aquí, todos parecían iguales, como si, al mismo tiempo que el uniforme, se

hubieran puesto rostros iguales. Sin embargo, mientras observaba a la Madre Lauria, se quedó atónita con lo que había descubierto...

Cada uno de los terranos de esta base, los trabajadores espaciales alrededor de las grandes naves, los técnicos de Médica, de Cartografía o de Comunicaciones, los operarios del puerto espacial que parecían hormigas vistos desde la altura a la que Peter la había llevado un día para que viera el despegue de una nave, los hombres y mujeres que reparaban las máquinas que controlaban el tránsito desde las pantallas computerizadas, los hombres de la Fuerza Espacial que custodiaban la entrada o mantenían el orden en los enormes edificios, incluso los que supervisaban la lavandería o las máquinas limpiadoras o que limpiaban las mesas de la cafetería... cada una de aquellas personas, más en esta pequeña base que en la ciudad de Thendara, cada uno de ellos era como la Madre Lauria, una persona independiente con sentimientos y diferentes ideas propias, y tal vez si les conociera y les comprendiera tan bien como conocía y comprendía a Peter, a la Madre Lauria o a Cholayna, podría entenderlos y quererlos o no por lo que eran, no simplemente porque fueran «terranos». *Pero por supuesto... ¿cómo no lo pensé antes?* Permaneció inmóvil hasta que una mujer de la Fuerza Espacial, uniformada de cuero negro, salió apresuradamente del ascensor y la empujó con cortesía hacia un lado.

Jaelle la miró. Pensó: *Es una luchadora. Seguro que le gustaría saber de nosotras, las Amazonas... ¿cómo hago para buscarla y hacerme amiga de ella? ¿Qué clase de entrenamiento hará que una mujer elija esta clase de vida entre los terranos?*

Observó a la mujer vestida de cuero hasta que desapareció de su vista, y deseó poder seguirla para ver su trabajo... y en aquel momento le pareció oír un enorme parloteo de muchas voces, fragmentos de pensamientos desarticulados, aquí, allá, procedente de la mujer de uniforme, del guardia inmóvil en el portal: aunque no podía verlo, le pareció que veía con sus ojos mientras dejaba salir a la Madre Lauria, y al mismo tiempo oyó a Pedro que preguntaba dónde estaba ella, diciendo que debía apresurarse... Él estaba en la oficina del Coordinador, yendo y viniendo, y por primera vez vio a Pedro a través de los ojos de Russ Montray, su envidia por la libertad de movimientos del joven, que tenía el trabajo que quería en el planeta que quería, *y yo aquí clavado en este pedazo de mundo, delante de un escritorio...* Lo que el Coordinador deseaba, y Jaelle lo supo de repente porque resplandecía en su mente, era un mundo reluciente de agua y brillantes arco iris y pequeños planeadores volando a ras del agua, y veía a su propio hijo eligiendo un mundo donde había que vestirse con pieles como un animal y, a través de ojos extraños, miró el resplandor de un soldador que caía sobre alguna parte inimaginable del interior de una de las naves espaciales, y con dedos expertos accionó el soldador, sabiendo que esa parte era un rollo de Jeffrey, y que el desgaste del metal lo haría partirse por alguna tensión extraña... Todo aquello pasó como un relámpago por la mente de Jaelle en un solo instante, demasiado para poder tolerarlo de una sola vez, sumado a la tensión

procedente de una torre del puerto, donde la mano de una mujer vacilaba ante un aparato de comunicaciones: hacer descender la nave ahora o esperar, no, medio segundo más, y alguien que se quemaba con una cacerola de sopa que hervía en la cocina...

Luego hubo como una sobrecarga, y Jaelle se deslizó en la superficie de la escalera, bajó rodando media docena de escalones, y se desplomó, inconsciente, en el suelo. Oyó vagamente voces, preguntas preocupadas, alguien que tomaba su tarjeta de identificación para ver quién era, y por primera vez comprendió, a través de los ojos del técnico, para qué servían las tarjetas de identificación, y vio a alguien que bajaba corriendo de Médica, y de inmediato un clamor de ideas... ¿se había roto la muñeca? La caída había sido dura...

¡No! ¡No! ¡Es demasiado!

Jaelle trató de gritar, pero su voz era tan sólo un gemido. Con las manos intentó taparse los oídos, pero no se trataba de ruidos, y no había manera de eliminarlos. Después se desmayó y mientras se hundía en el alivio de la inconsciencia, se preguntó qué sería una posición fetal, y por qué eso les sorprendía.

Cuando abrió los ojos, el rostro de Pedro apareció desdibujado ante ella. Un médico le hizo a un lado.

—Un minuto —dijo—. Señora Haldane, ¿sabe dónde está?

Ella parpadeó y decidió que sí.

—En Médica... Sección Ocho, ¿verdad?

Demasiado tarde se dio cuenta de que la había llamado «señora Haldane», y recordó que había decidido no atender por ese nombre.

—¿Recuerda lo que ocurrió?

Examinó mentalmente lo ocurrido, y decidió que no quería hablar de ello —*estrellas centelleantes, el clamor de diez mil pensamientos, un médico cosiendo un párpado desgarrado, una luz cegadora, la idea de un crimen en una mente furiosa*— y cerró las puertas de su mente al pánico y la confusión.

—Creo que debo haberme desmayado. Esta mañana me olvidé de desayunar.

—Eso lo explicaría —dijo el médico—. Nada grave, Haldane, si ella quiere volver a trabajar, puede hacerlo... si tiene ganas. Si no, le daré medio día de permiso.

—¡Por Dios, qué susto! —dijo Peter, pellizcándole la mano—. Los de la Fuerza Espacial me llamaron diciéndome que te habían encontrado inconsciente en la escalera... No debes saltarte las comidas, amor.

—Se me había hecho tarde —se justificó Jaelle, y en su interior estalló la indignación: *¡Lo único que le importa es que llegó tarde a la reunión con el Coordinador! Ni siquiera se le ha ocurrido preguntarme lo que cualquier darkovano le habría preguntado en primer lugar a su esposa.*

Y luego se sintió desconcertada: ¡Primero, cuando él dejó en claro que quería tener un hijo, eso la había enojado, y ahora, cuando no parecía importarle, también se enfurecía! Por un momento se recostó sobre el hombro de él, pero la furia volvió con

el contacto, y Jaelle se alejó. Peter malinterpretó el gesto.

—¿Todavía te sientes débil, amor? Será mejor que pasemos por la cafetería para que tomes algo.

Ella se mostró reticente... ya llegaban tarde a la oficina del Coordinador, pero él insistió en que fueran al comedor para que ella comiera algo rápidamente. Ella no quería, pero pensó: *Me lo merezco por mentir*, y se obligó a comer, esperando no devolver. Peter se había tomado la molestia de elegir, entre la limitada selección de platos, aquellos que le había visto elegir antes, y ella se sintió conmovida, pero descubrió que de todas maneras eludía cualquier contacto con él, y al cabo de un momento comprendió por qué.

¿De veras creo que si le toco podrá leerme el pensamiento? ¿De dónde habré sacado esa idea?

¿O es que en realidad no quiero estar segura de que no puede hacerlo?

Sin embargo, parecía que la intuición de Peter había sido acertada. La comida pareció bloquear de algún modo la sobrecarga sensible y reducirla a proporciones manejables. Si hubiera estado menos tensa, incluso hubiera disfrutado de la visita a la oficina del Coordinador, situada en lo alto del edificio, con una vista que dominaba el puerto espacial, las Montañas Venza por encima de la ciudad, y el castillo Comyn; a un lado el cielo y al otro lado, un vasto espacio que se extendía hasta las llanuras del Valeron, difusas y azuladas en el borde de un horizonte indiscernible. El Coordinador estaba allí, con su hijo, Cholayna Ares y muchas personas que Jaelle no conocía, y admiraban la vista.

Alessandro Li estaba hablando cuando ellos entraron.

—¡Tienes una hermosa vista desde aquí, Russ!

El Coordinador dio la espalda a la ventana, y se encogió de hombros.

—No es el tipo de escenario que más me gusta, y el sol no tiene el color adecuado —dijo—. No veo nada.

Me parece que los nativos deberían quedarse ciegos.

Trascurrió un momento antes de que Jaelle se diera cuenta de que no lo había dicho en voz alta. Maldición, si iba a oír tanto lo que la gente decía como lo que *no* decía... ¡la reunión iba a ser un verdadero agobio! También se le ocurrió que el Coordinador ya llevaba aquí tiempo suficiente para que sus ojos estuvieran adaptados a la luz tan bien como los de Magda o Piedro. Lo que ocurría es que se había protegido con cuidado de aquella luz. Trató —y descubrió que podía hacerlo— de aislarse dentro de sí, eludiendo el contacto, y el esfuerzo la dejó pálida.

—Podemos ir al grano —dijo Monray—. Algunos de nuestros agentes de campo llegaron anoche con el informe de que un aeroplano estrellado ha sido hallado en las Kilghard Hills. Creo que al final han encontrado a Mattingly y a Carr.

—Recuerda que soy nuevo aquí —dijo Li—. ¿Quiénes son Mattingly y Carr?

El que respondió fue Wade Monray, Monty.

—Cartografía y Exploración —dijo—. Hace tres o cuatro años un avión se

estrelló en algún lugar de las Kilghard Hills, en medio de una espantosa tormenta, y aunque enviamos a nuestro grupo de rescate aéreo, jamás encontramos un rastro de ellos. Supusimos que los restos habrían quedado sepultados por la nieve. Pero ahora los han localizado...

—Puedo mostrarles el lugar exacto —dijo uno de los hombres, y desplegó una enorme hoja de papel con marcas que Jaelle no comprendió, pero sus palabras le hicieron entender que se trataba de un mapa, una suerte de foto aérea de las Kilghard Hills... o, más bien, una suerte de representación aérea de cómo podrían verse las montañas desde la altura.

—Tenemos que llegar a los restos del avión antes de que la gente del lugar empiece el trabajo de desguace... —señaló el hombre.

—¿Por qué harían algo así? —preguntó alguien.

Quien respondió fue Peter.

—Éste es un planeta pobre en metales —dijo—, el metal del fuselaje haría rico a quien lo encontrara. Normalmente, no nos negamos al desguace. Pero el instrumental del aeroplano... no queremos que sepan qué clase de vigilancia hemos mantenido sobre ellos.

—¿No tienen aeroplanos de ninguna clase? —preguntó Li.

—De ninguna clase. Usan planeadores en las montañas, en general como diversión, aunque en una oportunidad oí decir que los utilizaban para enviar mensajes o en caso de incendios. Como dije, no queremos que sepan que hemos estudiado con detalle el terreno más allá de la Ciudad Comercial... el tratado define adonde podemos ir, y adonde no, aunque no son estúpidos y deben saber que tenemos algunos agentes de campo. Pero creo que debemos escuchar lo que nos digan —agregó Peter, y el hombre de Cartografía y Exploración asintió.

—Hacedles pasar.

—Ésta es la clase de cosas que espero que podamos hacer abiertamente con las nuevas empleadas darkovanas. Si sus técnicas de reconocimiento son primitivas, podría resultar útil y bueno para las relaciones comerciales —dijo Cholayna Ares.

—Eso es lo que uno pensaría —gruñó el Coordinador—, pero por lo visto no lo han inventado durante todos los años que llevan aquí. Como ejemplo de planeta que haya retrocedido al primitivismo...

—No estoy tan segura —disintió Cholayna.

Pero Alessandro Li acotó con voz tranquila:

—Escuchemos primero el informe. Podemos discutir más tarde la cuestión de la aceptación cultural.

Los hombres que entraron parecían ser darkovanos comunes, pero hablaban en un impecable terrano, y Jaelle, curiosa con respecto a su identidad, sin intentar conseguir la información, la obtuvo. Todos ellos eran hijos del personal del puerto espacial terrano de la vieja época, en Caer Donn, y en general sus madres eran mujeres darkovanas de las clases más bajas, las que trabajaban en los bares y tabernas del

puerto espacial: les habían dado educación terrana y luego, desde Inteligencia, les habían enviado a hacer trabajo de campo. Cholayna pensaba que eso estaba mal, pero nada podía hacerse mientras las familias de las darkovanas se obstinaban en rechazar a los niños que eran producto de esas uniones. Con irritación, Jaelle descartó la idea y trató de seguir lo que estaba ocurriendo.

Los hombres tenían instantáneas que hicieron circular, y cuando llegaron a Jaelle, la joven dijo:

—Conozco esta zona. He pasado muy cerca... —y señaló la configuración particular de una de las montañas, que tenía la forma del pico de un halcón—. No está lejos de Armida... la Gran Casa de Alton —explicó, ante la curiosa mirada de Cholayna—. Rafaella y yo hemos escoltado algunas caravanas cerca de allí.

—¿Conoces a la gente de... cómo dijiste... Armida? —preguntó Li, y ella negó con la cabeza.

—¡Por supuesto que no! Una vez vi a *Dom* Esteban en la ciudad, antes de que quedara inválido, y otra vez, cuando era niña, cabalgué hasta Arilinn y vi a lady Callista, que era Celadora allí, cabalgando con un halcón. ¿Pero conocerlos? Por supuesto que no. Son lo más alto de la nobleza del Comyn, parientes de los Hastur... —Se rió—. ¡Para ellos, una renunciante sería lo más bajo de todo!

—Sin embargo, tú tienes parientes entre ellos —dijo Pedro—. Lady Rohana fue hospitalaria con todos nosotros en Ardais sólo por ti, Jaelle.

La mirada de Li se clavó en ella con interés, pero Jaelle se limitó a decir:

—Oh, Rohana es un alma rara..., no tiene prejuicios contra las Amazonas Libres ni contra otras formas inferiores de vida. Además, mi madre era su prima, y creo que fueron amantes cuando eran jóvenes y ambas estaban en la Torre. Algunos son parientes míos, pero te aseguro —añadió, riéndose—, ¡que ninguno de ellos estaría orgulloso de reconocer el parentesco!

—Sea como fuere —dijo Russ Montray, con aspereza—, ¿cree que podría localizar el lugar en que se tomó esta fotografía, señora Haldane?

Ella tomó la confusa fotografía aérea y la estudió.

—A menos que una nevada vuelva a cubrirlo —dijo—, algo que no es improbable. Pero es difícil llegar hasta allí. No me imagino cómo un aeroplano puede haber caído tan lejos. Pero bien, tampoco comprendo cómo estos aviones se mantienen en el aire, de modo que tal vez no sea raro que no comprenda cómo pueden caer. Pero no debemos preocuparnos por encontrarlo, ya que ellos nos lo traerán.

Russ Montray la miró, con el ceño fruncido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

Montray inclinó la cabeza hacia ella, con reprobación.

—¿Qué ha dicho? —repitió.

Y Jaelle volvió a sentir aquella vaga consternación, pues había hablado a partir de una certeza que ahora desaparecía de ella como una marea.

Con desprecio, Montray añadió:

—No sé de dónde ha obtenido la información, señora Haldane, pero el hecho es que al poco tiempo de haber recibido la noticia, llegó un mensaje del... —Frunció el ceño, tartamudeó, y Monty completó rápidamente la frase.

—... de uno de los asistentes del Regente, lord Hastur, de la ciudad. Ellos también han localizado nuestro avión y han ofrecido devolver los cadáveres de los hombres a cambio de una parte del metal que se obtenga del desguace.

Jaelle se apretó la cabeza con la mano. ¡Era absurdo, nunca había tenido jaquecas! Bueno ¡tampoco había estado embarazada antes! Suponía que era algo natural.

—¡Creo que deberíamos decirles que no! —dijo el Coordinador—. Es nuestra nave y nuestro metal, y de todas maneras... ¿quiénes se creen que son estos darkovanos? Son sólo otra colonia terrana, como cualquier otra...

—Me permito recordarle —dijo en un tono suave Peter— el Acuerdo de Bentigne, por el cual cualquier Colonia Perdida que haya establecido su propia cultura no está sujeta a una inmediata anexión si ha habido ausencia de continuidad cultural. Y en el caso de Darkover, hay menos continuidad cultural que en el caso de cualquier otro planeta de los que he estudiado en la Escuela de Inteligencia.

—Parece un acuerdo bastante justo —dijo Monty—. Sería bastante caro montar una operación de rescate a gran escala en las Kilghard Hills... aunque tuviéramos autorización para hacerlo, lo que no parece nada seguro...

—Es nuestro avión —insistió su padre—. Sin duda tenemos derecho a recuperarlo, y no queremos que los nativos anden manoseando la maquinaria... ¡probablemente son lo bastante estúpidos para fundirla por el metal!

—La operación correspondería a Inteligencia —dijo Cholayna con suavidad—, aunque sin duda la oficina del Coordinador tendría algún interés en el asunto. ¿Cuál es el problema, Russ? ¿No pediste autorización para realizar los vuelos de Cartografía y Exploración, y ahora temes tener que dar cuenta de reconocimientos ilegales fuera de la Zona Comercial?

Típico truco de Montray, captó Jaelle, advirtiéndole que su brazo estaba sobre el de Peter y que una vez más estaba leyéndole el pensamiento. Russell Montray era incompetente, no cabía duda... ¡si hasta sus propios subordinados lo pensaban! *Posiblemente, toda la historia, del Imperio en Darkover ha sido chapuceada porque algún condenado burócrata quería librarse de Russell Montray y lo envió aquí.*

Era difícil creer que una civilización que abarcaba las estrellas pudiera haber cometido un error tan pequeño... ¿Acaso un imperio estelar cometía sólo errores a gran escala?

—Sea cual fuere el caso —dijo Montray, frunciendo el ceño—, hemos sido convocados para hablar con el Regente, y la señora Haldane está familiarizada con el protocolo, así que la elegimos como intérprete. ¿Puede estar lista dentro de una hora? —Sus ojos helados se posaron sobre ella, pero se dirigió a Cholayna Ares—: Confío en que encuentres la filtración de información del Servicio de Inteligencia: la señora

Haldane no debió haberlo sabido antes de que yo le informara. Debes controlar a tu gente, Ares.

—Te dejaré ir en unos minutos para que te prepares para tu excursión a la ciudad —dijo Cholayna—. Me gustaría ir contigo. Tal vez algún día tenga esa oportunidad.

Jaelle oyó: *El día en que este planeta no sea tan xenofóbico. Visitar la Casa del Gremio será un buen comienzo.*

—Pero antes de que te vayas, Jaelle... ¿cómo te enteraste del mensaje de los Hastur? Sé que yo no te lo dije... no podía haberlo hecho, ya que no lo sabía. Estás en buenas relaciones con Sandro... con Aleki, quiero decir. No le diré nada, pero... ¿estuvo hablando de lo que no debía?

Jaelle negó con la cabeza.

—Tampoco Peter lo sabía —dijo—. Es la verdad, Cholayna. No sé de dónde lo saqué. En algún lugar... alguien que estaba en la sala lo sabía, y debo haberlo leído en su mente y creí que era algo que todos sabían. No sé cómo lo hice...

Cholayna le apoyó una mano sobre el brazo.

—Te creo, Jaelle. He oído hablar de la Percepción Extra Sensorial común en este planeta. Los primeros informes hablaban de eso, pero después dejó de mencionarse. Antes de leerlos sospeché que tenías poderes psíquicos. No te preocupes por Montray. Yo le calmaré. —Jaelle leyó en la mente de la mujer un epíteto poco amable, que no comprendió—. Ve a prepararte para el viaje, y vístete con ropa abrigada; hace un día hermoso, pero mi propia PES me dice que se aproxima una tormenta.

Pero ni siquiera miró hacia la ventana, y Jaelle estuvo segura de que no se refería al mal tiempo.

Jaelle estaba lista, e incluso ansiosa por emprender su excursión a la ciudad, pero Peter empañó de inmediato su entusiasmo; se enfureció al ver que llevaba ropas darkovanas.

—¿Qué pretendes hacerme, maldita sea?

Ella advirtió que jamás le entendería.

—¿Qué tiene que ver contigo? ¡Esta vez vamos a mi lado del muro! Y tú deberías conocer la manera en que nuestra gente... —dijo *nuestra* gente, a propósito para hacerle entrar en razones—, reacciona ante los uniformes terranos; en Thendara, ni siquiera una prostituta se vestiría así. Magda era lo bastante inteligente para saber que... —se interrumpió antes de decir algo imperdonable.

Peter frunció el ceño.

—Vas como empleada del Imperio y del Cuartel General... —pero también él se interrumpió, bajó la cabeza y añadió, irritado—: Vamos.

Al menos ahora sabía que ya no podía imponerle exigencias arbitrarias, pues ella no obedecería por el simple deseo de complacerle. Y hasta entonces ella había

cedido: llevaba el uniforme dentro del Cuartel General, porque en cierto modo eso la hacía invisible y evitaba que todos la llamaran *esa mujer darkovana con la que se casó Haldane*. Pero no lo llevaría en su propia ciudad.

En el exterior, el clima era tan agradable que Jaelle sintió que incluso Peter debía de cambiar su estado de ánimo; era uno de esos días maravillosos de principios de la primavera en los que, aunque la nieve estaba aún muy próxima, el aire suave parecía augurar toda la belleza del verano. Era un deleite caminar por las calles empedradas de la ciudad, lejos de los ruidos de las máquinas y de la suave música sin carácter que supuestamente cubría los ruidos, sin conseguirlo. Peter, Li, Monty e incluso el Coordinador, cuyo horror al frío se había convertido en una broma típica en el Cuartel General, habían salido con el uniforme de verano, Jaelle enlazó su brazo con el de Peter, incapaz de tolerar que una barrera se interpusiera entre ellos en un día tan hermoso.

—¡Piedro! ¿De veras te gustaría que me vistiera como una mujer desvergonzada? Sé que es costumbre en el Cuartel General... ¿pero de veras no te importa exhibirme de esa manera ante todos los desconocidos de la calle? ¡Cuando Cholayna visite la Casa del Gremio, le proporcionaré también ropas adecuadas!

Él se detuvo y pensó durante un minuto. Después dijo con voz suave:

—No es justo para ti, y lo sé. No debería acusarte. Pero justo en este momento, ahora que Li está aquí para examinar el estatus de la colonia... todos dicen que he echado a perder mi carrera, que yo podría haber sido el primer Legado. No entiendo por qué tiene que causarte tanto trastorno, ya que te estás adaptando tan bien a la vida del Cuartel General, y en realidad no hay ninguna cuestión de intereses. Pero me pareció que sería mejor, en estos momentos, no... no echarles en cara que me casé con una nativa.

Peter se interrumpió, y Jaelle se sintió como si la hubiera abofeteado. Pero no por nada que hubiera hecho ella. Él se había casado con ella sabiendo quién y qué era, y lo que aquello podía significar para su carrera. Si ahora pensaba de manera distinta, ya no tenía nada que ver con ella. ¡Jaelle nunca había imaginado una ambición de esa clase, que aceptara construir algo sobre una mentira! Clavó la mirada al frente, luchando contra las lágrimas que amenazaban con brotar. Todo su placer por la belleza del día había desaparecido. No había todavía en el cielo de la tarde rastro alguno de la niebla que precedía a la lluvia o la nevada nocturna. Cuando viajaba por las montañas, la vida de Jaelle dependía a menudo de su capacidad de evaluar las condiciones climáticas, y sentía en aquellos momentos un desagradable cosquilleo recorrerle la espalda.

Se avecina una tormenta. Tal vez Cholayna se refería al clima después de todo.

La escolta terrana les dejó junto al portal exterior del castillo Comyn, donde un cadete muy joven, con una barba incipiente todavía sin afeitarse, muy rígido en su nuevo uniforme reluciente, les informó con cuidado que lord Hastur había enviado una guardia de honor para escoltar a los huéspedes. Peter respondió cortésmente, en

impecable *casta*, pero Jaelle se preguntó si él comprendía lo que para ella estaba perfectamente claro, que la guardia no era para honrarles, sino para mantener a estos torpes intrusos fuera de los sitios donde no se les deseaba.

Les condujeron a una habitación que Jaelle nunca había visto, pero de inmediato adivinó que se trataba de la sala de audiencias del Regente.

Nunca se le había ocurrido que les permitirían ver al príncipe Aran, ni siquiera para presentarle sus respetos. En realidad había supuesto que se limitarían a concederles una entrevista con algún funcionario menor, pero por lo visto los propios Hastur iban a tratar la cuestión. De modo que era algo serio. El príncipe Aran Elhalyn, como todos los príncipes del Comyn, tenía funciones puramente ceremoniales y ornamentales: el verdadero poder del Concejo estaba en manos de los Hastur.

Custodiados por otros dos jóvenes cadetes de uniforme verde y negro, algunos fragmentos de metal sin identificar estaban dispuestos sobre una mesa lustrada. Los terranos se acercaron para examinarlos, y uno de los cadetes carraspeó con vacilación. Jaelle le tiró a Peter de la manga. Éste habló en voz baja con el Coordinador Montray, quien se volvió en el momento en que entraba a la habitación un hombre delgado y de cabello rubio, de no más de treinta años, escoltado por otros dos Guardias. Iba vestido con elegantes ropas de color azul y plata, los colores de los Hastur, y tenía modales tranquilos y sencillos. Sin embargo, Jaelle advirtió el respeto con el que le trataban los Guardias.

—Soy Danvan Hastur —dijo—. Mi padre, el Regente, ha tenido que salir de improviso para atender unos asuntos de familia. Me ha enviado para que les reciba y les ruegue que por favor le disculpen. El hecho de que me haya enviado en su lugar no es un gesto de desprecio. —Hizo una inclinación a manera de saludo, y Peter tradujo todo aquello a los terranos.

—Haldane —dijo el Coordinador—, respóndele lo que sea adecuado acerca del honor que nos hace y dile con diplomacia que cuanto antes nos ocupemos del asunto, tanto más rápido podrá dedicarse a sus cuestiones de familia o a lo que sea.

Jaelle se quedó escuchando en silencio mientras Peter hacía la traducción en un *casta* perfecto. El joven Hastur le escuchó con sonrisa amable, pero Jaelle tuvo la impresión, no obstante, que en realidad había comprendido lo que había dicho Montray.

Cuando concluyeron las formalidades, Hastur les indicó con un gesto que se acercaran a la mesa.

—Éstas son las partes del aeroplano estrellado que contienen números o letras de identificación, signo que por supuesto los nuestros no pudieron leer. Me aseguran que todo lo demás es simplemente metal, y debo decir que esta gente, aunque muy pobres, son personas honestas. Al devolver estos materiales, renuncian a lo que para ellos sería una fortuna. Sería muy generoso por parte de ustedes recompensarles de alguna manera.

—En nuestra cultura —dijo Montray—, la gente no espera recompensas por la simple honestidad..., no, no traduzcas eso —añadió con expresión irónica—. Su sentido del deber probablemente es diferente del nuestro. Si vivo aquí durante mil años, como parece ser que ocurrirá, nunca llegaré a comprender un mundo donde la honestidad no se considera una obligación y donde las recompensas no se dan por cosas fuera de lo normal.

—Oh, vamos, Montray —dijo Aleki en tono cínico—, no puedes ser *tan* ingenuo. Es una cuestión relativa. ¿Y si alguien te dejara un montón de diamantes y te pidiera que cuidaras ese montón de rocas sin valor? Ésa es la historia completa de la civilización terrana... tomar cosas valiosas que los nativos nunca consideraron valiosas, y cambiárselas por basura inservible. ¿Cómo crees que conseguimos el plutonio de Alfa?

—*No tenía* valor para ellos, con su nivel de civilización... o su falta de ella —argumentó Montray—, pero podemos hablar de ética en alguna otra oportunidad, si te parece. Ahora, dile que apreciamos la cortesía, y ocúpate de enviar a los granjeros, o a quien haya encontrado esto, alguna clase de recompensa.

Jaille, recordando una conversación sostenida en Ardais, propuso:

—Algunas herramientas de metal: palas, martillos, hachas... Ésa sería la recompensa más apreciada.

—Gracias, Jaille. Recuérдалo, Monty —dijo Aleki—. Y, Haldane, empieza a registrar los datos de esos fragmentos antes de que los retiren.

Peter fue, con Jaille, a leer los números y registrarlos en su grabadora de bolsillo.

—Caja negra, con cintas intactas —dijo Peter—. Podremos averiguar por qué se estrelló el avión, aunque supongo que, en las Kilghard Hills, habrá sido por el mal tiempo y los vientos cruzados. —Examinó los tres fragmentos envueltos con cuidado—. ¿Sólo tres chapas de identidad? Mattingly, Reiber, Stanforth. Hay un tal Carr anotado en los registros. Su chapa debe estar entre las ruinas. ¿Cuántos cadáveres encontraron?

Jaille tradujo la pregunta, y Danvan Hastur negó con la cabeza.

—Me temo que no lo sé. Deben interrogar a los hombres, que dijeron que estaban dispuestos a guiarles hasta el lugar del accidente. Pero me dijeron que sepultaron decentemente los cuerpos. Como comprenderán, el avión estaba en el fondo de un precipicio casi inaccesible. Les pareció que sacar de allí a los hombres era innecesario, ya que no se podía hacer nada por ellos.

Jaille, con un fragmento metálico en la mano, quedó inmóvil, mientras una imagen aparecía en su mente con toda claridad: *Un avión estrellado en una cornisa alta, reposando precariamente, en equilibrio; después una única figura salió de él, y hubo una súbita caída del aparato en el abismo...* Se aferró al borde de la mesa, mareada, preguntándose cuáles serían las razones que le habían provocado aquel vértigo.

—¿Sobrevivió uno de los hombres? —dijo bruscamente—. ¿Qué le ocurrió?

Los ojos claros de Hastur buscaron los suyos, y Jaelle se dio cuenta de que había hablado en su propio idioma.

—¿Cómo sabes que hubo un sobreviviente, *mestra*? ¿Tienes *laran*?

—Sostuve esto... —tartamudeó ella— y lo vi abandonar el aeroplano y permanecer en la cornisa... cuando el aparato cayó...

Peter se volvió para mirarla, alarmado, y advirtió que todos los ojos se clavaban en ella. Hastur ignoró a los otros terranos.

—Es cierto que hubo un superviviente. Está viviendo en Armida. He recibido un mensaje de lord Damon, el Regente de Armida en nombre de lord Valdir, que todavía es legalmente un niño, en el que me avisa que Carr está a su servicio. Le preguntaron a Carr si deseaba enviar un mensaje a los suyos, pero él se negó, y dijo que no tenía parientes vivos y que sin duda los terranos le habrían dado por muerto muchos años atrás.

—Eso es inadmisibile —exclamó el Coordinador Montray cuando le tradujeron aquellas palabras—. Ese hombre debe regularizar su situación.

En voz muy baja, Monty se dirigió a su padre:

—No, señor —dijo—, eso quedó establecido el año pasado. Los contratos privados entre los ciudadanos terranos y los empleadores darkovanos son legales, si queremos estar en condiciones de contratar a darkovanos según sus términos de empleo. —Luego preguntó a Lord Hastur—: Dime, señor, ¿quién es el patrón de Carr?

—El propio lord Damon Ridenow —dijo Hastur, y Monty arqueó las cejas.

—Eso acaba con la cuestión, padre —dijo—. La ley dice que si un darkovano de importancia se hace personalmente responsable del empleado terrano, es legal, y no podemos hacer nada al respecto. Lord Domenic, de Aldarán, pidió una docena de terranos expertos en diseño aéreo... quiere intentar fabricar allí alguna clase de helicóptero o de aeroplano VTOL. Lorrill Hastur ha tenido a media docena de expertos trabajando con tecnología solar en las llanuras de Arilinn. Si lord Armida quiere tener a este Carr a su servicio, lo único que podemos hacer es indicar en los registros que está sano y salvo en alguna parte de los Dominios, y dejarle allí.

Terminaron la sesión empaquetando las casi treinta libras de restos que debían llevarse para examinar.

Lord Hastur afirmó:

—Estoy dispuesto a montar una operación de rescate, con guías que les lleven hasta allí, cuando el clima lo permita. Pero creo que debemos reunimos pronto y discutir las reglas según las cuales se autorizan los vuelos de Cartografía y Exploración.

—Con respeto, señor —dijo el Coordinador—, no aceptamos que tengas jurisdicción sobre nuestros vuelos. No estáis haciendo uso alguno del espacio aéreo, y no hay problemas de tráfico. Pretendemos seguir adelante con los vuelos de Cartografía y, aunque agradecemos tu cooperación, debe quedar claro que solicitamos

esa cooperación como favor, y que en realidad, no admitimos tener la obligación de hacerlo. Nuestra postura no ha cambiado: Darkover es una colonia del Imperio, y mientras no interfiramos con la autodeterminación de tu pueblo, no aceptaremos que tengas la jurisdicción suficiente para protestar por estos vuelos de reconocimiento.

El rostro de Hastur empalideció de furia.

—Con respecto a eso, señor, te invito a hablar con mi padre, con el príncipe Aran y con el Concejo del Comyn: te invito a que acudas durante el Solsticio de Verano y presentes tu caso. Y ahora, me temo que mis obligaciones me requieren en otra parte. ¿Puedo ofrecerte ayuda para transportar estas cosas hasta la Zona Terrana? Y sería conveniente que hablaras con la gente que trajo estas cosas y arreglaras venderles el metal como compensación.

Se puso en pie y se marchó con su escolta. Los terrenos se quedaron solos.

—Un pez muy frío —dijo Aleki—. Me encantaría saber por qué todo el mundo muestra tanta deferencia ante estos Comyn... Jaelle —añadió—, ¿no estás emparentada con algunos de ellos?

—Un parentesco lejano —mintió ella, ansiosa por alejarse de ellos, y de repente reticente a permanecer allí más tiempo.

—¿Y qué hacemos con ese condenado metal? A nosotros no nos sirve para nada, pero no podemos perturbar la economía local dejándolo allí y que se produzca una especie de fiebre del oro. Tenemos lo más importante aquí... —Li señaló las chapas de identificación, la caja negra, los fragmentos que identificaban a ese avión en particular—. ¿Debemos dejar el resto allí? Haldane, Monty, conocéis las costumbres locales: ¿qué sugerís?

—El Regente de Alton —dijo Peter—, tiene reputación de ser un hombre razonable y honorable. Es cierto que nunca le he tratado personalmente, pero tiene esa reputación. Sugiero que enviemos a alguien a negociar con él: después de todo, son sus tierras.

—Buena idea —dijo el Coordinador—, y al mismo tiempo podremos averiguar algo sobre ese hombre, Carr. ¡Qué diablos, si quiere aceptar un empleo al otro lado, nadie se lo impide, y después de todo, tampoco ha venido a cobrar su salario! —Soltó una carcajada, y Jaelle no pudo evitar ver la mueca de disgusto de los otros terranos. ¿Tomaba alguien en serio a aquel hombre?—. Pero debemos asegurarnos —prosiguió el Coordinador— de que no están utilizando a este Carr para sacarle información sobre los terranos. Que no están lavándole el cerebro. ¡Podríamos terminar viéndonos en la necesidad de enviar a alguien a rescatarle!

Peter habló con su tono más seco.

—De ningún modo puedo imaginarme que el Regente de Alton pudiera ser responsable de algo tan deshonroso —dijo.

—Oye, ¿de qué lado estás, después de todo? —preguntó Montray—. Siempre crees todo lo que dicen estos bastardos nativos, y si son tan simples, ¿por qué no hacen lo que hacen los nativos de los demás planetas no civilizados cuando el

Imperio llega a ellos... venir a rogar participación en la acción? ¡Aquí está ocurriendo algo que no sabemos, y tengo el presentimiento de que esos bastardos que llamáis *Comyn* tienen algo que ver!

Monty dijo, con un tono que hubiera congelado el hidrógeno líquido:

—Sea lo que fuere, señor, sugiero que bajes la voz. Después de todo, estamos en su territorio y si hay aquí alguien que hable terrano básico, acabas de insultar a la más alta nobleza. Podemos discutir lo que debe hacer Haldane cuando nos encontremos protegidos por las paredes del Cuartel General.

Jaelle dijo, con una voz casi tan fría como la de Monty:

—Si estás preocupado por tu seguridad, me aventuro a recordarte que la palabra de un Hastur es proverbial, y lord Danvan nos ha dicho que estamos seguros. No obstante, sugiero que nos vayamos de aquí antes de que lamente su cortesía.

—Carguemos esas cosas, entonces —ordenó Li—. Podemos dárselas a los de la Fuerza Espacial en los portales, pero hasta entonces, Monty, Haldane... ¿podéis repartirlas entre los dos? Cuidado con esa caja negra... yo la llevaré —añadió, y la guardó en un bolsillo de su uniforme—. La entregaré personalmente a Operaciones de Vuelo, aunque supongo que sólo nos hablará del mal tiempo. Bien, vámonos.

Uno de los cadetes que quedaban se aclaró la garganta con timidez y le dijo a Jaelle:

—*Mestra*, ¿serías tan amable de informar al capitán u oficial terrano?, no conozco la designación apropiada, así que no lo atribuyas a la descortesía, que lord Hastur nos pidió que os ayudáramos a transportar estos objetos hasta más allá de la ciudad.

No es necesario que carguen como animales, estamos aquí para ayudarles.

Jaelle transmitió la información, y el Coordinador dijo:

—Apuesto a que querrían ponerles las manos encima, ¿verdad? —Pero rápidamente, antes de que pudiera oírle, Peter dijo:

—Gracias, amigos —en la inflexión más cortés y prosiguió—: Monty, dale tu carga. Li, entrégale la caja negra, no sufrirá ningún daño, y cuando alguien del rango de lord Danvan se muestra cortés, conviene aceptar la oferta graciosamente.

—¿Quién demonios te crees que eres, Haldane? —gruñó el Coordinador.

Pero Aleki dijo en voz muy baja:

—Es el experto residente en protocolo, señor, y tiene derecho a dar indicaciones en esta situación. ¡Maldición, no lo conviertas en un escándalo!

Con reticencia, Russell Montray entregó la grabadora al cadete principal, y todos se dirigieron hacia el portal.

Mientras caminaban por el corredor exterior de la Cámara de Audiencias, Peter dijo en voz baja:

—Contra la pared todos. Viene alguien y, por el aspecto, diría que pertenecen a las más altas jerarquías del *Comyn*. ¡Dejadles pasar y, por el amor de Dios, actuad respetuosamente!

Jaelle casi pudo oír al Coordinador decir que eran terranos y no se inclinaban ante

los señores feudales de ninguna maldita cultura pre-espacial, pero no lo dijo en voz alta, y todos se arrimaron contra la pared en diversas actitudes de cortesía, ficticias o reales. El hombre que iba al frente era algo parecido al joven señor Hastur que había hablado con ellos, aunque su pelo empezaba a encanecer entre el rubio dorado; los otros se apiñaban detrás de él. Hubo una exclamación de reconocimiento.

—¡Jaelle! ¡Mi querida niña!

Un momento después, Jaelle estaba en los brazos de lady Rohana.

Lady Rohana Ardais parecía haberse encogido, se la veía más pequeña, más frágil. En su pelo rojo aparecían más hebras grises de las que Jaelle recordaba.

—Querida, te busqué en la Casa del Gremio, pero no estabas, y la Madre del Gremio no estaba allí, así que nadie me dijo dónde podía encontrarte. ¡Bendita sea Avarra, que me guió hasta este encuentro, muchacha!

Lorill Hastur le dio a Jaelle un breve abrazo de pariente. Ella quedó tan sorprendida por el gesto como si le hubiera ocurrido a otra persona. Sin duda él se daba cuenta de que era una Renunciante, que entre otras cosas había renunciado al estatus que podía haber tenido en el Comyn.

—Te vi una vez cuando eras niña —dijo él, y rozó las puntas del corto pelo de la joven—. Casi lo único que recuerdo de ti es que tenías un pelo muy hermoso, y me pareció una pena que las Renunciantes lo sacrificaran.

Jaelle le hizo una confusa reverencia, y por primera vez en su vida, la vestimenta de Renunciante le pareció tosca.

—¿Pero quiénes son estas personas, y cómo es que te encuentras entre ellas?

Danvan Hastur explicó, desde detrás de su padre:

—Son la embajada terrana que ha venido para hablar del aeroplano que encontramos en tierras de Armida, señor.

Jaelle empujó a Peter hacia adelante y dijo con timidez:

—Este hombre, lord Hastur, es mi compañero libre. Nació en Caer Donn y ha vivido entre darkovanos la mayor parte de su vida.

—Rohana me ha hablado de él —dijo Lorill Hastur—, y recuerdo que se encontraba entre los que contribuyeron a conseguir que el concepto de *tecnología médica* fuera puesto a disposición de nuestro pueblo por medio del empleo de Renunciantes en la Ciudad Comercial. —Cortésmente, saludó a Peter con una inclinación de cabeza—. Rohana, si quieres hablar con tu hija adoptiva, puedo excusarte durante un tiempo de tus tareas de asesora —dijo, y siguió su camino.

—Quédate a hablar conmigo —dijo Rohana, aferrándose al brazo de Jaelle—. Tengo que decirte tantas cosas...

Jaelle miró a Peter, indecisa.

—Es muy amable de tu parte, lady Rohana —dijo él—, pero mis obligaciones...

—Quédate si lo deseas —dijo Montray, pero cuando la enorme puerta se abrió ante ellos, el viento les azotó con violencia, y el Coordinador retrocedió.

Jaelle advirtió que debería haberlo imaginado: ¿por qué había sido insensible al

mal tiempo? Era la súbita cellisca de finales de primavera que podía llegar desde el desfiladero sin ser vista hasta el momento en que descargaba toda su fuerza, cubriendo la ciudad de blanco en pocos minutos y sin previo aviso. Una vez incluso, Jaelle había quedado atrapada durante el Festival del Solsticio de Verano.

—El beso de Zandru —dijo en voz alta, y después, vacilando, le explicó a Montray—: Creo que deberemos pedir hospitalidad aquí... no podemos salir con esta tormenta. Lord Hastur...

Él se volvió y asintió. Dijo a uno de los cadetes que esperaban:

—Conduce a los dignatarios terranos a las habitaciones de huéspedes, por favor.

Monty le dio las gracias con impecable cortesía. Russell Montray tuvo la sensatez de quedarse callado.

—Y tú, Jaelle, junto con tu compañero libre —dijo Rohana—, por supuesto seréis mis huéspedes esta noche. —Sonrió alegremente—. ¡No sabía que el clima favorecería tanto mis deseos!

Pero cuando los terranos fueron conducidos hacia las habitaciones de huéspedes, Peter les observó, intranquilo, y cuando él y Jaelle quedaron solos en las lujosas habitaciones de la parte Ardais del castillo Comyn, dijo con inquietud:

—No me siento bien con esto, Jaelle. No creo que Montray sepa lo suficiente del protocolo darkovano, y yo debería estar allí con él.

—Monty se las arreglará —contestó Jaelle—, y yo he trabajado todos los días con Aleki. Si no sabe lo suficiente para impedir que el viejo se meta en problemas, entonces no es tan bueno como piensa.

—Ése es el punto —casi gritó Peter—. En realidad no lo entiendes, ¿verdad? Nunca lo has entendido. Necesito estar allí, Jaelle... No rodeado de lujos mientras algún otro se lleva la recompensa. Quiero el cargo del viejo Montray, así de simple, y si no estoy allí, este recién llegado, este Sandro Li, me lo arrebatará sólo por estar en el sitio adecuado... ¿y dónde estoy yo? ¡Fuera de todo, en un lugar bueno para un agente de campo, pero donde nunca me considerarán para los cargos más altos!

Por un momento, Jaelle se quedó muda de asombro. La idea de que alguien pudiera conspirar para conseguir uno de esos aburridos puestos administrativos, de la clase que los Comyn se veían obligados a asumir por nacimiento y por los ineludibles requerimientos de la nobleza, le consternaba tanto que por el momento Peter le resultó desconocido.

—Entonces, por supuesto, debes ir de inmediato —dijo cuando recobró el uso de la palabra—. No puedes permitir que te superen, que avasallen tu *ambición*.

Utilizó la inflexión despectiva, como si hablara de un arribista, alguien que anduviera buscando sobornos y preferencias, pero él no pareció comprender que le había insultado, y Jaelle se preguntó cómo había sido capaz de soportar la presencia de Peter hasta aquel momento. No era el hombre que ella había amado en Ardais, no era nadie. Era un sucio e intrigante arribista, sólo preocupado por las preferencias y por su trabajo... ¿Cómo no lo había advertido antes?

—Sabía que comprenderías. Después de todo, también te beneficia a ti, si a mí me va bien en el trabajo —dijo Peter, sonriendo (*por supuesto, está contento ahora que se sale con la suya*) y, antes de que ella pudiera evitarlo, él se inclinó y depositó un ligero beso sobre la frente de la joven. Jaelle permaneció en silencio, de pie en medio de la habitación, sin quitarse siquiera el abrigo, mientras las lágrimas le quemaban los ojos. Había buscado tantas excusas para no verle tal como era. Y ahora estaba atrapada, llevaba un hijo suyo.

Melora —mi madre— debió sentirse así en las Ciudades Secas. Debió creer siempre que la rescatarían, que sus parientes irían a rescatarla. Pero entonces supo que nacería yo y que, a pesar de lo que ocurriera, la rescataran o no, el mundo nunca sería el mismo.

Estoy comprometida durante un tiempo por el empleo, y cuando Peter sepa lo del niño, no me dejará ir.

... Tendré hijos sólo en el momento y oportunidad que yo elija, por propia voluntad, y nunca para la casa o el orgullo, el clan o la herencia de un hombre...

Las palabras del Juramento resonaron en su mente, y supo que las había traicionado. Lo había sabido en la Casa del Gremio, cuando hablaron de los niños aquella noche, y ahora no había modo de eludir ese saber: había estado ciega, pero ahora todo le resultaba claro...

En la puerta, la criada había permanecido inmóvil, pero ahora se acercaba con suavidad, recogió la capa de Jaelle, la dobló, y preguntó con deferencia si podía traerle algún refresco. Jaelle había pasado tantos años, primero, en la Casa del Gremio, donde ninguna mujer era criada de otra, y ahora entre los terranos, donde no había servicios personales, que se sintió rara cuando la mujer tomó su capa. Le dio las gracias con un murmullo y rechazó el refresco, ya que sólo le apetecía estar sola y reflexionar sobre aquel nuevo e ingrato saber que había caído sobre ella.

Pero la mujer insistió.

—Si ya estás descansada, lady Rohana desea que acudas a su sala privada.

Aquello era lo último que Jaelle deseaba. Pero había venido al castillo Comyn por propia voluntad y ahora, como cualquier otra mujer de los Dominios, estaba sometida al Comyn. Rohana era su pariente y, además, era la patrona y benefactora de la Casa del Gremio. No tenía modo de negarse a su cortés invitación. Podría haber buscado excusas, decir que estaba demasiado cansada para conversar, demorarse pidiendo la comida o la bebida que la hospitalidad imponía a Rohana. ¿Pero por qué no quería hablar con Rohana, que sólo le había dado muestra de la mayor de las amabilidades?

En la pequeña sala, que era idéntica a la habitación de Ardais donde Rohana se reunía con su administrador para llevar las cuentas de la propiedad y para recibir a los clientes de *Dom* Gabriel, Rohana la esperaba.

—Ven, querida niña —dijo, y por costumbre Jaelle fue a sentarse en un banquito junto a Rohana. Luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se retiró y se sentó en una silla alta frente a su parienta. Rohana vio lo que ocurría y suspiró—. Te busqué

en la Casa del Gremio —añadió—, pero la superior que estaba al cargo sólo pudo decirme que estabas trabajando con los terranos, y yo no sabía cómo encontrarte allí. Vine a Thendara, al menos en parte, por tu causa, Jaelle y por asuntos del Comyn...

Jaelle oyó su propia voz, que sonó tan áspera como la de una desconocida.

—Yo no tengo asuntos con el Comyn. Renuncié a todo eso cuando presté Juramento, Rohana.

Rohana levantó una mano. Como si Jaelle fuera una adolescente rebelde de catorce años, le dijo:

—No has oído lo que vine a decirte. Me estás interrumpiendo, *chiya*. —El reproche fue hecho con amabilidad, pero era un reproche, y Jaelle se sonrojó, recordando que por propia elección, no era la igual de Rohana en el Comyn, sino su súbdita, una ciudadana, y en todo sentido inferior a ella. Murmuró una fórmula ritual:

—Perdón, señora.

—¡Oh, Jaelle...! —empezó Robaría, pero enseguida recobró la compostura—. Como estás detrás de los muros del puerto espacial terrano, no creo que te hayas enterado —prosiguió—. *Dom Gabriel ha muerto, Jaelle.*

Ahora Jaelle veía lo que antes no había notado: el oscuro vestido de luto, los ojos todavía hinchados por el llanto.

Lo lamento, a pesar de que fue entregada a él en contra de su voluntad, y de que él la maltrató durante casi toda su desdichada vida.

Jaelle no había querido al muerto. Sin embargo, recordaba haber bromeado con Magda durante el Festival del Solsticio de Invierno.

Oh, trata con cortesía cualquier cosa que pertenezca a Rohana... cachorros, parientes pobres, incluso Amazonas Libres.

Dom Gabriel nunca había sido deliberadamente duro con ella.

—¡Oh, Rohana, cuánto lo lamento!

—Es mejor así —dijo Rohana con tranquilidad—. Llevaba enfermo muchas lunas. Hubiera aborrecido quedar inválido o indefenso. Hace diez días sufrió un ataque, y ninguna medicina dio resultados. Tuvo treinta ataques entre medianoche y el alba, y lady Alida dijo que, si volvía a despertar, probablemente no me reconocería, ni a los niños, y que tampoco sabría quién era, ni dónde estaba. De una manera espantosa, me sentí aliviada cuando le falló el corazón. —Cerró los ojos un momento, y Jaelle la vio tragar saliva con esfuerzo, pero dijo con tranquilidad—: La Dama Oscura sin duda fue piadosa.

Era tan cierto que Jaelle sólo pudo decir:

—Lamento de veras tu pérdida, Rohana. Él siempre fue amable conmigo, a su manera. —Después recordó que el hijo mayor de Rohana tenía veinticinco años. Mientras Gabriel vivió, Rohana había sido Regente de su esposo enfermo, pero ahora estaba sometida a su propio hijo, que sucedería a su padre—. Y ahora Kyril es Señor de Ardais —añadió.

—Se siente preparado para ser Señor del Dominio —dijo Rohana—. Me gustaría

que todo hubiera ocurrido cuando él fuera mayor... o cuando era más joven, cuando aceptaba ser gobernado por mí.

Jaelle podía lamentar honestamente la muerte de *Dom Gabriel*, al menos un poco, pero nunca había sentido más que desprecio y disgusto por su primo Kyril, y Rohana lo sabía.

—Me alegra —exclamó la joven— no haber nacido en Ardais. No estoy a sus órdenes.

—Pero yo sí —dijo Rohana—. Su primer gesto como Custodio fue arreglar el matrimonio entre su hermana Lori y Valdir, lord Armida. Valdir no tiene aún quince años, y Lori tampoco, pero eso no detuvo a Kyril: quería esa alianza con Alton. Nunca me ha perdonado que no hiciera nada, hace unos años, cuando lady Callista de Arilinn dejó la Torre, para convertirla en su esposa. Yo esperaba que Lori se casara con tu hermano Valentine, Jaelle... y que mi hijo volviera a casarse con alguien de mi Dominio de nacimiento. Pero, por supuesto, vuestro padre era un hombre de las Ciudades Secas, por lo que Kyril prohibió ese matrimonio... y ahora es el guardián de Valentine.

Jaelle había visto a su hermano Valentine menos de una docena de veces en su vida. Él había nacido cuando murió su madre, y ella no había querido recordarle. *Dom Gabriel* jamás hubiera sido desagradable con un niño, pero Kyril había detestado a sus jóvenes primos. Jaelle había huido a la Casa del Gremio, pero para Valentine, no había habido escape hasta los diez años, cuando le enviaron a Nevarsin.

—Valentine y Valdir son *bredin*. Cuando Valdir se case, Valentine irá con él como escudero juramentado, y sin duda Valdir le encontrará un buen matrimonio —explicó Rohana—. No debes temer por él.

—Apenas le conozco —dijo Jaelle—, pero me alegra que esté fuera del alcance de la maldad de Kyril. Pero Lori... ¿qué siente al tener que casarse con un pariente al que casi no conoce?

—Oh, piensa que es encantador —dijo Rohana—. Todos los Alton son brillantes, y cree que es probable que Valdir sea uno de los mejores. Sabes que el heredero anterior, el joven Domenic murió en Thendara, en un accidente de esgrima, hace unos años, y que el Dominio es gobernado por un Regente, lord Damon Ridenow, que se casó con Ellemir, la hermana de Domenic. Pero Valdir cumplirá quince años este verano y asumirá su lugar como Custodio del Dominio...

—Lo sé —asintió Jaelle, y sintió un curioso cosquilleo en su mente, que le irritó y deprimió.

¿Por qué pensaba justamente ahora en los asuntos de los Alton? El avión estrellado en tierras de Alton; Peter, diciendo que el Regente de Alton era un hombre honorable. Sin saber por qué, aquello le recordó el curioso sueño que había compartido con Magda. Había allí alguien con los colores de los Ridenow, verde y oro... ¿qué tenían que ver con ella los asuntos del Comyn?

Rohana se irguió, y Jaelle notó que estaba enojada. ¿Le habría leído el

pensamiento? No sabía que había estado prácticamente emitiendo irritación y disgusto, y que Rohana, cuyo *laran* estaba muy bien adiestrado y bajo control, estaba tan irritada por la indisciplinada mente de la joven como podía estarlo Jaelle cuando las más jóvenes hacían ruido en la Casa cuando se suponía que debía haber silencio.

—Lamento que los asuntos del Comyn te resulten tan aburridos —dijo Rohana con sequedad—, pero deberás aguantarme mientras te lo explico, ya que, después de todo, estás profundamente involucrada en ellos...

—Cuando presté Juramento de Renunciante...

—Cuando se te autorizó a prestar Juramento por intercesión mía —le recordó Rohana con frialdad—, se te permitió prestarlo, y renunciar al lugar en la sucesión del Dominio Aillard que te correspondía por tu madre Melora, sólo porque les aseguré... no con mucha sinceridad me temo, aunque entonces no lo sabía, que no tenías *laran* utilizable o accesible. Pero aunque tú puedes renunciar a tu herencia, no puedes renunciar a ella en nombre de tu hija por nacer.

—No tengo ninguna hija, nacida ni por nacer... —empezó Jaelle.

Pero Rohana la miró a los ojos.

—¿Te sigues mintiendo a ti misma, Jaelle? ¿O acaso tendrás la insolencia de mentirme y negar que estás embarazada de una hija de tu amante terrano?

Jaelle abrió la boca y volvió a cerrarla, porque no tenía nada que decir. Lo había sabido, y había cerrado su mente a ese saber. Rohana prosiguió con voz suave.

—Cuando yo nací, había muchas hijas para la sucesión de Aillard. Eso ocurrió hace muchos años, más de los que puedo recordar, y el tiempo no ha sido amable con nuestro Dominio. Mi madre, lady Liane, se casó con un hombre que adoptó su nombre y rango, y así ella no tuvo que adoptar los de él.

En el Comyn, sólo los Aillard marcaban el linaje por línea femenina, de madre a hija mayor.

—Mi madre —prosiguió Rohana—, tenía dos hermanas menores, y la más joven era la madre de tu madre, Jaelle. Melora y yo éramos primas y *bredini*; fuimos criadas juntas en la Torre de Dalereuth. Yo me marché de allí para casarme con Gabriel; Melora fue secuestrada por bandidos de las Ciudades Secas y le dio dos hijos a Jalak de Shainsa. Tú y tu hermano Valentine.

Jaelle, con la boca de repente seca, preguntó:

—¿Por qué me dices estas cosas que he sabido siempre?

—Porque mi hermana mayor, Sabrina, no tuvo hijas sino sólo hijos. Mi hermana Marelie se casó dentro del Dominio Elhalyn y, para bien o para mal, sus hijos e hijas pertenecen a ese Dominio y no al de Aillard. Le pedí a Gabriel que renunciara a su derecho paterno con Lori, pero él no quiso, y durante los últimos años, estuvo demasiado enfermo para que yo pudiera persuadirlo. Así que Lori no fue educada para heredera de un Dominio sino para el matrimonio. Pero tú no te has casado, Jaelle, y sigues siendo una Aillard. En realidad, has hecho votos que implican que cualquier hija que tengas será *tuya*, no de tu esposo. Tu hija, Jaelle, será heredera de

Aillard, te guste o no. Y heredará los poderes de este Dominio.

—¡No! ¡No lo permitiré!

—No podrás impedirlo —dijo Rohana—. Ésa es la ley. Te hemos estado observando desde que murió Melora. Es obvio que Sabrina no estuvo complacida al ver que Melora la reemplazaba.

—Sobre todo porque el padre de la hija de Melora era un bandido de las Ciudades Secas —dijo Jaelle con frialdad.

—Ahora, Sabrina ya no tiene edad para tener hijos, de modo que no puede tener una hija. Melora tenía una hermana mayor...

—¿Y ella tuvo hijas para el Dominio?

—Eso pensamos —dijo Rohana—. Tuvo una hija *nedestro* con Lorill Hastur, engendrada durante un festival, así que por conveniencia, la casamos con un pequeño propietario. Esa niña tendrá ahora... (¡Por los Dioses, cómo pasa el tiempo!) tendrá más de cuarenta años. La vi una vez, cuando era pequeña. Era muy bella y había sido destinada a una Torre.

—¿Por qué no puede ser heredera del Dominio? ¿O son los Hastur demasiado celosos de sus hijas?

Rohana negó con la cabeza.

—Antes de cumplir los quince años —explicó— fue secuestrada por bandidos. Fue rescatada, pero volvió a escapar..., tal vez tuviera un amante, y nunca más supimos nada de ella. Aunque Leonie de Arilinn nos dijo que no la buscáramos... O estaba muerta o le había ocurrido algo que impedía que jamás pudiera regresar con los suyos. Así que la sucesión pasa a ti, Jaelle, para bien o para mal. Y si no a ti, entonces a tu hija. Para eso te pedí que vinieras, para decirte estas cosas.

Jaelle advirtió que, sin darse cuenta, había cruzado las manos sobre su vientre, como para proteger a la criatura que llevaba dentro, aquella criatura en la que nunca había pensado, salvo como una atadura que le ligaba al matrimonio y a Peter. Pero esto era peor que darle un hijo a un terrano: darle una hija al Comyn, para que fuera ama y criada a la vez. Comyn. No lo haría. Había jurado no tener hijos para ningún cargo o posición, casa ni herencia...

—Y como Regente de tu hija por nacer, que es heredera de Aillard, debes ocupar un lugar en el Concejo —dijo Rohana—, aunque lady Sabrina siga siendo Regente nominal. A menos que desees que Sabrina sea Guardián de tu hija —añadió con voz helada—. En ese caso, puedes seguir adelante con tus deseos de Renunciante y descuidar tu obligación. Pero debes dar a luz a tu hija y ponerla en manos del Comyn, para que sea educada como lo exige su derecho de nacimiento.

—Es semiterrana —exclamó Jaelle con rebeldía.

—Sigues sin comprender, ¿verdad, Jaelle? —preguntó Rohana—. Ésta no es la primera vez que se extingue la línea femenina de Ardais, pero no debe volver a ocurrir. Hemos sido desafortunados durante tres generaciones. Tu deber hacia el Comyn...

—No me hables de mi deber hacia el Comyn —dijo Jaelle con voz ahogada—. En todos los años que llevo de vida, ¿cuándo han hecho ellos algo por mí?

—No pido para ti —replicó Rohana fríamente—. Tú renunciaste a esa vida cuando no tenías siquiera edad para saber lo que significaba. La vida exige que todos hagamos promesas antes de ser lo bastante mayores para cumplirlas: el *honor* exige que esas promesas se cumplan incluso cuando su cumplimiento se haga difícil.

Jaelle había estado pensando algo parecido: *¿Había traicionado su juramento a las Renunciantes cuando se le había hecho difícil de cumplir?*

Bajó los ojos.

Rohana volvió a hablar, pero con más dulzura.

—Hiciste tu propia elección. Pero no puedes elegir por tu hija. Conozco lo suficiente a las Renunciantes para saber que ni siquiera una Madre del Gremio podría hacer esa elección por su hija aunque la niña naciera en la Casa del Gremio. Tu hija debe crecer conociendo su deber hacia el Comyn, saber que es Heredera de Aillard, y tú debes saber qué es lo que se le pide. Te ruego, Jaelle, que ocupes tu lugar en el Concejo este verano, cuando Kyril esté instalado como Custodio de Ardais y cuando tu hija sea nombrada heredera de Aillard.

—¿Qué alternativa tengo? —preguntó Jaelle.

—Espero que no nos obligues a pensar en alternativas, Jaelle. Sólo si la niña muere, o si tú mueres durante el parto, sería ésa una opción viable.

No soy una esclava y no quiero que esclavicen a mi hija. Quiero vivir por mí misma, y no por la casta arrogante que rechazó a mi madre y la abandonó a la esclavitud, que después me abandonó a mí porque era tanto la hija de mi padre como de mi madre.

—El Comyn no quiso saber nada de mí a causa de mi sangre de las Ciudades Secas —dijo en voz alta—. ¿Y ahora tú me dices que pasaréis eso por alto en mi hija, y también su sangre terrana?

—En aquella época —explicó Rohana—, tenían opciones. Había otras herederas para Aillard. Desde entonces, se han producido muchas muertes. La muerte tampoco da opción a una mujer, y es una maestra más dura que el Comyn. La necesidad no consulta a la conveniencia, Jaelle.

Y las mujeres muertas, pensó Jaelle, habían sido parientas de Rohana.

Sangre derramándose sobre la arena, las oscuras sombras de un charco de agua, el dolor partiéndole la frente...

De algún modo logró eliminar aquella imagen de su conciencia. Rohana la observó con intensidad pero no dijo nada, y Jaelle se sintió agradecida. Tenía miedo de que Rohana leyera su mente, que viera el *laran* que despertaba, que la sacara del refugio que había encontrado entre las Renunciantes...

... Ningún refugio... También las he abandonado. ¿Adónde me envía el deber? ¿El deber hacia quién? ¿Mi deber hacia el Comyn, hacia los terranos que son mis empleadores, hacia Peter que es mi compañero libre, hacia mis hermanas de la Casa

del Gremio? No hay manera de huir de los juramentos en conflicto... como no hay manera de huir del nacimiento ni de la muerte...

—Kindra solía decirme —musitó—, que nada es inevitable salvo la muerte y la nieve del próximo invierno. Hasta para esto debe haber alguna otra respuesta.

—Ah, Jaelle —murmuró Rohana, inclinándose para acariciar el suave pelo de la joven—, la vida no es tan simple. No te pido que lo decidas ahora. No te hice venir aquí para atormentarte. Ve y piénsalo, querida. Consúltalo con Peter..., ella es también su hija, y a pesar de lo que crean las Renunciantes, él tiene algunos derechos con respecto a ella. No es necesario que lo decidas ahora. Incluso cuando la criatura ya haya nacido, lo único que te pido es que no cierres demasiadas puertas demasiado pronto. Déjale alguna opción. Tu madre se arriesgó y perdió la vida para que tú tuvieras alguna opción y no crecieras encadenada. Supongo que eso me hizo ser débil contigo, y no insistí en educarte de acuerdo con las estrictas leyes de una hija del Comyn. Melora no tuvo opción, yo no tuve opción...

Jaelle clavó la mirada en Rohana, pero advirtió que ésta no había hablado de sí misma, sino que sólo había dicho en voz alta: «Melora no tuvo opción.» Ahora lo repetía.

—Melora no tuvo opción, y murió para que tú sí la tuvieras, de modo que no te obligué a nada. Has tenido muchos años de libertad... ¿No es hora de que hagas algo por alguien que no seas tú misma?

Tal vez tenga razón, tal vez tenga razón... Tal vez les debo algo a los que vinieron antes, a los que vendrán después... Rafaella trató de elegir por Doria y no funcionó. Doria tuvo que ser enviada a otra parte...

Agachó la cabeza y añadió:

—Lo pensaré. Pero sin duda no habrás hecho todo el viaje desde Ardais sólo para discutir conmigo el destino de mi hija...

Rohana se aferró tan rápidamente a esto que Jaelle supo que también ella se había sentido perturbada por la discusión.

—No sólo para eso, por supuesto —dijo—, sino también para sepultar a Gabriel y para estar presente cuando Kyril sea declarado Custodio del Dominio... Se convocará una sesión especial del Concejo. Los Hastur ya han salido de Carcosa, y también el príncipe Aran, con su esposa y su hija. Se ha enviado un mensaje a todos los Dominios... pero creo que nada de esto es de interés para ti, niña. Ve a descansar, necesitas dormir. Les diré que te lleven algo de comer, algo ligero, y puedes descansar y marcharte por la mañana, o quedarte y volver a conversar conmigo, como prefieras. Te haré saber con más detalle cuándo se reunirá el Concejo. De verdad deberías tratar de asistir por tu hija, y para conocer a los miembros de los demás Dominios... ¡Sabes, niña, que tienes otros familiares además de Kyril y yo, y deberías conocerles!

—No estoy más ansiosa por conocerles que lo que han estado ellos durante todos los años transcurridos desde la muerte de mi madre —dijo Jaelle, pero su voz era

dulce, pues ahora ya no quería herir los sentimientos de lady Rohana.

La habitación de huéspedes que les habían asignado estaba vacía y silenciosa.

Jaelle tomó un poco de sopa y comió algo de ave asada que Rohana le había hecho traer. Supuso que Peter estaría cenando con el grupo terrano en sus habitaciones, y casi deseó estar con ellos. Pero no estaba lo bastante familiarizada con el castillo de Comyn como para intentar buscarlos.

Dormitó en un sillón mullido, casi sin darse cuenta de hasta qué punto le resultaba cómodo encontrarse rodeada de objetos familiares. No, familiares no, nunca había conocido un entorno tan lujoso como éste: desde que podía recordar, sólo había conocido el entorno cuidado, cómodo pero nada lujoso de la Casa del Gremio.

Hubiera podido tener objetos lujosos como éstos sí hubiera elegido quedarse con el Comyn en vez de cumplir con su Juramento de Renunciante... ¿Y por qué pensaba en eso ahora? Al cabo de un rato se quedó dormida, y Peter la despertó cuando volvió, ya muy tarde.

—Lamento haberte despertado, amor —dijo—. Hubiera regresado antes, no me gusta dejarte aquí sola, pero sabía que estabas con lady Rohana y que ella te cuidaría. Me sentí obligado a ocuparme de ellos.

—Por supuesto que debías hacerlo —dijo ella con calidez. Aquélla era una de las cosas que amaba de él, su sentido del deber.

¿Acaso significaba que ella, misma, no tenía, sentido del deber? Estudió la pregunta.

—¿Has comido? Rohana me envió toda clase de comidas exquisitas, pero apenas si pude comer —dijo—. En aquella mesita hay tortas y aves frías, y vinos...

—Comí algo con los otros —dijo él—. No aprecian la buena comida, salvo Monty. Sandro Li..., ¿cómo le llamas..., Aleki?, dijo que no pensaba tocar nada, porque no confía en la comida natural, que nunca es tan segura ni tan nutritiva como los alimentos computerizados, que tienen la cantidad exacta de vitaminas y contenidos minerales.

Tomó con una mano una pata de ave y una tajada de pan de nueces con la otra, y se acercó a ella, masticando con apetito.

—Cuando estoy en un lugar como éste, me doy cuenta de lo extraña..., de lo extraña que es en realidad la Zona Terrana. Pobrecita, te has vuelto casi loca allí, ¿verdad? Tal vez dentro de algunas semanas, cuando se solucione este asunto de Carr, podamos irnos por algún tiempo, hacer un viaje al campo, a las montañas... a Dalereuth tal vez. Siempre me ha encantado la costa, y tú no has estado nunca allí, ¿verdad? Podemos dejarlo todo y hacer el viaje a través de las montañas, por tierra... sólo nosotros dos, recuperarnos otra vez. Hey, hey... —dijo, acercándose y soltando apresuradamente la carne asada para tomarla en sus brazos—. Estás llorando, Jaelle... He sido una bestia, verdad, enredándote en mi preocupación por el trabajo... ¡y por la promoción y todas esas tonterías, sin jamás pensar en lo que de verdad importa! A veces hacen falta cosas como ésta para recordarme que existen otras cosas

en la vida. Lamento haber sido tan desagradable contigo antes. Me merecería que me odiaras después de todo eso, pero no sé qué haría sin ti, Jaelle, te amo tanto... Te necesito...

Ella ocultó el rostro en su cuello, sollozando. ¿Por qué se habían distanciado tanto? Y él ni siquiera sabía nada de nada, no sabía de la muerte de Dom Gabriel, ni de la exigencia de lady Rohana, ni del niño...

—Escucha, Peter —dijo con seriedad, extendiendo las manos para acercar el rostro de él al suyo—, sabes que Rohana es mi parienta, y bien, tenía muchas cosas que decirme, tantas que no puedo decidir las yo sola.

En un arranque, se lo contó todo, pero tal como había esperado, él prestó poca atención a lo que Rohana había dicho, que su hija sería heredera de Aillard.

—Lo más importante —susurró, abrazándola— lo único importante, es nuestro bebé, Jaelle. Hemos tenido muchos problemas, pero ahora todo habrá valido la pena. Ahora tenemos alguien en quien pensar además de nosotros dos.

La besó con tanta ternura que ella se preguntó por qué había dudado alguna vez de él.

—Eso es lo más importante, Jaelle. Sólo tú y yo... y el bebé.

Magda empezaba a sentirse inquieta, casi claustrofóbica: las mujeres se mostraban más amistosas con ella, incluso Rafaella, pero estaba harta de estar encerrada; a veces salía al jardín sólo para poder respirar el aire de la libertad. ¡Aunque el aire de la libertad oliera un poco a establo!, pensaba con ironía.

Seguía usando ropa de descarte, de segunda mano, pero la tradición exigía que se hiciera un equipo completo de ropa antes de que terminara su tiempo de reclusión. En cierto aspecto, comprendía el motivo: las mujeres de las clases superiores que entraban como Renunciantes, estaban acostumbradas a llevar ropas hechas por otros, y era necesario que conocieran el esfuerzo del trabajo propio. Keitha, en cambio, disfrutaba de la oportunidad de sentarse a coser y ahora cubría el cuello y las mangas de su nueva túnica interior con mariposas cuidadosamente bordadas. Magda envidiaba la facilidad con que lo hacía.

—Oh, me relaja —explicó Keitha—. En cualquier momento puede llamarme Marisela para que le ayude a atender un parto, de modo que prefiero descansar y bordar mientras pueda...

—Para mí no es un descanso —dijo Magda, mordiéndose un labio porque se había clavado la aguja en un dedo—. ¡Prefiero limpiar los establos antes que dar una sola puntada!

—¡Eso resulta obvio al ver tu trabajo! —exclamó Keitha, examinando las puntadas con ojo crítico—. ¡No sé en qué pensaba tu madre!

—Era música —dijo Magda—, y no creo que supiera coser mejor que yo. Estaba siempre ocupada con su laúd o con sus transcripciones. —Elizabeth Lorne sabía tocar nueve instrumentos musicales y había reunido más de trescientas canciones folklóricas de las montañas de Darkover. Magda, que tenía escaso talento musical, no había estado demasiado apegada a su madre, aunque durante los últimos meses había advertido cada vez más lo mucho que se parecía a ella, igualmente absorta en su trabajo, siempre deseosa de hacer algo por sí misma. Se preguntaba, ahora que ya era demasiado tarde para averiguarlo, cómo habría sido el matrimonio de su madre. Seguro que ella no se había dejado consumir por el trabajo que David Lorne hacía con los terranos, sino que se había ocupado en sus propias cosas...

—Mi madre me dijo que nunca debía pedirle a un sirviente que hiciera para mí algo que no pudiera hacer yo misma —dijo Keitha—. De lo contrario, una dama es esclava de sus propios criados. Ahora se lo agradezco, aunque no me gusta ocuparme de los caballos. Pero Marisela dice que debo aprender a cuidar a mis propios caballos y ensillarlos y alimentarlos, porque la ley obliga a una partera a asistir a cualquiera que viva a una distancia de un día de viaje, o más lejos aún. Y Marisela dice que tal vez no siempre tenga criados o criadas que cuiden a los animales en mi lugar.

Magda sonrió: *Marisela dice* se habían convertido en las palabras más importantes del vocabulario de Keitha. Magda había empezado a sospechar que uno

de los objetivos principales del entrenamiento de las Amazonas era que las mujeres volvieran a la adolescencia, para volver a crecer sin estar sometidas a sus padres, hermanos, a los hombres que gobernaban la mayoría de las casas darkovanas. Si aquello las devolvía a la etapa de gran pasión hacia otra mujer bien, tampoco era un crimen, aunque era sorprendente verlo en Keitha, que había sido criada como *crisoforo* y había hecho algunos comentarios poco amables sobre las amantes de mujeres en la Casa del Gremio.

Volvió a pincharse un dedo con la aguja, y juró mientras trataba de anudar una hebra corta. Camilla no era la única que le había hecho una proposición a Magda, pero ella siempre había sonreído y se había negado con cortesía, para no ofender a nadie. Lo más difícil había sido rechazar a Camilla, que había sido su amiga cuando tan desesperadamente necesitaba a una.

Pero no soy lesbiana. No tengo interés por las mujeres...

Aquella idea le hizo recordar el perturbador episodio con Jaelle. Bien, había sido un sueño, una pesadilla compartida, no tenía verdadera significación. Pero mientras luchaba con la hebra, tratando de enhebrar la aguja, recordó la noche en que se había tratado el tema en una sesión de entrenamiento...

... Cloris y Janetta habían afirmado que cualquier Renunciante que tuviera relaciones amorosas con un hombre era una traidora al Juramento.

—Los hombres son quienes nos oprimen y tratan de esclavizarnos, como el esposo de Keitha, que le golpeaba y que trató de hacerla volver contratando mercenarios... ¿Cómo es posible que una mujer libre ame a hombres que viven así y que pretenden retenerlas por la fuerza?

—Pero no todos los hombres son así —había insistido Rafaella—. Los padres de mis hijos no son así, les satisface dejarme en libertad. Tal vez preferirían que yo viviera con ellos y me ocupara de la casa, pero permiten que haga lo que me parezca.

Y Keitha había exclamado, furiosa:

—¡Dejamos a nuestros esposos y nos refugiamos aquí, creyéndonos a salvo de las persecuciones, y descubrimos que tampoco estamos a salvo de nuestras hermanas! Aquí, en esta misma casa, ayer, una de mis hermanas me hizo... me hizo una proposición que no correspondía...

La Madre Millea habló con su voz amable y neutra.

—Supongo que con eso quieres decir que alguien te pidió que te fueras a la cama con ella. ¿Quién dice que ésa es una proposición inadecuada? ¿O acaso no te dio libertad de negarte si eso querías?

—Yo digo que es inadecuada —insistió Keitha.

Y Rezi, riéndose, dijo:

—Lo llamaste algo peor, ¿te acuerdas? Confieso que yo soy la viciosa criminal en cuestión... ¡y que ella huyó de mí como si creyera que la iba a violar allí mismo, sin tener siquiera el mínimo de cortesía necesario para mirarme a la cara y decirme no, gracias!

Keitha estaba roja como el fuego, y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Yo no quería nombrarte —exclamó con furia—, ¿pero te atreves a jactarte de eso?

—No permitiré que me hagas sentir avergonzada —dijo Rezi—. Entre hombres, cuando dos muchachos juran ser amigos toda la vida, y no permitir que ninguna mujer se interponga entre ellos, aun cuando más tarde se casen y tengan hijos... ¡nadie les niega el derecho a sobreponer su amistad por encima de todo! *Donas amizu!* —dijo con tono desdeñoso—. Los compositores de canciones sólo tienen palabras honrosas para un hombre que pone a su *bredu* por encima de su mujer y sus hijos, pero si dos muchachas hacen algo parecido, se da por supuesto que cuando se conviertan en mujeres, ese juramento sólo significará... *¡Seré leal a ti hasta que mi obligación para con mi marido y mis hijos me lo permita!* Mi amor y mi lealtad están dirigidos hacia todas mis hermanas... ¡y no desperdiciaré mi amor en un hombre, que jamás podrá retribuírmelo!

Magda pensó, desconcertada: *Pero no todos los hombres son así: Rafaella tiene razón*, y perdió el hilo de lo que se decía.

Después pensó: *Me pregunto si Keitha es lo bastante honesta, intelectualmente, para reconocer lo que está ocurriendo entre ella y Marisela, o si Marisela se lo indicará algún día.*

Janetta asomó la cabeza por la puerta:

—Margali, Keitha, la Madre Lauria los llama a las dos.

Agradecida, Magda hizo una pelota con su labor y la arrojó al casillero de madera que llevaba su nombre. Keitha dobló su costura con más esmero, pero Magda y ella bajaron juntas la escalera.

Camilla estaba allí, vestida para montar, así como Rafaella y Felicia, y un grupito de mujeres a las que Magda no conocía, pero que llevaban en la manga la marca roja de la Casa del Gremio de Neskaya.

—Margali, Keitha, ¿estáis hartas de estar recluidas? ¿Estáis dispuestas a asumir cierto riesgo? Hay un incendio en las Kilghard Hills, en tierras de Alton. La ley no obliga a ir a las mujeres del Gremio, pero se nos permite compartir esta obligación cuando todos los hombres capaces hacen falta. No hay ninguna ley que os obligue a ir —repitió cuidadosamente—, pero podéis hacerlo si os apetece.

—Yo iré —exclamó Magda.

Y Keitha, más tímidamente, añadió:

—Me gustaría ir, pero no sé de qué podría servir...

—Deja eso por nuestra cuenta —le dijo una de las desconocidas—. Si no puedes combatir el fuego, podrás ayudar en el campamento... Daremos buen uso a cada par de manos.

La Madre Lauria las miró a las dos, y dijo:

—Bien, os enviaré, entonces.

Magda se dio cuenta de que, en realidad, les habían ordenado ir. El tiempo de

reclusión no podía interrumpirse a menos que una Madre del Gremio lo ordenara específicamente.

—Debéis aprender a comportaros como es debido entre hombres, y a trabajar como uno más entre ellos, no con los privilegios especiales de una mujer. Estáis a cargo de Camilla y Rafaella, y debéis obedecerlas implícitamente, y no debéis hablar con nadie, especialmente con ningún hombre, sin su permiso. ¿Habéis comprendido? Bien, vestiros con ropa de montar y llevaros vuestras ropas y capa más abrigadas, y las botas más fuertes que tengáis. Buscad ropa interior para cuatro días, y estad listas aquí abajo antes de que el reloj vuelva a sonar.

Mientras se preparaba para el viaje, y enrollaba la ropa limpia en una tela blanca que le había dado Rafaella, Magda temblaba de excitación. También estaba un poco asustada, pero se recordó a sí misma que era más fuerte que muchos de los hombres a quienes la ley obligaba a acudir. *Y soy una Renunciante.*

Mientras ensillaban los caballos, Rafaella se dirigió en voz baja a Magda y a Keitha:

—Algunos de los hombres con los que viajaremos tratarán de atraeros para conversar, u os harán comentarios sugestivos o groseros. Os digan lo que os digan, no debéis responderles ni una palabra; si os parece, fingid que sois sordomudas. Si os ponen la mano encima, podéis defenderos, pero debéis acostumbraros al hecho de que ellos nos odian y debéis aprender a vivir con eso, ya que no hay manera de evitarlo.

El destacamento de hombres que las esperaba a las puertas de la ciudad era un grupo heterogéneo. A la cabeza había tres docenas de jóvenes guardias de uniforme, comandados por un joven oficial todavía adolescente.

—Valentine Aillard, para servirte, *mestra* —dijo, dedicándole a Rafaella una fría pero cortés inclinación de cabeza—. Sed bienvenidas, todas las manos útiles nos vienen bien. ¿Traéis herramientas y alimentos?

—Aquí, en nuestros animales de carga —dijo Rafaella, y con un gesto indicó a las mujeres que se pusieran en fila.

Era evidente que el cortés joven oficial les había explicado a sus hombres cómo debían comportarse; pues aunque los guardias las miraron con curiosidad, no se manifestaron indicios de resentimiento hacia ellas. No ocurría lo mismo con los demás hombres que viajaban con ellas, y que obviamente no estaban sometidos a la disciplina militar. Hubo algunos suaves silbidos, chasquidos destinados a atraer la atención y burlas, y cuando ocuparon su lugar en la fila, algunos murmuraron expresiones obscenas. Magda les ignoró, pero Keitha se puso tan roja como una amapola. Se puso la capucha y Magda creyó que estaba llorando, así protegida. Las mujeres de la Casa de Neskaya, todas de más de cuarenta años, cabalgaban junto a los hombres sin echarles siquiera una mirada, en tanto que Camilla —Magda recordó que había sido mercenaria— iba a la cabeza con los guardias, conversando con ellos con toda tranquilidad.

—¿Por qué a ella se le permite hablar y a nosotras no? —le preguntó Keitha en un susurro.

Magda también susurró para recordarle:

—Probablemente porque no confían en que sepamos cómo debemos comportarnos. ¿*Quieres* hablar con ellos?

—No —murmuró Keitha con vehemencia—. Pero me resulta raro que converse de manera tan amistosa con los mismos hombres que nos tratan tan mal.

También se le había ocurrido a Magda, pero suponía que Camilla, que había sido Renunciante durante muchos años, sabía distinguir entre los hombres que la aceptaban como uno más de ellos, y los que la trataban como a una mujer que debía ser sometida. En cualquier caso, Camilla hacía su propia ley.

Cabalgaron toda la tarde y hasta bien entrada la noche: finalmente, el oficial a cargo de la columna hizo un alto y acamparon en un prado. Las Amazonas cocinaron en su propio fuego y, más tarde, tendieron sus mantas formando un círculo.

—Keitha —dijo Rafaella—, tú dormirás conmigo, y tú, Margali, con Camilla. Siempre que estamos entre hombres dormimos de dos en dos, simplemente para dejar bien claro que no estamos buscando compañía. Y si a alguno de ellos se le ocurre alguna idea extraña, podemos protegernos mutuamente.

Magda reconoció la sensatez de aquel arreglo, aunque estaba segura de que si a los hombres alrededor del otro fuego no se les ocurría aquella idea, seguramente se les ocurriría otra igualmente errónea. Recordó con gravedad que no le importaba lo que los hombres pudieran pensar. Sin embargo, sintió un poco de timidez al extender su manta junto a la de Camilla.

Rafaella le preguntó a una de las mujeres de Neskaya:

—¿Dónde está mi hija? Esperaba ver a Doria con vosotras.

—Le dije que podía venir si quería —dijo la mujer—, y estaba tan ansiosa como nosotras por salir de la casa, pero es el primer día de su ciclo menstrual, y un trabajo duro y una cabalgata larga no son ningún placer en un momento así. Vi que realmente se sentía mal, así que no intenté convencerla para que viniera.

—¡No me gusta pensar que mi hija pueda eludir sus responsabilidades! —exclamó Rafaella con irritación—. Yo he cabalgado y trabajado duro con un embarazo de siete lunas... ¿y ella dejó que sólo eso la detuviera?

La otra mujer se encogió de hombros.

—Ninguna ley establece que todas las mujeres deben tener las mismas reacciones corporales —dijo—. ¿O porque a ti no te afecte el trabajo duro quieres obligarla a lo mismo? Estoy segura de que si el incendio hubiera estado cerca y hubieran hecho falta todas las manos disponibles, habría estado a nuestro lado... No me parece perezosa ni cómoda. Había más mujeres dispuestas a venir, incluso ansiosas por hacerlo. No te preocupes por ella, Rafi; ya no está en tus manos. Si de verdad mostrara algún síntoma de pereza..., y hasta ahora no ha sido así, deja que las Madres del Gremio de Neskaya se ocupen de ella.

Rafaella suspiró.

—Supongo que tienes razón —dijo, y se quedó callada.

Al cabo de un rato, la otra mujer dijo con tono suave:

—Creo que las hijas de Renunciantes lo pasan peor que las que nos llegan de fuera. Esperamos tanto más de ellas, ¿verdad? —y Magda vio que la desconocida acariciaba el pelo de Rafi—. Tengo una hija que eligió abandonar el Gremio y casarse. Es feliz, tiene dos niños y su esposo la trata bien, no tengo nada que decir. Sin embargo, siento que fracasé con ella. Al menos tu hija ha prestado Juramento, hermana, y no es la criada ni la esclava de ningún hombre.

Camilla murmuró al oído de Magda:

—Y si yo le hubiera dicho eso mismo a Rafaella, me habría abofeteado. Me alegra que otra lo haya hecho. —Se incorporó y llamó a las mujeres reunidas en torno al fuego—: Antes de dormirnos —dijo—, Annelys nos dará algunas instrucciones para combatir incendios.

Annelys era la mujer de la Casa del Gremio de Neskaya; reunió a las mujeres a su alrededor y les impartió algunas instrucciones rudimentarias sobre la mejor manera de combatir un incendio: qué hacer en diferentes situaciones, las precauciones elementales de seguridad, aunque acentuó el hecho de que casi todas ellas irían destinadas a trabajos manuales comunes en la línea de fuego, y no tendrían necesidad de saber lo que estaba ocurriendo, sino que tan sólo debían obedecer las instrucciones al pie de la letra. En torno del otro fuego, Magda oyó que los jóvenes oficiales les explicaban casi lo mismo a los hombres; sus voces eran prácticamente un sonido sin palabras, pero de tanto en tanto, un silencio casual o una ráfaga de viento le traía algunas frases.

—Si sólo estuvieran los guardias —murmuró Camilla, que estaba entre Magda y Rafaella—, todos trabajaríamos y acamparíamos juntos. Pero algunos de esos hombres son gentuza, y no confiamos en ellos en absoluto. Dentro de un tiempo aprenderás a distinguir en qué hombres puedes confiar y en cuáles no. Si te equivocas, que sea siempre del lado de la cautela. Debes tenerlo en cuenta.

Annelys la oyó, y agregó:

—No estoy segura de que se pueda confiar completamente en algún hombre. No ocurre cuando soy yo la que está a cargo de algún trabajo de las Renunciantes, créeme, Camilla.

Camilla se encogió de hombros.

—Tal vez yo sea más confiada que tú. O tal vez se trata de que ya no tengo nada que perder, ¡y cualquier hombre que me ponga las manos encima se encontrará con un muñón sangrante... y lo sabe perfectamente bien!

Annelys dijo entre bostezos:

—Bien, hoy ha sido un día largo y pesado, y mañana será todavía más largo y más duro. Vayamos a dormir, hermanas.

Y se agachó para extinguir el fuego.

Magda estaba cansada y dolorida por la cabalgata, y el suelo era muy duro bajo las delgadas mantas, pero mientras pensaba que no podría pegar ojo en condiciones tan incómodas, se quedó dormida. Se despertó una vez durante la noche, y vio el fuego del campamento, que parecía un ojo rojo e hinchado, que todavía ardía; Camilla se había acercado a ella, y Magda abrazó a la mujer, agradecida por el calor de su cuerpo, porque tenía frío. Camilla murmuró algo entre sueños, cambió de posición, y Magda se acurrucó contra ella; Camilla la besó suavemente y Magda sintió que volvía a quedarse dormida.

Pero estaba preocupada. Como le había ocurrido a menudo durante las últimas semanas, se encontró analizando en detalle sus pensamientos.

Jaelle. ¿Qué había pasado exactamente entre ellas? Habían despertado una en brazos de la otra, de un sueño compartido, con el *laran* que no sabían que poseían... y Jaelle la había atraído hacia sí y la había besado, no con un beso casual, que hubiera resultado natural, como el beso adormilado que Camilla acababa de darle, sino un verdadero beso, un beso de amante, con toda aquella conciencia sensual que atemorizaba a Magda. Como muchas mujeres cuya experiencia ha sido absolutamente convencional, le resultaba difícil imaginar que pudiera responder a algo así. Jaelle no se había enojado... pero Magda había escapado. Ahora, cerca de Camilla, intentó de nuevo comprobar sus propios sentimientos. También Camilla le había hecho una proposición, y Magda se había negado, pero ahora ya no sabía por qué.

¿Es esto lo que quiero, entonces, por esto fracasó mi matrimonio, porque en el fondo soy una amante de mujeres...?

Se sentía perturbada, como ajena. Finalmente, se dijo con firmeza que al día siguiente le esperaba un trabajo duro, y logró caer en un sueño inquieto.

Al día siguiente, antes del mediodía, empezaron a oler y oír el fuego, una rugiente aspereza del aire, un rojo resplandor en el cielo. Sobre la ladera se extendía una fila de figuras oscuras, hombres y muchachos con azadas y palas que abrían un cortafuego; cuando llegaron al campamento, encontraron a otros que talaban árboles.

Magda y Felicia fueron enviadas a cavar la zanja junto con los hombres; consideraron que Keitha no era bastante fuerte para ese trabajo, así que la dejaron en el campamento, donde otras mujeres cocinaban y acarreaban agua. Camilla fue enviada a unirse con el grupo de taladores con Annelys y otras.

Desde su puesto de trabajo, Magda ni siquiera podía ver el incendio, pero si oía el rugido de las llamas; la azada que tenía en las manos le hizo ampollas, incluso con los guantes puestos, y la cabeza empezó a dolerle al cabo de una hora apenas de trabajo, pero prosiguió. Al cabo de otra hora, algunos hombres trajeron un recipiente con agua, y ella se incorporó para beber cuando le llegó el turno. El hombre que estaba a su lado la miró por primera vez, observando su rostro tiznado, sus manos sucias y las polvorientas ropas de montar, dijo:

—¡Por los infiernos de Zandru, es una chica! ¿Qué estás haciendo aquí, *mestra*?

—Lo mismo que tú, hombre... combatiendo el fuego —dijo Magda, antes de

recordar que se le había ordenado no hablar con ningún hombre, bueno o malo.

Bajó la cabeza, vació la jarra y se la devolvió al viejo que cargaba la vasija. El viejo se dirigió a ella.

—¿Qué está haciendo una chica bonita como tú aquí, entre todos los hombres, muchacha? ¿No deberías volver al campamento, donde están mi esposa y mis hijas?

Pero Magda le entregó la jarra y empuñó la azada, agachándose para seguir cavando, y al cabo de un rato el hombre, refunfuñando, le ofreció la jarra al que seguía en la fila.

Nadie se había molestado en explicarle a Magda qué estaban haciendo, pero las instrucciones de Annelys le hicieron suponer que debían quitar y llevar a cierta distancia cualquier cosa combustible, para que aquella zona quedara libre de cualquier elemento que pudiera alimentar el fuego. Al atardecer, otro grupo les reemplazó. Magda estaba tan agotada que casi no podía tenerse en pie, tenía ampollas en las manos y le parecía que la espalda iba a dolerle para siempre. En el campamento había un lugar para lavarse las manos y la cara, y las mujeres les pasaron unos grandes cuencos de una sopa de guisantes que había hervido durante todo el día. Magda deseó que hubiera algún lugar donde bañarse, pero todos estaban en las mismas condiciones, sucios y sudorosos y con olor a humo. Magda se dirigió hacia la letrina, pero una de las Amazonas de otra Casa del Gremio la detuvo para recordarle que siempre iban de dos en dos, por protección, y aunque a Magda le producía cierta incomodidad ir a las rústicas letrinas con otra mujer, en realidad se alegró de estar acompañada cuando vio los rostros de algunos de los hombres.

Bárbaros. Entre los terrarios, podía trabajar con hombres, y ninguno me hubiese tocado a menos de ser invitado a hacerlo.

Sin embargo, estaban separados por mil años de costumbres diferentes. Las mujeres comunes, protegidas por sus largas faldas y las gorras que les cubrían el pelo trenzado, iban solas a donde se les antojaba, y nadie se atrevía a tocarlas porque todos sabían que eran propiedad de algún hombre, quien seguramente se vengaría si alguien trataba con rudeza su propiedad. Las Amazonas Libres sólo pertenecían a sí mismas y por lo tanto podían ser tomadas por cualquiera... *Bárbaros*, volvió a pensar Magda. Pero los terranos también tenían sus defectos...

Cuando las Amazonas acabaron de extender sus mantas, otra vez de dos en dos, Keitha, que se había reunido con ellas, susurró:

—Las mujeres son peores que los hombres. Me miraban como si fuera una cucaracha que hubieran encontrado en la olla del potaje, y una de ellas me preguntó por qué no estaba en casa cuidando a mis niños. Y cuando les dije...

—No importa —dijo Rafaella—. Todas lo hemos oído un día u otro. Hemos tenido tiempo de acostumbrarnos, eso es todo, y tú te acostumbrarás también. Recuerda que debes estar orgullosa de lo que eres y de lo que has hecho; si ellos no lo comprenden, es su problema y no el tuyo. Hoy todas hemos hecho algo por el bien de los Dominios. Ve a dormir, amor, y no permitas que nadie te haga pensar mal de ti por

hacer lo que crees correcto.

Magda quedó sorprendida por la suavidad de la voz de Rafi; en general tenía poca paciencia con la timidez de Keitha.

—Es verdad —murmuró Camilla—, los hombres no son tan malos como las mujeres. Una vez que los hombres comprenden que trabajamos hasta el límite de nuestras fuerzas y que no queremos privilegios especiales, nos aceptan. Las mujeres, no. Tienen la impresión que al trabajar junto a los hombres, ponemos en peligro su estatus privilegiado... ¿cómo pueden convencer a sus maridos de que son frágiles y delicadas si nosotras las desmentimos? Keitha pensó que haría un trabajo más fácil que el nuestro porque no es fuerte...

—¿Me acusas de comodidad? —le espetó Keitha.

—En absoluto, hija de juramento. Tu trabajo es tan adecuado a tus fuerzas como el nuestro a cada una de nosotras, pero en realidad debes enfrentarte a algo peor. Yo prefiero mil veces trabajar en medio de la hostilidad de los hombres, y no de las mujeres. Tu prueba es más severa que la nuestra. Ninguna mujer cree que soy un peligro para ella cuando trabajo cerca de su esposo... —prosiguió, con tono sombrío. Y Magda, mirando a la marcada y ojerosa *emmasca*, supo que las cicatrices de Camilla eran tanto internas como externas—, pero tú eres joven y bonita, podrías tener un hombre, un esposo, un amante si se te antojara. A mí me perdonan por renunciar a lo que creen que nunca podría acceder aunque quisiera. Pero a ti, nunca te lo perdonarán, y será mejor que lo aceptes cuanto antes.

El día siguiente amaneció húmedo y lluvioso.

—Roguemos que sirva para extinguir el fuego —murmuró Camilla con tono sombrío mientras se calzaba las botas—. Margali, niña, déjame ver tus manos. —Exhaló un suspiro al ver las ampollas—. Aquí tienes, ponte un poco de esta crema, te endurecerá la piel —dijo.

Magda se la untó en las manos antes de ponerse los guantes. Luego se pusieron en la fila con los hombres para tomar el desayuno, unos cuencos de espeso potaje de cereal, con cebollas y otras hierbas. Había vasijas de cerveza y de caliente infusión de cereal. Los hombres hicieron algunos comentarios, pero Magda bajó los ojos y fingió no oírlos. Camilla, por otro lado, reía y bromeaba con ellos. Era evidente que muchos la conocían y la respetaban. Camilla le explicó que había luchado con ellos en la última guerra de frontera.

Mientras ocupaba su sitio junto a Felicia en las filas, un hombre les dijo con voz suave:

—Eh, preciosas... ¿qué hacéis con esa vieja hacha de guerra? Qué os hacen, ¿os atrapan antes de que sepáis lo que os estáis perdiendo? Venid con nosotros y os enseñaremos lo que es bueno...

Magda ignoró los comentarios y mantuvo los ojos clavados al frente. Tenía una

azada demasiado corta para su estatura, y se detuvo para cambiársela a Felicia, que no era tan alta como ella. Mientras volvían a sus respectivos lugares, un hombre bajó corriendo la ladera.

Era pequeño y delgado, de pelo rojo, y llevaba una capa verde y naranja.

—El fuego ha saltado la zanja —exclamó—. ¡No vayáis hacia allí! Regresad y moved a los hombres y los carros, tenemos que retroceder...

Hubo agitación en las filas de los hombres.

—Es lord Damon —dijo alguien, y todos se apresuraron a seguir aquellas órdenes.

Magda fue a apilar provisiones y mantas en un carro, y mientras se las alcanzaba a Felicia, vio al hombre que llamaban lord Damon, que hablaba en voz baja y preocupada con los jefes de línea, mientras dibujaba un mapa en el suelo con un palito. Alguien le acercó una jarra de cerveza, y tomó uno o dos sorbos, se enjuagó la boca y escupió, tosiendo. Después vació la jarra y pidió otra. Sus ropas, aunque finas, estaban sucias y arrugadas como si hubiera dormido vestido en el suelo, como los demás. El cansancio y el humo le habían dejado la voz ronca.

—Deja ya de abrir la boca como una tonta —le dijo Camilla con aspereza—. ¡Ve hasta el otro carro y conduce los caballos, y ten cuidado... que no se encabriten!

Magda empezó a bajar la ladera, llevando en la mano la brida del caballo más próximo. Los animales, al oler el fuego, relincharon y empezaron a retroceder, resoplando y protestando. Al final, Magda quiso atar un pañuelo sobre los ojos de su montura. Pero el animal olió el humo en el pañuelo y lo esquivó. Magda le gritó a Keitha que le trajera su delantal y lo ató sobre la cabeza del caballo, que entonces avanzó tranquilamente cuando Magda lo instigó con palabras suaves.

Lord Damon se acercó.

—Buena idea —dijo—. Sigue por la orilla derecha del arroyo seco para bajar, y acampad allá... —señaló—, a la sombra de aquel bosquecillo que los hombres han estado talando. Haz una zanja alrededor del campamento, por lo menos de tres codos. Ve con ellas... —prosiguió. Y señaló a media docena de mujeres que seguían el carro.

Al cabo de un rato, otro carro las siguió. Los caballos, cegados, obedecían con calma las indicaciones de Magda, que los incitaba paso a paso.

—Así, muy bien, vamos, eso es...

En el lugar indicado, las mujeres empezaron a descargar los carros, apilando ollas, cacerolas y mantas en las manos de los que las esperaban para ayudarles. Magda trabajó duro, descargando pilas de mantas.

—Toma —dijo, depositando una última pila en manos de una mujer—, éstas son las nuestras, de la Casa del Gremio. ¿Te importaría ponerlas allá?

La mujer la miró con furia, y con deliberación dejó caer las mantas sobre las hojas secas y las ramas caídas.

—Llévalas tú misma —gritó—, yo no soy criada de las asquerosas *lemvirizi*...

Magda se quedó sin respiración, ante la grosería de aquella palabra.

—Hermana, ¿qué hemos hecho para merecer esto? Estamos ayudando a tu gente a combatir el fuego...

La mujer la miró con el rostro contorsionado de furia.

—Los Dioses envían los incendios del bosque para castigar nuestros pecados, porque toleramos entre nosotros a gente como tú, y es un signo de que hasta la Tierra se indigna con basuras como tú. ¡Yo no soy hermana de ninguna de tu clase!

Le dio la espalda y se alejó y Magda, temblando de pies a cabeza, se agachó para recoger las mantas. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, tropezó con una rama y casi perdió una vez más su carga.

—Deja que te ayude, hermana —dijo una voz dulce.

Magda levantó los ojos y vio a una mujer desconocida: tenía el pelo corto como el de una Amazona y llevaba un pendiente de Renunciante, pero sus ropas eran ordinarias, falda y túnica. Recogió una parte de la carga de Magda, pero la joven permaneció en silencio, observándola. Conocía a aquella mujer, la había visto, había oído su voz en algún sitio...

—¿Eres una de nosotras, hermana?

—Soy Ferrika n'ha Fiona —dijo la mujer—. Te ruego que no prestes atención a estas mujeres ignorantes. Algún día les enseñaremos mejor. Soy la comadrona de Armida —añadió, por encima del hombro, y dejó caer la pila de mantas en el sitio señalado por Magda y se agachó para acomodarlas.

Pero alguien gritó:

—¿Dónde está la curadora? ¡Traen tres hombres con quemaduras!

—Más tarde hablaré contigo —concluyó Ferrika.

Y se alejó con premura, levantando el polvo con sus faldas de tartán. Los pantalones, pensó Magda, eran muchísimo más cómodos en un sitio como éste... Si la mujer era una Renunciante, ¿por qué no se los ponía? Más tarde la enviaron a despejar el terreno de zarzales, un trabajo duro y sucio que le desgarró la ropa y los guantes. Estaban cavando otra zanja, y parecía estar tan lejos del fuego que Magda preguntó, preocupada:

—¿De veras pensáis que el fuego llegará hasta aquí?

Por toda respuesta, una mujer señaló con el dedo:

—Mira —dijo.

Magda soltó una exclamación al ver que el fuego había llegado a la cima de la colina que estaba a la derecha y ardía ahora donde habían acampado la noche anterior, mientras pequeñas lenguas de fuego daban cuenta de los arbustos y las malezas.

Aquí y allá un árbol de resina ardía como una antorcha, y las chispas volaban a cientos de pies de distancia.

—Todos a las líneas, allá abajo —gritó un hombre—. ¡También las mujeres del campamento, todas! ¡Si no hay suficientes palas, usad azadas, rastrillos, las manos

desnudas si es necesario, estamos luchando contra reloj!

Magda se fue al sitio que le indicaron y se puso a trabajar doblando la espalda, tratando de no mirar ni oír el fuego. El humo le irritaba la garganta y el polvo que se levantaba del cortafuego le dificultaba la respiración. Se cubrió la boca con la túnica y trató de respirar a través de la tela, como lo hacían algunos hombres, y por un momento deseó tener un pañuelo de mujer. Algunas de las aldeanas trabajaban junto a ella, con las faldas remangadas hasta las rodillas, pero aún así tropezaban con las ramas caídas y las telas se desgarraban con las espinas: Magda pensó que sus pantalones de Amazona eran más decentes y también más confortables, y se preguntó por qué se le ocurriría pensar en eso precisamente en ese momento. Estaban arrancando los arbustos y las malezas para que los hombres pudieran llegar hasta los árboles y talarlos, y a su alrededor oyó fragmentos deshilvanados de conversación — ¡talar estos árboles era sacrificar buena madera, pero era mejor que dejar arder toda la campiña!—. Un hombre le tocó el hombro —el ruido dificultaba la comprensión de las palabras—, y le indicó el extremo de un tronizador. Magda estuvo casi segura de que él no tenía idea de que era una mujer, pues ninguna de las demás Amazonas había sido asignada a aquel trabajo, pero fue sin rechistar.

Cuando los jóvenes que acarreaban agua se acercaron a la fila, vio al hombre que había visto por la mañana, el que habían llamado lord Damon, que cabalgaba por el tramo desmalezado. Supuso que estaba a cargo de toda la operación, que era una especie de ingeniero.

—No tiene sentido —le dijo con vehemencia a alguien que Magda no podía ver—. Tendrán que retirarse de allí arriba y dejar que arda. De todas maneras, está perdido, y lo mejor que podemos hacer es reunir a todos los hombres a este lado. Así podremos reforzar la línea y evitar que arda hasta Syrtis... ¡hay cinco aldeas allí abajo, hombre! —Miró a los trabajadores que enderezaban la espalda durante un minuto, para beber de los cubos de agua que iban pasando; vio a Magda y le hizo un gesto—. Tú llevaste los caballos esta mañana, ¿no es cierto, muchacho? Tuviste una buena idea. Necesito a alguien listo que lleve un mensaje a los hombres, al otro lado de la colina. Dale la sierra a ese hombre... —señaló—, y ven aquí.

Magda recordó que le habían ordenado que no hablara con ningún hombre, pero seguramente aquella orden no se aplicaría al hombre que dirigía la operación. Él apenas si la miraba. Sus ojos parecían preocupados al contemplar el distante rugido y los remolinos del humo y el fuego.

—Sube esa colina, y te encontrarás con un equipo de hombres que trabaja bajo las órdenes de un hombre alto, rubio como uno de las Ciudades Secas. Si no le encuentras, pregunta por *Dom Ann'dra*. Dile que saque de allí a todos los hombres y deje que el lugar arda, ya no hay esperanzas. Dile que necesito a todos sus hombres aquí, en el lado este, para impedir que el incendio se extienda hasta Syrtis. ¿Has comprendido?

Magda repitió el mensaje, con voz tan grave como pudo.

—¿Y de quién digo que es el mensaje, *vai dom*?

El hombre la miró a la cara por primera vez.

—Oh, no eres de los míos, ¿verdad? Formas parte del grupo que enviaron de Thendara, ¿no es cierto? Dile que lord Damon envía el mensaje. Ahora, vete corriendo.

Magda se marchó con tanta rapidez como pudo por la densa maleza. Al ascender la ladera, vio el fuego en la colina que habían abandonado por la mañana, ahora rugía acercándose al nuevo cortafuegos. El lugar donde habían desayunado estaba en llamas, pero había una limpia franja de terreno entre los trabajadores y el fuego. El olor era horrible, mezclado con el hedor de carne quemada, y Magda pensó en los animales que habían quedado atrapados en las llamas. Cuando divisó al grupo de hombres, vio con ellos a una figura familiar, con túnica gris y pantalones anchos. Camilla. Magda la reconoció sólo por las botas bajas, de Amazona. Camilla se había atado un trapo sobre el rostro, pues el polvo y el calor eran terribles. Era la única de todo el grupo que no se había desnudado el torso.

A Magda le hubiera gustado detenerse para hablar con ella, pero su mensaje era demasiado urgente, así que siguió adelante, buscando al hombre alto y rubio. Pero el humo era aquí más denso, y ascendía desde la otra ladera, de modo que apenas podía ver. Con premura, le preguntó a un hombre:

—¿Dónde está *Dom Ann'dra*? Le traigo un mensaje de lord Damon...

El hombre tosió y señaló hacia una densa cortina de humo, y Magda se zambulló en ella. Detrás alguien gritó algo, pero no pudo distinguir las palabras. Luego vio, vagamente, a un hombre alto con sombrero, de piel blanca y de más de un metro ochenta de estatura.

—¿*Dom Ann'dra*? —llamó.

El hombre se volvió y exclamó:

—Di órdenes de que nadie me siguiera hasta aquí...

—Traigo un mensaje de lord Damon —repuso ella con rapidez, acercándose a él. Tosió y luego se apresuró a repetir su mensaje. El humo le hacía llorar los ojos.

El hombre alto, *Ann'dra*, masculló un juramento.

—Tiene razón, por supuesto, pero yo esperaba que pudiéramos salvar los pastos de aquí... ¡los caballos pasarán hambre este verano! Está bien, vuelve tan rápido como puedas, y dile que dentro de media hora estaremos allí abajo, ¿comprendido?

Magda asintió. Tenía demasiada tos para hablar. El rostro del hombre, ennegrecido por el humo, adquirió una expresión preocupada.

—Tienes que salir del humo enseguida, muchacho. Ven por aquí... —le indicó.

La condujo hacia los otros trabajadores, quitándose el sombrero y agitándolo.

—Retiraos, hombres, retiraos... Lord Damon nos necesita allá abajo... Raimon, Edric, todos, tomad las herramientas y bajad... —gritó, pero de repente su voz adquirió un tono de alarma—: ¡Eh! ¡Cuidado, dejadlo todo y *corred*... el fuego se ha abierto paso hasta aquí!

Magda contempló con horror un muro de fuego que había surgido como por encanto y que subía rugiendo por la pequeña cañada que ella había cruzado para llegar hasta allí. El humo, denso y asfixiante, la envolvió de repente, y cuando empezó a correr se sintió incapaz de respirar, tropezó y cayó. Entonces alguien la levantó en brazos, y la llevó a una zona donde el aire era más limpio. *Dom Ann'dra* la dejó en el suelo al cabo de un minuto y clavó la mirada en ella.

—Dios Todopoderoso —exclamó, pero... ¡había hablado en terrano! Mientras Magda le observaba, él sacudió la cabeza y dijo en dialecto montañés—: Lo siento... quiero decir, tenemos que salir corriendo... ¿tienes algo con qué taparte la cara?

Magda desgarró su túnica interior... ¡no era el momento de pensar en la decencia! De todas maneras, el humo era demasiado espeso como para que alguien pudiera verle.

—Bien —dijo él escuetamente, y le agarró la mano—. No temas, no te soltaré, pero debes confiar en mí... ¡tal vez te chamusques un poco, pero mejor eso que quedar asada para la cena del diablo!

Cogidos de las manos, los dos corrieron en línea recta hacia lo que parecía ser el centro del fuego. Magda sintió una oleada de calor, el olor de su pelo chamuscado, y un dolor ardiente le recorrió las plantas de los pies. Se oyó gritar, pero siguió corriendo, fuertemente asida a la mano del hombre. Un momento después, se encontraban al otro lado de las llamas y del humo, tosiendo, jadeando. Le lloraban los ojos. De repente el mundo se oscureció y se deslizó hacia el suelo.

—¡Ferrika! —oyó que gritaba *Dom Ann'dra*—. ¿Está la curadora? ¡Bien que alguien venga hasta aquí, y que sea rápido! Tenemos que bajar inmediatamente a este joven, arriesgó su vida para llegar... —y Magda sintió que la alzaban en vilo. El hombre la levantó, como si fuera una criatura. Entonces soltó una breve exclamación, se quedó mirándola, consternado, y susurró—: ¡Dios mío, si es una chica!

—No... —dijo ella en un débil murmullo—. Estoy bien..., déjame en el suelo...

Él negó con la cabeza. Sólo entonces Magda advirtió que el hombre seguía hablando en terrano.

—Ponerte en el suelo, *infiernos*, tienes todas las botas y los pies quemados. ¿Y quién eres?

—Soy una Amazona Libre de Thendara...

—Ya... —dijo él, con voz escéptica—, eso es lo que dices. Pero ¿quién demonios eres? ¿Inteligencia? —Sus ojos le miraron como acero centelleante, desde la máscara ennegrecida y sucia que era su rostro—. Seas quien fueres, tienes agallas por tres, muchacha. Esas botas no te van a durar mucho más.

Ferrika, la Renunciante que Magda había visto en el campamento, llegó corriendo con Camilla a su lado.

—*Vai dom*, la Amazona de Thendara dice que la mensajera es una de sus mujeres y quiere llevarla con sus hermanas... —Se interrumpió y soltó una exclamación de compasión al ver las botas quemadas de Magda, y la piel con ampollas y quemaduras

que emergía de ellas—. Hermana, déjame llevarte a algún sitio donde podamos ocuparnos de esos pies...

Ann'dra asintió.

—Ocuparos de ella. Yo tengo que llevar a estos hombres con lord Damon, y los demás tienen que salir de este sitio tan rápido como sea posible. ¡Tengo que averiguar qué necesita Damon, y debo hacerlo ya mismo!

Ferrika y Camilla hicieron una silla con sus brazos enlazados para transportar a Magda. Ésta sentía ahora un terrible dolor en las plantas de los pies, pero siguió con la mirada a *Dom Ann'dra*.

¿Inteligencia, no? Y además, había hablado en terrano. Sin embargo, Damon parecía conocerle y aceptarle como uno de los suyos. ¿Qué estaba ocurriendo aquí? Tosía y se ahogaba, le lloraban los ojos y le dolía el pecho. Se dio cuenta de que Camilla y Ferrika la habían instalado sobre una manta. Rafaella apareció con un jarro de agua fría y se lo ofreció a Magda.

—Vi que las llamas te rodeaban, Margali, y creí que habías muerto... —dijo Camilla.

La voz de Rafaella sonó cáustica.

—He notado que se las arregló para caer justo donde había un hombre apuesto para cargarla en brazos...

—Déjala en paz, Rafi, ¿no ves que está herida? —le espetó Camilla—. Qué tenía que hacer, ¿quedarse allí, para quemarse del todo? ¡No sé si yo hubiera tenido el valor para correr a través del fuego, ni siquiera si el mismísimo lord Hastur me hubiera llevado de la mano, por no hablar de *Dom Ann'dra*!

—¿Quién es *Dom Ann'dra*? —preguntó Magda, tosiendo.

—El cuñado del Regente. Se casó con la hermana gemela de lady Ellemir —explicó Ferrika, y echó un vistazo a la colina en llamas, fruncido el ceño—. ¿Qué están haciendo las *leronis*, allá arriba? Oí decir... —se interrumpió de repente—. Hermana, vamos a vendarte esos pies. Y tú, Camilla —añadió con aspereza—, basta de trabajo en las líneas. Hay té de *livani* en esa tetera, es bueno para combatir el humo; sírvete rápido una taza y tráele otra a tu hermana... —miró a Magda a los ojos, perpleja—. No conozco tu nombre —dijo—, pero estoy segura de haberte visto antes...

—Me ayudaste a cargar las mantas esta mañana —empezó Magda, pero Ferrika negó con la cabeza.

—No, antes —insistió, y de repente Magda supo dónde había visto aquella nariz respingada, aquel rostro redondo, aquellos ojos verdes. La noche de su primera Sesión de Entrenamiento, cuando su mente había vagado hasta la Hermandad... y supo que también Ferrika la había reconocido y la miraba intrigada. Dijo algo en una lengua extraña, pero Magda negó con la cabeza, sin comprenderla. Ferrika pareció aún más perpleja.

—Bebe esto —se limitó a decirle—, te dejará la garganta bien limpia.

Magda bebió un sorbo de la infusión caliente. El sabor amargo le arrancó una mueca, pero le suavizó la garganta irritada por el humo y logró que dejara de chorrearle la nariz. También Camilla bebía el líquido, y se limpió la frente ennegrecida por el humo con una manga desgarrada.

—Déjame ver esos pies. ¿Estás herida en otra parte?

Camilla se arrodilló junto a ella, angustiada. Magda tenía la frente ennegrecida, las cejas quemadas y parte del pelo chamuscado, pero la lesión no era seria. Camilla la tomó de la mano mientras Ferrika cortaba con suavidad las botas quemadas, frunciendo el ceño.

—Estas botas de cuero fino... ¡es evidente que no son adecuadas para este tipo de trabajo! —reprochó Ferrika.

Las botas se habían quemado rápidamente, y los restos tenían que ser extraídos de la carne quemada con pinzas. Magda hizo un gesto de dolor, pero no gritó.

—Una fea quemadura —dijo Ferrika—. No podrás caminar durante uno o dos días. Puede ser más profunda de lo que parece.

Pero ante la sorpresa de Magda, Ferrika no tocó la quemadura, sino que tan sólo mantuvo la mano a unos centímetros de distancia de la piel, primero sobre un pie, luego sobre el otro. Cuando suspiró y se enderezó, parecía aliviada. Magda pensó en lady Rohana, concentrada y seria, mirando sin tocar la espantosa herida de Jaelle. *¿Laran?*

—No es tan grave como creía —dijo Ferrika—, pero tampoco es superficial. La piel está dañada, pero no hay quemaduras serias en el músculo. Con botas adecuadas, no te habrías hecho ningún daño. Tendré que vendarlos, y habrá que transportarla, no debe apoyar los pies en el suelo para nada.

Las lágrimas rodaban por el rostro de Margali. Pensó que eran una reacción al humo.

—He venido a ayudar y termino siendo una carga...

—Te has herido honorablemente —resopló Camilla—. Nosotras nos ocuparemos de ti.

Ferrika buscaba algo en su botiquín, muy parecido al que siempre llevaba Marisela.

—Límpiale la cara con esta loción, Camilla, mientras le vendo los pies. Pero tampoco debe caminar con las vendas puestas, y tenemos que conseguirle un par de botas de alguno de los hombres del campamento, alguien que pueda andar descalzo sin problemas.

—Me había olvidado —dijo Magda, conteniendo el aliento—. Tengo un mensaje de lord Damon...

—Dáselo a alguna de las mujeres, entonces —dijo Ferrika—, pues tú no puedes ir a ningún lado con esos pies.

Magda le repitió el mensaje a Rafaella, quien asintió y se alejó con premura. Magda se quedó acostada, con los ojos cerrados y tratando de ignorar el dolor,

mientras Ferrika le untaba los pies con un unguento de hierbas de olor penetrante, y se los envolvía con vendas flojas. Con dulzura, Camilla le pasó una esponja embebida en la loción refrescante por el rostro.

—Pobre niña, cuando vi que el humo te rodeaba, creí que habías muerto... creí que te había perdido, Margali... —repitió con voz ronca, abrazando a Magda. Magda advirtió, consternada, que la mujer estaba al borde de las lágrimas. Camilla rara vez demostraba sus emociones.

Pero Ferrika se incorporó y dijo:

—Debo volver a las filas, otros me necesitan.

Camilla también se incorporó.

—También yo debo ir...

—Tú te quedas aquí —ordenó Ferrika.

Camilla la miró con furia.

—¿Quién te crees que soy?

—Creo que eres demasiado vieja para este trabajo. Jamás debiste venir —dijo Ferrika—. Serías más útil en el campamento, con las demás mujeres.

—¡Preferiría trabajar entre las vacas! —exclamó Camilla con desdén, y se marchó antes de que Ferrika pudiera añadir una palabra.

Ferrika suspiró, observando a la madura *emmasca* que se alejaba.

—¡Tenía que haber sabido que Camilla siempre tiene que, ser más fuerte que todos, hombres y mujeres! Quédate aquí y descansa, Margali —ordenó, y se marchó.

Magda permaneció tendida sobre la manta. Los pies le hacían sufrir menos, pero el dolor todavía la hacía temblar. Al cabo de un rato disminuyó hasta convertirse en una molestia sorda; se quedó sola, salvo por la presencia de una mujer que atendía los fuegos, y de un viejo que yacía sobre otra manta, muy arropado y con una respiración agitada. Cuando la mujer fue a verla, Magda se asustó, recordando la furia y el desprecio de la mujer de esa mañana, pero ésta tan sólo le dijo:

—Llámame si necesitas algo... ¿quieres más té?

Magda se sentía muy sedienta, y se bebió otra taza de la amarga infusión.

—Oí decir que alguien se había quemado, pero creí que se trataba de uno de los mensajeros —dijo. Hizo un gesto con la cabeza, señalando al viejo tendido—. Gaffer Kanzel casi se asfixia con el humo esta mañana, pero con un poco de reposo estará como nuevo... ¿En qué habrá estado pensando su hijo al permitirle venir? Tengo que ir a ocuparme de la comida... Eres una de las Renunciantes de Thendara, ¿verdad?

Magda asintió.

—Tengo una hermana en la Casa del Gremio de Neskaya —dijo la mujer—, intercambiaré las tareas con una de tus hermanas, que está atendiendo el otro fuego, para que pueda venir a verte.

Se marchó, y al cabo de un minuto, Keitha se acercó a Magda.

—Me enteré que alguien se había quemado, pero no sabía que eras tú —dijo Keitha, inclinándose junto a ella—. La mujer que me envió aquí es agradable, dice

que tiene una hermana Renunciante. Y oí decir que hay Renunciantes entre las curadoras que están aquí...

—Una de ellas me vendó los pies.

—Tengo que atender un fuego, y no puedo dejar que se queme el estofado —dijo Keitha—, pero vendré a traerte bebida... dijo que debías beber tanto como pudieras. ¿Te duelen mucho los pies, Margali?

—Sobreviviré —contestó Magda—, pero sí, me duelen. Ve a hacer tu trabajo, no te preocupes por mí.

Con reticencia, Keitha volvió junto al fuego, y Magda se quedó acostada, tratando de encontrar una posición cómoda sobre el duro suelo. Al cabo de un rato, cayó en un inquieto entresueño, del cual despertó cuando el cielo estaba ya teñido de rojo por la puesta del sol. Keitha le trajo un poco más de té de hierbas y un plato de estofado, pero Magda apenas podía tragar, aunque Camilla vino a sostenerla y le hubiera dado de comer en la boca si Magda se lo hubiera permitido.

—No, no, no tengo hambre. No puedo tragar —dijo—. Sólo tengo sed, mucha sed...

—Eso es bueno. Debes beber todo lo posible, aunque no comas —intervino Ferrika, junto a ellas.

Y cuando levantaron la mirada vieron al lado de ella al delgado aristócrata al que llamaban lord Damon.

—*Mestra* —le dijo éste a Magda—, lamento tus heridas. Yo te puse en peligro sin saber siquiera que eras una mujer.

—Soy una Renunciante —replicó ella con orgullo.

—¡Vamos, por favor! —protestó Ferrika.

Ferrika habló sin rastro alguno de deferencia, y lord Damon le sonrió. Tenía el aspecto cansado y desaliñado; masticaba con poca convicción un pedazo de carne ahumada, como si estuviera demasiado agotado para sentarse y comer como es debido. Tenía el rostro todavía ennegrecido, pero Magda notó que se había limpiado las manos. Lord Damon dejó la carne a un lado y dijo:

—Déjame ver tus heridas, *mestra*. Yo también conozco algunas artes de curación.

Y después de pasarse todo el día combatiendo el fuego, todavía tiene que recorrer el campamento para atender a los heridos... Bien, ¿qué te esperabas de Damon?

Por un momento Magda creyó que alguien había dicho aquellas palabras en voz alta, pero advirtió que en realidad las había oído como un pensamiento no dicho. El rostro de lord Damon se contrajo ligeramente cuando desenvolvió los vendajes, y Magda supo, sin que nadie se lo dijera, que él sentía físicamente el dolor que le había causado. *Tal vez está demasiado cansado para evitarlo.* Después, la sensación desapareció y él le dijo con suavidad:

—Doloroso, estoy seguro, pero en realidad no es una quemadura peligrosa. Ten cuidado de que los vendajes no se ensucien ni se mojen, pues las heridas podrían infectarse... ¿comprendes que es importante? No debes tratar de caminar, debes

permitir que tus hermanas te transporten a todas partes, aunque eso signifique que deban llevarte a las letrinas cada hora. Las quemaduras crean venenos en tu cuerpo, y debes tratar de librarte de ellos.

Sus modales eran tan corteses e impersonales como los de un médico terrano, y Magda quedó atónita. Él se incorporó para marcharse.

—Envía mis cumplidos a las Madres del Gremio de Thendara, y diles que tengo motivos para sentirme agradecido a su Hermandad.

Rafaella hizo una profunda reverencia.

—Nos honras, *vai dom*.

—Vosotras sois quienes nos honráis —replicó Damon, y rozó ligeramente el hombro de Ferrika—. Te dejaré por ahora con tus hermanas. Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas —dijo, y se marchó.

Ferrika fue a atender a una mujer que se había escaldado la mano con una olla, y desde el otro lado del campamento, Magda, le oyó decir a los que habían inhalado humo que bebieran más té de aquel que hervía permanentemente sobre los fuegos.

—Él no la trata como a una criada —comentó Keitha, y en su voz había un levísimo rastro de crítica.

Una de las mujeres desconocidas dijo:

—Bien, tal vez no lo sea.

—No conocéis a Ferrika —dijo Camilla con frialdad— si creéis que es su concubina. Es una Renunciante.

—Tal vez —sugirió Magda— sea sólo su amiga.

Las otras le dirigieron unas miradas escépticas, pero lo que Magda había percibido entre el aristócrata del Comyn —¿qué eran los Comyn de todos modos?— y la Renunciante era una aceptación natural, una suerte de igualdad que ella no había visto nunca en Darkover entre un hombre y una mujer.

Alguien llamó desde otro fuego:

—*Mestra'in*, nos han dicho que hay una cantante entre vosotras... ¿querría por favor venir y cantarnos algo? ¡Hemos trabajado duro para ganarnos nuestra música!

Rafaella buscó en las alforjas que llevaban sus caballos. Magda no sabía que Rafi había traído su pequeño *rryl*.

—Tocaré con mucho gusto, pero tengo la garganta demasiado áspera por el humo para poder hacer más que graznar... ¡quien tenga todavía fuerzas para cantar, que cante!

Se dirigió hacia el fuego, y Camilla explicó:

—Ha llegado un nuevo grupo de Neskaya, y está ahora en las líneas, de modo que hay un poco de ocio en el campamento esta noche... ¡aunque pueden llamarnos a todos si hay una emergencia como esta tarde!

Magda permaneció en silencio, escuchando el sonido del *rryl*. Una o dos Renunciantes habían ido a escuchar la música, pero Camilla se quedó cerca de Magda por si necesitaba algo, y ésta cerró los ojos y trató de dormir. La otra mujer había

estado trabajando demasiado duro durante el día, y Magda estaba preocupada por ella. Sabía que no serviría de nada decirle que trabajara menos al día siguiente.

El silencio cayó sobre el campamento, y Rafaella ya había traído sus mantas para extenderlas junto a las de Keitha cuando hubo una agitación, un centelleo de antorchas y el ruido de unos jinetes que se acercaban. Magda oyó la voz de Damon Ridenow a lo lejos, como la había oído cuando se había acercado a sus fuegos, y otras voces más. Entonces se elevó un clamor del centro del campamento y varios jinetes desmontaron. Magda se incorporó y los miró: hombres y mujeres con capas brillantes, algunas de color azul y plata, los colores de los Hastur, otras del mismo verde y negro de los cadetes de la Guardia. Camilla también se incorporó y dijo:

—Sí, los Alton de Armida...

—*Lerony* de la Torre —dijo alguien.

—Tal vez ahora logremos controlar este incendio... —dijo otra voz—. Si han juntado las nubes, tal vez puedan extinguir el incendio...

Magda se incorporó para mirar. Vio al hombre alto al que llamaban Ann'dra, y a lord Damon, y a una mujer esbelta cuyo pelo resplandecía como el cobre bajo la capucha azul y plata. Miró rápidamente a su alrededor y se acercó al fuego del campamento de las Renunciantes.

Dijo con voz clara, en el *casta* puro de Nevarsin y Arilinn:

—¿Dónde está la Renunciante que resultó herida hoy?

Magda se aclaró la garganta.

—Soy yo —dijo—, pero estoy mejor...

La mujer se acercó a Magda. A su lado había otra mujer un poco más alta, con una capa verde y negra. Magda vio que estaba embarazada, aunque el embarazo no parecía molestarle, y lo llevaba con facilidad, casi con descuido.

La mujer más pequeña, vestida de azul, explicó:

—Soy Hilary Castamir-Syrtis, y arriesgaste tu vida para salvar nuestras tierras, según nos ha dicho Ann'dra. Tenemos una deuda contigo, *mestra*. ¿Quieres quitarle las vendas? —añadió, dirigiéndose a Camilla, y ésta empezó a sacarlas.

Lady Hilary se arrodilló a su lado, y tal como Ferrika lo había hecho antes, pasó la palma de su mano unos centímetros por encima de las plantas de los pies de Magda.

—¿Cómo te llamas, *mestra*?

—Margali n'ha Ysabet —respondió Magda.

—Confía en mí, no te haré daño —dijo la otra, y tocó una bolsita de cuero que pendía de su cuello. Magda recordó el gesto de Rohana cuando Jaelle había estado tan enferma en el castillo Ardais, y de repente le pareció que podía ver el centelleo azul de una piedra matriz a través del cuero y de la seda. Lady Hilary cerró un momento los ojos y a Magda le pareció ver el resplandor azul. De repente, sintió como si le hubieran quemado de nuevo los pies, jadeó de dolor, pero la sensación se desvaneció rápidamente, y desapareció la niebla azul.

—Ahora tus pies se curarán, *mestra*. Creo que no tendrás muchas molestias; pero la piel nueva es muy tierna, y debes tener mucho cuidado de no caminar durante un par de días, para que la piel no se desgarre y no se infecte. Tengo que curar otras heridas; si no, me quedaría a hablar conmigo. Yo también tengo motivos para estar agradecida a las Renunciantes. Te deseo que pases una buena noche —dijo, y se alejó, llevando a su lado a la mujer de la capa verde, que no había dicho palabra.

A la luz del fuego, Magda se miró los pies. Tal como había esperado —había visto a lady Rohana hacer esta clase de curación con la herida de Jaelle—, no había rastros de sangre ni de ennegrecimiento aunque el fuego y las astillas habían desgarrado sus pies. Los tenía cubiertos de una capa de cicatrices grises, interrumpidas por pedazos de piel roja y fina como la de un bebé, muy suave, que le dolió cuando apoyó sobre ella un dedo tentativo. Pero estaba curada.

Una de las mujeres dijo con desdén:

—No son verdaderos Comyn, ni vienen de una verdadera Torre. ¿Sabes cómo les llaman en Arilinn? La Torre Prohibida... ¡Trabajan a pesar de la prohibición de Arilinn! Incluso dicen... —bajó la voz como si estuviera murmurando cosas escandalosas y Magda no oyó lo que decía, pero sí unas pequeñas exclamaciones de consternación.

Camilla habló con toda claridad:

—¿Y de qué nos sirven las Torres a los que no somos del Comyn? Excepto por ellos, que salen de entre sus muros para ayudar y curar.

—No me importa lo que digas —dijo uno de los hombres del fuego vecino—, ¡no es correcto que una *leronis* salga al campo abierto y se mezcle con la gente común! Y tanto lady Hilary como lady Callista fueron expulsadas por la vieja hechicera de la Torre Arilinn, y si lo hizo alguna buena razón tendría. Deberían vivir quietecitas en sus casas ya que no pudieron vivir decentemente en la Torre... ¡andar por toda la campiña apagando incendios y curando a la gente común...! —escupió, y el sonido fue elocuente—. ¡Nosotros ya nos las arreglamos con el fuego, y no necesitamos que vengan a apagarlo con sus brujerías!

—No tengo nada en contra de lady Leonie —dijo Camilla con voz tranquila—. En una ocasión, se portó bien conmigo, cuando yo lo necesitaba. Pero tal vez lady Leonie sepa poco, enclaustrada como está, como una virgen sagrada, allí en su Torre de Arilinn... Tal vez sepa poco de las necesidades de los que deben vivir en el mundo, y que no saben cómo hacer para buscar su ayuda, o no se atreven por exceso de respeto.

—Hasta he oído decir..., pues mi hermana es ayudante del administrador de Armida..., que enseñan el *laran* a la gente común —intervino con desprecio una de las mujeres—. Si pueden enseñárselo a gente como nosotros, ¿de qué sirve? ¡Los Comyn descienden de los Dioses! ¿Por qué vienen a meterse en nuestras vidas?

—No puedo hablar con gente tan ignorante —exclamó Camilla con desdén.

—Son como vosotras, las Renunciantes —prosiguió la mujer con reconcentrado

odio—. No queréis quedaros en vuestro lugar, no queréis casaros ni tener niños... ¡No es extraño que queráis que también los parientes de Hastur salgan del lugar que les corresponde! ¡Queréis poner el mundo patas arriba, todos vosotros, convertir a los amos en sirvientes y a los sirvientes en amos! ¡Las antiguas costumbres eran lo bastante buenas para mi padre, y lo son para mi esposo y para mí! No tenéis hombres, así que venís aquí embutidas en vuestros pantalones descarados, para enseñar las piernas y quitarnos a nuestros hombres... Pues te diré, *mestra*, mi esposo no te tocaría ni con una horca de heno... ¡y si lo hiciera, le mataría! ¡Y si veo que le meneas las tetas, te arrancaré los ojos!

Camilla se echó a reír.

—Aunque todos los hombres salvo tu esposo, señora, desaparecieran de la faz de la Tierra, yo preferiría dormir con el perro de la casa. Sin duda te mereces todas las atenciones de tu esposo, por lo que a mí respecta.

—Las Amazonas sois todas unas sucias amantes de mujeres...

—¡Basta! —exclamó una voz autoritaria—. Nada de peleas en el campamento... ¡la tregua del combate del fuego también rige aquí!

Era la voz de Ferrika, y aquella mujer extraña se alejó en la oscuridad.

—Idos a dormir, hermanas —dijo Ferrika—, los que discuten el rebuzno de los burros o el ladrido de los perros nunca podrán ganar su caso ante las cortes más elevadas.

Se hizo el silencio en el campamento de las Amazonas, pero Camilla todavía parecía alterada cuando empezó a quitarse las botas para acostarse.

—Conocí a la vieja *leronis* de Arilinn... no diré dónde, pero yo era muy joven entonces —le comentó a Magda en voz baja—. Me curó cuando me hallaba en gran necesidad, en cuerpo y alma..., te conté algo. Pero la gente de Arilinn no sabe nada de las necesidades de la gente común. Si lo que me pasó le hubiera ocurrido a una muchacha común, la Dama se hubiera encogido de hombros y le hubiera dicho a mi familia que me casaran con cualquier hombre que aceptara propiedades dañadas. Pero como era una de las tuyas, se compadeció de mí... —se interrumpió de repente—. ¿Qué hago parlotando de esta manera?

Magda la apretó la mano en la oscuridad.

—Jamás repetiré lo que me digas, te lo prometo, hermana.

—Esa mujer me llamó amante de mujeres como si fuera el peor insulto que se podía imaginar —prosiguió Camilla—. No estoy avergonzada de que me lo digan... salvo cuando estoy entre mujeres que sueltan esas palabras como el insulto más sucio que se les ocurre.

—Eres mi amiga, Camilla, no me importa lo que seas...

—Creo que sabes que me gustaría ser algo más que tu amiga —dijo Camilla—. No debería decírtelo ahora, que estás herida, pero sabes que te amo... y me gustaría mucho hacerte el amor; pero no soy un hombre, y mi amistad no depende de eso. A ti te corresponde elegir... —su voz se quebró.

Magda se sintió profundamente perturbada.

Entonces era esto lo que deseaba, por eso había huido de Jaelle..., la vieja pulla infantil: *sólo la verdad hiere*. Claro que viviendo entre mujeres, no era sorprendente... Tal vez era eso lo que quería. Su matrimonio con Peter había terminado atrapado por la independencia y la competitividad, no le había satisfecho pensar en él como su esposo y amante. Tampoco se había sentido impulsada a buscar otro amante, o a recurrir a otro hombre. Pensó, con profunda inquietud, *tal vez lo que quiero es a una mujer, no lo sé, amo a Camilla, pero nunca pensé en eso...*

Tal vez debería tomar a Camilla como amante, eso le haría feliz y a mí no me haría ningún daño, y al menos entonces sabría qué es lo que verdaderamente quiero. Pero ¿quiero averiguarlo?

—Habaremos de eso cuando volvamos a Thendara, te lo prometo —le dijo en un murmullo a Camilla, y se sintió confortada por el cálido contacto de su amiga.

Se acostó con la cabeza apoyada sobre el hombro de Camilla, y al cabo de un rato, se dio cuenta de que ésta se había dormido. Pero ella no conciliaba el sueño. El dolor de los pies había disminuido, pero la piel curada le escocía con enloquecedora intensidad, y sabía que no debía rascarse. ¿Cómo lo había hecho lady Hilary? Y ahora de nuevo estaba leyendo pensamientos...

Prestó atención a los leves ruidos del campamento, al distante sonido que sabía era el rugido del fuego. ¿Podría saltar otro cortafuegos, como lo había hecho antes, y arder súbitamente: sobre ellas, rugiendo y destruyendo? Ellas dormían aquí, y otros estaban trabajando en las líneas...

Y al cabo de un rato pareció quedarse dormida, pero aún era consciente de su cuerpo helado, de los pies que le picaban con rabia, y le pareció mirar el campamento desde una altura grisácea; se vio acurrucada junto a Camilla, vio a las otras mujeres muy juntas, en busca de calor, los casi extinguidos fuegos cuidadosamente protegidos por círculos de piedras; después vio las capas brillantes de los hombres y las mujeres, del hombre alto llamado Ann'dra, a lady Hilary con su capa azul y brillante cabellera, al tímido y delgado lord Damon, a la mujer silenciosa que por lo visto era lady Callista. Parecían estar reunidos como bailarines envueltos en una bruma azul como la de la matriz que lady Hilary había usado para curarle los pies... Se movían en una danza colorida, entraban y salían del círculo y al mismo tiempo estaban arrodillados, inmóviles y concentrados en la matriz... Ferrika buscó a Magda y la condujo a la danza, y se pusieron a bailar entre las nubes; ella ayudaba a Hilary a reunir las nubes y las hacían rodar por todo el cielo hasta el lugar donde el fuego rugía, debajo... las nubes eran húmedas y palpables, como masa de pan, bajo sus manos, y ella las empujaba. Le parecía pellizcarlas con los dedos y la humedad salía de ellas, se hacían más suaves y flexibles, y entonces la lluvia empezó a caer de las nubes, primero una llovizna, después una lluvia y después un diluvio...

Magda se despertó sobresaltada; unas gotas caían sobre su rostro. A su lado, Camilla se incorporó de repente y exclamó:

—¡Está lloviendo!

Y en todos los campos, los hombres lanzaron un grito de alegría. Ningún incendio podía sobrevivir bajo esta lluvia densa.

Y yo formé parte de eso, pensó Magda, desconcertada, pero descartó la idea. Había sentido las primeras gotas, y eso le habría producido un sueño. Algunas de las mujeres corrían para llevar sus mantas bajo la protección que ofrecían los árboles y los carros. Camilla sacó una lona impermeable de su alforja y la extendió sobre sus mantas y las de Magda, indicando con un gesto a Keitha y Rafaella, que se acercaban al refugio, que era una especie de carpa improvisada. La lluvia seguía cayendo y se empezaron a oír gruñidos de incomodidad mezclados con hurras, pero todos admitieron que era mejor estar húmedos y fríos que quemarse, y aquello significaba que se salvarían las cosechas y el ganado.

¿Buena suerte?, se preguntó Magda, ¿conocimientos meteorológicos o acaso los aristócratas del Comyn, con sus matrices, habrían provocado la lluvia? No tenía motivos para creer que se trataba de esta última posibilidad, salvo por su extraño sueño.

¿O ni siquiera había sido un sueño?

No era probable que ellos hubieran podido originar la tormenta. Pero por otra parte, también era improbable que lady Hilary hubiera podido curarle los pies quemados sin tocarlos siquiera.

¿Quién era ella para poner límites a los poderes de otras personas? El profundo rugido de un trueno puso fin a sus pensamientos y se aferró a Camilla, con los pies helados, mientras alguien refunfuñaba:

—Maldición, ¿no tenían bastante con la lluvia, que han tenido que poner los truenos y rayos?

Alguna gente, pensó Magda, somnolienta, nunca estaba satisfecha.

Todavía no sentía náuseas matinales, pero Jaelle se notaba extraña e inquieta, y había adoptado el hábito de quedarse en la cama mientras Peter se afeitaba, se duchaba y se preparaba para irse a trabajar. Sólo cuando él se había despedido con un beso y se iba, se levantaba ella y se preparaba algún bocadillo en la habitación; era más simple que soportar los extraños olores de la cafetería a primera hora de la mañana.

Aquella mañana, cuando llegó a la oficina de Cholayna, Monty y Aleki ya estaban allí, escarbando en los archivos y buscando impresos.

—Hay un incendio —dijo Cholayna—, en tierras de Alton; yo fui con el helicóptero. ¡No puedo creer que lo combatan manualmente!

—Así lo hemos hecho desde hace siglos, mucho antes de que los terranos vinieran aquí —dijo Jaelle—, y así lo haremos cuando se hayan ido.

Entró Peter, y Jaelle advirtió que iba vestido para salir: pantalones de cuero, túnica de lana, abrigo y capa forrada con piel, botas altas. Le envidió.

—¿Estás listo, Monty? Ahora recuerda, Aleki, que eres sordomudo: de ninguna manera puedes pasar todavía por darkovano con ese acento, pero por lo menos esto te dará la oportunidad de observar.

Cholayna puso una cinta en el terminal y apareció una escena borrosa en la pantalla: humo denso, largas filas de hombres y mujeres cavando con azadas y rastrillos y herramientas rústicas, algunos hombres a caballo dirigiendo la operación.

—Ningún equipo de excavación... ¡ni un tractor, ni un avión rociador! Nos ofrecimos a ayudar... me parece que podríamos ayudarles a rociar las llamas con espuma. Pero desde que se enteraron de lo de ese aeroplano que se estrelló en las Kilghard Hills, cerca de Armida, los nativos han estado nerviosos con los vuelos de reconocimiento —dijo Monty—. Mira, hay tres aldeas en esa dirección, ya lo ves... —Señaló con el dedo en el momento en que la imagen de las líneas era brevemente interrumpida por otra enviada por el satélite con sus cámaras-espía.

Jaelle se preguntó, y no por primera vez, si alguien se había molestado en informar a los Dominios de las cámaras espía de ese satélite en su cielo.

A veces las Renunciantes iban a combatir los incendios; Magda estaba en reclusión y no estaba obligada a hacerlo, aunque Camilla y Rafaella solían ir. *Si ella estuviera en peligro, yo lo sabría.*

—Ve a echarle un vistazo a la ropa de Aleki, Jaelle; tú sabes mejor que yo qué debería llevar puesto —dijo Cholayna—. Peter ya había preparado a Monty antes de que yo siquiera tuviera el informe, y ambos pensaban irse solos, pero Aleki hizo uso de su rango superior y dijo que él también iría, a pesar de lo que ellos opinaran. —Sonrió como disculpándose—. ¡Aunque eso signifique que tú deberás hacer su trabajo mientras él esté fuera!

—No hables como si estuviera cargándola con todo el trabajo del departamento

—dijo Alessandro Li, a la defensiva—. Informes idiomáticos y quiero que controle los informes de actividad del satélite y que trabaje en la topografía general de las Ciudades Secas. La semana próxima me acompañará en un vuelo de reconocimiento, si quiere ir... ¿todavía no has volado en uno de nuestros aviones?

—Demonios, yo la hubiera llevado de haber sabido que ella quería ir —exclamó Peter—. Pero otra vez será, ¿de acuerdo, Aleki? Los caballos están listos junto a los portales de la Ciudad Vieja...

Jaelle estudiaba la pantalla: un humo denso, cenizas y chispas barrían las colinas, dejando atrás una estela ennegrecida. Conocía aquella zona, había cabalgado por allí. Cada pocos años, los árboles de resina se incendiaban, y crecían tan rápidamente que volvían a incendiarse. Cholayna fruncía el ceño y decía algo sobre la destrucción de fuentes vitales generadoras de lluvia.

—El problema es que no hay posibilidades de lluvia a la vista —dijo Peter—. La gente de Armida debería ser puesta al corriente del informe del satélite: los vientos soplarán hacia Syrtis y Armida misma podría incendiarse. Jaelle...

Ella se desprendió de la escena, tan vivida que le parecía que podía oler el humo, el olor acre de la ceniza y oír rugir el fuego. Hizo dar vueltas a Aleki, y frunció el ceño.

—Esas botas no valen. Creerán que eres una mujer disfrazada o un afeminado. Peter, debe llevar botas adecuadas.

—Infiernos —protestó Aleki—, ya vi las botas de reglamento para el campo... ¡yo no puedo caminar con esas condenadas cosas! ¿Es que tengo que caminar como un macho matón, aplastándolo todo? ¿Son los hombres tan inseguros?

—No estoy interesado en su psicología —dijo Peter, y su tono era seco—. Es la costumbre, y eso es todo: esas botas tuyas te convertirían en lo que ellos llaman un adicto a las sandalias en cualquier parte fuera de la ciudad, y ni siquiera serían bien vistas dentro de una casa. Vete a Pertrechos de Campo y consíguete un par adecuado. Acompáñale, Jaelle.

Ella le acompañó y le consiguió un par de botas, le ayudó a calzárselas: Aleki no dejaba de refunfuñar. Ella le reajustó el nudo de la bufanda y le recordó que era sordomudo.

—Durante tu primera excursión al exterior, te sentirás de manera muy parecida a como yo me sentí el primer día que pasé aquí —dijo—. Pero eso es sólo el principio.

En el tejado, donde aterrizaban los helicópteros, Peter discutía con Monty.

—Si vamos así, con trajes darkovanos o no, sabrán de inmediato que somos terranos. Creo que deberíamos viajar a caballo con aquel grupo.

Señaló a un grupo de hombres que ensillaban sus caballos en una calle próxima al Cuartel General.

—Necesita hombres fuertes para combatir el fuego —dijo Monty—. No creo que les importe que seamos *cralmacs* o terranos, siempre que podamos levantar una azada, y si vamos en el helicóptero, llegaremos antes y podremos trabajar más sin

sentirnos cansados por la cabalgata. ¡Lo importante es ayudarles a combatir ese condenado incendio! Incluso sería bueno para las relaciones públicas que se enteraran de que el Imperio Terrano envió a hombres capaces para ayudarles...

—Me gustaría recordaros a ambos —interpuso Alessandro Li— que todavía trabajamos para Inteligencia; ésta no es una misión humanitaria. Haldane, ¿quién es toda esa gente que está a punto de salir a caballo?

Peter llevaba un par de potentes prismáticos en el cinturón; los enfocó y observó la calle.

—Segunda llamada. En la primera, sólo fueron los voluntarios, pero este grupo por lo visto está formado por todos los hombres que pudieron encontrar, ya que hay entre ellos viejos y jovencitos de doce años... yo fui una vez. Y hay tres o cuatro Comyn, con unas cuantas docenas de guardias, y al menos una *leronis*.

—¿Te refieres a la dama vestida de rojo? —preguntó Monty, y Peter asintió.

—¡Otra vez el Comyn! ¡Maldición, me gustaría saber por qué todo el mundo pega un brinco cada vez que ellos mueven la cabeza! —exclamó Aleki—. Pero los que lo saben, no quieren decirlo. Uno de estos días, Jaelle, tendremos una larga conversación al respecto, ¿verdad? Busquemos los caballos y salgamos. Olvídate del helicóptero. No quiero que nada nos señale como terranos. Inteligencia, recordad.

—Yo también voy —dijo Jaelle con rapidez—. Ya he combatido incendios antes... y no es necesario que acampe con las mujeres. Soy Renunciante y puedo hacer el trabajo de un hombre.

—Un espíritu digno de elogio el de tu dama, Haldane —dijo Alessandro Li con sequedad—, pero dile que se quede en casa. Nos es más útil aquí como enlace y para cuestiones idiomáticas. Si quiere ayudar, que esté en buenas relaciones con, cómo-se-llama, lady Rohana.

—Necesito ir. Y Magda debe estar allí, si están llamando a toda la gente en buena condición física...

—A los *hombres* en buen estado físico —subrayó Monty con firmeza—. Sabes tan bien como yo que no han llegado al punto de llamar a las mujeres, Jaelle.

Peter le interrumpió al ver que ella iba a contestar.

—No vas a ir, Jaelle. Hay un tremendo incendio forestal rugiendo en las colinas, y tú...

—Probablemente he combatido más incendios forestales que tú —exclamó furiosa—. Fui por primera vez a los catorce años...

—Olvídalo —dijo Cholayna—. No tenemos tiempo de esperar a que consigas la autorización médica...

—¿Autorización médica? ¿Para ir a mi propio terreno?

—Así es —dijo Peter—. Estás aquí en lugar de Magda, y una de las reglas esenciales es que nadie, nadie, sale al exterior sin autorización.

Los dos hombres ya se dirigían hacia el ascensor. Jaelle dijo con voz muy tranquila, siguiéndolos:

—Os olvidáis de que soy ciudadana darkovana. No estoy sujeta a esas regulaciones...

—Eso es lo que tú crees —dijo Peter, oprimiendo con brusquedad el botón de la planta baja—. Cuando nos casamos, pedí para ti la ciudadanía del Imperio, para que nuestros hijos también la tuvieran. Además, según tu propio Juramento, debes cumplir con los términos establecidos por tu empleador, y ése es uno de ellos. La cuestión, querida, está cerrada. —Se agachó y depositó un beso en la punta de la nariz de la joven—. Te veré a la vuelta, amor —añadió, y se alejó rápidamente.

Algún día, pensó Jaelle con enojo, ya no aguantaría que él le arrojara su matrimonio y su ciudadanía del Imperio a la cara con tanta frecuencia. Jugó con la idea de ir al odioso entorno de Médica y conseguir aquella asquerosa autorización, para fastidiarles a todos. No podrían impedirselo...

... Pero la registrarían como embarazada, y algo le dijo que debía ocultarles ese hecho. No sabía bien por qué, pero no quería que su embarazo figurara en los registros terranos. Se preguntó si simplemente quería fastidiar a Peter... sin duda él querría que su hijo fuera registrado. Empezó a caminar hacia allí, pero algo en su interior le dijo *No*, claramente y con frialdad.

Racionalizando, pensó en su última visita a Médica, las máquinas con las que observaron su interior, el sentimiento de estar completamente despersonalizada, de que su cuerpo era una máquina entre otras máquinas, violada. Si se enteraban de que estaba embarazada, sería peor. Tenía algunos días de permiso —Peter se lo había explicado—, así que subió a la oficina y le pidió a Cholayna un día libre para visitar la Casa del Gremio.

Como había esperado, Cholayna le preguntó si podía acompañarle. Jaelle fue a vestirse rápidamente. Sintió alivio al ponerse sus ropas de Amazona: pantalones de montar de cuero —le quedaban apretados de cintura, tendría que pedirle un par a Rafaella hasta que naciera el niño—, y botas adecuadas. Cuando se reunió con Cholayna en el portal, vio que la mujer llevaba una abrigada chaqueta impermeable que hubiera sido fantástica para los Heller: en invierno, pero que le hizo preguntarse a Jaelle cómo era posible que Cholayna no se sofocara en un día así, ya que tampoco hacía tanto frío.

—Pero yo nací en un mundo muy cálido —explicó Cholayna.

Temblaba incluso con sus ropas abrigadas, y miraba con asombro e incredulidad la fina túnica de Jaelle, sobre la que solamente llevaba una liviana capa de montar.

—Pero si casi es verano —dijo Jaelle.

Cholayna se echó a reír.

—No, para mí no lo es.

Sin embargo, Cholayna caminó a la par que Jaelle, incluso con sus sandalias de tacón alto, con las que Jaelle no hubiera podido dar ni cuatro pasos sin romperse los tobillos. Caminando junto a Cholayna, la joven volvió a sentirse una niña, la niña de las Amazonas. Durante una época, Kindra había trabajado como guardia de los

almacenes de la ciudad. Cuando hacía sus rondas matinales, a veces llevaba con ella a su hija adoptiva. Habían sido algunos de los mejores momentos comunes, madre e hija. Aquellos meses habían convertido a Jaelle en una Amazona.

Hubiera podido confiar en Kindra, de una manera que no podía confiar en Rohana. Ahora que había concebido un hijo, Rohana ya no podía verla sino como a la madre potencial de una niña para el Dominio Aillard.

Pero seguro que en la Casa del Gremio encontraría a alguien con quien hablar.

Estaban cruzando la plaza del mercado, y vio ojos asombrados, miradas curiosas provocadas por la piel oscura de Cholayna. Pero parecía que Cholayna estaba acostumbradísima a tales miradas escandalizadas, incluso hostiles, pues siguió caminando tan tranquilamente, enfundada en su uniforme, y Jaelle le envidió esa seguridad.

Yo antes era así, cuando caminaba con Kindra y la gente de la ciudad nos miraba y se burlaba de nosotras por ser Renunciantes. ¿Qué me ha ocurrido?

Sólo cuando llegaron a la puerta de la Casa del Gremio, Cholayna vaciló un momento y le preguntó:

—¿Debería haberme puesto maquillaje, Jaelle? Podría haberme pintado la piel para tener el mismo aspecto que las demás. No quiero ponerte en un aprieto en tu propio hogar...

A Jaelle le gustó todavía más Cholayna por haberle hecho esa pregunta, pero negó con la cabeza, desafiante. Las Renunciantes también eran diferentes... ¡Si no podían aceptar las diferencias de Cholayna, peor para ellas!

Y lo cierto es que cuando Irmelin abrió la puerta, se quedó mirando a Cholayna durante un momento, pero no tardó en controlarse y recibió a Jaelle con un abrazo.

—Sé que la Madre Lauria querrá verte —le dijo a Cholayna, y condujo a la terrana directamente al despacho de la Madre del Gremio.

Luego respondió a la pregunta de Jaelle, y explicó que Rafaella, Camilla y Margali habían ido a combatir el incendio, hacía ya varios días.

Todas mis hermanas de juramento. Aquí no hay nadie con quien pueda hablar.

Supuso que Marisela también se había marchado con las demás, pero Irmelin le dijo que estaba en la casa y adivinó, por supuesto, el motivo por el que Jaelle quería verla.

—¿Estás esperando un bebé, Jaelle? ¡Vaya, qué bien!

Jaelle supuso que debería haber esperado una reacción así, dijo lo que se dice en esos casos, y dejó que Irmelin la llevara a la cocina y le diera una taza de caliente té de corteza y un pedazo de pan fresco con mantequilla, como si fuera todavía la niña de doce años que había sido la mascota de toda la Casa del Gremio.

—Iré a buscar a Marisela, no hay razón para que tengas que subir la escalera...

—Irmel, hasta dentro de cuatro lunas subir y bajar las escaleras no será ninguna molestia para mí —protestó Jaelle, pero de todos modos, la actitud de Irmelin la reconfortó. Por lo menos, a alguien le importaba; se quedó allí sentada, derramando

lágrimas dentro de su té. Al cabo de un rato, Marisela entró en la cocina, se sirvió una taza de té y se sentó, dejándolo humear delante de ella. Sonrió a Jaelle con aquella sonrisa que rara vez le llegaba a la boca, pero que centelleaba en sus ojos.

—Bien, tienes un saludable aspecto, Shaya... ¿hay algún motivo especial para que me llamas?

—Oh, Marisa, lo siento, *le dije* a Irmelin...

—No, hermana, está bien, dormí a la hora del desayuno y me alegra tener un poco de compañía, ahora que todas están en las líneas combatiendo el incendio.

—¿Puedo servirte algo?

Marisela empezó a negar con la cabeza, pero entonces la miró con atención y dijo:

—Sí. Me gustaría un poco de pan, en rebanadas muy finas, por favor, y miel en vez de mantequilla.

Y Jaelle, ocupada en cortar el pan con el cuchillo adecuado y en encontrar el cuenco y la cuchara de la miel, descubrió que ya no le apetecía deshacerse en lágrimas. Se preguntó por qué Marisela estaría sonriendo cuando volvió a sentarse y le alcanzó el plato de pan con miel. La comadrona le preguntó:

—¿De cuánto estás?

Jaelle hizo un rápido cálculo mental y se lo dijo. Marisela asintió.

—Así que por eso hiciste todas aquellas preguntas penetrantes sobre cómo podemos reconocer nuestro propio deseo y cómo decir si lo hacemos por decisión propia o para complacer a otros —dijo Marisela.

No se trataba de una pregunta, y tampoco era un gesto de comprensión, y Jaelle sintió como si Marisela le hubiera arrojado un cubo de agua fría, pero se daba cuenta que no tenía derecho a pedir comprensión. Nadie la había obligado a acostarse con Peter, ni a casarse con él, y podía haber prevenido el embarazo. Parpadeó ferozmente, pero ya no quería llorar. Lo hecho hecho estaba.

Entonces le contó a Marisela, convirtiendo el relato en una historia graciosa, lo de las máquinas de los médicos terranos que le habían inspeccionado por dentro y por fuera, y Marisela se rió con ella.

—Creo que estamos de acuerdo en que no necesitas tantos cuidados. Eres joven y saludable. Sólo en caso de que empieces a vomitar o a sangrar... Ten cuidado con lo que comes, bebe mucha leche o cerveza pero poco vino, come tanta fruta y comida fresca como puedas, y diles a los terranos, si te preguntan, que has visto a tu propia asesora médica. Deberías volver aquí para tener el niño, pero tal vez los terranos no te lo permitan... creen que lo que sabemos de medicina es escaso y bárbaro, y debo admitir que hasta cierto punto tienen razón, pero no lo lamento demasiado. Aunque hace dos días perdí una madre y a su niño y hubiera dado todo lo que tengo por tener acceso a los conocimientos de tus terranos...

—Bien —dijo Jaelle—, Cholayna está aquí, buscando la manera de que tengas esa ayuda.

Pero Marisela sacudió la cabeza.

—Ah, no, querida, no es tan simple. A primera vista parece muy sencillo, y muy positivo, eso de que yo pueda conservar la vida de esas madres para que cuiden a esos niños, y pueda salvar a esos niños para que ninguna madre lllore porque la mitad de los hijos que tiene mueren antes del destete. Pero no es algo tan bueno.

—¿Te atreves a decir que es algo malo?

—Sí, lo digo —dijo Marisela, y ante la mirada indignada de Jaelle, añadió—: De todos modos, me gustaría hablar con tu amiga. ¿Vamos a visitar a la Madre Lauria? Termina tu té, te sentará bien.

Jaelle había crecido pensando que el despacho de la Madre Lauria era un lugar sacrosanto, al que no debía ir salvo en casos de emergencia, pero Marisela llamó y entró, así de fácil, y la Madre Lauria le dedicó una sonrisa.

—Estaba a punto de mandarte a llamar, Marisela. Cholayna... —le contó un poquito pronunciar el nombre—, ¿así es como se dice?

—Casi —dijo Cholayna, y saludó a Marisela con gesto amistoso—. Así que tú eres la médica de la Casa, como diríamos nosotros. Tú eres quien debería elegir a las mujeres que serán instruidas en técnicas médicas, o tal vez tú misma podrías venir a aprenderlas junto con las mujeres más jóvenes...

—Me interesaría, y el conocimiento es siempre bueno... ¿pero les enseñaréis sólo a utilizar las ciencias médicas o les enseñaréis también cuándo no utilizarlas?

—No comprendo —dijo Cholayna—. La función de un médico es salvar vidas, y la Madre Lauria acaba de contarme que tuviste que dejar morir a una mujer porque no pudiste salvarla, ni a ella ni a su niño. Podemos enseñarte la manera de salvar la vida de la mayoría...

—¿Para que cada madre tenga una docena de hijos vivos? —dijo Marisela—. ¿Y cómo los alimentará, entonces?

—Estoy segura de que sabes que tenemos técnicas anticonceptivas —replicó Cholayna—, de modo que una mujer puede conservar sus fuerzas para concebir sólo uno o dos niños, y no desperdiciar su vida concibiéndolos para verlos morir.

Marisela asintió.

—Si hubiera forma de asegurarse de que los dos que concibe son los más fuertes y los mejores, sería perfecto, Pero ¿y si los dos que sobreviven son los más débiles? Sus hijos serán más débiles aún. Dentro de diez o veinte generaciones seríamos un pueblo de débiles, que sólo podrían conservar la vida mediante sofisticadas técnicas médicas, es decir dependiendo de vuestra tecnología. Si se salva la vida de una mujer con pelvis demasiado pequeña, tal vez sus hijas vivan para concebir más niñas con ese defecto, y cada vez más dependeremos de la asistencia médica para que sobrevivan a sus partos. Créeme, me duele muchísimo ver cómo mueren las mujeres y los niños. Pero cuando un niño nace, por ejemplo, morado y con dificultades respiratorias porque tiene el corazón perforado...

—Eso puede remediarse —interrumpió Cholayna—. Entre los nuestros, muchos

de los que viven hubieran muerto aquí al nacer...

—Y sus hijos multiplicarían esos defectos —insistió Marisela—. Oh, créeme, en los casos en que algo no ha ido bien en el útero y el niño carece de fuerza, tal vez deberíamos salvarle la vida... pero ¿será un defecto que pasará luego a sus propios hijos? Es mejor que muera uno ahora y no que cien débiles frenen luego la fuerza de nuestro pueblo. Es como una lotería: los dos primeros hijos no son siempre los más brillantes, los más fuertes, los mejores; con frecuencia un gran líder o un genio nace séptimo, o décimo, o incluso vigésimo en su familia.

—Me temo que no me gusta jugar a ser Dios y decidir que las mujeres deben sufrir por eso —dijo Cholayna con cierta rigidez.

—¿Acaso no es jugar a ser Dios decidir qué *no deben* sufrir? —preguntó Marisela—. En una época tuvimos un programa de concepción por el cual elegíamos los genes para crear el pueblo perfecto, la raza perfecta. Infundíamos el *laran* en nuestro pueblo, y seguimos padeciendo las consecuencias. Tal vez cuando la Diosa dispone que algunos deben morir en el momento de nacer, es compasiva, a pesar de parecer cruel.

—Sigo pensando que no debemos rechazar la oferta de los terranos, de enseñar sus artes a nuestro pueblo —intervino la Madre Lauria.

—Oh, estoy segura de que tienes razón —asintió Marisela—. Pero ruego a todos los Dioses que sepamos hasta dónde hemos de llegar. No es ninguna virtud salvar algunas vidas que serán una carga para la casa, incluso para la aldea, para todo el mundo. Yo... yo no quiero jugar a ser Dios ni decidir quiénes deben vivir y quiénes deben morir, así que dejo el asunto en manos de la Diosa. Si yo, que no soy nada, tengo el poder de decir que éste debe vivir y aquél debe morir, sólo puedo decir que, como mi deber es salvar vidas, salvaré todas las que pueda. Y en esa dirección está el caos. Tal vez sea mejor no tener ese poder.

—No puedo aceptar que algo que disminuya el poder de una mujer esté bien —dijo Cholayna.

—En teoría, sin duda tienes razón —Marisela suspiró—. Pero a veces es una gran tentación tomar el camino más corto y hacer lo más humano, en vez de hacer aquello que es mejor para el futuro de la humanidad.

—¿Quieres decir que dejarías morir a la gente, pudiendo salvarla? —preguntó Jaelle con furia.

—Claro que no —dijo Marisela—. No lo haría, y por eso me da tanto miedo tener ese poder. Tengo hambre de todos esos conocimientos, para nunca tener que volver a ver a una mujer que se desangra hasta morir, o un bebé que lucha por respirar; odio perder el combate con la Dama Oscura que acompaña a todas las mujeres en ese momento, y que combate conmigo para llevarse su parte. Pero mi trabajo es salvar vidas cuando puedo, como dije, y supongo que, en última instancia, me atenderé a mi tarea de salvarlas. La Dama Oscura es una adversaria muy vieja y amistosa, y puede arreglarse sola.

Cholayna la miró con interés.

—Ése es un punto de vista que se discute con frecuencia en la Central —dijo—. No había esperado que se planteara en esta Casa.

—¿Y menos por una partera nativa? ¿O me llamarías curandera, o hechicera? —les preguntó Marisela, y ambas intercambiaron una sonrisa cordial.

Pero Jaelle había empezado a inquietarse mientras la conversación derivaba hacia complicadas cuestiones éticas, y se sintió aliviada cuando Cholayna se levantó para irse.

—Jaelle —le dijo—, tú puedes quedarte tanto como quieras, pues sin duda tienes derecho a un permiso.

Pero la joven fue a buscar su capa, y les dijo a las otras que tenía trabajo que hacer. Sin duda lo habría en la oficina de Monty, ya que él y Aleki habían dejado tantas cosas pendientes antes de marcharse a combatir el fuego.

Pero aquella noche, inquieta y sola en las habitaciones que parecían inmensas ahora que Peter no estaba, no pudo descansar. La Casa del Gremio le resultaba ahora tan poco acogedora como la Zona Terrana. Y no había cumplido el objetivo primordial de su visita: había querido ver a Magda, y Magda estaba lejos, combatiendo el incendio, y Marisela y la Madre Lauria, a pesar de su cordialidad, no tenían demasiado que ver con sus problemas. No tenían motivos para ello.

Había deseado, no, había necesitado ver a Magda y reanudar su amistad con ella. ¿Era mejor fingir que no había pasado nada, o insistir en aclarar el asunto? Tal vez no significara nada. Después de todo, Magda estaba soportando una terrible carga mental y espiritual: todas las presiones de su período de reclusión, la hostilidad hacia ella causada por la pelea y la indemnización, el miedo a ser expulsada de la Casa del Gremio, las presiones de las sesiones de entrenamiento y las interminables pesadillas... ¿Acaso era raro que a Magda no le quedaran fuerzas para ocuparse de los problemas de Jaelle?

Sin embargo, había algo más. Jaelle escarbó en su mente y sólo encontró una confusa imagen de sí misma quitando la mano de Kyril de su brazo como si se tratara de un bicho repelente, una intrusión que sugería una intimidación no deseada. Sí, y antes de la cena, cuando había abrazado y besado a Magda, ésta se había retirado, incómoda. *Todas piensan ya que soy tu amante. Deberíamos hablar de eso; entre hermanas de juramento no debe existir semejante barrera.*

En la Casa del Gremio era algo que se daba por hecho, pero después de los experimentos propios de la adolescencia, ella nunca había vuelto a pensar en el asunto. Cuando estableció el negocio con Rafaella, al principio... habían sido amantes durante un tiempo, pero sólo había parecido una manera de cimentar una profunda amistad, y en realidad a Rafaella le interesaban mucho más los hombres; al cabo de unas pocas semanas, la relación se había convertido en afecto, y en realidad, nunca había habido mucho más entre ellas. A decir verdad, Jaelle había considerado aquella etapa como parte del vínculo, y ahora se daba cuenta de que había tenido la

impresión de que Magda y ella deberían haber compartido ese gesto de confianza, de amor y de apertura mutua.

Pero si no era ésa la costumbre entre la gente de Magda, así como no lo era, por cierto, entre los *crisoforos*... ¿por qué se sentía tan rechazada? ¿Tenía miedo de que Magda llegara a despreciarla? Y si podía perder la amistad de Magda por algo tan simple, ¿valía la pena tener esa amistad?

Sostuvo interminables conversaciones dentro de su mente, pero una o dos veces, cuando le pareció que casi podía ver el rostro de Magda... *Si no tengo cuidado, estableceré contacto telepático con ella, por medio del laran*... trató, invadida por el pánico, de cerrar completamente su mente. Ahora lamentaba no haber aceptado nunca la oferta, o mejor dicho el ruego de Rohana de enviarla, aunque brevemente, a alguna Torre para entrenar su *laran*. Y ahora era demasiado tarde. ¿Era demasiado tarde? Y en aquel momento descubrió que estaba llorando de nuevo.

Había dejado de usar las cintas del corticador, pero era consciente de que el departamento Lingüístico no lo sabía, y cada día la felicitaban por su creciente dominio del idioma.

Una noche, cuando entró en su habitación, encontró allí a Peter, que se quitaba su camisa y sus pantalones llenos de barro.

—¡No me beses todavía, querida, por Dios! Espera hasta que me quite estas cosas y me dé una ducha. En una palabra, apesto.

Ella olfateó. Era cierto. Supuso que sus sentidos se habían agudizado debido a su permanencia constante en la Zona Terrana, cuyo nivel sanitario exigía que la mancha más pequeña fuera limpiada enseguida y donde la norma eran las ropas desechables.

Peter arrojó sus ropas hacia el desintegrador, pero después, frunciendo la nariz, las envolvió y las guardó en el armario.

—Creo que será mejor que las lleve abajo para que las limpien; son ropas de campo, y un poco de mugre las hará más auténticas —dijo, con una mueca pícar—. ¿Cómo está Junior? —añadió, y le palmeó el vientre todavía plano mientras se dirigía hacia la ducha, y Jaelle oyó que seguía hablando desde allí, comentando lo bueno que era estar de vuelta en un lugar donde había agua caliente y civilización.

La gente del Imperio cree que la civilización y la fontanería son la misma cosa. Son unos obsesos de los olores y la suciedad, pensó Jaelle. *¡Al menos, podría haberme besado!*

Se echó sobre la cama, sintiéndose herida. Ni siquiera le había preguntado cómo estaba, sólo cómo estaba el bebé. Se sintió furiosa consigo misma por sentirse así; él estaba cansado, acababa de llegar, y sin duda ella era demasiado susceptible, pero... como con Rohana, ahora que estaba embarazada, ella ya no era nadie... ¡sino una especie de nido ambulante del condenado bebé! Sepultó el rostro en la almohada, en la que no había ni una sola pluma auténtica, sólo algún condenado material sintético. Respiró hondo y volvió a oler aquel aséptico olor *terrano*. No lloraría. *No lo haría*.

Podía irse ahora, no tenía por qué quedarse aquí. En menos de media hora, podía

llegar a la Casa del Gremio, a pie. Pero lo había jurado; estaba legítimamente empleada, contratada para ocupar el puesto de Magda en el Cuartel General Terrano. Magda no había violado el juramento que había hecho a la Casa del Gremio, ni siquiera habiendo sufrido presiones mucho peores que éstas. Al menos debía tener tanto valor como Magda.

¿La *aceptarían* siquiera en la Casa del Gremio, engordando día a día con un bebé terrano, como si fuera una prostituta cualquiera de los bares del puerto espacial? Podía decirse todas las veces que quisiera que era diferente, pero lo cierto es que había deseado a Peter, había deseado acostarse con él, y ahora había un niño en camino, un niño que nunca se sentiría cómodo en ninguno de los dos mundos.

Estaba llorando, y no se enteró de que Peter había salido de la ducha. Cuando él trató de abrazarla, se debatió y se resistió histéricamente, hasta que al final Peter tuvo que llamar a un médico. Jelle pasó el resto de la noche en el piso del hospital, drogada, en un sueño sin conciencia. No tenía otro sitio adonde ir.

TERCERA PARTE

MADUREZ

1

Aunque el período de reclusión de Magda no terminaría hasta cuarenta días después del Solsticio de Verano, por tradición se daba libertad a las Renunciantes novicias ese mismo día y cuando Magda bajó a desayunar, las mujeres discutían sus planes para el día de fiesta. A Keitha y a Magda les habían dicho que podían ir donde quisieran durante el día y la noche siguientes, pero que debían regresar a la Casa al amanecer.

—¿Qué planes tienes, Keitha?

—Una partera no puede hacer muchos planes. Pero antes de que Doria se marchara a Neskaya, me pidió que hoy fuera a ver a su madre de nacimiento. La mujer no quiere venir aquí a ver a su hija, pero Rafi dice que a menudo pregunta si Doria está bien y contenta.

—Es cierto —dijo Rafaella, pasando su cuenco para que le sirvieran potaje—. Tengo la impresión de que teme que Doria convierta en Amazonas a sus otras hijas, pero no creo que ninguna de las chicas de Graciela tenga la inteligencia de prestar Juramento. No ha visto a Doria ni diez veces en los últimos cinco años, pero el día en que Doria cumplió quince años, empezó a halagarla con regalos y a ofrecerle un marido. Nada la satisfaría más que Doria repudiara su crianza, la que recibió aquí, y se casara con el primero que le pusieran delante. No creo que se alegre de vernos, pero le guste o no, le llevaremos los regalos y los saludos de Doria. Y yo veré a mi hijo menor, al que hace medio año que no veo.

Magda recordó que Graciela había dado a Doria, cuando ésta nació, a cambio del hijo de Rafaella.

—Yo también prometí que iría a ver a mi hijo —dijo Felicia—, pero aún no sé si podré soportarlo... Tal vez sea una crueldad para él...

—Rafi, te necesitan en los establos —dijo Janetta, asomándose por la puerta del comedor.

—Bien, ¿de qué se trata? —exclamó Rafaella con impaciencia—. ¿Es que alguno de los caballos quiere felicitarme el Solsticio de Verano?

—Es un hombre, y dice que viene por negocios —aclaró Janetta, y Rafaella refunfuñó, dejó el tenedor y, sin dejar de masticar un pedazo de la excelente tarta de nueces que había aparecido en la mesa en vez del pan y la mantequilla de todos los días, se dirigió al establo.

A los dos minutos, volvió Janetta con un mensaje:

—Margali, Rafi desea que tú también vayas.

Magda no había terminado de desayunar, pero estaba tan contenta por la desaparición de la hostilidad de Rafaella que fue de inmediato; había intentado con ahínco asegurarle a Rafaella que podía sustituir a Jaelle en el negocio, y valía la pena que le llamara aunque fuera durante el desayuno de un día de fiesta.

—Guardadme un pedazo... —dijo, indecisa: no podía llamarla pasta de café, que

era el nombre que le hubieran dado los terranos, y nadie había mencionado cómo la llamaban aquí; señaló la tarta y Keitha se echó a reír:

—¡La defenderé con mi vida!

Rafaella estaba hablando con un hombre que llevaba una capa gruesa; iba a la cabeza de una recua de caballos, entre los que había algunos de los hermosos potros negros criados en Armida. También había varios de los lanudos ponies de los Hellers.

—Margali, lamento tener que pedirte que trabajes durante el festival, pero no esperaba estos caballos hasta dentro de diez días...

—También yo lamento molestarte en un día de fiesta, *mestra*, pero estaba en la ciudad ahora —dijo el hombre, y Magda súbitamente reconoció su voz: era el gran hombre rubio que la había salvado del fuego... *Dom Ann'dra*. ¡*El terrano!* Pero hablaba de los ponies con un acento incluso mejor que el de ella.

—No pude conseguir los diez que necesitabas, pero tengo siete: son fuertes y ya están inmunizados contra la enfermedad de los cascotes, y todos han sido entrenados para el cabestro y la carga.

Rafaella iba de uno a otro animal, examinándoles los dientes y palmeándoles los suaves hocicos.

—Son buenos —dijo—, pero, ¿por qué estás en la ciudad tan entrada la temporada, *Dom Ann'dra*? ¿Tu esposa viaja contigo? Y lord Damon, ¿vendrá a la ciudad para la temporada de sesión del Concejo?

—No, este año viajo solo, pero como venía hacia aquí, pude escoltar a Ferrika hasta la Casa.

Extendió la mano para ayudar a desmontar a una mujer, envuelta en una gruesa capa, que venía en uno de los caballos. Por encima de la cabeza de Rafaella, al volverse, el hombre reconoció a Magda.

—Oh, eres tú... —le dijo—. Estaba preocupado por ti, *mestra*... ¿Se curaron tus pies?

—Oh, sí muy bien —contestó Magda—. Sólo mis botas se quemaron y no pude repararlas, pero mis pies están bien.

Rafaella y Ferrika se abrazaron.

—Había esperado que pudieras venir antes, Ferrika... —dijo Rafaella.

La mujercita de nariz respingona sonrió.

—Yo también deseaba venir, pero necesitaban mis servicios en Armida.

—¿Más niños en la finca? ¿O alguna de las damas?

Ferrika negó con un gesto de la cabeza. Parecía afligida.

—Lady Ellemir tuvo un aborto a principios de año, y su hermana se quedó para cuidarla... Lady Callista no ocupará su sitio en el Concejo este año...

—Me extraña, entonces, que hayas dejado a tu señora —dijo Rafaella...

—Ferrika no es una criada para nosotros —la interrumpió Ann'dra—, sino una amiga, y Ellemir ya está bien. Pero ninguno de nosotros tenía muchas ganas de diversiones este año, y hay poco que hacer en el Solsticio de Verano, así que vine a

atender unos asuntos y a presentar mis respetos a los Señores del Concejo: después volveré a casa, probablemente al amanecer. Lamento haber tenido que molestarte en un día de fiesta, pero no quería dejar los animales en un establo público, cuando podían estar aquí.

—Te lo agradezco —aprobó Rafaella—. Lleva unos diez días tranquilizarlos después de un viaje largo; están mucho mejor aquí, en su propio establo. Ferrika, *breda*, no te quedes aquí... ¡Entra a saludar a tus hermanas, el desayuno está servido!

—¿Y hay tarta de nueces, de fiesta? Maravilloso —dijo Ferrika, y se dirigió hacia la casa.

Rafaella le entregó la brida de un pony a Magda y le dijo:

—¿Quieres llevarlo hasta aquel compartimento?

Cuando regresó, Rafaella estaba escribiendo, apoyada contra la pared. Le entregó el papel a *Dom Ann'dra*.

—Dale este papel a mi patrona, *Dom Ann'dra*, y ella te hará pagar; según sé, los caballos son para ella. Que la Diosa haga que lady Ellemir se reponga pronto.

—Amén. ¿Debo traer los otros ponies cuando vuelva?

—O antes, si tienes algún mensajero de confianza —contestó Rafaella—. Y necesito un buen caballo de silla como regalo para mi hija, que prestará Juramento en la Casa del Gremio de Neskaya... ¿Tienes alguno disponible?

—No, no tengo ningún buen caballo domado para una dama; siempre tenemos demasiados pedidos de esos. No podría prometerte ninguno hasta dentro de dos años. Pero puedo facilitarte una potranca ya acostumbrada al cabestro, si aceptas adiestrarla tú misma.

—Yo no tendré tiempo, pero Doria debería adiestrar su propio caballo, de todos modos —respondió Rafaella—. Envíala a la Casa del Gremio de Neskaya, para Doria n'ha Rafaella.

Dom Ann'dra anotó algo en los papeles que tenía.

—Antes de diez días le enviaré a un hombre con la potranca.

Volvió a mirar a Magda con curiosidad, y ella casi pudo oír: *¿Qué está haciendo aquí? Bien, pensó, ¡pues a mí me gustaría saber qué está haciendo él aquí!* Sin duda, cumplía alguna asignación de campo, y probablemente desde hacía años. Si Magda iba a la Zona Terrana, lo podía comprobar en Archivos. Cholayna o Kadarin sin duda lo sabrían.

Ayudó a Rafaella a trasladar los nuevos ponies al establo y a darles de comer. Cuando regresó al comedor, el potaje se había enfriado, pero Irmelin había traído pan fresco y un frasco nuevo con confitura, así como una segunda torta de nueces, que desapareció tan rápidamente como la primera.

Ferrika estaba sentada a los pies de Marisela, y tenía la cabeza apoyada en su regazo.

—... tan trágico... hay tantas damas nobles que en realidad no quieren tener niños, y no ven la hora de entregarlos a la nodriza o a la madre adoptiva. Pero lady

Ellemir es una de esas que, en cuanto están sin hacer nada, ya desea amamantar otro bebé. Hace cuatro años, cuando lady Callista no pudo darle el pecho a su niña, aunque yo creo que la verdad es que no quiso, Ellemir amamantó a Hilary junto con su propio Domenic.

—¿Fue éste un parto prolongado?

—No, apenas si tuvieron tiempo de buscarme en la casa del administrador, donde me encontraba atendiendo a la esposa —explicó Ferrika—, pero fue aún más trágico, porque esta vez sólo se trataba de unos pocos días más; si hubiera podido aguantar al bebé otros diez días, tal vez hubiera vivido. Era una niña, y además nació con vida, pero no pudimos lograr que respirara, sus pobres pulmoncitos no se abrieron a pesar de todo lo que hicimos. Era un poco prematura. Por un momento creí que respiraría y lloraría, hizo como un maulladito... —Ferrika sepultó el rostro en el regazo de Marisela y ésta le palmeó la cabeza.

—Tal vez sea mejor... Una o dos veces he hecho algo que parecía un milagro y he salvado una vida cuando no había esperanzas, y luego crecen lisiados o con parálisis parcial y no pueden hablar... fue la piedad de la Diosa.

—¡Dile eso a lady Ellemir! —replicó Ferrika, enjugándose las lágrimas—. ¡Era una niña, perfectamente formada, con pelo rojo, además tenía *laran*; había sido real para ellos durante tres veces cuarenta días! Creí que todos se volverían locos de pena. Lord Damon no ha dejado sola a mi señora durante un momento, de noche o de día.

—Pero piensa un poco: incluso con *laran*, si la pobre criatura hubiera crecido enferma... es mejor una muerte fácil y un retorno a la Diosa, que puede enviarla de nuevo cuando haya llegado su momento apropiado para vivir...

—Lo sé, de veras —dijo Ferrika—, pero fue tan duro soportar el sufrimiento de ellos. Ya le habían dado un nombre...

—Lo sé, *breda*. Pero estás aquí, con nosotras, y debes quedarte hasta que estés repuesta y con ánimos otra vez. No has descansado desde hace un año y esto ha sido un golpe duro para ti, ¿verdad, *chiya*? Ven, conocerás a nuestra hermana Keitha, que trabaja conmigo, y que será enviada al Colegio de Parteras de Arilinn el año que viene. Además, también recibirá entrenamiento terrano. Eso a lo mejor le ayudará a salvar a aquellos que podrían morir de manera injustificada. Quiero que vosotras dos os conozcáis y os queráis como hermanas.

Cuando Ferrika abrazó a Keitha, Camilla, detrás de ellas, preguntó:

—¿Cómo pasarás tu día de fiesta, Margali?

Pero antes de que Magda pudiera responder, Rezi, que estaba de turno en el vestíbulo, se abrió paso rápidamente hasta la chimenea.

—Marisela —dijo—, Rimal el Arpero está en la puerta, y dice que su mujer está de parto...

—¡Oh, no! —exclamó Magda—. En un día de fiesta, Marisela... —pero la comadrona ya se ponía de pie con una sonrisa de buen humor.

—¿Me necesitarás, *breda*? —preguntó Keitha.

—Eso creo. Son mellizos y es su primer embarazo —dijo.

Keitha puso cara de fastidio y fue a buscar su capa.

Marisela se echó a reír.

—Como el veterinario y el granjero, hemos elegido una profesión en la que no hay días de fiesta, salvo los que dispone la Diosa. Termina tu desayuno, Keitha, no hay tanta prisa. Rezi, llévale un poco de té y de tarta al Salón de Extranjeros, y dile que estaremos con él tan pronto como podamos.

No obstante, Marisela se dirigió hacia el armario donde guardaba su maleta de partera, y poco después oyeron que la puerta se cerraba detrás de ella.

Camilla soltó una risita.

—¡A quién se le ocurre ser partera!

—No a mí —dijo Magda, pensando que aquélla era una de las cosas que no variaban entre los terranos y los darkovanos: ¡ningún médico podía estar seguro de que tendría el día libre, sobre todo si trabajaba en maternidad!

—¿Y qué harás durante tu día libre, ya que por suerte no has elegido ser partera?

—Todavía no estoy segura. Ir al mercado, eso sí, a comprarme un par de botas nuevas —respondió Magda, mirando sus viejas y destrozadas sandalias.

—Y yo —dijo la Madre Lauria— me quedaré en la casa y escribiré el registro del año... ¡disfrutaré de la casa vacía, sin que nadie me moleste! A lo mejor esta noche hasta me acerco al baile público de Thendara, a escuchar a los músicos.

—Yo sí que iré —dijo Rafaella—, porque me han pedido que toque para los bailarines. ¿Y tú, Margali?

—Creo que sí.

Siempre había querido asistir a los bailes públicos del festival en la plaza principal de Thendara, pero le había parecido que no podía ir sola, y Peter nunca había querido llevarla. Sabía que a veces había peleas y tumultos, pero como Renunciante, podía cuidarse sola.

Rezi volvió a entrar, esta vez con una canasta de flores.

—Para ti, Rafi —dijo, y todas las mujeres empezaron a reírse y a bromear.

—¿Tienes un amante tan tenaz, Rafi?

—El muchacho que las trajo no tiene ni quince años —aclaró Rezi—, y preguntó por su madre.

Rafaella, riéndose, se dirigió al vestíbulo con premura, con un trozo de tarta del festival en la mano.

—¡Los muchachos de esa edad siempre tienen hambre! Igual que las muchachas... —añadió por encima del hombro, sin dejar de reír.

Magda descubrió que recordaba el Solsticio de Verano del año anterior. Por aquel entonces, ella y Peter seguían casados. Ella ya sabía que su matrimonio llegaba a su fin, pero él le había enviado la tradicional canasta de flores y frutas. Había sido la última reconciliación antes de la pelea que había destruido irreversiblemente el matrimonio. Se preguntó si Peter le habría enviado a Jaelle algunas flores esta

mañana. Echaba de menos a Peter. ¡Estaba tan cansada de pasarse la vida entre mujeres!

—¿Y qué harás hoy? —le preguntó Camilla.

—Creo que simplemente caminaré por la ciudad, disfrutando de la idea de que soy libre de ir adonde se me antoje —dijo, advirtiendo de repente que en realidad no deseaba ir a ninguna parte—. Pero seguro que me compraré un nuevo par de botas. ¿Y tú?

Camilla se encogió de hombros.

—Hay una cena de Festival en la Casa para todas las que no tengan adonde ir; prometí ayudar en la cocina, ya que Irmelin desea pasar el día con su madre... que es vieja y está ciega: ahora, cada vez que la ve, teme que sea la última. ¡Pero vosotras, las jóvenes, siempre queréis salir! ¡Diviértete, *breda!* Y esta noche hay un baile de mujeres. Tal vez vaya, pues adoro bailar y no me gusta hacerlo con hombres.

Magda pensó que podría ir de visita a la Zona Terrana. Pero en realidad, ahora ya no tenía amigos allí. Sin duda Peter y Jaelle ya tendrían planes para el día festivo.

Bajaba con la chaqueta puesta y lo que quedaba de sus botas quemadas —tal vez eso acortaría la espera de un nuevo par— cuando Camilla la llamó.

—Margali, ha venido un hombre preguntando por ti. Le hice pasar al Salón de Extranjeros. Tiene un acento extraño... ¿Puede ser alguno de tus parientes de los Hellers?

Un hombre delgado, moreno, ligeramente familiar, se levantó de una silla cuando Magda entró. Pronunció su nombre darkovano con buen acento, aunque no era el acento de Thendara. El terrano. El hijo de Montray... ¿cómo se llamaba?

—Monty —le recordó él.

Ella le miró apreciativamente.

—¿De dónde has sacado esas ropas?

—¿No son correctas?

—Pasarían en medio de una multitud. Pero las botas son demasiado buenas para una túnica tan barata como ésa. Cualquiera que pueda permitirse botas tan buenas también puede permitirse una túnica bordada, no simplemente ribeteada con hebras de colores. Y la túnica interior es demasiado basta.

—Haldane dio su visto bueno —dijo Monty—. Las usé en las líneas anti-incendios, y él no hizo conmigo lo que hizo con Li... le ordenó que se hiciera pasar por sordomudo, de modo que me pareció que yo podría pasar...

—¿Para qué has venido aquí? —le preguntó con aspereza.

—Jaelle dijo que hoy estarías libre y podrías salir. ¿Puedo escoltarte..., veo que estás vestida para salir..., y conversar un poco contigo?

Bien, si este hombre estaba en Inteligencia, no había motivos para ofenderle aunque su padre le pareciera un tonto.

—Puedes mostrarme el sitio donde compraste esas botas; son buenas y necesito que me hagan un par —dijo—, y podremos hablar de camino hacia el mercado. No

hables delante de las mujeres que están en el vestíbulo, podrían notar que tu acento no es correcto.

Monty hizo una reverencia. No era en realidad una mala imitación de la reverencia de un criado darkovano ante una mujer de alto rango; él no era estúpido ni poco observador, simplemente carecía del entrenamiento que ella y Peter habían recibido. O tal vez —con toda probabilidad era un graduado de la misma Escuela de Inteligencia de Alfa— no tuviera la experiencia necesaria. Supuso que sería cuatro o cinco años menor que ella. La siguió adecuadamente, a un paso de distancia, por todo el vestíbulo, y hasta que perdieron de vista la Casa del Gremio no la alcanzó para caminar a su lado.

—¿Al mercado de Karazin?

—Eso creo, y si voy a caminar a tu lado, debería llevar ese paquete, ¿verdad?

Magda le entregó el paquete, pero éste se abrió, y él se quedó mirando, consternado, las suelas y el cuero quemado.

—¿Cómo demonios les hiciste eso?

—Quedé atrapada por el fuego, en un sitio en el que las llamas saltaron el cortafuegos.

—Oí decir que había Renunciantes allá. ¿Te hiciste daño?

—Quemaduras superficiales en los pies; ya se han curado.

—Eso explica que Jaelle...

—¿Jaelle? ¿Fue a combatir el incendio? Oh, me gustaría haberle visto...

—No fue. Peter me dijo que está embarazada —explicó Monty—. No le hubieran dado autorización médica, aunque quería ir, e incluso hizo bastante barullo con el asunto...

—Qué bien —dijo Magda, pero sintió que le invadía un frío extraño. *Así que Jaelle le dará a Peter el hijo que tanto desea.*

—Podemos entrar aquí para que te tomen las medidas de las botas —dijo él—, y después sentarnos a charlar un rato... no te prohíben que te sientes y hables conmigo en un lugar público, ¿verdad?

Magda se encogió de hombros.

—No durante el Festival, por supuesto. No es algo común, pero durante el Festival podemos hacer lo que queramos.

Y si la veían sentada en un lugar público con un hombre, sería difícil que pensarán... Pero interrumpió la idea por la mitad, desafiante: que pensarán lo que quisieran. De nuevo en su papel de sirviente mudo, él le entregó el paquete, y ella se puso a negociar con el zapatero la sustitución de las suelas y a regatear por un par nuevo. El zapatero no tenía ninguno de su medida, pero si regresaba al cabo de tres horas, tendría reparadas las suelas del par viejo, que podría usar hasta que estuvieran listas las botas nuevas.

Magda pagó, agradeciendo el dinero que había ganado ayudando a Rafaella; incluso después de haber entregado lo que le correspondía a la Casa, tenía dinero

suficiente para pagar la reparación y el par de botas nuevas. De todos modos, tenía un poco de dinero ahorrado en la Zona Terrana, y mandaría cambiar un poco por moneda darkovana. No había necesitado mucho en la Casa del Gremio, pero se debía más a la buena suerte que a la buena administración. Le daban ropa y comida a cambio de la ayuda que ofrecía para el mantenimiento de la Casa, y ahora que Rafaella la había aceptado como sustitúa de Jaelle y le había dado trabajo —supervisar las cargas, empaquetar los alimentos de los viajeros en raciones diarias—, Magda había empezado a pagar su parte. Cuando terminó con el zapatero, caminó calle abajo, y Monty volvió a alcanzarla.

—¿Dónde puedo hablar contigo?

—¿De qué quieres hablar?

—Lo sabes muy bien —dijo él, exasperado—. Necesito que me des un informe... ya te lo dije la última vez que vine. Tendremos ocho de ellas en Médica... Cholayna me lo dijo el otro día. Necesitamos saber más sobre ellas. Tú eres nuestra única experta en mujeres darkovanas.

—Pregúntale a Jaelle —sugirió Magda.

—Es demasiado quisquillosa para mi gusto —él se echó a reír—. En una sociedad como ésta, me doy cuenta de por qué las mujeres que se han salido de ella están un poquito a la defensiva... lo que no puedo imaginarme es cómo llegó a casarse con Haldane. ¿Puedes explicármelo?

—Como creo que sabes que él y yo estuvimos casados antes, supongo que tu pregunta es puramente retórica.

—No —dijo Monty, súbitamente serio—. En absoluto. El hecho de trabajar fuera y ver la manera diferente en que los hombres tratan a las mujeres en la cultura darkovana me ha hecho revisar algunos de mis valores. A veces me pregunto si tal vez las mujeres no prefieren, en realidad, una cultura en la que son cuidadas. Donde se preocupan por ellas. Donde las quieren y las protegen. Nosotros damos mucha importancia a la igualdad, pero aquí las mujeres parecen bastante felices. Oh, hay excepciones, pero de veras, Magda... —la llamó por su nombre terrano, pero ella no le corrigió, ya que no había nadie cerca que pudiera oírlo—, parece tener sentido, darles a las mujeres la supremacía en su propia esfera y no ponerlas en competencia directa; permitirles que tengan un lugar en el que realmente son superiores, y mantenerlas aparte. Muchas sociedades funcionan de esa manera... Demonios, tú estudiaste sociología de la cultura y antropología en Alfa, así que sabes de qué estoy hablando.

—No me gustan los presupuestos que hay detrás de esa clase de cultura —dijo Magda con tono áspero—. ¿Por qué debería estar todo dividido entre lo que hacen las mujeres y lo que hacen los hombres?

—¿Y por qué no? De todos modos ocurre. Sólo que hay algunas sociedades que lo admiten y otras tratan de fingir que no es así. La *mayoría* de las mujeres son menos competitivas, menos atléticas... ¿por qué habría de basarse una sociedad en las

excepciones? No encuentro nada malo en que un hombre dedique su vida, por ejemplo, al vestido, pero no obligaría a todos los hombres a que usaran vestidos, por ejemplo, para que los pocos que los usen no se sientan conspicuos. Recuerdo un parvulario en el que estuve donde no dejaban que los niños jugaran con camiones ni naves espaciales para que no se desarrollaran estereotipos. Había un par de niñas que de verdad querían jugar con muñecas, pero todo el tiempo les daban naves espaciales y trataban de obligarles a jugar al fútbol.

—¿Así que tú les darías las naves espaciales a los niños y las muñecas a las niñas, y lo dejarías todo así?

Monty se encogió de hombros.

—¿Por qué no, siempre que las niñas que quieran jugar con naves espaciales y camiones tengan su oportunidad de vez en cuando? Pero yo nunca tuve el menor interés en jugar con las muñecas, a pesar de todas las que me ponían en las manos. Al menos en Darkover hubieran dado por hecho que, como era un niño, yo tenía derecho a actuar como tal.

Magda se echó a reír.

—Bien, yo nunca tuve que pelearme por una muñeca o un camión de juguete. En general me pasaba el tiempo con pinturas y escuchando a mi madre tocar el arpa. Y bailando. Recuerda que crecí en Caer Donn.

—Te envidio —dijo él, con seriedad—. Una maravillosa oportunidad, crecer en el mundo en el que verdaderamente vives... Conoces a mi padre. Lleva treinta años viviendo aquí, y todavía no puede tolerar el sol rojo de Darkover porque vive todo el tiempo bajo las luces de estilo terrano.

—No me envidies, Monty —contestó ella con igual seriedad—. No es una opción envidiable, la de crecer sin saber nunca adonde perteneces, sin... sin saber las señales de reconocimiento. Yo nunca fui del todo darkovana, y mis amiguitos lo sabían. ¡Y yo lo sabía, Dios, lo sabía! Y cuando fui con los terranos fue peor... Pero ¿qué diablos estoy diciendo?

La joven advirtió que Monty tenía una hermosa sonrisa.

—Admito que es culpa mía —dijo él—. Quería saber qué te hacía funcionar a *ti*. Sabes, tú eres *la* experta en lenguaje y cultura darkovana. Eso no me sorprende: creo que ningún hombre tiene la capacidad para observar los detalles que tiene una mujer.

—Me alegra que nos concedas esa competencia —dijo ella con sequedad—. Pensé que a lo mejor creías que mi esfera de influencia se limitaba a juzgar si la gente llevaba la ropa apropiada.

—Bueno, ésa es una de tus capacidades —replicó él, sin alterarse—, y eres la prueba fehaciente de que una mujer puede pasar por darkovana mejor que un hombre.

—Bien, en una Casa del Gremio, sí —dijo ella, perdiendo el impulso de discutir con él.

—Mira, no paras de decir que quieres que exista mayor comprensión entre Darkover y el Imperio. Empieza tu contribución, entonces. Ayúdame a comprender.

Sonaba razonable. Mientras ella se lo pensaba, Monty volvió a hablar.

—De todos modos, tienes tres o cuatro horas de tiempo hasta que arreglen tus botas. No haremos un informe formal. Simplemente, ven conmigo al Cuartel General, y podremos tomar una copa en mis habitaciones mientras tú me das algunos informes básicos. Y me muestras cómo puedo tener acceso a tus demás informes, o cómo conseguir autorización para trabajar con ellos, ¿de acuerdo? Dios mío, muchacha, ¿no sabes que tu trabajo es considerado el parámetro de excelencia, no sólo aquí sino en todo el Imperio? ¡Incluso cuando estaba en Alfa oí hablar del trabajo de Lorne en Cottman Cuatro, y esperaba que me asignaran aquí para trabajar contigo!

Me halaga, pensó Magda: sólo está tratando de conseguir lo que desea. Eso es todo.

Pero después del desaliento y las dudas de las últimas semanas, la actitud de Monty la conmovió tan profundamente que no pudo evitar sentirse agradecida y satisfecha por sus palabras.

—Está bien. Si me dejas unos minutos para bajar al departamento de transferencia de créditos...

—Todo el tiempo que quieras —dijo él con tono cordial, tras haber logrado su propósito.

Al trasponer el portal custodiado por la Fuerza Espacial, Magda se sintió como las veces en que regresaba con Peter de alguna misión, todavía con ropas de campo, pero dispuesta a despojarse de su personalidad darkovana para retornar a su verdadero yo. *Entonces creía que ése era mi verdadero yo, y que la Margali darkovana era tan sólo una máscara. ¿Cuál es la verdadera?* Ya no estaba segura.

Las habitaciones de Monty estaban en la zona de Personal Soltero, no lejos de las antiguas habitaciones de Magda; él le ofreció una silla y le preguntó qué deseaba beber.

—Café —dijo ella, sin un momento de vacilación—. Si me preguntaras qué es lo que más echo en falta, te diría que el café... y una ducha caliente por la mañana.

Él fue a pedir el café a la consola.

—¿Es todo muy primitivo en la Casa del Gremio?

—Oh, no —respondió ella, otra vez herida en lo más vivo por aquella suposición—. Tienen baños calientes, tinas, de todo... lo único que ocurre es que el estilo de vida es diferente, y tienen un conjunto diferente de prioridades. Están acostumbradas a otra cosa: dan por hecho que un buen baño frío es lo que una necesita para despertarse por la mañana, y el agua caliente es un premio vespertino. Y yo he tenido que adaptarme. —Se echó a reír, haciendo girar la taza de café entre sus manos—. Nunca me había dado cuenta de hasta qué punto era terrana hasta que me vi obligada a ser darkovana veintiocho horas al día, y diez días a la semana. —Sorbió el café; le supo bien, a pesar de una súbita sensación extraña; se preguntó si la cafeína le produciría excitación, ahora que estaba desacostumbrada a ella—. Bien. ¿Qué es lo que quieres saber? ¿Idiomas? Eso es simple; duerme con la cinta corticadora al

menos durante siete días. Aquí hay demasiada gente que quiere hacerlo fácil..., al cabo de uno o dos días pueden arreglarse, así que no se toman más molestias, y el idioma toma tiempo; yo crecí hablándolo, por supuesto, y de hecho es probable que las cintas que estás usando las haya hecho yo, pero cuando aprendí el idioma de las Ciudades Secas dormí con él durante veinte días completos. Tienes que saberlo, no de forma superficial sino profunda, visceralmente. Había excusa cuando no *teníamos* las cintas completas, pero ahora las tenemos. Programas subconscientes, no un simple curso idiomático superficial. Tienes autorización para usar un corticador de nivel Braniff-Alfa, ¿verdad?

—Siempre me ha puesto nervioso. No me gusta la idea de que algo se meta con mis sinapsis nerviosas...

—Es la única manera de lograr el mismo nivel que hubieras alcanzado si lo hubieses aprendido de niño —respondió ella—. ¡Y es mejor que ser sordomudo!

—Por supuesto. Ahora puedes hacer un informe sobre las Amazonas Libres... oh, perdóname, sobre las Renunciantes...

Ella le corrigió ligeramente la pronunciación, consciente de que lo hacía para ganar tiempo. Pero una docena de sus hermanas vendrían a trabajar aquí, en Médica. En cierto sentido, lo hacía por el Gremio. Monty buscó una máquina impresora, y Magda se puso a trabajar.

—El nombre Gremio de Amazonas Libres, usado comúnmente por los Terranos y en el Imperio —empezó—, es un malentendido romántico, basado en una leyenda terrana sobre una tribu de mujeres independientes. El verdadero nombre del Gremio en su propio idioma podría ser traducido más correctamente como la Orden de Renunciantes Juramentadas —y prosiguió luego explicando todo lo que sabía acerca de la historia y la carta constitutiva del movimiento de las Amazonas, que había comenzado formalmente en Thendara hacía tan sólo trescientos años. Casi durante la mitad de ese tiempo, había sido un movimiento secreto, que operaba casi de manera clandestina, con una única Casa del Gremio que funcionaba casi como un convento de reclusión. Sólo recientemente, durante los últimos cien años, las Amazonas habían empezado a actuar abiertamente y habían construido otras Casas de Refugio.

Al principio, oyó que Monty se movía por la habitación, pero al cabo de un rato, a medida que continuaba el informe, perdió conciencia de la presencia del joven; tradujo el texto del juramento y explicó algunas de sus más oscuras previsiones, mencionó algunos tabúes y cortesías que las Amazonas practicaban y también algunas actitudes de la gente común con respecto a ellas, incluyendo la increíble hostilidad hacia las Amazonas Libres que profesaban las mujeres comunes de las Kilghard Hills. Pero cuando le llegó el momento de hablar de la acusación de que las Amazonas odiaban a los hombres y eran amantes de mujeres, le resultó difícil conservar el distanciamiento típico de antropóloga entrenada. En cierto sentido,

agradeció su capacidad de recobrar su yo terrano, de ser una espectadora, pero cuando empezó a tratar aquel tema vaciló, rebobinó lo que había dicho, borró los últimos diez minutos y los sustituyó por algunas vagas generalizaciones sobre las relaciones de las Amazonas con los hombres en las líneas anti-incendios. Monty volvió cuando ella estaba terminando con esto, y le dijo:

—Dime... ¿entonces estuviste en las Kilghard Hills cuando el fuego se dirigía hacia Thendara?

Magda asintió.

—Pedí el almuerzo —dijo él—. Dictar da hambre, y como mínimo tendrás la garganta seca.

Colocó una bandeja ante ella, y Magda la olió con placer. *Comida terrana...* A la defensiva, se dijo que había crecido alimentándose con comida darkovana, y que le gustaba, pero que le gustaba el cambio, que era agradable comer algo diferente. Había olvidado las texturas tan diferentes de los alimentos sintéticos, y los paladeó tentativamente.

Monty se acercó una silla y empezó a comer. Echó una mirada apreciativa a las cintas que Magda había apilado.

—Es *maravilloso* —dijo con fervor—. Tendrás un pie de página en la historia o algo así... ¡y no negaré que me gustará tener un pie de página de tu pie de página, por haberte convencido a venir!

Ella se rió, apartando con la mano un tubo de comida sintética con sabor a manzana. Esa cosa, decidió, era tan blanduzca e insulsa como la recordaba.

—Tendrías que tener un pie de página propio —replicó—. ¿O no planeas seguir los pasos del Viejo?

La carcajada de Monty creó entre ellos una súbita intimidad.

—Tú sabes, y yo sé, que mi padre es tan ideal para ser Coordinador de un planeta como Darkover como aquel asno de uno de esos cuentos folklóricos... ¿Duran, se llamaba?

—Durraman. El que se murió de hambre entre dos fardos de heno porque no sabía de cuál comer primero...

—Pero en serio, no es culpa suya, Magda. Él quería dirigir una estación espacial, para eso fue entrenado. Se equivocó con el grupo político que eligió —explicó Monty—. A mí me vino bien, por supuesto, ya que éste fue mi mundo desde el momento en que pude decidirlo... ¿Más café?

Ella sacudió la cabeza, y apartó la bandeja.

—La comida ha estado bien. Ha sido un cambio...

Monty echó una mirada a su cronómetro, que marcaba la hora del Imperio.

—No hace falta que corras, tus botas no estarán listas hasta dentro de una hora, pero no me gusta pedirte que sigas trabajando; ya has hecho una labor heroica. No sé cómo agradecértelo, pero cuando vuelvas, encontrarás una bonificación especial... Y a propósito, ¿cuándo volverás? El Viejo estuvo hablando de un puesto de enlace

especial creado exclusivamente para ti...

—Me faltan cuarenta días para cumplir con mis obligaciones en la Casa del Gremio. Después no estoy segura. Tal vez solicite un cambio de ciudadanía...

—Oh, no lo hagas —exclamó Monty—. La ciudadanía del Imperio es demasiado valiosa, Haldane la solicitó para Jaelle, para que su hijo también la tenga. Sé tan darkovana como quieras, pero conserva tu ciudadanía. Por si acaso.

Sí, aquél era el estilo terrario. Prevenirse contra cualquier contingencia, no comprometerse nunca plenamente, dejarse siempre una puerta abierta. Cubrirse.

Miró su reloj.

—Debería ir al Cuartel General de Inteligencia, ahora que hay uno, y presentarme a Cholayna...

—Está de permiso —dijo Monty—, y por casualidad sé que fue al Centro de Meditación y avisó que no le molestaran al menos durante dieciocho horas. Me parece que está en un tanque de aislamiento o algo así... Pertenece a una de esas extrañas religiones alfanas. Es una dama muy rara, aunque es bueno tener a alguien verdaderamente competente en Inteligencia. Una sola desventaja: no puede hacer su propio trabajo de campo. De modo que dependemos de ti. ¿Puedo pedirte un favor personal, Magda?

—Siempre puedes intentarlo —respondió ella con una sonrisa, y de repente se dio cuenta de que, en cierto modo, estaba coqueteando con él, permitiendo que la parte personal de la relación superara por un momento los intereses del trabajo, como una manera de halagarle... ¿Era eso digno de una Amazona? Era el estilo terrano. Nunca se había fijado antes, pero ahora lo estaba haciendo, y oyó la voz áspera de Rafaella diciendo: *¿Es tan importante para ti que un hombre te considere hermosa?*

Lo cierto es que Rafaella no era la más indicada para hablar: tenía tres hijos de distintos padres... ¡Al menos Camilla, que era amante de mujeres, era más coherente! Pero a pesar de todas sus dudas, le tranquilizaba saber que todavía podía atraer la atención, no sólo como profesional sino también como mujer.

—Sabes cómo pasar por nativa. Haldane también puede hacerlo. Usaré los corticadores Braniff-Alfa. Si *tú* lo dices, creeré que son seguros... Pero, ¿puedes decirme qué es lo que hago mal para poder pasar por un nativo en la Ciudad Vieja, como haces tú, y como lo hacen Haldane y Cargill?

—¿Por qué no se lo preguntas a ellos? Son hombres y sabrán mejor que yo lo que debe hacer otro hombre...

—No. Yo confiaría más en una mujer para identificar a un hombre, y a un hombre para identificar a una mujer. Por ejemplo, creo que te identificaría a ti aunque llevaras ropas darkovanas... Quiero decir, aunque no estuvieras en guardia, como aquí. Creo que te identificaría en el mercado, por ejemplo. No caminas *exactamente* como ellas... no, son tus ojos, no los mantienes bajos, no de la misma manera. Tú... —buscó las palabras— los bajas, pero advierto que lo haces con deliberación, no de forma automática. ¿Es sólo porque eres una Renunciante?

—Tal vez, en parte. Aunque tienes razón; siempre he tenido algunos problemas por eso. Ponte tu atuendo darkovano, y te diré lo que haces mal. Y mientras te cambias, iré a transferencia de créditos... ¡Oh, maldición, no podré entrar en el Cuartel General con estas ropas, activaré todas las alarmas!

—Una de las mujeres de mi oficina es más o menos de tu talla, y vive en este mismo corredor. Puedo pedirle que me preste un uniforme para ti.

Ella asintió, advirtiéndole que no le dijera a nadie para quién era. No quería, en su día libre, que la asaltaran todos sus viejos conocidos, ansiosos por conocer los detalles de su curiosa misión. Cuando él volvió, se quedó a un lado y le permitió cambiarse en su dormitorio. Magda se sorprendió al observar cuan desnuda se sentía con la túnica y las medias, después de varios meses de llevar sus ropas de Amazona, sueltas y cómodas. También le preocupó el pelo rapado, demasiado corto incluso para una terrana. Pero lo cepilló hasta darle una forma elegante, y Monty, con criterio, también le había traído algunos cosméticos, de modo que pudo maquillarse. Cuando apareció, el joven soltó un silbido admirativo.

—¡Con esas ropas que llevabas, no me había fijado que eres un bombón!

Ella volvió a reírse, advirtiéndole cuan alejada estaba de esa clase de cumplidos. Le resultó a la vez familiar y extraño caminar por los corredores del Cuartel General, sabiendo que el uniforme la hacía invisible, la convertía en una simple empleada más, con derecho a estar allí. Era diferente, y de alguna manera reconfortante, abandonar su identidad individual y adoptar el anonimato.

Pronto terminaría su período de reclusión. ¿Querrían que volviera aquí? Si era así, debía explicar a sus hermanas que era terrana... ¿La odiarían por eso? Cuando regresó, Monty se había vuelto a vestir con sus ropas darkovanas y Magda se dedicó a examinarle con ojo crítico.

—Tienes el pelo demasiado corto. Para tener un aspecto correcto, tendrías que dejártelo crecer al menos hasta aquí. —Puso una mano a la altura del cuello—. Ahora camina... —y lo observó con toda seriedad. Al final dijo, frunciendo el ceño—: Ya sé qué es. Caminas demasiado... con demasiada levedad, sin molestias. Los hombres darkovanos, todos ellos, excepto los mendigos o los inválidos... crecen llevando una espada, e incluso cuando no la llevan, parece como si la llevaran, no sé si me comprendes. Toma —dijo, recogiendo el cuchillo de Amazona que había dejado a un lado—. Ponte esto en el cinturón... trata de caminar con él. No es una espada, por supuesto.

—Pero lo parece, qué duda cabe.

—Legalmente no lo es. Según la ley, ninguna Amazona puede llevar una espada.

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó Monty, examinando la hoja.

En realidad, pensó Magda, se parecía mucho a lo que un terrano llamaría una espada.

—Alrededor de seis centímetros —admitió con sequedad, y ambos se rieron cuando él se puso el arma en la cintura.

—No, te inclinas hacia un lado para compensar. Y mantén la muñeca más atrás, para no golpeártela con la empuñadura. ¿Recuerdas cuando empezaste a usar una radio-pulsera y tuviste que aprender a no golpearla contra todo? La muñeca hacia atrás... más baja, para que no interfiera y puedas desenvainarla de inmediato en caso de necesidad. Tienes que convencerte psicológicamente: creciste usándola, empezaste a entrenarte cuando tenías alrededor de ocho años, nunca saliste sin tu espada, te sentirías tan desnudo sin ella como si te hubieras olvidado de ponerte los pantalones por la mañana.

—¡Dios mío! —exclamó Monty—. Sabía que era una cultura agresiva, pero ¿de veras empiezan a entrenarles a los ocho años?

—Los hombres del valle. En las montañas, los niños empiezan a llevar una daga casi en cuanto aprenden a caminar, y a usarla, además. Es tan sólo una parte de las realidades de su mundo; afuera hay muchas cosas más grandes que ellos mismos. Y hasta que puedas sentir eso, visceralmente, no sólo intelectualmente, no tendrás más que una comprensión superficial de lo que es ser un hombre en Darkover. Sus mujeres están menos protegidas que nuestros hombres... ¡Había mujeres combatiendo el incendio, y no eran sólo Renunciantes! —Al cabo de un minuto, sugirió—: Deberías conseguirte una espada y usarla todo el tiempo mientras estás en tu habitación.

—¿Y cómo diablos hago para sentarme con esa cosa?

—Ése es el punto. Úsala durante seis semanas, y lo sabrás. Podrás sentarte, ponerte de pie, trabajar, correr con ella, y ocupar un asiento de la taberna sin golpear con ella a tu vecino de mesa.

Él escuchó con atención y asintió lentamente.

—¿Hizo Haldane todo eso?

—Claro que sí, y más; su padre incluso le permitió estudiar con un maestro de armas junto con los demás muchachos de su edad en la aldea donde creció. Un día me dijo que con el uniforme del Imperio se siente semidesnudo. A ambos nos ocurre.

Con inquietud. Magda miró sus piernas enfundadas en medias.

—Y tengo que cambiarme antes de irme —dijo, dirigiéndose a la otra habitación para quitarse el uniforme. Luego añadió—: Ah, y baila tanto como puedas. Aquí los hombres aprenden a bailar alrededor de los cinco años. Como todo el mundo.

—Eso oí decir —dijo Monty—. Es un viejo proverbio: reúne a tres darkovanos y organizarán un baile. Antes de volver aquí, estudié un poco de ballet y de artes marciales... Estudié danza ingrávida en Alfa.

—Eso explica por qué logras pasar por darkovano, aunque imperfectamente; no caminas como los terranos en general, que no tienen ni idea de cómo deben moverse. Noté que tenías gracia. La mayoría de los darkovanos cree que los terranos son increíblemente patosos. Bailar, dicen, es una de las tres actividades absolutamente humanas; los animales pueden hacer casi todas las cosas, pero hay un proverbio que afirma: *sólo los hombres ríen, sólo los hombres bailan, sólo los hombres lloran.*

—También yo lo he advertido —dijo él—, la manera en que tanto los hombres como las mujeres se desplazan, con gracia... tú te mueves como ellos —añadió—, como una pluma.

De repente, Magda sintió timidez ante la manera en que él la miraba.

—Debo ir a cambiarme. Ni siquiera una ramera saldría a la calle con este atuendo...

Él no desvió la mirada.

—No puedo decidir con qué ropas me gustas más. Las mujeres darkovanas son tan modestas, tan... —vaciló, buscando las palabras—, tan femeninas. Eso me hace más consciente de mi masculinidad. Sin embargo, con tus ropas de Amazona pareces negar todo eso, ser distante. Y con el uniforme... eres muy bella, Magda —dijo, y se acercó a ella. La hizo girar lentamente y la besó—. Deseaba hacer esto desde la primera vez que te vi, aquel día en la Casa del Gremio, cuando estabas tan furiosa conmigo. Y ahora que sé que no eres ninguna bruja ni un basilisco, sino una hermosa mujer... y tantas cosas más... una colega y una amiga, y también una mujer... —dejó de hablar y volvió a besarla.

Al cabo de un minuto, ella dijo con suavidad:

—¿De veras soy tan intimidante?

—Ahora no. No vayas a cambiarte, Magda, quédate aquí conmigo un rato... —y la atrajo hacia sí.

Magda le dejó que la besara de nuevo, y una vez más sintió aquella curiosa ambivalencia. Aquel hombre le gustaba. No quería que se sintiera atraído de esta manera. Sin embargo, le daba seguridad saber que, a pesar de todas sus defensas, todavía era deseable... Monty le besó la nuca desnuda, y Magda se alejó, perturbada.

—No —dijo en voz baja—; Monty, no. He venido aquí contigo a trabajar, no para... no para esto.

Él no se retiró.

—No es verdad eso que dicen... que las Amazonas odian a los hombres y son amantes de mujeres, ¿verdad?

Pero eso es lo que dicen... y ahora me pregunto si no será verdad. Una de las mujeres dijo un día, en la Sesión de Entrenamiento, que una mujer que da su amor a los hombres es una traidora con las demás, que los hombres siempre tratan de reducirnos tan sólo a algo que pueden o no tener como conquista sexual, porque eso significa que no tienen por qué tomarnos en serio. Él decía que mi trabajo es aquí el parámetro de excelencia... ¿Acaso necesita seducirme para probarse simplemente que, a pesar de todo, no soy más que una mujer que él puede poseer?

No obstante, le permitió que la llevara a la cama, se ofreció a sus besos. Era consciente de su propia respuesta, y aquello la hacía sentir incómoda.

No quiero. He vivido sola y célibe durante más de un año. Debería estar ansiosa. Él es una persona muy agradable, pero en realidad no quiero. ¿Qué me pasa? Jamás debía haberle permitido llegar tan lejos.

Si quería detenerle, tenía que haberlo hecho de una manera decisiva y rápida cuando él hizo el primer gesto. En cambio, le había permitido pensar que también ella lo deseaba. Sería mezquino y bajo detenerle ahora.

¡No soy una virgen, por amor del cielo!

Al cabo de un rato, Monty susurró:

—Esto es una tontería, Magda, que nos besemos como niños, con toda la ropa puesta... los dos somos adultos racionales. Tú también me deseas, ¿verdad?

¿Le deseo? ¿No le deseo? ¿O simplemente deseo tranquilizarme, probarme que todavía puedo responder a un hombre, que no me he convertido en una cosa extraña, asexual... como Camilla? ¿Y por qué pienso en Camilla ahora?

La idea le asustó. Levantó la mirada y le sonrió.

—Por supuesto que sí —dijo con claridad—, pero nunca me voy a la cama con un hombre cuyo nombre de pila no conozco.

Él se rió con alivio y placer. Sus ojos eran oscuros y brillantes, tenía el rostro sonrojado.

—Oh, entonces está bien —dijo, acentuando lo absurdo de la situación—, no lo uso nunca porque no tiene equivalente darkovano. Eso no le molesta a mi padre, pero a mí sí; no me gusta tener un nombre que nadie puede pronunciar, de modo que soy Monty. Me llamo Wade. Lo cierto es que debería adoptar un nombre darkovano, pero todavía no me he decidido. ¿No es ridículo? Pero sin embargo es así...

Se inclinó sobre ella, riéndose, y ella le sonrió y dejó que volviera a llevarla a la cama.

Mientras volvía a vestirse, ante el espejo, Monty se acercó y le rozó suavemente el rostro.

—Eres tan adorable —le dijo suavemente—, pero con esas ropas pareces tan dura y extraña. Odio verte oculta tras ellas, incluso ahora que sé que es mentira, que en realidad no eres así.

Magda puso una mano sobre el brazo del joven.

—No, Monty. No es mentira. Es... es *parte* de lo que soy. ¿No lo comprendes?

—No. No, pero lo intentaré. ¿Tomamos ahora esa copa?

Él trataba de aceptar su ligereza, pero a ella Monty le gustaba más ahora que sabía que no había sido para él una simple aventura.

Tampoco para mí. Me gustaba y es un amigo, aunque nada más. ¿Está mal desear dar placer a un amigo, aunque sea un hombre?

Se sentó junto a él, bebiendo, consciente que de alguna manera, él necesitaba estar cerca de ella en medio de tanta extrañeza. Ella deseaba poder hacerle comprender que también para ella era extraño.

Entregarse solamente en el momento y la oportunidad que yo decida...

Las palabras del Juramento resonaban en su cabeza. *Pero ya no sé lo que eso*

significa. ¿Le utilicé para mis propias necesidades... no necesidades sexuales, sino la necesidad de probarme a mí misma que todavía podía atraer a un hombre? ¿Es eso lo que significa el Juramento, que debemos utilizar a los hombres para satisfacer nuestras propias necesidades, en vez de permitir que nos utilicen ellos para satisfacer las suyas? ¿Acaso no tenemos necesidades todos?

—Es difícil —dijo él, preocupado—, enamorarse o no enamorarse. Yo... yo no quiero casarme. Y sin embargo, no consigo interesarme tampoco por la clase de mujeres que puedo encontrar en el distrito reservado. Anduve un poco por allí porque... porque..., esto no tiene demasiado sentido, pero en cierto modo, ellas eran Darkover para mí. La única parte de Darkover que podía tener. El mundo real está a un millón de años luz de esas muchachas, y yo lo sé, y sin embargo puedo... *podía* tenerlas, al menos en un sentido limitado, y no podía tener a las demás. ¿Comprendes lo que quiero decir? Y... oh, demonios, de repente se me ocurrió, esta mujer sabe, podemos estar juntos... Sabes, en realidad *no* te invité aquí para seducirte, ni siquiera me pasó por la cabeza...

—No importa, Monty. Son cosas que pasan. Como dijiste, los dos somos adultos.

Magda tomó un sorbo de su copa y le palmeó la mano. ¡Qué absurdo que fuera ella quien debiera tranquilizarte!

—¿No podrías decirme dónde encontrar una espada? Me gustaría intentar eso que me indicaste —dijo.

—Por supuesto, aunque en realidad, Peter sabe más que yo sobre esto. Él sí que sabe de armas, y yo no soy especialista, aunque me han enseñado un poco, muy poco, sobre su uso. Peter es un verdadero experto.

—Está bien, le preguntaré a él, aunque lo cierto es que no le conozco demasiado. De hecho, conozco más a su esposa, pues trabajamos juntos gran parte del tiempo. Tú la conoces, ¿verdad? ¿Es tu amiga?

—Es mi madre de juramento dentro del Gremio. Es una relación muy especial —explicó Magda, y se preguntó por qué la idea le producía tanto dolor. ¿Qué había ocurrido entre ellas, que ya no eran amigas íntimas como antes? No quería pensar en eso.

—Es muy agradable —dijo Monty—, y parece tan solitaria aquí, tan fuera de lugar. Oh, es competente... muy competente. Pero se la ve muy triste. Debe haber estado locamente enamorada de ese hombre, para abandonar su mundo por él. Una mujer que haga eso por un hombre... oh, infiernos —se interrumpió cuando la campanilla de la puerta sonó discretamente—. Iré a ver quién es y trataré de quitármelo de encima, ¿de acuerdo?

—No por mí, Monty. De verdad, tengo que ir a retirar mis botas —dijo ella mientras él se dirigía hacia la puerta.

—Oh, adelante, Li. ¿Conoces a Lorne, de Inteligencia?

—Cholayna me ha contado muchísimas cosas de ella —dijo Alessandro Li, inclinándose sobre la mano de Magda.

Magda recogió su cuchillo y se lo puso en la cintura, imaginando que los ojos de Alessandro Li seguían sus movimientos. Se sonrojó, consciente de que era una tontería. Por supuesto, Li no tenía modo de saber lo que había ocurrido entre ellos, y era probable que si lo supiera no le importara.

—Pregúntale a Peter, Monty —dijo Magda—. Él puede conseguirte una buena espada, y según creo, comprar una espada es un asunto de especialistas... hay que saber exactamente lo que se quiere y, además, ¿en un planeta pobre en metales como éste, no son nada baratas! Pero es una inversión para toda la vida.

—¿Estás pensando dedicarte a la esgrima, Monty?

—No, pero nunca podré parecer darkovano si no aprendo a manejar una espada, o por lo menos tener el aspecto de que sí sé cómo manejarla —dijo Monty.

—No es el tipo de cosa que me atraería —dijo Li en tono ligero—. Conozco su trabajo, de veras, señorita Lorne, y es un placer conocerla. A propósito, Jaelle me dio el nombre darkovano de *Aleki*.

Ella asintió.

—Si se vive aquí, es una buena idea tener un nombre darkovano, responder a él y pensar que ése es su nombre verdadero, como un reflejo automático.

—Eso es lo que nunca aprenderá mi padre —dijo Monty—, no puede pensar en sí mismo como una persona que tiene que ver con este mundo. Después de... ¿cuánto tiempo? ¿Once, trece años? Todavía se siente un extraño.

—Bueno, después de todo —dijo Aleki—, es un extraño. No es saludable..., útil para nuestro trabajo, tal vez sí, pero no saludable pensar en uno mismo como alguien que pertenece a un mundo ajeno. Creo que ni siquiera está bien olvidar el hecho de que esto es una farsa, un disfraz... No debemos permitir que ese disfraz se haga real. Es cierto que cuando nombremos a un Legado aquí, deberá ser un hombre que de verdad se preocupe por los nativos y pueda identificarse con ellos. Pero en primer lugar y ante todo, deberá ser un hombre de carrera del Imperio. Tomemos a Haldane, por ejemplo. Es inteligente, conoce ese planeta del derecho y del revés, y tiene una mente tan aguda como el acero más proverbial. Cuando sea un poco más viejo... por supuesto, no hace falta que les diga que en parte dependerá de mi informe la posibilidad de que establezcan aquí un Legado, y cuándo. Haldane es agudo y ambicioso... Hay un par de manchas en su expediente, pero todavía es joven y está aprendiendo. ¿Qué le parece, señorita Lorne? ¿Cree que Peter Haldane sería un buen Legado? ¿O no es usted la persona adecuada para responder a eso? Estuvo casada con él, ¿verdad?

—No sé si soy o no la persona adecuada para responder. Le aprecio, pero no ignoro sus defectos, si a eso se refiere. Por supuesto que sería mejor Coordinador que Russ Montray. ¿Quién no? —Pero lanzó una mirada de disculpa a Monty—. Cualquiera lo sería. Hasta yo.

—Podría tener la oportunidad de ser Coordinadora en casi cualquier planeta, pero no en Darkover —dijo Aleki—. Así son las cosas; esta sociedad no aceptaría a una

mujer en ese cargo. Si quiere un cargo de Coordinadora en otra parte, Lorne, puedo recomendarla. Pero no aquí. Pero me estaba dando su opinión sobre Haldane...

—No estoy segura de que los errores que ha cometido sean reversibles —dijo ella, como disculpándose—, o si implican cierta falta de imaginación. Pero está comprometido con Darkover y quiere quedarse aquí.

—No lo sé —dijo Aleki, dubitativo—, en un puesto clave como éste hace falta un hombre cuya lealtad al Imperio sea incuestionable, que ponga primero al Imperio y en segundo lugar el planeta en cuestión.

Magda sacudió la cabeza.

—Si dependiera de mí, preferiría a un hombre que pensara en primer lugar en el planeta... sólo para conseguir el equilibrio con todos esos burócratas que siempre ponen en primer lugar al Imperio. Un Legado debería ser el portavoz de su planeta.

—Ésa es la tarea de los senadores y de otros hombres clave dentro del gobierno del Imperio —dijo Aleki—, aunque es verdad que a veces consideran al Legado como el hombre que debe hablar en nombre de ese mundo en cuestión. Son diferentes teorías acerca de cómo designar a la gente, eso es todo. Por eso, y aunque los darkovanos aceptaran a una mujer en ese cargo, usted no sería más que Coordinadora. Su expediente de servicio muestra que tiene cierta tendencia a convertirse en nativa, a pensar desde un punto de vista planetario, no imperial, y un legado no puede ser provinciano, preocuparse tan sólo por su planeta. Al menos Haldane parece estar trabajando muy duro para ganar una perspectiva más amplia. —Aceptó la copa que le había servido Monty—: Oh, gracias.

—Para mí no —dijo Magda—. ¡Una renunciante no puede andar borracha por las calles, ni siquiera durante el Festival! Sin embargo, sí aceptaré más café, será maravilloso.

Monty indicó la pila de cintas que estaba sobre la mesa, junto a la cama.

—La señorita Lorne ha venido en su día libre y ha enriquecido nuestros archivos sobre las Renunciantes.

—Y ahora me marcho a pasar el resto del día con las mujeres de la Casa del Gremio...

—No se vaya todavía —dijo Aleki—. Desde que Jaelle la mencionó, he querido hablar con usted. Busqué todo lo referido a usted en Archivos. Mientras estaba en las líneas, combatiendo el incendio, vi a algunas mujeres de la Casa del Gremio de Neskaya...

—También fuimos algunas de la Casa de Thendara —dijo Magda—, pero yo no le vi.

—No hubiera reparado en mí —dijo Alessandro Li, con buen humor—. Se suponía que era sordomudo, un criado.

Monty se echó a reír.

—¡Eso es exactamente lo que Magda me dijo que me convenía ser esta mañana, mientras caminábamos por las calles!

—Estuvo en las Kilghard Hills —dijo Aleki—. ¿Sabe algo acerca... —vaciló antes de pronunciar la palabra— del Comyn?

—Lo único que sé está consignado en mi informe sobre Ardais —dijo Magda, consciente de que se estaba evadiendo, y él frunció el ceño.

—No es suficiente. Creo que el Comyn, de alguna manera, sea lo que fuere, o quienes sean, es la clave de todo este loco planeta. En general, sabe, todos vienen a rogarnos que les permitamos formar parte del Imperio... Ansían la tecnología, los beneficios que podría darle un Imperio que abarca las estrellas, ¡pero esta gente piensa que su pequeña pelota de lodo helada es el centro mismo del condenado universo!

—No es justo acusarlos por eso —dijo Magda—. ¿Acaso no es eso lo que creen todos?

—No se trata de acusaciones. Pero Darkover es una anomalía, y me gustaría saber por qué. No puedo preguntarle mucho sobre el Comyn a Jaelle: creo que está emparentada de alguna manera. No tenemos a muchos hombres en el campo...; nos enteramos de un rumor que había en la Ciudad Comercial, hace unos años, sobre alguna clase de lucha de poder en el Comyn. Tenía que ver con eso que llaman las Torres, alguna clase de rebelión liderada por un hombre llamado lord Damon Ridenow... y cuando fui a combatir el fuego, allí estaba él, dirigiendo toda la operación.

—Bien, debería saber lo que está ocurriendo, entonces —dijo Magda—. Tiene allí el mejor agente de campo que he conocido jamás. Nunca le hubiera identificado, pero los dos quedamos atrapados por el fuego y le oí jurar en terrano. —Pero entonces dudó: ¿le había oído o le había captado con aquel nuevo sentido especial que parecía estar desarrollando?

—¿El mejor agente de campo? ¿De qué demonios está hablando? —preguntó Aleki—. No tenemos a ningún hombre en tierras de Alton. El único agente de campo de Inteligencia realmente bueno que tenemos es Kadarin, y él y Cargill están en las Ciudades Secas. ¿De quién está hablando?

—Le llaman *Dom Ann'dra* —empezó Magda, y se interrumpió al ver la feroz expresión de triunfo que se dibujaba en el rostro de Aleki.

—Lo sabía. Lo sabía, maldición, a pesar de todo aquel discurso sobre contratos, y sobre aquel hombre que estaba legítimamente al servicio de lord Damon. Se lo ha montado así de bien porque no tiene relaciones conocidas con Inteligencia... ¡y se dice que la nobleza darkovana tiene poderes psi, por lo que no podíamos infiltrar a ningún hombre entre ellos! Le leerían el pensamiento, pero éste... no sé cómo, pero lograron hacer una *verdadera* operación clandestina... estrellaron aquel avión allí, le dieron por muerto, y ahora me dice que este Ann'dra... ¡Demonios, yo mismo le vi corriendo por allí como el socio de lord Damon, y ni siquiera yo me di cuenta de que era de Inteligencia!

—No creo que sea así en absoluto —dijo Magda, recordando al hombre que había

visto en los establos aquella misma mañana. Aquel hombre era uno de ellos, ya no estaba desgarrado entre dos mundos conflictivos: había encontrado un hogar—. El Imperio le ha declarado muerto. Tal vez sea lo que él desee.

Pero Aleki no la escuchaba.

—Tengo que averiguar lo que sabe. En este momento en que estamos tomando decisiones cruciales para Darkover, él podría ser la clave de todo.

Juramentos en conflicto. A pesar de todo lo que el Juramento de Renunciante significaba para ella, también estaba sorprendida aquí, pues de alguna manera también lo había jurado. Era terrana, aunque no deseara serlo, y la idea le aterró. Se levantó con aire decisivo.

—Debo marcharme, Monty, de verdad.

Cuando él se incorporó para escoltarla, ella negó con la cabeza.

—No, no. ¡Yo ya sabía encontrar el camino aquí cuando tú todavía estabas estudiando para los exámenes de ingreso!

Se dio cuenta de que el comentario le había herido. ¿Acaso era él tan consciente de su calidad de novicio, de que Magda era una experta?

Sólo merece lo mejor de mí. Le he utilizado y me desprecio por eso, y ahora trato de rebajarle. ¡Qué perra soy!

Le permitió que la rodeara con el brazo.

—¿Irás al Baile del Festival del Castillo Comyn?

—¿Yo? ¿Una Renunciante? ¡Por favor! —Se echó a reír—. La gente del castillo ignora nuestra existencia... ¡Antes os invitarían a vosotros!

—Bueno, eso es exactamente lo que han hecho... —empezó Monty.

—Resulta que yo sí iré —Aleki le interrumpió—. Vine para decírselo a Monty, y por eso, entre otras cosas, me agradó encontrarla aquí, señorita Lorne. —Le entregó a Monty una hoja de elegante pergamino.

—Como podrás ver, se le pide al Coordinador, y a miembros elegidos de su personal, que asistan al baile, como gesto de buena voluntad entre darkovanos y terranos —explicó—, y la gente que ha vivido aquí durante mucho tiempo sabe comportarse como es debido, bailar bien y cosas así... gente como usted, señorita Lorne.

—En realidad, yo ya lo sabía —dijo Monty—. Mi padre lo mencionó. Pero entre una cosa y otra, no tuve tiempo de decírtelo, Magda.

Su sonrisa le pareció a Magda curiosamente infantil y vulnerable, un aspecto de él que no había visto antes, que había estado oculto por las duras máscaras que siempre llevaban los hombres del Imperio. También Peter le había mostrado aquella faceta, y se preguntó si todos los hombres la tendrían, incluso los de Darkover como *Dom Gabriel* o *Kyril Ardais*, oculta tras los roles que les imponía la sociedad. *Los hombres están tan atrapados en sus roles sociales como las mujeres, ¿no es así?* Pero al menos ellos se beneficiaban con esos roles: ¡era más fácil interpretar el rol del amo que el del esclavo! Su primer impulso fue negarse. ¿Una Renunciante en el Baile del

Festival, y formando parte de la delegación terrana? Si se encontraba con alguien que la hubiera visto en la Casa del Gremio, su cuidadosa cobertura se esfumaría.

Pero tarde o temprano tendrían que saber quién era. *Era terrana... ¿por qué fingir otra cosa? Y tal vez la primera y única oportunidad que tenía una mujer terrana de asistir al Baile del Festival en el Castillo Comyn...*

—Usted puede decirme todo lo que necesito saber —dijo Aleki—, y también impedir que cometa errores sociales...

—Y mi padre presidirá la delegación —insistió Monty—. Todos te pedimos que nos acompañes y que impidas que haga algo desafortunado.

—Oh, supongo que Jaelle... o Peter...

—No estoy seguro de caerle bien a Jaelle —explicó Aleki—. Es cortés, pero no sé por qué tengo la sensación de que me combate. Haldane está resentido conmigo, y no le culpo. Su carrera está aquí, en este mundo, y yo vengo y luego me iré, pero él sabe que mi informe puede favorecerle o destruirle. No hay manera de que yo le caiga bien. Me gustaría ir con alguien que no fuera tan hostil.

Magda suspiró y asintió.

—Por supuesto, si lo plantea así.

—¿Tiene ropa adecuada para ponerse? ¿O debo pedir algo para usted?

—Tengo una idea mejor. Para el Solsticio de Invierno, lady Rohana me regaló un vestido: yo me preguntaba si tendría otra oportunidad de usarlo...

—¿Voy a buscarte a la Casa del Gremio? —le preguntó Monty, y ella soltó una carcajada de alegría.

—¡Cielos, no! ¡Los chismes que eso causaría! Quiero a mis hermanas, pero tienen una característica que desprecio en las mujeres... ¡chismorrean! No les niego esa diversión... pero tampoco quiero formar parte de ella. Nos encontraremos en la calle próxima al castillo.

Estrechó la mano de Aleki, y Monty insistió en acompañarla hasta la puerta.

Me gusta más como colega que como amante. Preferiría ser su amiga y no su amante.

Con reticencia, le permitió un beso de despedida. No quería herir sus sentimientos.

Mientras regresaba caminando, recordó que en una ocasión, Jaelle la había acusado de ser demasiado protectora con los hombres.

Probablemente sea cierto, pensó, soy aún más fuerte que casi todos los hombres que conozco, y es tan condenadamente fácil herirlos. Las Amazonas dicen que está mal herir a una mujer... ¿por qué estaría bien herir a un hombre?

¿O acaso han sufrido tanto en manos de los hombres —como Camilla, por ejemplo— que ya no creen que sea posible herirles, porque son siempre superiores e invulnerables?

Sentía afecto por Monty —solo y sin amigos en un mundo extraño—, porque se acordaba de cuando había estado sola en la colonia Alfa, durante su entrenamiento,

como una extranjera de otro mundo, una conquista exótica y difícil. Muchos hombres habían querido seducirla por ser quien era, por lo que era. Se había sentido muy sola. Estaba sola ahora...

Los hombres son tan débiles. ¿O soy yo que me rodeo de hombres débiles, porque los fuertes representan para mí un desafío demasiado grande?

No había nadie de turno en el vestíbulo, pero acudió Rezi, con las manos llenas de harina, desde la cocina, para abrirle la puerta.

—Han venido algunas hermanas de la Casa del Gremio de Bellarmes, para el Festival... y tú irás al baile de mujeres esta noche, ¿verdad? Camilla dijo que iría contigo.

Magda pensó que la verdad es que hubiera preferido el baile de mujeres de la plaza pública de Thendara, pero sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero tengo otro compromiso. No pensé que Camilla me incluiría en sus planes sin preguntármelo.

Rezi hizo un gesto de pesar.

—Muy bien, ¡pero después no vengas a llorar en mi hombro si Camilla se enfada contigo!

—¡No soy propiedad de Camilla, ni ella mía! —le espetó Magda.

Rezi se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Tú y Camilla debéis solucionar vuestras peleas amorosas sin mí.

Magda subió la escalera ceñuda. Nunca se le hubiera ocurrido que Camilla esperara —o sintiera que tenía derecho a esperar— su compañía durante el Festival.

Tendría que haberlo sabido. Las hermanas de juramento son como una familia. En realidad, pensó, preferiría estar con Camilla, o incluso con Rezi, a quien no conocía mucho ni apreciaba demasiado... ¡antes que con Monty y Aleki y toda la condenada delegación terrana! Pero había dado su palabra y era importante para su trabajo.

Extendió su vestido de fiesta sobre la cama para que se ventilara. Se había duchado en el Cuartel General terrano, de modo que empezó a cepillarse el pelo corto. En eso estaba cuando entró Camilla, quien se detuvo con expresión de asombrado deleite.

—¡Qué guapa estás, *breda!* Pero ese vestido es demasiado bonito para el baile de mujeres. Nuestras hermanas de Bellarmes llevan días viajando y sólo tienen ropa de viaje, y muchas de las mujeres que asistan serán viudas pobres, que vivirían en la Casa del Gremio si pudieran, pero que tienen niños y padres viejos a quienes cuidar. Los vestidos de fiesta, así, como el tuyo, les harían sentirse muy andrajosas, de modo que en general, no nos acicalamos demasiado para los bailes de mujeres. Además, ¡esos vestidos sólo sirven para atraer a los hombres!

—Oh, Camilla, lo siento. Pero no puedo ir contigo al baile de mujeres, me esperan en otra parte...

La voz grave de Camilla resonó con un tono divertido.

—¡Ya, te han invitado al Castillo Comyn, y lord Hastur en persona te sacará a bailar!

Magda soltó una risita débil.

—No sé nada de lord Hastur —empezó—, pero la verdad es, Camilla... ¡Oh, no podrás creerlo! —Se interrumpió: no podía decirle a Camilla lo de los terranos ni contarle la insistencia de Alessandro Li, que le había insinuado que era su obligación asistir.

Por suerte, Camilla supuso de inmediato que la invitación había procedido de Jaelle, que era su madre de juramento, y después de todo, una invitación del Comyn era prácticamente una orden real.

—¡Qué espléndido! Después me lo contarás todo, *breda*. No tienes alhajas, pero yo tengo un collar de piedras rojas que puedo prestarte. Tiene justo un color que combinará a las mil maravillas con ese vestido —dijo, y fue a buscarlo.

Cuando Camilla lo trajo, Magda se quedó con la mirada clavada en las piedras preciosas.

—Camilla, es demasiado, no puedo aceptarlo...

—¿Por qué no? Lo que es mío es tuyo —dijo Camilla con sencillez—, ¡y seguro que yo nunca bailaré en el Castillo Comyn con los Hastur! Era de mi madre, sólo la vi una vez después de... —vaciló— después de lo que te conté, pero cuando murió, un mensajero me lo trajo. Yo nunca uso alhajas, pero no hay motivo para que siempre esté guardado en su caja en vez de ser lucido por una mujer hermosa, aunque sólo sea una vez.

Se lo puso en el cuello, y Magda le dijo impulsivamente:

—¡Para mí eres bella, Camilla!

Camilla se echó a reír.

—No sabía que además eras corta de vista —dijo, pero sonrió a Magda, y le dio un rápido abrazo—. El baile del Comyn termina a medianoche. Nosotras estaremos en la plaza pública hasta el amanecer. Ven a reunirte con nosotras después.

—La verdad es que preferiría quedarme contigo —dijo impulsivamente Magda—. Me encantaría poder hacerlo.

Y es verdad. Para mí ir al castillo no es un placer, sino volver al trabajo. ¡Camilla vale por diez de ellos, y es más divertida!

El rostro de Camilla se iluminó.

—¿De verdad? —dijo y abrazó aún más estrechamente a Magda. La estrechó contra sí, y ocultó el rostro en el pelo de la joven—. Margali... Margali... —susurró—, sabes que te quiero... —y no pudo proseguir. Al cabo de un minuto, cuando su voz se recobró, dijo—: No eres *crisoforo*, como Keitha, esto no te horroriza... —y otra vez se interrumpió.

Debería habérmelo esperado. He estado evitándolo desde que llegué a esta casa. Hoy he descubierto que lo que deseo no es a un hombre. No deseé a Peter, y tampoco a Monty. Debía haberlo sabido desde hace tiempo...

Me he entregado a Monty, cuando en realidad él no me importa. Y Camilla es mi hermana, la mejor amiga que tengo aquí, se ha preocupado por mí y me ha respaldado en momentos de desdicha; siempre que me he sentido sola y he necesitado una amiga ha estado aquí, sin pedirme nada, ofreciéndome su amor y su devoción. En nombre de la Diosa, ¿cómo puedo ser tan ciega a la verdad, cómo puedo entregarme a Monty, que no significa nada para mí, y rechazar a Camilla de este modo?

Besó los suaves rizos de Camilla, levantó el rostro de la mujer y la besó en los labios. Camilla le sonrió, sin aliento, y Magda le dijo, indecisa:

—No... no lo sé..., no soy *crisoforo*, la idea no... no me perturba tanto, pero... no lo sé, nunca pensé en eso... —quedó en silencio, sin encontrar las palabras.

Nunca pensé que podía querer a mis amigas, en vez de responder a hombres que después de todo, me resultan extraños...

Sabía que se trataba de algo más, no estaba segura, pero si podía hacer feliz a Monty, que no significaba nada para ella, estaba más que dispuesta a complacer a Camilla.

—Pero no lo sé... Yo... yo nunca...

Camilla interrumpió sus confusas palabras con un beso; pero después, tomando el rostro de Magda entre sus manos, la miró con seriedad.

—¿Lo dices en serio? ¿Ni siquiera cuando eras una niña, nunca tuviste una *bredhya*...?

Confusa, Magda sacudió la cabeza. *Nunca. Nunca tuve una amiga, ni siquiera una amiga común, ni una amante, hasta que llegué a la Casa del Gremio. Ni siquiera supe que quería tener una amiga hasta que me encontré arriesgando mi vida por Jaelle.*

Casi le pareció que Camilla podía leer un poco sus pensamientos.

—Está bien, amor —susurró ésta—. El amor es algo simple, muy simple... Ven y déjame mostrarte lo simple que es...

2

Dentro del Cuartel General, no había nada que permitiera diferenciar el Solsticio de Verano del de Invierno. La luz era la misma —no había ventanas en las que pudieran abrirse las pesadas cortinas invernales, ni olor de horneado de pan en el aire, nada del bullicio de las calles—. Pero cuando entró Peter, ella logró dedicarle una sonrisa.

Con bastante timidez, él le entregó una canasta de flores y frutas que tenía oculta tras la espalda, del tipo que se vendían en la calle en esta época. Jaelle se sintió conmovida; Peter debía de haber ido a buscarla hasta la Ciudad Vieja.

—Desde el Solsticio de Invierno hasta el de Verano, hemos estado juntos medio año, Jaelle. ¿Quién podría olvidarlo? Y cuando vuelva de nuevo el Solsticio de Invierno, seremos una familia de tres.

La estrechó en sus brazos, y Jaelle sintió un acceso de ternura por él. Peter se había acordado. Pero no era el viejo sentimiento de ternura. Aquello había desaparecido para siempre, y en su lugar sólo había vacío. Mordisqueando una fruta, se fue a buscar algo donde poner las flores en agua y se preguntó si por eso las Renunciantes juraban no casarse nunca *di catenas*, porque ese primer sentimiento desaparecía con mucha rapidez... Él se acercó desde atrás y la abrazó con familiaridad, susurrándole al oído:

—Debes buscar tu vestido más bonito para bailar esta noche, aun cuando no puedas bailar mucho en tu estado...

—La verdad es que no quiero ir al baile público en la plaza —objetó ella—. Siempre está abarrotado de gente, y suele haber peleas... a veces una Amazona debe pelear con hombres que quieren demostrarle algo...

—Tonterías —dijo Peter—. Yo estaré contigo... ¿crees que permitiré que algún hombre le ponga las manos encima a mi esposa? Sí, sí, ya sé que eres fuerte, que tu Juramento dice que sabes protegerte sola, pero si crees que permitiré que una embarazada luce... De todos modos, no se trata del baile público —añadió—. Es una solemne ocasión para Darkover, querida, y estoy seguro de que tú has tenido algo que ver con esto. Ha llegado una invitación del Concejo del Comyn para Montray y una delegación del Cuartel General terrano, y por supuesto han especificado que tú y yo debemos asistir, ya que tú eres darkovana y yo he hecho tanto trabajo de campo que conozco las costumbres, el vocabulario y el protocolo adecuados para la ocasión. Están tratando de cimentar buenas relaciones, eligiendo a ciertos miembros del personal...

—Pues, eso elimina a Russ Montray —dijo Jaelle, consciente de que su tono había sido ácido.

Peter negó con la cabeza.

—Por desgracia es imposible eliminar al Coordinador, pero me dijeron de forma extraoficial que debo pegarme a él y asegurarme de que no haga algo demasiado

horrible. Y por supuesto, Monty estará allí. Pero el cuidado de Cholayna es responsabilidad tuya, ya que nunca ha estado en público aquí y nunca lo estará, y es la única mujer que hay aquí con rango suficiente para acompañar al Coordinador. Ojalá pudiéramos hacer venir a Magda de la Casa del Gremio, pero supongo que no se lo permitirán. Entre todos, esperamos poder evitar que el Viejo se meta en problemas.

Jaelle seguía asombrada por la falta de respeto que percibía en su voz. Si el hombre era tan incompetente, deberían despedirle de su cargo, o al menos asegurarse de que fuera un figurón sin poder real, tal como lo había hecho el Concejo del Comyn con varios reyes recientes, y como suponía que habían hecho con *Dom Gabriel*... Todo el mundo sabía que durante muchos años Rohana había sido el verdadero poder de Ardais.

Peter le dio la invitación.

—Mira, es una invitación personal... —y señaló con el dedo—: el señor y la señora Haldane...

Men dia pre'zhiuro... nunca, se me conocerá por el nombre de mi padre, de mi esposo o de mi amante...

—Peter —dijo ella, en voz ominosamente baja—, no soy la señora Haldane. Soy Jaelle n'ha Melora. No volveré a repetírtelo.

Él se resintió, pero protestó:

—Lo sé, amor. Pero los terranos no lo comprenden, ¿y qué importa cómo te llamen? Probablemente buscaron tu nombre en la relación de nóminas... no me culpes *a mí* de eso.

Ella dejó caer el papel con un curioso sentimiento decisivo. *Toda mi identidad ha desaparecido. No soy Jaelle n'ha Melora. Ni siquiera Jaelle, hija de Jalak. Soy simplemente una extensión de Peter Haldane, la madre de su hijo... No soy nadie. No aquí. Peter tiene razón. No tiene importancia.*

Vio que él se distendía.

—Sabía que serías razonable. Buena chica.

Con toda claridad, aunque él no dijo una palabra, Jaelle oyó: *Sabía que me harías caso.*

—¿Qué te vas a poner? —le preguntó—. No puedes ir de uniforme, ni con tus pantalones de Amazona...

—Supongo que me pondré el vestido verde que Rohana me regaló para el Solsticio de Invierno —dijo, tratando de recobrar la excitación de aquel primer baile al que fueron juntos, pero él ni siquiera lo recordaba, se limitó a negar con un gesto de la cabeza.

—Ya te lo han visto. Para esta ocasión, deberías llevar algo nuevo y especial.

—Tengo vestidos en la Casa del Gremio, pero toda la ropa me queda estrecha ahora. —Miró con pesar su cintura ensanchada—. Pero Rafaella y yo siempre nos hemos cambiado la ropa, y ella es más fuerte que yo. Sus vestidos me irán

perfectamente ahora, y estará contenta de prestarme algo.

¡Cómo se había burlado de Rafaella cuando la cintura de su amiga se había ensanchado, y ya no había podido usar los vestidos de Jaelle!

—¡No puedo permitir que pidas prestada la ropa de otra!

—Piedro, no seas absurdo... ¿Para qué son las hermanas, si no?

—Mi esposa no debe pedir *ropas prestadas*... ¡ni debe ponerse un vestido viejo y usado!

—Piedro —dijo ella, razonable—, Rafaella viste muy bien, nunca usa un vestido de Festival más de una o dos veces, y nadie de aquí ha visto ninguno de ellos. Es como si todos fueran nuevos.

Una vez más Piedro le parecía ser dos hombres al mismo tiempo: su amante y este terrano loco con sus ideas y prejuicios absurdos, interponiéndose entre ella y su amado Piedro.

—Sé razonable, Piedro. ¿En qué lugar de Thendara encontraríamos una modista que nos hiciera un vestido el día mismo del Festival? O bien me pongo mi viejo vestido verde..., aunque eso de decir que un vestido que he llevado una vez sea *viejo*..., o le pido uno a Rafaella o me pongo mis pantalones viejos. ¡No hay otra opción!

—No había pensado en eso. Nos avisaron con poca antelación, ¿verdad? —Frunció el ceño, pero después sus ojos se iluminaron—. Ya sé, bajaremos a la sección Trajes y les pediremos que hagan algo. Aquí no es día festivo. Dame el vestido verde... lo haremos copiar en otra tela... ¿Te gustaría de color azul?

Eso llevó todo el resto del día, y apenas si tuvieron un momento para comer algo antes de vestirse. A Jaelle le parecía estar haciéndolo todo sin tiempo —comer, hola-diós, una ducha, un papel con un mensaje importante, la ropa, un minuto para hacer el amor—. Estaba profundamente harta de eso, pero no podía llegar tarde. Cuando un mensajero trajo el vestido, cuidadosamente envuelto en una funda de plástico, ella contaba los segundos, y miraba con nostalgia sus cómodos pantalones de cuero mientras se cepillaba el pelo. Cuando los metros y metros de falda surgieron de su funda, la joven contuvo el aliento: era exquisito, de corte bajo, ribeteado de piel y bordado. Después, al mirarlo detalladamente, observó que no era de seda, ni piel... No había en él ni un centímetro de fibra honesta. Productos químicos, artificiales como en toda la ropa terrana. Si hubiera sido de confección darkovana, habría costado los beneficios de una temporada de una propiedad mediana, pero era una farsa, un fraude.

—¡Peter, no puedo llevar esto!

Pero él estaba en la ducha y no la oyó, y para cuando él cerró el agua, Jaelle ya sabía que no podría negarse. Peter se había gastado la paga de una semana para conseguirlo tan rápidamente. Podía haberlo pedido como gasto de representación y devolverlo después para reciclaje, pero conocía la aversión de Jaelle al reciclaje de las cosas, y se lo había comprado para que ella lo conservara como obsequio del

Solsticio de Verano.

Sin embargo, ¿cómo podía ponerse un vestido artificial? Parecería una terrana disfrazada de darkovana...

Bien, eso es lo que soy. La señora de Peter Haldane. Parte de la delegación terrana.

Mientras batallaba con los broches, frunció la nariz: el vestido no olía bien. Escarbó en su cajón y extrajo la bolsita de hierbas que le había dado Magda. Era su primera labor de costura, le había dicho, disculpándose por las desaparejadas puntadas. De repente aquella labor irregular le recordó a Camilla, el primer año que pasó en la Casa del Gremio, enseñando a coser a una perpleja niña de las Ciudades Secas.

Siempre pensé que crecería encadenada. Me había olvidado de eso.

Recordó su primer año en la Casa del Gremio: aquel año, se había convertido en mujer. En la Casa del Gremio aquello se celebraba, ya que se le admitía en el círculo de las demás mujeres, mientras que en Shainsa hubiera significado que debía ser ceremonialmente encadenada. *No obstante, aquí estoy de nuevo encadenada...* y se horrorizó de sí misma. Kindra se lo decía con mucha frecuencia: es mejor usar cadenas verdaderas que cargarse de cadenas invisibles, fingiendo que eres libre. *Oh, madre, madre, me gustaría hablar contigo... Ni siquiera puedo recordar el rostro de mi propia madre, sólo el de Kindra...*

—¿Qué estás haciendo, *chiya*? —preguntó Peter, que salía de la ducha desnudo y empezaba a ponerse los pantalones.

Ella le mostró la bolsita perfumada y él asintió.

—He visto a Magda hacer lo mismo; cuando podía, solía comprar toda su ropa en la Ciudad Vieja..., decía que las cosas que venían de la sección Trajes nunca olían bien y nunca se ponía un vestido si no lo frotaba antes con especias dulces, y me enseñó a hacer lo mismo.

Jaelle percibió el familiar olor a incienso que se desprendió de la capa que Peter se ponía sobre los hombros.

—Eso es lo que anda mal con Aleki —dijo Jaelle de repente—. Sus ropas vienen de Trajes, y no huelen bien.

—Sabía que algo andaba mal, pero no podía dar con el clavo —dijo Peter—. Se lo mencionaré, ¿te parece? Será mejor que se lo diga otro hombre... Estás adorable, *preciosa*. Vámonos.

Durante la caminata por el mercado, a pesar de que algunos miembros de la delegación se quejaron del pavimento irregular y de su calzado liviano, Jaelle empezó a darse cuenta de que era el Solsticio de Verano, por los olores y sonidos familiares, la multitud típica del Festival. Incluso a pesar de las luces que resplandecían en la Ciudad Vieja, podía ver las cuatro lunas, todas ellas casi llenas. En la puerta del Castillo, recogieron sus invitaciones, y Jaelle oyó que los músicos habían empezado a tocar. Unos pocos bailarines profesionales habían iniciado una exhibición de danzas, mientras los invitados se deslizaban por la pista, saludando a sus amigos; después

empezó la primera danza general y Jaelle permitió que Peter la condujera a la pista. El vestido nuevo era más liviano que los de tela verdadera. Se sentía como si flotara, como si estuvieran desapareciendo unas tensiones no percibidas hasta entonces.

Nunca había bailado en el Castillo Comyn durante un Festival. Había renunciado a esa herencia, se había pasado la vida entre las Renunciantes, con sus simples celebraciones. Sin embargo, podía venir aquí cuantas veces quisiera, si hacía lo que le había pedido Rohana y aceptaba un lugar en el Concejo. *Y eso complacería también a Peter...* Consternada, se dio cuenta de que de hecho lo estaba considerando, y la consternación fue sucedida por un agudo mareo, que no llegaba a ser náusea.

—*Chiya*, ¿Qué pasa?

Ella le dirigió una débil sonrisa.

—Es molesto estar embarazada. Necesito aire...

—Siéntate aquí... junto a la puerta abierta. Te traeré algo de beber —dijo él, y ella suspiró, aliviada, cuando se sentó.

—En realidad no quiero... —empezó a decir, pero él ya se había ido corriendo, hacia la mesa del buffet.

Se encontraba cerca de las puertas del balcón, y hacía calor. Salió, apoyándose contra la barandilla de piedra, a respirar el aire neblinoso de la noche. La multicolor luz de la luna convertía la niebla en arcoíris perlados. Podía oler el denso aroma de las flores, y oía el suave zumbido de los insectos. Era tan agradable, después de semanas de estériles olores interiores y crudas luces amarillas de los terranos. Se sentó, quieta, en un banco. Pronto volvería a entrar, pues Peter se preocuparía si no la encontraba. ¡Pero estaba tan bien aquí, sentada y aspirando todos los olores del verano! Durmió un momento, luego se despertó de repente al oír una voz que no podía conciliar con los olores del jardín del Castillo. Alessandro Li, en un furioso cuchicheo en standard.

—¡Te dije que estaría aquí! ¡Qué suerte!

—Alessandro... Aleki... ¿Jaelle no ha logrado enseñarte nada? Es el hijo político de lord Alton, no puedes acercarte a él así por las buenas y empezar a hacerle preguntas impertinentes sobre cuestiones privadas de los Dominios...

¡Era Magda! ¿Qué estaba haciendo aquí?

—No comprendes, Magda. Este hombre es la clave de todo lo que me mandaron averiguar sobre Darkover. Carr sabe...

—Este hombre es *Dom Ann'dra Lanart*, y a eso debes enfrentarte —dijo Magda con aspereza—. No sé si es o no Carr...

—Pues yo sí lo sé, por las fotos del personal, ¿y quién sino iba a ser? ¡Tú misma dijiste que era terrano!

—¡Malditos retratos! —exclamó Magda.

Entonces Jaelle oyó la voz de Monty.

—Puede ser o no el que andas buscando, Sandro. Pero no puedes abordarlo aquí, y eso es todo. Baila con él, Magda, que para eso vinimos y no para causar problemas.

—No pienso causar problemas —dijo Aleki, pero Jaelle notó que estaba enojado—. Simplemente debo hablar con él, ¿por qué no me ayudáis a encontrar la manera de hacerlo, en lugar de ser tan condenadamente tercos?

—No eres tú el más adecuado para acusar de terquedad a los demás —le espetó Magda, furiosa—. ¡De una vez por todas, quítatelo de la cabeza y deja de pensar como un maldito terrano, que se preocupa por el trabajo incluso en el baile del Festival!

—¡Magdalen Lorne! —Era la voz de Montray padre, pesadamente jocososo—. ¿Es ésa la manera adecuada de hablar con tu superior, y en una fiesta además? Estás guapísima. Monty, ¿por qué no me dijiste que la habías encontrado y la habías convencido de que viniera? ¡Podría haber hecho valer mi rango, hijo, y haberla traído como pareja mía!

—Cholayna —dijo Magda, y Jaelle percibió el alivio en su voz—. Estás encantadora. ¿Has venido con el Coordinador?

La voz suave y neutra de Cholayna respondió:

—No me miraron tanto como esperaba. No sé si se debe simplemente a buenos modales o sólo a que todos ellos esperan que los terranos se vean raros.

—Si son tan estrechos de mente como para mirarte con insistencia sólo porque el color de tu piel es diferente —dijo Alessandro Li—, entonces que se vayan todos al infierno. Después de todo, no son más que un montón de nativos ignorantes. Haldane, ¿dónde está tu adorable esposa?

—No se sentía muy bien. La dejé aquí, junto a las puertas, mientras iba a buscarle algún refresco.

Jaelle, consciente que aquellas palabras le iban dirigidas, se levantó y entró por las puertas del balcón.

—Salí a tomar un poco el aire. Hacía mucho calor aquí.

Aceptó la copa que le alcanzaba Peter y bebió un sorbo. Era el pálido vino montañés que le recordó, una vez más, la primera vez que bailaron juntos, en el Solsticio de Invierno. Se preguntó si Peter también lo recordaba. Magda llevaba el vestido de color herrumbre que había usado durante el Solsticio de Invierno, con un soberbio collar de piedras rojas; Jaelle se acercó a observarlo.

—¿Camilla te lo prestó? Es exquisito. Lo he visto entre sus tesoros. Una vez, cuando presté el Juramento, me permitió llevarlo para la fiesta de la Casa del Gremio... —y cuando mencionó el nombre de Camilla, vio algo que no pudo identificar: preocupación, incomodidad... ¿miedo? ¿Qué perturbaba a Magda? Seguía notándolo, como una bruma de inquietud, cuando Monty se acercó a pedir un baile, y cuando ambos se alejaron, Jaelle observó la manera en que la mano de Monty se deslizaba por la nuca desnuda de Magda, la manera en que la atendía, con una intensidad casi sexual...

¿Qué me ocurre? ¿Por qué veo estas cosas? No puede ser un efecto secundario del embarazo... ¡por lo menos no es uno del que haya oído hablar!

—Tenemos que pensar alguna manera de hacer volver a esa chica —dijo Alessandro Li—. Sin ofenderte, Haldane, pero vale por diez de los demás empleados de Inteligencia... ¡la chica es un genio, no podemos permitir que se desperdicie de este modo! Sin duda merece unas vacaciones... ¡pero no podemos correr el riesgo de que se pase al otro lado! Eso es lo que parece haber ocurrido con Carr... ¡no se menciona en ningún sitio que esté en misión aislada ni clandestina! Sin embargo, cada maldita vez que lo he localizado y he intentado acercarme discretamente a él, Magda me ha sacado otra vez a bailar.

—Pero Magda tiene razón —explicó gentilmente Jaelle—. Aunque este Carr sea alguien a quien quieres conocer, hay una manera correcta y otra incorrecta de acercarte a él. Incluso en el Solsticio de Verano, no puedes ir a *Dom Ann'dra Lanart* y decirle: «Hola, Andy, ¿qué hay de nuevo?» —Salvajemente, imitó el acento terrano y Peter se asustó.

—No veo por qué no —dijo Montray—. No sería así de crudo, por supuesto, pero ¿por qué no iba a dirigirle la palabra a un viejo empleado..., aunque no estuviera nunca en mi departamento, y pedirle que me haga el favor de aclarar su estatus legal? También hay exigencias de modales entre los terranos... aunque tú no lo creas, señora Haldane. Lamento que te hayamos causado tan mala impresión.

Y cuando Magda y Monty regresaron, el Coordinador tocó el hombro de la joven.

—Señorita Lorne, me gustaría recordarte que tanto Alessandro Li como yo poseemos un rango muy superior al tuyo, y voy a darte una orden oficial: busca la manera de que podamos comunicarnos con ese hombre, Carr, y hazlo antes de que se vaya de aquí.

—¿Puedo recordarle que en este momento estoy oficialmente de permiso, y que sólo he venido para hacer un favor? —dijo ella con voz helada.

—Estás aquí oficialmente bajo mis órdenes, como todos los terranos del planeta —replicó Montray—, y eso incluye a Andrew Carr. No sé por qué tratamos a este hombre con guantes, después de todo, es un ciudadano del Imperio...

—De una vez por todas, *no lo es* —dijo Magda—. Me tomé la molestia de comprobar su estatus legal. Está dado por *muerto*, y legalmente la muerte implica la finalización legal de la ciudadanía... y legalmente, la finalización de los privilegios de la ciudadanía implica la liberación de sus responsabilidades como ciudadano...

—Si vas a alegar sutilezas legales —dijo Montray—, en realidad le falta un año para que se le declare legalmente muerto. Se le *supondrá* muerto durante un año más, y después podrá estar legalmente muerto. Hay una diferencia.

—No —dijo Peter—. Para un darkovano, un hombre es quien dice que es, a menos que haya cometido un crimen.

—Ésas son tonterías y tú lo sabes —cortó Montray—. Has pasado demasiado tiempo en el sector darkovano y te estás volviendo nativo. Y tú, señorita Lorne, vas a obedecer mis órdenes o te embarcaré fuera del planeta..., así de simple.

Magda se sintió atrapada y furiosa.

—¡Si quieres un escándalo que garantice no sólo que somos la primera delegación terrana invitada sino también la última, haz valer esas órdenes! Es una cuestión específica, que involucra el protocolo en el campo..., y no puedes negar que estamos en el campo, un experto residente tiene derecho legal a desatender incluso una orden directa del Legado, si dicha orden daña la reputación y el crédito del Imperio Terrano. Y créeme, tu orden tendría ese efecto.

Calmado, el Coordinador le clavó la mirada, y Jaelle vio que Magda tenía razón. ¿Pero cedería alguno de ellos? Al cabo de un rato, Li dijo con voz densa:

—¿Cuál es la manera protocolaria de acercarse a él, entonces?

—Algún conocido mutuo debe hacer la presentación —explicó Magda—, y el de rango más alto debe iniciar la conversación. El Regente de Alton no ha venido este año... he oído decir que su esposa está enferma, y *Dom Ann'dra* está aquí como su delegado personal.

—Te darás cuenta —dijo Cholayna con serenidad—, que precisamente por eso debemos hablar con él antes de que vuelva a desaparecer. Cualquier terrano que pueda situarse con tanta firmeza dentro de la jerarquía de un Dominio..., no soy tan experta como tú, Magda, pero sé que es extraordinario.

—Si es miembro de la familia Regente de Alton —contestó ésta lentamente—, lo mejor sería que enviaras a Armida un agente de campo para que solicitara una entrevista privada con *Dom Ann'dra*, no con Andrew Carr, y que se asegurara de que la entrevista fuera verdaderamente privada; y sólo *entonces* preguntarle lo que quieras. Tratándole como si fuera un agente de campo cuya cobertura no quisieras perturbar.

—No hay tiempo para eso... —empezó Alessandro Li, pero el viejo Montray exhaló un suspiro.

—En eso tienes razón. Creo que me estoy haciendo demasiado viejo para este trabajo, Lorne. Y estoy acostumbrado a tenerte como mano derecha.

—Eso podemos arreglarlo —dijo Cholayna—, pero llevará tiempo...

—Tenemos mucho tiempo —interpuso Monty—. Carr... *Dom Ann'dra*, quiero decir, no piensa escapar. Por lo visto, allí está bien establecido, y es perfectamente visible. —Rozó la mano de Magda y se acercó a ella—, y si nos quedamos aquí parados discutiendo toda la noche, seguro que los darkovanos pensarán que estamos confabulando contra ellos. Sugiero que bailemos. ¿Podría...?

Jaelle, que les observaba con atención, vio que la tensión volvía a crecer entre ellos, pero Montray padre les interrumpió:

—Me toca a mí este baile, Magda. No saldría a bailar con nadie más, pero tú sabes hacerme pasar por un bailarín aceptable.

Peter, recordando también sus obligaciones, se dirigió a Cholayna.

—¿Te apetece bailar?

Y dejó a Jaelle conversando con Alessandro Li, y éste la invitó a bailar.

—¿Te importa si te digo que no? Todavía me falta un poco el aire —dijo. Empezó

a abanicarse, mirando a los bailarines. La música terminó, sus ojos se dirigieron hacia el buffet, donde Peter y Cholayna se habían detenido.

—¿Quién es la dama que se ha acercado a hablar con Haldane? —le preguntó de repente Aleki, y Jaelle vio, sorprendida, que lady Rohana había abandonado el grupo de matronas y se había acercado a Peter y Cholayna.

—Es mi parienta..., la hermana adoptiva de mi madre..., lady Rohana Ardais...

—¿Y el hombre que está con ella?

—Su hijo. Mi primo Kyril. Sí, ya sé que son parecidos —dijo, y sin duda el parecido era mayor que nunca; Peter con su uniforme terrano, el pelo rojo y corto que brillaba, y *Dom* Kyril, con el pelo un poco más largo, cubriéndole apenas las orejas; *Dom* Kyril hizo una rígida reverencia, y Jaelle vio que le decía algo cortés a Cholayna, y de repente pareció que la distancia desaparecía, como si ella misma estuviera de pie junto a Peter, y Rohana le hablara al oído.

¿Está aquí Jaelle esta noche, Pedro? Esperaba hablar con ella para que aceptase estar en el Concejo... ¿Te dijo que ahora se espera que asista al Concejo por ser una de las pocas que quedan en la sucesión directa del Dominio Aillard, supongo?

Jaelle sintió que se ponía pálida. No había querido que Peter lo supiera, había tenido mucho cuidado en no decirle ni una sola palabra. De repente, la sala se volvió difusa y oscura, y Magda apareció a su lado, sosteniéndola por el brazo.

—¿Qué te ocurre, *breda*? ¿Te sigues sintiendo mal? Tal vez no deberías haber venido a un lugar tan abarrotado de gente como éste —dijo Magda, preocupada—. Por favor, siéntate otra vez, nos quedaremos un rato aquí sentadas y charlaremos. Me extraña que Peter te trajera aquí esta noche si no te sentías bien. Desea tan intensamente tener un hijo...

Jaelle, mediante el contacto de la mano de Magda sobre su hombro, percibió los pensamientos de ésta, su pesar: *Estás haciendo lo que yo no pude hacer, estás dándole ese niño...*

—¿Cómo lo supiste? ¿Te lo dijo Marisela?

Magda negó con la cabeza.

—No, no lo mencionó. ¿Estuviste en la Casa del Gremio?

—Mientras tú estabas combatiendo el incendio, *breda*. Estaba preocupada por ti.

—No fue ella quien me lo dijo, sino Monty. Hoy estuve en el Cuartel General Terrano, haciendo un informe —explicó Magda.

Luego le contó a Jaelle que Monty había ido a la Casa del Gremio, y cómo había resultado invitada al baile. Eliminó cierta media hora privada, pero Jaelle, con aquella aterradora y nueva conciencia, lo captó de todos modos, y se sobresaltó. No quería saber. ¿Por qué se lo habría contado Magda? Pero *no* se lo había contado. Lo había captado de su mente. Otra vez *laran*. Para disipar su incomodidad, dijo en tono ligero:

—Típico de los terranos... ¡trabajando todo el día, incluso en el Solsticio de

Verano!

—Será mejor que hablemos en darkovano —dijo Magda en voz baja.

—Pero creí que estábamos hablándolo. ¿Es normal, Margali, que me sienta tan confusa? Estas máquinas... ya no sé en qué idioma estoy hablando...

—Podría ser algún efecto secundario del corticador —empezó Magda y se interrumpió como petrificada. Para disimular, tomó un par de copas de vino de la bandeja que llevaba un criado—. Allí está *Dom Ann'dra* —dijo.

Jaelle siguió su mirada y vio a un pequeño grupo de hombres vestidos con los colores del Dominio Alton, con un hombre alto, rubio como un habitante de las Ciudades Secas, en el centro.

¿De veras Magda pretendía decirle que aquel hombre era el renegado terrano que suponían se había estrellado con el avión y que había reaparecido en algún lugar de las tierras de Alton, al servicio del Regente?

Magda se mordió los labios.

—Tengo que hablar con él, avisarle. Dijo que se marcharía de la ciudad al amanecer...

Y Jaelle ya no se molestó en preguntarle a Magda cómo lo sabía. Pero cuando su amiga empezó a levantarse, le asió la mano.

—Tú misma les diste una lección de protocolo... ¿cómo puedes ahora...?

—Pero yo le conozco —dijo Magda—. Me salvó la vida en las líneas anti-incendio. Y esta mañana vino a la Casa del Gremio a traer a Ferrika...

—Yo no conozco a Ferrika. Prestó Juramento en Neskaya, ¿pero no es la hija de juramento de Marisela? Y sin embargo, viajaba con *Dom Ann'dra*, sea éste quien sea... —Jaelle frunció el ceño, desconcertada.

—*Breda* —murmuró Magda, y Jaelle se conmovió pues Magda rara vez utilizaba la palabra con aquella inflexión—, confía en mí. Te prometo que te lo explicaré más tarde.

Y se dirigió hacia el hombre al que llamaban *Dom Ann'dra*.

Y entonces Jaelle vio algo que le hizo comprender por qué nunca podría sustituir a Magda, y ni siquiera igualarla, en la Zona Terrana. Mientras entraba en el campo visual de *Dom Ann'dra*, Magda era una verdadera dama darkovana, salvo por el pelo muy corto, después, tal vez durante medio segundo, en el momento en el que los ojos de *Ann'dra* se posaron en ella, se transformó en terrana; fue como si Jaelle pudiera ver a través de la dama darkovana, que podría haber sido Comyn de poco rango, a la mujer que estaba allí, como si llevara el desenfadado uniforme terrano, una perfecta representante del Imperio. Y luego una vez más se convirtió en la noble dama darkovana, correcta y cortés, que le hacía una reverencia al noble del Comyn, solicitando tácitamente autorización para acercarse a él.

Dom Ann'dra se inclinó sobre la mano de Magda. Jaelle no estaba lo bastante cerca como para oír lo que decían, que era rápido y en voz baja, pero volvió a sentirse desconcertada: aquel hombre era un noble del Comyn no cabía duda. ¿Cómo era

posible que alguien lo tomara por terrano?

Magda regresó a su lado, y se dirigieron juntas hacia la mesa del buffet. Jaelle descubrió que *Dom Ann'dra*, Comyn o terrano, le había causado una profunda impresión. Era alto y poderoso, de pelo rubio, no apuesto, pero sí daba una intensa sensación de gran poder y confianza. Le recordó..., exploró su mente en busca de la analogía... y recordó la ocasión en que había sido presentada, de niña, a Lorill Hastur, Regente del Comyn. Era un hombre pequeño y tranquilo, que hablaba con voz suave, casi con timidez... o tal vez se trataba sólo de sus buenos modales. Pero de todas maneras había tenido la impresión de que, detrás de aquella fachada tranquila y cortés, había un poder personal casi pavoroso, perfectamente controlado. Eso era lo que asociaba con el Comyn. *Dom Gabriel* nunca lo había tenido, aunque lo cierto es que, cuando le conoció, él ya estaba enfermo. ¿Pero que esa clase de poder lo tuviera un terrano? Tonterías, debía ser sólo un efecto de su enorme estatura y su constitución poderosa. El buffet estaba casi desierto. Jaelle se sirvió una copa de refresco de frutas, pero cuando lo probó, le resultó demasiado dulce, y lo dejó a un lado, casi intacto.

—Mira —dijo Magda—, creo que se marcha.

En efecto, *Dom Ann'dra* y el hombre que le acompañaba hacían una reverencia ante el príncipe Aran Elhalyn, como si estuvieran despidiéndose formalmente.

—No tiene ninguna importancia, sabes —dijo de repente Jaelle—. Ese hombre podría hablar todo el día con Montray, o con Aleki, y no les diría nada que no quisiera que ellos supieran.

Magda estaba llenando un plato pequeño con un surtido de frutas con crema. Tenía un aspecto delicioso, y Jaelle miró los coloridos bocadillos con aflicción, como si deseara estar en condiciones de comer algo.

—¿No te das cuenta? —le dijo Magda—. Por eso tuve que mantenerle lejos de él. Cualquier cosa que él le dijera a Li sería un error... ¿Cómo dice el viejo proverbio... para la verdad hacen falta dos, uno que la diga y otro que la escuche? Alessandro Li ya se ha formado su propia opinión sobre Carr *persona non grata*, para así poderse llevar y averiguar todo lo que cree que Ann'dra puede decirle sobre el Comyn. Entonces los Alton tendrían contra los terranos una ofensa que podría durar generaciones. Y si Carr dijera las mentiras que Li desea escuchar. Alessandro se las arreglaría para distorsionarlas... —Magda se interrumpió, y Jaelle casi oyó que decía: *Soy desleal, desleal a mi propia gente como he sido desleal a todo el mundo*, y la pena de su amiga le causó verdadero dolor.

Es mi hermana, y no puedo ayudarla porque yo misma estoy confusa.

—¡Dios del cielo! —exclamó Magda, y de repente se metió entre la multitud, murmurando disculpas. Jaelle, la siguió lentamente, con su plato en la mano, y vio que Alessandro Li y Russell Montray, con Peter corriendo detrás de ellos, se acercaban al grupo de Carr, cerca de la puerta. Peter tomó al Coordinador del hombro, discutiendo con él en un susurro, pero Montray se liberó de un tirón.

Se fue derecho hacia Carr y le dijo algo en voz baja.

Jaelle no pudo oír la respuesta de *Dom Ann'dra*. Sólo percibió la helada cortesía de su voz. Montray dijo algo más, esta vez con voz alta y agresiva, y los dos guardaespaldas de *Dom Ann'dra* le rodearon, amenazantes, uno a cada lado, evidentemente dispuestos a proteger a su señor de ese extranjero molesto.

La tensión se hizo tan patente que los demás la advirtieron y Montray dijo, con tanta claridad, que Jaelle pudo oír cada palabra:

—Mira, sólo quiero hablar unos minutos contigo. Estoy seguro de que no querrás hacerlo aquí, delante de todo el mundo, ¿verdad? Pero lo haré si no me das alternativa...

Peter le sujetó con frenesí, obligándole a retirarse, y los guardaespaldas de *Ann'dra* se acercaron más aún, con inconfundibles intenciones. De repente un murmullo corrió entre la multitud, y Aran Elhalyn, príncipe de los Dominios, entre su ayudante y el joven Danvan Hastur, se acercó a ellos, mientras la multitud se separaba para dejarlos pasar, con murmullos reverentes. Magda tocó en el hombro a Alessandro Li y le dijo algo en voz baja, con tono urgente, y Li se volvió e hizo una reverencia a los nobles. Habló en terrano standard, y Magda, junto a él (Jaelle notó que volvía a ser la Magda *terrana*) tradujo en fluido *casta*:

—Majestad, rogamos humildemente tu perdón. Esta cuestión se resolverá en privado, y todos lamentamos profundamente la molestia.

Incluso antes de que Magda terminara de hablar, el príncipe Aran agitó negligentemente una mano, como descartando el asunto, y se volvió. Entonces Alessandro Li dijo, en voz baja pero furioso:

—¡Montray, una sola palabra más, y te juro que no conseguirás otro trabajo, salvo perforar botones en alguna colonia penal!

Jaelle se preguntó cómo podía oír a esa distancia. No importaba, Peter se acercó y la condujo hasta el resto de la delegación. La música había vuelto a sonar, y un grupo de cadetes vestidos de verde y negro interpretaba una enérgica danza con mucho zapateado y golpes en el suelo. El príncipe Aran se había retirado para contemplarlos.

Dom Ann'dra y su grupo habían partido. Peter sacudió la cabeza y masculló:

—Ya está. Todo el mundo sabe ya lo que es Montray. Hasta ahora, nadie lo había advertido, por lo menos de forma oficial...

Russell Montray iba mascullando.

—Apelaré oficialmente a lord Hastur. Este hombre es ciudadano terrano y exijo el derecho de hablar oficialmente con él...

—Basta, señor —dijo Monty en voz queda—, antes de que nos hagamos expulsar a todos de aquí. Haldane sabe lo que dice. Y también Magda...

Montray se volvió hacia los dos, enfurecido:

—Y ya estoy harto de esos dos condenados expertos y de su actitud insubordinada —ladró, con voz baja y sombría—. ¡Lo he tolerado, y me he sometido a esa manera que tienen de lamerle las botas a los nativos, pero ya se acabó! ¡Porque

os consideráis *expertos*, creéis que siempre podéis salir con la vuestra! ¡Bien, ya he escuchado bastante, y lo digo en serio! ¡En cuanto esté de vuelta en el Cuartel General, enviaré una solicitud formal para que los dos seáis trasladados tan lejos como sea posible, al otro extremo de la Galaxia, me aseguraré de que ninguno de los dos consiga jamás autorización para regresar! ¡Ya lo creo que sí! ¡Todavía tengo autoridad para hacerlo, y debía haberlo hecho hace mucho tiempo! En cuanto a ti, Lorne, te quiero de vuelta al Cuartel General esta misma noche, dispuesta a recibir órdenes. No mañana. Esta noche.

—Estoy oficialmente de permiso... —empezó Magda.

—Permiso cancelado —le espetó él—. Vuelves al servicio activo a recibir órdenes según la Sección 16-4...

—Al infierno con eso —exclamó Magda, y a Jelle le pareció que visibles chispas eléctricas brotaban de sus ojos y creaban un campo luminoso a su alrededor—. Presento mi dimisión. Cholayna, eres testigo. Lo siento, no tiene nada que ver contigo...

—Magda... —dijo Monty, rodeándole la cintura con un brazo—. Querida, escúchame. Calmaos todos. Padre... —se dirigió al furioso Monray—, éste no es el momento ni el lugar...

—Me he calmado y he escuchado por última vez en mi vida... ¿es que te crees que no sé lo que todo el mundo piensa de mí, que soy un figurón al que nadie tiene que escuchar? ¡Bien, ya es hora de que deje de escuchar esa mierda! Esta condenada administración planetaria ha estado mal dirigida durante cuarenta años, hemos estado tratando a la gente con guantes de seda, y ya es hora de que les obliguemos a darse cuenta de que no pueden tratar así al Imperio Terrano. Habrá reglas nuevas por aquí. Voy a traer algunas personas nuevas a Inteligencia, personas cuya principal lealtad sea para el Imperio... ¡y voy a deshacerme de todos aquellos que lo han hecho todo tan mal! En cuanto a ti, Haldane, en cuando te casaste con una nativa supe que tu buen juicio y tu lealtad se habían ido al demonio, y tendría que haberte despedido en aquel mismo momento. Y voy a librarme de todos vosotros, así sea lo último que haga.

—Probablemente lo sea —dijo Alessandro Li—. La manera en que se trata el tema Darkover en la Central es un asunto de alta política.

Pero Monray estaba demasiado furioso para escucharlo.

—¡Entonces, maldición, tal vez pueda lograr que me trasladen a mí... que es lo que he estado tratando de conseguir desde hace siete años!

Giró sobre sí y se marchó a grandes zancadas.

—¡Dios mío! —dijo Peter, como atontado, y se volvió hacia Jelle—: Querida, vuelve con Li y Monty, ¿quieres? Tengo que alcanzarle antes de que envíe esa solicitud por los canales imperiales, o caeremos todos en la parrilla. Podemos apelar, pero para entonces...

Monty puso una mano sobre el brazo de Magda.

—No te preocupes por el Viejo —le dijo—. Se calmará. ¿Nunca le has visto tener una rabieta?

—Yo aguantaba sus rabietas cuando tú todavía estabas con los exámenes de ingreso al Servicio —le dijo Magda con cansancio—, pero acabo de soportar la última. Lo digo en serio, Monty. Presento mi dimisión. Y tengo que volver a la Casa del Gremio al amanecer...

—Iré contigo y pasaré la noche en la Casa del Gremio —dijo Jaelle, pero Peter la tomó de los hombros.

—¡No, Jaelle! ¡No discutas conmigo ahora, por amor de Dios! Vuelve a la Zona Terrana y espérame. Nunca he necesitado tanto tu lealtad... ¿Qué clase de esposa eres, de todos modos? Hazlo por mí, por el bebé... ¡Estoy luchando por todos nosotros!

El bebé. Me había olvidado. ¿Qué puedo hacer? Ahora no tengo opción.

—Permíteme escoltarte hasta casa, Jaelle —dijo Alessandro Li, y ella se apoyó contra él. Lo único que quería ahora era correr por las calles hasta la Casa del Gremio, correr a casa... pero ya no era su hogar. ¿Por qué se engañaba así?

Peter se había precipitado tras los dos Montray. Jaelle nunca pudo recordar aquella caminata de regreso por las calles de Thendara, sólo que estaban llenas de alegría, con gente que se reía, bebía, bailaba, arrojaba flores. Cuando estuvo sola, en su habitación, descubrió que aún llevaba algunas flores en los pliegues del vestido de imitación con el que había bailado con tanta alegría.

Con una amargura que la asombró, se encontró pensando: *Espero que le envíen fuera del planeta. Espero no volver a verle jamás. No pensar más en mi fracaso. ¿Mi fracaso? No, el suyo. Él no quiere a nadie, sólo piensa en su propia ambición, en su trabajo...*

Se dijo que era injusta. Sus necesidades y las de Peter habían sido muy diferentes. En realidad, no habían tenido oportunidad; pero habían estado cegados por la pasión. Ella nunca había conocido a un hombre antes. No había estado preparada para el intenso impulso del amor... del sexo, si quería ser honesta consigo misma. Había estado dispuesta a tener una relación amorosa, pero no había sido capaz de admitir que se trataba sólo de eso. Pero cada uno de ellos tenía necesidades que el otro no podía satisfacer. Él necesitaba —si es que necesitaba algo— una mujer que quisiera respaldar su ambición, estar allí cuando él la necesitara y desaparecer discretamente cuando no. No es que fuera cruel o desalmado; era un hombre bueno y amable. Pero aquella mágica fusión que ella había imaginado no se había producido jamás, o sólo había existido durante un tiempo, aunque ella había pensado que persistía porque la necesitaba tanto.

Si ella de verdad le hubiera querido, la amistad, la ternura y las metas compartidas hubieran llegado a ocupar el lugar de aquella primera pasión cegadora. Ambos hubieran podido aceptar este nuevo nivel de intimidad, suficiente para construir una agradable vida en común, tal como lo habían hecho Rohana y Gabriel.

Pero Gabriel y Rohana, cuyo matrimonio había sido concertado, nunca habían esperado nada más, ni habían estado cegados por esa primera corriente de pasión. Ella y Peter sólo habían tenido la pasión, y cuando ésta pasó, no había quedado nada.

No había quedado nada... salvo el hijo de Peter. Pobre criatura no deseada, tal vez sería mejor que no naciera nunca. No, no era no deseada: Peter la deseaba. Y en realidad también ella la había deseado, durante algún tiempo. O tal vez se tratara de su cuerpo, preparado para desempeñar su función natural, el que había deseado a la criatura. *Cualquier criatura. No sólo al hijo de Peter.*

Ahora comprendía por qué Peter y Magda no se habían quedado juntos. Para Peter, una mujer era una conveniencia necesaria, un respaldo para su ego. De repente sintió lástima por él. Necesitaba a las mujeres, pero necesitaba que estuvieran centradas en él de una manera imposible. Lamentaba la existencia de esa característica de Peter que atraía a mujeres fuertes para que se dedicaran a cuidar de él (suponía que debía de haberle ocurrido durante toda su vida), pero que cuando las tenía, quería debilitarlas y destruirlas porque tenía miedo de su fuerza.

Ahora ya no importaba. Todo había terminado, había terminado esta noche de Festival.

Pero estoy comprometida, durante el término legal que dure mi empleo. Porque Peter no cumpla lo que prometió, ¿dejaré de cumplirlo también yo?

Al menos, había sido lo bastante inteligente como para no casarse con él *di catenas*. El matrimonio de compañeros libres podía disolverse a voluntad; entre los terranos había unas cuantas formalidades legales. Pero Monty y Aleki seguían bajo su responsabilidad. Y después de ese encuentro casi desastroso con *Dom Ann'dra*, o con Andrew Carr, o quien fuera... ¿quién sabía qué harían aquellos dos? Según el Juramento de las Amazonas, no era responsable ante ningún hombre...

Había estado demasiado tiempo con los terranos. Ahora el Juramento de las Amazonas resultaba demasiado exigente. Había prestado Juramento cuando era demasiado joven para saber lo que significaba. Pero ¿podía traicionarlo ahora porque lo había superado? Eso no era honroso. Rohana le había dicho: *El honor es cumplir con los juramentos aun cuando ya no resulten convenientes*. Pero Rohana, para lograr sus propios propósitos, quería someterla a la esclavitud peor del Concejo y del Comyn. No podía confiar del todo en Rohana, así como no podía confiar tampoco en los terranos.

No quería esperar que volviera Peter. Tampoco le importaba lo que hubiera resultado de su enfrentamiento con el Coordinador Montray. Él mismo había creado el problema, y ahora debía solucionarlo lo mejor que pudiera. A su manera, era perfectamente competente, no necesitaba ayuda de ella, y si ella pensaba que sí, era sólo un síntoma más de que las cosas habían andado mal entre ellos. Pero sentía una profunda tristeza porque toda la dulzura se había agriado. Kindra siempre decía: *No tiene sentido preocuparse por la nieve del invierno pasado*. Y el amor que ambos habían compartido estaba aún más lejano.

Rápidamente, se puso el uniforme, controlando el pequeño aparato de comunicación oculto en el cuello. ¡Con qué rapidez se desarrollaban los nuevos hábitos! Recordó cuánto la había molestado el aparato al principio. Iría a la cafetería a por algo de comer, después iría a la oficina de Cholayna, a tomar nuevas disposiciones. Las mujeres darkovanas que muy pronto vendrían a trabajar en Médica vivirían fuera, y sólo vendrían aquí en horas de trabajo, así que seguramente le permitirían hacer lo mismo. Una parte de ella sabía que echaría de menos las comodidades del estilo de vida terrano.

Se estaba abrochando el último cierre del cuello cuando oyó los pasos de Peter. En cuanto éste entró se dio cuenta de que estaba muy borracho. Se estremeció. Un día que Kyril estaba borracho había intentado faltarle al respeto, y se había visto obligada a defenderse. Desde entonces odiaba la ebriedad. Pero Peter sólo le lanzó un insulto sorprendentemente sucio.

—Peter, ¿qué ocurre? ¿Qué averiguaste con Montray? ¿Dónde has estado?

Él le clavó la mirada.

—¿Qué demonios te importa? —dijo, y la apartó de un empujón.

Jaille oyó el ruido del agua de la ducha. Una parte de ella deseaba quedarse y poner las cosas en claro con él cuando estuviera sobrio. Otra parte de ella era indiferente, no le importaba.

—Tienes razón, no me importa —dijo, consciente de que él no podía oírla con el ruido del agua. Y se marchó.

3

Magda avanzaba lentamente por las calles de la Ciudad Vieja. Las palabras de Cholayna seguían resonando en sus oídos; le había prometido esperar, pensar la cuestión de su dimisión hasta que Cholayna pudiera ir a hablar con ella a la Casa del Gremio, pero ahora lamentaba haberlo hecho. Deseaba poder volver a la compañía de sus hermanas y no regresar nunca al mundo terrano. Una vez más, el esfuerzo de enfrentarse con sus viejas lealtades le había salido muy caro.

Después de pasar medio año libre de los conflictos existentes entre hombres y mujeres, hasta el más casual contacto entre los sexos le parecía ahora extraño y anormal; descubrió que examinaba ahora hasta el último detalle. Por supuesto, para eso era el tiempo de reclusión, para quebrar los viejos hábitos, para examinar la vida en vez de seguir sin cuestionamiento los viejos esquemas aprendidos en la infancia.

Había prometido encontrarse con Camilla en el baile de mujeres... ¿Era allí dónde ahora se concentraba toda su lealtad? De repente, volvió a sentirse perturbada. Era una científica con formación, una profesional especializada... ¿qué estaba haciendo aquí, después de pasarse todo un día poniendo en práctica técnicas para las que había sido entrenada? ¿De veras pensaba abandonarlo todo, regresar para obedecer a aquellas condenadas reglas tontas, barrer los establos y pedir permiso para salir al jardín? Con cansancio, pensó que si tuviera un gramo de sensatez regresaría al Cuartel General, pediría el traslado —de todos modos, con eso le había amenazado Montray—, y se marcharía de inmediato de un mundo que amaba y odiaba, y del que nunca podría formar parte de verdad.

¿En serio sería capaz de abandonar a las Renunciantes? Se lo preguntaba ahora, sin pensar en cosas como los establos o los baños. Había descubierto allí una clase de solidaridad que nunca había conocido, un mundo de mujeres. Sí, era un mundo pequeño y mezquino en muchos aspectos, construido en base al rechazo y la restricción, por mujeres que se creían libres pero que estaban atadas a cientos de pequeñas cosas... pero ¿y qué vida era completamente libre? Y había en esa vida algunas libertades sorprendentes. En sus veintisiete años de vida, nunca había encontrado un mundo que se acercara tanto a la satisfacción de todos sus sueños y necesidades... ¿Iba a dejarlo solamente porque no era perfecto?

¿Quién era el filósofo terrano que había escrito que, como ningún hombre podía ser libre, era afortunado aquel que hallaba la esclavitud de su gusto? El *Comhii'Letzii*, la Hermandad de las Libres, al menos había elegido por sí misma.

Como elegí yo...

Y también había que tener en cuenta a Camilla... Había evitado pensar en ella, y sin embargo sabía que Camilla era una de las razones por las que no quería marcharse.

En un solo día, en la súbita libertad del Solsticio de Verano, había quebrado su aislamiento autoelegido, primero con Monty —y no estaba muy segura de por qué lo

había hecho, aunque en el momento le pareció razonable— y después con Camilla. Se había asombrado consigo misma. Pero ahora sabía por qué había huido, aterrada, del contacto de Jaelle.

No estaba preparada para saberlo. No lo estoy ahora.

Ni siquiera ahora podía identificarse como una amante de mujeres. Jamás podría adoptar la limitación de mujeres como Rezi o Janetta, que consideraban que sólo las mujeres eran plenamente humanas, y para las que el más leve contacto con un hombre, aunque fuera el padre, un hermano o un jefe, era como una traición a la hermandad. Ni siquiera Camilla era así. Pero tampoco podía despreciar a Janetta o a Rezi, sabiendo lo que ahora sabía. Y también eran sus hermanas. Sólo podía volverles la espalda si se la volvía también a la Casa del Gremio, y para siempre.

Y eso no podía hacerlo. La habían aceptado, le habían dado a ella, una desconocida, toda la amistad y el amor, y ella casi no había sabido aceptarlo. Pero ahora el tiempo de reclusión llegaba a su fin. Al menos Camilla tendría que conocer su verdadera identidad. Podía mentirles a las demás, pero Camilla merecía su honestidad. Camilla tenía derecho a saber la verdad, aunque ésta convirtiera su amor en rechazo o repugnancia.

Era tarde, y casi todo el bullicio había desaparecido de las calles, aunque sabía que el baile, el festejo y la bebida seguirían casi toda la noche en las plazas públicas y en los jardines. Ahora, en los oscuros edificios y portales sentía la calidez y la dulzura de la noche. Las cuatro lunas flotaban en el cielo, y se abrazaban las parejas, amantes por una hora o por toda una vida, buscando dónde terminar la noche juntos. *Peter*, pensó, esta vez sin amargura, y *Jaelle*. Magda desvió la mirada de las numerosas parejas, y suspiró. Parecía que toda Thendara estaba en pareja esta noche, y sólo ella estaba sola. Aunque estaba sola porque quería: a Monty le hubiera encantado, una vez resueltos todos los problemas de la noche, encontrarla esperándole en su habitación. Entonces ella no hubiera tenido por qué enfrentarse con lo que le esperaba en la Casa del Gremio, o en el baile de mujeres...

De todos modos, debía de haber ido con Camilla. *Jamás debí permitir a Monty que me convenciera de ir al condenado Baile del Festival. ¿Qué me importa ahora cómo son las relaciones entre la maldita aristocracia del Comyn y el Imperio?*

Pero ¿no eran éstas la calle y la plaza donde se iba a celebrar el baile de mujeres? El lugar estaba oscuro, cerrado, silencioso y amenazador, y Magda se quedó mirando, consternada. *¿Qué hago ahora?* Entonces oyó risas y voces; calle abajo, la luz brotaba de las puertas abiertas de una taberna cuya clientela había salido a la calle, y sonaban varios instrumentos. Al contraluz, unas sombras bailaban en círculo sobre el empedrado.

Era muy tarde. En una mesa se había reunido un grupo de guardias, algunos acompañados por mujeres; en otro lugar, se habían juntado dos mesas y Magda reconoció a muchas de las mujeres que se encontraban allí. Estaba la Madre Lauria y también Rafaella, que se levantó para bailar con uno de los guardias cuando Magda

se acercó. Camilla estaba allí con un vaso en la mano, y Keitha y Marisela con sus ropas de trabajo y las blancas cofias que llevaban todas las parteras de la ciudad. Keitha levantó su copa y la llamó.

—Ven a sentarte con nosotras, Margali... es afortunado nacer bajo cuatro lunas, y parece que la mitad de las mujeres de la ciudad quieren que sus hijos lo sean. Pero las madres que no se hayan desprendido todavía de la carga deben estar tan borrachas a estas alturas que es difícil que se pongan de parto... ¡Así que sigamos!

Magda aceptó una copa de la jarra que había sobre la mesa, y uno de los jóvenes guardias de la otra mesa se acercó a ellas.

—¡Nos encontramos bajo las cuatro lunas, Margali! ¿Me recuerdas? Nos conocimos el invierno pasado en el Castillo Ardais, y ahora tengo un empleo aquí en la ciudad... ¿Recuerdas que nos conocimos de niños en Caer Donn, que tú tomabas lecciones de baile con mis hermanas? Soy Darrel de Darnak... ¿te apetece tomar algo conmigo?

Ella sonrió, y le permitió que se inclinara sobre su mano.

—Lo siento, pero mis hermanas me esperan.

Él la miró con una cómica expresión de desilusión.

—He caminado toda la noche por la ciudad en tu busca. Cuando hayas saludado a tus amigas y hayas aplacado tu sed... ¿bailarás conmigo?

Magda vaciló, y miró a Camilla. Ésta dijo:

—Baila si quieres, muchacha —y levantó la vista para sonreír a Darrel—. Somos compañeros de espadas... ¿puedo ofrecerte una copa?

—Creo que ya he bebido demasiado, pero... ¿me concederías una danza, *mestra*?

Camilla se echó a reír.

—No bailo con hombres, hermano. Pero estoy segura de que en nuestro grupo las hay que lo harán con placer.

Marisela se incorporó, riéndose, y se acercó a él.

—He estado ocupada todo el día, y no he tenido oportunidad de divertirme. Pero la Noche del Festival no puede pasar sin uno o dos bailes. Si mi hermana me presenta... ¡no puedo bailar con un hombre cuyo nombre desconozco!

Magda se rió y presentó a Darrel y Marisela, quien se veía sonrojada, bonita y más joven de lo que era con su vestido azul. Apartó la cofia blanca, y su corto pelo de color cobre cayó en bucles sobre su frente. Darrel le hizo una reverencia y la condujo al círculo que se formaba en la calle. También Janetta condujo a la Madre Lauria al círculo, pero Camilla negó con la cabeza cuando las invitaron con gestos a Magda y a ella.

—Pareces cansada, Margali, pero estás muy guapa —dijo Camilla—. ¿Cómo ha ido el gran baile? ¿Estaban allí todos los grandes del Comyn? Y Shaya, ¿fue con su compañero libre? ¿Qué clase de hombre es?

—Sí, los dos estaban allí —dijo Magda, preguntándose cómo responder a la pregunta de Camilla; ¿qué podía decirle sobre Peter Haldane?—. Pero Jaelle estaba

muy cansada... Está embarazada, ¿sabes?

—¡La pequeña Jaelle con un bebé! —exclamó Camilla, divertida, tal como Magda lo había esperado—. ¡Si parece que fue ayer cuando le corté el pelo y le di sus primeras lecciones con el cuchillo! ¿Volverá a la Casa a dar a luz?

Los guardias sin pareja se habían acercado para invitar a bailar a la Amazonas que quedaban. Por lo visto, se estaba improvisando otro baile. Algunas mujeres bailaban entre ellas. Pero en la mesa quedaban unos cuantos hombres, solos con una mujer... No, advirtió de repente Magda, todos eran hombres; había tomado por mujer a un delicado jovencito, de facciones exquisitas, que se había dejado el pelo bastante más largo que casi todos los demás, y se lo había recogido de manera que sugería un peinado de mujer, aunque no lo imitaba. Magda observó que había en el grupo algunos terranos. Uno de ellos llevaba el uniforme de cuero negro de la Fuerza Espacial.

Por supuesto. Tenía sentido. Durante el festival, cuando todas las clases se mezclaban sin prejuicios, era lógico que algunos se despojaran también de su prejuicio terrano.

En la sociedad darkovana no tiene tanta importancia que sean amantes de hombres. Ni siquiera importa mucho que sean terranos. Los marginados no desprecian a otros marginados.

Aquel mismo día había visto a uno de los hombres en el puerto espacial. Había recibido su pase de identificación. Pensó que debería haber conseguido ropa darkovana, en vez de venir aquí en uniforme. Pero ¿quién era ella para criticarle, ella que estaba esperando aquí sentada junto a una mujer que era su amante?

Darrel, hijo de Darnak, había vuelto, y Marisela le dio las gracias por el baile. Uno de los hombres más afeminados se había puesto de pie y le decía a Marisela, con timidez:

—Me gusta bailar, pero no tengo hermanas ni amigas. ¿Me harías el honor, *mestra*?

Marisela sonrió, aceptando. Por supuesto, ni siquiera durante el Solsticio de Verano los hombres bailaban entre sí en Thendara, salvo en las rondas exclusivamente masculinas. Se preguntó por qué. ¿Por qué los hombres no podían bailar entre ellos si les apetecía? Las mujeres podían bailar entre ellas... ¡en realidad se consideraba que era lo más correcto que podían hacer las mujeres que se encontraban en lugares desconocidos! Estaba segura de que el joven hubiera preferido bailar con su amigo de la otra mesa antes que con Marisela. Los había visto cogidos de la mano. Pero no podían bailar juntos. Qué raro, y qué triste, que incluso en esta noche, tan permisiva, los hombres estuvieran aún más constreñidos que las mujeres. Ella podía usar pantalones en público... y de hecho, como Renunciante, los usaba. Si aquel hombre llevara faldas, y pareciera sentirse bien con ellas, con toda seguridad le lincharían. ¡Qué tonta y triste era la gente!

—¿Quieres bailar conmigo, Margali? —le preguntó Camilla, y Magda vaciló.

Le habría gustado. Pero no podía levantarse y bailar con Camilla delante de aquellos hombres que le daban lástima. Darrel hizo una reverencia expectante, y Camilla le dio una palmadita cariñosa a Magda.

—Ve a bailar, muchacha.

Con reticencia —¡ojalá Camilla se lo hubiera prohibido!— se alejó. Era una danza por parejas. Esperaba que él no hablara de la infancia que habían compartido en Caer Donn, porque la había conocido como la hija del científico terrano Lorne, y Magda todavía no quería que el hecho se mencionara. Pero era obvio que el joven tenía otras cosas en su mente. Era buen bailarín, pero la estrechaba demasiado entre sus brazos, y Magda hubiera rechazado un segundo baile si no hubieran estado en el otro extremo de la plaza, por lo cual el gesto hubiera resultado poco amable. Hacía mucho calor; una temperatura así, en Thendara, siempre presagiaba una intensa tormenta en ciernes. El olor del aire le reveló que faltaba poco para el amanecer. Cuando acabó el segundo baile, vio que los músicos terminaban sus bebidas y guardaban los instrumentos. Darrel la condujo hasta un portal oscuro y le rozó los labios. Magda no protestó: un beso después de bailar no la comprometía a nada, pero cuando él intentó abrazarla y murmuró «No quiero terminar solo la noche», Magda se apartó de él.

—Mira, todos los hombres y las mujeres hacen honor al amor de los Dioses...

No. Era demasiado. Aquel Festival ya le había deparado más que suficiente de aquellas cuestiones y no se entregaría, de ninguna manera se entregaría a él aquí, al aire libre, como lo hacían algunas mujeres, sin tomarse siquiera la molestia de ocultarse de las miradas de los viandantes mientras aprovechaban el permiso de la noche.

—No —dijo ella, y volvió a alejarlo—. No, me siento honrada, gracias, pero no, de verdad que no...

—Pero no puedes... —masculló Darrel, tratando de acariciarle la nuca desnuda...

¡De haber sabido que estaba tan borracho, jamás hubiera aceptado bailar con él! Sentía sus manos calientes en la nuca, y también trataba de acariciarle los pechos. Lamentó no llevar puesta su túnica de Amazona, en lugar del vestido del Festival. Sabía defenderse, pero aquel hombre era un amigo de la infancia y en realidad ella no quería hacerle daño. Le empujó con algo de brusquedad, pero como él la tenía aferrada, terminó por darle un sonoro bofetón. El joven se quedó mirándola con una expresión estúpida dibujada en la cara.

—Primero me excitaste y ahora me rechazas...

—Yo sólo bailé contigo —dijo ella exasperada—. Te excitaste tú solito. ¡No digas tonterías, Darrel! ¿De verdad pretendes decirme que yo te he excitado? ¡Bien, si es así, todas las mujeres de Thendara deberían llevar velos como las de las Ciudades Secas!

Él bajó la cabeza, con una sonrisa de vergüenza.

—Ah, bueno... por pedirlo no pasa nada...

Ella se alegró de poder devolverle la sonrisa.

—Cierto. ¡Siempre que preguntes y no tomes lo que no has pedido!

—No puedes acusarme de eso —contestó él con buen humor, y se inclinó para besarle el hombro desnudo, pero ella se alejó... ¡no quería coquetear con él!

¡Maldición, después de todos esos meses de aislamiento y celibato, de repente los hombres, y además hombres apuestos, parecían brotar literalmente de los árboles! Primero Monty, ahora este joven guardia tan agradable... De no haber sido por Camilla ¿habría accedido a pasar la noche con él? Nunca lo sabría. Camilla estaba allí.

Contra la sombra de uno de los edificios, pudo ver una mujer vestida con ropas de Amazona —Rafaella, sin duda— en brazos de un hombre; ambos se abrazaban con tanta violencia que casi parecía una lucha: llevaban toda la ropa puesta, pero por sus movimientos, lo que estaban haciendo era más bien obvio. Magda se volvió, incómoda, y regresó al banco donde aún quedaban algunas mujeres.

Camilla bostezó, cubriéndose la boca con la mano.

—Tenemos que volver a la Casa del Gremio —dijo—. Se están poniendo las lunas, y tú y Keitha, muchacha, debéis estar de vuelta al amanecer.

Se echó a reír.

—Yo puedo quedarme hasta que se me antoje... pero ahora mismo mi único deseo es meterme en mi cómoda cama.

Los dueños de la taberna iban entrando discretamente los bancos en cuanto quedaban vacíos, y los apilaban, ansiosos por acabar la noche. Los guardias que habían estado bailando, al descubrir que sus asientos habían desaparecido, empezaron a alejarse calle abajo. Rafaella regresó al lugar donde estaban sentadas Magda, Camilla y Keitha —Marisela cambiaba una palabra final con un joven, y acabó por depositar sobre su mejilla un beso maternal, por lo que Magda supuso que debería ser un sobrino o algo así—. Rafaella tenía el rostro sonrojado, el pelo en desorden y la túnica desatada. Se inclinó para susurrarle algo a Camilla, y Camilla extendió una mano y le palmeó la mejilla.

—Diviértete, *breda*. Pero ten cuidado.

Rafaella sonrió... Magda se dio cuenta de que también estaba un poco borracha, y se alejó, del brazo del hombre que la había abrazado antes. Keitha abrió los ojos grandes como platos. Janetta dijo desde el banco vecino:

—¡Criatura descarada! Esas actitudes indecentes avergüenzan a todas las Renunciantes... ¡Todos pensarán que somos iguales que las ramera! ¡Ojalá volviera la vieja época, cuando ninguna Renunciante podía acostarse con un hombre sin que sus hermanas la expulsaran!

—Oh, cállate —dijo Marisela, volviendo a la mesa—. En aquella época se nos acusaba de ser amantes de mujeres, de seducir a las esposas e hijas decentes... ¡de que atraíamos a sus hijas porque nosotras no teníamos criaturas propias! No todas las mujeres pueden vivir como tú, Janetta, y nadie te ha nombrado guardián de la

conciencia de Rafi.

—Al menos podría hacer esas cosas con decencia, en privado, en vez de hacerlas delante de media ciudad de Thendara —se quejó Janetta, y Marisela se rió, paseando la mirada por la plaza casi desierta.

—Creo que están esperando que nos vayamos. Pero hemos pagado por nuestro vino, y al menos yo me quedaré hasta terminarlo. —Alzó su copa—. Para ti es fácil hablar, Janetta. Tú nunca has sentido esa tentación, y por amor a Evanda, ahórrame tu próximo discurso, aquel que dice que la mujer que se acuesta con un hombre es una traidora a sus hermanas, porque estoy harta de oírlo, y no lo creo más hoy que el primer día que me lo endilgaste. ¡No me importa si tú, o cualquier otra, os acostáis con hombres, mujeres o *cralmacs* domesticados, siempre que no me vea obligada a discutirlo cuando tengo sueño... o cuando quiero terminar mi copa! —Levantó su copa y bebió.

Pero ahora estoy más de acuerdo que nunca con Janetta, pensó Magda. Estoy aquí sentada junto a la mujer que ha sido mi amante, y por ella he rechazado a un hombre esta noche.

Sin embargo, Camilla se había reído y había dado su bendición a Rafaella... ¿y por qué no? Levantó su copa para beber. Entonces oyó una voz.

—Margali...

Cuando levantó los ojos, se encontró con los de Peter Haldane.

Llevaba ropas darkovanas; nadie más que ella, por supuesto, le hubiera identificado como el joven terrano miembro de la delegación que había asistido al Baile del Festival en el Castillo Comyn.

—Termina tu copa, niña —le dijo Camilla—; vuelvo enseguida —y se dirigió con Marisela y la Madre Lauria a las letrinas que se encontraban al fondo del jardín de la taberna.

Peter se hundió en una silla frente a Magda. Ésta nunca le había visto tan borracho.

—Piedro, ¿es prudente que estés así? —le dijo Magda, en el idioma de Caer Donn.

—Maldita sea la prudencia. He estado luchando por mi vida. Montray estaba condenadamente decidido a que embarcara en esa nave que vuela ahora mismo con destino a la colonia de Alfa, para recibir un castigo de la Central. Finalmente le pasé por encima, conseguí que Alessandro Li hiciera uso de su autoridad, y Cholayna... ¿Dónde demonios estabas, Mag? También era tu problema. ¿Y a qué te has estado dedicando con Monty?

—Lamento que hayas tenido problemas, Peter —contestó ella. Estaba del todo resuelta a no discutir su relación con Monty, no aquí, ni con él—. Pero ¿todo está bien, entonces?

—Hasta que se vuelva a meter conmigo. Dios, daría diez años de mi vida para que trasladaran a ese hombre de Darkover. Juro que si vivo, lo lograré. Hasta su

propio hijo sabe... —se interrumpió—. Pero, ¿qué estás haciendo aquí Mag? ¿En este sitio?

Sus ojos horrorizados se posaron sobre la única mesa que quedaba, aparte de la que ocupaban, donde un par de hombres se hacían arrumacos y el afeminado que había bailado con Marisela dormía con la cabeza sobre la mesa. Magda advirtió, con tristeza y un poco de lástima, que llevaba una hebilla de mujer, en forma de mariposa, en el pelo largo.

—Maggie, ¿no sabes lo que es este sitio?

Ella negó con la *cabeza*. Peter se lo dijo. Su indignación parecía injustificada.

—Al menos aquí nadie molesta a las mujeres solas. Y de todos modos, *tú* estás aquí.

—Buscándote —respondió Peter—. Me dijeron que había algunas mujeres de la Casa del Gremio que seguían bebiendo, bailando... y yo quería hablar contigo —prosiguió con seriedad de borracho. Vio la copa de Camilla que había quedado sobre la mesa y distraídamente la tomó y bebió de ella. Aquello inmediatamente entorpeció su lengua—. Te necesito. Es preciso que hables con Jaelle. Eres su amiga. También mi amiga. Los dos te necesitamos. Necesito que hables con ella, que le digas lo que significa ser una buena esposa terrana. Respáldanos. Va a tener un bebé —informó a Magda—. Mi bebé. Debes lograr que se enderece para que pueda ayudarme en lugar de pelearse conmigo todo el tiempo. Tengo que estar bien con todos los peces gordos para que nos permitan criar a nuestro bebé aquí. Mi hijo. Sólo que ella no quiere ayudarme como es debido. No sabe tratar con los burócratas terranos. Tú siempre has sabido llevarte muy bien con el viejo Montray. Maggie, habla con ella, dile...

Ella le miró fijamente, sin poder dar crédito a sus oídos.

—Tú... ¿Debes estar loco, Peter! ¿Quieres que yo... yo... hable con Jaelle y le diga de qué manera tú quieres que actúe como esposa? ¡Nunca en mi vida había oído algo semejante!

—Pero tú sabes que estoy en una trampa. Tú sabes que te necesito...

—Apáñate tú solo como lo hice yo —le respondió Magda con voz áspera—. Diles a todos que se vayan al demonio. ¡Si les permites que te aplasten, no vengas luego a quejarte!

Él le tomó una mano y la miró con intensidad, borracho.

—Nunca tendría que haberte dejado ir —dijo confusamente—. El error de mi vida. Nadie como tú, Maggie. Tú... tú eres lo mejor que hay. Sólo que ahora está Jaelle. La quiero... Si tan sólo se tranquilizara y me respaldara, si hiciera lo que debe hacer. Y ahora está nuestro crío. Mi crío. En nombre de ese niño, debo quedarme con ella. No puedo irme. No puedo criar al niño como un condenado nativo, en cualquier parte... ¡ojalá *tú* hubieras tenido a nuestro niño, Maggie, tú lo hubieras hecho bien...! Tienes que ayudarnos, Mag. Mi amiga. La amiga de Jaelle. Háblame, Maggie.

—Peter —dijo ella, con impotencia—, estás borracho. No sabes hasta qué punto es ofensivo lo que me pides. Vete a casa, Peter, y serénate. Verás las cosas de otra

manera cuando estés sobrio, cuando hayas dormido...

—¡Pero tienes que escucharme! —La aferró y la atrajo hacia sí—. Tienes que comprender en qué aprieto me encuentro...

—*Bredhiya* —dijo suavemente Camilla detrás de ella—, ¿este hombre te está molestando?

Camilla, alta y de alguna manera formidable, estaba de pie ominosamente junto al delgado Peter. Camilla había hablado con la inflexión íntima que daba a las palabras un solo significado posible.

También Camilla estaba un poquito borracha. Peter las miró a ambas con horror y súbita consternación.

—Maldición —dijo—, ahora comprendo. Nunca se me ocurrió. No me extraña que no hayas querido quedarte conmigo, no me extraña nada..., y yo que pensaba que habías venido aquí porque no comprendías. Claro que no querías hablar con Jaelle. ¿Qué demonios podrías decirle? —Hizo un gesto de disgusto y repugnancia—. Así que por eso me dejaste y te fuiste a la Casa del Gremio. Claro que no podías ser una esposa decente para mí ni para ningún hombre...

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —exclamó ella con furia.

—¿Cómo te atreves *tú* a hablarle a cualquier persona decente? ¿Tú? —Arrugó la nariz con ira—. Si te encuentro cerca de Jaelle —le dijo, en su ebriedad—, te... te romperé el cuello. ¡Mantente apartada de mi esposa, ¿me oyes?, no quiero que la corrompas!

Camilla, por supuesto, no había entendido ni una sola palabra de todo aquello, pero se daba perfecta cuenta del tono ofensivo de Peter. Sin saber que él podía comprenderla, —pues había dicho todo aquello en terrano standard—, preguntó:

—*Bredhiya*, ¿me libro de él?

—No —gritó Magda—. Está borracho, no sabe...

Uno de los hombres que estaban en la otra mesa se acercó tambaleándose, y puso la mano sobre un hombro de Peter. Dijo con gravedad:

—No, no, no tiene sentido pelear aquí durante el Festival, hermano, no tiene sentido hablar con mujeres así... —Hizo un gesto en dirección a Camilla y añadió—: Yo soy lo que viniste a buscar, hermano. Ven aquí con nosotros, todos somos amigos. —Rodeó a Peter con sus brazos, echándole a la cara su aliento cargado de vino y camaradería—. Vamos, hermano, es tarde y todavía estoy solo, vamos, deja a todas estas perras. Deja que se vayan solas si eso es lo que quieren... ¿quién las necesita? —Empujó su jarra hacia el rostro de Peter—. Bebe, hermanito, bebe un poco.

Peter no podía desasirse de un empujón, así que bebió y el fuerte licor le hizo toser. Se sentó a la otra mesa mirando al hombre, perplejo.

—Mira, no vine a buscarte a ti... —masculló.

—Ah, vamos... —dijo el hombre, mirando con intensidad el rostro sonrojado de Peter—. ¿Para qué viniste, si no? Conozco a los terranos, no pueden encontrar lo que buscan al otro lado, ¿verdad? No hay ninguno de nuestros hermanos allá, así que

tienen que venir aquí, a la ciudad, por aquí tenemos a muchos de los tuyos... Lo sé muy bien... Toma otro trago...

¡Oh, pobre Peter!, pensó Magda, pero por lo que fuera, no pudo evitar sentirse un poco contenta. Camilla reunió sus pertenencias.

—Vámonos, Margali. Es preferible eso y no un duelo a esta hora...

Magda miró con tristeza a Peter, que estaba derrumbado, apenas consciente, demasiado borracho incluso para expresar su furia y que, lentamente, se deslizó debajo de la mesa. El hombre que le había instado a beber se arrodilló a su lado.

—Ah —masculló borracho—, no te desmayes ahora, hermanito, ésa no es manera de tratar a un camarada...

Magda no sabía si reírse o llorar, pero Camilla la alejó con suavidad. No pudo evitar preguntarse qué le ocurriría a Peter cuando se despertara allí... ¿Volvería a la Zona Terrana con su virtud intacta?

Mientras caminaban, Camilla rodeó la cintura de Magda con un brazo.

—¡Qué ganas tengo de llegar a casa y meterme en la cama! —dijo bostezando—. Siento estar demasiado borracha y cansada para terminar la noche como corresponde al Solsticio de Verano... No es manera de tratarte en un día de Festival, *bredhiya*...

Magda se sonrojó, acurrucándose contra el brazo de Camilla. A pesar de todos los incidentes de aquella noche, recordaba la relación amorosa de la tarde, asombrada de sí misma. En los brazos de Camilla había descubierto un nuevo yo, una Magda que nunca había conocido antes. Recordó, con una oleada de calor, la manera en que había gritado, sorprendida, maravillada, deleitada. Su cuerpo y su mente estaban vivos, y sintió una súbita hambre de sentir otra vez aquel deleite y aquel asombro. ¿Cómo no se lo había imaginado nunca?

—Ese terrano... ¿cómo llegaste a conocerle? —le preguntó Camilla, de repente suspicaz.

—Es... es el compañero libre de Jaelle —dijo Magda, y después quedó silenciosa ante la suspicacia que se veía en los ojos de Camilla, pero ésta no preguntó más.

La luz gris y rosada del alba empezaba a invadir las calles. Magda se detuvo ante la puerta de la Casa del Gremio y tocó la mano de Camilla.

—Juro que algún día lo sabrás todo, hermana de juramento —dijo, usando la palabra en su inflexión más íntima—. Ahora no, Camilla, te ruego que me des un poco de tiempo.

Camilla se detuvo en la calle y abrazó a Magda, atrayéndola hacia sí.

—Estoy comprometida contigo, y tú conmigo, lo hemos jurado. Eres mi hermana y mi amada. Dime lo que quieras, cuando quieras, en el momento que te parezca, preciosa. Confío en ti. —Besó a Magda y de pronto se agachó y la alzó en vilo.

—Vamos, amor —dijo—, debemos entrar antes de que se ponga la última luna, ésa es la ley.

La llevó en brazos hasta el interior de la casa.

Qué perra soy, pensó Magda. *He engañado a dos hombres hoy —tres, si*

contamos a Peter— y ahora estoy utilizando el amor y la devoción de Camilla para ganar tiempo... tiempo para pensar qué puedo decirle.

Pero se sentía invadida por una fatiga tan profunda que casi no podía tenerse en pie. Sin protestar, dejó que Camilla la llevara escaleras arriba.

Ya bien entrada la mañana, Magda empezó a soñar. Soñó que vivía en el edificio de Personal Casado en el Cuartel General, pero de algún modo habían reformado todas las duchas y los baños, y las mujeres de la Casa del Gremio vivían en muchos cubículos sin puertas que se extendían a lo largo de los corredores, de modo que erraba mucho tiempo por ellos tratando de encontrar un lugar donde pudiera tomar una ducha sin que la vieran, porque no podía dejar que supieran que estaba embarazada ni que tenía una marca tatuada en la espalda. No estaba segura de lo que decía el tatuaje, pero era algo así como la etiqueta «Producto del Imperio Terrano» que llevaban los productos que llegaban a los planetas plenamente desarrollados pero estaban prohibidos en los planetas Clase B, Subdesarrollados, como Darkover. En ese confuso laberinto, Magda intentaba encontrar a Jaelle, porque Jaelle conocía la escritura terrana y podría decirle qué decía la marca. Se la habían hecho mientras dormía, y de alguna manera se habían equivocado, y también habían tatuado a Jaelle. Y estaba embarazada, y no podía dejar de pensar lo contento que estaría Peter, pero... ¿qué pensaría Jaelle? Si tan sólo pudiera encontrar a Peter, entre todos podrían aclarar el asunto, pero no podía encontrarlo por ninguna parte, con tantos kilómetros y kilómetros de corredores de mosaico, porque todo había sido reformado para que la gente de Darkover pudiera vivir en la base del Cuartel General, y Peter estaba no se sabe dónde, reformando la Casa del Gremio para que albergara a las terranas que quisieran hacer la prueba y vivir a la manera darkovana. «Pero eso sería tan sólo un hotel» oyó que alguien decía en tono despectivo dentro de su mente, y después ella y Jaelle trataban de sostener el techo de la Casa del Gremio, mientras Marisela y alguien más cuyo rostro no podía ver... ¿no era la pequeña Amazona pecosa que le había vendado los pies en las líneas?... buscaban con un gran telescopio a *Dom Ann'dra Carr*. Sólo que, aunque podía ver las lentes claramente, porque despedían chispas de color azul, como la matriz de lady Rohana, el telescopio mismo era invisible y se les resbalaba de las manos como si estuviera untado con glicerina. Entonces alguien la llamaba, y Bethany, de la oficina del Coordinador, decía:

—¿Margali? Oh, creo que anoche durmió en el cuarto de Camilla...

Y se despertó, parpadeando, aún confusa por los absurdos restos del sueño. Camilla, sentada en la cama, juraba por lo bajo mientras buscaba sus medias.

—¿Qué pasa? ¿Quién me busca?

—La Madre Lauria, abajo —dijo Irmelin—. Hay una visita, y por lo que sea, sólo tú puedes hablar con ella... una mujer que tiene alguna horrible enfermedad de la piel y está toda desteñida, oscura como la madriguera de un *cralmac*...

Cholayna, pensó Magda, y se levantó de un salto, tomó algunas ropas y salió corriendo a lavarse la cara con agua helada.

¿Qué demonios pasa? ¿Estará con Jaelle?

Jaelle no estaba, *Cholayna* había venido sola, y charlaba amistosamente con la Madre Lauria en el Salón de Extranjeros. Cuando Magda entró, la Madre Lauria dijo:

—Os dejaré solas un momento, pero espero que ambas os reunáis conmigo en mi despacho después. Margali, no has desayunado... ¿quieres que haga subir té y bollos a mi despacho? *Mestra*, ¿puedo ofrecerte el desayuno?

Cholayna asintió, con una sonrisa.

—Me olvidé que aquí era un día de fiesta y de que algunas estaríais durmiendo todavía —dijo, mientras la Madre Lauria se marchaba—, y me dijeron que no estabas en tu habitación. Por un minuto pensé que tal vez estuvieras durmiendo en otra parte. Algunas mujeres duermen fuera de la Casa durante la Noche del Festival.

Bruscamente, a la velocidad de un rayo, Magda recordó a Rafaella, con el pelo en desorden y la túnica abierta, mostrando los pechos, mientras se marchaba con el guardia. Ella no era mejor. Había pasado la mañana de ayer en brazos de Monty, y esta mañana habían tenido que buscarla en la cama de Camilla. Tonterías, era una mujer adulta, y a *Cholayna* no le importaba dónde pasaba ella la noche, ni con quién. Magda se puso en guardia, recordando que había presentado su dimisión la noche anterior.

—¿Para qué has venido? —dijo con tono brusco—. Ya no tengo nada que ver con todo aquello. No, esta vez lo digo en serio, *Cholayna*, no podrás convencerme como lo hiciste cuando llegaste. ¿Qué te debo ahora?

—A mí, nada —dijo *Cholayna*—, pero sí a tus hermanas, y tal vez a ti misma. Tienes una oportunidad muy particular, Margali —dijo el nombre darkovano, y Magda se asombró. Pero aún desconfiaba.

—¿Tú me dices eso, *Cholayna*? Ya lo he oído antes, y lo único que me ha traído ha sido sufrimiento..., siempre entre dos mundos y nunca cómoda en ninguno... —Atónita, Magda descubrió que le ardían los ojos como si estuviera a punto de llorar, y se interrumpió, perpleja, preguntándose *por qué* demonios tenía que llorar. ¡Estoy loca, no triste! Y entonces sintió una oleada tan profunda de desdicha que tuvo que apretar los dientes para contener el dolor, consciente de que si derramaba una sola lágrima, se disolvería como Alicia en un charco de llanto. Su voz sonó tensa, contenida—: Todos los que me han dicho eso han querido utilizarme de una manera o de otra. ¿Cuándo podré ser sólo yo misma y hacer lo que sea bueno para mí y no para los demás?

—Cuando estés en la tumba —dijo *Cholayna* con suavidad—. Nadie vive únicamente para sí mismo. De alguna manera, todos somos parte de los demás, y el que actúa sin pensar en el bien común es casi un asesino.

—¡No me interesa tu religión! —casi gritó Magda.

—Eso no es religión. —El rostro de *Cholayna* desprendía una extraña serenidad

—. Filosofía, tal vez. Es muy simple: nadie puede hacer algo que no ayude o dañe a otra persona con la que haya establecido algún tipo de contacto. Sólo los animales no toman eso en cuenta. —Su rostro se suavizó—. Eres muy querida para mí, Magda. Nunca tuve hijos. Hace muchos años, decidí que la maternidad no era para mí, ya que no podría criar a mis hijos entre los míos, y no quería que crecieran de cualquier manera, soportando los cambios y las rarezas de una vida inestable, de un mundo a otro. Creí haber encontrado en ti algo que las mujeres suelen encontrar en sus hijas... un sentido de continuidad...

Se interrumpió, y Magda, que estaba a punto a devolverle una respuesta áspera, quedó en silencio.

Pensó: *Si traiciono a Cholayna, entonces traiciono el verdadero espíritu del Juramento de las Amazonas*, y se preguntó cómo diablos se le habría ocurrido esa idea.

—¿Qué quieres de mí, Cholayna? —preguntó, ceñuda.

Cholayna hizo un ligero ademán como para buscar la mano de Magda, después suspiró y no la tocó.

—¿En este momento? Sólo que no tomes decisiones irreversibles. Podría haber matado a Montray; no estoy segura de que no hubiera estado bien, pero el hábito de la no-violencia es demasiado fuerte... ¡y él ni siquiera sirve como alimento! —El chiste no era bueno, pero incluso así soltó una risita nerviosa—. Si crees que debes apartarte durante un tiempo —continuó—, al menos ayúdame a convenir con Lauria cuáles de tus hermanas trabajarán en el Cuartel General para aprender nuestras técnicas en beneficio de ambos mundos.

Magda estaba enojada con Cholayna por pretender utilizar el discurso especial de las Amazonas, por hablar de sus hermanas y de la obligación de Magda hacia ellas, pero en la habitación había una curiosa sensación, como si Cholayna no sólo desgranara palabras sino como si, de algún modo, se comunicara con ella en un nivel más profundo. Magda sabía cosas de las que ni siquiera la misma Cholayna era del todo consciente, y a Magda le producía terror saber tanto acerca de cualquier ser humano. Pensó: *ella está completamente entregada*, sin saber con certeza lo que quería decir con sus palabras, y *también yo*. Percibió el cansancio de aquel rostro y de aquel cuerpo esbelto, el dolor que le causaba aquel extraño sol, la sensación de que todo estaba aquí muy oscuro, la nostalgia de la calidez y la luz de su propio mundo: Cholayna vivía en lo que para ella era una pavorosa penumbra.

Sabía que potencialmente Cholayna era una amante de mujeres, tanto o más que Camilla, pero por causa de los mundos en los que había vivido, esa característica nunca se había hecho evidente, nunca había emergido a nivel consciente. Por eso se había pasado la vida enseñando y entrenando a mujeres más jóvenes, con la vaga esperanza de que algún día una de ellas le daría, ni siquiera sabía qué..., un poco de calor a cambio, un calor que ella identificaba con el de su propio sol, que durante tanto tiempo le había sido negado. Y ni siquiera lo sabía con claridad, aunque Magda

sí lo sabía, y se le pusieron los pelos de punta, y helados dedos de miedo le recorrieron la espalda, porque no sabía qué significaba aquello y ni tan sólo podía suponerlo. Era como la noche en que se había despertado en brazos de Jaelle y ésta, impulsada tal vez por la desnuda conciencia que existía entre ellas, la había besado; sólo que esta vez la sensación no podía ser menospreciada como un azaroso impulso sexual, sino que era más profunda. ¿Algo del espíritu? Magda no se sentía cómoda con la idea y sospechaba que Cholayna se preocuparía muchísimo si se enterara.

Sin embargo, la emoción existía, y ella no podía identificarla ni reprimirla. En cuanto a rechazarla, era tan impensable como la posibilidad de abofetear a Camilla cuando le declaraba todo su amor y su devoción.

Magda bajó la cabeza para que Cholayna no viera sus ojos llenos de lágrimas y dijo con poca gracia, combatiendo lo que fuera que provocaba su llanto:

—Claro que lo haré, no quiero dejar cabos sueltos. La Madre Lauria nos espera.

En el despacho de la Madre Lauria descubrieron que ya les esperaba el desayuno: había una fuente de pan caliente, humeante y cortado en rebanadas, otra con tarta de Festival, llena de pasas, que había quedado del día anterior, y una enorme jarra humeante de la infusión de cereal tostado que las Amazonas bebían en vez de vino o cerveza. También había un plato con huevos duros y otro de queso blando.

—No querrás los huevos, Cholayna —dijo Magda con rapidez—, ya que alguna vez tuvieron vida, pero puedes comer tranquilamente todo lo demás.

—Gracias por avisarme, Magda —dijo Cholayna imperturbable—. No espero que el mundo esté ordenado en conveniencia mía; tal vez me he hecho demasiado dependiente de los alimentos manufacturados por el hombre. Quizá los escrúpulos alfanos sean tontos, de todos modos. Un gran sabio dijo que no es lo que entra en nuestras bocas lo que nos mancilla, sino lo que sale de ellas; mentira, crueldad y odio...

Se sirvió queso, y tomó un pedazo de tarta, y Magda vio que masticaba pensativamente.

—¿Tu gente tiene un sabio que dijo eso? —preguntó la Madre Lauria—. Algunas mujeres de esta Casa sólo comen cereales y frutas; aunque un sabio escribió que todo lo que existe en este mundo tiene vida, hasta las rocas, y que todas las cosas se alimentan de otras y finalmente alimentan a las más bajas de todas. De modo que debemos comer con reverencia cada cosa que se nos ofrezca, teniendo siempre en cuenta que también nosotras, a nuestro turno, serviremos de alimento para la vida. ¡Ah, otro filósofo escribió que la mañana después del Festival convierte a cada borracho en un filósofo!

Se rió y le pasó a Magda un frasco de conserva de frutas, y la joven puso un poco sobre su pan. *Ojalá, pensó, pudiera explicar mis sentimientos como una simple resaca de la borrachera de la noche anterior.*

—Bien, debemos decidir —dijo la Madre Lauria, terminando su té—. Creo que Marisela debería ser la primera.

—Estoy de acuerdo, y sin duda les enseñaré a los terranos tanto como aprenda de ellos —acotó Cholayna—. Pero, ¿podéis prescindir de ella aquí?

—Probablemente no, pero de todas maneras debe tener su oportunidad —dijo la Madre Lauria—. Keitha puede hacer su trabajo, y tener su turno más tarde. Me gustaría enviar a Janetta... Margali, ¿tanto sueño tienes? ¿Quieres volver a la cama?

—Oh, no —dijo Magda rápidamente. Por un momento le había parecido que Marisela estaba de pie en un rincón de la habitación escuchando sus deliberaciones, y al mismo tiempo sabía que Marisela estaba arriba, en su cama profundamente dormida. Se preguntó cuánto tiempo más podría gozar de su delicioso sueño antes de que alguien viniera a buscar a la partera y la despertara. No estaba sola en la cama, y Magda se retiró, ya que tampoco quería saber tanto de Marisela—. Janetta es demasiado rígida —se apresuró a decir—. Creo que no podría aceptar las costumbres terranas.

—Es más inteligente de lo que crees —respondió la Madre Launa—. Aquí hay pocas cosas que estimulen su mente; yo había esperado enviarla a Arilinn, pero nunca sería una buena partera, ya que no es suficientemente comprensiva con las mujeres. Ella misma ha decidido que no tendrá hijos, pues tiene cierto disgusto por los preliminares. Sin embargo, no hay otro entrenamiento disponible para ella. Nevarsin se niega a entrenar sacerdotisas-curadoras. Es extremadamente inteligente, demasiado inteligente para las cosas que las mujeres comunes, incluso las Amazonas, suelen hacer. No tiene interés en las artes bélicas, ni tampoco tiene la fuerza física necesaria para ellas. Creo que sería muy valiosa para los terranos, y lo que aprenda también será invaluable para nosotras.

Magda todavía mostraba cierto escepticismo, y la Madre Lauria prosiguió:

—No conoces la historia de Janni. Viene de una aldea en la que su madre quedó viuda con siete hijos, y no supo hacer nada para mantenerlos, salvo convertirse en ramera. Trató de entrenar a Janetta en ese oficio cuando la niña tenía apenas doce años. Durante un año o dos, Janni fue demasiado tímida para negarse; después huyó y vino aquí.

Camilla se lo había dicho una vez: cada Renunciante tiene su propia historia, y cada historia es una tragedia. *¿Cómo me he ganado un lugar entre ellas?*

—Hay una joven llamada Gwennis —prosiguió la Madre Lauria—. Está en Nevarsin ahora, trabajando con algunos pergaminos, bajo la tutoría de los hermanos... Tú no la conoces, Margali...

—No la conozco bastante para recomendarla ahora —dijo Magda—, pero después de todo, es mi hermana de juramento... Estaba en la banda liderada por Jaelle...

—Creo que sería una buena elección —dijo la Madre Lauria—. El hecho de que se haya ofrecido como voluntaria para ese trabajo la haría probablemente buena para este otro. Y tal vez Byrna; tiene una mente inquisitiva... Además, todavía echa mucho de menos a su hijo y sería una bendición que tuviera otra cosa en qué pensar.

Cholayna... —usó el nombre terrano de la mujer con vacilación—, ¿tienes alguna idea particular acerca de la edad que deberían tener estas mujeres?

—No creo que tenga importancia. Tal vez no deberían ser demasiado jóvenes. He oído decir que tu gente suele confiar responsabilidad a los jóvenes más temprano que nosotros, pero si los del Imperio creen que son sólo niñas, tal vez no las tomen en serio y no las consideren adultas independientes. Yo diría que no deberían tener menos de veinte años.

—¿Tan mayores? —preguntó la Madre Lauria.

Magda recordaba que Irmelin era una de las mujeres más aficionadas a los libros que había en la Casa, ya que se pasaba casi todas sus horas de ocio leyendo o a veces escribiendo para la Madre Lauria en su despacho, y sugirió su nombre.

—Creo que es demasiado perezosa, o tal vez que está demasiado satisfecha con las cosas tal como son —respondió la Madre Lauria—. Tres años atrás, tal vez, pero ahora no. Aunque si ella lo desea, una vez que se le explique claramente cuánto tendrá que trabajar, puede tener su oportunidad. Es inteligente, qué duda cabe, y no elude el trabajo pesado.

—Lo que me gustaría —dijo Cholayna—, sería poder someter a todas las mujeres a tests de inteligencia específicos... tenemos algunos muy buenos que no son culturalmente tendenciosos, y sólo miden la capacidad de pensamiento abstracto y de aprendizaje.

—Eso también podría ser valioso para nosotras —dijo la Madre Lauria—. Es evidente que hay mujeres estúpidas, así como hay hombres estúpidos... ¡pero las mujeres más inteligentes aprenden desde niñas que parecer estúpidas es su mayor habilidad cuando están con hombres, y casi todas son lo bastante inteligentes para aprender eso! Las que no pueden aprenderlo, o no quieren hacerlo, son con frecuencia las que acuden a nosotras. Pero se da el caso de mujeres que tienen miedo incluso de aprender a leer... ¡sólo porque les han enseñado que eso está más allá de sus capacidades! ¡Cómo, en nombre de Evanda, puede alguien pensar que una mujer que hila, teje, cultiva vegetales en su propio invernadero, supervisa a sus criados, educa a sus hijos y administra los recursos de una familia entera puede ser considerada estúpida, es algo que jamás comprenderé! ¡Es como si llamáramos estúpido a un granjero que se ocupa de las cosechas y del ganado durante todo el año, sólo porque no sabe nada de la filosofía de los sabios antiguos! Las mujeres llegan aquí pensando que son estúpidas, y yo no sé cómo hacerles ver que no es así. Pero tal vez, si presentaras tus tests como juegos, y yo pudiera convencerlas de que hay diferentes maneras de aprender...

—Bien, desde luego tenemos suficientes tests y suficientes personas para presentarlos —dijo Cholayna—. Estoy pensando en una de las mujeres técnicas del departamento de Psi. Podría ser una buena idea enviarla aquí, no sólo por vosotras sino también por ella misma. Creo que podría aprender mucho aquí. Es... —Cholayna se interrumpió indecisa—. No estoy segura de la palabra... ¿Me ayudas,

Magda? Una que no siente interés por los hombres...

—*Menhiédris* —ofreció Magda, usando la más cortés de las muchas opciones: en la Casa del Gremio se usaban a diario otras más rudas, pero hoy se sentía un poco susceptible con el tema.

—A esa mujer le vendría bien saber que hay un lugar en esta cultura donde no se la desprecia —prosiguió Cholayna—. Muchas de nuestras culturas son..., distan mucho de ser perfectas, podríamos decir. Le interesaría saber cómo vuestra sociedad estructura esas cosas. Puede sentirse cómoda entre vosotras, más que otras mujeres, si crees que tus hermanas pueden aceptar a alguien de otro mundo. Así como han aceptado a Magda... a... ¿Margali?

—Me alegra que creas que podemos enseñarles algo, además de aprender —dijo la Madre Lauria con bastante sequedad.

Cholayna la desarmó con una sonrisa cordial.

—Oh, no debes juzgarnos por nuestros peores aspectos, Lauria, es una desgracia que nuestro Coordinador sea un hombre de mente tan estrecha, el peor y no el mejor, que fue nombrado sólo por cuestiones políticas y al que nunca le ha gustado estar aquí. Pero entre nosotros hay personas que de verdad queremos los mundos a los que somos asignados, y deseamos compartirlos. Margali, por ejemplo...

El rostro de la Madre Lauria se hizo más suave.

—Margali ha sido verdaderamente una de nosotras, y si hay entre vosotros otras como ella... o como tú misma, Cholayna, las recibiremos como amigas. Y para ser justa, también hay entre nosotros muchas personas de mente estrecha, que juzgan a los tuyos por los hombres de los bares del puerto espacial, en vez de hacerlo por los científicos o los sabios. Algunos todavía creen que son diablos caídos del cielo... Creo que por ellas, Margali, ya es hora de revelar la verdad a tus hermanas: quién eres y de dónde vienes. Así, cuando alguien hable despectivamente de los terranos, las personas enteradas podrán decirles: «Pero mira, Margali es una de ellos y ha sido una hermana para nosotras en esta casa durante medio año», y les demostrarán que sus prejuicios son tontos... ¿Qué te parece, Margali?

Magda se asustó... Todavía no, todavía no podía hacer frente a la consternación y a la hostilidad con que al menos unas cuantas recibirían la información. Mientras lo pensaba, ya le parecía ver los rostros hostiles, el rechazo donde antes había habido amistad, la incomodidad cuando se enteraran de que ella se había ganado su amistad a base de engaños...

Una vez más Cholayna daba por hecho que ella accedería a situarse entre ambas culturas, que una vez más aceptaría estar en el vulnerable lugar de enlace entre los dos mundos. ¡Cómo la despreciarían cuando se enteraran! Y Camilla, Camilla desde luego la aborrecería.

Nunca me había permitido ser tan vulnerable ante un hombre como lo soy con Camilla: antes, siempre estaba en guardia, siempre trataba de ser fuerte y de tener un perfecto control de mí misma. Con Camilla es diferente, y no puedo soportar que

me juzgue con dureza. Sería peor que cuando perdí a Peter. Una de las razones por las que me dejó, pensó, es que yo era demasiado independiente y me negaba a entregarme, quería conservar mi libre albedrío, y ahora...

—¿Margali?

De repente se dio cuenta de que había perdido el hilo de la conversación, y de que tanto la Madre Launa como Cholayna la estaban mirando.

—¿Qué es eso que dijiste de Camilla? —preguntó al azar—. Lo siento, estaba distraída...

Y de pronto sintió miedo. ¿Cómo había sabido que estaban hablando de Camilla?

—¿Te sientes mal, Margali? Estás blanca como una sábana —le dijo la Madre Lauria, y Cholayna le preguntó, sonriendo, si había bailado hasta muy tarde la noche anterior—. Nadie sirve para nada al día siguiente del Festival —continuó Lauria—. No es un buen momento para esta visita, tal vez. Pero tú no podías saberlo. Lo que decíamos, Margali, es que Camilla está en la Casa, y que es probable que conozca a las mujeres mejor que yo; cuando se ha entrenado a una muchacha en esgrima y autodefensa, se conocen todos sus puntos débiles. Lo mismo podríamos decir de Rafaella, pero ésta ha pasado la noche fuera, según Camilla. ¿Te importa subir y pedirle que baje? Tus piernas son más jóvenes que las mías.

A Magda le alegró salir del salón. Al llegar a la escalera se detuvo, jadeando, controlándose sólo por su fuerza de voluntad. Estaba ocurriendo otra vez, otra vez le parecía ser la araña en el centro de la tela, hilándolo todo y sintiendo cómo se movían las hebras, subiendo hacia donde Marisela ya estaba despierta y cantaba mientras se lavaba la cara con agua helada... Alguien que busca a la comadrona está en camino, pero... ¿cómo lo había sabido Marisela? ¿De la misma manera que lo sé yo? Lady Rohana lo llamó *laran*... pero también dijo que yo había aprendido a reprimirlo... ¿Qué ha pasado con mi control? Podía percibir a Irmelin abajo, en la cocina; podía oír a Rezi y a otras dos mujeres que maldecían mientras luchaban con las palas del establo; hasta los animales de ordeño percibían las perturbaciones del Solsticio de Verano... ¿o era sólo que después de bailar hasta tan tarde, la inflexible rutina de cuidar a los animales no concordaba bien con la resaca?

Keitha... Keitha tiene más prejuicios que yo acerca de las amantes de mujeres... y no fui la única en sucumbir ante alguien que amaba durante el Solsticio de Verano...

—En nombre de Evanda, ¿por qué bloqueas la escalera? —exclamó una voz furiosa detrás de ella.

Magda temblando, se irguió para enfrentarse con Rafaella, que todavía llevaba puesto su vestido de fiesta. El atuendo se veía extraño en el resplandor del día, y la mujer tenía el pelo desordenado y los ojos enrojecidos. Era obvio, incluso para Magda, cómo había pasado la noche... ¿O es que otra vez estoy leyendo el pensamiento?

Se hizo a un lado, murmurando una disculpa, pero Rafaella se detuvo y la miró. Bruscamente la tomó del brazo.

—¿Qué infiernos te ocurre? ¡Parece como si tuvieras contracciones de parto o algo así!

—No, no, estoy bien... La Madre Lauria me envió con un recado...

—Entonces ve y hazlo —dijo Rafaella con voz amable—, pero parece que seas tú, y no yo, la que ha pasado la noche sin dormir bebiendo demasiado. Bueno, supongo que no somos las únicas. Cuando hayas cumplido con tu recado, mejor será que te pases el resto del día en la cama... ¡preferiblemente sola!

Se rió y subió la escalera y Magda, con las mejillas encendidas, logró recobrase y llegar hasta la habitación de Camilla. Ésta estaba despierta y a medio vestir; oyó que Rafaella subía la escalera y se asomó al pasillo.

—Así que despertaste a los pájaros al amanecer, Rafi querida... ¿Qué? ¿Valió la pena?

Rafaella puso expresivamente los ojos en blanco, y después se echó a reír.

—¿Cómo podrías ignorarlo, si yo misma te lo digo? Pero oh, sí... ¡para ser una vez al año! ¡Ahora me iré a dormir!

Desapareció en su cuarto, y Camilla se rió bajito mientras se volvía hacia Magda.

—¿Has venido a buscarme? Suponía que la Madre Lauria y la mujer terrana me llamarían tarde o temprano...

¿También a ella le ocurre?

Magda se sentía frágil, como en carne viva, como si estuviera a punto de hacerse añicos. Una parte de ella estaba invadida por los recuerdos demasiado claros que Rafaella tenía de la noche anterior —él debió haber sido todo un hombre—, el recuerdo de una gran excitación, una agradable competencia física, y Magda se enfureció consigo misma porque aquel recuerdo compartido producía en su propio cuerpo una corriente de calor sexual, y ahora Camilla leía el mensaje que le traía antes de que ella pudiera transmitirlo. ¿A todas ellas les ocurría eso? Nunca había sucedido antes.

Camilla era pelirroja, no era imposible que tuviera un poco de sangre Comyn; el cabello descolorido ahora, de color arena, pero debía haber sido pelirroja de joven. *Tallo*, decían aquí, como Jaelle, pero mientras miraba a Camilla, le pareció que el rostro enjuto y surcado por cicatrices se convertía en el de una adorable muchacha de catorce o quince años, con brillantes rizos rojo oscuro, de una deliciosa arrogancia, una niña protegida y cuidada como una princesa...

... una muchacha adorable, sí, para lo que me sirvió..., después un flujo de confusos recuerdos, *una niña delicada súbitamente arrancada de su hogar por los bandidos, los hombres más rudos, brutales violaciones repetidas, convertida en un juguete para los más crueles, de mano en mano como una ramera, no, peor que una ramera, ni siquiera como un ser humano, castigada como un animal cuando trataba de escapar...*, *los látigos que desprendían la carne de los huesos...*

Magda había visto las cicatrices en su rostro y en su cuerpo... *No es posible que esté leyendo todo esto*, pero también su cuerpo estaba estremecido por el mismo

horror, el mismo dolor, y entonces la inundó una oleada de rechazo, de temor...

—No... —logró articular—. Camilla no... —y una vez más se sintió invadida por la vergüenza: ¿cómo podía negarse tan sólo a recordar cuando su amiga había soportado aquello? Pero el mero recuerdo descomponía a Magda.

—¡Margali! ¡Bredhiya! —Camilla la sostuvo al ver que se tambaleaba, y aquel contacto produjo en Magda una nueva oleada de recuerdos intolerables, insoportables...

Entonces, tan bruscamente como si se hubiera cerrado una puerta, los recuerdos cesaron, y la Camilla de siempre le dijo con suavidad:

—Lo siento, no sabía que... eras vulnerable a eso.

—Creo que me estoy volviendo... loca —dijo Magda, sofocada—. No consigo dejar... de leer los pensamientos de la gente...

Camilla suspiró.

—Supongo que Jaelle tiene un poco del don de Ardais. Es telépata catalizadora, y tú estás tan próxima a ella que tal vez haya despertado tu propio *laran*. Y por supuesto, ella no sabe lo fuerte que es. Ha logrado amurallarse tan bien que apenas si sabe incluso que tiene *laran*. Y, desde luego, yo aprendí hace mucho a amurallarme: a veces durante meses, ni siquiera pienso en eso; al vivir entre ciegos mentales, una no se preocupa por aprender a mantenerse defendida. Te juro, querida, que nunca he tratado de leerte, que nunca... he violado tu intimidad. Hace mucho tiempo que tomé la decisión de dejar de lado todo eso. Jamás me he vuelto atrás. Esto de hoy no ocurre ni dos veces en cinco años. Perdóname, hermana.

—Creo... que tal vez tú deberías perdonarme a mí —logró murmurar Magda.

El mundo volvía lentamente a la normalidad, pero le parecía que sólo un velo finísimo la separaba de aquella intolerable entrega a todos y a cada cosa.

—Tú no tienes entrenamiento, y cuando yo era todavía una niña... después de... —mover las manos, remisa a hablar, y Magda supo a qué se refería, después de aquella odisea de la que Camilla sólo le había hablado una vez, después de aquello que había leído en su mente... *¿cómo puede vivir con esos recuerdos?*—. Mi familia nunca logró olvidar —prosiguió Camilla—. Yo tenía que aprender, o morir. Pero basta de eso, amor... ahora debemos bajar al despacho de la Madre Lauria. Margali, ¿estás bien? Marga se las arregló para asentir. Una vez más sintió el desesperado deseo de apoyarse en la fuerza de su amiga. No podía soportar lo que estaba ocurriendo y, a pesar de las palabras de Camilla, no quería admitir que, de hecho, le estaba ocurriendo. Cuando bajó, oyó voces excitadas en la puerta, y la voz suave de Marisela que calmaba el tumulto.

—Sí, sí, comprendo, pequeños... No, de veras, vuestra mamá no se va a morir, va a dar a luz a un hermanito o hermanita, eso es todo. Sí, sí, me daré prisa. Irmelin, lleva a nuestros amiguitos a la cocina y dales un poco de pan con miel... Había demasiado alboroto esta mañana en vuestra casa como para que os prepararan el desayuno, ¿verdad, niñas? Y podréis echar un vistazo a la cocina de la Casa del

Gremio, os gustaría echar un vistazo, ¿verdad?

Les hizo un gesto gracioso a las dos mujeres que estaban al pie de la escalera. Sus ojos se cruzaron entonces con los de Magda, y su expresión cambió con tanta brusquedad como si la hubieran abofeteado.

—¡Por la Diosa, no lo sabía! Margali... sé que debo hablar contigo, y sin embargo... —preocupada, presionó las manos contra su cabeza—. Tengo que darme prisa. A pesar de lo que les dije a las niñas, es el quinto hijo de esta mujer y no hay tiempo que perder.

Rápidamente, se acercó a Magda y le puso las manos sobre los hombros, y la miró a los ojos. Magda pensó: *Sabe lo que me está ocurriendo. Pero no es posible.*

—Prométeme, hermanita, que no harás nada precipitado antes de que tú y yo nos sentemos como hermanas y tengamos una buena charla, una charla como nunca la hemos tenido... Es culpa mía, tendría que haberme dado cuenta, pero prométemelo, Margali... Ahora tengo que ir a por mi maletín. Pero espera... ¿de veras me necesitas tanto? Mi deber para con una hermana es prioritario... ¿Quieres que envíe a Keitha a que se haga cargo de este parto y yo me quede contigo, *breda*?

Pero la sobrecarga de sensaciones y la confusión empezaban a desaparecer. *Estoy imaginando cosas*, pensó Magda, muy fatigada, *bebí demasiado anoche y una puede creer cualquier cosa cuando sufre una resaca.*

—Claro que no, Marisela, márchate. Mira, las niñas te esperan.

Las niñas estaban en la puerta de la cocina, con sus caritas y sus delantales manchados de miel. Marisela todavía se veía dubitativa.

—Cuidala, Camilla, mientras yo voy a despertar a Keitha...

—¡Puf! —exclamó Camilla, con desprecio—. Vosotras las *leroni* os creéis que tenéis respuesta para todo, ¿verdad? Yo cuidaré de ella. ¡Tú ocúpate de hacer nacer bebés, que es lo que mejor sabes hacer! —Rodeó a Magda con un brazo y Marisela suspiró, se volvió hacia las niñas, y levantó el negro maletín de lona en el que guardaba los instrumentos de su oficio.

—Vamos, volvamos con mamá, bonitas.

—Ven conmigo, amor —le dijo Camilla a Magda—. La Madre Lauria nos espera.

Y Magda, juntando fuerzas, la siguió hasta el despacho, con la sensación de tener aún clavados en su espalda los preocupados ojos azules de la partera.

Sin embargo, ya en el despacho, fue como si alguien hubiera oprimido un botón y su mente hubiera cambiado de velocidad, regresando a la normalidad. Camilla estaba perfectamente amurallada... *No me hará esa cosa increíble que me hizo Marisela, está tan protegida por años de hábito, ni siquiera creo que Camilla me haya leído lo suficiente como para saber que soy terrana. A lo mejor tenía que haberle pedido a Marisela que se quedara, tal vez ella pueda ayudarme a controlar esto que me ocurre...*

Pero no. Nunca había ocurrido, decidió Magda, paseando la mirada desde los sabios ojos pardos de Cholayna a los serenos ojos grises de Camilla. Había sido sólo

su imaginación. Camilla escuchaba con mucha atención la descripción que le daba Cholayna de lo que deseaban.

—Gwennis —dijo Camilla—. Margali, Gwennis estaba entre tus hermanas de juramento la noche aquella, pero tal vez no la recuerdes...; es un crimen que no conozcas a tus propias hermanas de juramento. Serviría para esto. El solo hecho de que haya querido ir a aprender a Nevarsin...

—Si es hermana de juramento de Margali —interrumpió la Madre Lauria—, no me gustaría separarlas en el momento que llegue Gwennis, enviándola a la Zona Terrana, a menos que Margali también vaya...

Y Magda advirtió, de nuevo asombrada, que la Madre Lauria lo decía en serio: sus prioridades eran tan diferentes que, aún después de haber pasado medio año en la Casa, a Magda le resultaba imposible comprender el funcionamiento de su mente. Pensaba que Magda y Gwennis debían estar juntas, sólo porque el azar las había reunido en el refugio de viaje aquella noche en que Magda había prestado Juramento... ¡y creía que aquello era más importante que la posibilidad de que Gwennis estudiara con los terranos! De repente, Magda volvió a sentirse una extraña: *soy tan diferente, y estoy aquí, entre extrañas*, y se esforzó furiosamente para no pensar en ello. Sólo era cuestión de no entregarse a esa sensación. Camilla la miraba, expectante: Magda se calmó.

—Pero la verdad es que no sé nada de Gwennis, sólo la vi aquella noche —dijo.

Sabía que Camilla, y también la Madre Lauria, quedarían consternadas si les confesaba que, de las mujeres que habían asistido a su juramento, sólo recordaba a Jelle y a Camilla, y que ni siquiera se acordaba de cuál de ellas era Gwennis, y cuáles eran las otras... ¿Sherna, era? ¿Devra? Ni siquiera estaba segura de sus nombres, Y sin embargo, todas estaban juramentadas.

Pasaron horas trabajando en el pequeño despacho de la Madre Lauria. El sol de la tarde había empezado a atenuarse en la habitación cuando la Madre Lauria se desperezó y bostezó.

—Bien, creo que ya tenemos el grupo idóneo... si es que las mujeres que hemos seleccionado acceden. Si se niegan, tendremos que volver a empezar...

—Pero no se negarán, en absoluto —dijo Camilla—. Tal vez una o dos lo hagan, pero para eso hemos elegido a diez en vez de cinco o seis. Y, por supuesto, tú querrás hablar con ellas, Cholayna —añadió con timidez.

A Magda la complació ver que ambas se caían bien. *Pero aún así, Cholayna no ha mencionado que soy terrana. ¿Cómo se sentirá Camilla cuando se entere? ¿Me aborrecerá? La amo, no quiero dejarla...*

Entonces Magda advirtió que debía estar más cansada de lo que creía; volvía a ver escenas, a sí misma cabalgando, alejándose de Camilla, la triste expresión del rostro de ésta... ¿Cuándo volverían a encontrarse, si es que se encontraban? Qué tontería, no iba a dejar a Camilla, no ahora. Ni en mucho tiempo, esperaba, aunque todavía no estaba segura de que hubiese un compromiso permanente.

En un momento dado, durante el largo juego amoroso de aquella mañana, antes de dormirse, Camilla se había detenido un segundo y la había mirado con desgarradora intensidad.

—Margali, te haría un juramento... ¿lo sabes?

Y Magda se había reído y la había besado, pero para sus adentros había pensado: *No. No estoy preparada para esto. Todavía no, y no sé si lo estaré alguna vez.* En su interior, algo le decía que no debía tomar decisiones precipitadas.

Como una verdadera terrana. Mantener el control todo el tiempo, nunca permitir que las cosas simplemente ocurran...

—Creo que todas estamos demasiado cansadas para seguir —dijo la Madre Lauria—, y hemos hecho todo lo que podíamos hacer antes de consultarlo en reunión general, que se llevará a cabo dentro de cuatro días. Deberías venir entonces y hablar con nosotras, Cholayna, y conocer personalmente a estas mujeres y pedirles su opinión. Así que... —Se levantó con vivacidad, aunque, como Magda pudo ver, su rostro estaba surcado por arrugas de cansancio—. Cholayna, ¿quieres quedarte a cenar en la Casa? Será mejor que las mujeres empiecen a acostumbrarse a la idea de que eres una amiga.

—Me encantaría —dijo Cholayna con prudencia—, pero tal vez deberíamos ir un poco más despacio, hasta que sepan quién soy y por qué estoy aquí. Una vez que me hayas presentado en la Reunión General, y ellas hayan tenido la oportunidad de decidir por sí mismas si quieren ser amigas mías...

—Tienes razón —dijo la Madre Lauria—. Entonces te espero dentro de cuatro días... ¿esa noche cenarás con nosotras antes de la reunión?

—Me sentiré honrada.

A Magda le pareció que estaba un poco asustada.

—Recuerda, Madre Lauria, que Cholayna no come carne, ni ningún alimento que haya tenido vida.

—Eso es fácil de solucionar —dijo la Madre Launa.

Cholayna sonrió con alivio y fue a por su abrigo, una gruesa prenda de piel que le cubría el uniforme, más adaptado a los ambientes caldeados del Cuartel General.

Janetta estaba de turno en el vestíbulo: la Madre Lauria la presentó a la terrana. El rostro de Janetta se iluminó... Magda recordó que habían sugerido su nombre y, por lo visto, la Madre Lauria ya le había avisado.

—Janetta te escoltará de regreso —dijo la Madre Lauria—. No, de veras, Cholayna, se está haciendo tarde, y si te perdieras... Hay algunas zonas donde una terrana no está a salvo, y otras en las que una mujer puede tener problemas, y tú eres las dos cosas. Estoy segura de que, al igual que Margali, sabes cuidar de ti misma, pero es mejor que no te veas obligada a hacerlo. Estoy segura de que Margali te habrá dicho que una de las primeras reglas de una Renunciante es que es mejor evitar una situación problemática que salirse de ella una vez que se ha presentado.

—Me sentiría honrada —dijo Janetta muy formalmente. Puso la mano un

momento sobre la empuñadura de su cuchillo—. No le ocurrirá nada mientras esté a mi cuidado, Madre.

—Pero esto es ridículo —exclamó Cholayna, riéndose—. ¿De verdad creéis que necesito una escolta armada?

No, advirtió Magda, en realidad no había *dicho* eso, sino que una vez más, Magda había oído que Cholayna había *pensado* esas palabras pero al darse cuenta de que serían ofensivas, de que Janetta se las tomaría como un rechazo, se había limitado a decir en voz alta:

—Gracias, Janetta, eres muy amable, y también tú, Lauria, por haber pensado en ello.

Las dos mujeres se miraron durante un momento, y Lauria se echó a reír y la abrazó.

—Todas las Amazonas son hermanas, y que la Diosa quiera que algún día te reciba verdaderamente como una de nosotras. Hasta entonces, te recibiremos como a una parienta, Cholayna.

Cholayna, le devolvió el abrazo y respondió con seriedad:

—Ojalá que así sea.

Magda, que observaba, supo que había sido testigo de algo muy importante, más importante que cualquier charlatanería de Montray acerca de las relaciones diplomáticas, y que, de alguna manera, era tan importante como la invitación al Baile del Festival enviada por el Castillo Comyn a la delegación terrana.

Ahora sí que he cumplido con el trabajo que vine a hacer aquí, pensó, pero estrechó la mano de Cholayna y oyó que ésta le decía que la vería dentro de unos días.

—Me gusta —comentó Camilla.

Las dos permanecían en el vestíbulo, observando cómo Janetta escoltaba a Cholayna y salían a la calle.

—Jamás pensé que me gustaría una mujer de otro mundo —prosiguió—. Kindra, que fue mi madre de juramento y también la de Jaelle, solía decir que llegaría el día en que descubriríamos que teníamos mucho que aprender de los terranos, y estoy cada vez más convencida de que tenía razón. Conociste a los terranos de niña, en Caer Donn, ¿verdad, Margali? Advertí que os conocíais bien. —Bostezó—. Bien, nos hemos pasado todo el día ocupadas con este asunto, pero no creo que haya sido tiempo perdido. Hoy tenía pensado salir a dar un paseo a caballo. Estoy cansada de estar encerrada, y pensé que podría pedir permiso para que me acompañaras. Pero creo que ya es demasiado tarde para salir a pasear... Mira, está empezando a caer la lluvia nocturna. ¡Janni estará empapada cuando vuelva!

—¡Oh, no se derretirá! —se rió la madre Lauria—. Está acostumbrada a todos los climas... Margali, ¡qué cansada se te ve, querida! Llévala arriba y métela en la cama, Camilla, ya os enviaremos la cena a las dos.

Les hizo un guiño amable, y Magda pensó, avergonzada: *Sabe que somos*

amantes: bueno, por supuesto, es probable que dé por hecho que cualquier mujer que llegue a esta Casa tendrá esa experiencia antes de que termine su tiempo de reclusión. Hasta Keitha, que era tan despectiva... y recordó cómo había percibido, esta mañana, que Marisela no estaba sola. Bien, el trabajo las había unido, como había pasado con Magda y Camilla, sólo que tal vez ella era un poco más abierta que Keitha, que era *crisoforo*...

—¿Y dónde está Marisela? —preguntó la Madre Lauria, tan afortunadamente que Magda se preguntó si la Madre del Gremio también leía los pensamientos—. Sé que salió esta mañana para un parto. Debe de haber sido inusualmente complicado. Pobre muchacha, estará agotada cuando vuelva a casa... ¡creo que también le mandaré la cena a la cama! No sé por qué, pero estas cosas siempre ocurren al día siguiente del Festival... ¿Keitha está aquí para ocuparse de ella cuando regresé?

—Pues no —dijo Irmelin, que estaba de turno en la entrada—. La vi salir con su maletín de partera. Vino a buscarla un hombre, y como Marisela no estaba se fue con él...

—No debería andar sola por la ciudad —dijo la Madre Lauria, preocupada—. Legalmente, sigue en período de reclusión, pero lo que es peor: su esposo todavía puede intentar vengarse de ella, o tratar de apresarla si está sola, y podría llevarla a su casa y tenerla prisionera...

—Eso ya lo sabe —dijo Irmelin—, pero creo que este hombre había hablado con Marisela delante de ella. Keitha le conocía y dijo que no podía permitir que una mujer sufriera por falta de asistencia. Creo que piensa que su trabajo de comadrona puede ser incluso más importante que su Juramento de Renunciante...

—Una cosa no excluye la otra —dijo Camilla—, aunque soy su madre de juramento y estoy preocupada por ella. Debería acercarme a casa de ese hombre y asegurarme de que está bien, o incluso escoltarla de vuelta a casa para asegurarme de que está a salvo. Marisela nunca me lo perdonaría, si algo le ocurriera...

—Sería una buena idea —dijo la Madre Lauria, aliviada—. Irmelin, ¿dijo adónde iba?

—A la calle de las Nueve Herraduras.

Camilla tomó una de las capas que estaban colgadas en el vestíbulo.

—¿Puedo llevar conmigo a Margali, Madre?

—Claro que no —dijo la Madre Lauria con severidad—. Ya hay bastante con una novicia que salga a la calle la noche después del Festival, algo que Keitha no debería haber hecho sin pedir autorización, aunque entiendo que le haya parecido natural salir corriendo para atender a un parto. Pero no las dos. Si no quieres ir sola, lleva a Rafaella o alguna otra, pero no a Margali.

Camilla dedicó una inclinación de cabeza un poco irónica a la Madre del Gremio y se marchó diciendo:

—Regresaré en cuanto esté segura de que Keitha está a salvo...

—No, no, espérala, así podrás escoltarla hasta casa —ordenó la Madre Lauria—,

aunque siento enviarte a la calle cuando estás tan cansada. ¡Pero Margali ya es mayorcita y puede irse sola a la cama por una vez!

La anciana se echó a reír y Magda sintió que se le encendían las mejillas.

—No seas tonta —dijo—, no estoy tan cansada. Iré a ver si puedo ayudar a llevar la cena al comedor, puesto que Keitha no está.

—No te ofendas por las bromas —le dijo Irmelin mientras ambas se ponían los delantales y buscaban los cubiertos—. Siempre pasa igual. Les gusta mofarse de las mujeres que se han convertido en amantes. Dentro de unos días lo habrán olvidado, y lo tendrán asumido como lo de Cloris y Janetta. Pero si Camilla y tú os peleáis y dejáis de compartir la cama, volverán a hacerte bromas durante unos cuantos días, eso es todo; ¿no oíste cómo se burlaron de Rafaella porque pasó la noche fuera con un hombre? Y hablando de Rafaella... ¿no es ella la que baja la escalera ahora?

—No, salió hace horas, cuando estabais en el despacho de la Madre —dijo Rezi—. Dijo que tenía que ocuparse de una caravana, y que Shaya la había llamado desde la Zona Terrana. Yo quería preguntarle varias cosas, pero ella no tenía tiempo, y Margali...

—No tiene importancia —se apresuró a decir la Madre Lauria—. Ve tras Camilla, llévate tu cuchillo y date prisa. Si Keitha de verdad ha caído en una trampa...

La expresión de Rezi cambió.

—¡Por la Diosa, no se me había ocurrido! —exclamó—. Y Keitha salió sola... ¿La calle de las Nueve Herraduras, dices? —Se ponía la capa mientras hablaba—. Alcanzaré a Camilla al final de la calle.

Cerró de un portazo al salir.

—No es necesario que las esperemos para cenar —dijo la Madre Lauria—. Aunque de todas maneras, estoy segura de que no hay nada que valga la pena: la noche siguiente al Festival, en la mesa suele haber sólo las sobras del día anterior.

—Bueno, hay medio conejo asado —dijo Irmelin—, con salsa y relleno. Y si alguien no quiere comer restos, hay mucho pan y queso, y de todos modos, a nadie le vendrían mal uno o dos días de ayuno después del Festival.

Las mujeres fueron a sentarse.

A Magda le alegraba que Camilla no hubiera ido sola: ya no era joven y llevaba un par de noches sin dormir. Sin embargo, desearía haber ido ella a luchar junto a Camilla, si se daba el caso. Envidiaba a Rezi, a la que habían enviado a defender a su hermana como algo natural. Se sirvió un pedazo de queso y lo mordisqueó con expresión absorta.

Debería haber ido con Camilla. La madre Lauria estaba equivocada. Camilla era su hermana de juramento y su amante; era su responsabilidad combatir junto a ella. Además Keitha era su hermana de juramento, de modo que también era responsable de la seguridad de Keitha. Tendría que haberlo discutido con la Madre Lauria para que comprendiera que se trataba de una obligación de honor.

Todo el día de hoy he sido terrana, y ahora vuelvo a pensar como darkovana...

Hubo un tumulto en el vestíbulo y algunos gritos, y tres mujeres entraron en el comedor, con las capas empapadas.

—¡Ah, cómo llueve! Como para compensar por el buen clima de la noche del Festival, como siempre... —exclamaron—. Bueno, bueno, hemos regresado...

—¡Sherna! ¡Gwennis! ¡Devra! —exclamó la Madre Lauria.

Se acercó para abrazarlas. Después todas se levantaron de la mesa para saludar a las recién llegadas y ayudarles a quitarse los abrigos, cosiéndolas a preguntas.

Fue la alta y silenciosa Devra, la primera en reconocer a Magda y en abrazarla.

—¡Margali! Me habían dicho que irías a Neskaya, pero por supuesto, Jaelle habrá querido traerte a su propia Casa... ¿Dónde está Jaelle n'ha Melora?

—Oh, ha tomado un compañero libre, y está viviendo en la Zona Terrana...

—¿Jaelle? ¿Un compañero libre? ¡Ahora sí que creo que el asno de Durraman puede volar! —exclamó Gwennis, soltando una estrepitosa carcajada—. Creí que Jaelle sería la última mujer en el mundo que se entregaría a un hombre... Pero ha estado demasiado tiempo con Rafaella, eso es todo, ¡Rafi la ha corrompido!

Todas se apiñaron en torno a la mesa, bromeando y riéndose.

—¿Dónde está Camilla? —preguntó Sherna.

—Ella y Rezi han salido. Estamos preocupadas por una de nuestras novicias —explicó la Madre Lauria—. Tememos que su esposo trate de atraparla mientras está fuera, de modo que han ido a buscarla.

Y entonces hubo que contarles a las tres la pelea contra el esposo de Keitha y sus mercenarios, que Keitha había trabajado de aprendiz con Marisela, y que más tarde se había convertido en su amante, todo por medio de una charla rapidísima y llena de recuerdos y alusiones que Magda apenas pudo seguir. También les contaron que Magda había luchado por la Casa y había sido herida... Ahora, observó Magda, sorprendida, ya no estaban enfadadas con ella por la indemnización, sino más bien orgullosas de que las hubiera defendido tan bien.

—Cloris, busca un par de botellas de buen vino de la bodega —ordenó la Madre Lauria—. Tenemos que brindar por el regreso de nuestras hermanas.

—Tenemos más cosas por las que brindar —dijo Rezi, entrando con Keitha y Camilla, todas muy pálidas—. Era una trampa, Madre, tal como pensabas. Oh, sí, había una mujer de parto, pero mientras Keitha se encontraba en la casa, alguien avisó a Shann Mac Shann. Le encontramos fuera, en la calle, preparado para apoderarse de Keitha en cuanto naciera el niño y hubiera concluido su trabajo.

Keitha estaba pálida pero parecía tranquila, aunque Magda advirtió que había estado llorando.

—Me hubiera entrado pánico si mis hermanas no hubieran estado allí. El caso es que le dije a Shann que prefería morir antes que volver con él y empuñé el cuchillo, aclarando que lo usaría contra mí misma o contra él, como él quisiera. Eso le puso furioso, y empezó a jurar y maldecir y a decirme que ya podía ir esperando a que me devolviera la dote, y yo le dije que la guardara para cuando los niños crecieran. No

creo que vuelva a molestarme. Al final dijo, como si pensara que con eso iba a hacerme regresar, que ahora había encontrado a una mujer que no se escaparía, así que si algún día yo llegaba a cambiar de idea... —esbozó una leve sonrisa—, sería demasiado tarde. Creo que se quedó de piedra cuando le deseé que fuera feliz con ella. No le dije cuánto lo sentía por la mujer, sea quien fuere.

Camilla abrazó a Keitha.

—Todas estamos orgullosas de ti, *breda*. Así que también podemos brindar por este final feliz. Y vaya sin tendrás algo importante que contarle a Marisela cuando vuelva —añadió con una sonrisa traviesa, y Keitha se sonrojó.

Trajeron y sirvieron el vino y todas bebieron, riéndose brindando.

—Así que estamos reunidas todas las que estuvimos en el refugio de viaje aquella noche, salvo Jaelle —dijo Sherna, acercándose para abrazar a Camilla y a Magda—. ¿Dónde está Shaya? ¿Ha salido con Rafaella de viaje? Pero ¿no dijo una de vosotras que había tomado un compañero libre? ¿Es verdad?

—¡Ah, Diosa! ¡Qué estúpida soy! —exclamó Rezi—. Jaelle estuvo aquí, preguntando por ti, Margali..., ¡fue hace horas! Pero como estabas encerrada con la Madre en su despacho y yo no podía interrumpir... ¡y después, con todo ese barullo con Keitha, se me olvidó del todo!

Magda se volvió hacia ella, y de repente aquella percepción que había logrado controlar durante todo el día estalló dentro de ella otra vez.

Algo anda muy mal. A Jaelle le ha ocurrido algo terrible...

No había ningún mensaje específico, sólo sabía, con un conocimiento más profundo que las palabras, que Jaelle la necesitaba, que tenía graves problemas y, sin embargo, cuando le había llegado el momento de entregarse a Jaelle, se había amurallado y se había negado a aceptar aquel conocimiento porque lo temía. Miró a Camilla, dolorida, sabiendo que las maravillosas defensas de ésta la habían mantenido ignorante de la situación de Jaelle.

Peligro. Peligro acechando a Jaelle desde todas direcciones. Roja sangre derramada sobre la arena. El sueño y el vínculo que habían compartido. Se había despertado en los brazos de Jaelle, su amiga la necesitaba, pero Magda había huido de ella, y ahora Jaelle se había ido, había escapado... Peter estaba muerto y Jaelle se había marchado...

Apenas si escuchaba su propia voz.

—¡Rápido, Rezi! ¡Cuéntame lo ocurrido!

—Shaya... vino a buscar su caballo, y alimentos para un viaje, y sus botas... le presté mis propias botas de montar. No sé qué pasaba con las tuyas. Había estado llorando, pero no quiso contarme lo que le ocurría, y se marchó a caballo. Fue antes de que empezara a llover.

Magda sintió un nudo en la garganta. No era culpa de Rezi. Ella debería haber sabido que Jaelle la necesitaba... ¡y estaba encerrada en el despacho de la Madre Lauria, discutiendo cosas que podrían haberse arreglado en un minuto, ocupada con

juegos diplomáticos! Pero eso tampoco era justo. Cholayna no tenía manera de saberlo. Miró a las mujeres que seguían bromeando y se reían y bebían con las recién llegadas de Nevarsin. Ellas también eran amigas de Jaelle; Camilla era su hermana de Juramento...

Espectadoras. Todas ellas eran espectadoras. Ninguna comprendía, Jaelle había cruzado alguna frontera invisible, así como la misma Magda siempre había sido una espectadora aquí. Hasta Camilla, había sido capaz de eliminarlo, de dejar fuera el problema de Jaelle, para que no le recordara su propia desdicha.

En silencio, consciente de que nadie le prestaría atención, se deslizó fuera del comedor y subió corriendo la escalera. Podría encontrar a Jaelle antes de que ésta se alejara demasiado de la ciudad. Sin perder tiempo, empaquetó unas medias gruesas, ropa interior de abrigo, sus pantalones y su túnica más gruesa, y cambió sus zapatos por las botas de montar. Volvió a bajar la escalera corriendo hasta la cocina, y se preparó en un paquete del duro pan de viaje que había en un barril, un poco de queso, carne fría, y una buena cantidad de fruta seca. Se dirigió con premura a los establos, y con igual rapidez ensilló su caballo. Era uno de los que había montado en las montañas durante el rescate de Peter Haldane, el mismo en que había viajado a combatir el incendio. Iba a quebrantar su juramento de reclusión, pero apenas si pensaba en eso.

Estaba a punto de montar cuando vio a Camilla de pie junto a la puerta del establo, observándola.

—No puedes ir, Margali —le dijo en voz baja—. Amor, no debes hacerlo. Eso sería quebrantar el juramento.

Magda dejó caer el pie del estribo. Se acercó a Camilla y le puso las manos sobre los hombros.

—Camilla, es una cuestión de honor —le explicó y, después, tragando saliva con esfuerzo, usó el arma que se había prometido no utilizar.

—Hicimos un juramento en las montañas, antes de que yo viniera a la Casa de Thendara —dijo, con voz temblorosa.

No lo habían hecho con palabras, pero ahora sabía que en el sentido más estricto, se habían comprometido por sus propias vidas cuando Jaelle yacía moribunda por la herida que le había infligido el bandido, y Magda había decidido abandonar su misión para que Jaelle viviera. Si se le comparaba con el vínculo que las unía, Peter Haldane nunca había existido para ninguna de las dos, sólo que hasta entonces Magda no lo había sabido.

Si hubiera sabido..., si hubiera sabido lo que Jaelle realmente significaba para mí, ella nunca se habría casado con Peter; sólo que yo no lo sabía. Fue Camilla quien me enseñó lo que Jaelle significaba para mí, que el amor entre hermanas significa más que cualquier hombre de este mundo.

—Somos bredhyini, Camilla. Te lo ruego... si me amas, Camilla..., déjame ir a buscarla...

El rostro de Camilla estaba pálido.

—Tendría que haberlo sabido. Por eso no quisiste hacer un juramento conmigo. Yo... —Exhaló un profundo suspiro—. No importa que hayamos sido amantes —dijo al cabo de un momento—. Lo importante es que siempre seremos amigas y hermanas. Es una cuestión de honor para ti... —vaciló un momento y dijo por fin—: Has jurado no salir de la Casa, salvo por orden de una de las Madres del Gremio. Yo soy una de las Mayores aquí, Margali. Puedo darte legalmente la orden de que vayas. —Estrechó a Magda entre sus brazos y la besó con ferocidad—. Jaelle es también mi hermana de juramento, y ha sido como una hija para mí, ve, Margali n'ha Ysabet, sin quebrantar tu Juramento. Yo lo arreglaré todo con la Madre Lauria.

—Oh, Camilla... Camilla..., cuánto te quiero...

Camilla volvió a besarla.

—Yo también te quiero —le dijo con voz dulce—, más de lo que imaginas. Ahora vete. Dale mi amor a Jaelle, y quiera la Diosa que salgas de esto sana y salva. No sé cuándo volveremos a vernos, querida. Que sea lo que la Diosa disponga, y que ella te acompañe.

Después Magda montó y pasó junto a Camilla cegada por las lágrimas, hasta ganar la calle empedrada. No sabía adonde iba. Sólo que iba a buscar a Jaelle, y que ambas habían sido inevitablemente llevadas hacia aquel mismo momento, desde aquella noche en el refugio de viaje en los Hellers.

No he quebrantado mi Juramento, Camilla me ha liberado. Sin embargo, sabía que hubiera quebrantado su Juramento sin vacilar y sin compunción, como si el Juramento fuera un par de zapatos viejos que le hubieran quedado pequeños.

Camilla no lo sabe, pero ya no estoy atada al Gremio, del mismo modo en que ya no soy sólo una terrana. He superado todas esas cosas. No sé lo que soy ahora. Tal vez, cuando encuentre a Jaelle, cuando la alcance donde quiera que esté, ella me lo diga.

Era terrana. Era Renunciante. Era darkovana. Se había convertido en amante de mujeres. Era *leronis*, pues sin duda lo que había estado combatiendo todo el día era *laran*. Y ahora debía utilizarlo para seguir a Jaelle. Pero ya no era sólo una de todas esas cosas. Toda su vida había creído que debía elegir entre ser terrana o darkovana, Magda o Margali, Agente de Inteligencia o Renunciante, amante de hombres o amante de mujeres, ciega mental o *leronis*, y ahora sabía que no podía considerarse como una cosa o la otra, sabía que era todas esas cosas, y que la suma de todas ellas era mucho más que una sola.

No sé quién o qué soy. Sólo sé que hago lo que debo hacer, ni más ni menos.

Traspuso las puertas de la ciudad sin mirar atrás.

Mientras caminaba por el largo corredor del ala del Personal Casado, Jaelle ni siquiera recordaba por qué aborrecía tantísimo la ebriedad. Sólo sabía que en aquel momento aborrecía a Peter. Bien, no tenía por qué volver, más que una única y breve vez. Cuando el matrimonio fuera formalmente disuelto —y ahora sabía que tenía que ser disuelto, que era tan ajeno a su vida como la Gran Casa de Jalak en Shainsa—, tal vez le permitieran vivir fuera de la base, como lo harían las técnicas médicas Renunciantes. Pero si insistían en que siguiera ocupando el lugar de Magda —como si pudiera hacerlo, como si una persona pudiera ser el duplicado exacto de otra, la sugerencia era una locura en sí—, tendrían que darle una habitación en el ala del Personal Soltero. Magda, después de todo, había vivido allí.

Llegó al nivel de la cafetería. Debería comer algo. La cafetería principal tenía algunos alimentos que ella conseguía comer, y lo único que encontraría más tarde serían los desabridos sintéticos de la pequeña cafetería de Comunicaciones. Recordó que Marisela les decía a las mujeres embarazadas, en la Casa, que tenían que comer, tuvieran o no hambre...; ya no eran dueñas de sus propios destinos, pues habían elegido el embarazo y estaban comprometidas durante todo un año con el bienestar del cuerpo del niño, incluso anteponiéndolo al suyo propio.

De modo que me he convertido en algo parecido a las concubinas de Jalak, sólo una yegua de cría destinada a producir la generación siguiente. No soy mejor que Rohana, a pesar de mi discurso sobre la libertad personal.

En las profundidades de su mente oía la voz de Kindra decirle que ni siquiera ser una Amazona eximía a una mujer de las emociones universales, pero con maligno autodesprecio, interrumpió el recuerdo.

Así que ahora debo entrar en esa nauseabunda cafetería y llenar mi asqueroso cuerpo de una comida que me disgusta, sólo porque mi desgraciado bebé, el bebé de Peter, al que de todos modos no deseo, le está gritando a mi cuerpo pidiéndole alimento...

Con frialdad despersionizó a la criatura, convirtiéndola en una cosa, no en la hija que Rohana le había dicho que tendría... *Bien, déjala gritar. Sigue gritando, bebé, nadie va a alimentarte.* Con decisión, se alejó de los nauseabundos olores de la cafetería. Al menos por un día, volvía a ser dueña de sí misma.

Arriba, en la oficina de Comunicaciones —pues debido a su lentitud exasperante, la Administración Imperial del Cuartel General todavía no había asignado al Personal de Inteligencia un nuevo espacio en la división de Cholayna—, encontró a Bethany, que se veía floreciente y contenta.

—Así, pues, no es festivo hoy, ¿verdad? Ayer hubo no sé qué inmensa fiesta darkovana, recuerdo —dijo—, y me contaron que la mitad del personal de Montray fue invitado a una gran fiesta al otro lado de la ciudad. De hecho, en el Castillo Comyn, ¿verdad?

Parecía impresionada, y Jaelle sintió deseos de gritarle: los del Comyn no son sobrehumanos, sino simples mortales comunes demasiado conscientes de su propia condenada importancia. Sin embargo, después de todo, Bethany no era responsable de su malhumor.

—Es una verdadera pena que no hayas ido tú en mi lugar —se limitó a decir—. Eres más bonita, y probablemente bailas tan bien como yo, y lo hubieras pasado bien. Los Festivales no me gustan.

Bethany se echó a reír.

—Pero en ese caso, Peter hubiera tenido algo que decir, ¿no te parece? De todos modos, anoche me fui a la cama a una hora decente, y por las caras largas que veo en todo el departamento, me parece que muchos de vosotros habéis estado bailando hasta la madrugada. Algunas ventajas tiene el estar en lo más bajo de la escala jerárquica... ¿nunca te dan una Orden Real, y no tienes que quedarte despierta toda la noche! Pero de veras, Jaelle, tienes aspecto de algo que ni el gato se molestaría en buscar... ¿puedo ofrecerte un poco de café?

Jaelle le dio las gracias pero no lo aceptó. No sabía qué era lo que necesitaba, pero desde luego no era café, ese lujo terrano que no le agradaba demasiado.

—Tal vez deberías ir a Médica y pedir la baja —le dijo Bethany, solícita—. Después de todo, estrictamente hablando, has trabajado toda la noche y deberían considerarlo horas extra.

A Jaelle le pareció que era, en cierta forma, verdad: no había ido al Castillo Comyn para divertirse. Pero negó con la cabeza —lo último que quería era que algún médico le diera una conferencia acerca de su responsabilidad con respecto al bebé—, y ocupó su sitio en el escritorio que antaño había sido el de Magda y que ahora era el suyo, hasta que pudiera librarse de esa responsabilidad, y contempló sin entusiasmo las inconclusas cintas idiomáticas.

Sigo teniendo la sensación de que debería estar haciendo algo más importante que esto. Pero no sé qué.

Trabajó sin interrupción durante más de una hora hasta que Monty irrumpió súbitamente, maldiciendo.

—¿Dónde diablos está Cholayna? No está en Inteligencia y no la encuentro por ningún sitio.

—Quizás haya pedido la baja —dijo Bethany—. ¿No fue anoche al Castillo Comyn?

Monty hizo una mueca de malhumor.

—Sí que fue y, por desgracia, también fue el viejo. Mi padre dijo que escuchar esa música bárbara hasta la madrugada no era *su* idea de la diversión y que, de todos modos, no le pagaban para *eso*. ¿Podrías preguntar en Médica si pidió el día libre, Bethany?

Sutilmente, tal como Magda lo hubiera percibido, Jaelle recorrió aquel pequeño detalle protocolario. Ahora que sabía lo importante que era Jaelle, Monty no le

pediría que hiciera tareas de rutina como ésta, en tanto que Bethany, cuyo trabajo era cumplir con los recados de rutina que los empleados más encumbrados no tenían tiempo de hacer, podía ser interrumpida en cualquier momento. Había observado que los empleados terranos se esforzaban por lograr un cargo en el que fueran algo más que pequeños recaderos de los demás. Luchaban con celo por conseguir esos signos de estatus. Pero también aceptaban las tareas menos importantes como parte de las condiciones de su trabajo. Magda estaba orgullosa de no encontrarse dentro de la mayor oficina centralizada, a la que llamaba «el manicomio»; no era un punto de vista que Jaelle compartiera...; si tenía que trabajar en una oficina, prefería estar con otras mujeres y no aislada en un solitario esplendor entre los hombres de mayor jerarquía. Empezaba a tener alguna ligera idea de la estructura jerárquica sociocultural de los terranos y le parecía tonta, pero también era lo bastante inteligente como para saber que una estructuración social raras veces era racional. Sin ir más lejos, anoche había tenido que explicar cuestiones protocolarias simples y se había reído, al menos para sus adentros, de Montray padre porque no entendía por qué un hombre, que otrora había sido su empleado, Carr, no podía ser abordado de manera informal sin crear algo así como un incidente diplomático.

Bethany utilizaba el equipo de Comunicaciones que correspondía a su empleo y parecía ser una cuestión de etiqueta terrana dejar de utilizarlo cuando se ascendía en la jerarquía de cargos. Finalmente la joven levantó la cabeza y dijo:

—No está en Médica, Monty, y le llamaron por megafonía a sus habitaciones, por si se había tomado el día libre pero dispuesta a ser interrumpida, si se lo computaban como trabajo extra. Me pasaron un mensaje según el cual había ido a la Ciudad Vieja y que seguramente estaría en la Casa del Gremio de Renunciantes.

Monty pegó un puñetazo sobre el escritorio, maldiciendo.

—¿Hay alguna manera de comunicarse con ella allí?

—No lo creo —dijo Jaelle.

Ahora, pensó, con la extraña sensación de haber sido despojada, ni siquiera puedo refugiarme en la Casa del Gremio. Hasta allí hay terranas, ya que Magda y Cholayna han sido aceptadas allí.

—Me envían a hacer trabajo de campo, y necesito informes de Inteligencia —explicó Monty con brevedad—. Lord Aldarán, en los Hellers, cerca de Caer Donn..., allí solía estar el antiguo puerto espacial, antes que lo trasladaran aquí a Thendara...

—Sé perfectamente dónde están los Hellers —dijo Bethany con acritud—. Tanto Magda como Haldane crecieron allí, ¿verdad?

—Haldane podría ayudarme con esto... —empezó a decir Monty.

—Yo ni se lo pediría —interrumpió Jaelle, irónica—. Está en nuestra habitación, durmiendo la mona.

Monty reflexionó durante un minuto.

—Oí decir que él y el Viejo tuvieron una discusión terrible anoche, y que Peter se fue a armar barullo a la ciudad. Así que volvió borracho, ¿no? ¡Bastardo afortunado,

a mí también me hubiera gustado hacerlo!

—¿Cuál es tu problema, Monty?

—Salir a hacer trabajo de campo. Te conté algo al respecto... ¿O se lo conté a Magda? Quiero estar seguro de que no me enemistaré con ellos y... —esbozó una sonrisa despectiva— no puedo permitirme darles la impresión de ser un afeminado. Necesito saber exactamente cómo vestirme y qué debo hacer... y qué *no* debo hacer en determinadas circunstancias. Magda empezó a explicarme, pero... —se encogió de hombros.

Por un momento, la mente de Jelle quedó invadida por la escena de Magda y Monty en el cuarto de él...

... ¿Por qué de repente capto todo esto? ¿Por qué no puedo eliminarlo como siempre he hecho?

Magda, poniéndole en la cintura su cuchillo de Amazona, mostrándole como moverse... Luchó por aislarse de lo que captaba en la mente de Monty, incluida una sobrecogedora excitación sexual de Magda que la colmaba, sin razón, de una asombrosa furia.

¿Por qué de repente odio a Monty por haberse acostado con Magda? Magda/Margali no es mi amante...

Tratando de ser justa a pesar de la fortísima oleada de resentimiento que la descomponía, incluso físicamente, dijo:

—Por supuesto que puedo ayudarte, Monty. Subamos a Inteligencia y cuéntame tu misión en Aldarán, a menos que sea realmente una misión secreta.

—En absoluto. Al contrario, cuando Aleki se enteró, se deshizo en sonrisas; le dijo al Viejo que él mismo se ocuparía personalmente del asunto como Representante del Senado... ¡y, como puedes imaginarte, eso al Viejo le encantó! —Su voz sonaba irónica—. Por una vez, Darkover es predecible... o al menos así le pareció. Algún pez gordo de Caer Donn..., tendría que buscar los detalles, pero se llama... Aldarán de Aldarán y Sea... —se le contorsionó el rostro por el esfuerzo de pronunciarlo y se interrumpió.

Jelle captó el nombre en su mente.

—Aldarán de Aldarán y Scathfell —dijo—. El antiguo Séptimo Dominio del Comyn, pero ya no pertenecen al Comyn.

—¿Están en guerra contra el Comyn?

—Oh, no. Están demasiado lejos para que una guerra tuviera algún sentido. Pero antaño eran el Séptimo Dominio, y se separaron.

—Por lo que veo, desde el punto de vista geográfico, tiene sentido —dijo Monty mientras entraban en Inteligencia, mirando el mapa que pendía de la pared. Por lo visto, era obra de Cholayna. Jelle no lo había visto antes—. Pero entonces, ¿por qué no se separó también Ardais del Comyn? En apariencia, en el aspecto geográfico, el país quedaría dividido entre los Dominios de las Tierras Bajas... —señaló—, los Aillard y los Elhalyn, Ardais y Aldarán en los Hellers, y los Alton y los Hastur en las

Kilghard Hills, con los Ridenow a mitad de camino de las Ciudades Secas...

—Lo que me pides es la respuesta a un acertijo que nadie ha sido capaz de descifrar —soltó Jaelle con sequedad—, y sin embargo, Aldarán está exiliado del Comyn... ¿por algún antiguo crimen, quizá? Nadie lo sabe a ciencia cierta, y en cambio los Ardais siempre han sido fieles al Comyn, aunque una vez, me dijeron, los Aldarán de Scathfell combatieron para adueñarse también de Ardais.

—Por supuesto no espero asimilar mil años de la historia de los Dominios en un solo día —dijo Monty—. De todos modos, los Aldarán han presentado una solicitud formal al Imperio para recibir auxilio tecnológico y asistencia: personal médico y..., aquí es donde yo entro, también helicópteros y hombres para pilotarlos. Parece ser que los aeroplanos convencionales resultan inútiles en los Hellers, como recordarás por el episodio aquél, en el Castillo Comyn, cuando nos llamaron para hablar del aeroplano de Cartografía y Exploración que se estrelló. En realidad ni siquiera son seguros en las Kilghard Hills. Por supuesto, lo que en Darkover llaman «colinas» serían montañas bastante formidables en cualquier otro planeta. Pero los helicópteros, y demás aeronaves que despegan y aterrizan verticalmente, podrían utilizarse a pesar de las condiciones térmicas reinantes en los Hellers y sus alrededores. De modo que me envían a hacer un estudio de viabilidad. Por supuesto, sólo estoy a cargo del protocolo y del enlace. Zeb Scott se ocupará de las aeronaves. ¡Y por eso necesito un informe actualizado de Inteligencia...! ¡Maldita sea Cholayna por tomarse justamente este día de permiso!

—También Cholayna tiene derecho a un descanso —dijo Jaelle con tanta ferocidad que Monty se asustó.

—Sí, por supuesto, para mí es un maldito inconveniente, eso es todo —dijo—. Pero tal vez tú puedas ayudarme, conseguirme un equipo, decirme cómo arreglar el transporte. Enviarán la aeronave para transportar la carga, por supuesto, pero nosotros tendremos que trasladarnos a pie por las montañas. Cholayna me dijo una vez que te ocupabas de escoltar caravanas.

—Sí, con mi socia, una Amazona —dijo Jaelle con suavidad—. Prefiero enviar un mensaje a la Casa del Gremio y mi socia Rafaella podrá encargarse del transporte.

Y de repente supo cuál era la respuesta a aquel condenado asunto: Peter no podía impedirle que hiciera el trabajo por el que había sido contratada en la Zona Terrana. Se asignaría a esta misión..., tenía suficiente autoridad para hacerlo, y les guiaría por los Hellers hasta Aldarán. Y eso la libraría de la presencia de Peter, que tanto la había irritado en estos últimos días, y cuando regresara —difícilmente sería antes del otoño— podría pedir el divorcio terrano con toda tranquilidad.

Buscó papel y lápiz, garrapateó una nota para Rafaella, y la envió de inmediato a la Casa del Gremio.

—Es probable que Rafi esté todavía durmiendo. Anoche hubo fiesta e imagino que Rafaella bailarí­a hasta la madrugada. Pero en cuanto despierte, esto la hará venir y empezará a reunir personal y caballos, guías y animales de carga. ¿Cuántos

hombres de escolta quieres?

Monty le dio los detalles. Jaelle se dio cuenta, vagamente, que estaba asombrado ante su eficiencia. Nunca antes la había visto trabajando en este tema. Hablaron de los días de viaje, de las raciones diarias por hombre, del mejor proveedor de ropa de viaje, que ella insistió, debía ser de cuero y piel natural y no del material sintético terrano, y él consiguió órdenes de compra para los suministros necesarios. Había que elegir hombres para la misión. Monty tenía acceso a los registros de Personal y sabía cuáles de los hombres disponibles procedían de planetas fríos, montañosos y poco hospitalarios. Ésos serían los que tolerarían mejor el peor terreno y el peor clima de todo Darkover.

A ella el trabajo le resultaba tan familiar que cuando hubo terminado de hacer las listas preliminares y concertado una entrevista entre Monty y Rafaella para el mediodía, se le pasó el malhumor. Controló con cuidado la ropa de Monty, y fue hasta su habitación a por las bolsitas de especias perfumadas que había frotado contra su vestido la noche anterior: después, indecisa, se preguntó si los perfumes y hierbas que había usado no serían inadecuados para las ropas de un hombre. Fue a oler la ropa que Peter, borracho, se había quitado y que había arrojado al suelo al entrar. No, el olor era diferente... o al menos eso le parecía, por lo que podía percibir a pesar del terrible olor a whisky.

—¡Jaelle! —exclamó Peter detrás de ella, con tono de disculpa—. Amor, no es necesario que te ocupes de esas cosas, no eres mi criada. De todos modos, en el estado en que están, no hay nada que hacer sino echarlas al desintegrador. Ni siquiera vale la pena lavarlas.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Las haré limpiar en la Ciudad Vieja. Parecerán más auténticas cuando vuelvas a salir. Por eso estoy aquí... Monty sale de misión... aeroplanos para Aldarán o algo por el estilo.

—¡Maldición! Por supuesto, por ser el hijo del Viejo, siempre le dan las mejores misiones —gruñó Peter.

—Si de verdad crees que ha querido robarte la misión, estás muy equivocado —replicó ella con lentitud—, aunque hay otras misiones que te darían más prestigio que ésta. Monty te estaría agradecido si le ayudaras a chequear su aspecto... Por lo visto, Cholayna se ha tomado el día libre —añadió con ingenio, y de inmediato, él volvió a ser el Peter terrano, ansioso de aprovechar la menor ventaja.

—Está bien, iré a controlar su equipo. Probablemente tendrá que pedir botas apropiadas. —Se volvió para marcharse, y añadió—: Nos vemos para almorzar, ¿te parece, Jaelle?

Se acercó y la besó, y a ella casi se le derritió el corazón. Le quería tanto. Tal vez lo único que necesitaban era tiempo; tiempo para adaptarse, para crecer juntos...

—En la cafetería principal —especificó Jaelle—. No consigo comer ninguno de los sintéticos que sirven arriba.

Él asintió y le dio unas palmaditas en el vientre.

—¿A Júnior no le gustan los sintéticos? Está bien: sólo lo mejor para mi hijo.

—Peter, Rohana me dijo que era una niña...

—No seas tonta, cariño. Ni siquiera los médicos terranos podrían estar completamente seguros... no llevas todavía ni dos meses de embarazo. Esperaremos la comprobación científica, ¿te parece? Si te apetece pensar que es una hija, de acuerdo, cariño... tienes un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar, después de todo... ¡Pero yo sigo apostando por Peter Júnior! De todos modos, te veré al mediodía en la cafetería principal.

Volvió a besarla echando el vistazo de rigor al reloj, y se marchó.

Jaelle aplacó su furia y bajó a hablar con la gente de suministros acerca de los caballos necesarios para el viaje. Los empleados querían darles camiones para transportar el equipo pesado por las llanuras, pero ella señaló que no había carreteras en condiciones y que los días pasados en la silla antes de subir las montañas serían importantes para acostumbrar a los hombres a las alturas de los Hellers.

—¿No saben que sufrirán el mal de altura si pasan bruscamente a mayores altitudes?

—Podemos apañarnos con el mal de altura, tenemos drogas para combatirlo —dijo el funcionario de Transportes.

Jaelle insistió, con voz calmada:

—Es mejor que no dependan de esas drogas, ya que estarán en medio del campo, lejos de aquí, de este... —vaciló, buscando la palabra adecuada y, para su sorpresa, la encontró sin querer en la mente del hombre— estilo de asistencia médica.

—Desde luego, tiene razón, señora Haldane. Por lo que dijo Monty, tengo entendido que vendrá a las montañas con nosotros... ¿Conoce los Hellers?

—Lady Rohana Ardais es pariente mía y a menudo la he visitado en sus tierras de Ardais. Además, mi socia y yo hemos escoltado varias veces expediciones a los Hellers. No hay senda de los Hellers que Rafaella no conozca.

—Desde luego nos vendrá bien alguien así.

—¿No le molestará trabajar con una mujer?

—Mire, señora Haldane —dijo, con tanta seriedad que por una vez, ella no protestó porque le llamaran así—, cuando tengo que trabajar con alguien, me importa un rábano si es un hombre, una mujer o un delfín, siempre y cuando sepa hacer su trabajo. He trabajado en suficientes planetas como para no rechazar cerebros, sea cual fuere el cuerpo en el que vengan envasados. No he visto a muchas mujeres aquí, pero tengo entendido que el Jefe de Inteligencia es una mujer, y en la División oí rumores de que habían enviado a una mujer porque en la oficina del Coordinador había una que prácticamente había organizado toda la estructura de Inteligencia ella sola, con su trabajo de campo... Sabe quién era Magdalen Lorne, ¿verdad? Quiero decir, me imagino que Haldane se lo habrá dicho, puesto que antes estaba casado con ella. ¿O he dicho algo inconveniente?

—No —respondió ella—. Conozco el trabajo de Magda.

Una vez más se preguntó si por culpa de Peter no habría juzgado mal a los terranos. Después de todo, habían traído aquí a Cholayna, y habían sido lo bastante astutos para advertir que las Renunciantes serían las más indicadas para empezar a trabajar con ellos y reunir a ambos mundos.

Tal vez no sea el terrario que hay en Peter el que me disguste; tal vez sea su faceta darkovana que insiste en que no debo ser más que su esposa y la madre de sus hijos... Otros terranos no son así. Y si Cholayna está en lo cierto, inconscientemente debo de ser una niña de las Ciudades Secas y deseo pertenecer a un hombre, que me considere de su propiedad...

La idea era tan inquietante que se apresuraba en descartarla cuando el altavoz de Comunicaciones les interrumpió:

—Para la señora Haldane, un mensaje personal: una mujer darkovana en las puertas.

Jaelle se acercó y oyó la voz de Rafaella por el altavoz.

—Me han dicho que tengo que ayudarte a preparar una expedición para estos terranos —dijo, y Jaelle se dirigió, aliviada, al funcionario de Transportes.

—Venga conmigo y le presentaré a Rafaella n'ha Doria —le dijo, y ambos se dirigieron hacia las puertas.

Al cabo de pocos minutos se dio cuenta de que al funcionario de Transportes le gustaba Rafaella y que prestaría atención a sus opiniones; de modo que les consiguió un mapa, firmó el pedido de suministros de Monty y fue a reunirse con Peter en la cafetería.

Éste se mostró amable y solícito, buscándole los alimentos que sabía que ella prefería, pero la mente de Jaelle estaba en otra parte, y después de unos cuantos bocados, dejó el tenedor y le dijo lo que había tenido en mente durante toda la mañana.

—Peter, lamento haber estado dura anoche. Pero es verdad y debemos admitirlo. Nuestro matrimonio fue un terrible error. Es hora de concluirlo, de disolverlo por los medios que te parezcan adecuados y acabar con él.

El rostro de Peter mostró una expresión de pesar.

—Oh, Jaelle, estaba borracho. ¿No puedes perdonarme? En todos los matrimonios hay que hacer concesiones... Ahora que hay un bebé en camino, ¿te parece el momento de tomar esa decisión?

—Creo que es mejor momento para tomar esta decisión, porque todo cambiará en mi vida, así que también es el momento adecuado para este cambio.

—¿Y yo no tengo nada que decir al respecto? También es mi hijo...

—Hija —corrigió ella automáticamente, y se preguntó cuándo había empezado a creerlo.

Peter jugueteaba nerviosamente con su tenedor, y acabó por enterrarlo en un montón de puré hecho de alguna raíz blanca.

—Mira, admito que los dos hemos cometido errores..., errores serios. Pero si intentas decirme qué es lo que te molesta, trataré de cambiar. Jaelle, está mal que nos separemos ahora. Entre otras cosas, el niño necesitará un padre. Y quiero que tenga todas las ventajas de una educación terrana...

—Seguro que eso se podrá arreglar sin tener que seguir viviendo juntos —dijo ella, sin mirarle. ¿Qué había pasado con todo el amor?

—Es una cerdada hacerme eso —exclamó él, furioso—. No creí que fueras de esa clase de personas. Utilizarme para conseguir tu ciudadanía del Imperio, la tuya y la del niño, y después abandonarme...

Jaelle se levantó de un salto, con ojos centelleantes, conteniéndose para no arrojarle a la cara el cuenco de sopa.

—Si puedes creer eso de mí, entonces ni siquiera hay razones para que intentemos aclarar las cosas...

—Oh, por Dios, Jaelle, no quise decir eso...

Se incorporó y se estiró por encima de la mesa para tomarle la mano.

Jaelle se desasíó con furia.

—Jaelle, perdóname. Intentémoslo de nuevo. ¿Recuerdas todo lo que ocurrió en Ardais y qué felices fuimos?

Ella no quería recordar y sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Peter volvió a tomarle las manos.

—Por favor, Jaelle, cariño, no llores. No aquí, la gente pensará que te he estado maltratando...

—Si te importa mucho lo que ellos puedan pensar... —empezó Jaelle, pero se interrumpió. Al menos le debía esto, terminar con el asunto decentemente, en privado. Suspiró y se volvió para seguirle fuera de la cafetería. Pero el altavoz del intercom les interrumpió:

—Peter Haldane, Peter Haldane. Señora Haldane, señora Haldane. Por favor, preséntense de inmediato en la oficina del Coordinador. Por favor, deben presentarse de inmediato en la oficina del Coordinador.

Peter soltó una maldición.

—Me pregunto qué querrá ahora el viejo bastardo... ¡Por el amor de Dios, Jaelle, respáldame ahora, no le permitas que se apodere también de mí! —suplicó.

Ella no lo comprendía del todo, pero captó en la mente de Peter: *que no piense que puedo irme, que no crea que nada me ata ya a Darkover.*

Jaelle suspiró y dijo:

—No tomaré ninguna decisión hasta que estemos de acuerdo, si a eso te refieres —y permitió que él le tomara la mano y la llevara del brazo.

—Nunca estaré de acuerdo en dejarte ir —le dijo con suavidad. Había en su voz algo similar a la antigua ternura. Pero Jaelle sabía que debajo de aquel tono tierno, él en realidad pensaba en las consecuencias para su carrera, y volvió a endurecer su corazón. Juntos, pero internamente tan distantes como si estuvieran en plantas

diferentes, se dirigieron hacia la oficina del Coordinador Montray.

Por la enorme cristalera de la oficina, Jaelle vio que había muchas nubes densas encima del desfiladero. Antes del anochecer, toda la ciudad estaría envuelta por ellas y tal vez los pasos quedarán intransitables. Montray estaba allí de pie, observando la tormenta, y una vez más, como un relámpago, Jaelle captó la escena que había en su mente, un sol deslumbrante, un mundo de aguas y arco iris brillantes, y el dolor que él nunca demostraba porque de nada le serviría, varado como estaba en este mundo oscuro y helado en el que...

—A mí no me parece que estemos a mediados del verano —dijo en tono sombrío, sin volverse—. Dime, Haldane, tú que has vivido toda tu vida en este planeta... ¿alguna vez existe aquí algo que se parezca aunque sea de lejos al verano?

—Entiendo que es mucho más cálido en las Ciudades Secas y también en la costa del mar —manifestó Peter—, pero casi nadie vive allí.

—Nunca comprenderé a la Central —intervino Montray, y Jaelle captó el pensamiento: *enviarme aquí*, y deseó poder consolarle de alguna manera, pero lo único que él dijo en voz alta fue—: Podríamos haber construido el puerto espacial allí, y ni siquiera habríamos interferido con los nativos, lo que nos hubiera convenido, tanto a *nosotros* como a *ellos*, y todos nos hubiésemos sentido satisfechos. Sólo que primero nos mandaron a un lugar como Caer Donn, y después nos trasladaron aquí... Jaelle, ¿hay en este planeta algún proverbio que signifique lo mismo que cuando decimos *salir de la sartén para meterse en las llamas*?

En su mente captó que Magda solía jugar ese juego con él, y que extrañaba a la joven, aunque jamás lo diría o lo reconocería.

—Nosotros diríamos —respondió Jaelle con amabilidad— *la presa se va sola de la trampa a la cacerola*.

Por primera y última vez en su vida, casi llegó a gustarle Russell Montray. Se preguntó si todos en este mundo, o en cualquier otro, cubrían su desesperada tristeza con sus propias defensas, crueldad, malhumor y una helada negativa a comunicarse...

¿Estamos todos aislados de esa manera? ¿No habrá manera de romper esas defensas? Peter y yo creímos haber encontrado el modo, pero sólo fue una pretensión.

Se sintió tan triste que le entraron ganas de llorar, por ella, por Peter, incluso por Montray, que odiaba el mundo en el que vivía y el aire que respiraba, y lo encubría mostrándose odioso. Pero ella también hacía lo mismo: quería llorar, y allí estaba, encubriendo sus verdaderos sentimientos con el sentido del deber, porque llorar era algo que no se hacía en oficinas como ésta. Así que dijo, anticipándose apenas a Peter:

—Supongo que no nos pidió que viniéramos sólo para hablar de proverbios, señor Montray. Estábamos almorzando —y de repente, antes de que él pudiera responder,

antes de que ella mirara hacia la zona más oscura de la habitación, supo por qué Montray la había llamado, y se volvió para decir con voz helada a Rohana:

—Señora... —y le hizo una reverencia.

Pero se puso tensa.

Ha venido para pedirme otra vez que haga lo que no quiero.

Jaelle, ningún ser humano puede hacer tan sólo lo que quiere.

Leía los pensamientos de Rohana como si ésta le hablara en voz alta.

A mí me hubiera gustado pasarme la vida en una Torre. Tú hubieras preferido ser tan sólo una Amazona Libre. ¿Pero tú crees que eso sólo les ocurre a las mujeres? Gabriel hubiera preferido pasarse la vida componiendo canciones con el laúd. Y tú sabes mejor que yo lo que Peter desea y no puede tener, y lo que preferiría tener este otro hombre, Montray...

¿Esto es lo que significa tener laran, conocer tan bien lo que todos los demás desean, sin tener siquiera para los propios pensamientos y deseos?

Jaelle cortó esa percepción, con un esfuerzo que la dejó pálida. Montray estaba presentando a lady Rohana.

Rohana extendió la mano y dijo:

—Pero Jaelle es mi parienta, Montray, la hija de una prima que fue criada conmigo como hermana, y por supuesto, he visto muchas veces a su compañero libre. Fue mi huésped el invierno pasado. —Luego hizo algunas preguntas corteses acerca de la salud y el trabajo de Peter.

—Al menos no tengo que estar fuera con la tormenta que se avecina —dijo Peter, mirando por la ventana—. No envidio para nada a Monty, que tiene que salir hacia Aldarán con ese tiempo.

—¿Tormenta? Yo no veo ninguna condenada tormenta —dijo Montray con tono truculento—. Oscuro y sombrío, nada que ver con un Solsticio de Verano, o al menos con lo que yo llamaría Solsticio de Verano en cualquier mundo semihumano... Sin intención de ofender, lady Rohana, pero ¿de verdad le gusta este tipo de clima? Supongo que sí...

—No necesariamente —dijo Rohana, con una sonrisa—. Hay una vieja historia que dice que una vez, los Dioses dieron a los hombres el control del clima, pero tontamente ellos sólo pidieron días de sol, y las cosechas fueron un desastre, porque no había lluvia ni nieve. De modo que un Dios piadoso volvió a hacerse cargo del clima...

—En la mayoría de los planetas civilizados —dijo Montray secamente—, nosotros tenemos el control del clima. Esa historia me suena condenadamente simplista. ¿No tienen más heladas, inundaciones y nevadas de las que en realidad necesitan?, ¿y no sería una bendición que pudieran tener la clase de clima necesario para lograr cosechas óptimas, para beneficio de todo el pueblo?

Rohana se encogió de hombros.

—Sería difícil saber a quién se podría confiar la tarea de arbitrar el clima, aunque

estoy segura de que se habrán enterado del trabajo que cumplió la gente de una de las Torres durante el último incendio forestal: hicieron llover cuando más falta hacía. Y ésa es una de las razones por las que he venido. Estoy segura de que ya saben, porque Peter se lo habrá dicho, que tienen aquí empleada a una joven que es potencialmente material de Torre: Jaelle...

Ésta giró en redondo, sintiéndose atrapada y traicionada.

—Rohana —exclamó, casi escupiendo las palabras, con furia—, ya hablamos de todo esto incluso antes de que yo viniera aquí. No tengo *laran*...

—Mírame a los ojos y repítelo, Jaelle —dijo Rohana, con mucha suavidad.

Así es: durante estos últimos días, el laran que reprimí tan bien durante muchos años... ¿por qué ha vuelto de repente a caer sobre mí?

—Es mi vida, y yo he renunciado a eso. ¿Cómo te atreves a venir aquí, Rohana, entre los terranos, a decirme esto?

—Porque no tengo opción, Jaelle. Te expliqué por qué es tan necesario que ocupes el lugar que te corresponde en el Comyn y en el Concejo... y he venido aquí porque no quiero que digas que tu esposo y los terranos que, según creo, tienen algún derecho a tus servicios, no te permiten cumplir con tu obligación para con tus parientes y los Dominios.

¿Jaelle? ¿Un sitio en el Concejo?

Inmediatamente se dio cuenta de que Peter estaba pensando cómo podría usar la situación en beneficio propio.

Y ni siquiera es un secreto ahora: mi esposa en el Concejo del Comyn, y ni siquiera hará falta trabajo de Inteligencia, ya que Rohana ha venido aquí y lo ha dicho abiertamente.

Jaelle ya no podía leer los pensamientos de Montray; tal vez para ello era necesario algún momento de intimidad y simpatía, como el que habían compartido antes, pero ya no.

—No sé mucho del Concejo, lady Rohana —dijo Montray—, pero sé que ha sido bastante reacio a nuestra presencia aquí, en Thendara...

—Su presencia aquí, en Thendara, señor Montray, es un hecho, y no tiene sentido rebelarse contra los hechos. Lo que sí podemos decidir es en qué manera podemos lograr que esos hechos sean menos traumáticos para todos. Admito que hay en el Concejo algunos que preferirían que Jaelle no fuera Amazona Libre ni tampoco la esposa de un terrano, pero éstos también son hechos, y deben ser aceptados y tenidos en cuenta. A lo mejor sólo vine aquí para asegurarme de que nadie impide a Jaelle cumplir con su deber en cuanto a este asunto...

—Ni siquiera se nos ocurriría... —dijo Montray con suavidad—. No es asunto mío, por supuesto, lo que ella haga con su vida, pero, desde luego, si lo que necesita es tiempo libre para ocupar su lugar en el Concejo...

—¡Esto es ridículo! —exclamó Jaelle, furiosa—. ¿Por qué haces esto, Rohana, y qué puede tener que ver con los terranos?

—Como dije, la presencia de los terranos es un hecho, y si alguien que normalmente debería ocupar su lugar en el Concejo utiliza su trabajo con los terranos como excusa para no cumplir con su deber...

—De una vez por todas, yo renuncié...

Rohana la interrumpió con un gesto, pero después suspiró, con aspecto de cansancio.

—Tú y Magda habéis hablado conmigo de la posibilidad de construir un puente entre los dos mundos, y hacerlo poniendo a mujeres darkovanas, Renunciantes, en el Cuartel General terrano, en calidad de técnicas médicas, para llevar la medicina terrana, que es excelente, a la vida de nuestra ciudad. ¿Acaso no sería una manera mejor de construir este puente entre los dos mundos, si tú ocuparas tu lugar en el Concejo, ahora que conoces las costumbres terranas por haberte casado con un terrano? Después de todo, no eres la primera... —esbozó una sonrisa— pero, por supuesto, se supone que no lo sabes...

—Un momento —dijo Montray—. Otro terrano..., no tenemos ningún registro de un matrimonio terrano...

—Andrew Carr —explicó Rohana—, su hombre desaparecido. Se casó con lady Calista Lanart, que fue antes Calista de Arilinn. Me lo dijo Damon Ridenow, Regente de Alton. No es imposible que algún día lady Calista ocupe un sitio en el Concejo. Y es seguro que alguno de los hijos y los nietos de este hombre, Carr, lo harán algún día.

—Un minuto —dijo Peter—. Es verdad que no sé gran cosa acerca del Concejo. Pero una de las cosas que me pareció entender es que las mujeres no ocupan habitualmente ningún lugar en él.

—Así es, salvo en el clan Aillard, donde la línea hereditaria es femenina: un hombre que se case con una mujer del clan Aillard sabe que sus hijas, no sus hijos, le sucederán, y que a veces lo harán con el apellido de su madre, no con el suyo. Pero hay otras ocasiones en que las mujeres ocupan un lugar en el Concejo. Varias Celadoras lo han hecho: la Dama de Arilinn tiene un puesto por derecho propio, aunque Leonie de Arilinn no siempre se presenta. Yo misma, como Regente de Gabriel, ocupé un puesto en el Concejo, hasta que mi hijo Kyril fue declarado mayor de edad. Una vez durante un período de diez años, lady Bruna Leymer ocupó un puesto en el Concejo en nombre de los Alton hasta que el heredero de Alton llegó a la madurez; su padre murió pocos meses antes de que él naciera, y ella, la hermana de su padre, fue considerada una Regente más adecuada que la madre del niño, ya que era muy joven y prefería permanecer con su hijo. —Se encogió de hombros—. Les aseguro que no sólo queremos ofrecer un puesto a Jelle, sino que la necesitamos. Cuando lleguen a considerarlo con claridad, verán que no es malo que una Renunciante esté en el Concejo por algún tiempo, como portavoz de las mujeres de Darkover. Algunos señorones se horrorizarán, pero no está mal que salgan de su complacencia. Con frecuencia el cambio es deseable, y necesario, y siempre

inevitable, de modo que sólo podemos considerar qué cambios son los mejores para nuestro mundo, y decidir con qué ritmo deben producirse. Y sobre este tema, siempre habrá muchas opiniones diferentes.

Montray había abierto la boca varias veces mientras ella hablaba y había vuelto a cerrarla, porque no había querido interrumpirla. Jaelle pensó, sin acentuar demasiado la idea, que era la primera vez que le veía decidir no ser grosero.

—¿Hace mucho que sabían lo de este hombre, Carr? —preguntó Montray—. Yo quise hablar con él durante el Solsticio de Verano, y me lo impidieron...

—Yo no lo impedí.

—No —dijo Montray, dirigiendo a Peter una mirada furiosa—, fue mi propia gente la que lo hizo. Les pido disculpas, señoras —dijo, y se inclinó para pulsar un botón sobre su escritorio.

—Beth, averíguame si Monty ya se ha marchado. Y dile que venga y traiga... dile que venga... inmediatamente, ¿me oyes?

—Creo que ya se ha ido —contestó Bethany por el intercom—, pero lo averiguaré, señor.

—Si se ha marchado, busca a su Excelencia Li y dile que venga a mi oficina, por la ruta más diplomática posible, ¿me oyes?

—Enseguida, señor.

Al cabo de un rato, se oyó la voz de Beth por el intercom.

—El señor Wade Montray ya se ha marchado, los hombres de la Fuerza Espacial lo dejaron salir hace más de dos horas.

En cuanto termine me reuniré con él, pensó Jaelle.

—No fue buena idea —dijo Peter— dejarle salir con este tiempo, pero lleva buena gente y muchas tiendas, comida y todo eso. Los de la división meteorológica se quedaron dormidos, pero no le ocurrirá nada. Peor sería si se hubiera ido solo, y con suerte habrá cruzado el desfiladero antes de que la tormenta se desencadene con más violencia. Pero la gente de las Kilghard Hills que estuvo aquí para el Festival..., la gente de Alton y de Syrtis... ¡seguro que tendrán problemas!

—La mayoría se habrá quedado para el Concejo —dijo lady Rohana, y al cabo de un momento, el intercom volvió a sonar.

—No hemos logrado localizar al Embajador Li, señor. Dejó el mensaje de que intentaría comunicarse con Cholayna Ares en su habitación privada para consultarle una cuestión de extrema urgencia, ya que ella no había acudido hoy a su oficina.

—Yo tenía que haber estado allí —dijo Jaelle, inquieta—. Soy personalmente responsable de él, señor... —y Montray la miró con inusual amabilidad.

—Es un hombre adulto, Jaelle. Sólo eres responsable de él si sale del área del Cuartel General, si va a la zona nativa..., la parte de Darkover que no forma parte de la base. No te preocupes. A propósito, me enteré de que debo felicitarte. Ve a Médica, sabrás que te corresponden permisos por maternidad y otros beneficios.

De modo que también él lo sabía, ya era parte de sus condenados *Archivos*. ¿No

había nada que fuera privado, aquí? Se sintió atrapada, traicionada, indignada, y detrás de esas emociones había un insidioso sentimiento de culpa. Había aceptado ser personalmente responsable de Li, y de alguna manera también había traicionado eso.

Rohana ha hecho esto con la esperanza de que cuando esté en el Concejo, acepte darles mi hija para que la eduquen adecuadamente, para educarla como Comyn..., de modo que ya no hay libertad, ni para mí ni para mi hija...

Cuando me convertí en Renunciante, pensé que nunca quedaría atrapada en la vida que mató a mi madre, o que la dejó morir. Pero ahora esa vida me ha atrapado a mí, incluso entre los terranos.

Atrapada, traicionada, se volvió con furia hacia Peter.

—Charlatán... ¿no podías guardártelo para ti? ¿Es que tienes que divulgar todos mis secretos como un fanfarrón de feria, para que todos los hombres te feliciten por tu virilidad, como si cualquier gato no pudiera hacer lo mismo? ¿Crees que entre tú y Rohana lograréis que haga todo lo que me digáis, como una buena esposa terrana... o darkovana? ¡No funcionará, maldición! Me voy, Peter, anótatelo en tus condenados archivos. Y tú, Rohana... —se volvió con ira hacia su pariente—. Prefiero ver a mi hija muerta antes que en tu Concejo.

Rohana se puso pálida.

—¡Jaelle, no digas eso! Oh, no...

—Jaelle, amor, escúchame... —dijo Peter—, lady Rohana, no se ha sentido bien, está trastornada...

Jaelle oyó con claridad, y supo que también Rohana oía: *Está enferma y es irracional, está embarazada y todas las mujeres se vuelven un poco locas durante el embarazo... ¡pero sé que puedo convencerla, hablarle, déjame que me ocupe de ella!*

Jaelle giró en redondo, masculló un juramento de establo que horrorizó a Rohana y salió de la oficina como un torbellino.

Había prometido a Peter que le daría la oportunidad de hablar del divorcio en privado. Pero él había sido el primero en violar su promesa; había hablado con Montray de sus asuntos personales, a pesar de que sólo sentía desprecio por él... ¡con Montray, precisamente! Podría haberle perdonado si se lo hubiera contado a algún amigo íntimo de la base —los hombres siempre se jactaban de su paternidad, ella lo sabía—, pero, ¿decírselo a Montray, ponerlo formalmente en los Archivos de Personal?

Maldito bocazas... Pero estaba tan enfurecida que ni siquiera podía completar la frase. Se fue a su habitación y empezó a poner ropa en sus alforjas.

Tenía algunas cosas que arreglar antes de marcharse. Hablaría con Cholayna: bien, podría hacerlo en la Casa del Gremio. Abandonaría formalmente su responsabilidad de Aleki..., el Embajador Li había aceptado su palabra, y era una cuestión de honor. Después volvería a casa.

Se dirigió hacia el intercom. Lo había aborrecido; ahora le parecía maravillosamente conveniente, y se preguntó de repente cómo se las arreglaría sin él.

—Con Comunicaciones, por favor, Bethany, ¿habéis podido localizar al Embajador Li?

—Dejó un mensaje para ti, Jaelle. Tienes que venir a buscarlo, si puedes.

Jaelle miró sus alforjas casi listas. Se sintió tentada de ignorar el mensaje. Pensó que ellos habían violado con tanta frecuencia los términos de su empleo, y que ahora incluso habían violado su intimidad, haciendo que su embarazo formara parte de un registro oficial, que ahora ella también sentía que debía ignorarlos.

Pero no bajaría al mismo nivel. Había aceptado ser personalmente responsable del bienestar de este dignatario en particular, y ahora no podía abandonarlo.

—Bajo enseguida —dijo, y dejó las repletas alforjas sobre la cama.

Si Peter las veía cuando llegara, el mensaje le resultaría perfectamente claro. Su persuasión no había funcionado: hiciera lo que hiciese, dijera lo que dijese, su decisión ya era irrevocable.

Bethany, en Comunicaciones, le dedicó una sonrisa preocupada.

—¡Oh, Jaelle! ¿Es ése tu equipo de Amazona..., discúlpame, de Renunciante? ¿Vas a salir? Oh, sí, por supuesto, irás tras Alessandro Li, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, Beth?

—He estado buscándote todo el día, pero no te he encontrado por ninguna parte. Li dejó un mensaje para ti esta mañana temprano...

Esta mañana. Pero ella había estado con Monty, preparándole para dejar la ciudad, y después se había metido en aquella larga y estúpida discusión, con Peter...

—Sabías que estaba arriba, en la oficina del Coordinador —protestó, pero Bethany negó con la cabeza.

—Li dijo *especialmente* que este mensaje no debía ser entregado en presencia de Montray, y que el Coordinador no debía enterarse de nada hasta por lo menos veintiocho horas después de su partida. Sabes lo que piensa Montray.

—Este mensaje...

—No lo comprendo del todo —dijo Bethany—, pero él me lo dio a mí, no quiso dejarlo en el ordenador. Eso no es legal, por supuesto, pero ya sabes cómo son las cosas, el jefe siempre tiene razón aun cuando esté equivocado. Dijo que había recibido alguna información sobre este hombre... —Miró una nota sobre su escritorio—. ¿Te dice algo el nombre de Andrew Carr? Iba hacia las Kilghard Hills, rumbo a Armida, y dijo que debías alcanzarlo por el camino, ¿qué pasa? Te veo un poco rara...

En las Kilghard Hills. En medio de una tormenta terrible, y va al peor y más confuso terreno de Darkover. ¿Y solo?

Preguntó, aunque conocía la respuesta y esperaba que sólo fueran imaginaciones suyas:

—¿Quién le acompañó, Bethany? Se llevó algunos guías locales, ¿verdad?

No, eso era lo que ella había planificado para Monty, que su expedición, perfectamente equipada, contara con el asesoramiento de Rafaella y su grupo. Pero podría haber planificado algo parecido para Li si Peter no la hubiera entretenido. Li sabía que ella podía hacerlo y tenía la intención de llevarla con él como guía y guardaespaldas: fuera de Thendara... ¡ni siquiera tenía que volver a la Casa del Gremio a reconocer su fracaso! Pero durante todo el día, la habían entretenido, primero Monty, después la estúpida pelea con Peter. ¿Qué debía hacer? El deber era lo primero, el hecho puro y simple de haber jurado ser *personalmente responsable* de la seguridad de Li. Y él se había marchado solo, por caminos desconocidos y con una terrible tormenta en ciernes... Al menos ella podría haberle convencido de que esperara hasta que amainara la tormenta.

Tengo que seguirle: tengo que darme prisa, pensó, y dio las gracias a Bethany por el mensaje con palabras de rutina que no delataran su preocupación.

Li seguía las huellas de Carr, y Carr había abandonado el Baile del Festival poco después de medianoche. Seguramente Carr había estudiado el clima con su piedra estelar y se había dado cuenta de que debía apresurarse si quería llegar a salvo a Armida —o tal vez a alguna casa intermedia, Syrtis o Edelweiss— antes de que se desencadenara la tormenta. Li se había demorado hasta el amanecer... ¿Se habría enterado, de algún modo, de lo que había contado lady Rohana, que Carr se había casado con lady Calista? Se preguntó quién era lady Calista y por qué diantres se habría casado con un terrano.

Puedo decirte, señora, que lo lamentarás. Yo lo intenté y también pensé que funcionaría. Pero no funcionó.

De modo que se había marchado para rastrear al desaparecido, para averiguar más cosas sobre el Comyn, para enterarse de lo que había sucedido..., pero debería de haberla esperado, debería haberle consultado...

¡Y también le he fallado a él! ¡He fallado en mi deber así como he fallado en mi matrimonio!

Su primer impulso no tenía sentido, no tenía sentido salir corriendo en su busca, o tratar de detenerle. Probablemente ya estaba lejos de la ciudad. Necesitaba botas y ropas para que la protegieran del mal tiempo. Su caballo estaba en la Casa del Gremio, y allí podría también conseguir comida, y sus alforjas estaban casi listas.

Abandonándose a un impulso súbito, apretó la mano de Bethany.

—Has sido una buena amiga para mí, Bethany. Te prometo que no lo olvidaré. Ahora debo irme.

Y se alejó presurosa, sin oír la pregunta preocupada de Bethany, que no había comprendido.

También Cholayna había sido su amiga. Todos los terranos no eran como Peter o Montray, completamente egoístas y sólo preocupados por su propia ambición...

El pequeño apartamento del ala de Personal Casado seguía vacío. Mejor, podría irse sin tener otro enfrentamiento con Peter. Puso unas pocas cosas más en las

alforjas, medias abrigadas para cabalgar, dos o tres paquetes de alimentos sintéticos terranos que podían comerse con rapidez y le suministrarían energía y proteínas. Miró con dolor la cama que ambos habían compartido. Había sido tan feliz, y ahora..., pero estaba perdiendo el tiempo. Ató las cintas de las alforjas y vio que Peter estaba en el umbral, observándola.

—¡Jaelle! Cariño, ¿adónde vas? Creí que habías dicho que teníamos que hablar...

—Tú fuiste quien lo dijo —replicó ella con sequedad—. Y en la oficina de Montray descubrí que ya habías hablado demasiado, sin tener siquiera la cortesía de consultarlo primero conmigo. Ahora ya no queda nada que decir, Peter. Lo siento. Estoy dispuesta a admitir que el matrimonio fracasó por mi culpa. Pero ahora debo irme de inmediato. No te preocupes, no estoy descuidando mis obligaciones, sino cumpliéndolas.

Empezó a recoger sus alforjas, pero él dio un paso adelante y se lo impidió, tomándola de los brazos.

—¡Debes de estar loca! Si crees que voy a dejarte ir sola, con una tormenta en ciernes, embarazada..., no, Jaelle. Eres mi esposa y mi obligación es cuidarte, maldición, y eso no incluye dejarte cabalgar hasta las Kilghard Hills. Li puede permitirse contratar a todos los guías nativos que se le antoje, pero mi esposa no va a ser uno de ellos, y eso es todo.

—Ya te he indicado —dijo ella, sintiendo que sus labios se apretaban en lo que podía haber parecido una sonrisa pero era en realidad una mueca de furia— que nuestro matrimonio ha concluido. No soy *tu esposa*... Nunca he sido *tu esposa* en ese tono de voz, como si fuera un juguete que te pertenece y con el que puedes hacer lo que te apetezca. No admito que tengas derecho a impedirme que cumpla con mi deber... o cualquier otra cosa que no quiera hacer. Peter, esto es una tontería: voy a dejarte, hagas lo que hagas, así que, por favor, no te pongas tonto ni pretendas darme órdenes que sabes perfectamente que no obedeceré.

Él extendió la mano y trató de arrebatarse las alforjas.

—¿Quieres dejarlas en el suelo? Ni siquiera deberías levantar algo tan pesado, en tu estado. No irás a ninguna parte, Jaelle. No hay sol, pero debe de estar anocheciendo, y la lluvia, o tal vez la nieve, caerá muy pronto.

Sí, y *Aleki está solo; puede perderse o sufrir cualquier accidente en el camino. No sé cómo planificó este viaje.*

—Sal de mi camino, Peter. Ya te lo he dicho, me marchó.

—Y yo te he dicho que no —replicó él, lleno de ira—. Eres mi esposa y no admito que me hables de ese modo. ¡Deja esas cosas en el suelo, he dicho! Ahora, siéntate, tomemos algo y discutamos la cuestión tranquilamente. Siempre hablas de la sensatez de las Renunciantes, pero tú te comportas como una embarazada histérica, dispuesta a marcharse en medio de una tormenta, sin atender a razones. ¿Resulta eso sensato, Jaelle?

Fue hasta la consola y le pidió una bebida caliente, una que sabía que le gustaba.

El rico aroma, parecido al del *jaco*, pero menos amargo, se difundió en el cuarto.

—Siéntate y bebe tu chocolate, Jaelle. Trata de ver esto de manera razonable.

—¿Te refieres a pensarlo como lo piensas tú?

Aceptó el chocolate; necesitaría todas sus fuerzas, y le esperaba un largo viaje.

—Peter, ¿no podemos discutir las formalidades del divorcio cuando yo vuelva? Para entonces te habrás calmado, y te darás cuenta de que es lo más razonable. Si el bebé llega a ser un varón..., aunque Rohana dice que es una niña, entonces tendrás el hijo que deseas. Creo que de todos modos eso era lo único que querías de mí...

En la mente de Peter, Jaelle detectó una chispa de resentimiento lógico: las mujeres eran criaturas condenadamente irracionales, y sin embargo, un hombre estaba a merced de ellas si quería tener hijos... ¿De qué otro modo si no conseguiría un poco de inmortalidad? Jaelle casi sintió lástima de él.

—No seas tonta, Jaelle. No voy a permitir que te divorcies de mí, no ahora que hay un bebé en camino. Eso le debo al menos al niño: proteger y cuidar a su madre, aunque no nos llevemos muy bien.

—¿Y crees que me voy a quedar sentada en el Cuartel General, sin salir, porque tú quieres tenerme controlada? No, Peter. —Dejó la taza de plástico con tanta fuerza que se derramó un poco de líquido sobre la superficie de la mesa—. Te veré cuando regrese... en el Salón de Extranjeros de la Casa del Gremio... y hablaremos de la criatura, si así lo deseas. Pero ahora no, me estás entreteniendo y quiero estar en camino antes de que anochezca. —Se agachó para recoger sus alforjas. Tuvo que dar un rodeo en torno a Peter—. Lo siento, Peter, me gustaría que todo hubiera sido diferente. Yo... —había empezado a decir *te amaba*, pero ya ni siquiera estaba segura de eso. Suspiró y se llevó las alforjas al hombro.

—¡No, maldición, Jaelle, estás loca! ¿Ni siquiera te das cuenta de que es una locura?

Tomó las alforjas y las arrojó con fuerza al suelo. Tenía el rostro encendido por la ira.

—¡Peter, sal del medio, no quiero hacerte daño!

—¡Te digo que no irás a ninguna parte, no con este tiempo, ni embarazada! —Se mordió los labios con furia—. Si tengo que hacerlo, llamaré a los de la Fuerza Espacial para que te detengan, y terminarás en Médica, como medida de protección... ¡Les diré que estás embarazada y te has vuelto loca, y ellos te encerrarán hasta que te comportes como debes!

Y en realidad podía hacerlo, eso era lo peor... Jaelle ya se veía encerrada o drogada otra vez; a él sólo le bastaba alegar que estaba loca, es decir, que no hacía todo lo que él deseaba, y él era su esposo. Probablemente, podría demostrar que estaba cuerda; como esposa terrana, no era una propiedad suya, como lo habría sido de casarse con un darkovano. Podía llamar a Cholayna para que diera fe de que estaba perfectamente sana de espíritu y para que explicara su sentido del deber. Pero eso llevaría tiempo, tendría que localizar a Cholayna, y mientras tanto... ¡tal vez

estaría drogada en el hospital!

—¡Y pensar que yo creía que me querías!

—Te quiero —replicó él—, ¿pero acaso eso significa que debo aceptar cualquier idea loca que se te meta en la cabeza?

—Peter... eh, Dioses, ¿no entiendes lo que es el sentido del honor, del deber? ¿No puedes pensar más que en ti mismo?

—¿Y en quién demonios estás pensando *tú*? Desde luego no en mí, ni en el bebé. Si quieres convencerme de que estás en tu sano juicio, deja esas condenadas alforjas y di algo con sentido.

—Nuestro matrimonio... fracasó por mi culpa —dijo ella con suavidad—. Creo que en realidad tú querías casarte *di catenas*, y aunque sabías que el Juramento me lo prohibía, pensaste que quizá si me amabas lo suficiente, yo cambiaría.

Tú y ese condenado Juramento.

Por un momento Jaelle pensó que él lo había dicho en voz alta. No tenía sentido hablar con él en estas condiciones. ¿Qué podía hacer para impedirle que llevara a cabo su amenaza? Peter estaba totalmente abierto a ella, podía sentir su furia, su frustración, incluso su pena por el amor perdido. Sin embargo, de nada serviría salir y dejarle allí, ni siquiera luchar contra él para salir, si en el momento en que ella salía él hablaba por el intercom y convencía a los guardias de la Fuerza Espacial de que su lunática esposa embarazada estaba encaprichada en salir con la tormenta que se avecinaba, y que por su propio bien debían impedirselo. *Mi esposa. Está embarazada, está loca, tengo que mantenerla encerrada por su propio bien...* ¿Cuándo se le habían ocurrido esas mismas ideas como castigo?

Una imagen de Jalak, de su madre monstruosamente hinchada por el embarazo..., no, no podía recordar a su madre, no podía recordar a Jalak. Era una niña entonces, sin laran... ¿o sólo había sido demasiado doloroso de recordar?

—Lo que de verdad deseas —le espetó confusa y tan dolorida que ya ni sabía lo que decía— es encadenarme... para que no haga nada que tú no quieras...

—Ah, Dios, Jaelle, no quiero hacerte daño, pero ni siquiera me escuchas, y si tengo que pedir a los médicos que te encierren, lo haré...

Y en la mente de Peter vio una imagen de sí misma..., esa imagen era tan sólo de una Jaelle más tranquila, tal vez calmada, tal vez atada a la cama, pero ella se vio encadenada...

Una imagen de la mente de su padre, la joven Jaelle, de senos incipientes, con edad para ser encadenada como una mujer, con eslabones de cobre en torno a las muñecas, cuando la hirieron en el Paso de Scaravel, Magda le había atado las manos para que no se arrancara las vendas, hasta aquel momento no lo había recordado, se oyó gritar, y Magda la había desatado con rapidez. Toda la noche, Magda estuvo sentada a mi lado y me sostuvo las manos, porque yo tenía miedo de ser encadenada...

—No me toques —le espetó, retirándose—. Si te atreves...

Él le aferró las manos... y Jaelle explotó, luchando por puro instinto. Camilla la había entrenado en combate armado y sin armas, para que supiera cómo reaccionar si un hombre le ponía las manos encima sin su consentimiento. Se olvidó de que era Peter, se olvidó de todo. Luchó como si hubiera luchado contra los hombres que habrían venido a encadenarla a la mañana siguiente del día en que se hubiera convertido en mujer. Sintió que los bordes de sus manos, suaves ahora porque hacía muchos meses que no luchaba, golpeaban contra algo blando, sintió el temor de Peter, el dolor que le invadía...

Y silencio. Silencio... Miró a Peter. Yacía en el suelo, su *laran* silenciado, no estaba, no estaba. En ninguna parte de la habitación había indicios de su presencia.

Ahora sabía que había amurallado su mente durante muchos años; había empezado a tener *laran*, había empezado a hacer contacto con su mente, y después, durante aquella pavorosa noche cuando su madre dio a luz a su hermano Valentine en el desierto, rodeada por las Amazonas, ella había tratado de bloquearlo..., demasiado, era demasiado dolor y demasiado terror...

Los brazos de su madre, rodeándola, el dolor de su madre invadiéndola, ahogándola. No podía respirar, Jaelle, Jaelle, valió la pena, eres libre, libre..., oh Jaelle, ven aquí y dame un beso..., y una oleada de dolor y debilidad, y después nada. Nada. Nada, su madre no estaba en ninguna parte del mundo, era un cuerpo sin vida tendido sobre la arena, desangrado, la sangre manchaba la arena mientras el sol naciente manchaba las rocas de color rojo sangre...

Y nada, vacío, ninguna mente, como la mente de Peter que no estaba en ninguna parte, y él yacía ante ella... ¿sin vida? ¿Sin vida? ¿Le había matado, entonces? No podía ver si respiraba. Se inclinó sobre él, retiró la mano con horror.

Podía llamar a un médico.

Y dirían que yo le he matado.

Se quedó helada, consternada. Estuviera muerto o no, ya no podía hacer nada por Peter, a menos que quisiera pasarse todo el resto del embarazo en Médica, confinada por su propio bien y por la seguridad del bebé..., tal vez no fueran duros con una asesina embarazada, pero, desde luego, no le prestarían atención si les explicaba que había sido un accidente.

Tenía que irse. Tenía que irse enseguida, antes de que pudieran detenerla. No descubrirían a Peter hasta la mañana siguiente, cuando alguien le echara de menos porque no se había presentado a trabajar, por esa obsesión terrana por los relojes y por llegar puntuales a todas partes, sobre todo al trabajo. Creerían que estaba de permiso, encerrado con su esposa embarazada, si no aparecía por la cafetería, o simplemente creerían que habían preferido compartir la comida en la intimidad de su habitación.

Con resolución, se cargó las alforjas al hombro. Podía salir del Cuartel General, no tenían instrucciones de detenerla, la Fuerza Espacial la dejaría pasar. Y después, a la Casa del Gremio, a por su caballo. Tal vez Magda..., no, estaba recluida.

No debo tentar a Margali, para que no quebrante su Juramento, como yo he quebrantado el mío...

Y después de eso, las puertas de la ciudad y el largo camino hasta Armida, corriendo para alcanzar a Aleki antes de que se desencadenara la tormenta. Eliminó de su mente cualquier idea sobre la extensión del camino.

No hay viaje de mil millas que no empiece con un solo paso.

Y el primer paso era salir al corredor. Indecisa todavía, exploró con la mente para encontrar algún rastro de consciencia en Peter, algún signo de que todavía estaba vivo... No, nada. Tenía que marcharse, irse de inmediato.

Tenía que ir a por su caballo y a por un poco de comida a la Casa del Gremio. Pero no debía involucrar a Magda.

Cerró la puerta del cuarto detrás de ella, cerrando también en su mente una puerta a la memoria de Peter, de su amor y su fracaso..., y ahora todo había terminado con un asesinato. Pero todavía podía salvar algo. Tal vez si salvara la vida de Aleki, serviría para algo. *Una vida por otra, para los terranos...*

Con pasos silenciosos salió del edificio, cruzó la enorme plaza y ofreció su disco de identidad a los hombres de la Fuerza Espacial que custodiaban las puertas, y lo hizo por última vez. Se apresuró por las calles penumbrosas, azotadas por el viento, mientras su conocimiento del clima de toda la vida le decía que, si se apresuraba, podría salir antes de la tormenta.

Empezaba a caer la lluvia, mezclada con algunas ráfagas de aguanieve, pero era más cálida que la mayoría de las lluvias nocturnas. Después de todo, advirtió Magda, sólo era el día siguiente al Solsticio de Verano, y la luz del día persistía, aunque el sol ya se había ocultado detrás de las densas nubes que se apiñaban al oeste. Se puso la capucha de la gruesa capa de montar. La rígida visera le protegía los ojos de la lluvia. Su caballo cabeceaba, protestando por aquel viaje bajo la lluvia, perturbado por la proximidad de la noche y la ausencia del cálido establo de la Casa del Gremio, pero Magda espoleaba al animal.

A dos horas de distancia, al norte de la ciudad, se detuvo a reflexionar. Había muchos caminos que llevaban a las Kilghard Hills, y Jelle podía haber visto o no el buen mapa aéreo de Darkover basado en los distintos reconocimientos. El camino más común hacia Armida era tomar la gran Ruta del Norte hasta Hali y seguir luego rumbo al oeste, al sur de la ciudad en ruinas, cabalgando junto al lago por el camino a Neskaya hasta Edelweiss, después doblar al sureste en dirección al repliegue de las montañas donde se erguía la Gran Casa de Armida. Aquella ruta significaba buenos caminos todo el tiempo, y había oído decir que un buen jinete con un buen caballo podía, en caso de necesidad, cubrir todo el trayecto en un solo día. Desde luego, era un día muy largo, de dura cabalgata, de esas que dejan agotados al caballo y al jinete. Cuando viajaron para combatir el incendio, había entre ellos jinetes buenos, malos e indiferentes, y habían ido acompañados de carros y animales de carga que llevaban los suministros y el equipo; les había llevado casi dos días, y ni siquiera se habían acercado a Armida. Además, habían viajado por caminos laterales, algunos no mucho mejores que senderos para ganado.

Alessandro Li había ido a combatir el incendio, aunque había llegado cuando el trabajo casi había concluido. Tal vez conociera mejor la ruta por la que habían ido que la Ruta del Norte. Jelle, supuso Magda, al trabajar en un servicio de viajes, conocería virtualmente todos los caminos de las montañas, pero cuál había tomado, y cuál creería que había tomado Li, era pura conjetura. Por primera vez desde que había salido de la Casa de las Amazonas, Magda se preguntó si no se habría comportado de forma imprudente e impulsiva. Rastrear a Jelle por las montañas era un doble error. Como terrana, debía haber pedido un helicóptero para buscar al Embajador Li... o al menos para asegurarse de que no corría peligro. Pero con la capa de nubes y la lluvia, era improbable que un helicóptero pudiera ver gran cosa, y si se llegaba a desatar el viento de la tormenta que percibía en sus huesos, lo más seguro era que el helicóptero se perdiera en el cielo.

En cuanto a Jelle, tras el rastro de Li..., tal vez debería haber ido al Castillo Comyn y pedir ayuda a alguien como lady Rohana, para que la rastreara con una piedra estelar... Magda se preguntó entonces si estaría loca. No podía imaginarse cómo podría reaccionar Jelle, que detestaba todo lo relacionado con la tecnología de

matrices, a una búsqueda de esa clase.

Y sin embargo he hecho una tontería.

Jaelle estaba en peligro. Lo sabía, podía sentirlo, como la tormenta que se avecinaba, en sus propios huesos. Y no obstante, correr sola en su busca, en medio de la tormenta, sin tener siquiera un indicio del camino que había cogido, tampoco era la decisión más racional que podía haber tomado. Al menos debería de haber pedido a la experimentada Camilla, que era una guía y rastreadora hábil, que la acompañara.

Camilla nos quiere a las dos... y Jaelle es como una hija para ella.

Sin embargo, no se le había ocurrido esa idea.

¿Por qué salí corriendo sola?

Por más que se esforzó, la única respuesta que pudo encontrar fue: *Porque debía hacerlo, porque no había otra salida honorable.*

Había salido corriendo de la Casa del Gremio sin cenar. Extrajo un puñado de frutas secas del bolsillo de su capa y las masticó una tras otra, dejando que su caballo marchara al trote lento. Pronto debería decidir qué camino tomar hacia las montañas. Podía seguir por la ruta actual, la Gran Ruta del Norte que subía a los Hellers hasta Aldarán, desde Hali; pero si lo hacía, podía perder la oportunidad de alcanzar rápidamente a Jaelle. Tal vez no lograra convencer a Jaelle de que Alessandro Li podía cumplir con su misión... pero al menos podría acompañarla y ayudarla a encontrar al hombre antes de que su ignorancia del clima y los caminos de Darkover le mataran.

Maldita tonta, salir corriendo de ese modo...

¿Acaso Magda habría hecho lo mismo por su superior? Bien, sí, en cierto sentido había hecho algo igualmente imprudente cuando se había aventurado en las montañas, disfrazada de Amazona Libre a pesar de saber tan poco de ellas, para rescatar a Peter Haldane. Y esa evidente locura la había traído hasta aquí; era una Amazona, una Renunciante juramentada..., había sido una loca elección, y sin embargo, era la correcta dentro del camino de su destino. ¿Le gustaría haber tomado otra decisión? No, había salvado la vida de Peter —y a pesar de que, en muchos aspectos, estaba furiosa con él, deseaba que no hubiera muerto— y su decisión la había llevado a la Casa del Gremio, que también formaba parte de su destino de manera tan irreversible, que ya no podía imaginarse su vida sin el respaldo del Juramento.

Aunque ahora, en este momento, he dejado atrás ese Juramento...

No. No había motivos para que se atormentara con escrúpulos. Tenía permiso de Camilla para marcharse, el permiso de una Madre del Gremio de la Casa. Magda detuvo su caballo bajo la luz gris que se esfumaba, bajo la lluvia, y miró los cruces de caminos, tratando de recordar mentalmente —había sido entrenada en técnicas de memoria eidética en la Inteligencia Terrana— el mapa, las rutas que llevaban a las Kilghard Hills. Tres rutas se abrían en el sitio en el que había detenido su cabalgadura: la Gran Ruta del Norte que seguía hasta después de Hali y luego

doblaba hacia Armida, el pequeño sendero que iba hacia el oeste a través del Paso de Dammerung y hacia las montañas Venza (al menos podía olvidarse de ésta), y el camino que se internaba directamente en las Kilghard Hills. Se trataba de un camino estrecho, empinado, que describía muchas curvas sobre las laderas de las colinas... o, mejor dicho, de las montañas altas. Nadie sensato que estuviera familiarizado con el terreno tomaría esa ruta hacia Armida. Sin embargo, alguien que sólo la hubiera visto en la superficie plana de un mapa, y dado que cortaba directamente siguiendo la hipotenusa del triángulo rectángulo cuyos dos lados estaban formados por la Gran Ruta del Norte y el camino de Hali, podría considerarla el camino más corto, y Alessandro Li, según ella sabía, se había pasado casi toda la vida en planetas civilizados. Así que era probable que pensara que un camino señalado en un mapa fuera lo que él llamaba una ruta: un camino pavimentado. Si la intención de Jaelle hubiese sido tan sólo llegar a Armida antes que él, habría tomado la ruta más larga pero más rápida, de superficie más llana. Pero la preocupación de Jaelle era que Li viajara solo y sin protección, por un mundo cuyos peligros no conocía.

En su mente, Magda pasó revista a esos peligros. La nieve y la cellisca, incluso en medio del verano, en estas latitudes. Era difícil que hubiera banshees, a menos que se perdiera y llegara a alguno de los altos pasos por encima de la línea boscosa. Pero tampoco era imposible. Y siempre estaba expuesto al permanente peligro de incendios forestales en los árboles de resina; él mismo podía ocasionar un incendio, si no tomaba extremas precauciones al acampar y prepararse la comida. Y, si pensaba en los caminos como lo hacía la mayoría del personal del Imperio cuya experiencia procedía de mundos menos agresivos, era fácil que se perdiera en un terreno que, salvo para los ojos más avisados, resultaba un páramo salvaje.

Ahora sí que sería una ayuda tener poderes psíquicos, y saber por dónde ha, ido Li, y por dónde le ha seguido Jaelle. Y Jaelle, ¿sabía qué camino había tomado Li, o sólo lo suponía? Jaelle siempre afirma que no se puede confiar en su laran, y repite una y otra vez que lo aborrece y que desconfía de él.

De modo que tendré que analizarla y decidir cómo funcionaba su mente cuando tomó la decisión.

Tenía miedo de los peligros del camino salvaje que llevaba a las colinas. Sin embargo, mientras se decía que Li seguramente no se había arriesgado, sino que habría tomado la ruta más frecuentada, una imagen se formó en su mente: Jaelle montada en su pony montañés, con la capucha puesta, cabalgando por un camino que flanqueaba peligrosamente una estrecha cornisa que dominaba un valle sombrío.

¿Una alucinación? ¿O un relámpago de verdadera visión psíquica? Magda no lo sabía. La imagen desapareció, y por más que se esforzó no consiguió recuperarla. Sea cual fuera el camino que eligiera, se trataría de una hipótesis... Para eso, ¿por qué no seguir su corazonada? Ya antes lo había hecho y nunca se había arrepentido. Indecisa, intentó volver a ver de aquella manera extraña, trató de proyectar su mente hacia adelante para ver si podía captar alguna imagen de Jaelle avanzando por la Gran Ruta

del Norte, apresurándose para alcanzar a Li..., pero sólo volvió a ver la empinada senda montañosa. Suspiró y dirigió su caballo para que abandonara la ruta principal y avanzara por la senda.

Al principio, la senda era sólo un poco más angosta, y pasaba junto a aisladas granjas con penumbrosos grupos de edificios. Oía los suaves ruidos de los animales en los establos, y veía pálidas luces en las ventanas. Una o dos veces, algún perro ladró, por pura curiosidad, pero para su alivio nadie se aventuró en la noche lluviosa para ver qué había perturbado a los animales. Sin duda los granjeros pensaban que cualquier solitario que viajara en una noche como ésta tendría sus propias preocupaciones, que de ninguna manera resultarían interesantes. Aquello recordó a Magda otro viaje —sólo había pasado un año, después de todo—, cuando había cabalgado hacia el norte en busca de Peter Haldane.

Pero al cabo de un rato, el terreno se hizo más blando, empapado por la lluvia, y la senda empezó a ascender. Espesos bosquecillos, cargados de resina y de agujitas secas, bordeaban el camino cada vez más angosto, hasta que Magda observó que dos caballos no podrían avanzar lado a lado. Las granjas quedaron atrás y, en algún lugar, Magda oyó el aullido de las bestias nocturnas de presa, parecidas a los felinos, que cazaban. El sonido le produjo un escalofrío: las criaturas-gato rara vez atacaban a los humanos si no los provocaban, pero si se les perturbaba, aunque fuera sin querer, se volvían salvajes. Además, en estas colinas aún vivían los supervivientes de unos homínidos salvajes a los que los primeros exploradores llamaron *hombres-gato*; eran inteligentes, probablemente proto-humanos, y muy peligrosos. Ella no sabía de ningún terrano, salvo Kadarin, que explorara solo los lugares curiosos, y Kadarin nunca se había enfrentado a ninguno, pero sus informes habían bastado para infundirle un saludable respeto por esas criaturas. De todas las especies no-humanas de Darkover, los hombres-gato eran los únicos que constituían una verdadera amenaza para el *Homo sapiens*. Y aunque se decía que ya no vivían en las Kilghard Hills, sólo cuatro o cinco años atrás un grupo de ellos había declarado la guerra a los montañeses, y en la Ciudad Comercial se dijo que muchos habían muerto. Aun así, podía haber algunos supervivientes, más enconados que nunca contra los humanos que casi los habían exterminado.

Estrictamente hablando, los terranos deberían haber actuado para impedir el genocidio, si es que son proto-humanos. Los humanos son el peor enemigo de las culturas proto-humanas. ¿Y por qué me preocupo por eso ahora?

Lejos, en las montañas, volvió a oír el aullido de los felinos y supo por qué seguía pensando en todo eso. Bien, tenía su cuchillo, había sido entrenada para usarlo, y había hecho el Juramento de las Amazonas de defenderse por sí misma y no recurrir a la protección de ningún hombre.

Probablemente pudiera dominar a las bestias felinas cazadoras, y si no las molestaba, sin duda tampoco ellas la molestarían. Y dado que pocos humanos, y ningún terrano, se habían enfrentado alguna vez con un hombre-gato, ¿por qué

suponía que ella tenía que ser la primera?

Ahora estaba completamente oscuro. Su caballo tenía que tantear el camino, paso a paso, en esa senda que a cada minuto se hacía más empinada y lodosa. La lluvia seguía cayendo como si alguien se hubiera olvidado de cerrar un grifo celestial en algún lugar de allá arriba.

Se preguntó durante cuánto tiempo más podría seguir avanzando de esa manera. El caballo de Magda, regalo de lady Rohana, era bueno, pero el pony de Jaelle era de montaña y estaba habituado a estas sendas empinadas. No tenía idea de cuál sería la cabalgadura de Li. Otra prueba, si era necesaria, de que había salido corriendo sin siquiera informarse. Pero lo cierto es que no había tenido alternativa.

Se lo he jurado a Jaelle. Hay una vida entre nosotras.

Y se preguntó, perpleja y arrullada por los cuidadosos pasos de su caballo, qué significaría eso.

Jaelle era su madrina de Juramento, la había llevado al *Comhii'Letzii*. Eso era parte de la relación. Jaelle era su amiga..., habían combatido lado a lado contra los bandidos, eran compañeras de armas. Sin embargo, podría decir lo mismo de Camilla, ya que ambas habían luchado juntas en la escalera de la Casa del Gremio. Además, Camilla era su amante. Entonces, ¿por qué era más fuerte el vínculo con Jaelle?

Eludió la pregunta. Todavía no se sentía cómoda con la idea. Pero en su mente reptaba, infiltrada, la conciencia: eso también era parte de su vínculo con Jaelle y, aunque ella no lo había sabido antes —*fue Camilla la que me lo hizo ver*—, había estado siempre presente.

Y Jaelle, que se ha casado con mi esposo, que le dará el niño que yo no pude...

Con deliberación, se obligó a abandonar ese pensamiento. Lo que la llevaba en pos de Jaelle no era algo tan complejo; simplemente había jurado defenderla, y Jaelle la necesitaba ahora, porque sola, enferma, embarazada, había partido siguiendo algún loco impulso...

No. Eso era sin duda lo que podría decir un espectador, pero, conociendo a Jaelle, Magda sabía que el impulso que la había llevado a seguir a Li era tan cuerdo como el suyo propio.

Desde luego, Li no había sabido en qué se metía, pero Jaelle sí lo sabía y se había hecho responsable de él. Había hecho lo que debía hacer, igual que Magda, al seguirla a ella, también había hecho lo que debía hacer.

Llegó a la cima del sendero y se detuvo allí. Hacia el oeste, las nubes se habían abierto; una pálida luz fantasmal brillaba desde allí, y la faz de la Luna más grande aparecía de manera intermitente entre las nubes pasajeras. Hacia el este, la oscuridad parecía infinita. Sólo se veía la negrura más profunda de las montañas contra el cielo, y unos relámpagos ocasionales cada vez que un rayo caía sobre las cumbres.

En la cima del paso, el viento soplaba con tanta ferocidad que el caballo de Magda se volvió para presentarle la oposición de su sólida grupa. Llovía menos, pero

todavía a cántaros. Exploró la senda que se abría delante de ella hasta donde le alcanzó la vista, esperando, contra toda esperanza, ver la pequeña figura que había visto en su... ¿había sido una visión? Pero la senda que serpenteaba descendiendo entre las montañas estaba impregnada de la impenetrable oscuridad de la noche, y por la tormenta. En algún lugar, abajo, hubo un centelleo de luz. ¿Una granja en la que alguien se hallaba junto al fuego, visto a través de la ventana? ¿El fuego de un campamento en el que Jaelle... o el mismo Li, buscara refugio? No tenía modo de saberlo. ¿Un grupo de bandidos reunidos en su madriguera, esperando que parara la lluvia?

Maldición, me doy cuenta de que en un planeta como éste, el laran debe ser simplemente un recurso de supervivencia.

La idea no parecía de ella, y se preguntó de dónde la había sacado.

No tenía sentido quedarse allí, expuesta, en la cima del paso. Con cariño, instó a su caballo, y dio a la bestia unas palmaditas en el pescuezo para obligarle a dar la cara a la tormenta, y empezaron a descender. El camino era accidentado y estaba agrietado, ya que la lluvia que bajaba de la altura, en arroyuelos, lo había lavado, dejando sólo piedras y grava. Incluso a esta altitud casi toda la nieve se había derretido, y Magda percibió algunos curiosos perfumes de flores y pequeñas agujas de resina en el aire y polen; en el solsticio de verano, las flores y los capullos brotaban por todas partes durante el corto verano montañés. Cuando saliera el sol, vería flores por todas partes, suponía, durante esta breve temporada de floración. Una imagen apareció en su mente: una ladera cubierta de flores azules y de dorado polen que el viento se llevaba; algo que quizás había visto durante sus viajes con Peter, cuando ambos salían juntos al campo... Había algo que era preciso recordar al respecto. Bien, seguro que ya se le ocurriría.

¿Podría seguir viajando durante toda la noche? La noche anterior había dormido muy poco. Pero su caballo estaba fresco, y, al menos por un tiempo, ya que Jaelle le llevaba por lo menos dos horas de ventaja, podría dormir sobre la silla. Desde luego, no era probable que la adelantara en la oscuridad. Jaelle jamás montaría un campamento en una ladera tan empinada como ésta. El ruido del agua que caía en cascada desde las laderas, los arroyos crecidos por la lluvia, y el sonido de los cascos de su caballo, la ensordecían. Ni siquiera Alessandro Li hubiera creído que era un camino importante. ¿Se habría dado cuenta, y habría regresado? No, pues de ser así, ella o Jaelle se hubieran cruzado con él —en esta senda de montaña no había manera de salirse del camino, que apenas permitía el paso de dos caballos a la vez—. La capucha le protegía el rostro de la lluvia, y estaba bien abrigada, pero era suficiente el viento que se filtraba a través de sus ropas para hacerla estremecer, y debía poner toda su atención en permanecer montada mientras su caballo marchaba con dificultad por el accidentado y casi inexistente sendero.

Las nubes se abrieron y, a través de la brecha, una pálida luz bañó el sendero. Magda soltó una exclamación, y llevó su caballo más cerca del muro del acantilado;

normalmente no sentía temor de las alturas, pero en aquel punto el camino, convertido en un estrecho sendero, bordeaba el acantilado, y el agua caía de él en cascada, pues el borde había sido erosionado o se había desmoronado. Bien, tanto el hombre como la mujer que la precedían habían pasado por aquí: habría algún indicio si alguno de los dos había caído por el acantilado. Abruptamente las nubes volvieron a cubrir la Luna, y Magda se quedó a oscuras. Oscuro o iluminado, no era un buen lugar para quedarse, con la lluvia que seguía cayendo. Además, el agua que corría en arroyuelos junto al sendero podía provocar otro desmoronamiento. Hubiera preferido desmontar y conducir el caballo de la brida, pero no había lugar para bajarse, por lo que se vio obligada a confiar en el instinto de la bestia, que avanzaba con lentitud, resoplando.

—Opino lo mismo que tú de este lugar, compañero —le dijo con voz dulce—. Salgamos de aquí. Pero tómate tu tiempo, muchacho. Con cuidado.

Y al cabo de pocos minutos volvieron a estar a salvo, en una parte donde ambos lados del camino estaban bordeados por densas masas de árboles. De nuevo oyó el aullido de alguna bestia nocturna del bosque, pero tenía menos miedo de los animales que de aquella senda de montaña, peligrosísima, que en cualquier momento podía volver a aparecer.

Ellos han pasado por aquí. También yo debo hacerlo, pensó Magda, pero mientras estuvo en la zona arbolada, respiró más tranquila. En realidad, lo que tenía que hacer era desmontar allí y esperar a que amaneciera. No era probable que Li viajara por un planeta desconocido en la oscuridad total —Magda creía que venía de uno de los planetas con soles más brillantes, y este mundo le resultaría aún más oscuro que a ella, que había nacido aquí— y, después de todo, habría pasado por aquí varias horas antes que Jaelle, así que seguramente había llegado a la relativa seguridad del fondo del valle y podría haber acampado allí. Sin duda le alcanzarían por la mañana.

La lluvia seguía cayendo en cascadas desde las alturas, infiltrándose por cada grieta que encontraba hasta el valle. Casi toda la nieve del invierno debía de estar derritiéndose en las laderas, pues la lluvia era cálida. Magda ya se daba cuenta del daño que el agua había causado en el sendero y en las laderas, y una o dos veces tuvo que hacer un rodeo para evitar troncos caídos durante las tormentas invernales y que ahora obstaculizan el paso. Si se caía un árbol en el punto en que el sendero se estrechaba, no habría manera de pasar.

Bien, literalmente cruzaría, ese puente cuando llegara a él. Por el momento, el camino era bastante seguro; sintió que se le distendían incluso los músculos del cráneo, y su mente consciente se fundió con su subconsciente lo bastante como para advertir que ya había pasado lo peor.

Ni siquiera es necesario atribuirlo al laran, se dijo con toda lógica. *Simplemente lo sé por el sonido del agua, el viento y la erosión, por las claves subliminales del comportamiento de mi caballo. Eso es todo. Lógica inconsciente por debajo del*

umbral consciente. Se preguntó hasta qué punto el laran no era simplemente esta suma subliminal de claves inconsciente.

No importa lo que sea. Es probable que me salvara la vida en aquella condenada cornisa.

Buscó dentro de su capa un pedazo de pan y otro puñado de frutas secas, y los masticó con lentitud.

La lluvia caía en torbellinos, y a veces mojaba el pedazo de pan antes de que ella pudiera llevárselo a la boca. Típico de un hombre, pensó con ira, salir en medio de una tormenta. Una mujer hubiera tenido sentido común suficiente para observar el tiempo y esperar a que la tormenta amainara.

No se podía esperar de Li que supiera cómo era el clima darkovano, y después de las nieves invernales, le parecía cálido. *Pero al menos debería haber tenido el suficiente sentido común para preguntarle a Jaelle. ¡Para eso estaba allí!*

6

Cuando Jaelle se despertó aún llovía. Por suerte había logrado cruzar el paso y recorrer la peor parte del camino antes del anochecer. No podía imaginarse por qué Li no había seguido la Gran Ruta del Norte por lo menos hasta Hali, para doblar después hacia el oeste. Pero al menos ya había pasado. No quería pensar en lo que hubiera sido bajar por aquella senda de cornisa erosionada y lavada por el agua en la oscuridad.

Ahora, a pesar de la lluvia, percibía un leve olor que le producía cosquilleos en la nariz. Hacía tiempo que no lo había percibido, pero nadie que ha olido alguna vez la flor del *kireseth* puede confundir su perfume. No le gustaba cabalgar bajo la lluvia, pero era mejor que el polen del *kireseth* en flor que el viento dispersaba.

Era temprano, pero cuanto antes se pusiera en marcha, antes alcanzaría a Li. Hasta ahora no se había presentado ningún peligro que un buen jinete no pudiera evitar, y en contra de toda lógica, tenía la convicción de que si algo malo le hubiera ocurrido a Li en el camino, ella lo sabría.

Sí, la lluvia estaba cesando. Jaelle refunfuñó, salió de su saco de dormir y se puso las botas. Extendió el saco en su montura —si la enrollaba húmeda, enmohecería— y deseó tener algo para encender un fuego. Le apetecía mucho una infusión caliente, pero no había manera de prepararla. Olió la fruta seca, se encogió de hombros, y volvió a meterla dentro de la alforja.

Los propietarios de la zona, que solían ser granjeros dedicados a la cría de ponies o animales de lana, trataban de limpiar el campo de *kireseth*. Pero incluso a tan poca distancia de Thendara, había mucho terreno salvaje, poco frecuentado, y con tan escasa población que no había manera de saber qué podía haber allí. En un momento, durante la noche anterior, había oído el aullido de un depredador felino, de cacería, y se había estremecido. En todos sus años de viajes, jamás se había encontrado cara a cara con alguno, pero les tenía miedo.

La bruma que se alzaba del suelo húmedo se desgajaba con las erráticas ráfagas de brisa. Jaelle trepó a las ramas de un árbol y escaló un poco, para observar el valle. No había rastros de Li. Pero debía de estar en alguna parte de ese camino. No había manera de retroceder una vez se estaba en el camino de cornisa, así que tenía que haber bajado hasta aquí y luego seguir por terreno más llano. Si cabalgaba rápido, sin duda le alcanzaría en pocas horas. Todavía había que franquear una montaña antes de llegar al límite de las vastas tierras de Alton, y otro valle: un valle peligroso, con grietas en las que, supuso, habría caído el aeroplano de Carr años atrás. Suponía que Li no había venido hasta aquí para echar un vistazo a los restos del aeroplano, pero ya no estaba segura de lo que era capaz un terrano.

Bajó del árbol y montó. Marchó a un trote constante que devoraba las distancias, y antes de que el sol hubiera ascendido mucho, estaba escalando el sendero empinado del otro extremo del valle. A mitad de camino, se giró para mirar. Por un momento le

pareció ver, entre los árboles, una figura solitaria a caballo, pero después desapareció en el verdor. A su alrededor, las flores florecían en el aire cálido del día, aprovechando la breve estación. Conforme avanzaba por la senda, su nariz se llenaba del perfume, y sus ojos del color. Bien, era libre otra vez... ¿qué importaba lo que hubiera dejado atrás?

Pedro... A lo mejor, después de todo, no estaba muerto, sino sólo desmayado. Debía creer eso. Si estaba muerto... si estaba muerto, bien, ella le había asesinado... pero no se permitiría pensar en eso. No ahora. Su deber era encontrar a Aleki en este terreno salvaje, alcanzarle y escoltarle hasta Armida.

Avanzaba con tanta rapidez como se lo permitía su pony, con los ojos clavados en la senda para localizar cualquier rastro de algún jinete que hubiera pasado por allí. Tenía la vista aguda y había sido entrenada para rastrear. En un punto de la ladera, vio helechos aplastados, como si alguien hubiera atado un caballo, una pequeña pila de bosta de caballo, reciente, el trozo de papel que había envuelto alguna ración de alimento terrano. Aleki había pasado por aquí, entonces. No había desperdiciado su tiempo en aquel espantoso sendero mientras Aleki marchaba en otra dirección. Por lo menos hacía tres horas que había pasado por aquí, pero ella ganaba terreno. Sin duda le alcanzaría antes del anochecer.

El sendero se estrechaba de nuevo cerca de la cumbre, y una vez más los bordes se veían desgastados por el agua y la erosión, unos hilillos de agua seguían descendiendo de cada grieta de la ladera y caían sobre la senda, lavando el polvo y desnudando las rocas. Durante la tormenta, se habían partido algunas ramas de árboles, y una o dos veces tuvo que desmontar y llevar su pony de las bridas para franquearlas. El sol era fuerte, y Jaelle se sintió agradecida, pues así se le secaban las ropas húmedas, aunque aún sentía en la nariz el cosquilleo ominoso del polen del *kireseth*. Le habían avisado que, bajo su influencia, los hombres y las bestias se volvían locos y atacaban, los animales corrían enloquecidos o se acoplaban fuera de la época de celo. También le habían contado otras historias al respecto. Pero ¿no podía creer que le afectara tanto que le diera por arrancar las ropas a Alessandro Li y atacarle! La idea le dio risa. Le gustó tener algo de qué reírse.

Empezó a descender al valle. Desde la cumbre le pareció que otra vez veía un jinete.

Peter está muerto. Han enviado a alguien a buscar a su asesina, yo, para llevarme ante la justicia.

Ahora el olor del *kireseth* era más intenso, y observó que sentía la cabeza pesada. A lo mejor no había visto un jinete, tal vez era una alucinación. De repente *supo* que estaba perdiendo el juicio, pues le pareció oír en alguna parte la voz de Magda que la llamaba por su nombre.

¡Jaelle! ¡Breda!

Pero la voz sólo estaba en su mente. Magda, gracias a la Diosa, estaba a salvo en la Casa del Gremio. Había destruido todo lo demás, pero *esta vez* no la había

arrastrado a sus problemas, no la había involucrado en el asesinato de Peter.

Nada de eso hubiera ocurrido si no me hubiese entretenido discutiendo con Peter. Tenía que haberle ignorado y haber cumplido con mi deber de Amazona, sin preocuparme por ningún hombre, por ningún amante. Entonces me habría marchado con Li... ¡y no tendría que andar persiguiéndole por esta senda olvidada de Dios!

Sus ideas eran demasiado confusas. Mejor sería hacer algo para eliminar el olor del *kireseth*. Se quitó el pañuelo que llevaba al cuello, lo empapó en el agua del arroyo que corría junto al camino, y se lo ató sobre la cara. Era incómodo, ya que le impedía respirar, pero al cabo de una media hora vio que había una fina capa de granos amarillos sobre la tela, de modo que era evidente que filtraba un poco. Pero ¿qué pasaría con Li? ¿Se habría molestado alguien en avisarle de los efectos que producía esta planta? ¿En qué estado se encontraría?

Un conejo astado cruzó el sendero de un salto, y cayó entre las patas de su caballo. *¿Un conejo astado?*

Normalmente se escondían entre la maleza, y jamás se aventuraban a salir... Tuvo que dominar a su caballo, que se encabritó tanto que Jaelle tuvo que aferrarse al pescuezo para no caer. Trató de calmar al frenético animal, consciente de que el conejo que había provocado el incidente estaba tranquilamente sentado al borde del camino. No tenía ningún sentido. ¡Nunca había visto a un animal salvaje comportarse de ese modo!

Debía de ser el polen. Tal vez no era un verdadero viento Fantasma. Pero sí volaba suficiente polen como para afectar a los animales. El conejo astado había desaparecido. ¿Cuánto tiempo se había pasado sentada en la montura, mirando el cielo? Se quitó la máscara y volvió a humedecerla. Estaba repleta de granos amarillos. ¿Cómo estaría su caballo? Es más... ¿cómo habría afectado al caballo de Li? ¡Ni siquiera sabía si tenía un caballo de montaña, habituado al polen, o un caballo que quedaría afectado de inmediato!

El camino bifurcaba, y su caballo se detuvo, agachando la cabeza para comer la verde hierba que crecía en el triángulo formado por las sendas. Desmontó para buscar agua con que humedecer la máscara, y miró los rastros en el lodo. ¿Hacia dónde habría ido Alessandro Li?

Había quebrantado su Juramento tantas veces... Pero al menos su obligación ahora era clara. Se había hecho personalmente responsable de este hombre. Su seguridad era su mayor prioridad.

¿Y qué le haría el kireseth a su bebé?

Con desesperación, trató de recordar las charlas de las parteras de la Casa del Gremio. Habían advertido sobre los efectos de ciertas medicinas o hierbas que podían causar daño a un niño incluso en la matriz, pero como ella había estado tan segura de que jamás desearía un niño, apenas si había prestado atención. Miró los caminos que se abrían ante ella. Uno debía ir por las cumbres hacia el sur, doblando en Edelweiss, aunque no era una ruta directa. Por allí había algunas granjas, una o dos aldeas, y una

hilandería donde se confeccionaban los hilados de algodón que hacían los habitantes de las laderas —telas rústicas, teñidas con hierbas que le daban el tradicional diseño de tartán—. El otro camino, cuando estaba nevado, debía conducir, por serpenteantes senderos de montaña, hasta Armida, y si Li había estudiado el mapa y tenía un buen sentido de la orientación, sería la ruta que habría tomado. A un lado había una pista para ganado, muy transitada y apisonada por las patas de caprinas. Li nunca hubiera decidido seguirla.

Jaelle volvió a montar y tomó la ruta a Armida. Sin duda, ahora alcanzaría a Alessandro Li en menos de una hora. Debía de haber seguido este camino. Puso en marcha el caballo, pero algo la molestaba.

La lisura y la amplitud de la pista para ganado. Apisonada y alisada por los cascos. ¿No pensaría Li que ése era el camino? Sólo porque *era* ancha, llana, y alisada por los animales...

No. Sin duda había visto las huellas del ganado y las había reconocido. Se había dado cuenta de que, en los últimos diez días, sólo habían pasado por allí animales de cuatro patas.

¿O no?

Detuvo el caballo, tirando de la brida, e hizo girar al animal. En medio de brillantes colores, estalló en su mente una imagen alucinante: Aleki, tirado en medio del camino, insensible...

Debía volver y al menos buscar en la pista para ganado las huellas de algún jinete solitario. ¡Condenado hombre! ¿Es que ni siquiera era lo bastante sensato para quedarse en lo que evidentemente era un camino? Pero durante los últimos meses pasados entre los terranos, Jaelle había visto muchas fotos, y ahora podía —a veces— imaginarse un poco cómo veía el mundo un terrano. Al observar la lisa pista para ganado, empezó a verla cada vez más como un camino principal..., algo más parecido a un camino que las otras dos rutas. La pista no conducía a ninguna parte, sino a los interminables e insondables desfiladeros a los que nadie podía acceder, salvo las caprinas, y a cañones y amplios espacios abiertos. Pero, desde luego, a Aleki le habría parecido una ruta construida por el hombre, alisada artificialmente.

Seguro que le habían avisado, allá en Thendara. Pero no. Probablemente había mirado el mapa aéreo y había buscado alguna ruta directa hasta Armida, y tal vez le había parecido que *ésta* era la ruta. Y si había aspirado suficiente polen de *kireseth*, incluso podía haberla *visto* como un camino.

Hasta podía haber tenido alucinaciones y pensar que se trataba de un camino pavimentado, al estilo terrano.

Ahora estaba casi segura. Condujo a su caballo por la senda. El pony resopló —no le gustaba el olor de las caprinas—, y ella tuvo que espolearlo para que avanzara hacia el terreno accidentado, sólo usado en el verano para pastoreo de las caprinas y demás ganado. Debía de haber por aquí manadas salvajes, que sólo eran controladas una o dos veces al año, y en raras ocasiones esquiladas o usadas como carne. Siempre

había valles escondidos en zonas así, aunque ella nunca había visto aquel tramo en particular, y sin duda había, en alguna parte, un valle inaccesible donde florecía el *kireseth* año tras año. El sol le calentaba la espalda, y la luz que centelleaba la deslumbraba, y generaba espejismos en la senda, como surtidores de agua. Era muy fácil perderse en esta zona y no salir de ella jamás.

Hacia poco que había pasado por aquí un jinete solitario. Por su mente cruzó una escena de brillantes colores, como uno de los pequeños vídeos de los monitores de seguridad del Cuartel General: Aleki, con su delgada figura envuelta en un abrigo azul brillante, y el pelo en desorden, se recostaba contra el lomo de su caballo en medio de la lluvia. Estaba en la misma senda y no podía estar lejos. Pero la imagen fue rápidamente sustituida por otra aún más brillante en la parte interior de sus párpados: Aleki yaciendo sin vida (*¡Como Peter! ¡Como Peter, que yacía muerto en el Cuartel General!*), con las piernas y los brazos en cruz, la cabeza recostada contra una piedra mientras, a su lado, el caballo mordisqueaba, sin prisa, matas de hierba. ¿Qué debía creer?

Entonces fue cuando volvió a oír a Magda.

Mejor sería que volviera a humedecer su pañuelo. Sentía la cabeza pesada, y el aire resplandecía. Las imágenes se sucedían: Aleki trepando por una senda empinada, y tendiéndose por un momento, medio desnudo, debajo de un curioso árbol espinoso, algo que nunca había crecido ni crecería en Darkover, junto a las orillas de un extraño lago, mientras el árbol se agitaba con las ráfagas de un viento desconocido e invisible. Estaba desnudo, erecto, y extendía las manos hacia ella con un gesto de urgencia que hizo que Jaelle se sobresaltara. Parpadeó, y la imagen desapareció.

¿Aleki? ¡Jamás! Seguro que era culpa del polen... ¿o acaso habría captado alguna azarosa imagen erótica de la mente o la memoria de él? Aquello significaba que debía de estar bastante cerca. Pero Jaelle observó que tenía las manos sudadas y que el corazón le latía muy rápido, como con pánico. Nunca había sentido el menor interés sexual por Alessandro Li, hubiera jurado que era imposible que lo tuviera, y el hecho de que fuera capaz de ver esa clase de imágenes mentales, aunque fueran alucinaciones, la aterrorizaba. No eran suyas. Ni siquiera quería reconocerlas como visiones propias.

Durante más de una hora avanzó por la senda, que fue haciéndose más angosta, y que de repente se dividió en seis u ocho sendas más pequeñas, que se dirigían hacia pequeños desfiladeros.

Si Aleki había llegado hasta aquí, seguramente se habría dado cuenta de que era un punto muerto, que no era en absoluto una ruta. Sin duda su buen sentido le habría obligado a regresar.

Si es que aún le quedaba algo de cordura después de tantas horas de exposición al kireseth.

Debía de yacer en alguna parte, muerto o incapacitado o... —recordó la súbita fuerza erótica de su alucinación— terriblemente intoxicado con el *kireseth* y sin saber

lo que había ocurrido.

¿Le habría avisado alguien de los peligros de las hormigas-escorpión o de las hojas de faz verde? Seguro que no. Como ella había pensado acompañarle y guiarle en su primera experiencia de campo, había confiado en eso. Se había hecho personalmente responsable de él. Y ahora había vuelto a traicionar su palabra.

He fallado..., he fallado en todo y a todos.

Miró el cielo, con los ojos entrecerrados para poder ver a través de lo que le parecían telarañas de color. Las nubes cubrían el sol. El día estaba avanzando: había perdido tiempo. Miró a su alrededor, con furia, consciente que se podía pasar la vida buscando en este terreno accidentado, sin encontrar nunca al hombre solitario y su caballo. Él podía morir de hambre aquí. Le había perdido. Había fallado otra vez. Y parecía que volvería a llover, más fuerte que antes. Al menos eso asentaría el polen del *kireseth*, y se le aclararía la mente.

Se esforzó por ver lo que había más allá de las capas de extraños colores, y vio cañones de desfiladeros y acantilados a ambos lados. Había cavernas allá arriba. Podía intentar protegerse de la lluvia, tal vez incluso encender un fuego —llevaba comida y podría hacer un poco de té de corteza, que tal vez le aclararía la mente—. Sin embargo, se sentía invadida por la angustia. Aleki yacía en una de esas grietas, inconsciente, pero aún vivía.

¡Ojalá hubiera permitido a lady Rohana entrenar su *laran*! Podría haberlo usado para localizar a Aleki, para ver hacia dónde había ido. Pero había sido egoísta y arrogante, y había desechado todas las obligaciones y las responsabilidades que implicaban ser Comyn.

Si salgo con vida, iré a rogar a Rohana que me enseñe. Eso me hubiera permitido cumplir con mi deber. Siempre creí que tenía poco laran, y sin embargo, ahora sé que podría haber aprendido a usar el que tengo. Maté a Peter, sacrifiqué la vida de Aleki, todo por no aceptar las cosas tal como eran.

Le parecía que, al revisar toda su vida, no encontraba sino fracasos, desde el momento en que se había alejado..., se había alejado...

Estaba de pie sobre las arenas del desierto, y el sol se despertaba...

Un gran pedazo de arena tan ensangrentado que era rojo como el sol naciente... Por primera vez en su vida, Jelle vio, despierta, el rostro de su madre. Y quedó atrapada en el dolor y el terror de su madre, y con un esfuerzo desesperado, consiguió matar aquel recuerdo y silenciarlo...

Fue entonces cuando bloqueé mi laran, porque no pude soportar el terrible dolor de su muerte. Murió, abandonó la casa de Jalak sabiendo que moriría, para que yo no creciera encadenada. Murió para que yo pudiera ser libre, y no pude aceptar haber sido causa de su muerte.

Ella me liberó. Pero yo volví a encadenarme con esa culpa...

Y ahora no sé cómo abrir todo lo que cerré.

Maté a Peter porque no pude tolerar recordar. Le golpeé ciegamente, y le maté.

Como maté a mi madre...

Se obligó a montar otra vez, aunque el esfuerzo la dejó jadeando. Le dolía todo; llevaba tiempo sin montar, y ahora se había pasado cabalgando casi tres días. Eso tampoco sería bueno para el bebé, pensó. Pero también era demasiado tarde para pensar en eso. Tendría que haber pensado en el bebé antes de concebirlo. O antes de matar a su padre...

Oh, deja de preocuparte. Creciste escuchando la historia que te contaba Camilla: Rafaella, estando de viaje, apenas si tuvo tiempo de sacarse los pantalones antes de que el bebé naciera, y luego volvió a casa cabalgando. A la niña no le pasará nada, está cómoda y protegida allá adentro.

Y sin embargo, le parecía que, en alguna parte, su bebé estaba llorando. Pobre bebé. Nadie la quiere. Su padre la quería, pero está muerto. ¿Qué será de ella?

Seguro que Aleki había regresado al camino principal, o al menos lo había intentado. Pero de ser así, ella le habría visto. Seguro que yacía en uno de los cañones, muerto o drogado por el *kireseth*, o tal vez su caballo le había tirado y estaba desmayado... Tenía que bajar a buscarle, era lo menos que podía hacer, ya que había dado su palabra. Ignoró la voz racional que le decía que buscar una hoja en un bosque de nogales era más simple que lo que se proponía. Siguió adelante, esforzando su mente con desesperación para encontrar rastros de Aleki.

No. Debía regresar al camino, al camino principal, o al menos intentarlo. Si llegaba a alguna de las aldeas, podría organizar un grupo de rescate. Y seguía oyendo la voz de Magda que la llamaba por su nombre.

No. Era el viento. Grandes masas de nubes se desplazaban por el cielo, los árboles a su alrededor se agitaban y gemían. Una rama le golpeó la cara. Volvía a estar en una de las pequeñas sendas que ascendían por la pared del cañón. ¿Por qué? ¿Qué la había impulsado a elegir ese camino? En su mente sólo había una idea: que Aleki estaba en algún sitio, por delante de ella, que en lugar de bajar a alguno de los cien pequeños valles del fondo del cañón, había preferido cabalgar hacia arriba, para tener una vista panorámica del valle y descubrir en qué punto se había equivocado de camino. Inteligente. Pero si hubiera sido inteligente de verdad, nunca habría salido solo, sino que la habría esperado para que le guiara, puesto que ella había dado su palabra de honor de protegerle.

Pero él tampoco confiaba en su palabra. Ella era darkovana y él, con todos sus prejuicios, la menospreciaba, y la consideraba nativa. ¿Cómo no iba a marcharse sin ella? Ahora que ya era demasiado tarde, a ella le pareció que le comprendería. Para Aleki, Jaelle había sido una de las personas que le habían impedido cumplir con lo que él consideraba su deber: averiguar qué le había ocurrido a Carr, y cómo encajaba eso en el esquema peculiar que convertía Darkover en un caso especial y diferente de los demás planetas incivilizados del Imperio.

Pero fue culpa mía, Jaelle. Yo mencioné a Carr en su presencia, yo puse a Aleki tras la pista de Carr; creí que Carr era de Inteligencia, y que tenía una cobertura

perfecta, y hable demasiado. De veras, fue culpa mía, no tuya.

La voz resonó con tanta claridad en su mente, que Jaelle se dio la vuelta y se sintió desconcertada al no ver a Magda cabalgando junto a ella. Incluso podía oír el ruido de los cascos del caballo de su amiga.

El sendero ascendía, y sentía el viento caliente en su rostro, como el viento del desierto de aquel viaje desde Shainsa, aquel viaje que nunca había querido recordar. Kindra y Rohana habían cargado a su hermanito envuelto en los restos de la capa de su madre. Habían pedido a Jaelle que lo sostuviera, que jugara con él, pero ella se había negado. Nunca antes había recordado aquel viaje, pero ahora recordaba haber yacido, como un bulto gimiente, en brazos de Kindra. Había sangrado. Lo había olvidado. Sólo recordaba que significaba que sería encadenada, pero ni siquiera podía contarles sus temores. Su único miedo era que lo descubrieran. Se le pasó en uno o dos días, antes de llegar a Thendara, y cuando volvió a ocurrirle, ya estaban en la Casa de las Amazonas y ella había perdido el miedo y había olvidado que le había ocurrido antes; para entonces ya había aprendido lo suficiente como para enorgullecerse, porque aquello significaba que era una mujer. ¿Por qué se había olvidado de todo esto hasta hoy?

Mi hermanito. Debe de tener dieciséis o dieciocho años, he perdido la cuenta... Ni siquiera recuerdo haberle mirado. No tiene padre, madre ni hermana; es un huérfano de verdad. ¿Qué fue lo que Rohana dijo de él? Que era servidor juramentado de Valdir Alton. Pero si vivo, tendré que ir a ver a mi hermano y pedir perdón también a él.

Y por primera vez recordó las palabras pronunciadas por Rohana durante aquel viaje, palabras que su miedo había borrado.

¿Por qué no tratas de consolar a tu hermanito? Tú tuviste a tu madre durante once años. Él no tiene a nadie.

Yo podía haberle ayudado. Al menos podía haber sido una hermana para él, aunque no una madre. He fallado en todas las relaciones humanas de mi vida, y ahora he matado a Peter. Con dejarle era suficiente. Y ahora es demasiado tarde. Demasiado tarde para cualquier cosa.

El cielo se colmaba ahora de nubes ominosas, que parecían desplazarse por su cuenta, independientemente del viento.

Por aquí, Jaelle. Cuando llueva, este terreno se inundará. Sigue subiendo.

Otra vez se dio la vuelta para buscar a Magda y descubrió que su amiga no estaba. Volvía a tener alucinaciones. También había fallado a Magda, si es que de verdad la estaba siguiendo hasta aquí, a este terreno salvaje y sin caminos, donde moriría.

Entonces fue cuando los vio.

Oyó el ruido de los cascos antes de ver a los jinetes, cabalgando hacia ella.

Una legión de hombres a caballo, fila tras fila, cabalgando a galope tendido, y sobre ellos flameaban los estandartes del Comyn, arremolinándose en un viento irisado. Sus capas de colores eran como torbellinos contra los flancos de los

caballos, y cabalgaban por el cielo, y los cascos golpeaban las nubes como si fueran el suelo del cañón. Jaelle oyó el golpeteo de un millón de cascos, como un trueno, que perforaba el aire agitado y provocaba pequeños surtidores de nubes, como polvo. Entonces el estandarte de Aillard tembló en el cielo, y debajo de él, vio a una mujer que cabalgaba.

Era alta y pelirroja, magnífica. Iba vestida de azul, su cabellera era dorada, como si toda ella fuera una campanilla de kireseth, como el retrato de Cassilda que estaba en la antigua capilla. Sin embargo, a través del azul centelleaban las vestiduras rojas de una Celadora. Mi niña, mi hija..., ¿para esto te concebí? Tan terriblemente joven, tan perfecta en su austeridad de virgen. Y detrás de ella galopaban los hombres del Comyn, conducidos por otra leronis de rojo, en realidad hombres y mujeres con ropas de las Torres, de color verde y azul, rojo y blanco, persiguiéndola para atraparla, con cuchillos, obligándola a subir por el cañón, y el hombre que cabalgaba junto a ella cayó bajo los cascos, vio que su cabeza estallaba y la sangre manchaba el vestido... Ahora veía los caballos, oía el golpeteo de los cascos y olía el sudor rancio, pero estaba congelada, era incapaz de apartar los ojos del rostro de la joven...

El dolor la desgarró. Una nube de polvo —de polvo real— la ahogó de pronto y el mundo volvió a quedar enfocado. Salido de la nada apareció un jinete que llevaba un pañuelo atado sobre el rostro, delgado y ágil, que la recogió del camino, la tomó del codo, y empujó su caballo.

—¡Rápido! ¡Por aquí! ¡Jaelle, despiértate, date prisa! ¿No te das cuenta?

Era una locura pero era la voz de Magda. Otra alucinación, sin duda, pero la voz de Magda sonaba furiosa. Mejor sería irse con ella para que se tranquilizara. Jaelle espoleó a su pony y siguió ascendiendo por el sendero. El retumbar de los cascos aún persistía, pero los jinetes ya no estaban en el cielo. El sonido procedía de abajo, y su caballo se debatía para no perder pie en el empinado sendero junto al desfiladero. Pero cuando Jaelle intentó hablar, decir que todo esto era una locura, el trueno se lo impidió. Caprinas. Miles, en una estampida por el fondo del cañón, golpeando, corriendo, un mar de ganado moviéndose por la estrecha grieta en una impasible marea de cuernos, cuerpos enredados, cascos... ¡en el lugar mismo donde ella se había quedado parada con su pony!

La estampida pasó, y siguió. Jaelle temblaba.

Podía haber muerto. Podía haberme quedado allí sentada, drogada por la visión producida por el kireseth, y dejar que me arrollaran... Y Magda, Magda. De verdad está aquí y una vez más me ha salvado la vida.

El resto de la manada acabó de pasar, atropelladamente, empujándose. Una rezagada baló. Unas cuantas bestias, empujadas, se salieron del sendero y desaparecieron de su vista. Después, ya no quedó ninguna, aunque el ruido de su paso todavía hacía temblar el suelo. Y cuando el ruido se convirtió en un trueno distante, empezó a llover, como si el cielo se hubiera abierto y de él cayera el agua a baldes.

Magda extendió la mano bajo el súbito diluvio.

—Por aquí —dijo—. Vi una cueva arriba.

La luz se fue esfumando mientras ascendían, y cuando por fin llegaron, sólo quedaba una sombra penumbrosa contra la ladera. Jaelle se deslizó, temblando, de su montura, y condujo al pony al interior.

Magda la siguió.

—Te vi... —dijo, con terror en la voz—. Allí sentada, quieta... y las caprinas que bajaban por el cañón como llevadas por el viento...

—¿Qué fue... lo que produjo la estampida? —se oyó preguntar Jaelle—. ¿Fue... el *kireseth*...?

—¿Eso fue? ¡Yo no lo sabía! Pero hay torrentes de agua allá arriba, cayendo al cañón —dijo Magda, y asomó la cabeza—. Mira.

Por donde habían estado cabalgando corría ahora un muro de agua, casi un río que inundaba el cañón. ¿Se ahogarían las caprinas o conseguirían llegar a un terreno más alto? Magda se asomó tanto que Jaelle se asustó, porque la veía suspendida sobre el cañón, en la boca de la cueva. La hizo entrar de un tirón.

—La marca más alta del agua está a más de un metro por debajo de esta cueva —dijo—. Estaremos a salvo aquí. —Desensilló su caballo y retiró las alforjas—. Bien, *breda*, estamos mejor que en el Paso de Scaravel. Al menos no creo que encontremos *banshees* aquí.

A Jaelle ya no le sostenían las piernas. Se quedó aferrada a su caballo, incapaz de moverse. Magda se volvió para decirle en tono seco:

—Será mejor que desensilles y que te pongas ropa seca, si es que tienes. ¿Tienes algo para encender el fuego? Hay mucha madera acumulada aquí y mira... allí está el círculo de piedra donde encenderlo. Este lugar debe de ser un refugio habitual de los pastores.

Pero las piernas de Jaelle no querían moverse, y al final, Magda se acercó y la tendió sobre su capa extendida.

—Acuéstate, entonces. Sal del medio mientras yo enciendo el fuego.

Otra vez eludo las cosas. He fallado. Hasta he involucrado a Magda, a Magda, en mis fracasos. Mi madre murió por mí. Le fallé a Rohana cuando quiso darme mi herencia de laran. Le fallé a, mi hermano. Y a mis hermanas de juramento. Y a mi bebé. Y a Peter...

Magda había cubierto la entrada con una manta para proteger la cueva del viento, y estaba arrodillada junto al círculo de piedras, avivando el fuego. Su oscura cabellera estaba empapada, y le caía en pequeños mechones sobre el rostro. Se había quitado la camisa y la túnica interior, también empapadas. Cuando el fuego se encendió y empezó a crepitar el humo hizo toser a Jaelle. En el techo de la cueva, alguien había hecho un pequeño orificio y construido una rústica chimenea. Muy pronto Magda empezó a hervir té en un pote. Llevó a Jaelle una taza de arcilla, y se la alcanzó hasta los labios. Jaelle lo probó, era muy dulce, le dio asco y alejó la taza. Magda volvió a

acercársela.

—Jaelle —le dijo con severidad—. Estás en estado de *shock*, y el azúcar es lo mejor en estos casos.

Jaelle tragó, obediente, y sintió que la cabeza se le aclaraba un poco.

—Me has vuelto a la vida —dijo al cabo de un rato—. ¿Cómo llegaste justo a tiempo?

—Hace apenas dos días que te estoy rastreando —explicó Magda—. ¿Qué te pasó, por qué te fuiste de este modo... sola, embarazada, con una tormenta en ciernes? Debes de haber estado loca.

—Eso es lo que dijo Peter —susurró Jaelle—. Me amenazó con hacerme drogar. Encadenar...

—Peter nunca lo hubiera hecho —dijo Magda, incrédula—. ¿Te crees que es de las Ciudades Secas?

Entonces captó la imagen en la mente de Jaelle: ataduras, tal vez ella misma atada a una cama de hospital, en el Cuartel General... Se arrodilló junto a su amiga y la abrazó.

—Oh, cariño, no te habrían hecho daño..., de veras que no... —susurró—. Me doy cuenta de cuánto te asustaste, pero no te hubieran hecho daño... y Cholayna o yo les habiéramos dicho que no estabas loca...

—Le maté —susurró Jaelle, y su voz era sólo un hilo, y horror—. Maté a Peter. Le dejé allí tendido, muerto, en el Cuartel General... ¡en el suelo de nuestra habitación!

—No te creo —dijo Magda con voz queda—. Creo que deliras y no sabes qué hiciste. De momento, quítate esa ropa húmeda. No podemos tener el fuego encendido toda la noche..., tenemos que ahorrar madera por si nieva. La de fuera está toda mojada.

Pero Jaelle se quedó quieta, como atontada, y al final Magda tuvo que desvestirla como si fuera una niña y envolverla en una manta. Con las ascuas del fuego, Magda tostó un poco de carne seca, y trató de persuadir a Jaelle para que comiera un poco, pero aunque lo intentó, la joven no pudo masticar ni tragar. Magda le puso ropa interior y una túnica seca, y colgó sus pantalones cerca de las brasas.

—Estaba aterrada —dijo al fin—. Estabas completamente absorta..., estabas en medio del sendero con todas esas caprinas corriendo en estampida por el cañón, y la inundación que se avecinaba. Y además no dejaba de ver..., sé que sólo eran nubes, pero parecían... bueno, vi a todos los señores del Comyn desfilando en las calles de Thendara con sus estandartes, sólo que esta vez no se trataba de un desfile. Perseguían a una muchacha... una muchacha pelirroja, y era parecida a ti, Jaelle, y por un momento pensé que *eras* tú. Y todos ellos pasaban al galope por encima de mi cabeza, y entonces supe, a pesar de la alucinación, que la estampida era real, porque tú ya no estabas en el cielo, vestida con ropas de Comyn, sino aquí abajo, en el cañón, justo en medio de la estampida... —Se estremeció y abrazó a Jaelle.

—Yo vi lo mismo —susurró Jaelle, pero el ruido de la lluvia ahogó sus palabras y tuvo que repetir las. No había notado que la muchacha de la alucinación tenía su rostro. Una convicción irracional le repetía *era mi hija, y el Comyn la matará*.

Magda permaneció un rato en silencio.

—He oído que el *kireseth* puede afectar de forma extraña la mente de las personas —dijo al fin—. Sabes que hay un tráfico clandestino de resina de *kirian* en Thendara. La sustancia viene de las llanuras de Valeron, y hay gente que la bebe por las alucinaciones que produce. Está prohibida en la Zona Terrana, por supuesto, pero la gente va a buscarla a la zona darkovana, igual que con las mujeres. Si las dos hemos estado aspirándola, bien, eso explica... Bueno, ya pasó.

Puso migas de pan dentro del té de corteza y alimentó a Jaelle, dándoselo en la boca como si fuera una niña. Jaelle tragó obedientemente. No recordaba cuándo había comido por última vez. La comida y la infusión caliente disiparon los últimos restos de confusión en su mente. Hasta el espantoso horror del asesinato cedió. Tal vez Magda tenía razón. Tal vez su memoria le estaba jugando una mala pasada. Si podía recordar cosas que había olvidado desde la muerte de su madre... ¿cómo podía confiar en su memoria? De todos modos, ahora no podía hacer nada al respecto.

—No comprendo —dijo por fin, con voz temblorosa—. ¿Cómo es que estás aquí? Se supone que tu tiempo de reclusión aún no ha finalizado. Si traicionaste el Juramento por salvarme la vida... no valía la pena, Margali. No soy digna de eso.

—En este momento no eres el mejor juez al respecto —replicó Magda con frialdad—. Duérmete. La verdad es que no quebranté el Juramento. Camilla me dio autorización para irme. Te quiere, y por lo visto, no te has dado cuenta. —Su rostro era tan sombrío que Jaelle no pudo soportarlo. Completamente exhausta, cayó en un insondable abismo de sueño.

Cuando despertó, del fuego sólo quedaban ascuas muertas que iluminaban la oscuridad con diminutos ojos rojos, y Magda estaba acurrucada junto a ella. Pero al oírla, se dio la vuelta.

—¿Estás bien?

—Me has vuelto a salvar la vida —susurró Jaelle—. Oh, *breda*, creí que era tan valiente, y soy una cobarde, y he fallado en todo, no tendrías que haber arriesgado la vida por mí...

—Calla, calla —susurró Magda, abrazándola—. Todo va bien.

—Piedro..., tú sabes que le he matado...

—Me lo dijiste —dijo Magda con suavidad, pero Jaelle captó los pensamientos de su amiga, con telarañas de colores en la curiosa oscuridad: *No creo que hayas hecho nada por el estilo...*—. Olvídate de Piedro.

—¿Por qué habría de olvidarme? —le espetó—. ¡Ya lo olvidaré en el momento adecuado, y como quiera! —No sabía por qué sentía esa furia asesina—. ¡No eres tú

quién para decirlo!

—Jaelle, sólo quise decir... lo siento por él. Uno de estos días, Montray conseguirá echarlo de Darkover...

Era demasiado tarde para eso. ¿Qué era lo que Peter había dicho sobre Carr? *La muerte termina legalmente con las responsabilidades y los privilegios de un ciudadano*. Ahora él ya no tenía ninguna de las dos cosas.

—Y tú eres todo lo que Peter tiene. Tú y el bebé.

—¡Yo no le pertenezco! ¡Ni tampoco mi bebé!

—Él piensa...

—¡Y por eso le odiaba, y por eso le maté! Quería ser mi dueño, mío y del bebé, como si fuéramos juguetes, cosas...

Magda le tomó la mano, para tranquilizarla.

—No debes hablar de esa manera —le dijo.

Tal vez al verla actuar de esta manera, Peter tuviera razón al pensar que algo no andaba bien en su cabeza. Me pregunto... ¿es posible que le haya matado? Pero hasta Keitha, llegó a la conclusión de que no valía la pena, matar a su esposo, sino tan sólo darle la espalda y abandonarle..., y Jaelle ha sido Renunciante durante toda su vida...

—No, no lo fui... —susurró Jaelle—. ¿Recuerdas cómo lloraste cuando prestaste Juramento? Yo nunca lo hice. Yo..., para mí era tan sólo la confirmación de algo que ya había decidido mucho tiempo antes, y me sentía feliz. Yo... yo no estaba renunciando a *todo*, y hasta que conocí a Peter no supe que había algo a lo cual renunciar... Yo... había olvidado tantas cosas, me había cegado a tantas cosas...

De repente se echó a llorar.

—Mi madre..., no podía recordar el rostro de mi madre, recordar que sus manos estaban encadenadas, hasta que Peter intentó cargarme de cadenas..., eso fue lo peor, que él no sabía lo que estaba haciendo. Pero yo soy Renunciante, tenía que haberme dado cuenta. Nunca debí haber permitido que las cosas llegaran tan lejos. Cholayna... —la voz se le quebró en un sollozo—. También la podía haber matado. Si hubiera llevado un cuchillo, lo hubiera usado cuando me recordó que en realidad yo era una mujer de las Ciudades Secas, pero es cierto, es cierto, ellos no nos encadenan, nos encadenarnos solas.

Seguían en contacto telepático, entregadas y abiertas.

Pensé que era suficiente con decirle no a todo esto, pero ése es tan sólo el principio. Todas las mujeres que se han unido a las Amazonas, y que han luchado y llorado durante las Sesiones de Entrenamiento y han salido libres, han crecido hasta lograr la libertad, pero yo había fingido no tener nada de qué liberarme.

Nunca había sabido nada de esas luchas. Ahora sabía por qué eran necesarios los golpes, las cadenas, la amenaza de un embarazo fatal, para alejar a una mujer de su marido. Aferró a Magda por la muñeca y sintió el dolor en su propio brazo, pero no la soltó hasta que Magda, con toda suavidad, le tomó la mano y le aflojó los dedos.

—Ellos no nos encadenan. Nos encadenamos solas. Voluntariamente. Más que voluntariamente. Pedimos las cadenas... ¿No es eso lo que significa ser una mujer?

—Por supuesto que no —dijo Magda, perpleja y asombrada—. Significa... ser dueña de tu propia vida, de tus acciones...

—Y de la vida de los hijos. Yo no quería este bebé, lo hice para complacer a Peter...

Qué cosa enfermiza, querer ser dominada por él...

—Cariño —le dijo Magda con suavidad—, seguro que no fue exactamente así...

Podía verse a sí misma a través de los ojos de Magda, durante el primer arrebato de pasión, el calor del primer amor verdadero.

Estaba dispuesta para una relación amorosa, eso era todo. Hubiera sido más cuerdo y más sabio tomarte a ti como amante, Margali... ¿Crees que él hubiera arriesgado su vida por mí, incluso la primera vez? Y tú..., sé que hay una vida entre nosotras...

Tú sabes que te quiero, Jaelle, y ahora yo sé cuánto, pero estás enferma y exhausta... No es momento para esta clase de decisiones bredhya...

Magda recordó que Camilla le había dicho algo muy parecido cuando se había quemado combatiendo el incendio. Acunó a Jaelle en sus brazos, como una niña.

Como mi madre. En realidad no puedo recordar a mi madre, pero murió para que yo fuera libre, y yo la traicioné, volviendo a encadenarme...

Magda la acunó con dulzura, arrullándola.

De modo que Jaelle va a tener una criatura, a pesar de que ella misma es una criatura. Me gustaría poder parir en su lugar.

Pero cuando los sollozos de Jaelle se calmaron, la acostó y la arropó debajo de las mantas.

—Te prepararé un poco de té. Lo necesitas. ¿Te parece que podrás comer algo?

Jaelle estaba acostada, tranquilizada por los cuidados de Magda. Tardó en contestar.

—Aleki —dijo—. Debe de estar muerto. Primero el Viento Fantasma, y la estampida, y después la inundación...

Magda gateó hasta la entrada de la cueva y levantó la manta. Llovía, y miró hacia abajo, hacia el valle. A través de los ojos de Magda, Jaelle vio el torrente pardo y lodoso que colmaba el cañón, en el que flotaban árboles muertos y también una caprina muerta, hinchada, con la panza hacia arriba y las patas tiesas y erguidas hacia el cielo.

—Tal vez haya encontrado una cueva donde protegerse antes de la inundación —dijo Magda—. No perdamos las esperanzas todavía. Hay muchas cuevas allí arriba.

Jaelle la sorprendió al decirle:

—Creo que si él estuviera muerto, yo lo sabría.

Por un momento, durante la locura provocada por el *kireseth*, había establecido contacto con la mente de Aleki. Después de eso, seguro que lo hubiera sentido morir,

en caso de que hubiera muerto.

Magda le alcanzó el té y Jaelle se incorporó para beberlo.

Magda volvió a gatear hasta la entrada y miró el valle inundado.

—¡Gracias a la Diosa! —dijo, prosaica—. Traje alimentos de viaje para diez días. Pasaré algún tiempo antes de que podamos salir de aquí. —Volvió y tocó la frente de Jaelle—. De todos modos —prosiguió—, no estás en condiciones de montar. Vuelve a acostarte. No podemos hacer nada, así que puedes descansar. Esa clase de viaje a caballo no puede ser bueno en esta etapa de tu embarazo. Ni me importa lo que le haya ocurrido a Rafaella. Es probable que tú no seas tan fuerte como ella, y nada de esto puede haberte hecho bien...

¡Nunca he querido este bebé! Sería mejor que no naciera nunca. Sabiendo que asesiné a su padre...

Y ella, lo cree. Una obsesión así... podría llegar a producirle un aborto...

¡Pues mejor!

La oleada de culpa y de desdicha fue tan grande que Magda se acercó y volvió a recostarla con dulzura sobre la manta.

—Lo mejor que puedes hacer es descansar, y no preocuparte.

Pero cuando Jaelle volvió a caer en un sueño inquieto y plagado de pesadillas, Magda volvió a la entrada de la cueva y se quedó allí, contemplando la lluvia interminable que hacía crecer el torrente que corría por el cañón. Podrían estar allí varios días, diez. Nadie sabía que estaban allí. No le gustaba la mirada febril de Jaelle, la ardiente y casi delirante intensidad de sus pensamientos. Ahora ya daba por hecho que ambas compartirían las ideas si existía entre ellas un gran contacto. Bien, lady Rohana le había dicho una vez que potencialmente tenía un *laran* fuerte, y Camilla se lo había confirmado, a su manera, aunque había logrado aislarlo de ella, durante largo tiempo. Las intenciones de Camilla habían sido buenas... en realidad, lo había hecho por puro amor, pero aquello significaba que no había tenido oportunidad de aprender a controlarlo y de adquirir experiencia en su utilización. Y ahora algo lo había intensificado. ¿El contacto con Jaelle? ¿La exposición a la resina del *kireseth*, tan psicodélica?

No obstante, *había* ocurrido y ahora debía enfrentarse a eso, una enorme sobrecarga de nuevos datos sensoriales que todavía no había aprendido a procesar. Le parecía que podía verlo todo a su alrededor, como si no sólo tuviera ojos en la nuca sino también en el cráneo y en varios lugares del cuerpo, que le permitían ver tanto los muros posteriores de la cueva como también el cañón inundado que estaba debajo, los pequeños roedores que se escurrían por las paredes, los mamíferos nocturnos que hibernaban en nidos de pajitas que pendían del techo de la cueva. Podía sentir el cuerpo de Jaelle como si estuviera arraigado en la ampliación de sus propios sentidos... ¿Así era estar embarazada, sentir a *otro* ser dentro de una misma?

Dentro de Jaelle, percibió un dolor dormido pero preparado para despertar. Exploró más profundamente y captó su conciencia dormida más abajo, donde la criatura se acurrucaba, protegida en la matriz, dormitando, pero consciente...

Yo nunca he querido tener un niño. ¿Será tan sólo que no quería, un hijo de Peter? Creí que sí, pero en algún lugar, dentro de mí, sabía que no. Y ahora sé que lo que sentiría por un hijo es lo que siento por Jaelle, y más, y ya no seré feliz hasta que lo tenga.

Y eso la hizo sonreír, casi con tristeza.

... ¡Porque ahora que sé que soy amante de mujeres, no es muy probable que logre quedar embarazada! Ésa es la única desventaja, que se me ocurre. Tal vez debí tener un hijo antes de decidir esto.

Pero se rió por dentro, porque sabía que al salir de la Casa del Gremio, había dejado esos intentos de autodefinición, y para siempre.

No me considero una amante de mujeres. Hay mujeres a las que quiero, eso es todo, pero lo que pueda ocurrir en el futuro... Bien, haré volar ese halcón cuando le hayan crecido las alas.

Se preguntó por qué, a pesar de su situación desesperada, solas, aisladas por la inundación, con Jaelle enferma, tal vez de gravedad, y tal vez loca, sentía una felicidad tan intensa, como si Jaelle y su bebé estuvieran unidos a algo más grande que ellos, algo que pulsaba en todas las cosas vivas que la rodeaban. En el cielo, en el agua y en la lluvia que caía, en el torrente que fluía, en los árboles que bañaban sus hojas en la lluvia, en la tierra que se entregaba al agua como una mujer a la caricia de su amante..., hasta los animalitos de la cueva y los bichitos que se ocultaban en la paja formaban parte de lo mismo.

¿Estaría todavía un poco drogada por la resina del *kireseth*? No, era otra cosa. Suponía que de haber sido una persona religiosa lo hubiera llamado conciencia de Dios, eso de saber que cada una de las cosas que la rodeaban tenía vida, y que ella también era parte de esa vida. Su amor por Camilla, su intenso amor por Jaelle, la pasión que había compartido con Peter, su efímera ternura por Monty, incluso la sensación de agrado que había sentido al bailar con Darrel, hijo de Darnak, hasta la manera en que había protegido al viejo Coordinador Montray, el dolor que había compartido con Byrna cuando daba a luz, su propio miedo en el camino..., todas estas cosas se reunían como si, por un momento, pudiera ver toda su vida, pura y entera.

Aun a pesar de ser consciente de todo eso, la sensación, notó, empezaba a desvanecerse, y se dio cuenta de que no debía luchar por conservarla, pues sólo conservaría la lucha. Debía dejarla ir. Pero formaría parte de ella para siempre.

Volvió a encender el fuego, y fue a acostarse junto a Jaelle. Ella también estaba cansada, después de la prolongada cabalgata, y debía conservar sus fuerzas para cuando pudieran salir de aquí. Esperaba que Jaelle estuviera en condiciones de montar.

Cuatro veces la noche envolvió la cueva de la pared del cañón. Cuatro veces los amaneceres la tiñeron de rojo, y el tercer día, cuando el resplandor del Sol Sangriento bañó el cañón, la lluvia había cesado, y aquella noche el nivel del agua empezó a bajar. Magda, que había llevado los caballos a pastar en la ladera, se sintió aliviada, pues aunque tenían comida suficiente, el pienso de los caballos había empezado a escasear. Pero pasaría bastante tiempo antes de que el cañón volviera a estar transitable, y les quedaba poca madera seca para encender fuego. Los árboles de resina arderían, incluso húmedos, pero no demasiado bien.

Cuando regresó, Jaelle estaba sentada, y Magda se dio cuenta de que estaba terriblemente preocupada por ella. La mayor parte del tiempo era racional, pero se aferraba a la obsesión de haber asesinado a Peter, y Magda no quería hablar de eso con ella. Jaelle lo creía, eso era todo. En cuanto a Magda, se negaba firmemente a creerlo.

La breve época del Solsticio de Verano empezaba a desaparecer; pronto necesitarían el fuego para sobrevivir. Tenían que prepararse para viajar tan pronto como las aguas del cañón bajaran lo suficiente, aunque los caballos tuvieran que nadar, y para eso, Jaelle tenía que estar más fuerte.

Seguía con fiebre, y por las noches se despertaba gritando, presa de las pesadillas, y Magda tenía que abrazarla y calmarla durante largo rato antes de que reconociera dónde estaba. Toda su olvidada infancia en las Ciudades Secas parecía haber vuelto a ella, y una y otra vez se despertaba gritando, creyéndose encadenada. Magda compartía sus pesadillas, con su nueva conciencia de Jaelle, y por eso insistía en que durmieran en extremos opuestos de la cueva.

—Lo único que hacemos es captar una de las pesadillas de la otra, y amplificarlas —explicó—, y creo que las dos tenemos bastantes.

Pero en realidad hacía demasiado frío, y no tenían mantas suficientes, de modo que volvió a dormir junto a Jaelle, y cuando ésta se despertaba gritando, la abrazaba y la calmaba hasta que volvía a dormirse.

Magda siempre se sentía agradecida cuando la cueva empezaba a iluminarse. Durante el día, aunque Jaelle estaba febril y dolorida era bastante racional, pero Magda se preguntaba si no habría pescado alguna enfermedad en el camino.

Excepto por esa condenada obsesión acerca de Peter. ¿O no era una obsesión?

Por otro lado, Jaelle estaba igualmente convencida de que Aleki seguía vivo.

—Está atrapado en una de estas cuevas, igual que nosotras —insistía, y mientras Jaelle hablaba, Magda tuvo una visión fugaz como un relámpago de Aleki, solo y sucio, incapaz de moverse, tendido.

Está herido. Y tenemos que llevarle de vuelta a Thendara. Si muere aquí, provocará un grave incidente diplomático.

—Y es mi responsabilidad —afirmó Jaelle con suavidad—. Yo me hice

personalmente responsable de él.

—Y yo me hice *personalmente responsable* de que tú cumplirías con tus obligaciones —dijo Magda, rozándole levanté la mano—. Ahora yo estoy en mejores condiciones que tú de cumplir esa promesa. Para eso son las hermanas de juramento.

—Me siento un poco culpable —dijo Jaelle, al cabo de un prolongado silencio—. Yo quería que esta misión fracasara. Y ahora ha fracasado, porque podemos llevarle de vuelta a Thendara... No quería que llegara a Armida ni que interrogara a ese hombre, Carr o *Dom Ann'dra*, o cómo se llame...

Magda esbozó una sonrisa.

—Por lo que vi de él, ese *hombre Carr* sabe cuidarse solo. Entre los dos, yo apuesto por Carr.

—Yo no estoy tan segura. Cuando Li está tras la pista del Comyn, es muy tenaz. Magda. No sabes cuan obstinado es. Yo... yo soy Comyn, aunque antes no me había dado cuenta. Comyn, pero estoy libre de serlo por el Juramento de Renunciante, así que puedo ver Darkover desde ambos lados. Como Comyn y como plebeya. Y he visto los mundos del Imperio mediante sus pantallas. No quiero que mi mundo sea así. Y eso es lo que Li... lo que Aleki quiere.

—Y si alguien lo logra, ése será él —dijo Magda—. Así están hechos los Agentes.

—Y tú eres Agente... —dijo Jaelle, indecisa—. ¿Tú... quieres ayudarle a cumplir esta misión? ¿O estarás de parte de Darkover?

Magda le tomó las manos, con dulzura.

—No es tan simple, cariño. No se puede decir que sea Darkover versus Terra. Ninguno de esos mundos es completamente bueno o completamente malo. Primero, asegurémonos de que está vivo, y luego nos preocuparemos por su misión.

Jaelle habría mejorado si sólo se tratara de un resfriado o un enfriamiento o algún virus gripal. Pero no mejora.

No quería que su amiga notara su grado de preocupación.

Ella misma se había recobrado ya de la fatiga del viaje y del miedo.

Si esto es laran, soy una afortunada. No he padecido la enfermedad de umbral, pensó, sin saber cuántos de estos pensamientos había captado de la mente de Jaelle. Estaba ansiosa por ponerse en marcha.

Tal vez fuera mejor para Jaelle intentar viajar, aunque estuviera enferma. Si hubieran estado en la Zona Terrana, no hubiera vacilado en hospitalizarla.

Está realmente enferma, y no mejora. Así que todo depende de mí. Pero mañana por la mañana, si puede viajar, saldremos de aquí.

Casi al amanecer, cuando en la cueva entraba el frío de la nieve exterior, las dos empezaron a soñar.

Un sol rojo se levantaba sobre rocas dentadas, y había sangre derramada sobre

la arena. Valió la pena, Jaelle. Eres libre. Eres libre. Luego su madre desapareció, no estaba en ninguna parte, como Peter, desapareció, estaba muerta...

No, querida. Estoy aquí. Y también yo soy libre.

Estaba en pie sobre la arena roja, alta y bella, con la cabellera roja sin trenzar, no tenía las trenzas de una mujer de las Ciudades Secas, sino que llevaba el pelo recogido con un broche de cobre en forma de mariposa.

¡Madre! ¡Madre! ¡Vuelve, madre...!

Pero se había esfumado, se había marchado hacia su propia libertad.

Y también yo soy libre.

Había desaparecido la roja mancha de sangre de la arena, pero aún sentía el dolor de su madre, mientras el mundo se disolvía a su alrededor. Y era una niña, que se estremecía en el saco de dormir, de la extraña *emmasca* que la abrazaba, que la tocaba como nunca había querido que ninguna mujer la tocara... no, era Magda la que estaba en los brazos de Camilla... no yo. Nunca pensé en Camilla de ese modo. Por supuesto que no. Camilla fue mi madre, una de las que me hicieron de madre cuando perdí a la mía, cuando no podía recordarla en absoluto. Y yo fui para Camilla lo más próximo a una hija que tuvo. Pero Magda no era la hija de Camilla, así que podía ser su amante...

Y la niña seguía allí, una niña que deseaba tanto vivir...

No, dijo Jaelle, no es posible, chiya, tendrás que volver. Elegir a otra madre.

Pero tú me has elegido a mí y yo te he elegido a ti, dijo la niña.

¿Por qué no podía ver a la niña claramente, por qué sólo oía su voz? Sentía tanto dolor. Su madre había sentido lo mismo y Jaelle no había podido defenderse de ese dolor. Era demasiado. Demasiado. Se estaba destrozando, la torturaban, gritaba, y sus gritos eran los mismos gritos que se habían elevado de la cámara de tortura de Jalak...

No llores, madre. Te esperaré. Volveré cuando me quieras.

Una voz confiada, la de una niña. La niña, con un vestido azul, el pelo dorado rizándose como el polvo dorado de la campanilla de la flor del *kireseth*. Jaelle la vio alejarse, entrar en una nube gris como el lago de Hali, internarse más y más, y sólo cuando ya no pudo ver más a la niñita, sino tan sólo el pálido centelleo azul del vestido, comprendió que se trataba de una verdadera separación.

Otra muerte.

—¡No! ¡No! ¡Vuelve! —gritó una y otra vez, pero era demasiado tarde.

La niña se había ido, y ella lloraba, lloraba porque le dolía tanto, tanto... como la primera vez que había descubierto que sangraba y tenía miedo de decirlo...

—¡Jaelle! —Magda estaba muy pálida, y se inclinaba sobre ella—. Llorabas en sueños... ¿Qué ocurre...?

—Oh, Magda, se ha ido, está muerta, no pude hacerla volver, le dije que no la quería y se marchó...

—¿Quién, Jaelle? Has tenido otra pesadilla, cariño. Cuéntame.

—Mi madre, no. Era mi hija. Y se ha marchado... —sollozó Jaelle—. Quería llamarla como tú, Margali... oh, me duele tanto, me duele tanto...

Magda la abrazó y la tranquilizó, creyendo que se trataba sólo de una pesadilla, pero mientras la tenía en brazos, advirtió que había algo más. Sintió el dolor que invadía el cuerpo de su amiga, y, aterrorizada, descubrió lo que estaba ocurriendo.

Me lo temía. Ha estado muy enferma y ha padecido demasiada tensión. Está teniendo un aborto. Y es demasiado prematuro, no más de cuatro meses. Esta criatura no podría vivir ni siquiera con las máquinas de los terranos.

Y ella, Magda, no tenía ni la menor idea de lo que debía hacer. Sola, sin tener siquiera agua caliente, sin condiciones sanitarias, en una sucia cueva, rodeada de las aguas de la inundación...

Jaelle se retorció y gritaba de dolor, y Magda le tomó las manos.

—Cariño, Jaelle, querida, tienes que ser valiente, tienes que dejar de gritar y hacer todo lo posible por controlarte.

No quiero que mueras. Y éste no es lugar para abortar. Yo no sé qué hacer por ti. Oh, Diosa, necesito ayuda. Necesito a Marisela o a alguien así. Y estoy sola con ella. Y ni siquiera puedo permitir que se dé cuenta de cuánto miedo tengo. Ya está bastante asustada.

Bien, pues no me queda más remedio que arreglármelas lo mejor que pueda.

Los sollozos de Jaelle se habían convertido en un suave gimoteo.

Trataré de ser valiente. Como la vez que caí del caballo y me disloqué el hombro. Kindra estaba orgullosa de mí porque era tan valiente. También puedo ser valiente con Magda. Pobre Magda, ha sido tan buena conmigo.

Mi pobre bebé. Pobrecita niña. Me pregunto si la muerte le dolió.

Magda trató de eliminar de su mente los pensamientos de Jaelle. A su amiga no le ayudaría en absoluto que también ella sufriera. Reunió toda la madera seca que les quedaba y encendió un fuego tan grande como pudo. Después puso agua a hervir — Jaelle necesitaría beber algo caliente y después también le haría falta un poco de comida para recobrar fuerzas—. Buscó en sus alforjas y encontró, entre la ropa de viaje, un par de camisones de franela limpios. Ni siquiera recordaba habérselos llevado, pero después le pondría uno a Jaelle. Al menos estaban limpios. Las mujeres habían estado teniendo hijos, y perdiéndolos, en condiciones primitivas, sin nada de la asepsia terrana, durante siglos, recordó.

Sí, y también habían muerto por eso.

Eliminó esa idea y se calmó, preparándose para tranquilizar a Jaelle, aun cuando ni siquiera estaba segura de lo que debía hacer. Sí estaba segura de que perdería mucha sangre. Eso lo había captado de las numerosas pesadillas de Jaelle.

—Lo primero que debes hacer —dijo, arrodillándose para quitarle a Jaelle las ropas de viaje, sucias y llenas de sangre— es relajarte y tratar de respirar hondo. Vamos, Jaelle, tú has escuchado más charlas de parteras que yo. *Una* de las dos debe recordar lo suficiente para que yo no haga un trabajo demasiado malo.

Casi ya no les quedaba madera seca. Magda, mentalmente cansada, se arrastró hasta la boca de la cueva y miró hacia el valle. El agua se había retirado más durante el día. *Podríamos haber salido hoy, pensó, si Jaelle hubiera estado en condiciones de viajar.*

Si hubiera aguantado un día más...

No era culpa de Jaelle. Miró por encima del hombro, con ternura, a la oscura pila de ropas de cama que era Jaelle. Al menos ahora dormía y todo había pasado..., o al menos eso creía. Había hecho todo cuanto podía, pero no era médico ni partera, y con toda probabilidad cuanto podía no era suficiente.

Ahora no sabía cuánto tiempo pasaría antes de que Jaelle estuviera en condiciones de viajar. Estaba muy enferma.

He hecho todo lo que he podido, pero no tengo manera de asegurarme de que todo estuviera esterilizado como es debido.

Necesitaba alimentación apropiada, una cama caliente, y buenos cuidados. Magda puso el rostro entre las manos y se echó a llorar.

Incluso mientras lloraba, intentaba justificarse.

Es que estoy demasiado cansada, con tanta tensión, y saber que Jaelle aún puede morir. La quiero. Haría cualquier cosa por cuidarla, y a lo mejor la he matado. Todo esto es culpa mía. En primer lugar, yo le presenté a Peter. Si yo no hubiera sido tan mala persona entonces, si hubiera sido capaz de darle un hijo, si no hubiera sido tan competitiva y arrogante con él..., ahora Peter está muerto y puede que Jaelle muera...

Lloró y lloró, incapaz de contenerse, y mientras los sollozos la sacudían, recordó que Marisela le había dicho que algún día, también ella sería capaz de llorar...

¿Y se supone que es bueno para mí? ¿Quién es la que está loca?

Menos mal que he aprendido algo más de Marisela, ¿verdad? Después de la noche pasada, podría haberse reído; y se limpió la nariz con la manga... ¡no había ni un trapo limpio! Después exhaló un profundo suspiro y trató de evaluar la situación sin histeria.

Jaelle estaba dormida, pero estaba muy débil. Magda pensaba que había perdido demasiada sangre. Necesitaba atención médica, que se comprobara lo que había hecho Magda, y un lugar con asepsia. Como mínimo, necesitaba ropas secas y limpias, comida nutritiva y calor. Eso Magda podía dárselo, si recogía ramas de resina que arderían aún húmedas, siempre que las consiguiera *ahora*, antes de que el fuego se extinguiera.

De lo contrario, advirtió con gravedad, las dos podrían morir aquí.

Si la fiebre de Jaelle bajaba durante las próximas horas, tal vez pudiera ponerla sobre el caballo, aunque tuviera que atarla a la montura, y llevarla de vuelta a la civilización, donde podría organizar grupos de rescate para Aleki, y Jaelle podría ser

bien atendida. Por otra parte... ¿qué ocurriría si llegaban a alguna granja aislada, donde las mujeres podían reaccionar como la que había insultado a Magda en las líneas anti-incendio? Tal vez las dejaran morir.

Si se quedaban aquí, no había ninguna perspectiva más que morirse de hambre y de frío, pero ella todavía se sentía fuerte. ¿Podía dejar a Jaelle sola, e ir a por ayuda? En ese momento, detrás de ella, Jaelle empezó a gemir en sueños, como si la sola idea la hubiera aterrorizado.

Jaelle, que era tan fuerte.

Sin embargo, siempre la he protegido. Mi niña. Mi amor.

Se quedaría con Jaelle pasara lo que pasase. O bien se arriesgaría a llevarla a la civilización, ahora o cuando Jaelle se hubiera recuperado, o se quedarían aquí esperando ser rescatadas.

Su conocimiento meteorológico de muchos años le dijo que había otra tormenta en ciernes, pero que no era inminente. No obstante, debía conseguir tanta leña como pudiera.

Se inclinó sobre Jaelle, con la intención de decirle que no tuviera miedo, que no iba lejos, pero por el momento su amiga dormía pacíficamente y Magda no quiso molestarla. ¿Sería posible establecer contacto telepático con ella? Después de la tormenta de *kireseth*, las dos habían permanecido largo rato en contacto, e incluso habían compartido los sueños. Antes del aborto, sin embargo, consciente de que no podría cuidar a Jaelle si compartía con ella el dolor y el miedo, había hecho algo — todavía no sabía qué— para bloquear su mente y aislarla de la de Jaelle. ¿Podría ahora invertir el proceso?

Trató de hundirse profundamente en la mente de Jaelle. No sabía hasta qué punto lo había logrado, pero trató de dar forma a sus pensamientos sin perturbar su sueño, después de la pesadilla de dolor y los cuidados improvisados, su amiga necesitaba dormir. Pero también necesitaba estar tranquilizada.

Cariño, tengo que dejarte un rato, para conseguir leña o algo que podamos quemar. Si te despiertas y no estoy, no te asustes.

Lo repitió mentalmente varias veces, pero Jaelle no se movió, y Magda se preguntó si habría establecido contacto con ella. Bien, con algo de suerte estaría de regreso antes de que Jaelle despertara, y podía darle un poco de té y tal vez un poco de potaje caliente. No era lo que Magda hubiera preferido, pero Jaelle había sobrevivido con esa dieta otras veces y además, se suponía que tenía todos los elementos nutritivos necesarios —era la comida de viaje habitual de las Amazonas, en cualquier caso—. El hecho de que supiera a cereal caliente y rancio no tenía ninguna importancia.

Se puso la capa de montar con capucha, pensando que se hubiera sentido más cómoda con el abrigo terrano de Jaelle. Pero Jaelle era más pequeña que ella y el abrigo no le entraría, así que era su capa o nada. Al menos era caliente. Controló a los caballos para asegurarse de que no habían ido demasiado lejos, los palmeó y les dio

un poco de cereal. Después se puso a juntar ramas de los árboles de resina que había en la ladera. Era un trabajo duro y pesado, le dolían los brazos, y se quebró las uñas con las astillas.

Maldición, si por lo menos tuviera a mano un intercom. Los planetas primitivos son maravillosos, a éste le quiero, pero maldición, en una emergencia como ésta... ¿qué se hace? ¿Quedarse aquí varada, y morir?

¡Podría haber enviado una señal de alarma y tener helicópteros terranos buscando a Jaelle antes de que llegara al paso! Podría lograr una búsqueda a gran escala y podrían haber rescatado a Aleki antes de que se alejara demasiado de Thendara... Si Jaelle hubiera tenido un poco de sentido... ¡eso es lo que tendría que haber hecho, en vez de salir en plena noche y con la tormenta encima en pos de él!

Pero Jaelle había matado a Peter... o creía que lo había hecho, pensó Magda, con gravedad. Fue un accidente. Pero tendría que convencer de eso a los terrarios.

Y poco hubiera podido ayudar a Aleki si la hubieran encerrado en el hospital, o si la hubieran detenido para interrogarla.

Llevó una brazada de leña hasta la entrada de la cueva y bajó a por otra. Cuando estaba a mitad de camino, en la ladera, vio copos de nieve en los pliegues de su capa; eran copos espesos y duros, que formaban bolas de nieve, lo que significaba que pronto nevaría densamente. En parte se derretiría cuando cayera sobre el agua que quedaba en el cañón, pero en las laderas se amontonaría en cantidad suficiente para volver peligrosos los senderos.

Eso decidía la cuestión. No podían quedarse varadas aquí, no se atrevía. No sabía cómo lo haría, pero montaría a Jaelle sobre su caballo y las dos tendrían que arreglárselas para volver a la civilización.

Al demonio con esa idea de quedarnos aquí y esperar el rescate. ¡Una Renunciante debe rescatarse sola!

Dejó caer la leña y empezó a reunir sus cosas y lo que quedaba de comida. Encendió un fuego con lo que quedaba de madera y puso a hervir la carne seca. Prepararía una buena comida nutritiva, y así estarían en mejores condiciones de emprender el viaje. Empaquetó lo que podía, echando a un lado, resueltamente todo lo que no fueran mantas y comida. Lo cargó todo en sus propias alforjas. Montaría a Jaelle sobre el caballo, con las alforjas, y ella iría en el pony de Jaelle. Ya de por sí sería un viaje duro. ¿Para qué llevar peso excesivo?

Si lograban llegar, enviaría un grupo de rescate en busca de Aleki, o su cadáver, a las cuevas más altas.

Cuando la sopa estuvo hecha, con un olor razonablemente apetecible, vio que ya no podía esperar más. Nevaba fuerte, y volvió a dudar: si la nieve se hacía aún más densa, podrían perderse. Y sin embargo, ¿qué otra alternativa tenían? ¿Quedarse aquí, atrapadas por la nieve, hasta morir? Tomó un poco de sopa caliente, después vertió un poco en una taza y se inclinó sobre Jaelle para despertarla.

—Jaelle. Shaya, amor, despiértate y toma un poco de sopa. Tengo que sacarte de

aquí. Está nevando y tenemos que intentar salir de este cañón ahora que todavía podemos.

Los ojos de Jaelle se volvieron hacia ella, fijos, vacíos, y Magda se asustó.

—¿Kindra? —susurró Jaelle—. Me duele. Estoy sangrando. ¿Voy a morir, Kindra?

—¡Jaelle! —Con rudeza, Magda la sacudió—. ¡Basta! ¡Estás aquí, conmigo! ¡Soy Magda! ¡Despiértate, maldición! ¡Vamos, bebe esto!

Le llevó la sopa a la boca, inclinando la taza: Jaelle tragó un poco, obediente, pero después apartó la taza. Cuando Magda la insultó, llevando otra vez la taza para acercársela a la boca, se quedó mirándola sin saber qué era lo que Magda quería, dejando que le chorreara por el mentón. Magda sintió deseos de abofetearla.

Pero no es culpa suya. Está enferma, ni siquiera sabe quién soy.

Controló las improvisadas compresas. Volvía a sangrar.

Si sigue perdiendo sangre...

Magda se dio cuenta de que si obligaba a Jaelle a levantarse, o a cabalgar, eso probablemente la mataría. Tenía la cara ardiendo, y no tenía ninguna medicina para darle.

Tal vez está muriéndose.

Magda miró la densa nieve que caía fuera y pensó: *Si esperamos una hora más, tal vez sea demasiado tarde para salir antes de la tormenta, pero no puedo moverla ahora.*

Volvió a arroparla con las mantas, desesperada. ¿Tenía que quedarse aquí sentada, viéndola morir? Si por lo menos tuviera algún medio de contactar con lady Rohana, que podía usar su piedra estelar...

Si tuviera manera de comunicarme con lady Rohana...

Pero la tenía. Tenía *laran*. No sabía muy bien cómo usarlo, pero podía contactar con *alguien*. La *leronis* del vestido azul, pelirroja, la que le había curado los pies... ¿Cómo se llamaba? ¿Hilary? ¿Lady Calista? ¿Ferrika, que también era Amazona?

Cualquiera. Pero, ¿cómo hacerlo? *Fui tonta. Debí haber permitido que lady Rohana me enseñara...*

¿Cómo se pedía ayuda con el *laran*? Y mientras su mente formulaba la pregunta, en su desesperación apareció la respuesta.

Simplemente, se hace. Simplemente se grita: ¡Socorro!

¡Bien, socorro! ¡Socorro, cualquiera que me escuche!

Magda se arrodilló en el suelo de la cueva, se cubrió los ojos con las manos y trató con desesperación de recobrar la seguridad que había sentido cuando había visto que todo el mundo, a su alrededor, era parte de sí misma.

Jaelle está muy enferma, Estamos aquí, aisladas por la inundación. Jaelle está enferma, tal vez agonizante, está sangrando, no tenemos combustible... ¡Oh, ayudadnos, que alguien nos ayude!

Repitió lo mismo una y otra vez, concentrándose con dolorosa intensidad,

tratando de visualizar el recorrido del grito de auxilio que se alejaba cada vez más y se difundía en círculos cada vez más amplios, como si hubiera arrojado una piedra en el silencio que rodeaba la cueva.

Hubo una leve agitación en el aire. Magda levantó los ojos. Apenas dibujados en el aire, vio varias caras. Rostros de mujeres, todas desconocidas.

Y entonces, sin estar realmente sorprendida, vio el rostro de Marisela en la penumbra.

Me prometiste que no harías nada impulsivo hasta que yo hablara contigo, muchacha...

Magda dijo en voz alta, preguntándose si no estaría loca:

—No podía permitir que Jaelle se fuera sola...

Supongo que así fue.

Ahora parecía que Marisela estaba allí de pie, aunque su figura era difusa, y Magda creyó ver la pared de la cueva a través del cuerpo de la mujer.

¿Está de verdad aquí o me he vuelto loca con tantos problemas?

Entonces Marisela desapareció completamente, y Magda ni siquiera estuvo segura de haberla visto.

Y si ha estado aquí, pensó Magda indignada, bien, yo diría que no ha hecho gran cosa... ¡regañándome por haberme ido y luego desaparecer! Al menos podía haberme dado algún consejo telepático sobre lo que debo hacer con Jaelle. ¡Es partera!

Allí afuera, la nieve que caía siseaba. Tal vez era mejor no haber salido. Tendría que ir a por los caballos. Probablemente ellos tampoco tolerarían la nevada. ¿No había una enfermedad seria, tétanos o algo, producida por los excrementos de caballo? Bueno, era demasiado tarde para preocuparse por eso. Ella y Jaelle habían estado con los caballos bastante tiempo, y si era así, ya se habían contagiado. Ella había sido vacunada y esperaba que Jaelle hubiera pasado recientemente por una revisión médica.

Hubo un ruido, como el croar de cuervos, sintió una curiosa agitación del aire y levantó la vista. La nieve había desaparecido de repente, estaba de pie en una bruma de fuego azul —pensó en la piedra matriz de lady Rohana— y a su alrededor había figuras difusas, mujeres con ropas oscuras, cuyos rostros no reconoció.

Ella es uno de los puntos centrales de la historia, dijo una voz dentro de su cabeza. Sabía que en realidad no estaba allí.

Recordad: no podemos sentir compasión por los individuos. Sólo nos preocupan los siglos. Algunos deben sufrir y morir...

Magda pensó: *Es una alucinación de la conversación aquella que tuvieron la Madre Lauria y Cholayna. Sólo que ella ni siquiera estaba allí. Estaba Jaelle.*

No faltarán sufrimientos, pero ninguna de las dos debe morir ahora: ella no es importante, pero sí lo es la sangre de Aillard, pues algún día deberá romperse el poder de Arilinn...

¿Entonces la Torre Prohibida fracasará?

Todos los que trabajan para el momento deben fracasar. Pero nosotras debemos pensar en términos de siglos...

La hija de un terrano en Arilinn quebraría su poder...

¿Te atreves a negar su libre albedrío? Ella eligió no tener la hija del terrano, pensando que así evitaría el sufrimiento: todavía no ha aprendido, por lo que sufrirá tres veces más...

Esta vez las salvaremos. Pero recordad: no por compasión personal hacia algún individuo. Sólo se trata de que en este punto el destino se intersecta con lo más humano que podemos hacer. Todos preferiríamos salvar vidas. Pero no podemos interferir.

Después las palabras se perdieron en el graznido de los cuervos, y Magda descubrió que estaba inmóvil bajo la nieve, que caía sobre sus ojos y le nublaba la vista.

Se abrió paso a través de la cegadora nieve. Menos mal que no habían partido. Nunca hubieran llegado al camino. Pero los caballos no estaban donde los había dejado y, aterrada, Magda bajó más de lo que había calculado por la ladera, resbaló en la tierra húmeda y rodó hacia el fondo del cañón, gritando.

Ahora tenía los pantalones y la capa empapados, y no veía el rastro de los caballos. En medio de la nieve, ni siquiera veía la entrada de la cueva.

¡Jaelle! ¡Tengo que volver con Jaelle!

Protegiéndose el rostro con la mano, logró distinguir por fin un delgado hilo de humo que señalaba la entrada de la cueva, y subió con dificultad la empinada ladera, sin los caballos.

Entonces apareció ante ella el rostro de Ferrika, su nariz respingona, sus ojos azules y compasivos.

No te asustes, hermana. Te han escuchado en la Torre Prohibida, y alguien vendrá por ti. No te asustes.

Y el rostro de Ferrika desapareció. Magda parpadeó, recordando fragmentos de algo que había oído, algo acerca de lord Damon, Regente de Armida, y de una Torre ilegal. Bien, como ya tenían problemas con las autoridades terranas, si es que Jaelle había matado a Peter, qué más daba tener también problemas con las autoridades darkovanas. Por lo que había oído decir, esta Torre no estaba en muy buenas relaciones con las Torres comunes.

Cualquier puerto es bueno en una tormenta, muchacha.

Parpadeó, creyendo que alguien le había hablado en terrano standard.

¿Me estoy volviendo loca? ¡Será mejor que salga de la nieve y entre!

Jaelle seguía como Magda la había dejado, inconsciente, con el rostro ardiente.

¿Quién eres?

Sabes quién soy. Te dije que tenías valor por tres. Rectifico: por treinta y tres, muchacha.

¿Ann'dra? ¿Andrew Carr...?

No soy muy bueno para este tipo de recepción. Tenía que haber dejado a Calista intentar contactarte. Pero no había tiempo. Vi el humo. No te preocupes.

Y después apareció una imagen en su mente, hombres que cabalgaban por los cañones, emergiendo de lo que parecía un enorme centro de fuego azul..., no, tenía que estar equivocada... ¡no podía esperar que la recepción telepática fuera como un televisor, por amor del cielo!

Jaelle gemía y murmuraba, se retorció. Magda avivó el fuego y se sentó junto a ella, abrazándola y acunándola. Jaelle masculló:

—¿Mamá? Creí que estabas muerta, mamá. ¿Quiénes son estas mujeres? Tengo miedo, no quiero ir. Oh, madre, me duele...

Y Magda le acarició la cabeza y trató de calmarla.

—Todo está bien, Shaya. Todo estará bien, te lo prometo. Ya vienen, saben que estamos aquí. Todo está bien.

Jaelle la miró con ojos claros y le dijo, con voz casi racional:

—Pero las Amazonas no esperan que las rescaten. Como lo hicimos antes, Margali —y volvió a caer en la inconsciencia.

Magda le palmeó la mejilla.

—Hasta las Amazonas son humanas, Jaelle —le dijo con voz dulce—. A mí me ha llevado un año averiguarlo.

Pero sabía que Jaelle no la escuchaba ni comprendía lo que le decía.

El fuego se extinguía, Magda se metió bajo las mantas y trató de dar calor a Jaelle, abrazándola. Y por fin, increíblemente, se quedó dormida.

Se despertó al oír voces, la voz de Andrew Carr, que llamaba en el dialecto de las Kilghard Hills, muy fuerte.

—¡Allí no..., no es ésa! ¡No, maldición, les digo que tiene que haber otra cueva, hay dos mujeres enfermas en ella! ¡Eduin, sube aquí con dos hombres y una camilla, este hombre tiene una pierna rota!

Han encontrado a Aleki. Gracias a Dios, está vivo.

Una imagen apareció en su mente, la misma que ya había visto: *Alessandro Li, el elegante diplomático terrano, sucio, tendido en el suelo de la cueva, la pierna entablillada con una rama, mirando con la boca abierta a Carr, que le sonreía.*

El embajador Li, supongo. Oí decir que me buscabas, dijo, y le ofreció su mano. Li tartamudeó: Tú... tú... tú... Y la imagen se desvaneció.

Magda salió de las mantas. El fuego estaba apagado, no podrían ver el humo: hacía mucho frío en la cueva, pero Jaelle respiraba y parecía estar bien. Se puso la capa de montar y se apresuró hacia la entrada: las laderas estaban llenas de hombres y caballos, y vio un grupo apiñado alrededor de la oscura boca de otra caverna, en la ladera... más o menos a medio kilómetro terrano de distancia, calculó. Entonces vio a

Carr, un hombre alto y rubio, que sacaba más de una cabeza a los demás.

Gritó, aunque sabía que él no podría oírle a tanta distancia, pero convencida de que de *alguna manera*, le oiría.

—¡Ann'dra! ¡Andrew! ¡Aquí arriba!

Él se sobresaltó, como galvanizado, levantó los ojos y señaló, luego alzó el brazo para saludarla.

Está bien, te veo.

Y Magda cayó a la entrada de la cueva, entre el barro y el polvo, y se echó a llorar. Lloró y lloró como si nunca fuera a detenerse, y comprendió de repente lo que había querido decirle Marisela.

Algún día llorarás y estarás curada.

Estaba casi inconsciente cuando un hombre, tranquilo y atento, vestido con los colores de los Ridenow, apareció en la ladera, y le oyó gritar:

—¡Aquí están, *vai dom!* Las dos. —Se aclaró la garganta—. *Mestra...* —Y ella se levantó rápidamente, reuniendo lo que le quedaba de dignidad y compostura. Una pretensión ridícula, lo sabía: tenía el rostro congestionado e hinchado—. *Mestra*, ¿estás bien?

—Mi amiga —dijo ella con rapidez—. Está enferma, también tendrán que trasladarla en una camilla. A mí no me pasa nada.

—Tenemos una camilla —contestó él—. Allá abajo. En cuanto pongamos al hombre en una litera, vendremos a buscarla a ella.

Y Magda vio, en la entrada de la otra cueva, que los hombres trasladaban a Li hasta otro grupo que esperaba con caballos. Después apareció Andrew Carr, que se acercó a grandes zancadas a la entrada de la cueva.

Sonrió a Magda con bondad, y le dijo en voz baja, para que el otro hombre no la oyera:

—Está bien. Saben que soy terrano, pero no les importa. Me he estrujado el cerebro pensando quién podías ser *tú*. Lorne, de Inteligencia, ¿verdad? Conozco tu reputación, pero no creo que nos hayamos visto nunca...

Incongruentemente se estrecharon las manos.

Luego se inclinó sobre Jaelle.

—Un aborto, ¿verdad? Bien, la llevaremos a algún sitio donde puedan cuidarla. Ferrika sigue en Thendara desde el Solsticio de Verano. Pero *mestra* Allier, de Syrtis, se hará cargo de ella. Dios sabe que lady Hilary ha tenido muchos problemas de esta clase. La llevaremos a Syrtis, y cuando se haya recuperado, la trasladaremos a Armida. —Se echó a reír—. No sé por qué, pero se me ocurre que tú y yo tenemos muchas cosas que decirnos. Pero eso puede esperar.

Se agachó y levantó en brazos a Jaelle. Era tan fuerte que la alzó como si fuera una niña. Sin saber por qué, Magda vio en la mente de Andrew la imagen de una mujer que recientemente había tenido una pérdida similar, y sintió su compasión y su tristeza, pero cuando Jaelle gritó, dolorida y asustada, él le habló con suavidad, y

Jaelle se calmó, gracias al contacto de las manos de Andrew, y tal vez, pensó Magda, de su *laran*.

El otro hombre le ofreció un brazo.

—*Mestra*, permite que te ayude...

—Puedo caminar —empezó a decir Magda, pero entonces advirtió que no podía. Se apoyó en él y se tambaleó hacia el valle, hacia el lugar en el que estaban los caballos. Debía estar presente cuando Jaelle recuperara la conciencia.

EPÍLOGO

Alessandro Li, que se mantenía erguido con ayuda de dos muletas, logró dar la impresión, aunque apenas movió la cabeza, de que se inclinaba profundamente sobre la mano de Magda.

—Te estoy verdaderamente agradecido. Jaelle, espero que tu recuperación sea rápida y completa. —Pronunció una frase cortés en su propia lengua, y Jaelle la reconoció como una despedida formal, aunque se trataba de uno de los idiomas del Imperio que ella apenas conocía—. Señor... —le hizo una cortés reverencia a Damon —, te agradezco la hospitalidad.

El Gran Salón de Armida, con sus vigas enormes y la gran chimenea, estaba cálido, pero una ráfaga helada entró. Se habían abierto las puertas. Fuera volvía a nevar.

—Por aquí, señor —murmuró Andrew, y Aleki le siguió, en equilibrio sobre sus muletas, con dos o tres hombres a cada lado. Le escoltarían hasta Neskaya, donde le recogería un helicóptero terrano.

Cuando la puerta se cerró tras él, lady Calista le dijo a Magda con voz suave:

—Espero que no cause problemas en el Imperio.

—No los causará —dijo Andrew, con una sonrisa, volviendo al Salón.

—¿Cómo puedes saberlo? Su comportamiento como huésped de esta casa puede ser muy diferente de...

Andrew se echó a reír.

—No te preocupes por Li. Conozco a los de su clase. Contará la historia cada vez que cene en compañía, durante el resto de su vida. Irá contando cómo se escapó por un pelo en un planeta primitivo y disfrutará siendo el experto de Cottman Cuatro..., lo que significa que tendrá que decirse todo el tiempo lo maravilloso que fue todo...

—Pero prometió deshacerse del Coordinador Montray —dijo Magda con suavidad—, y sustituirle por un Legado que conozca y aprecie el planeta. Incluso se ofreció a hablar a mi favor si yo quería el cargo.

—Deberías aceptarlo, aunque sólo fuera para burlarte de ellos —dijo Jaelle.

Estaba tendida en un sofá, envuelta en una abrigada bata de color azul, que no parecía ser suya. Volvía a tener algo de color en el rostro, pero su lucha contra la debilidad y la infección había sido larga, e incluso aquel mismo día, más temprano, Aleki había intentado convencerla de que regresara a la Zona Terrana para que los médicos pudieran echarle un vistazo.

—Te debemos eso —había alegado el hombre.

Pero Jaelle había sonreído y le había dicho que ahora ya estaba del todo bien, y Magda había oído, tanto como Jaelle, la parte que no se había dicho en voz alta: que no tenía la menor intención de volver al Cuartel General, ni ahora ni nunca.

Magda no creía que estuviera del todo bien —sólo cuando estaba inconsciente o deliraba podía Jaelle admitir alguna debilidad—, pero lo peor había pasado. Estaba

muy enferma cuando la trasladaron a Syrtis, y a pesar de todo lo que hicieron por ella, parecía haber perdido las ganas de vivir.

Sólo había empezado a recobrase cuando Magda, que sabía lo que la perturbaba, se reunió con las *leronis*. Llamaron a lady Calista, al Regente, lord Damon, y a Andrew, y formaron un círculo de *laran* para averiguar la suerte que había corrido Peter Haldane en la Zona Terrana. Estaba vivo; le habían encontrado en coma y llevado al hospital, pero se estaba recuperando.

—Le golpeaste con la mente, no sólo con las manos —explicó lord Damon a Jelle con toda seriedad—. Podrías haberle matado fácilmente, fue accidental que no lo hicieras. Tal vez haya sido por la gracia de algún Dios con el que estás en mejores términos de lo que imaginas.

Y desde aquel día, Jelle había empezado a dormir sin pesadillas y a recuperar un poco del peso que había perdido.

Aquella hora pasada dentro del círculo —y Magda sabía que había tomado en él una parte activa— de alguna manera la había convertido en una más de ellos. Andrew y Calista la trataban como hermano y hermana, y sentía que conocía a lord Damon de toda la vida. Se sentía un poco menos cerca de lady Ellemir. Ésta le había dicho sin rodeos que mientras los niños fueran pequeños, quería dedicar a ellos todo su tiempo y atención. Ahora estaba sentada en el otro extremo del salón, con todos los niños de la casa reunidos a su alrededor. Magda todavía no los identificaba a todos, aunque sabía que el de rizos pelirrojos, de siete años, al que llamaban Domenic, era el hijo mayor de Damon y Ellemir, y el único niño superviviente de los dos. Lady Calista tenía dos hijas entre los cuatro y los siete años, una morena y seria —Magda creía que se llamaba Hilary, nombre que recordaba por la *leronis* que le había curado los pies—, y otra rubia y sonriente, pero Magda nunca podía recordar cómo se llamaba ésta. Había varios niños más, de los que siempre decían que eran hijos adoptivos de la Casa. Calista le dijo que el más pequeño era hijo *nedestro* de Andrew, lo que resultaba raro puesto que nadie podía dudar de la profunda devoción que había entre Andrew y Calista. Magda nunca había visto una pareja tan devota. Los otros eran unos pequeños pelirrojos que, según Damon le explicó con igual soltura, tenían un poco de sangre Comyn, y eran hijos de pequeños propietarios y granjeros. Los criaban debidamente para que fueran bien entrenados cuando su *laran* apareciera. Magda y también Jelle se sorprendieron mucho al ver cómo todos tomaban esas cosas. Ellemir se ocupaba de todos indiscriminadamente.

—Es por pura satisfacción mía —decía—, pero son pequeños durante tan poco tiempo, y Calista es mi gemela... tiene *laran* por dos, así que durante estos años preciosos en los que son pequeños, quiero aprovecharme de ellos mientras pueda. Venimos de una familia longeva, me quedarán cuarenta o cincuenta años para volver a dedicarme al círculo y para dominar mi *laran* cuando ellos sean adultos.

Ahora les contaba un cuento, con el más pequeño en el regazo, mientras los demás se apiñaban a su alrededor.

Cuando se extinguieron afuera los rumores de la escolta del embajador Li, Jaelle suspiró.

—No creo que Peter cause ningún problema, ahora, para concederme el divorcio —dijo—. Aleki prometió arreglarlo para que yo no tuviera que regresar.

Tenía los ojos apagados y Magda no necesitaba establecer contacto con la mente de su amiga para saber en qué estaba pensando. Jaelle seguía deprimida, y lloraba con facilidad, pero Ellemir, en privado, le había asegurado a Magda que se le pasaría con el tiempo.

—Yo lo sé —dijo Ellemir, afligida—. He perdido tres. Y el último hace poco, justo antes del Solsticio de Verano.

Magda recordó a Ferrika, que lloraba en brazos de Marisela. Tras haber sido parte del círculo, pensó, comprendía ese vínculo, y sabía que Ferrika de verdad formaba parte de este círculo, el único de Darkover que no estaba oculto, resguardado, protegido por los muros de una Torre. Y Ferrika, aunque plebeya de nacimiento, era parte de él tanto como lord Damon, su hermano Kieran o la aristocrática lady Hilary, que se había casado con Colin de Syrtis. El único hijo de Hilary, Félix, era uno de los niños que formaban el círculo que rodeaba a Ellemir, pero Magda no recordaba cuál de ellos era.

Nunca dejarás de llorar del todo, le había dicho a Jaelle. Pero aprenderás a vivir con esa pena, y encontrarás la manera de hacerlo. Y puedes intentarlo otra vez. Y abrir tu corazón a otros niños.

—Como hizo Kindra —dijo Jaelle muy bajito—. Y como sigue haciendo Camilla.

Y desde aquel día había empezado a dormir sin soñar con la niña pelirroja que se alejaba entre las irre recuperables brumas del supramundo.

Andrew entró y dijo:

—Voy a salir y ver si todo está bien con los caballos antes de que estalle la tormenta. ¿Quién quiere venir conmigo, muchachos?

Todos los varones, salvo el pequeñín que estaba en el regazo de Ellemir, corrieron tras él. Todos llamaban a Andrew por la palabra que podía significar tío o padre adoptivo, así como todos ellos —incluyendo a sus dos hijas propias— llamaban a Calista por el apodo que significaba tía o madre adoptiva. Ellemir era simplemente «mamá». No sólo para sus hijos y los de su hermana, sino para todos los niños de la propiedad de Armida.

Una de las niñas le estiró del vestido y pidió que también la llevaran.

—Oh, Cassie... —dijo Ellemir preocupada, pero Andrew se echó a reír y alzó a su hija menor.

—Vendrás si eso es lo que tú quieres, Cassilda n'ha Calista —dijo, cargándola sobre un hombro.

Y Calista explicó, con una carcajada:

—Es la favorita de Ferrika, que siempre dice que tiene pasta de Renunciante. ¡Andrew, no deberías llamarle así, puede tomárselo en serio!

—¿Por qué no? —preguntó Damon—. Necesitaremos rebeldes algún día.

Pero Ellemir se estremeció.

—No digas eso, Damon. Ya habrá tiempo... —y Damon palmeó a Ellemir en el hombro y se quedó un momento junto a ella.

A Magda le pareció oír crujido de vestidos y el eco lejano del graznido de los cuervos, como si los destinos revolotearan sobre sus cabezas.

Andrew salió con los niños, Ellemir llamó a una niñera y le pidió que llevara a los otros arriba, y lady Calista se sentó ante el fuego entre Magda y Jaelle, tañendo su rryl.

—Si alguna vez hubiera sabido algo de las Renunciantes —dijo—, ¡creo que nunca hubiera ido a Arilinn!

Damon se echó a reír.

—No te hubieran aceptado en la Casa del Gremio, Callie —dijo—. Estuve en el Concejo el año que lady Rohana pidió que Jaelle fuera liberada...

Jaelle empezó a llorar otra vez, aunque agachó la cabeza para ocultar sus lágrimas, y su sentimiento de fracaso fue doloroso para todos los que se encontraban en la habitación alrededor del fuego.

—Bien, deberás ocupar tu lugar hasta que decidas... —se limitó a decir Damon—, ¿cómo se dice? *Tu propio momento y oportunidad...* Hasta que decidas concebir una hija para el Dominio Aillard. Y si no lo haces, sin duda el linaje de Hastur sobrevivirá, tal como lo ha hecho durante siglos.

Pero Magda volvió a tener la visión de una niña de pelo rojo, que corría en una tormenta de hojas otoñales detrás de la niña que Ellemir había llamado Cassie. No comprendió, pero aceptó la visión.

Su *laran*, tan recientemente activo, no estaba todavía muy controlado. De nuevo vio el curioso círculo de rostros de mujeres bajo las oscuras capuchas, y oyó el ruido de los cuervos que graznaban muy lejos, y su mente se deslizó.

No nos importa el bien del Comyn, ni el de los terranos, ni el de las Renunciantes: debemos pensar en términos de siglos. Muchos del Comyn son sólo leales a los de su propia casta, y casi todas las Torres se han convertido meramente en sus instrumentos, aunque antes servían al bien común. Por eso los Alton y la Torre Prohibida se han convertido en nuestros instrumentos por el momento. Ellos sufrirán también por el momento, aunque con el correr de los siglos, alcanzarán la perfección y la iluminación.

Magda susurró, casi en voz alta:

¿Quiénes sois?

Puedes llamarnos el Alma de Darkover. O la Hermandad Oscura...

—Magda, ¿dónde estabas? —preguntó Jaelle.

La visión desapareció rápidamente, aunque Magda intentó retenerla y oyó las últimas palabras:

Somos instrumentos del destino, igual que tú, hermana...

Calista tomó la mano de Jaelle. Magda había estado entre ellos el tiempo suficiente para saber que ese gesto de intimidad era poco usual.

—Fui Celadora el tiempo suficiente para comprender cómo te sientes, Jaelle. No compartí la aceptación de Ellemir de la obligación de tener hijos para los Dominios...

—¿Obligación? —exclamó Ellemir, un poco molesta—. ¡Privilegio! Cualquier mujer que se niegue voluntariamente a tener un niño tiene que estar loca, y me da mucha lástima.

Calista le sonrió con afecto. Por lo visto, era una vieja discusión entre ellas.

—Bien, te prometí que podrías criar a todos los míos, y he mantenido mi palabra —le dijo, riéndose—. Me gustan mis hijos y los tuyos también, y me imagino que algún día me resignaré a darle a Andrew el hijo que desea, aunque parece injusto que yo, que estaría contenta de no tener ninguno, los tenga tan fácilmente, mientras que tú, que querrías tener un niño en brazos cada diez lunas... no, no lo niegues. Elli..., tú sólo puedas tenerlos con mucho problema y mucho sufrimiento.

Y pérdida...

Todos lo oyeron, pero nadie lo dijo en voz alta.

—La sangre de los Alton es una herencia preciosa —dijo Ellemir con suavidad—. Yo estoy orgullosa de ser el instrumento que la transmite.

—Cantas la misma canción que lady Rohana —dijo Jaelle, apenada—, y con la misma melodía. Y sin embargo eres una *leronis* en potencia, que debe ser algo muy parecido a ser Renunciante... tener algo mejor que hacer que otras mujeres...

—No veo qué puede ser mejor —dijo Ellemir—. Una yegua de carreras, desde luego, estará orgullosa de ganar todas las carreras. Sin embargo, si no transmite su sangre, es lo mismo que si se queda en el establo, atiborrándose de heno. Necesitamos tanto la yegua madrina como la de carreras.

—Cumpliré con mi deber —dijo suavemente Jaelle—. Ahora sé que debo hacerlo.

Las mujeres sentadas alrededor del fuego parecían estar muy próximas. Para Magda, la sensación se parecía a la que solía experimentar al final de una Sesión de Entrenamiento, cuando todas habían discutido y gritado hasta lograr la paz. Tenía la impresión de que Calista había librado batallas más largas y más duras que cualquier Renunciante, y sin embargo parecía mucho más serena.

—Y sin embargo, tienes un compromiso con Margali. Margali —dijo Calista—: ¿no te perturbará que ella te deje por un hombre... ya que hasta ahora no hay otra manera de concebir un hijo, y Jaelle lo ha prometido?

Calista repasaba en su mente el Juramento de las Amazonas, deseando que hubiera habido un camino así para ella cuando era joven. Al final estalló:

—Andrew y Damon están mutuamente comprometidos, creo, con un vínculo más fuerte que con nosotras. Los hombres pueden prestar esos juramentos. Y sin embargo, en el caso de las mujeres, un juramento similar sólo se presta en la adolescencia, cuando se es inexperta, y tan sólo significa: *estoy comprometida contigo siempre que*

no interfiera con mi deber hacia mi marido e hijos...

Jaelle se volvió y tomó la mano de Magda.

Entre ellas centelleó el recuerdo del vínculo probado hasta el límite de la supervivencia en el cañón, y de la noche, durante la convalecencia de Jaelle, cuando ambas habían intercambiado sus cuchillos de Amazonas, como signo del vínculo más fuerte que podía existir entre mujeres. Por próxima que le resultara Rafaella a Jaelle, y aunque ambas habían sido amantes durante un tiempo, nunca habían intercambiado sus cuchillos, y Magda sabía que era un vínculo tan íntimo como el matrimonio.

—Sólo existe un vínculo más íntimo —dijo Ellemir, casi en voz baja.

Los dedos de Calista volvieron a tañir suavemente el *rryl*. Al cabo de un rato dijo:

—¿Es posible que el vínculo entre dos mujeres no sea sustituido por sus compromisos con otros, así como su vínculo con un hijo no es sustituido cuando tiene otro? Cuando tuve a Hilary, pensé, aunque no la deseaba, que la amaba como nunca había amado a Andrew, y ni siquiera a ti, Elli. Y sin embargo, cuando nació Cassie, no la amé menos...

Así como no amo menos a Andrew porque mi vínculo con Damon sea eterno, y fuerte...

Magda captó los pensamientos de Calista, y Jaelle dijo con suavidad:

—¿Es posible... que las mujeres puedan amar sin necesidad de poseer lo que aman? Toda mujer sabe que sus hijos la dejarán algún día.

Y por primera vez, sin dolor, comprendió las últimas palabras de su madre, sin culpa.

Valió la pena, Jaelle. Eres libre.

Con enorme dolor, Jaelle había visto a su propia hija abandonarla, consciente de que algún día tendría el valor necesario para liberarla, otra vez, para que viviera su propia vida y corriera sus propios riesgos.

—Peter..., él quería poseerme, a mí y a la niña —dijo Jaelle.

Magda asintió, y Calista, con el rostro inclinado sobre el *rryl*, dijo:

—Pasó mucho tiempo antes de que Andrew comprendiera... Incluso ahora... — Pero no pudo decir más.

—Pero Damon no es así —dijo con suavidad Ellemir.

Y por un momento, todas las mujeres reunidas supieron quién engendraría a la hija de Jaelle para el clan Aillard, porque él no tenía necesidad de poseer a la mujer ni a la niña, sino que las dejaría libres a su propia herencia y a su propio destino.

El silencio, el crepitar del fuego y los suaves sonidos distraídos del arpa de Calista fueron interrumpidos por la sonora carcajada de Andrew.

—¡No, no! ¡Basta! ¡No soy una caprina para cargaros a todos sobre mi espalda! ¡Corred a la cocina a por un poco de pan con miel y dejadme hablar con los adultos! Sí, Domenic, te prometo que tú y Félix saldréis mañana a cabalgar conmigo si no nieva demasiado, y si nieva, cuando aclare. ¡Sí, Cassie, tú también puedes venir! ¡Ahora, por el amor del cielo, iros todos! He visto algunas manzanas en la cocina...

corred a buscarlas.

Los niños se dispersaron y Andrew volvió al salón.

Dijo algo a Damon acerca del ganado y de los refugios de los pastos, para la nieve, y después se unió a las mujeres que rodeaban el fuego.

—Tócanos algo, Callie —pidió, y ella empezó a cantar una antigua balada de las montañas.

Damon y Ellemir estaban sentados muy juntos a los pies del sofá de Jaelle, y Magda sintió un momento de profunda alienación. Fue como si se hubiera cerrado una puerta entre ella y la vida entre las Amazonas, aquella vida que había amado y a la que había jurado lealtad.

También la vida terrana había desaparecido, y se sintió fría y ajena. También se había comprometido con Jaelle, pero veía que ese vínculo tampoco le prometía ninguna clase de seguridad. Y aunque conocía la fuerza del círculo de *laran*, no sabía si eso le bastaría.

Andrew se inclinó hacia ella y la rodeó amistosamente con un brazo.

—Todo va bien —le confortó, abrazándola y dedicándole una sonrisa fraterna—. Escucha, pequeña, ¿crees que no sé lo que sientes?

El espíritu de Amazona de Magda se resintió ante aquel descuidado «pequeña»; *soy una mujer*, pensó, *no una pequeña*, pero luego comprendió que sólo se trataba del estilo de Andrew; como Ellemir, tenía el hábito de proteger. Como ella misma hubiera hecho una buena madre.

¿Es que Andrew y yo nos pasaremos los próximos diez años tratando de decidir a cuál de los dos corresponde proteger al resto de los miembros de la Torre Prohibida?

Magda se quedó desconcertada, y soltó una exclamación al advertir lo que esa pregunta implicaba.

—Pero eso es la Torre Prohibida, Magdalen —dijo Andrew con suavidad. Sólo él usaba su nombre completo, sin acortarlo—. Todos los que estamos aquí hemos pasado por la experiencia de abandonar una vida anterior, como si fuera un papel viejo, y todos hemos tenido que empezar de nuevo. Damon ha tenido que hacerlo dos o tres veces. No hay seguridad, nadie está a salvo. Pero... —sus brazos la estrecharon— nos tenemos a nosotros mismos. A todos.

Y de nuevo, por un instante, Magdalen Lorne escuchó el distante y difuso graznido de los cuervos —¿o del destino?—, y el murmullo de unas alas.

APÉNDICE

La serie del planeta Darkover

Se ha dicho que la larga serie de Darkover define la ciencia ficción de los años sesenta y setenta como la serie de la FUNDACIÓN de Asimov había definido la de los años cuarenta y cincuenta.

En realidad la serie de Darkover muestra de una manera ejemplar cómo la ciencia ficción va dando cabida en su seno a nuevos relatos en los que dominan los temas de corte fantástico sin la voluntad racionalizadora y cientifista que había sido tan común en la ciencia ficción clásica.

En torno a Darkover existe en la actualidad un conjunto de una veintena de novelas y media docena de antologías cuyas narraciones transcurren en un planeta situado en los límites de un imperio galáctico dominado por la Tierra. Los habitantes de Darkover proceden en parte de los antiguos colonos terranos y, en su mundo, la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito los variados intentos de lograr su integración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

La serie se inició en 1962 con THE PLANET SAVERS y THE SWORD OF ALDONES que tienen forma de la más clásica space opera. En los libros posteriores, principalmente en los escritos a partir de los años setenta, domina la vertiente fantástica. Con ellos la autora alcanza además un dominio ejemplar en el tratamiento de los personajes y da preponderancia a unos temas que pertenecen ya a un mundo más complejo (telepatía, Amazonas, homosexualidad, derechos de las mujeres, ética de la libertad, etc.) con lo que la serie gana en profundidad sin perder su encanto aventurero e incluso mejorando su calidad narrativa.

En realidad la serie lo es tan sólo porque reúne historias ambientadas en el planeta Darkover. La autora ha repetido siempre que los libros se pueden leer en cualquier orden. Y eso es cierto, ya que ninguno de ellos asume que el lector esté familiarizado con lo que ha ocurrido en las otras novelas de la serie. Según parece, a Bradley no le gustan demasiado esas series que parecen ser poco más que un alargamiento interminable de una primera narración (y es bueno recordar aquí que la edición original norteamericana de LAS NIEBLAS DE AVALÓN tenían un solo volumen, aunque en España se haya publicado en cuatro).

Por ello no es de extrañar que la serie de Darkover pueda leerse realmente en cualquier orden y la misma Bradley dirá de sus novelas:

Prefiero pensar en ellas como en un conjunto de libros muy imprecisamente interrelacionados con un mismo trasfondo (el Imperio Terrano contra el mundo y la cultura de Darkover) y un tema común: el enfrentamiento de dos culturas aparentemente irreconciliables y, pese a ello,

muy semejantes. Si los libros tienen algún mensaje (personalmente lo dudo), es simplemente que para un ser humano nada de la humanidad le es ajeno.

La relación completa de los libros publicados hasta ahora es la siguiente:

1962 — Planet Savers	(Los salvadores del planeta)
1962 — The Sword of Aldones	(La espada de Aldones)
1964 — The Bloody Sun	(El sol sangriento)
1965 — Star of Danger	(Estrella de peligro)
1970 — Winds of Darkover	(Vientos de Darkover)
1971 — World Wreckers	(Destruyores de mundos)
1972 — Darkover Landfall	(Aterrizaje en Darkover)
1974 — The Spell Sword	(La espada encantada)
1975 — The Heritage of Hastur	(La herencia de los Hastur)
1976 — The Shattered Chain	(La cadena rota)
1977 — Forbidden Tower	(La Torre prohibida)
1978 — Storm Queen	(Reina de la tormenta)
1979 — The Bloody Sun (reescrit.)	(El sol sangriento)
1980 — Two to conquer	(Dos que conquistar)
1980 — The Keeper's price (A)	(El precio de las Celadoras)
1981 — Sharra's Exile	(El exilio de Sharra)
1982 — Sword of Chaos (A)	(Espada del caos)
1982 — Hawkmistress	(Lady Halcón)
1983 — Thendara House	(La casa de Thendara)
1984 — City of Sorcery	(Ciudad de brujería)
1985 — Free amazons of Darkover (A)	(Las amazonas libres de Darkover)
1987 — Othet side of the mirror (A)	(El otro lado del espejo)
1987 — Red Sun of Darkover (A)	(El sol rojo de Darkover)
1988 — Four moons of Darkover (A)	(Las cuatro lunas de Darkover)
1989 — Heirs of Hammerfeld	(Herederos de Hammerfeld)
... — Domains of Darkover	(Los Dominios de Darkover)
... — Rediscovery	(Redescubrimiento)
... — Return to Darkover	(Retorno a Darkover)

En donde la (A) indica que se trata de una antología de relatos escritos ya sea por Bradley o por otros autores que se unen al «universo de Darkover». Los años es precisamente el de la edición original en inglés.

Es muy probable que los títulos de nuestra prevista edición en castellano coincidan finalmente con la traducción literal que aquí se indica, aunque también

podría ocurrir que no fuera así en todos los casos. El tiempo lo dirá.

De todo este conjunto de libros tan sólo uno de ellos, The Sword of Aldones, había sido traducido al castellano con el sorprendente título de ODIO CÓSMICO en el número 45 de la colección de ciencia ficción de Ediciones Cenit (1963). Ni que decir tiene que a la autora el cambio de título no le hizo mucha ilusión...

En realidad hay partidarios de leer los libros casi en el orden de su publicación. Según dicen, con ello se puede seguir el proceso mental de la autora al crear y expandir el universo de Darkover. Cabe también ordenar los libros en función de la cronología interna de los hechos narrados. En este caso cabría tener en cuenta que EL EXILIO DE SHARRA ocupa el mismo espacio que LA ESPADA DE ALDONES ya que es una nueva novelización de los mismos hechos. Teniendo en cuenta esta cronología interna de Darkover y añadiendo unos subtítulos inventados por el editor norteamericano, el cuerpo central de la serie puede subdividirse en grupos como:

EL DESCUBRIMIENTO

Aterrizaje en Darkover

LAS ERAS DEL CAOS

La reina de las tormentas

Lady Halcón

LOS CIEN REINOS

Dos que conquistar

LAS AMAZONAS LIBRES

La cadena rota

La casa de Thendara

Ciudad de brujería

CONTRA LOS TERRANOS: PRIMERA ÉPOCA

La espada encantada

La Torre prohibida

El sol sangriento (reescritura de 1979)

CONTRA LOS TERRANOS: SEGUNDA ÉPOCA

La herencia de los Hastur

El exilio de Sharra

Retorno a Darkover

Y el resto de libros, tal vez complementarios, se sitúan preferentemente entre las dos últimas subseries.

Los amigos de Darkover

Una serie tan larga y que ha estado en el candelerero durante más de veinticinco años no podía por menos que tener alguna consecuencia perdurable en el conjunto de los activos y devotos fans de la ciencia ficción y la fantasía.

La necesidad por todos sentida se concretó en la formación (prácticamente espontánea según se asegura) de una organización de fans y lectores. Se inició con algunas reuniones informales en las convenciones de ciencia ficción, y después se organizó en varios «Concejos» de un grupo que se autodenomina LOS AMIGOS DE DARKOVER. Hay Concejos en varios lugares de la geografía de Estados Unidos e incluso hubo uno en Alemania. Durante varios años LOS AMIGOS DE DARKOVER mantuvieron convenciones propias en el Fantasy Worlds Festival e incluso una newsletter, generalmente editada cada trimestre por el Concejo de Thendara que reside en Berkeley, California.

Tal y como ellos mismos indican, LOS AMIGOS DE DARKOVER son un grupo de aficionados y voluntarios. Nadie cobra por su actividad en el grupo y no existen cuotas de inscripción. El Concejo de Thendara sirve como punto central de información para los varios fanzines, newsletters y los otros grupos creados en torno a Darkover.

Para los lectores interesados en establecer contactos basta con escribir en inglés a:

Friends of Darkover, Thendara Council, Box 72,
Berkeley, CA 94701 (EE. UU.)

Es imprescindible adjuntar un Cupón de Respuesta Internacional para obtener y/o agilizar la respuesta.

La edición en castellano de la serie Darkover

Cuando nos planteamos la edición en castellano de la serie de Darkover surgió de inmediato el problema de cómo hacerlo. De entrada hay que comprender que el proyecto ocupará inevitablemente unos años y que parece razonable empezar con las novelas fundamentales en la serie que son las que empezaron a publicarse a mediados de los años setenta.

Los libros anteriormente agrupados bajo los apartados de Las amazonas libres y Contra los terranos forman en realidad subseries y los libros sucesivos dentro de cada subserie son en realidad continuaciones directas de la novela anterior (aún

manteniendo la autosuficiencia de cada novela que es esencial para Bradley). Por ello parece adecuado centrarnos de entrada en estas subseries. Y ello haremos.

Hemos iniciado ya la publicación de la serie con LA ESPADA ENCANTADA (NOVA fantasía número 4) recomendada por la propia autora como el mejor título para dar a conocer el alcance de la monumental saga de Darkover. Tal y como gusta decir el hijo menor de la autora: «da a conocer el “sabor” de la serie», aunque tenga una trama tal vez menos compleja que los otros libros.

Pero nuestro proyecto es iniciar en paralelo la publicación de las tres subseries centrales en la historia de Darkover. Por ello hemos seguido con la traducción de LA HERENCIA DE LOS HASTUR (NOVA fantasía número 5) y con LA CADENA ROTA (NOVA fantasía número 8) con las que se inician las otras subseries. Hasta ahora hemos publicado también LA CASA DE THENDARA (NOVA fantasía, número 16) que estará seguida por EL EXILIO DE SHARRA (NOVA fantasía, número 19), CIUDAD DE BRUJERÍA (NOVA fantasía, número 23) y EL SOL SANGRIENTO (NOVA fantasía, número 27). Finalizadas estas tres subseries y, a la espera de la aparición en inglés de RETORNO A DARKOVER, abordaremos el período de los «Cien Reinos» con DOS QUE CONQUISTAR y LOS HEREDEROS DE HAMMERFELD. Poco a poco iremos completando la gran historia de Darkover con los otros libros y las antologías de relatos en último lugar, si procede.

MIQUEL BARCELÓ

Notas

[1] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<